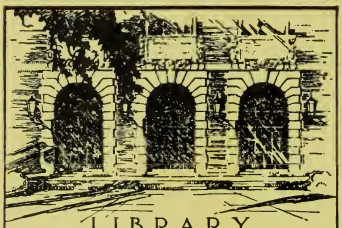


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

865G371
Om

MODERN LANGUAGE
LIBRARY

Return this book on or before the
Latest Date stamped below.

University of Illinois Library

MAR 1 1 1959

FEB 1 7 1961

NOV - 3 1967

DEC - 4 1967

JAN 7 1968

JAN 3 1 1968

L161—H41

Indice de las Comedias que contiene este tomo.

Mariniello.—
La Estrella de las Montañas.—
El Trovador.—
Traidor, Inconfeso y Martir.—
La Archiduquesita.—
Una Broma de Quevedo.—
Don Francisco de Quevedo.—
La Locura de Amor.—

MASANIELO,

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

Don Antonio Gil de Zárate.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1841.

H50 pl

PERSONAS.

TOMÁS ANIELO, *conocido por Masanielo.*
EL CONDE DE CONVERSANO.
LAURA, *hija del conde.*
SALVADOR CATANEO.
ONOFRE CAFIERO.
FRANCISCO ANTONIO DE ARPAYA.
GENARO ANNÉS.
Caudillos del pueblo.
EL CAPITAN BARBARIDA.
MARÍA, *camarera de Laura.*
UN CABALLERO.
UNA DAMA.
UN MARINERO.
UNA ALDEANA.

Caballeros, damas, hombres y mugeres del pueblo, marineros, soldados.

La escena es en Nápoles, en el mes de Julio del año de 1647.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala. En el fondo un balcon. Dos puertas laterales. Mesa y sillas.

ESCENA PRIMERA.

MASANIELO. MARÍA.

(*Al subir el telon, óyese en el fondo, á lo lejos, un bandolin y una voz que canta.*)

VOZ. Surca el mar, veloz barquilla,
surca á prisa el mar en calma,
pues feliz me anuncia el alma
que esperando está mi amor.
Surca el mar, que ya cercana
miro allí la ansiada orilla:
lleva presto, mi barquilla,
al amante pescador.

(*Mientras canta la voz, sale María con una luz y una escala de cuerdas: coloca la luz en la mesa, y se va acercando al balcon con misterio.*)

MARÍA. Su voz es esa: conozco
su acostumbrada cancion.
(*Abre el balcon.*)
Allí está el barco... ya llega...
¡Que ande en estos pasos yo!
¡Yo, doncella recatada,
prototipo del pudor!
Si al menos fuera por mí,
que no me falta aficion...
¡Mas ser de amores agenos
medianera, es cosa atroz!

VOZ. (*Canta.*) Ya brillar en la alta reja
la luz miro que me llama:
no te ocultes á quien ama,
astro fiel, consolador.
A los pies del bien que adoro
sé, luz bella, sé mi guia;
y allí muera de alegría
el amante pescador.

MARÍA. Ya atraca el barco... Echaré
la escala... La ato al balcon...
Bueno... Asi... Mas si alguien viene...
De miedo temblando estoy...
No es posible; duermen todos,
y ausente está mi señor...
Si lo supiera... ¡Dios mio!
¡No habria mala funcion!

(*Sale Masanielo, subiendo por el balcon.*)

MASAN. ¡Laura mia...! ¡Ah! que eres tú,
María...

MARÍA. Tomas, yo soy.

MASAN. ¿Y tu ama?

MARÍA. Está en su aposento.

MASAN. Pues no tardes, vé...

MARÍA. ¡Qué ardor!
Cachaza; que mi señora
debe usar de precaucion
para venir, y no puede...

MASAN. ¡No puede!

MARÍA. Sí tal... ya voy
á avisar... Si acaso tarda
no os desespereis.

MASAN. No... no...
Mas dile que estoy sin vida
mientras no llega mi sol.

MARÍA. Por San Genaro bendito
que es galan el pescador. (*Vase.*)

ESCENA II.

MASANIELO. CATANEO. CAFIERO.

MASAN. ¡Qué triste presentimiento

hoy me aflige el corazon!
Temo que un funesto caso...
Este misterioso amor
no puede durar... Es fuerza
buscar alguna ocasion...
Mas los amigos aguardan...
Subid... sí... subid los dos.

(*Se asoma al balcon, llama, y suben por el Cataneo y Cafiero.*)

CAFIERO. Asaltóse la ventana:
ladrones somos de amor.

CATANEO. Pues, como soy Salvador,
que lo hago de mala gana.

MASAN. ¿De mala gana?

CATANEO. Sí, á fé.
¡Vive Dios que es desatino
andar en esto!

CAFIERO. ¡Es divino!

CATANEO. Es necedad.

CAFIERO. Y ¿por qué?
Son donosas aventuras.

CATANEO. Todo por una muger.

CAFIERO. Esto se llama querer.

CATANEO. Estas se llaman locuras.

CAFIERO. Amar como ama cualquiera
maldita la gracia tiene;
pero hacer una que suene
con casada ó con soltera,
arrebatarla ¡ó delicia!
de entre los paternos brazos,
andar por ella á trastazos,
dar que hacer á la justicia,
es el sainete de amor.

CATANEO. ¡Siempre á locuras dispuesto!

CAFIERO. Y tú ¡siempre con mal gesto!

CATANEO. ¿Qué quieres...? gasto este humor.

CAFIERO. (*A Masanielo, que mira hácia la puerta.*)
¿Qué haces ahí pensativo?

MASAN. Miro si mi dueño viene.

CAFIERO. ¡Vaya una dicha que tiene
este bribon...! ¿Qué atractivo

se halla, dime, en tu persona
para que te amen condesas,
mientras que yo en mis empresas
solo hallo alguna fregona?

MASAN. ¡Casualidad!

CAFIERO. Y ¡á fé mia
que la niña no es alhaja!
Su tez á la nieve ultraja,
su rostro inspira alegría,
sus ojos son dos estrellas,
y su cuerpo... ¡una cintura...!
No tiene igual hermosura
este pais de las bellas.

MASAN. ¿La conoces?

CAFIERO. Eso es llano:
en Nápoles, por su fama,
¿quién hoy á la hija no ama
del conde de Conversano?

CATANEO. Mas conocido es su padre.

CAFIERO. Confieso que es gran bribon.

CATANEO. ¡Ojalá que el corazon
este puñal le taladre!

CAFIERO. Váyase con Lucifer,
como su hija nos quede.

MASAN. ¡Cuánto tarda...! Algo sucede
cuando...

CAFIERO. Es preciso tener
en estos lances espera.
Este sillon hallo á mano
y en sus brazos me arrellano.

(*Toma un sillon y se sienta, quedándose medio dormido.*)

CATANEO. No; marcharnos mejor fuera.

CAFIERO. ¡Marcharnos...! Y ¿para qué?
Yo me encuentro bien ahora.

MASAN. Y á la que mi pecho adora
¿por ventura no veré?

CATANEO. ¿Tanto es tu amor?

MASAN. Es inmenso.

CATANEO. Vé, me inspiras compasion.

MASAN. ¿Nunca amó tu corazon?

CAFIERO. ¿Él...? Ni es capaz de amar, pienso.
CATANEO. ¡Amar...! ¿á quién...? ¡á la hija
de un noble, de un gran señor!
¡Vive Dios que es necio amor,
ni entiendo á qué se dirija!
¿Presumes con ella unirte?
Corre, pues, y la pretende:
de ira verás cuál se enciende
su altivo padre al oirte.
De que osado á tanto aspires
la sangre en él hervirá:
deshonrada la creerá
solo con que tú la mires.
Entre esa gente y nosotros
enlace no puede haber:
solo para aborrecer
existimos unos y otros.
MASAN. No ignoro, no, la distancia
que nos separa á los dos;
pero amor, potente Dios,
mas vence cuando hay constancia.
Tal vez... En fin, si es locura,
si en pós de sombras me afano,
todo razonar es vano,
este error es mi ventura.
Y no me aconsejes mas;
que al contemplar tal tesoro,
yo solo sé que la adoro,
y no pienso en lo demas.
CATANEO. Haces muy bien, Masanielo;
no lo debes, no, pensar;
pues te miro preparar
á tu amor eterno duelo.
MASAN. ¿Quién...? ¿yo?
CATANEO. Sí... ¿lo has olvidado?
¿será fuerza te lo digan?
¿qué juramentos te ligan?
di: ¿qué empresa has meditado?
MASAN. Recuerdos no he menester:
yo vi á mi patria oprimida,
y aun á costa de mi vida

sus hierros juré romper.

CATANEO. Pues esta casa en que estás,
sus dueños que envanecidos
la habitan hoy, convertidos
en cenizas los verás.

MASAN. ¡Cómo!

CATANEO. Cuando con furor
se alce el pueblo, y su venganza
sacie en la justa matanza,
responde: ¿tendrás valor?

MASAN. ¿Dudarlo puedes?

CATANEO. Y acaso
¿sabes, Masanielo, di,
lo que exijirá de tí
la patria en tan fiero caso?

MASAN. ¿El qué?

CATANEO. Tú mismo la espada,
de esa patria en el altar,
sin piedad has de clavar
en el padre de tu amada.

MASAN. ¡Yo!

CATANEO. Y su aleve corazon
traspasado, palpitante,
será, venturoso amante,
la ofrenda de tu pasion.

MASAN. Te engañas: no morirá,
que yo sabré defenderlo.

CATANEO. Y entonces traidor, al verlo,
el pueblo te llamará.

MASAN. ¡Traidor! ¡á mí...! Por ventura
cuando yo me armo por él
¿me quiere tambien cruel?
¿será crimen la ternura?

CATANEO. Cuando al son de libertad
el pueblo baña sus manos
en sangre de sus tiranos,
es crimen, sí, la piedad.

MASAN. Al ir el yugo á romper
de que se muestra impaciente,
le prometo ser valiente,
pero no bárbaro ser.

CATANEO, Y ¿á qué, pues, alzarte intentas?
MASAN. ¿A qué? para darle gloria,
para borrar la memoria
de sus antiguas afrentas.
Hora á levantar del suelo
la frente se atreve apenas:
quitémosle sus cadenas,
y álcela erguida hasta el cielo.
Bella Italia, tú algun dia
señora del mundo fuiste:
¿cómo tan bajo caiste?
¿quién tu antiguo ardor enfria?
Do quiera en tu suelo miro
triunfar al vil estrangero:
sufrir este aire no quiero
de esclavitud que respiro.
Vuelve á tu antiguo esplendor,
y mostrando tu pujanza,
de este fértil suelo lanza
á tu bárbaro opresor;
que si en el ocio en que estan
tus viles nobles reposan,
lo que ellos cobardes no osan
estos plebeyos lo harán.
CATANEO. Aun harán mas: de esos hombres
altivos, raza maldita
que nuestro furor concita,
borrarán hasta los nombres.
Del suelo desaparezcan
tantos viles cortesanos:
los que no sean villanos
como nosotros, perezcan.
No me basta libre ser,
renuncio gloria y honor,
si este implacable rencor
no logro satisfacer.
El que una vez me humillara
no espere de mí piedad:
aun mas que la libertad
la venganza al pueblo es cara.
CAFIERO. Pero señor, ¿qué sandeces

estais ensartando ahí?
¡Mucho hablar, y desde aqui
iremos á vender peces!
Por Dios, que es gran desatino
en tales cosas pensar:
los dos sois locos de atar
y habeis ya perdido el tino.
¡Qué gloria ni calabazas!
¡qué libertad ni qué alforja!
¿quién tales proyectos forja?
¡pues de héroes tenemos trazas!
Dejad al mundo correr,
y ande la bola: yo al rico
no tengo odio, ni tantico,
como me dé de comer.
¡Que nos manda el español!
De quien quiera que dependa,
mis redes serán mi hacienda,
y mi solo abrigo el sol.
Ahora bien, si hacer podeis
que yo tambien rico sea,
apruebo entonces la idea,
y muy gran favor me hareis;
que cuando os oigo formar
planes tan vastos y bellos,
solo encuentro bueno en ellos
lo que me pueda tocar.
Logre yo tener dinero
cuanto le cumpla á mi gusto;
y que otro lo tenga es justo,
bien sea noble ó pechero.

MASAN. Callad, que alguien viene ya.

CAFIERO. Una luz alli diviso.
Ella será... sí... preciso.

MASAN. Ocultaos.

CAFIERO. Bien está.
Pero ¿dónde?

MASAN. En este cuarto.
(*Señalando el de la derecha.*)
No salgais sino á mi voz.

CAFIERO. En él me meto veloz.

CATANEO. De este embrollo ya estoy harto.
(*Catanco y Cafiero se ocultan en el gabinete de la derecha. Sale Laura azorada.*)

ESCENA III.

MASANIELO. LAURA.

LAURA. ¡Masanielo!
MASAN. ¡Dueño mio!
¡Cuánto has tardado! ¿Qué tienes?
¡Oh! ¡cuán agitada vienes!
LAURA. Vete pronto.
MASAN. ¡Qué desvío!
¡Irme yo!
LAURA. Si te detienes
perdidos somos los dos.
MASAN. ¡Perdidos...! ¿qué causa, di...
LAURA. Mi padre se encuentra aqui;
márchate, mi bien, por Dios.
MASAN. Pues ¿no estaba ausente?
LAURA. Sí;
mas de pronto ha regresado.
Su inesperada venida
me estremece: háme abrazado
silencioso, y en seguida
en su estancia se ha encerrado.
MASAN. Querrá descansar... Mi bien,
no temas... ¡Ah! ¡cuánto anhelo
verte, hablarte...! Al lado ven
de tu amante Masanielo.
LAURA. ¿Lo quieres...? Cuidado ten
por si alguien viene, María.
(*María, que la habrá acompañado, se retira.*)
MASAN. Deja, deja, Laura mia,
que un instante aqui te mire,
y luego á tus pies espire
de pasion y de alegría.
Torna á mí tus ojos bellos,
tus ojos que mansedumbre
derraman entre destellos,
y á los rayos de su lumbre

quede abrasado por ellos.
De ese rostro angelical
contemple yo la dulzura;
y este placer sin igual
me transporte en mi ventura
á la mansion celestial.

LAURA. Y deja que yo á mi vez
respire tu dulce aliento,
oiga tu voz, cuyo acento
ahuyenta mi timidez
mientras grata aqui la siento.
Lleguen hasta el corazon
esas palabras ardientes
que pintando tu pasion,
en él dejan, elocuentes,
profunda, eterna impresion.
¿Qué magia tan poderosa
en tí, dulce dueño, existe,
que aunque yo lo quiera ¡ay triste!
subyugada, temblorosa,
mi razon no la resiste?
¿Cómo, di, te apoderaste
de mi alma, de mi existencia?

MASAN. ¿Yo...? No conozco mas ciencia
que el amor que me inspiraste.

LAURA. ¿Tanto me amas?

MASAN. Con demencia.
¿Ves el ardiente volcan
que arde sobre nuestra frente,
y cubre airado, imponente,
los campos que en torno estan
con olas de lava hirviente?
Pues menos activo, sí,
es su fuego destructor,
que este inestinguible ardor
que para adorarte á tí
prendió en mi pecho el amor.
¿Ves ese mar borrascoso
que alza sus olas al cielo,
y allá en su abismo espantoso
traga el navío orgulloso

como el frágil barquichuelo?
Asi alterado se ostenta
mi fogoso corazon
do en eterna confusion
mueve furiosa tormenta
ardiente, inquieta pasion.
Y en el contínuo afanar
que este pecho martiriza,
cuando los llego á mirar,
con el volcan, con el mar
mi corazon simpatiza;
que allá en la cumbre elevada
medir el cráter me agrada
si hierve la lava en él;
ó mecerme en mi batel
sobre la onda irritada.

LAURA. ¡Cómo el fuego vehemente
con que tu pasion se esplica
á mi alma se comunica,
y el dulce ardor que ya siente
con el tuyo centuplica!
Al verte y al escucharte,
quién eres, quién soy olvido;
que si la suerte criarte
en cuna humilde ha querido,
yo nací para elevarte.
¿Qué me importa la riqueza?
¿qué los antiguos blasones?
Mucho mas que oro y nobleza
yo estimo la fortaleza
que alienta los corazones.
A tu arrojo, á tu valor
¿no debo, dime, la vida?
Tú del mar y su furor
me salvaste: agradecida
yo la consagro á tu amor.

MASAN. ¿Te acuerdas?

LAURA. ¿Puedo olvidar
aquel momento dichoso?
Cuando en los brazos reposo
del sueño, y al despertar,

siempre te miro animoso
lanzarte á la mar airada,
y despreciando la muerte,
ante la turba asombrada,
del abismo, desmayada,
sacarme con brazo fuerte.

MASAN. Aquel dia decidió
por siempre de mi destino;
pues ¿cómo pudiera yo
ver tu semblante divino
y ser insensible...? no.
Bien conozco que es demencia:
¡un menguado pescador
osar amarte, ó insolencia,
empañando el bello honor
de tu preclara ascendencia!
Esto tu padre dirá:
mi amor un crimen será;
y al ver que el tuyo consigo,
leves para mi castigo
suplicios mil hallará.

LAURA. Yo me arrojaré á sus pies,
los bañaré con mi llanto,
y al contemplar mi quebranto...

MASAN. ¿Olvidas, Laura, quién es?
¡Puede el orgullo en él tanto!
A sus ojos Masanielo
es despreciable villano;
mas se engaña, vive el cielo,
si piensa que este gusano
se arrastre siempre en el suelo.
No, que el insecto tal vez
su vil capullo quebranta,
y en alas de brillantez
del fango, con altivez,
hasta el cielo se levanta.
Pues yo me levantaré:
yo me haré grande, temible,
y con esfuerzo invencible
tu mano conquistaré;
¡nada al que ama es imposible!

Ya mi primera rudeza
perdí desde que te adoro;
que á impulsos de mi terneza,
á abrir para mí se empieza
de las letras el tesoro;
y en el ardor que me inspiras
todo mi alma lo ambiciona;
pues de tal poder blasona,
que el pescador que aquí miras
aspirára á una corona.

LAURA. Sí, mi bien, te ilustrarás;
el corazon me lo dice:
tu noble ardor me predice
que algo grande emprenderás
que tu nombre inmortalice;
y cuando al fin logre verte
la sien de lauro ceñida,
al consagrarte mi vida,
en lugar de ennoblecerte
yo seré la ennoblecida.

ESCENA IV.

DICHOS. MARÍA.

MARÍA. Señora, perdidos somos:
vuestro padre...

LAURA. ¡Ó Dios! ¿Es cierto?

MARÍA. Yo le he visto: acompañado
viene de dos escuderos.

LAURA. ¡Ay! huye pronto, imprudente:
¿por qué te has quedado?

MARÍA. Luego,
luego... Marchaos... Bajad.

MASAN. Sí... ya voy.

MARÍA. Bajad.

MASAN. (¡Ó cielos!
y esos que quedan ahí...) (*Aparte.*)

MARÍA. Que ya se acerca.

LAURA. ¿Qué haremos?

MARÍA. Yo me escondo en este cuarto.

LAURA. Sí, sí, vamos.

(*María va á entrar en el gabinete: al abrir la puerta ve á los que estan dentro, y retrocede espantada dando un grito.*)

MARÍA. ¡Ay!

LAURA. ¿Qué es eso?

MARÍA. ¡Unos hombres!

LAURA. ¡Unos hombres!

MASAN. Sí, son unos compañeros.

LAURA. ¡Masanielo!

MASAN. Nada temas:
era tan solo mi intento...

MARÍA. Ya estan ahí.

LAURA. ¡Cielo santo!

MASAN. Yo á defenderte me quedo.

MARÍA. Cogiónos en el garlito:
ya puedo rezar el credo.

ESCENA V.

DICHOS. EL CONDE. DOS CRIADOS.

CONDE. Laura, ¿qué es esto...? ¿Por qué
en este sitio te encuentro?
¡A tales horas tú aquí!

LAURA. ¡Padre...!

CONDE. Y ese hombre que veo,
¿quién es? ¿qué quiere?

LAURA. Es un...

CONDE. Habla.
Si he de juzgar por su aspecto...,
algun malhechor...

MASAN. ¿Quién? ¿yo?
¿Me conoceis?

CONDE. ¡Masanielo!

MASAN. Sí, conde.

CONDE. Y ¿á qué venís?
Responded: ¿qué vil proyecto...?
¿Por dónde entrásteis?

MASAN. (*Señalando el balcon.*) Mirad.

CONDE. ¡Por ese balcon! ¿Qué es esto?
¡Una escala...! Y ¿quién os pudo...?

¡Ah! ¡malvados...! ya comprendo...
La turbacion de estas dos...
¡Padre infeliz...! ¿Con que es cierto...?
No me engañaron... ¡Venganza!
(*A sus criados.*)
Venid: muera este perverso.

MASAN. (*Sacando un puñal.*)
Nadie se acerque, ó sino...

LAURA. ¡Padre!
(*Interponiéndose entre Masanielo y el conde.*)

CONDE. Aparta.

LAURA. Deteneos.
(*A los criados, que se dirigen armados hácia Masanielo.*)

CONDE. Vosotros, ¿á qué aguardais?
Herid. (*A sus criados.*)

MASAN. (*Dirigiéndose hácia la puerta del gabinete.*)
Venid, compañeros.
(*Salen Cataneo y Cafiero, y abalanzándose cada uno á un criado, le coge el brazo y le pone un puñal al pecho.*)

CAFIERO. Poco á poco, camarada.

CATANEO. Si das un paso eres muerto.

CONDE. ¿Qué miro? ¡Lazo infernal!

MASAN. Quitadles las armas luego.

CATANEO. Venga acá. (*Desarmando al suyo.*)

CAFIERO. Si te resistes... (*Lo mismo.*)

CONDE. ¡Cobardes...! Yo solo puedo...

MASAN. Estais en nuestro poder:
conde, envainad el acero.

CONDE. No, que antes...

CATANEO. (*Apuntándole con una pistola.*)
Verás qué pronto...

LAURA. ¡Ah!

MASAN. Salvador, ten respeto
al padre de Laura... Aparta.

CATANEO. Si digo bien que eres necio.

MASAN. Dejadnos solos... Volved
á ese cuarto.

CATANEO. Está bien.

CAFIERO. (*Señalando á los criados.*) ¿Y estos?

MASAN. Que entren tambien con vosotros.
CAFIERO. Venid.
CATANEO. Ea, entrad primero.
(*Hacen que los criados entren con ellos en el gabinete y se encierran. María habrá aprovechado el anterior diálogo para marcharse.*)

ESCENA VI.

MASANIELO. EL CONDE. LAURA.

(*Masanielo va á la puerta de salida y la cierra con llave.*)

CONDE. ¿Qué estais haciendo?
MASAN. Cerrando
esta puerta: ¿no lo veis?
CONDE. ¿A qué fin?
MASAN. Para que nadie
entre: ¿para qué ha de ser?
CONDE. Mas...
MASAN. No temais.
CONDE. Yo no temo.
MASAN. ¿Recelais de mí?
CONDE. Sí, á fé.
MASAN. Tranquilizaos... Guardad
esa espada.
CONDE. Asi está bien.
MASAN. Escusada precaucion.
Ya sois solo contra tres:
si quisiéramos...
CONDE. Al menos
bien vengado moriré.
MASAN. Guardad la espada, os suplico,
y procuremos tener
la fiesta en paz.
CONDE. Ya la guardo.
Ahora ¿qué me quereis?
Presto, hablad.
MASAN. Sentaos.
CONDE. No.
MASAN. Sentaos. (*Dándole una silla.*)
CONDE. ¡Qué pesadez!

(*Toma la silla y se sienta con enfado.*)

MASAN. (*A Laura.*)
Y vos, señora, no asi
tan desconsolada esteis.

LAURA. ¡Ah! Masanielo...

MASAN. Por Dios,
calmad... Sentaos tambien.

LAURA. Mas mi padre...

MASAN. Vuestro padre...
¿Qué pudierais temer de él?

CONDE. (*Levantándose.*)
Su muerte, si por ventura
lo que no llego á creer
fuera cierto.

MASAN. Y defenderla
yo entonces, conde, sabré.

CONDE. ¿Luego es verdad...?

MASAN. Sosegaos.
Tomad asiento otra vez.

CONDE. ¡Paciencia!

(*Se vuelve á sentar, siempre con ira. Masanielo da una silla á Laura, que se sienta afligida y llorando; y él hace lo mismo, junto al conde.*)

MASAN. Escuchadme, conde.
Sin duda os acordareis
del dia en que de las ondas
á vuestra hija salvé.

CONDE. Si vos entonces valiente
os mostrasteis, bien sabeis
que yo tambien generoso
con vos mostrarme intenté.
Mis tesoros os abrí:
sin tasa en ellos coger
pudisteis, y...

MASAN. Sí, riquezas
me ofrecisteis... Rehusé.

CONDE. Y ¿qué mas hacer podia?

MASAN. ¡Oh! Vosotros no sabeis
cuando os servimos pagarnos
sino con oro: á los pies
nos lo arrojais, y el desprecio

y la deshonra con él.
Pues yo prefiero guardar
del beneficio el placer,
y al mismo tiempo el derecho
de despreciaros tambien.

CONDE. ¡Atrevido!

MASAN. Perdonad:
soy altivo.

CONDE. Bien se ve.
Pero al fin...

MASAN. Al fin, señor,
esculpida con cincel
de fuego, en el corazon
aquella escena guardé.
Desde entonces á mis ojos
todo la ofrece: el poder
de esa beldad avasalla
mis sentidos. Ora esté
el fiero mar arrostrando
en mi ligero batel;
ora en mi rústico albergue
el cuerpo al descanso dé;
ora afanoso recorra
ese florido vergel
con que Nápoles en torno
ostenta un segundo Eden;
ora, en fin, quiera aturdirme
con el bullicio y vaiven
del pueblo que allá en la plaza
hierve en confuso tropel;
la miro hermosa, radiante,
cercada de brillantez,
cual la reina de las aguas
bajo su rico dosel;
ó mírola desmayada
cual cadáver á mis pies,
muerta la luz de sus ojos,
cubierta de palidez;
y á pesar de mis combates,
sin que me pueda vencer,
siento, señor, que la adoro,

y siempre la adoraré.

CONDE. ¡Y el liviano pensamiento
te has atrevido á poner,
tú, mísero pescador,
en la hija de...

MASAN. ¿De quién?
¿De un conde? ¡Crimen horrible!

CONDE. ¡Tú amarla, tú!

MASAN. ¿No? Y ¿por qué?
¿No tengo en mis venas sangre
que hirviendo siento correr?
Y ¿no tengo un corazon
que late y siente...? Par diez
que cuando á la par de un grande
ojos me dió con que ver
el cielo, si él sabe amar,
puedo amar lo mismo que él.

CONDE. Amad á vuestras iguales.

MASAN. Y ¿amadas no pueden ser
vuestras hijas?

CONDE. Por vosotros,
no.

MASAN. ¿Por quién?

CONDE. ¿No lo sabeis?
Por quien no haga de vergüenza
nuestra frente enrojecer.

MASAN. Solo hay vergüenza en el crimen;
y mientras tenga honradez
un plebeyo, vive Dios
que es tan bueno como el rey.

CONDE. Asi va el mundo.

MASAN. No tanto;
que alguno piensa al reves.

CONDE. ¡Quién será!

MASAN. Sin ir mas lejos,
Laura...

CONDE. ¡Mi hija!

MASAN. Sí.

CONDE. Pues ¿qué...?

MASAN. Que si yo la quiero á ella,
ella me quiere tambien.

CONDE. ¡Que sufra yo tal afrenta! (*Se levanta.*)
¿Para esto, infame, la habeis
salvado?

MASAN. ¿Fuera mejor
la dejara perecer?

CONDE. Y con tal amor, decid,
malvado, ¿qué pretendeis?

MASAN. ¿Qué pretendo preguntais?
Pues nos amamos...

CONDE. ¿Y bien?

MASAN. Juzgadlo vos.

CONDE. No lo alcanzo:
porque, al fin, vuestra altivez
no puede á tanto llegar
que aspire...

MASAN. ¿A qué os deteneis?
hablad.

CONDE. Rubor da el decirlo.
A su mano.

MASAN. Si quereis,
¿quién lo estorba?

CONDE. En mi ignominia
¿pensais que consentiré?

MASAN. Sé que de altos ascendientes
no puedo gloriarme: sé
que soy pobre y solo tengo
unas redes que ofrecer;
pero en cambio traigo aqui
un corazon que tal vez
gane en aliento y grandeza
al del mas noble marques.

CONDE. Pero...

MASAN. Sé tambien, y acaso
me vais esto á responder,
que á su enlace aspirarán
cien próceres y otros cien.
Mas esos mismos se hallaban
presentes, bien lo sabeis,
cuando en el mar con la muerte
la infeliz luchaba; y ¿quién,
quién de ellos para salvarla

se quiso al riesgo esponer?
Todos cubierto el semblante
de espantosa amarillez,
inmobles la contemplaban
en las ondas perecer.
Solo este vil pescador
nacido de entre la hez
del pueblo, entonces aliento
supo mostrar... Ya se ve,
si se trata de morir,
buenos somos y está bien;
mas cuando de nuestras obras
el fruto se ha de coger,
os toca á vos, y nosotros
somos canalla soez.

CONDE. ¡Eh! Basta de discurrir.
Soy su padre, y por la ley
cual me plazca, yo tan solo
puedo de ella disponer.

MASAN. Si la vida Laura os debe,
me la debe á mí tambien.
¿Reclamais vuestros derechos?
Reclamo los mios, pues.

CONDE. ¿Delirais?

MASAN. Oid: no exijo
que á ese orgullo renuncies;
ni me deis, siendo yo nada,
hora tan precioso bien.
Aguardad: todo me dice
que la sabré merecer.
Otros que cual yo nacieron
en cuna humilde, la sien
han visto ceñirse osados
de victorioso laurel,
y con hechos inmortales
se han logrado ennoblecer.
Yo como ellos algun dia...

CONDE. Me dais compasion.

MASAN. ¿Pues qué,
dudais?

CONDE. Solo un necio amor

puede inspirar tal sandez.

MASAN. Pues mas de lo que pensais
quizás ese dia esté
cercano.

CONDE. Sí, ya saludo
al guerrero gloria y prez
de su patria.

MASAN. Temblad, conde;
que el cielo, en su alto saber,
de pronto al pequeño ensalza,
y al grande pone á sus pies.

CONDE. ¿Me amenazais? Vive el cielo
que aunque perezca, yo haré...

(*Quiere echar mano á la espada: Laura, que se habrá levantado y acercádose poco á poco atenta á la conversacion, se interpone entre los dos y le detiene.*)

LAURA. ¡Padre!

CONDE. Quita tú, malvada,
deshonra de mi vejez:
te desconozco, y mi acero...
sabrá castigar...

MASAN. Tened,
que yo la defiendo, y todo
menos eso sufriré.

CONDE. Ea, acabemos: marchaos;
que si mas os deteneis,
ó vuestra sangre ó la mia
por fuerza habrá de correr.

LAURA. ¡Ay! Vete. (*A Masanielo.*)

MASAN. ¿Y he de dejarte
entregada á ese cruel?

LAURA. ¿Qué importa, no siendo tuya,
que el hierro ó el dolor me dé
la muerte?

CONDE. ¿Qué osas decir?

LAURA. Matadme; pero sabed
que le amo mas que á mi vida.

CONDE. ¡Ó mengua!

MASAN. Bien, Laura, bien:
esa sublime pasion

me engrandece. ¿Qué no haré
si asi me alientas? — Señor,
nos amamos, ya lo veis,
nos amamos, y esta llama
que al cielo plugo encender,
es pura, es inestinguible.

CONDE. Masanielo, ¿os marchareis?

MASAN. Me marcho... pero muy pronto
á pedirla volveré.
¡La negais al pescador!
No la negareis tal vez
al que mañana os hará
á todos estremecer.

CONDE. ¿Qué escucho? ¿Qué atroz proyecto...?

MASAN. Basta ya. — Cataneo, ven:
salgamos. (*Salen Cataneo y Cafiero.*)

CATANEO. ¿Nos vamos?

MASAN. Sí.

CATANEO. Gracias á Dios.

MASAN. (*Al conde.*) Atended.
Laura queda aqui: yo espero
que el furor reprimireis,
y que un padre hallará en vos,
no un verdugo.

CONDE. Yo obraré
como guste.

MASAN. Es que si acaso,
lo que no puedo creer,
olvidais que es hija vuestra,
y osareis... Ya me entendeis.
A conocerme hora mismo
habeis podido aprender:
juzgad, pues, si sus ofensas
sin venganza dejaré.

CONDE. Imbécil, tus amenazas
desprecio.

MASAN. A Dios. Ya lo habeis
oido... Dentro de poco
á pedirla volveré.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el mercado de Nápoles. Gran número de tiendas de todas clases adornadas con guirnaldas y banderolas de varios colores. Puestos de flores.

ESCENA PRIMERA.

CATANEO. CAFIERO. ARPAYA. GENARO. EL CAPITAN BARBARIDA. CABALLEROS. DAMAS. HOMBRES y MUGERES del pueblo. MARINEROS. SOLDADOS.

(*Al levantarse el telon, se ve el movimiento de una fiesta popular. Muchas gentes de todas clases se hallan paseándose ó paradas en grupos. Algunos estan en los puestos comprando flores. Varios hombres del pueblo juegan ó prueban sus fuerzas, ó estan tocando la bandola. Muchachos corren por todos lados con banderolas en la mano. A la izquierda del actor se hallan Cataneo, Arpaya, Genaro, y otros formando grupo, unos en pie y los demas sentados. En medio una cuadrilla de marineros está ejecutando una danza. Cafiero junto á ellos los anima.*)

DANZA DE MARINEROS.

CAFIERO. Eso me gusta, muchachos:
bailad, bailad, voto á crivas.
Saltad y viva el placer.
Cataneo, ¿ tú no te animas?

CATANEO. Yo no bailo.

CAFIERO. ¡ Yo no bailo !
¡Vaya un gesto!

CATANEO. Y ¿ quién me obliga...?

CAFIERO. Nadie.

CATANEO. Pues déjame en paz.
CAFIERO. Siquiera por ser el dia
del Cármen... ¿No ves la plaza?
Repara qué hermosa vista.
¡Cuánto puesto! ¡cuántas flores!
y sobre todo ¡qué chicas!
CATANEO. Y observa quién viene alli.
(*Le señala al capitan Barbarida, que se acerca despacio con un piquete de soldados.*)
CAFIERO. ¡El capitan Barbarida!
¡Maldito...! No, pues por él
no he de perder mi alegría.
Muchachos, vuelta á la danza.
(*Vuelven á bailar los marineros, pero viendo al capitan junto á ellos se paran.*)
CAPITAN. Señores, felices dias.
¿Qué es esto...? ¿Por qué se acaba...?
CAFIERO. (¡Espantajo...!) Es que... (¡Cuál mira!)
CAPITAN. ¡Qué gentecita hay aqui!
CAFIERO. Es toda gente lucida.
CAPITAN. ¡Qué presidio!
CAFIERO. Estoy por darle...
CAPITAN. Vaya, cuidado, y prosigan.
(*Vase con su gente rondando y observando por todas partes.*)
CAFIERO. Ya nos aguó la funcion.
CATANEO. ¡Que no venga todavía
Masanielo!
(*Un caballero se acerca á dos damas y ofrece flores á una de ellas.*)
CABALL. Si estas flores
os gustan, hermosa niña...
DAMA. Bellas son.
CABALL. Con todo, al veros
las marchitará la envidia.
DAMA. Sois galan; pero guardadlas,
que habrá quien zelos os pida.
(*Salen bailando algunas mugeres del pueblo con bandolines y panderetas.*)
CAFIERO. ¡Ó qué bellas aldeanas!
no he visto caras mas lindas.

Voy á hablarlas.

(*Se dirige á las aldeanas, que dejan de tocar y bailar y se paran formando grupo.*)

ESCENA II.

DICHOS. MASANIELO.

(*Masanielo sale precipitadamente y se dirige al grupo donde está Cataneo. Al verle los que estan sentados se levantan y todos le rodean.*)

MASAN. ¡Hola, amigos!

CATANEO. Ya pensé que no venias.
¿Y qué hay?

MASAN. Que todo va bien:
esta es la ocasion propicia.
Los tercios que aqui se hallaban
en este instante caminan
al socorro de Milan,
do el condestable peligra.
Con solos doscientos hombres
queda el virey... En Sicilia
no hay soldados... Llega gente
de todas las cercanías
á ver las fiestas... El pueblo
ya sordamente se agita,
y murmurando, tan solo
quien le aliente necesita.

CATANEO. Pues ¿á qué aguardamos?

ARPAYA. Pronto:
no hay que tardar.

MASAN. ¿Prevenida
está vuestra gente?

CATANEO. Sí:
la del Lavinaro es mia.

ARPAYA. Todo el Mercado me sigue.

GENARO. Yo mando en la Conchería.

MASAN. Bien... oid.

(*Se acercan mas unos á otros y quedan hablando con misterio.*)

CAFIERO. Ea, muchachas,
¿qué haceis paradas...? Tú, niña,
¿no nos podrias cantar
alguna cosa bonita?

ALDEANA. Si gustais...

CAFIERO. ¿No he de gustar?
¡y con esa voz tan linda!
Formad corro... Oid vosotros. (*A Cataneo.*)

CATANEO. Sí... ya.

CAFIERO. ¡Ya! Me da una ira...

ALDEANA. (*Cantando.*) Sembrada está de flores
la senda del amor;
placeres y delicias
promete al corazon.
Tú, niña, que por ella
corriendo vas veloz,
¡ay! guárdate, inocente,
del primer resbalon.

CAFIERO. ¡Divino! Vamos... mas... mas...
(*Viendo junto á sí al capitan Barbarida.*)
¡Otra vez esta estantigua!

CAPITAN. Quisiera saber por qué
siempre asusta mi venida.

CAFIERO. Como teneis esa cara...
Y luego...

CAPITAN. Continuad, chicas,
que yo tambien quiero oir.

ALDEANA. Pero es que...

CAPITAN. ¿Quereis lo diga
de otro modo?

ALDEANA. No por cierto:
en cuanto á mí, ya estoy lista.

MASAN. (*A los que le rodean.*)
Separémonos, que alli
está el capitan que mira.

ALDEANA. (*Cantando.*) ¿Por qué la pastorcilla
maldice del pastor?
¿Por qué infeliz se queja
con lastimera voz?
¿Sabeis lo que ocasiona
su llanto, su dolor?

Es que dió la inocente
el primer resbalon.

ESCENA III.

DICHOS. MARÍA.

(*Sale María en ademan de buscar á alguno. Ve á Masanielo y se acerca á él con misterio.*)

MARÍA. Masanielo.
MASAN. ¿Quién me llama?
MARÍA. Yo soy.
MASAN. ¿Qué veo...? ¡María!
MARÍA. Ha ya dos horas que os busco.
MASAN. ¿Y Laura?
MARÍA. Mi ama me envía
á que esta carta os entregue.
MASAN. Dámela.
MARÍA. Leed á prisa.
MASAN. (*Lee.*) Vamos á ser separados tal vez para siempre. Mi padre, creyendo que la ausencia será capaz de estinguir mi amor, me embarca hoy mismo para España, donde quiere que permanezca hasta que contraiga otro enlace. Se han dado órdenes para tu prision. Ocúltate: salva tu vida; que aunque me lleven al otro estremo del mundo, siempre será tuyo el corazon de = *Laura.*
¿Qué leo? ¡Trama infernal!
¡Y yo habré de consentirla!
No, vive Dios... Antes juro...
Dime, ¿y Laura?
MARÍA. ¡Pobrecita!
Allí sola la he dejado
llorando á lágrima viva.
MASAN. Mas este viaje...
MARÍA. Es cosa
resuelta... Si está que trina
el padre.
MASAN. Mas ¿cuándo...?
MARÍA. Ahora;

sí, que el conde se descuida.

MASAN. ¿Ahora?

MARÍA. Ya la sacaban
de casa.

MASAN. ¡Ó Dios!

MARÍA. Metidita
la dejé en el coche.

MASAN. ¡Ó rabia!
Pero ¿dónde, dónde iba?
Vamos, habla.

MARÍA. Yo sospecho
que hácia el puerto la encaminan.

MASAN. ¡Al puerto...! No hay que perder
tiempo... Acaso... ¡Y me la quita!
Llegó el momento fatal.
Álcese el pueblo y estinga
á esos crueles tiranos.
¡Hola, Cafiero!

CAFIERO. ¿Quién grita?

MASAN. Escucha.

CAFIERO. Espera, que estoy...

MASAN. Ven, te digo.

CAFIERO. ¿Tanta prisa?

(*Masanielo lleva aparte á Cafiero y le habla bajo. El capitan repara en Masanielo.*)

CAPITAN. ¿Qué veo...? ¿No es mi hombre aquel?
Aquella fisonomía...
Él es... no hay duda... Por fin
halléle... A ver si está lista
mi gente... Muchachos.

(*Se reune con su gente y se va aproximando poco á poco á Masanielo.*)

CAFIERO. (*Bajo á Masanielo.*) Ya,
ya entiendo.

MASAN. Si necesitas...

CAFIERO. Nada, nada: es mia toda
la gente de la marina.
Voy.

MASAN. No tardes... Yo te sigo.

CAFIERO. Adur.

MASAN. Vé con él, María.

Ahora... (*Vanse Cafiero y María.*)

CAPITAN. (*Deteniendo á Masanielo.*)
Mocito.

MASAN. ¿Qué?

CAPITAN. Dése preso á la justicia.

MASAN. ¿Yo?

CAPITAN. Sí... él.

CATANEO. ¿Quién? ¡Masanielo!

(*Los marineros y gente del pueblo se arremolinan y acuden manifestando descontento.*)

CAPITAN. Vamos, pronto; no resista.

MASAN. ¿Qué causa...?

CAPITAN. Cuando le ahorquen
es regular se la digan.

MASAN. Vive Dios que...

CAPITAN. ¿No obedece?
Prendedle.

MASAN. (*Sacando una pistola.*) Si alguien se arrima,
le dejo muerto á mis pies.

CAPITAN. ¿Qué es esto? ¡Armas prohibidas!
Favor al rey.

MASAN. Compañeros,
á mí.

CATANEO. Canalla maldita,
si no os vais...

VOCES. ¡A ellos!

CATANEO. Sí.

(*Muchos del pueblo sacan puñales y pistolas y se abalanzan á los soldados.*)

CAPITAN. ¿Qué miro? ¡Santa Lucía!
¡Cuántos puñales!

VOCES. A ellos.

CAPITAN. ¡Favor...! ¡Ay...! ¡Que me asesinan!

(*El capitan y los soldados echan á correr: el pueblo quiere seguirlos, Masanielo le detiene.*)

MASAN. Dejadlos, que ellos no son,
gente vil, canalla indigna,
en quienes se ha de cebar
vuestra furia vengativa.
Otros hay, napolitanos,
otros, sí, que la concitan,

y que reclaman los golpes
de la popular justicia.
Otros que orgullo ostentando
en rica, elevada silla,
os imponen las cadenas
de oprobiosa tiranía;
y que gozando sin tasa
riquezas mal adquiridas,
con vuestra sangre y sudor
labran su insolente dicha.

VOCES. Sí... sí.

MASAN. ¿Quién de nuestros males
es el autor? ¿Quién nos mira
como á míseros rebaños
que devora su codicia,
ó como esclavos nacidos
á servirles de rodillas?
Esos que en torno á nosotros
ricos palacios habitan,
palacios que fabricamos,
moradas donde respiran
molicie, lujo insolente,
vicios mil, torpes delicias.

CATANEO. Sí, pueblo, esos que se gozan
en tus miserias, que cifran
su ventura en nuestros males,
y altivos nos tiranizan,
hoy mismo el justo castigo
de sus crímenes reciban.
Miren arder sus palacios,
cébense nuestras cuchillas
en su sangre vil, y asombre
al mundo nuestra osadía.

VOCES. Vamos.

MASAN. Ved la condicion
de vuestras tristes familias.
De hambre pereciendo estan,
y trabajan noche y dia:
escasos, sucios andrajos
sus flacos miembros abrigan;
y ellos la gula insaciable

hartan en mesas opíparas,
ó cubiertos de oro y seda
en plazas y estrádos brillan;
y aun asi, el seco mendrugo
que estais royendo os envidian.

VOCES. ¡Venganza!

MASAN. Con mil gabelas
lo poco que os queda os quitan.
Por vil que sea, ¿qué cosa
de sus impuestos se libra?
Hasta los frutos del arbol
que nuestro afan fertiliza
y para sustento nuestro
la próvida tierra cria,
viéndolo estais, el tributo
pagan hoy á su avaricia:
pronto del agua y del aire
vereis tambien que nos privan.

ARPAYA. No, no, primero morir.

CATANEO. Perezcan ellos y viva
el pueblo, y nuestra venganza
de espanto á los siglos sirva.

MASAN. Álzate, pueblo, del polvo,
muéstrate la frente erguida,
y arrojando las cadenas
hoy tu libertad conquista.
El yugo del estrangero
que há tantos años te humilla,
rompe con heróico brio;
y de hoy mas, ya nunca opriman
tu fértil suelo los hijos
detestados de Castilla.
Libertad, independencia,
tal sea nuestra divisa.
¿Hay uno de entre vosotros
que no se inflame al oirla?

VOCES. Ninguno.

CATANEO. Libres seamos.

MASAN. Libre es quien lo solicita;
quien su sangre, su reposo
para serlo sacrifica.

¿Estais á ello dispuestos?
VOCES. Sí.
CATANEO. Ya en nuestras manos brilla
el vengativo puñal,
y arden los rostros en ira.
VOCES. ¡Libertad! ¡Independencia!
MASAN. ¡Ó Nápoles, patria mia!
Ya, en fin, entre las naciones
de ser contada eres digna.
CATANEO. Vamos, pues... Mas aguardad.
Empresa tan atrevida,
si no quereis malograrla,
un caudillo necesita.
ARPAYA. Mi voz nombra á Masanielo.
VOCES. Masanielo, sí.
CATANEO. Podria...
VOCES. Él... él.
CATANEO. (¡Cielos!)
MASAN. De tal puesto
no rehuso las fatigas.
¿Me seguireis?
VOCES. Donde quieras.
CATANEO. (Al fin logró que le elijan.)
MASAN. La torre, Cataneo, donde
las armas se depositan,
vé sin tardanza á ocupar.
Tú, Arpaya, antes que lo impidan,
corre al Maudraquio, y su pólvora
quede al pueblo repartida.
Tú, Genaro, con los tuyos
vé luego á Santa Lucía,
y haz que resuenen los ecos
de su campana temida.
CATANEO. Marchemos.
ARPAYA. Valor.
GENARO. Audacia.
MASAN. ¡Ó suerte! sénos propicia.
A la gloria.
CATANEO. Á la venganza.
MASAN. Viva la libertad.
VOCES. ¡Viva!

(*Catáneo, Arpaya y Genaro, seguidos cada uno de parte del pueblo, se van por distintos lados. Masanielo, con otra parte, se dispone tambien á marchar por diferente sitio, cuando ve venir al conde con el capitan.*)

ESCENA IV.

MASANIELO. EL CONDE. EL CAPITAN. PUEBLO.

CONDE. ¡Cobardes, y habeis huido! (*Al capitan.*)
Pues yo haré...
CAPITAN. Señor...
MASAN. ¿Qué veo?
¡El conde!
CONDE. Si en mi poder
no está hoy mismo Masanielo...
MASAN. ¿Lo buscas? Aquí lo tienes.
CONDE. ¡Traidor!
MASAN. Yo mismo me entrego.
Ven á prenderme, si lo osas.
VOCES. ¡Conversano! A él.
MASAN. Teneos:
nadie le ofenda... ¿Lo vés?
tu vida en mis manos tengo.
CONDE. Sabré morir con valor.
MASAN. Aún de que mueras no es tiempo,
que antes... Di... responde...
CONDE. ¡Ó rabia!
MASAN. ¿Dónde está Laura...? Di luego.
¿Dónde está Laura?
CONDE. Y acaso
¿de ella á tí responder debo?
MASAN. Una condicion te impuse:
¿la has cumplido...? Di.
CONDE. Altanero,
yo no admito condiciones
de...
MASAN. De tu hija ¿qué has hecho?
CONDE. Está donde tú jamas
vuelvas á verla.
MASAN. ¡Perverso!

¿Y osaste...?

CONDE. Renunciar puedes
á ese amor que en torpe fuego
arde en tu vil corazon.
Ni aun sabrás dónde la llevo.

MASAN. Lo sé; mas no lograrás,
conde, tu dañado intento.

CONDE. ¿Cómo, pues...?

MASAN. Que aun no ha podido
tu hija salir del puerto,
y en breve...

CONDE. ¡Cielos!

MASAN. La aguardo
aqui para tu despecho.

CONDE. ¡Infame! ¿Quién eres tú
para burlar los proyectos
de un padre...? Pronto el cadalso...

MASAN. Soy quien hoy mismo, si quiero,
á tí, á todos los tuyos,
reducir á polvo puedo.
De vuestras vidas y haciendas
soy el absoluto dueño;
y soy, en fin, á quien todo
aqui se encuentra sujeto.
Si vivís, si respirais,
es porque yo os lo concedo.

CONDE. ¿Qué escucho? Con tu pasion
sin duda has perdido el seso.

(*Se oyen voces del pueblo y el sonido de la campana que toca á rebato.*)

MASAN. ¿Escuchas esos clamores?
Pues esa es la voz del pueblo.
¿Escuchas de esa campana
el son lúgubre y tremendo?
De la popular venganza
son los terribles acentos,
que espanto y pavor infunden
en vuestros cobardes pechos.
Los esclavos se cansaron
ya de sufrir; y del suelo
alzan la abatida frente.

:

Temblad, tiranos.

CONDE. ¿Qué advierto?
¡Os osasteis rebelar!

MASAN. Jamas es rebelde un pueblo.—
Pero ¿no es ella?

CONDE. ¿Quién?

MASAN. Laura.

CONDE. ¿Qué dices? ¿Mi hija...? En efecto,
ella es.

ESCENA V.

DICHOS. LAURA. CAFIERO. MARINEROS.

(*Salen Cafiero y los marineros trayendo á Laura.*)

LAURA. Dejadme... ¿Dónde
me llevais?

CAFIERO. No tengais miedo.
Seguidnos.

CONDE. ¡Padre infeliz!

MASAN. Con que al fin... (*Á Cafiero.*)

LAURA. ¡Ah! Masanielo,
libértame de estos hombres
que espantan.

CAFIERO. (*Á Masanielo.*) Ahí te la entrego.
Ya cumplí mi comision.
No, cuando en una me meto...

MASAN. Calma tu espanto, mi bien:
piensa que yo te protejo.

LAURA. ¡Ah...! Ya estoy... Pero ¿qué miro?
¡Mi padre...! ¡Cielos...! ¿Qué es esto?

CONDE. Esto es ser, ingrata hija,
un padre infeliz.

CAFIERO. Abuelo,
¿estais tambien con nosotros?
Voto á crivas, que me alegro.
¡Qué aprension! ¡Tan linda moza
quererla mandar tan lejos!—
¡Mira que si me descuido...! (*Á Masanielo.*)
Ya iba andando por el puerto
el falucho... Pero ¿qué hago?
Junto amigos... de los buenos.

Al agua... Dámosle caza...
Al fin, á fuerza de remos
le alcanzamos... Zafarrancho,
abordaje... No hay remedio...
Sacamos nuestros cuchillos...
A este quiero, á este no quiero...
La presa es nuestra... Ahí está.
Se hizo el negocio, y laus deo.

MASAN. ¡Insigne amigo...! Señor,
ya lo veis: hoy mis derechos
puedo sostener... A Laura
hora en mi poder conservo.

CONDE. ¿Y osarás quitar, malvado,
á un padre su hija?

MASAN. Debo
de vuestro furor librarla;
mas solo hallará respeto,
sumision... Pero ¿qué gritos?
De santo entusiasmo llenos
todos acuden... Miradlos.
¡Ó espectáculo soberbio
el de un pueblo que á ser libre
renace de entre sus hierros!

ESCENA VI.

DICHOS. CATANEO. ARPAYA. GENARO. PUEBLO.

(*Sale el pueblo armado con arcabuces, lanzas, y toda clase de armas.*)

CATANEO. Por fin, las armas son nuestras.
Vengan, vengan los perversos;
conocerán lo que puede
de hombres libres el esfuerzo.
Mira, Masanielo, mira
cómo presuroso el pueblo
corre á defender la patria
mostrando noble ardimiento.
Ni uno hay que sordo se muestre
de nuestra voz á los ecos.

MASAN. Sí, nuestra empresa gloriosa
protejen los justos cielos.

CATANEO. Pero ¿qué miro? ¡A tu lado
ese infame, y no le has muerto!
MASAN. ¿Qué dices, Cataneo?
CATANEO. Amigos,
llegó por fin el momento
de que empiece nuestra saña
á dar terribles ejemplos.
En sangre de los tiranos
bañemos nuestros aceros.
Ahí teneis uno, el mas digno
del odio, del furor nuestro.
Muera.
VOCES. ¡Muera!
LAURA. ¡Ó Dios!
CONDE. (*Desenvainando la espada.*) ¡Infames!
MASAN. ¡Ah! tened... Yo le defiendo.
CATANEO. ¿Tú?
MASAN. Yo... En la lid mi valor
mostrar peleando quiero;
mas no con asesinatos
manchar tan noble alzamiento.
CATANEO. ¿Qué importa? Yo al enemigo
mato do quier que le encuentro.
Defiéndase si lo puede;
si no puede...
LAURA. Masanielo,
¿permitirás que á mi padre...?
MASAN. No, vive Dios; que primero
pereceré... Respetad
al vencido, al indefenso.
CATANEO. Aniquilad al malvado.
Sirva su muerte de ejemplo.
VOCES. Sí... sí.
OTRAS. Su sangre.
OTRAS. Su sangre.
MASAN. Pues bien, bárbaros, detesto
vuestro furor... Sois indignos
de ser libres... Buscad luego
otro caudillo que os guie
á la matanza, al incendio.
¿Es esto lo que buscais?

¿Libertad llamais á esto?
Renuncio este puesto horrible
si he de guardarlo á tal precio.
A hombres libres, generosos,
valientes, mandar pretendo:
no á cuadrillas de asesinos
que abomino, que desprecio.

CATANEO. ¿Qué os deteneis...? Dad oidos
á esos viles sentimientos,
dejad impunes los crímenes
de los tiranos soberbios,
y en breve con nuevo yugo
sujetarán nuestros cuellos.
¿Os pretenden generosos?
Como ellos lo eran sedlo.

ARPAYA. Sí, venganza.

GENARO. Es necesario
que justos hoy nos mostremos.

CAFIERO. Justos, sí: por eso estoy:
la justicia es lo primero.
Pero acogotar á un hombre
sin mas forma de proceso,
¿se llama acaso justicia?
No... Pues oid lo que pienso.
No le matemos ahora.

CATANEO. ¡Cómo!

CAFIERO. Que muera deseo;
pero con pompa, de un modo
solemne, para escarmiento
de los suyos.

MASAN. ¿Qué pretendes?

CAFIERO. (*Bajo.*)
Déjame á mí.—(*Alto.*) Sí, formemos
un solemne tribunal
donde juzguemos al reo:
sentencia al canto, y despues
á la horca... ¿Es buen proyecto?

VOCES. Sí... sí... á juzgarle.

MASAN. ¿Qué haces? (*Bajo.*)

CAFIERO. Salvarle: no hay otro medio. (*Id.*)

MASAN. Mas...

CAFIERO. Salgamos del apuro,
y démosle tiempo al tiempo.—
¿Con que estamos? (*Alto.*)

CATANEO. En buen hora.

CAFIERO. ¿Y tú? (*A Masaniello.*)

MASAN. Tambien lo consiento.

LAURA. Que permitas... (*A Masaniello.*)

MASAN. Nada temas:
defenderle te prometo.

CAFIERO. Pues, conde amigo, paciencia.
Yo os lo mando: daos preso. (*Le desarma.*)

MASAN. Bien, compañeros: ahora
sois dignos ya de mi aprecio.
Pero la patria nos llama;
á libertarla marchemos.
(*Arranca una de las banderolas que adornan las tiendas.*)
Esta bandera será
vuestra guia... Cuando el fuego
arda de la lid, miradla,
que donde esté el mayor riesgo,
allí del triunfo y la gloria
vereisla abrir el sendero.

VOCES. Marchemos.

(*Vanse todos siguiendo á Masaniello. Cataneo se queda atras, y llama aparte á Genaro.*)

CATANEO. ¿Viste, Genaro,
cuál quiso salvarle?

GENARO. Cierto
que es estraño...

CATANEO. ¿No sospechas
algun oculto misterio?

GENARO. Yo...

CATANEO. Hay uno.

GENARO. ¿Cuál?

CATANEO. Sabraslo.
Mas ven, calla, y observemos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una carcel. La puerta de entrada en en el fondo: otras á los lados. A la derecha del actor, mesa y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. CAFIERO.

CAFIERO. Salid, conde... En esta pieza
podreis respirar mejor.
CONDE. Gracias. (*Se sienta junto á la mesa.*)
CAFIERO. ¡Oh! no quiero ser
un carcelero feroz.
¡Carcelero! Mal he dicho.
¡Yo tan ruin empleo! No;
de estas cárceles ahora
me llamo gobernador.
¡Ay, amigo, hemos medrado!
CONDE. Eso bien lo creo yo.
CAFIERO. Y ¿á qué, para no ganar,
hacer la revolucion?
CONDE. ¡Pues!
CAFIERO. Algo me ha de valer
ser héroe y libertador
de la patria.
CONDE. ¡Oh! sí... ¡la patria!
CAFIERO. ¡La patria! ¡qué dulce voz!
Sobre todo si en su nombre
mejoro de condicion.
CONDE. Sois franco á lo menos.
CAFIERO. Claro:
jamas á mí me pasó
por la cabeza esa cosa
de libertad y... Señor,

¿qué mas libre, si yo hacia
mi gusto en toda ocasion?
Lo que yo quiero es dinero.
¡Oh! y este, gracias á Dios,
no ha de faltarme... Es verdad
que tambien cuesta... ¡Qué atroz
pelea! ¡Si hubierais visto!
¡Qué tiros! ¡qué confusion!
Los malditos alemanes
son fieras; gente feroz.
Ellos serian doscientos
y nosotros un millon:
no importa, firmes que firmes;
¡luchando con un valor!
Pero tambien Masanielo
se portó como un leon.
Si no es por él se lo lleva
todo la trampa. ¡Qué ardor!

CONDE. Y ¿á qué me contais á mí...?

CAFIERO. Estas son nuevas que os doy.
Como estais preso, imagino
que en ello os hago un favor.

CONDE. Bien, decid.

CAFIERO. Por fin, triunfamos.

CONDE. ¿Y el virey?

CAFIERO. Le perdonó
Masanielo... Hizo muy bien,
que al cabo es un buen señor;
mas que nuestros privilegios
restableciese exigió.
No sé de dónde han sacado,
para que ahora les dé el sol,
unos pergaminos viejos.
¡Pamplinas todas! Yo estoy
siempre por lo positivo.
Es verdad que él ya sacó
un buen empleo: sabed
que Tomas el pescador
es capitan general.

CONDE. ¿Os burlais?

CAFIERO. De veras. ¡Oh!

bien lo merece... Le han puesto,
muy lleno de relumbron,
un magnífico vestido
que está...—Mirad, tambien yo
me he engalanado... Por fuerza:
ya somos hombres de pró.

CONDE. Y ¿solo el ser de una carcel
alcaide sacásteis vos?

CAFIERO. Esto es interino: luego...
Al pronto la ocupacion
no era grande... Ya se ve,
el pueblo á todos soltó,
hasta al que estaba en capilla.

CONDE. ¿Tambien?

CAFIERO. Toma, y con razon:
se ha portado en el combate
como un Roldan.

CONDE. ¿Con que soy
el único ahora...?

CAFIERO. ¡Qué!
Luego otra vez se llenó
la carcel.

CONDE. ¿Cómo?

CAFIERO. ¡Qué gente!
Es toda de lo mejor
de Nápoles... duques, condes...
muy brillante reunion.

CONDE. ¡Dios!

CAFIERO. No os avergonzareis
de tratarlos, eso no.
Pero ¡ay cielos! ¡qué cabeza!
Si con la conversacion
se me olvidaba... Teneis
una visita.

CONDE. ¿Quién?

CAFIERO. Voy...
¡Y me estaba...! ¡Pobrecita!
Entrad... Vedle allí... A Dios. (*Vase.*)

ESCENA II.

EL CONDE. LAURA.

LAURA. ¡Padre!

CONDE. ¿Qué miro...? ¿Tú aquí?
Hija culpable, y ¿aún osas...?
Aparta, vete... Tu vista
todo mi furor provoca.

LAURA. Señor...

CONDE. Aparta, te digo,
causa vil de mi deshonra.

LAURA. ¡Con tal crueldad tratais
á una hija que os adora!

CONDE. ¿A qué vienes, dime? ¿Acaso
á insultarme?

LAURA. Vuestra cólera
os ciega, señor... Venia...
ya veo que se equivoca
mi amor... á daros consuelos.

CONDE. ¡Consuelos tú, tú, traidora,
que á tu padre y á tu rey
osaste vender!

LAURA. ¡Yo!

CONDE. Goza
de tu perfidia.

LAURA. Señor...
¡Ah! mi voz el llanto ahoga!

CONDE. Llanto hipócrita... No pienses
con él engañarme ahora.
Vé, te maldigo.

LAURA. ¡Perdon! (*Se echa á sus pies.*)

CONDE. Alza, y deja que me esconda
do nunca te vuelva á ver.

LAURA. No... Vuestra piedad implora
esta infeliz... perdonadme...
¿cuándo un padre no perdona?
¿No soy vuestra hija ya,
vuestra Laura, vuestra gloria,
vuestro embeleso...? Acordaos
del amor...

CONDE. ¡Cruel memoria!
Sí, ingrata, tú eras mi bien,
mi delicia... ¡Cuántas horas
en dulce filial cariño
corrí apacibles, dichosas!
¡Ah! ¡el recuerdo de aquel tiempo
este corazon destroza!
LAURA. Por fin...
CONDE. Y bien, ¿qué me quieres?
Ya lo ves, una mazmorra
es la mansion de este anciano
que el peso del tiempo agobia.
En breve tal vez me espera
muerte infame, deshonrosa...
¿Por quién...? Por ese perverso
que tú seducida adoras;
hombre vil que á un triste padre
el bien mas precioso roba.
LAURA. ¿Qué decís...? Pues ¿no le vísteis
contra una turba furiosa
defenderos? Si vivís
¿no es por él?
CONDE. Y ¿qué me importa,
si estos dias mas de vida
un vil cadalso los compra?
LAURA. No lo temais... Masanielo
os salvará.
CONDE. Te equivocas:
ni aun él mismo lo podrá.
LAURA. ¿No?
CONDE. Inocente, ¿acaso ignoras
que al furor de todo un pueblo
dique no hay que se le ponga?
LAURA. ¡Ah! Cual yo no le habeis visto
mover y calmar las olas
de ese pueblo que á su voz
enmudece ó se alborota.
Su noble ardor, su elocuencia
prendan, cautivan, asombran:
no es hombre, es una deidad
que todos ciegos invocan,

y ante su absoluto imperio
los mas osados se postran.

CONDE. El pueblo sigue obediente
al que halaga su ira loca;
mas ósele resistir,
y el ídolo se desploma.

LAURA. ¡Ay cielos! ¿Será verdad?

CONDE. Incauta, mira tu obra.
Este el fruto es de tu amor:
tú, seducida, sin honra;
yo, muriendo en un cadalso;
sumergida en sangre toda
esta opulenta ciudad
que ardientes llamas devoran;
tu rey, tu patria vendidos...
Llora, desdichada, llora.

LAURA. Sí... ya lo veo, y horribles
remordimientos me acosan.

CONDE. Pues todo te lo perdono,
hija, si en tu pecho ahogas
esa funesta pasion.

LAURA. Yo... señor...

CONDE. ¿Dudas?

LAURA. Penosa
obligacion, imposible.

CONDE. ¿De amarle no te sonrojas?

LAURA. Debo olvidarle... lo quiero...
mas mi corazon le adora.

CONDE. ¡Ilusa!

LAURA. Mandad que muera;
á dar la vida estoy pronta;
¡pero olvidarle...! jamas.

CONDE. ¿Eso me dices, traidora?

LAURA. Esta pasion me avasalla,
me confunde, me trastorna,
y solo al pensar en él
las fuerzas ¡ay! me abandonan.
Por todas mis venas siento
correr ardiente ponzoña,
que embriagando mis sentidos,
el alma y razon me roban.

¡Olvidarle yo, Dios mio!
Si eso dijera mi boca,
mintiera, señor, mintiera.
¡Ah! no me mandeis tal cosa.

CONDE. ¡Ó flaqueza!

LAURA. Cuando un pueblo
hoy sus virtudes pregona,
y al poder que Dios le diera
la arrogante cerviz dobla,
¿cómo una triste muger
quereis que resista sola?

CONDE. Bien está... quiérele, ingrata:
ya sé que en tu alma alevosa
mucho mas que un tierno padre
un indigno amante importa.
Cuando él me mande matar...

LAURA. No... Vuestra vida aun á costa
de la suya salvará.
Cuán preciosa me es no ignora,
y que nadie en este mundo
hay á quien yo la anteponga.
Si burlase mi esperanza,
si vos... ¡ó idea horrorosa!
á pesar de esta pasion
que todo mi ser destroza,
eterno aborrecimiento
le declaro desde ahora.
Mas necio temor... jamas...

CONDE. ¡Cielos! ¡él es! (*Viendo entrar á Masanielo.*)

LAURA. ¿Qué os asombra?
Quedaos... Tal vez sus labios
disipen nuestra zozobra.

ESCENA III.

LAURA. EL CONDE. MASANIELO.

LAURA. ¡Ah! Masanielo...

MASAN. ¡Laura! ¡Cuál tus ojos
anublan hoy, mi bien, crudos pesares!

LAURA. ¿Lo estrañas?

MASAN. No... conozco...
LAURA. Di, ¿no es cierto
que ningun riesgo aqui corre mi padre?
MASAN. ¿Puedes dudarlo? Qué, ¿yo consintiera...?
LAURA. ¿Lo oís? ¡Ah! respirad. (*Al conde.*)
CONDE. Pero...
MASAN. Aqui nadie
la vida vuestra amenazar osara.
Yo la defiendo, yo.
LAURA. No en vano, ó padre,
confianza tuve en él.
MASAN. Agravio fuera
de ello, Laura, dudar un solo instante.
Cálmate, pues... Calmaos.
CONDE. En mi pecho
jamas el vil temor pudo abrigarse.
MASAN. Bien... Pero oid... Una palabra os diera,
y la vengo á cumplir. Esto me trae.
CONDE. ¡Una palabra!
MASAN. Sí... Cuando una noche
allá en vuestra mansion...
CONDE. ¡Y recordarme
osas, traidor...!
MASAN. ¡Traidor...! Yo os lo suplico,
moderad por ahora ese lenguaje.
CONDE. ¡Tu prisionero soy...! Sí, razon tienes.
MASAN. Hijo vuestro, señor, mas bien llamadme.
CONDE. ¡Tu padre yo!
MASAN. Me acuerdo... Vuestro orgullo
cuando osado os propuse tal enlace
se estremeció de horror... De vuestra casa
cubierto de ignominia me arrojásteis...
Mas tambien, recordadlo, os dije entonces
que á pedir otra vez un bien tan grande
en breve volvería... Ved: ya he vuelto.
CONDE. ¿Y en mi desgracia vienes á insultarme?
MASAN. No es un vil pescador, no es un villano,
ese hombre á vuestros ojos despreciable,
el que hora intenta unir su sangre innoble
de altivo prócer á la ilustre sangre:
es el gefe de un pueblo, el que ha triunfado

de esos soberbios nobles arrogantes,
el que los mira, desde el alto alcázar,
caer vencidos en obscura carcel,
y á no ampararlos con su fuerte escudo,
viera en su sangre vil tintas las calles.
Es el señor de Nápoles ahora,
ante quien todos la cerviz abaten,
y al que para ser rey solo le falta
que el cetro á recoger quiera bajarse.
Os prometí, señor, ennoblecerme:
ved si Tomas Anielo ofrece en balde.

CONDE. Pues con ese poder de que blasonas,
aun mas ahora te desprecio que antes.
Humilde pescador, te perdonara:
horror me causas ya, rebelde infame.

MASAN. ¡Rebelde yo!

CONDE. Rebelde, sí, lo dije:
con tus iras no pienses me retracte.

MASAN. ¡Rebelde...! ¿Y contra quién...? ¿Hay por ventura
quien con justo derecho aqui nos mande?
Si un tiempo el español nos conquistara,
la fuerza con la fuerza se deshace;
y no es rebelde, ni traidor, un pueblo
que recobrar su independencia sabe.

CONDE. La conquista dos siglos legitiman.

MASAN. Mas oprobiosa esos dos siglos la hacen.

CONDE. No te envanezca un triunfo pasagero:
pronto castigo el rey mandará darte.

MASAN. ¡Felipe...! ¿Ese monarca afeminado,
que en ocio torpe adormecido yace,
y entre jardines, en dorado alcázar,
ve con mirar estúpido, cobarde,
al son de fiestas que un privado inventa
su dilatado imperio desplomarse?
Temiera yo cuando potente en armas,
leyes al mundo el español triunfante
le dictaba do quier: mas ¿qué se hizo
el temido coloso? Un vano alarde
quiere hacer de sus fuerzas, y postrado
rinde el mustio laurel á sus rivales.
Hoy le vence el francés; Holanda libre,

al que fue su señor cubre de ultrajes;
armado el catalan, en sus montañas
contra el yugo opresor firme combate;
y Portugal feliz, rompiendo el yugo,
nuevo trono en su suelo mira alzarse.
Si esos pueblos nos dan tan noble ejemplo,
¿no podremos hacer lo que ellos hacen?
¿Será fuerza lidiar...? Pues bien, lidiemos;
Europa asi nos mirará mas grandes.
Tras larga esclavitud, debe la gloria
con valerosos hechos rescatarse;
y si fuerte ha de ser, honrosa, eterna,
se ha de comprar la libertad con sangre.

CONDE. Con sangre, sí... pero ¿qué sangre? ¡ó cielos!
¡Si solo la estrangera derramasen!
Pero otra de mas precio, mas copiosa,
el suelo tiñe de los patrios lares.
¡Independencia...! ¡libertad...! ¡Ó nombres
á cuyo son los corazones laten!
¿será que siempre de ambiciosos tigres
las pestíferas bocas os profanen?
¿Qué llamas libertad, hombre insensato?
¿Es alzarse del polvo tus iguales,
y en las sillas que ocupa el poderoso,
mas insolentes, á su vez sentarse?
¿Es trocar los andrajos, cual te miro,
por ese rico y esplendente trage;
y vuestra hambre aplacar en nuestras mesas,
hartos ya de matanza y de pillage?
¿Es acaso insultar antiguos timbres,
nombres que veneraron las edades,
cubrir las plazas de sangrientos troncos,
palacios incendiar gloria del arte;
y mentida igualdad apellidando,
proclamar el imperio del alfange?
¡Ventura sin igual! Los buenos tiemblan,
se ocultan ó perecen... los infames
marchan la frente erguida: son ministros
de la santa justicia los puñales:
no hay leyes, no hay honor: plebe furiosa
dicta con el cañon sus voluntades;

y cuando en el temor todo enmudece,
¡oh! entonces somos ya libres y grandes.

MASAN. Abomino, cual vos, tales escesos;
mas pueden, si quereis, hoy remediarse.

CONDE. ¿Cómo?

MASAN. Sed nuestro.

CONDE. ¿A proponer te atreves...?

MASAN. Que su gefe, señor, el pueblo os llame.

CONDE. Jamas.

MASAN. Pues si os negais á conducirlo,
¿á qué estrañar que su furor le arrastre?
La senda le trazad: dadle los brazos,
y en ellos le vereis luego arrojarse.
Nuestra causa es comun... De independencia
¿quién á la voz habrá que no se inflame?
Nobles, plebeyos, si la patria sufre,
unan para salvarla sus afanes.
Vos habeis menester la fuerza nuestra,
vuestro saber nosotros... Al combate
nuestros brazos guiad... La prenda sea
de tan feliz alianza nuestro enlace:
paz, reconciliacion, juremos todos,
al jurarnos amor en los altares;
y al ver tan firme union, tan alto esfuerzo,
nuestros tiranos temblarán cobardes.

LAURA. Sí, padre, oidle, sí: mirad sus ojos
de patriótico ardor brillar radiantes:
ese entusiasmo ved, que engrandeciendo
su ser, á una deidad igual le hace.
No hay duda, vencereis, y agradecida,
la patria os deberá sus libertades.
¡Oh! ¿qué gloria, qué timbres habrá entonces
que á su alta gloria y su blason igualen?
Do quiera el pueblo entusiasmado al verle
bendecirá su nombre cuando pase;
padre, libertador, gritando alegre,
le cercará de palmas triunfales;
y ¿dó habrá una familia que en su seno
de admitir á tal héroe no se ufane?
Cuando á su lado caminar me miren,
y su esposa, su bien, feliz me llame,

UNIVERSITY OF ILLINOIS
LIBRARY

de Nápoles vereis á las mas bellas
encarecer mi dicha y envidiarme.

CONDE. Ilusos: ¡ah! callad... Esos designios
fantasmas son que desvanece el aire.
Tú renuncia un amor que te envilece,
que nunca lograrás: tú, miserable,
en vano aqui de una virtud estéril
pretendes hora hacer pomposo alarde:
esa misma virtud, si es que la tienes,
á tu ruina mas pronto ha de llevarte.
¿De un tribuno cual tú la suerte ignoras?
Apréndela de mí, si no la sabes.
Ó dejas que terribles se desborden
cual torrente las iras populares,
ó tiempo llegará que al contenerlas
á tí tambien sus ímpetus te arrastren;
y de ese trono efímero arrojado,
con muerte horrible tus delitos pagues,
aplastando tu frente con su planta
la plebe ingrata y vil que libertaste.
Sábelo, pues; y ten por mas seguro
este mi vaticinio que tus planes.

LAURA. ¡Ah! ¿qué decís, señor...?

CONDE. Basta... Acabemos.
Sal ya de mi presencia.

MASAN. No... Dejadme...
Mas ¿quién nos interrumpe?-¡O Dios! ¡Cataneo!

LAURA. Me llena de terror su cruel semblante.

ESCENA IV.

DICHOS. CATANEO.

CATAN. (*Aparte al entrar.*)
(¡Juntos estan, vive Dios!)

MASAN. ¿Y bien?

CATANEO. Necesito hablarte.

MASAN. Di, pues.

CATANEO. Ha de ser aparte;
haz que salgan estos dos.

MASAN. Señor... (*Al conde.*)

CONDE. A Dios.
LAURA. Permitid
vaya con vos, padre mio.
Masanielo, en tí confio.
MASAN. No temas... Tranquilos id.
(*Vanse Laura y el conde.*)

ESCENA V.

MASANIELO CATANEO.

MASAN. Habla ahora.
CATANEO. El tribunal
me envía...
MASAN. ¿Ya se ha juntado?
CATANEO. Y su fallo ha pronunciado.
MASAN. ¡Tan pronto! ¡Ó Dios! ¿Cuál es, cuál?
CATANEO. La muerte.
MASAN. ¡La muerte!
CATANEO. Sí.
MASAN. ¡Viven los cielos...!
CATANEO. ¿Lo estrañas?
MASAN. No puede ser... tú me engañas.
CATANEO. Mira la sentencia aqui.
MASAN. ¡Traidores! ¿pues no sabeis
que yo libertarle quiero?
CATANEO. Sí; mas la patria es primero.
MASAN. ¿Y lo que á mí me debeis?
CATANEO. ¿A tí?
MASAN. ¿Negarlo osarás?
CATANEO. Lo que tú has hecho, eso hicimos;
y pues gefe te quisimos,
bien pagado de ello estás.
MASAN. Sin mi voto esa sentencia
no puede cumplirse.
CATANEO. No:
por eso la traigo yo.
Fírmala, pues.
MASAN. ¡Qué insolencia!
¿Te has atrevido á creer...?
CATANEO. Que olvidando pasion necia,

quien de patriota se precia
cumplirá con su deber.

MASAN. Deber horrible.

CATANEO. Sagrado.
¿Firmas?

MASAN. No.

CATANEO. ¿Y esa respuesta
daré al tribunal?

MASAN. Sí, esta.

CATANEO. Bien está: yo le diré
que esclavo de un vil amor,
Masanielo es un traidor
sin patriotismo, sin fé.

MASAN. ¡Cataneo, gracias le da
de que soy tu amigo al cielo!

CATANEO. Donde pérfidos recelo,
amigos no veo ya.

MASAN. ¡Yo pérfido!

CATANEO. ¿No lo eres?
Dame la prueba al instante.

MASAN. ¿Que al padre, yo, de mi amante
dé muerte, bárbaro, quieres?

CATANEO. La patria manda, obedece.

MASAN. ¿La obedecieras tú, di?

CATANEO. ¿Quién puede dudarlo? Sí:
todo á su voz enmudece;
y cuando airado la vengo,
haciendo justos castigos,
entonces ni amor, ni amigos,
ni hermanos, ni padres tengo.

MASAN. Pida mi sangre: gustoso
cuanta tengo se la doy.

CATANEO. Otra sangre pide hoy.

MASAN. Es sangre de los vencidos.

CATANEO. De sus tiranos.

MASAN. Lo fueron.

CATANEO. Aun podrán, pues no murieron,
serlo otra vez.

MASAN. Abatidos,
si somos fuertes y honrados,
la frente ya no alzarán.

CATANEO. Mas seguros estarán
en el sepulcro encerrados.
MASAN. Bárbaro, no he de manchar
tan vilmente mi victoria:
yo me armé para la gloria,
mas no para asesinar.
Vé, tus furores son vanos.
Y ¿me hablas de patria, fiera?
No, la patria no venciera
para mudar de tiranos.
¿Qué importa, si sufre, quién
de su mal es la ocasion?
Infames, si nobles, son,
y si plebeyos, tambien.
CATANEO. Y entonces, ¿á qué vencimos?
¿Para que malvados seres
sigan nadando en placeres
mientras nosotros sufrimos?
¡Ó gran generosidad!
¿Es este el cambio dichoso?
¿Es este el fruto precioso
de la ansiada libertad?
¡Gloria, honor, palabras bellas!
Mal nos conoces, Anielo,
si piensas que nuestro anhelo
se satisface con ellas.
Caigan los viles: ya es hora
de saciar nuestras venganzas:
ahoguemos sus esperanzas
hoy en su sangre traidora.
Que en ella tintos nos vean
disfrutando sus festines:
sus tesoros, sus jardines,
sus palacios nuestros sean.
Y llámennos inhumanos;
que al contemplar tal furor,
estremecidos de horror
se ocultarán los tiranos.
MASAN. Si el pueblo cual tú pensara,
lejos de ser su caudillo
quisiera que atroz cuchillo

el pecho me traspasara;
que mi álma, gracias al cielo,
no es feroz cual tú quisieras,
ni para mandar á fieras
ha nacido Masanielo.

CATANEO. Si esa alma es débil, mezquina,
si te falta corazon,
el gefe, tienes razon,
no eres que Dios nos destina.
Cuando esta hazaña emprendiste
consultáras tu valor:
¿entre ternuras y amor
que se alcanzára creiste?
Vé, no pretendas mandar
á hombres de alma y brazo fuerte:
renuncia tan alta suerte,
conténtate con amar.
La muger que te embelesa
vé á gozar lejos de aqui;
que no faltará, sin tí,
quien dé cima á tanta empresa.

MASAN. Ese serás tú.

CATANEO. Quizás.

MASAN. Doy al pueblo el parabien.

CATANEO. Y qué, ¿no podré tambien...?

MASAN. El héroe suyo serás.

CATANEO. Terminemos la pendencia.
¿Nuestro gefe quieres ser?
El conde ha de perecer.
Aqui tienes su sentencia:
pon tu firma.

MASAN. No la pongo:
lo he dicho ya.

CATANEO. Loco estás:
mira que á perderte vas.

MASAN. Mi fama á todo antepongo.

CATANEO. Por tu bien esperaré.
Quede aqui el fallo: un momento
que en ello pienses consiento.
A Dios... Pronto volveré.

(*Deja la sentencia encima de la mesa, y vase.*)

ESCENA VI.

MASANIELO, solo.

MASAN. Vuelve, sí... vuelve, hombre atroz,
que lo mismo le has de hallar...
Y ¡que me ose amenazar
este bárbaro feroz!
¡Ah! Su mirar altanero
demuestra que harto confia...
Y ¡yo el juguete sería
de su maldad...! No, primero...
Mas tiene razon... airado
el pueblo... ¡Y bien...! ¿No soy yo
su gefe? ¿A qué me eligió?
¿Para obedecer postrado
sus pasiones...? ¡Dios! ¿será
que en su horrible profecía
el conde verdad diria?
¡Esto de mí se querrá!
¡Yo verdugo...! ¡Ah! pierdo el tino.
Pues qué, ¿no se ha de poder
de la patria amante ser
sin ser tambien asesino?
Mas si lo manda... si es cierto
que su salvacion, su honor...
¿entre ella y un torpe amor
podré vacilar incierto?
Aunque es horrible suplicio,
aunque me cueste el morir,
¿no es forzoso consentir
por ella este sacrificio?
No, no: tamaña maldad
la patria jamas consiente:
do el crimen alza la frente
no hay patria, no hay libertad.
Pues bien, firmeza mostremos:
es mi causa noble, santa,
y ese furor no me espanta.
Para probarlo, rasguemos...
(*Toma la sentencia y hace ademan de irla á romper. Sale Cafiero precipitadamente y le detiene.*)

ESCENA VII.

MASANIELO. CAFIERO.

CAFIERO. ¿Qué haces?
MASAN. Rasgo este papel.
CAFIERO. Por Dios, no hagas tal bobada.
MASAN. ¿Si supieras...?
CAFIERO. Lo sé todo:
de referírmelo acaba
Cataneo.
MASAN. ¿Y puedes, Cafiero,
aconsejarme...?
CAFIERO. Yo nada
te aconsejo... El lance, amigo,
es apurado... La trampa
se lo lleva todo si...
MASAN. No he de consentir tal mancha.
CAFIERO. No.
MASAN. Es un crimen.
CAFIERO. Una infamia.
MASAN. Horrible.
CAFIERO. Atroz.
MASAN. Que estremece.
CAFIERO. Que aterroriza, que espanta.
MASAN. Que no puedo consentir,
y primero me matara.
CAFIERO. Eso no; que antes...
MASAN. ¿Qué dices?
Tú tambien...
CAFIERO. ¡Diablos! es chanza
harto pesada el morir;
y...
MASAN. ¡Cobarde!
CAFIERO. ¿Yo? ¡Caramba!
Eso de cobarde... Cuando
saqué á Laura de las garras
de aquella gente... Pues digo,
despues en la gran batalla
bien viste como... Quien hace
aquello, no es ningun mandria.

Cabalmente me perezco
por andar á cuchilladas.

MASAN. Sí, pero...

CAFIERO. Yo te diré.
Me intereso por tu Laura
y su padre... No por ellos,
que él al fin es un canalla,
sino por tí... Yo bien sé
hasta dónde un amor raya,
y... vamos, es fuerte trago
para quien de veras ama.

MASAN. ¡Buen Cafiero!

CAFIERO. Bueno, sí;
pero nada se adelanta
con eso... Es preciso ver...

MASAN. Mi resolucion tomada
tengo ya.

CAFIERO. ¿Cuál?

MASAN. La firmeza
en esta ocasion me valga.
Me presento al tribunal,
le echo su crueldad en cara,
rompo ante él esta sentencia,
y con valor...

CAFIERO. ¡Patarata!
¿Remedios heróicos...? Vamos,
tu cabeza está tocada.
¿No adviertes que te perdieras
sin que á los otros salvaras?
Buenos son ellos... Harán
alguna barrabasada
contigo, y despues al conde
matarán, y á su hija.

MASAN. ¿Osaran...?

CAFIERO. Y á cien hijas que tuviera;
sí, que se paran en barras.

MASAN. Pues hagan lo que quisieren,
salvo á lo menos mi fama.

CAFIERO. Bien, pero antes... Más que fuerza
aqui se requiere maña.
¡Qué idea...! sí... sí... ¡famosa!

Y ¡yo que no me acordaba!

MASAN. ¿De qué?

CAFIERO. Ya está libre el conde.

MASAN. ¡Libre!

CAFIERO. Sí.

MASAN. ¡Libre! ¿Me engañas?

CAFIERO. Libre, digo.

MASAN. ¡Ó dicha! ¿Es cierto?
¿Él...? ¿Cómo...? Di... Vamos, habla.

CAFIERO. Firmarás ese papel.

MASAN. ¡Yo!

CAFIERO. La firmarás.

MASAN. Me estraña
que pretendas...

CAFIERO. Firmarás.

MASAN. Nunca.

CAFIERO. Dale, ¡qué machaca!
Firmarás.

MASAN. No.

CAFIERO. Firmarás.
¡Cuando Cafiero lo manda!

MASAN. Pero...

CAFIERO. Dime: á mi custodia
¿no está ahora confiada
la carcel?

MASAN. ¿Y qué?

CAFIERO. Pues bien:
tú firmas...

MASAN. Hombre...

CAFIERO. Cachaza.
Ellos se ponen contentos;
y luego, mientras preparan
el suplicio, saco al conde
callando, y salto de mata.
Vienen, ven que ya escapó
el pájaro de la jaula.
Rabian, gritan, alborotan,
arman terrible asonada;
nos siguen... échale un galgo:
listos serán si me alcanzan.
Tú entre tanto los sosiegas:

la cólera se les pasa:
nosotros estamos libres,
tú servido, y santas pascuas.

MASAN. ¡Ó amigo noble y leal!
¡Cuánto te debo!

CAFIERO. Sí, abraza.
Pero has de firmar, ¿entiendes?

MASAN. Sí, sí.

CAFIERO. No andemos con chanzas.
¿Lo prometes?

MASAN. Lo prometo.

CAFIERO. ¡Cuidado con la palabra!

MASAN. Me cuesta disimular;
pero...

CAFIERO. Que vienen: aparta.

ESCENA VIII.

DICHOS. CATANEO. ARPAYA. GENARO. JUECES.

CAFIERO. Sí, amigo... Este sacrificio
exige de tí la patria:
toda otra voz enmudece
si su santa voz nos habla.
¡Ah! compañeros, venid;
que Masanielo os aguarda
pronto ya á cumplir gustoso
cuanto su deber le manda.

CATANEO. Impaciente por saberlo,
el tribunal me acompaña.
¿Es cierto lo que me anuncia?
(*Á Masanielo.*)

MASAN. Sí.

CATANEO. ¿Luego ya está firmada
la sentencia?

MASAN. No lo está.

CAFIERO. Vuestra presencia esperaba
para hacerlo.

MASAN. Voy al punto.
(*Se acerca á la mesa y se sienta.*)

CATANEO. Mucho estraño esta mudanza.

¿Cómo es que...?

CAFIERO. Le he convencido.

CATANEO. ¿Tú?

CAFIERO. Sí, yo... ¡Jesus, qué cara!

ESCENA IX.

DICHOS. LAURA.

LAURA. Masanielo...

MASAN. ¡Laura! ¡cielos!

CAFIERO. Esta es otra que bien baila.
¿A qué vendrá...?

LAURA. Mas ¡qué miro!
Estos hombres...

CAFIERO. La malvada
lo viene á echar á perder.

LAURA. ¡Ah! sus miradas me espantan.
Masanielo.

MASAN. ¡Ó Dios!

LAURA. ¿Qué es esto?
¿Tiemblas?

MASAN. ¡Yo!

LAURA. ¿Qué tienes?

MASAN. Nada.

LAURA. Algo te turba.

MASAN. No creas.

(*Cafiero se coloca entre los dos. Aparta á Laura y luego se acerca á Masanielo.*)

CAFIERO. Una friolera.—Vaya,
valor.

MASAN. No puedo.

CAFIERO. Por Dios.
Mira...

MASAN. Las fuerzas me faltan.

CAFIERO. ¡Estamos frescos!—Señora,
un negocio de importancia...

CATANEO. Marchaos. (*A Laura.*)

LAURA. Vuestra presencia, (*A Cataneo.*)
monstruo, aqui, terror me causa.

CAFIERO. Vamos, firma. (*A Masanielo.*)

MASAN. Nunca.
CAFIERO. Advierte
que resistirte es matarla.
MASAN. ¡Ah! sí. (*Toma la pluma para firmar.*)
LAURA. ¿Qué papel es ese?
MASAN. (*Tapándolo con ambas manos.*)
No lo mires... Marcha, marcha
lejos de aquí.
LAURA. ¿Tú me arrojas...?
MASAN. ¡Ah! por piedad, vete, Laura.
LAURA. ¿Qué misterio...?
CATANEO. ¿No lo oís?
Salid.
(*La agarra por un brazo para apartarla.*)
LAURA. Dejadme.
CATANEO. Insensata,
¿á qué os empeñais...?
MASAN. (*A Cafiero.*) Amigo,
vé, de este sitio la aparta.
CAFIERO. Sí, pero firma primero.
MASAN. ¿No ves?
CAFIERO. Firma.
MASAN. Tu palabra...
CAFIERO. La cumpliré, pero firma.
MASAN. Ya te obedezco. (*Firma.*)
CAFIERO. ¡A Dios gracias!
(*Corre hácia Laura y procura llevársela.*)
Venid, señora, seguidme.
LAURA. ¿Dónde? ¿A qué?
CAFIERO. Tomas me encarga
que liberte al conde.
LAURA. ¿Es cierto?
CAFIERO. Prudencia... Si os escucharan...
LAURA. ¡Ah! vamos pronto.
CAFIERO. Venid.
(*Cafiero se lleva á Laura. Cataneo se dirige á Masanielo.*)
CATANEO. ¿Y la sentencia?
MASAN. (*Dándosela.*) Tomadla.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una gran plaza. En el fondo hay un arco triunfal hecho con ramas, yerbas y flores. A la izquierda del actor está la entrada de la carcel. A la derecha, en el primer plano, entre otras casas, una con puerta y balcon practicables.

ESCENA PRIMERA.

CAFIERO, algunas gentes del pueblo.

(*Al levantarse el telon se ve á varios trabajadores que estan acabando de adornar el arco con guirnaldas. Habrá algunos grupos de gentes del pueblo.*)

CAFIERO. Ea, chicos, trabajad,
traed guirnaldas, coronas,
todo es poco, voto á brios,
para celebrar la gloria
del héroe que nos liberta
de esclavitud ominosa.

UN HOMBRE. ¿Cuándo empieza la funcion?

CAFIERO. Pronto: dentro de dos horas.
Cuidado que vengais todos
con ramos... Será famosa.
¡Qué triunfo! Igual no se ha visto
desde los tiempos de Roma.
Masanielo pasará
por ese arco en su carroza;
las calles todas colgadas;
luminarias asombrosas;
magnífico... Vamos, vamos,
no hay que pararse... A la obra,
trabajad todos; que aqui

el que no trabaja estorba.
— Mas Laura... Gracias á Dios
que llega... Venid, señora.

ESCENA II.

DICHOS. LAURA. MARÍA. UN HOMBRE.

LAURA. ¡Cuánta gente!
CAFIERO. No temais:
estais segura á mi sombra.
Aquella es la casa... Allí
(*Señalando la de la derecha.*)
podreis estar sin zozobra
hasta la noche. Dispuesta
la fuga está: será pronta
y sin peligro. La gente
que la carcel guarda es toda
de mi eleccion: yo la mando,
y hará cuanto se le imponga.
LAURA. ¿Estais cierto...?
CAFIERO. Son amigos
de los que en todas mis bromas
me acompañan... Yo respondo
de ellos... Entrad... No os conozcan.
Luego que llegue la noche
haremos la escapatoria
y os iremos á buscar.
LAURA. El cielo os proteja.
CAFIERO. ¡Toma!
¿No nos ha de protejer?
Esta es accion meritoria;
y en descuento de mis culpas
se la doy, que no son pocas.
LAURA. ¿Y Masanielo?
CAFIERO. Está ausente.
LAURA. ¡Dios!
CAFIERO. Su ausencia será corta.
Ha ido á Pórtici... No puede
tardar, pues la ceremonia
de su triunfo ya le espera;

y si verla os acomoda,
podreis desde aquel balcon...
Será una funcion hermosa.
Pero ¿qué grupo se acerca?
¡Cataneo! ¿Qué querrá ahora?
Pronto, entrad. — Tú, no te apartes,
María, de tu señora.
(*Al hombre que acompaña.*)
Tú, guíalas, y cuidado:
veremos cómo te portas.

ESCENA III.

CAFIERO. CATANEO. ARPAYA. GENARO. PUEBLO.

CATANEO. Sí, pueblo, serás vengado:
hoy su sangre impura corra.
¿A qué celebrar con fiestas
tu mal segura victoria,
si tus infames tiranos
aún de la existencia gozan?
Mueran primero, y despues
el himno del triunfo entona.
CAFIERO. ¿Qué medita este malvado?
Alguna infernal tramoya...
CATANEO. Cafiero, el pueblo dispone
que perezca sin demora
ese perverso, ese conde
de aborrecible memoria.
Aquí cerca, en el Mercado,
reciba una muerte pronta,
y...
CAFIERO. (¡Cielos!) — ¿Cómo...? ¿Qué conde?
CATANEO. ¿Eso preguntas? ¿Ignoras
quién es?
CAFIERO. Ya se ve, si hay tantos
metidos allí en chirona.
CATANEO. El de Conversano.
CAFIERO. (Pues:
todo mi plan me trastorna.)
— Sí, ya estoy.

CATANEO. Sácalo al punto.
CAFIERO. No puedo, amigo, perdona.
CATANEO. ¿No puedes?
CAFIERO. Todos los presos
estan bajo mi custodia,
y sin que venga una orden...
CATANEO. Esta es su sentencia, toma.
CAFIERO. Bien; pero dar la sentencia
y cumplirla son dos cosas.
CATANEO. El tribunal lo dispone:
á él solo cumplirla toca.
CAFIERO. (¡Cómo apura!)—Masanielo
me mandó...
CATANEO. ¿Qué nos importa
lo que él mande? Aqui del pueblo
se obedece la ley sola:
si resistes, entraremos,
y de una manera ó de otra...
CAFIERO. Qué, si yo no me resisto...
(¡Mala centella te coja!)
Al contrario, lo deseo...
La alegría me rebosa...
y tendré un gusto en mirar
cómo le... Yo por la forma
lo decia, como soy
responsable... ¿Y á qué hora?
CATANEO. ¿No lo oyes? Ahora mismo:
alli, en el Mercado.
CAFIERO. (¡Sopla!)
CATANEO. Con que...
CAFIERO. Sí... ya voy... ¡Qué gozo
el ver cómo le acogotan!
Yo mismo seré capaz...
CATANEO. ¿Qué gente tienes?
CAFIERO. Famosa:
toda del puerto.
CATANEO. Está bien:
encárgate de la obra...
Le llevarás al suplicio.
CAFIERO. ¿Quién...? ¿Yo?
CATANEO. Sí... tú.

CAFIERO. Me acomoda.—
(Ya respiro... Tal vez...)—¡Bueno!
¡Ó qué tiros en la cholla
voy á encajar del vejete!—
(¿Cómo haré...?)

CATANEO. ¿Vas?

CAFIERO. (Dale, bola;
¡qué prisa!)—Voy.—(Pues señor,
pecho al agua y arda Troya.)
(*Entra en la carcel.*)

ESCENA IV.

CATANEO. ARPAYA. GENARO. PUEBLO.

CATANEO. No hay tiempo, no, que perder.
Ó triunfa nuestro enemigo,
ó pronta de este castigo
la ejecucion ha de ser.
Evitemos la presencia,
amigos, de Masanielo;
pues no calma mi recelo
que firmase la sentencia.
Harto resistió; y sus ojos,
que en cólera oculta ardian,
al dármela descubrian
mal reprimidos enojos.
No hay duda: fue su intencion
burlarnos; mas piensa mal
si piensa del tribunal
engañar la prevision.
Si salvarle pretendia,
mas pronta nuestra venganza...

ARPAYA. Es injusta desconfianza;
pues ¿cómo Anielo podria...?

CATANEO. Torpe pasion le avasalla;
y donde manda el amor,
á su halago seductor
la voz de la patria calla.
¿Lo creereis? Odiosos lazos
ha proyectado formar,

y amante hoy mismo estrechar
á esa familia en sus brazos.
Entonces ya no será
el humilde pescador;
será el soberbio señor
que siervos nos llamará;
y del pueblo renegando
en infame apostasía...

ARPAYA. Cierta su muerte sería.

GENARO. Otra vez al yugo infando
la cerviz no doblaremos.

CATANEO. No, amigos, antes morir;
ó antes, mas bien, abatir
al insolente debemos.
Mostrémosle en esta accion
dó nuestro poder alcanza;
y pierda asi la esperanza
que alimenta su traicion.

ESCENA V.

DICHOS. CAFIERO. EL CONDE. Luego LAURA y MARÍA.

CATANEO. (*A Cafiero, que sale.*)
¡Y bien! ¿Cuándo acabarás?

CAFIERO. Ya sale el hombre... Miradle.

(*Sale el conde rodeado de una escolta armada con arcabuces. Al verle el pueblo se alborota.*)

VOCES. ¡Él es!

OTRAS. ¡Tirano!

OTRAS. Matadle.

CAFIERO. (*Alejando el pueblo que se acerca al conde.*)
Ea, poco á poco... atras:
ved que al que se acerque...

VOCES. ¡Muera!

CAFIERO. Canalla, vamos callando.
(*A los de la escolta.*)
Vosotros, id despejando.

(*Algunos hombres de la escolta alejan al pueblo. Laura, oyendo los gritos, se asoma al balcon, reconoce á su padre y baja precipitada.*)

LAURA. ¿Qué voces son estas?

CAFIERO. Fuera. (*Al pueblo.*)

LAURA. ¡Cielos! ¡Mi padre!

CAFIERO. (*A la escolta.*) Marchemos.

LAURA. ¡Y le llevan á morir!

CAFIERO. A mi lado debeis ir: (*Bajo al conde.*)
luego que al punto lleguemos...

CATANEO. ¡Con qué arrogancia camina!
En estos hombres odiados
aun cuando estan humillados
el fiero orgullo domina.
Veníd... sigamos. (*A Arpaya y Genaro.*)

(*Sale Laura seguida de María, que procura detenerla.*)

MARÍA. ¿Qué haceis?

LAURA. Déjame... quiero...

MARÍA. Mirad...

LAURA. Verdugos... tened... ¡piedad!

MARÍA. Ved, señora, que os perdeis.

LAURA. ¡Piedad, que es mi padre!

CAFIERO. (¡Ó cielo!
¡Laura!)

CONDE. ¡Mi hija!

LAURA. ¡Compasion!
¡Padre!

CATANEO. ¡Su hija...! ¡Maldicion!
Señora, vano recelo...

LAURA. Dejadme, dejadme vos.
(*A Cataneo con indignacion.*)

CONDE. ¿A qué vienes, hija, á qué?

CATANEO. Idos.

LAURA. Sí, sí: ya lo sé:
quereis matarle... ¡Gran Dios!
No será... no... no lo quiero...
(*Abrazándole.*)
Primero me hareis pedazos
que arrancarle de mis brazos...
Sí, matadme á mí primero.

CONDE. ¡Hija...!

LAURA. Pero ¿dónde está?
(*Mirando al rededor.*)

CATANEO. ¿Quién?

LAURA. Masaniello... Sí... ¿dónde,
dónde está...? ¿Por qué se esconde?
CONDE. Mira el pago que te da:
ese el amante sensible
es á quien tu amor se inclina;
el que á tu padre asesina.
LAURA. ¡Ah! ¿qué decís...? No es posible...
¿Dó está...? Llamadle... Marchad...
Salvarle me prometió.
CONDE. El pérfido te engañó.
CATANEO. Cumplimos su voluntad.
LAURA. Mentís... Tanta alevosía...
CONDE. Pierde esa necia ilusion,
y sobre él tu maldicion
caiga cual cae la mia.
A este precio te perdono;
y un padre su amor te deja,
rogando á Dios te proteja
en tu mísero abandono.
A Dios... Vamos.
LAURA. Aguardad.
No es vana, no, mi esperanza.
CATANEO. ¡Ó qué enojosa tardanza!
¿En qué os deteneis? Marchad.
LAURA. No le arrancareis de aqui.
CATANEO. Separadlos.
LAURA. ¡Monstruo fiero!
¿Te atreves...?
CONDE. ¡Hija!
LAURA. No quiero...
Dejadme... no... no... ¡ay de mí!
(*Separan á Laura de su padre á pesar de sus esfuerzos, y cae al suelo desmayada. María acude á socorrerla.*)
CATANEO. Llevadle, y sin mas tardar...
(*Cafiero y su escolta se marchan llevándose al conde. Le sigue una parte del pueblo: otra se queda.*)
MARÍA. Se ha desmayado.
CATANEO. (*A los suyos.*) Dejadla,
y sigamos...
MARÍA. Amparadla.

CATANEO. Es preciso apresurar...
ARPAYA. ¡Dios! ¿No es aquel Masanielo?
CATANEO. ¿Qué dices?
ARPAYA. Mírale, sí,
encaminándose aqui.
CATANEO. ¡Él es...! Confúndame el cielo.
Retirad á esa muger.
¡Ó funesto contratiempo!
Pero ya no será tiempo;
vendrá á verle perecer.

ESCENA VI.

MASANIELO. CATANEO. ARPAYA. GENARO. LAURA. MARÍA. PUEBLO.

MASAN. ¿Qué es esto...? ¡Qué rumor...! ¿Adónde corre
aquel pueblo en tropel...? ¿Por qué os encuentro
agitados, confusos...? ¿Qué peligro
nos amenaza...? En fin, decid, ¿qué es esto?
CATAN. Que ya impaciente, de aguardar cansado,
á vengar sus agravios corre el pueblo.
MASAN. ¡Cómo...! ¿Qué nuevo crimen...?
(*Reparando en Luara, que empieza á volver en sí sostenida por María.*)
Mas ¿qué miro?
¡Una muger!
LAURA. (*Volviendo en sí.*)
¡Ay Dios!
MASAN. ¿Quién es? ¡Ó cielos!
¡Laura! ¡Laura!
CATAN. Ella es.
MASAN. ¡En cuál estado!
¡Bárbaros, por vosotros...! ¿Qué habeis hecho?
¡Ah! vuelve en tí, mi bien, ya nada temas;
que á tu lado se encuentra Masanielo.
LAURA. Deteneos... crueles... perdonadle...
No le mateis... piedad... piedad os ruego...
MASAN. ¿Qué escucho...? ¡Santo Dios! ¡Sospecha horrible!
Habla, Laura... yo soy... Habla.
LAURA. ¿Qué veo?

¡Masaniello...! ¡Ó placer! ¡Mi padre...! pronto...
¡Mi padre!

MASAN. ¡Cómo!

LAURA. Sí... ¡mi padre!

MASAN. (*Con furor.*) Entiendo.

LAURA. ¡Mi padre...! Alli... alli... Quieren matarle.

MASAN. ¡Ó rabia...! ¡Infame, tú...! (*A Cataneo.*)

CATAN. ¿Qué culpa tengo?
Tus órdenes cumplí.

MASAN. ¿Y osas, malvado...?

LAURA. ¡Él...! ¿Quién...? ¡Él!

CATAN. Sí... Mirad... Ved este pliego
La sentencia del conde... y esta firma,
¿la conoceis?

MASAN. ¡Cataneo!

LAURA. ¡Ó Dios...! ¡Es cierto!
¡Es la suya! ¡Ó maldad!

MASAN. Laura, no creas...

LAURA. Aparta.

MASAN. Mas ¡ó Dios...! Aun será tiempo...
Sí... sí... corramos... ¡Ay! (*Óyese una descarga.*)

LAURA. ¡Ah! ¡Ya no existe!

MASAN. ¡No existe...! ¿Qué, esos tiros...?

LAURA. Sí, perverso.
Sí, monstruo, alégrate... Por fin, cumplióse
tu pérfida traicion... Mi padre ha muerto.

MASAN. ¡Ha muerto! ¡Ha muerto...! Y yo...

LAURA. Por tí, asesino.
¡Y te he podido amar...! ¡Amor funesto,
horrible, detestable...! Vé, malvado;
si te quise una vez, ya te aborrezco.

MASAN. ¡Tú, Laura, tú...! ¡A mí!

LAURA. Sí, lo repito,
monstruo digno de horror... Sí... te detesto.
Huye lejos de mí... Tu amor maldigo,
y mi amor criminal maldigo á un tiempo.
Asi sobre tu frente abominable
el rayo vengador lancen los cielos. (*Vase.*)

MASAN. ¡Ah!

ESCENA VII.

DICHOS, menos LAURA y MARÍA.

(*Masanielo al decir* ¡Ah! *habrá quedado como anonadado, sostenido por alguno de los suyos. Permanece en esta situacion algun tiempo, y despues, como volviendo poco á poco en sí, se manifiesta acometido de un repentino delirio.*)

MASAN. ¡Te aborrezco...! ¡Te aborrezco... ¡Horrible,
horrible voz...! ¿Por qué cuál hondo trueno
aqui resuena, aqui...? ¿Qué nube es esta
que me ofusca el mirar...? ¿Qué enorme peso...?
¡Aborrecer...! ¿Quién...? ¡Ella...! No, mentira...
No es cierto... me engañé... Sin duda es sueño...
pero ¡qué sueño atroz...! Si verdad fuese...
¡Ah! toda mi razon... No, no lo creo.
Mas yo lo oí. Decid... ¿lo habeis oido
tambien vosotros...? ¡Qué...! ¿Guardais silencio?
Pérfidos, ¿lo creereis...? ¿Pues por ventura
que me adora ignorais? Huid, perversos.
Vosotros sois los que intentais aleves
arrancarme su amor... ¡Vano proyecto!
No lo conseguireis... siempre mas viva
esta llama feliz arde en su pecho.
Preguntádselo, sí. Mas ¿dó se encuentra?
¿No estaba ahora aqui...? ¿Por qué tan lejos...?
¿Quién me la osó robar...? ¿Sereis vosotros?
Id, buscadla, corred.—¡Ah! ¡ya la veo!
Llega, Laura, bien mio, ven y diles
que me amas, que me adoras.—¡Dios! ¿qué es esto?
A tus plantas tendido, destrozado,
de tí me aparta ensangrentado cuerpo.
¡Es tu padre...! Su sangre hirviente corre...
A mí la arrojas; y en airado acento,
oigo otra vez tus labios que repiten
esa terrible voz ¡yo te aborrezco!

CATAN. Infeliz, su razon le ha abandonado.

MASAN. Pues bien, ódiame, sí... Ese odio acepto.
Amor, dichas, placer... á Dios... Renuncio

para siempre á vosotros... solo quiero
vivir ya para odiar... pero mis odios,
temblad todos, temblad, serán funestos.
Pues tú me los arrojas, los recojo,
y los vuelvo á mi vez al mundo entero.
¿Qué haceis ahí vosotros? ¿Por qué os miro
ociosos? ¿Qué esperais...? ¿No hay ya protervos
á quienes castigar? ¿No hay ya venganzas?
¿Cómo tan tibio estás, airado pueblo?
Caigan esos palacios que te insultan;
sus doradas techumbres trague el fuego;
dispersad las riquezas que atesoran,
y esterminad á sus altivos dueños.
Id, yo lo mando... Que las manos vuestras
esgriman sin piedad la tea, el hierro;
y eternas ruinas desde hoy mas el nombre
recuerden con horror de Masanielo.

CATAN. Sí, sí: marchad, obedeced... es justo:
al mundo dad este terrible ejemplo.

VOCES. Vamos.

CATAN. ¡A la venganza!

VOCES. ¡Al esterminio!

CATAN. Pueblo, no haya piedad.

VOCES. No... no... marchemos.

(*El pueblo se dispersa, y al cabo de algun rato se ven por todos lados las llamas de un incendio que aumenta por grados. Masanielo ha vuelto á quedar sumido en un profundo abatimiento.*)

CATAN. (*A Masanielo.*)
Ahora el gefe de mandarnos digno
en tí ya reconozco... Tu alto puesto
supiste merecer... Te espera el triunfo.
Ven, sígueme, que allí...

MASAN. (*Distraido.*) Di... ¿Será cierto
que Laura me aborrece?

CATAN. ¡Qué delirio!
Ven, desecha ese vano pensamiento.
Mira el carro triunfal. (*Señalando al fondo.*)

MASAN. Tal vez al verme
sentado en él, su amor arda de nuevo.
¡Es tan bella la gloria! Mas ¿qué llamas...?

CATAN. Las mandaste encender.

MASAN. ¿Yo...? No me acuerdo.
Pero sí... vamos... sí... Las luminarias
de mi triunfo serán...

(*Da algunos pasos, vuelve á caer en su abatimiento, y dice con dolor y amargura:*)

¡Yo te detesto!

(*Catanco le coge por el brazo y se lo lleva, dejándose él ir maquinalmente.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE. CAFIERO. Luego MASANIELO en el carro triunfal. PUEBLO.

(*Todo el pueblo se agolpa hácia el fondo; y apenas se ha marchado Masanielo, aparecen en el proscenio Cafiero y el conde disfrazado. Empieza á anochecer.*)

CAF. Venid, señor, venid... Por fin logramos
engañar su furor.

CONDE. ¡Cuánto te debo!

CAF. Huyamos de ese pueblo enfurecido.
¿Oís sus voces? (*Se oyen dentro voces y vivas.*)

CONDE. Sí... Pero ¡qué incendio!

CAF. Es cierto... ¿Qué será?—Mirad.

CONDE. ¡Ó asombro!
¡Masanielo triunfante!

CAF. Huyamos luego.

(*Masanielo aparece por el fondo en el carro triunfal. Le rodea el pueblo, llevando ramas, palmas y teas, y victoreándole. El incendio aumenta. El conde y Cafiero huyen apresuradamente atravesando el proscenio.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

El teatro representa un jardin: á un lado un pabellon: hácia el fondo el palacio del conde: en medio, cerca del proscenio, un grupo de árboles con un asiento al pie.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. UN MARINERO.

(*Salen el conde y el marinero del pabellon. El primero leyendo una carta.*)

CONDE. (*Lee.*) Milagroso es el modo con que os habeis libertado del furor de esos asesinos. Vuestra vida, sin embargo, peligrará en tanto que permanezcais ahí, por muy oculto que esteis. Hoy mismo deben llegar fuerzas suficientes para atacar á los rebeldes. Venid, pues, sin tardanza á este castillo, donde en breve podrá ser útil la presencia de tan buen servidor del rey. Vuestro.=*El duque de Arcos.*

¿Teneis cerca vuestra lancha?

MARIN. Ahí en esa orilla está atracada.

CONDE. ¿Me podreis sin riesgo alguno llevar á Castel dell Ovo?

MARIN. Puedo.

CONDE. Pues bien, id, y me esperad.

(*Vase el marinero.*)

ESCENA II.

EL CONDE, solo.

CONDE. Es preciso no perder
esta ocasion... ¿Si vendrá
Laura...? Infeliz, ¡cuál quedó!
¡En un deliquio mortal
sumergida...! En ella, al fin,
venció el cariño filial;
y hora ya desengañada,
sumisa obedecerá...
Mas héla aqui.

ESCENA III.

EL CONDE. LAURA. CAFIERO.

LAURA. (*Llega corriendo y se arroja en los brazos del conde.*)
¡Padre!
CONDE. ¡Hija!
LAURA. Padre querido, ¿es verdad
que os vuelvo á ver? Permitid
que cien veces y cien mas
os estreche entre mis brazos...
¿No es ilusion? ¡Vivo estais!
¡Vivo, sí!
CONDE. Dale las gracias
primero á Dios, que guardar
quiso mi vida, y despues...
LAURA. ¡Ah! ¿cómo recompensar...?
CAFIERO. Dejaos de eso... Fue idea
escelente, voto á tal;
pero no mia, que tanto
no discurro yo jamas.
Es lance que ha pocos dias
á un amigo oí contar,
y sucedió... ¿dónde...? ¿dónde...?
no me acuerdo... ¿qué mas da?
Hice de él memoria, y dije:
¿este caso no es igual?

Pues lo mismo hagamos... Tiren
con pólvora nada mas:
fínjase muerto al oir
los tiros, y estamos ya
fuera del paso... Ello es cierto
que favoreció mi plan
el barullo que se armó
al presentarse Tomas;
y luego el incendio, el triunfo...
En fin, se pudo escapar.

CONDE. Entre los males que afligen
á esta infeliz capital,
este rasgo de heroismo
consuela la humanidad.
Sin el premio que merece
el rey no lo dejará;
yo mismo...

CAFIERO. Sí, pero ahora
en lo que debeis pensar
es en huir. Alterado
el pueblo otra vez está.
Intentó vuestro cadáver
despues del triunfo arrastrar:
buscólo: uno de los mios
les contó el lance, y estan
que braman.

LAURA. Marchaos.

CONDE. Sí.
Vamos, hija.

CAFIERO. ¿Qué, se va
con vos? Pues yo imaginaba...

CONDE. ¿Por ventura lo dudais?

CAFIERO. ¿Y mi amigo?

CONDE. ¿Masanielo?

LAURA. ¡Ah! no volvais á nombrar
á ese infame.

CAFIERO. ¿Qué decís?
¿Vos ese pago le dais?

LAURA. ¿Qué otro merece un traidor
asesino y desleal?

CAFIERO. ¡Asesino! ¿Cómo es eso?

¡Él! ¡Masanielo...! Mirad...
Cuidado, que hasta ese punto
las chanzas pueden llegar.
¡Despues que él os ha salvado!

LAURA. ¿Quién? ¿Él?

CAFIERO. Él.

LAURA. ¿Será verdad?

CAFIERO. Como que si no es por él,
estais en la eternidad.

LAURA. ¿Lo veis...? Bien me lo decia
el corazon, que capaz
no era de... ¡Que haya podido
un solo instante dudar...!
¡Infeliz!

CAFIERO. Bien infeliz:
teneis razon.

LAURA. ¿Qué?

CAFIERO. ¿Ignorais
el estado en que se encuentra?

LAURA. ¿Qué le ha sucedido? Hablad.

CAFIERO. Tal impresion en su mente
hizo el suceso fatal,
que desde ayer la razon
le ha trastornado el pesar.
Perdido el juicio, do quiera
corriendo cual loco va.
Ora llora, ora sonríe,
ora se pone á gritar,
ora taciturno espanta
con triste y sombría faz.
Os llama, y mas se enfurece
vuestro nombre al pronunciar.

LAURA. ¡Santo Dios! Yo soy la causa...

CAFIERO. Pero alli viene: mirad.

LAURA. ¡Que á tal estremo el dolor...!
¡Oh! ¡cuán demudado está!

ESCENA IV.

DICHOS. MASANIELO.

LAURA. ¡Masanielo!

MASAN. ¿Quién me llama?
¿Quiénes sois?
LAURA. ¿Tú lo preguntas?
¿No me conoces?
CAFIERO. A nadie.
MASAN. ¿Yo...? ¿á tí...? No te vi nunca.
LAURA. ¿Ya no conoces á Laura?
MASAN. ¡Laura!
LAURA. Yo soy.
MASAN. ¡Qué fortuna!
¡Tú Laura...! Ven.—Embustera:
no lo eres, no... tú te burlas.
Laura está lejos de aquí;
muy lejos... Voy en su busca.
CONDE. ¡Infeliz!
MASAN. Y vos, ¿quién sois?
¡Ah! ya lo sé... Sois sin duda
de Francia el embajador.
CONDE. ¿Yo?
MASAN. Pues hablad: ya os escucha
el dux... ¿Reconoce al fin
el francés nuestra república?
CAFIERO. ¡Por dónde sale!
MASAN. Decid
á vuestro amo que quien jura
ser libre, cual lo juramos,
pactos tan viles rehusa:
ó vence, ó bien en la empresa
entre ruinas se sepulta.
CAFIERO. ¡Qué embajador, ni qué... Mira
que es el conde...
MASAN. ¡El conde! ¡Ó furia!
¡El conde! ¿Quién hay aquí
que su muerte me atribuya?
¿Sois vosotros...? No, perversos,
mentís.
CAFIERO. Si nadie te acusa...
MASAN. Mentís... es falso... jamas...
Me engañaron... ¡maldad suma!
Yo libertarle quería;
y un traidor, Dios le confunda,

fingiendo amistad, osó...

CAFIERO. No le hagas tal injuria.
Al contrario.

MASAN. ¡Ah! Vele aqui.
¿Dónde, malvado, te ocultas?
Hallete al fin... Morirás,
y entre mis manos robustas...

(*Se abalanza á él, y le agarra á la garganta.*)

CONDE. ¿Qué haceis?

CAFIERO. Quita.

LAURA. ¡Masaniclo!

(*Laura pronuncia esta palabra fuertemente. Masaniclo suelta á Cafiero, y se pone á escuchar como reconociendo la voz.*)

MASAN. ¡Qué voz...! ¿Oís...? Es la suya.
Ella es, sí, que me llama.
¡Me llama...! ¡Laura...! ¡Ó ventura!
Voy... voy... no me detengais.
Voy... voy... voy... (*Vase.*)

ESCENA V.

LAURA. EL CONDE. CAFIERO.

LAURA. ¡Fatal locura!
¡Ah! Yo le sigo.

CONDE. ¿Qué intentas?
Pensemos solo en la fuga.

LAURA. ¡Y he de dejarle?

CONDE. Es forzoso.
El justo cielo que turba
su razon, sabrá volvérsela
luego que á sus fines cumpla.

LAURA. Y nosotros que la causa
somos de su desventura,
¿no tenemos que cumplir
tambien deberes? ¡Ah! nunca...

CONDE. Incauta, piensa en los riesgos
que aqui do quier nos circundan.

LAURA. Aunque la vida me cueste,
á mí ninguno me asusta.

CONDE. Y ¿tu padre?

LAURA. ¡Vos...! Es cierto...
CONDE. Sígueme... vamos.
LAURA. ¡Ó dura
necesidad...! Atended...
CONDE. ¿Qué?
LAURA. Tal vez...
CONDE. ¡Ah! tú rehusas...
LAURA. No, disponed de mi suerte;
que aunque mi pasion es mucha,
en mí la voz...
CAFIERO. Poco á poco:
¿y aqui á nadie se consulta?
CONDE. ¿Cómo?
CAFIERO. Que contando estais
sin la huéspeda.—Él huya
cuando guste, pero vos,
eso no.
CONDE. ¿Quién dificulta
su partida?
CAFIERO. Yo.
CONDE. ¿Vos?
CAFIERO. Sí.
Sé muy bien que esto no os gusta;
pero mi amigo es primero.
CONDE. ¿Y mi autoridad?
CAFIERO. Es nula.
Aqui mandamos nosotros.
Si os sigue, adios: las afufa
para siempre, y nos quedamos
sin novia.
CONDE. ¿Y con su locura
insistís...?
CAFIERO. Sí: por lo mismo.
Pues ella el juicio le ofusca,
ella es quien le ha de curar.
Los físicos lo aseguran.
LAURA. ¿De veras?
CAFIERO. Cierto... Ya veis...
LAURA. Entonces...
CONDE. (¡Negra fortuna! (*Aparte.*)
Mas disimulemos... Pronto

volveré.)

CAFIERO. Luego, la fuga
de los dos os espondrá
á que por ella os descubran.
Dejadla: la cuidaremos.
No somos ninguna chusma
intratable y descortés:
gastamos tambien finura
con las damas.

CONDE. Bien está:
como por su parte cumpla
cual debe...

CAFIERO. Mas ¿no es Cataneo
aquel...? Sí, él es... ¡Qué diablura!
Esto es malo... Si os descubre...
Marchad, marchad... La falúa
os está esperando... Pronto,
que aqui se acerca... Él os busca
sin duda... Yo aqui me quedo
para contener su furia.

(*Vanse el conde y Laura.*)

ESCENA VI.

CAFIERO. CATANEO.

CATANEO. ¿Quién es aquel que va allí?

CAFIERO. Un pescador. ¿No lo ves
por el trage?

CATANEO. Y ella es
Laura.

CAFIERO. Ya se ve que sí.

CATANEO. ¿Dónde va?

CAFIERO. Se va á embarcar.

CATANEO. Aquel es su padre.

CAFIERO. ¡Bien!
¿Estás en tu juicio? ¿Y quién
le pudo resucitar?

CATANEO. Alcanzándole sabremos...

CAFIERO. Atras: de aqui nadie pasa.

CATANEO. La ira el pecho me abrasa.

¡Traidor!

CAFIERO. No nos sofoquemos.
Soy testarudo, lo sabes;
y es empeño que he formado.

CATANEO. Sí, porque tú le has salvado.

CAFIERO. Pues siendo asi, que me alabes
justo será.

CATANEO. ¿Yo?

CAFIERO. Sin duda.
¿No fuera laudable accion?

CATANEO. No fuera sino traicion.

CAFIERO. La palabra es algo cruda.
Mas que sea ó no bien hecho,
le he salvado, sí señor;
y ¿qué tenemos...? ¡Traidor!
Pues si lo soy, buen provecho
me haga... pues... ¡Habráse visto!

CATANEO. Si hubieras sido capaz...

CAFIERO. Tengamos la fiesta en paz;
porque sino ¡vive Cristo...!

CATANEO. ¿Me amenazas?

CAFIERO. No que no.
¡Con fieros á mí me vienes!
Si tú buenos puños tienes,
buenos puños tengo yo.
Veremos quién puede mas.
Pero mírale embarcado.
Pese á tí, ya se ha salvado.
A Dios, señor Fierabrás. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CATANEO, solo.

CATANEO. Me ha burlado, vive Dios;
mas, ó corazon, respira,
que víctimas de tu ira
hoy mismo serán los dos.
A un rival aborrecido
demos el golpe funesto:
derroquémosle del puesto

por mí tan apetecido.
Te libraste de la muerte,
conde, y me debo alegrar,
si otra sangre, en tu lugar,
que mas me importa, se vierte.
Se verterá; que ya tengo
las pruebas de la traicion.
Albricias, pues, ambicion,
venciste... ¿A qué me detengo?
Solamente un paso ya
le falta dar á mi encono:
vamos á darlo, y el trono
de Italia mio será. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

LAURA. MASANIELO.

(*Sale Laura observando á Catanco que se marcha.*)

LAURA. ¡Ah! ya se fue... respiro... Al fin mi padre
las olas hiende en salvadora barca.
Protejedle, Dios mio; y de sus iras
el tiempo calmará la adusta saña.
Sí, yo lo espero: en sus paternos brazos
algun dia tal vez... ¡Ilusion vana!
¡Masanielo infeliz! Hoy tu locura
la flor vino á agostar de mi esperanza.
Pero aqui se dirige.—¡Quién me diera
sus males disipar!

(*Sale Masanielo lentamente, pensativo y triste; y sin reparar en nada se viene á sentar en el banco.*)

MASAN. No pude hallarla...
No pude... no... y el bosque he recorrido,
y el vergel, y el palacio... nada... nada...
Ella fue, sin embargo... su voz era
la que aqui resonó... su voz tan grata...
aquella voz que el corazon conmueve...
No me pude engañar.

LAURA. No te engañabas.
Era ella.

MASAN. (*Levantándose.*)
¡Otra vez...! ¡Ó dicha...! ¿Dónde,
dónde estás...? ¿Eres tú...? No, no eres Laura.
LAURA. ¡Oh! sí.
MASAN. Vete.
LAURA. ¡Cruel! ¿Me desconoces?
MASAN. ¡Ah! ya comprendo... ¿Con que tú eres, falsa,
quien fingiendo su voz...?
LAURA. Cálmate: el cielo
para aliviar tu pena aqui me manda.
MASAN. ¿A tí?
LAURA. Benigno de tu mal se duele,
y lo quiere templar... La dulce calma
vuelva á tu pecho, y la razon perdida
de nuevo infunda su divina llama
en tu estraviada mente... Ó Masanielo,
¿quién compasivo al verte no llorara?
MASAN. Sí... sí... prosigue... que al oirte siento
un consuelo, un placer... No calles... habla...
habla.
LAURA. No puedo... que mi voz... el llanto...
(*Le toma una mano y llora sobre ella.*)
MASAN. ¿Qué haces...? ¡Llanto feliz...! ¡Cómo derrama
en mí dulce calor...! Dime: ¿quién eres?
Tal vez un angel que del cielo baja
á consolarme... Sí... tan solo un angel
es hermoso cual tú... ¡Qué tez nevada!
¡qué rostro celestial...! ¡qué bellas formas...!
¡Cuál tu ardiente mirar penetra el alma!
Dime quién eres, sí.
LAURA. ¡Que no conozcas
á la que amante fiel...
MASAN. Necia, ¿tú amas?
¡Ah! Yo tambien amé... Quise á una hermosa...
Tenia tu mirar... Y améla ¡ingrata!
cual no se puede amar... con un delirio,
un ciego frenesí que nadie iguala.
Pues bien... ¿podrás creerlo...? me aborrece...
me aborrece... ella misma...
LAURA. No, te engañas.
MASAN. Pero su odio es fatal... Sí, todo un pueblo

ese aborrecimiento ahora me paga;
y en mi furor...

LAURA. ¿Qué hiciste? No son esas
las pruebas que á tu amor le pide Laura.

MASAN. ¡Laura...! Su nombre es ese... ¿La conoces?

LAURA. Laura siempre te adora, te idolatra.

MASAN. ¿Qué dices...? ¿Ella...? ¡A mí!

LAURA. Sí.

MASAN. ¿Será cierto?
No me engañes... por Dios... fuera una infamia.
Repítemelo... sí...

LAURA. ¿Cómo decirte
que arde y muere por tí la desdichada?

MASAN. ¡Ah! me mata el placer... Mas ¿cómo sabes...?

LAURA. ¿No ves que ella está aquí, que ella te abraza;
que esta voz es su voz, este su llanto?
¡Ah! cruel: mis gemidos, mis palabras,
¿no te dijeron ya que aquí la tienes?
¿Nada tu corazon te dice, nada?
Mírame... mírame.

MASAN. ¡Dios...! ¡tú...! sí... ¡cielos!
¡Ella es! ¡ella es!
(*Se arroja en sus brazos con entusiasmo.*)
¡Prenda del alma!
Mas ¿qué es esto? El placer... siento... sostènme...
¡Ay! yo fallezco.
(*Cae desfallecido á los pies de Laura.*)

LAURA. ¡Santo Dios! Le faltan
las fuerzas... Nadie aquí... Mi bien... ¡Ah! vuelve,
vuelve en tí... Masanielo.

MASAN. (*Volviendo poco á poco en sí.*)
¿Quién me llama?

LAURA. ¡Masanielo!

MASAN. ¿Eres tú... Laura... bien mio?
¿Qué es esto...? ¿Dónde estoy?

LAURA. Ven, ven... descansa.
(*Le conduce al banco y se sientan los dos.*)

MASAN. ¿Qué es lo que pasa en mí...? de ante mis ojos
un espeso vapor pienso que apartan...
Mas puro el aire me parece... el pecho
facil respira... el corazon se ensancha...—

¿Con que eres tú?—¡Gran Dios! Sin duda un sueño
he debido tener... pero, ó mi Laura,
qué sueño tan horrible.—Di... ¿tu padre...?

LAURA. Mi padre vive.

MASAN. ¿Sí...? pues yo jurara...
pero no pudo ser.

LAURA. Olvida, amigo,
esas tristes ideas.

MASAN. Y tú... ¿me amas?

LAURA. ¿Aun puedes preguntarlo?

MASAN. Es que... ¡locura!

LAURA. A tu lado me ves, y ¿esto no basta?

MASAN. Es verdad... es verdad... Mas no sé cómo...

LAURA. ¿A qué en eso pensar...? De esta enramada
mas bien contempla el espesor sombrío,
y las flores brillantes que embalsaman
el aire en derredor, y de aquel cielo
el apacible azul, y de esas aguas
el grato murmurar, y esta frescura
que esparcen por do quier suaves auras.
Goza de tantos bienes que tu pena
sabrán desvanecer.

MASAN. Sí... sí... me agradan;
pero háblame de tí, de tí, bien mio;
que esto solo y no mas quiero con ansia.

LAURA. Pues bien, llégate aqui... Diráte el labio
cien veces y otras cien que te idolatra
este fiel corazon que por tí solo
arde, palpita y en amor se abrasa:
dirá que eres el bien tras que suspiro,
que todo mi existir conmueve, encanta,
por quien sin vacilar diera al desprecio
el brillante esplendor de cien monarcas.
¿Qué á mí su pompa? Cuando al lado mio
te encuentro, nada á mis deseos falta.
Pendiente de tus labios, oigo, adoro
tu dulce razonar embelesada,
y en ese fuego que en tus ojos brilla
bebo el ardor que el corazon me inflama.
Entonces la existencia me parece
veces mil mas hermosa y mil mas grata:

dije mal: solo entonces sé que existo;
pues donde tú no estás la vida acaba.
Sí, tu vida es mi vida: no respiro
sino porque hasta mí tu aliento pasa.

MASAN. Y yo, triste de mí, ¿qué fuera, dime,
si con igual pasion no te adorara?
Tampoco antes de verte yo existia,
porque solo al amar vida se llama:
no amar cual suelen los vulgares pechos,
con tibio fuego en insensible calma,
sino con el furor que en hombres fuertes
su eterna gloria ó su desdicha labra.
Mil veces en mis sueños ambiciosos
postrado el mundo ansié ver á mis plantas,
y tales sueños no creí posibles
sino cuando tu amor me dió sus alas.
Entonces, sí, desde mi humilde choza,
á impulsos del ardor que me arrebata,
desafio á los reyes, y á mis golpes
deshecho en ruinas su poder se aplana;
que esto y mas puede hacer quien feliz debe
el vigor que le anima á tus miradas.
Sin tí un oscuro pescador yo fuera;
hora al cielo por tí mi frente se alza;
mas la gloria y poder que me circundan
sin que tambien los goces, ¿qué son? Nada.
Ven, pues: el pescador hora te ofrece
de triunfo insigne la gloriosa palma;
y un puesto te dará donde entre honores
tuyo puedas al fin llamarle ufana.
¿Quieres mas todavía? Habla... Yo puedo
tus deseos colmar... ¡Qué bien sentara
en esa frente cándida y hermosa
la esplendente diadema de un monarca!
Di que quieres reinar; y reina al punto
de Nápoles serás, de toda Italia.

LAURA. Solo quiero ser tuya. ¿Qué me importan
cetro y regio dosel, grandezas vanas?
Dame tus redes y tu amor con ellas:
á mi felicidad esto le basta.

MASAN. Y á la mia tambien. ¿Qué mejor trono

que mecida en el mar mi pobre barca
cuando vogando de la costa lejos,
y viendo solo el aire, el cielo, el agua,
solos en la natura nos creamos,
en una confundiendo nuestras almas?
Ni adornará tu frente una corona
cual de rosa y clavel fresca guirnálda;
ni menos dicha nos ofrece el bosque
que en dorados salones regio alcázar.
¿Ves cuán bello está aquí? ¿No es este el templo
que amor propicio á sus electos guarda?
Verde y fresco dosel, florida alfombra,
coro armonioso que placeres canta,
y aquel luciente sol que allá en el cielo
ve y aplaude este ardor que al suyo iguala.
¿A qué esperamos, pues? Dios nos contempla:
de fé tan pura el juramento aguarda.
Ven, Laura, acércate: recibe el mio;
y el tuyo espero aqui puesto á tus plantas.

LAURA. Recíbelo, mi bien: tuya por siempre,
tuya soy... soy tu esposa... ¿Qué haces? Alza;
que tu puesto no es ese... aqui lo tienes.
(*Se abrazan.*)

MASAN. ¡Ah! ¿quién mi dicha ahora no envidiara?

ESCENA IX.

DICHOS. CAFIERO.

CAFIE. Huid, huid; que el pueblo enfurecido
aqui penetra... Su implacable rabia
una víctima busca, y ¿lo creerias?
la víctima eres tú.

MASAN. ¿Yo?

LAURA. ¡Ó Dios!

MASAN. Te engañas:
no es posible.

CAFIE. Cataneo, ese malvado
que de ruinas y sangre nunca se harta,
va gritando traicion... Que le has vendido
le dice al pueblo, y á la voz de patria,

concitando los ánimos inquietos,
contra tí alucinados los arrastra.

MASAN. ¡Ó maldad! (*Se oyen voces del pueblo.*)

CAFIE. ¿Oyes ya?

MASAN. ¿De mis afanes
es este el premio...? Con tenaz constancia
yo sabré...

LAURA. ¿Qué pretendes?

CAFIE. Que ya llegan.

LAURA. Huye.

MASAN. Jamas.

ESCENA X.

DICHOS. CATANEO. PUEBLO.

CATAN. Miradle. Con su amada
le encontramos aqui... ¿Qué mayor prueba
quereis de su traicion? Venganza... Caiga,
caiga el infame que nos vende. Muera.

VOCES. ¡Muera el traidor!

LAURA. ¡Piedad!

CATAN. No... Sin tardanza
herid.

CAFIE. Teneos... Respetad, malvados,
al que vuestras cadenas quebrantara.
¿Osareis...?

CATAN. Es traidor.

CAFIE. Mientes.

CATAN. Ó pueblo,
no dejes sin castigo tanta infamia.

MASAN. Pues bien, herid, herid... El pecho es este
que respetaron enemigas balas
cuando entre riesgos mil la independencia,
la libertad mi brazo os conquistara.
Herid... ¿No os atreveis?

CATAN. Pueblo insconstante,
¿ante un hombre tan solo te acobardas?
pues yo... (*Óyense tiros de cañon.*)

MASAN. ¿Qué es esto...? ¿Oís?

CATAN. El cañon suena.

¿Qué será?

MASAN. No comprendo...

CATAN. Mas Arpaya
se acerca... Él nos dirá...

ESCENA XI.

DICHOS. ARPAYA.

ARP. Venid, amigos,
al peligro acudid que nos amaga.
Nuevos refuerzos al virey llegaron;
embiste el puerto poderosa escuadra;
y de negra traicion favorecidas,
ya numerosas huestes desembarcan.
Amigos, ¿lo creereis? En ira ardiendo,
de Conversano el conde es quien las manda.

LAURA. ¡Mi padre!

VOCES. ¡El conde!

ARP. Sí.

CATAN. ¡Atroz perfidia!
¿Lo ves, pueblo, lo ves? Quien le salvara
¿es leal?

VOCES. No lo es.

CATAN. Y ¿qué merece?

VOCES. Morir.

CATAN. Pues bien, ahí le teneis.

VOCES. ¡Venganza!

CATAN. No haya piedad.

LAURA. ¡Ay Dios!

MASAN. Cobardes, solo
teneis valor si asesinar os mandan.
¿En esas manos los aceros qué hacen?
¿Por ventura su auxilio no reclama
mas sagrado deber...? ¿Oís...? Si queda
algun resto de honor en vuestras almas,
marchad donde esos ecos el camino
de gloria á un tiempo y libertad os marcan.
Vuestro puesto es allí: si osais, seguidme;
y émulos en valor, nuestras hazañas,
sepultando en el mar á los tiranos,

dirán quién con razon traidor se llama.

CATAN. No le creas, ó pueblo, no le creas:
mira que solo de engañarte trata,
y con falaz perfidia conducirte
donde indefenso al sacrificio vayas.
Marchemos, sí, contra el feroz contrario;
pero sea despues que castigada
quede ya la traicion. Muerto el aleve,
facil del triunfo nos será la palma.

VOCES. Sí, sí.

OTRAS. Perezca.

CATAN. Herid.

VOCES. Muera.

(*Cataneo y otros disparan á la vez sus pistolas contra Masanielo.*)

MASAN. (*Herido.*) ¡Dios mio!

LAURA. ¡Bárbaros!

MASAN. ¡Muerto soy...! Sostenme, Laura.
Al fin lograron...

(*Laura y Cafiero acuden al socorro de Masaniclo y le sientan en el banco. Continúan los cañonazos. Óyense voces dentro.*)

ARP. La vecina playa
llena está de enemigos... Ya penetran...

VOCES. Huyamos.

(*El pueblo se dispersa, quedando solo Cataneo con unos pocos.*)

MASAN. ¡Ah, cobardes...! Una espada...
y mientras en mis venas sangre quede,
vereisme combatir... No puedo.

(*Se levanta en ademan de marchar al combate, pero cae otra vez.*)

CAFIE. ¡Ó infamia!
Tú no te salvarás.

(*Cafiero corre hácia Cataneo, y asiéndole por el brazo le detiene fuertemente.*)

CATAN. ¿Qué haces?

CAFIE. (*Haciendo ademan de buscar una arma.*)
No tengo...
Mas no importa... Venid... No, no te escapas.

(*Cataneo hace esfuerzos por desasirse. Cafiero le ar-*

rastra consigo. En esto salen soldados españoles y el conde con ellos.)

ESCENA XII Y ÚLTIMA.

DICHOS. EL CONDE. SOLDADOS.

CAFIE. Prended á este traidor.
CONDE. ¡Cataneo! Al punto
en un cadalso su cabeza caiga.
(*Los soldados se llevan á Cataneo. Laura al ver á su padre va hácia él y le lleva adonde está Masanielo.*)
LAURA. ¡Padre!
CONDE. ¡Hija...! ¿Mas qué miro...? ¡Masanielo!
Y ¿quién...?
LAURA. Ellos han sido, ellos le matan.
MASAN. Conde... triunfante al fin... Mas hoy al menos
de ser esclavo su furor me salva. (*Muere.*)
CONDE. ¡Ó celestial justicia...! ¡Desgraciado!
Ved cómo el pueblo á quien le sirve paga.

FIN DEL DRAMA.

LA ESTRELLA DE LAS MONTAÑAS.

DRAMA TRAGICO EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE Á BENEFICIO DE LA PRIMERA ACTRIZ DOÑA MATILDE DIEZ, EN LA NOCHE DEL 14 DE MAYO DE 1852.

N.° 181.

MADRID—1852.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.

Al Excelentísimo Señor

Don Nazario Carriquiri, etc. etc.

Mi muy querido amigo: no he tenido la precaucion de consultar con V. esta obra antes de dedicársela, y á la verdad que esto me ocasiona al presente muy sérios temores. Es cierto que no tengo la costumbre de consultar los productos de mi escaso ingenio cuando los consagro á mis verdaderos amigos; pero debiera haberme curado ya de esta que concluirá por ser manía, con solo recordar algunos infelices hechos de mi historia literaria. Por otra parte el tiempo urge, el drama va á entrar en prensa, y yo quiero, con el mejor deseo, dedicar á V. mi última composicion...

¿Qué hacer en este momento en que V. y yo nos hallamos á diez mil pasos de distancia?... ¿Cómo consultamos?

Pero... Señor!!... *¿Será que los mortales han de caminar eternamente estraviados por la senda de los errores? ¿Han de tomar siempre la sombra por la luz, al hombre indiferente por el amigo sincero? Alguna vez han de acertar, y creo que me encuentro ahora en este caso.*

Dedico á V., sin prévia consulta y haciendo mia toda la responsabilidad, este mísero drama, con el que aspiro á corresponder, aunque débilmente, á las repetidas muestras de cariño y alta consideracion con que V. ha honrado á su constante apasionado amigo

Tomás Rodriguez Rubí.

Carabanchel de arriba 14 de Abril de 1852.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAGES.	ACTORES.
ESTRELLA.	Doña Matilde Diez.
DUQUESA.	Doña Luisa Yañez.
CELIA.	Doña Maria Córdoba.
MARTINA.	Doña Mariana Chafino.
DON JUAN.	Don Julian Romea.
DON PEDRO.	Don José Calvo.
BRAÑA.	Don Antonio de Guzman.
DOCTOR.	Don José Pló.
ROBERTO.	Don Joaquin Cabello.

Doncellas de la Duquesa, criados, montañeses y montañesas.

Año de 1643.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una esplanada al pié de las montañas de Astúrias. A la izquierda del actor el pórtico de una suntuosa alqueria: á la derecha enramadas y asientos rústicos: en el fondo rocas elevadísimas con sendas practicables y vestigios de nieve en algunas de sus cumbres. Al levantarse el telon aparecen don Pedro á la derecha almorzando y Martina sirviéndole los platos, que toma de manos de otros criados.—Todos visten el traje montañés.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO. MARTINA. CRIADOS.

MART. ¿Está sabroso el pernil?
PEDRO. Está que al gusto convida;
¡par Dios... que me dan la vida
estas mañanas de abril!
Los mastranzos y espadañas;
los romeros, el tomillo,
perfuman el vientecillo
que baja de esas montañas,
y al aspirarlo, en lo interno
dan valientes sacudidas
las entrañas ateridas
por las nieves del invierno.

¡Dulce estacion... yo te adoro!
De la vida en el ocaso...

MART. (*Interrumpiéndole.*)
¡Eh!...

PEDRO. Dices bien: llena el vaso
del mas añejo de Toro.

MART. (*Lo hace.*)
Bebed que aun hay seis pellejos...
y no hableis de esa manera.

PEDRO. Martina, la primavera
es la amiga de los viejos.
(*Bebe.*)

MART. Tambien el vino de Toro
no es mal amigo, señor.

PEDRO. Con medida, es el mejor,
y remejor si está moro.

MART. No le hay tan puro en las vegas
que riegan el Sil y el Duero
como el vino cosechero
que guardan vuestras bodegas.
¿No catais de este salmon?

PEDRO. Fresco está, si no me engaña
la vista.

MART. Os lo trajo Braña
de las aguas del Nalon.
Y al uso de la marina
está guisado por mí:—
como sé que os gusta asi...

PEDRO. Dios te lo premie, Martina.

MART. Vos en su nombre premiais
mi poco valer con creces.

PEDRO. Martina, bien lo mereces.

MART. ¿Y las conservas dejais?
Ved que las aderezó
vuestra hija doña Estrella.

PEDRO. Ah! pues siendo cosa de ella
no puedo escusarme, no.
Trae, que las quiero probar:
hija del alma! es divina!
Tan dulces están, Martina,
como es dulce su mirar.
De gozo el alma rebosa
cada vez que pienso en ella.
Dí ¿no es verdad que mi Estrella
es muy buena y muy hermosa?

MART. ¿Qué quereis que os diga yo...
ni que podrá parecer
sino hermosa, á la mujer
que á sus pechos la crió?
PEDRO. ¿Ya vas á llorar, tontona?
MART. De alegría, si señor...
que precio en mas ese honor
que la mas alta corona.
PEDRO. Acabé: con tu eficacia
el mantel levanta, y ven.
MART. Buena pro vos faga.
PEDRO. (*Santigüándose.*)
Amen...
Y Dios nos tenga en su gracia.
MART. (*Recoge los utensilios de la mesa y los entrega á los criados que se retiran.*)
¿Quereis en nombre de Dios
subir, apoyado en mí,
al cerro?
PEDRO. ¿Apoyado en tí?
¡Buen par estamos los dos
de pergaminos! La gana
no falta; mas para el cerro
son menester piés de hierro,
y los nuestros son de lana.
Dejémonos de diabluras,
y vámonos á la mano...
tropezamos en el llano,
¿qué será por las alturas?
En tiempos mas venturosos,
andaba yo en desafío
con el salmon en el rio
y en el monte con los osos.
Y tú mas de un triunfo vistes
de mi destreza...
MART. Es verdad.
PEDRO. Hoy solo de aquella edad
nos quedan memorias tristes.
MART. Y ¿por qué tan tristes son?
¿Hay montañés mas dichoso
que vos, ni mas poderoso
desde Oviedo hasta Leon?
PEDRO. No enoje á Dios mi querella:
lo que en vigor me ha quitado
por demás me lo ha pagado

con darme á mi hermosa Estrella.
MART. Y bien heredó las mañas
del padre que la engendró.
¡Bien hice en ponerla yo
la Estrella de las Montañas!
Todo el dia con los perros
medio enterrada en la nieve,
tras de los lobos se atreve
á trepar por esos cerros.
Y se lo he dicho afligida
mas de una vez.—Ese gusto
á mí me llena de susto,
me vas á quitar la vida...
Y predico... pero ¡nada!
Hoy dijo ¡al monte!—Está quieta.—
Hízome una morisqueta,
y se fué. ¡Qué condenada!
PEDRO. Sus perros son muy briosos,
y la caza es su regalo.
MART. Es que hoy el monte está malo.
PEDRO. Como siempre.
MART. Es que andan osos.
PEDRO. (*Con sobresalto.*)
Osos? Quiénes van con ella?
MART. Han ido Braña, y Perico,
y Manolin, y su chico,
y don Enrique de Orella,
y monteros que por pique
de ambas sierras han bajado...
PEDRO. Pues entonces *no* hay cuidado;
bastaba con don Enrique
para que fuera segura.
MART. ¡Ay señor!.. Pienso tambien
que los dos se miran bien.
PEDRO. Ella le ama?
MART. Con locura!
Nada me ha dicho... es muy pilla!
pero aunque ella no se esplique,
bien veo que por Enrique
se abrasa la pobrecilla.
Verdad que siempre ha tenido
en todo buen tino Estrella;
pues don Enrique de Orella
es un rapaz muy garrido.
PEDRO. Yo tambien mucho le quiero:

no le daré calabazas,
que tiene todas las trazas
de ser un buen caballero.
Si es asi, en nombre de Dios
mi bendicion le echaré ..
y gano doble, porque
en vez de un hijo habrá dos.

MART. Señor, y os estais asi?
¿ignorais su calidad...

PEDRO. Pidióme hospitalidad
una noche, y se la dí.
Hablóme al siguiente dia;
y con mesurado porte
díjome que de la corte
huyendo el rigor venia
de las iras de Olivares:
que buscaba en las entrañas
de estas ásperas montañas
un consuelo á sus pesares...
Y yo, aunque ofrenda muy corta,
mi casa abrile despues:
agradeciólo cortés,—
y... no sé mas; ni me importa!
(*Oyese el grito montañés desde lo alto de las rocas. Aparecen poco despues descendiendo de ellas, Braña accionando como si estuviera algo beodo, y detras cuatro montañeses que traen en hombros un oso muerto.*)

ESCENA II.

DON PEDRO. MARTINA. BRAÑA. MONTAÑESES.

PEDRO. Ese grito de alegría...
Quién baja por la montaña?

MART. El grito ha sido de Braña...
y él viene haciendo la guia.

PEDRO. Y á mi hija Estrella... la ves?

MART. Aun no asoma por las crestas...
mas qué es lo que traen á cuestas?
Vírgen santa! es una res...
Qué grande es la condenada!...

Un oso como un castaño !...

BRAÑA. (*Bajando.*)
Anday ligero... mal año !...
que no servís para nada.
Tengo ya cincuenta inviernos ,
y por el bajo y el alto
igual que un *Robeco* salto...
y eso que no tengo cuernos.
Soy viejo , y aun por los cantos
desciendo de la montaña ,
sin que me...

PEDRO. Qué es eso , Braña?

BRAÑA. (*Llegando al tablado.*)
Que Dios nos haga unos santos !
¡Viva la estrella , el lucero
de la montaña !...
(*Señalando al oso que los montañeses depositan en el centro de la escena.*)
Es un macho...

MART. Malo !... Ya vienes borracho ?

BRAÑA. Digo que no !

PEDRO. Como un cuero.

BRAÑA. Medio cuero habré bebido
nada mas... por vida mia !
La festividad del dia
no merece que haya ruido?

PEDRO. Mas cómo fué?

BRAÑA. Cómo fué ?
Yo contarlo bien quisiera...
pero , en fin , á mi manera ,
mi amo , yo lo contaré.

PEDRO. Tú le matastes ?

BRAÑA. No tal ;
antes bien entre sus brazos
por poco me hace pedazos
ese maldito animal.
Estaba con atencion
agazapado en la nieve ,
cuando oigo que algo se mueve...
y—ahí vá—grita Peruchon.
Estírome así... muy quedo...
y miro... Dios me perdone !
un oso que se me pone
de patas...

PEDRO. Y entróte el miedo.

BRAÑA. No entróme: buena fatiga
tuve al verme solo allí;
pero miedo no sentí...
(*Señalando al oso.*)
si no... que él mismo lo diga.
Miréle y miróme avieso,
llena de espuma la boca:
incorporéme en la roca
y él se puso tieso... tieso.
A mí con esas? le grito:
ahora verás, doite al diablo!
y le disparo el venablo...
pero se rompe el maldito!
La honda entonces saqué;
mas antes que la cargára,
juntó su cara á mi cara
y apretóme... y no temblé!
Yo me colgué de su morro,
y apretaba... y apretaba...
pero él ya casi me ahogaba,
cuando vino en mi socorro
la bala de un arcabuz
que nos tumba allí bregando,
y juntos fuimos rodando
hasta el hondon de la cruz.
Balazo maestro fué!
Dios me salve!... abrióle el seso...
y se quedó patitieso,
y yo me puse de pié.
¡La Estrella de la montaña
viva!... la sin par Estrella!...

PEDRO. Ella ha sido?...

BRAÑA. Ella!... y por ella
(*Saltando de alegría.*)
aun puede dar brincos Braña.

PEDRO. Qué destreza!

MART. Y cuánto arrojo!

BRAÑA. Viva mi ama! Dios, qué brios!...
(*Inclinándose sobre el oso.*)
¡Santos apóstoles mios!
Qué balazo! Vaya un ojo!
(*Suena otro grito como el anterior en lo alto de las rocas. Braña corre al pié de ellas, y lo contesta: óyese al mismo tiempo y á lo lejos el sonido de una gaita.*)
Ahí viene ya!

PEDRO. El alma mia!

(Aparecen en las cumbres montañesas y montañeses que bajan alegremente por varias sendas al son de las gaitas que van delante. Detrás viene Estrella apoyada en el brazo de don Juan, conocido bajo el nombre de don Enrique. Estrella viste al uso de la montaña: zagalejo corto, bota blanca de cuero ó albarcas ceñidas con cintas: trae el arcabuz colgado de la espalda. Don Juan lleva un trage elegante de cazador como el que usaban los caballeros de su época.

ESCENA III.

DON PEDRO, MARTINA, BRAÑA *y* MONTAÑESES *en la escena.*— ESTRELLA, DON JUAN, MONTAÑESES, GAITEROS *y perros en trailla, bajando de las rocas.*

BRAÑA. Y viene con los gaiteros
y las mozas y monteros
de toda la serrania.
(*Dirigiéndose á los que bajan.*)
Ah condenados! los piés
moveis con gran lijereza...
bajad aunque de cabeza
que aquí está el amo... y la rés.

MART. Bien gastas hoy la saliva.

BRAÑA. Lo que tengo y he tenido
gastára, que hoy he nacido.
Viva mi ama Estrella!

MONTAÑ. Viva!

(*Entran todos en escena y se reparten en varios grupos. —Callan las gaitas.*)

ESTREL. (*Abrazando á su padre.*)
Ah! padre del corazon...
estás llorando?

PEDRO. (*Riéndose y sollozando.*)
No creas...
mi alma...

MART. (*Besándola.*)
Bendita seas!

PEDRO. Es un poco de emocion...

no hay miedo que me devore...
eres mi hija muy querida,
y hoy has salvado una vida...
Cómo no quieres que llore!...
Don Enrique, con perdon...
pero mis ojos se velan...

JUAN. Esas lágrimas revelan
vuestro hermoso corazon.

ESTREL. Y par Dios! que no te engañas.

PEDRO. Vos á su lado habeis ido?

JUAN. Sí... y tambien las he vertido...

PEDRO. (*Acariciando las mejillas de su hija.*)
Ah!... gloria de las montañas!

ESTREL. No vale tanto alabar,
que solo un deber cumplí:
las alabanzas, á tí
que me enseñaste á cazar.
Tú, cazador el mas diestro
de Astúrias y de Leon,
tú me diste el corazon
y tú fuistes mi maestro.
Con que ya mi padre ves
que á tí se debe esta hazaña...

BRAÑA. Y digo yo, Diego Braña,
no hemos de bailar la res?

PEDRO. Sí, bailad!... nada hoy se niega:
pedid, y se os cumplirá...
para vosotros está
hoy abierta mi bodega.

BRAÑA. Pues alto, y suene el flautin
y la gaita, y el tambor...
echa una copla en honor
de nuestra ama, rapazin!
(*Se colocan y bailan en torno del oso los montañeses: uno de ellos canta.*)
Vivo en noche tenebrosa,
si no alumbra mi cabaña.
con su luz esplendorosa,
la Estrella de la montaña.

MONTAÑ. Júju juuu!
Santo Dios de los perdones:
oye nuestra fiel querella;
te pedimos bendiciones
para nuestra hermosa Estrella.

TODOS. Júju juuu!

BRAÑA. Hora toca á la bodega:
no oís la voz de los cueros
que nos llama?... Compañeros!
vamos á echar la sosiega!
(*Cargan con el oso, y todos entran en la alquería, menos don Juan, que está como afectado por dolorosas ideas.*)

ESCENA IV.

DON JUAN.

Es imposible... ay de mí!...
aunque el corazon estalle...
antes que amor me avasalle
debo alejarme de aquí.
Evitemos su presencia,
honor, y sé diligente;
no engañemos torpemente
su candorosa inocencia.
Y ya que en tu ceguedad
tanto á fé te has olvidado
de quien soy, que has ocultado
mi nombre y mi calidad,
evita, por Dios, honor,
que á don Juan el mundo llame
además de ingrato, infame,
y á mas de infame traidor.
Adios, mi bendita Estrella!...
destino mas horroroso!...
Era yo tan venturoso
en estos montes con ella!
Se deslizaba mi vida
con tan dulce vaguedad,
contemplando su beldad,
oyendo su voz querida...
que... pero basta de llanto:
á tiempo escusar debiste...
mas ay! qué mortal resiste
á la espresion de su encanto!
Harto luché... y por demás
hago en mi amante querella! ..

No voy á alejarme de ella?
pues, cielos! no pidais más!
Oh!... van á saltar mis sienes...
pero el tiempo no perdamos...
ay Dios! huyamos... huyamos!
(*Se dirige á la derecha y aparece Estrella en la puerta de la alquería.—Don Juan se detiene al escuchar su voz.*)

ESCENA V.

ESTRELLA. DON JUAN.

ESTREL. Enrique?
JUAN. (Su voz!)
ESTREL. No vienes?
JUAN. (*Procurando dominar su agitacion.*)
Estrella... al momento... sí:
buscaba á mi buen Roberto...
Vete, que...
ESTREL. (*Acercándose.*)
No... si no acierto
á separarme de tí.
Qué mágia es la tuya, dí?
Qué hechizo á beber me das,
que adonde quiera que vas
tus pasos amante sigo,
y cuanto mas me fatigo,
anhelo seguirte mas?
JUAN. Estrella pura y serena!...
tu luz, qué mortal resiste?
Eso, inocente, consiste ..
consiste en que eres muy buena.
Consiste, blanca azucena,
en que un ciego desvarío
pretende probar tu brio:
que en tu seno, casta flor,
germina el primer amor...
ESTREL. Y el último, Enrique mio.
JUAN. Qué dices, Estrella?
ESTREL. Digo
que es tan honda su raiz ..

JUAN. Yo quiero verte feliz...
ESTREL. Puedo no serlo contigo?
JUAN. El cielo, el cielo es testigo
de que no existe un mortal
que admire tu virginal
inocencia como yo
mas...
ESTREL. No me digas mas, no;
nuestro cariño es gual.
Y en prueba de que es así,
conservas, Enrique amado,
aquel liston nacarado
que en la montaña te dí?
JUAN. (*Señalando al corazon.*)
Estrella, lo guardo, sí.
ESTREL. El fué la prenda primera
de esta pasion verdadera:
de mi madre lo heredé,
y con él te di mi fé.
JUAN. Y si te lo devolviera?
ESTREL. Devolvérmelo!... creería
que ya, Enrique, no me amabas...
que de mi fé te apartabas ..
mas yo siempre te amaría!
JUAN. Oh!... no llores, vida mia...
ESTREL. Vida tuya?
JUAN. No sé...
ESTREL. Si!
tuya... ¿Por qué entonces, dí,
háblasme de devolver...
JUAN. Tal razon pudiera haber...
Si fuera indigno de tí...
ESTREL. Indigno dices?... Ya es doble
mi admiracion... No eres bueno?
No estás de ternura lleno?
No vences en fuerza al roble?
No se advierte que eres noble
do quiera estampas tu huella?
Y amor á la vez no sella
y enlaza nuestro alvedrio?
Pues cómo entonces, bien mio,
indigno has de ser de Estrella?
JUAN. Por noble, bueno y honrado
me tengo, no hay que temer
por eso; mas puedo ser

á la vez muy desgraciado.
En este privilegiado
suelo desde niña estás,
y de otro mundo jamás
el misterio has conocido...

ESTREL. Yo solo amarte he sabido
y no quiero saber mas.
Tus temores son en vano
pensando en la dicha mia;
pues lo mismo te amaria
noble, pechero ó villano.
Y de ello palabra y mano
gozosa, Enrique, te doy...
No mas vacilar! desde hoy
quiero proclamarme tuya,
y porque todo concluya
á hablar con mi padre voy.

JUAN. Detente! espera!... (ay de mí!)

ESTREL. Qué? Por ventura te estraña
mi presteza? En la montaña
lo hacemos, Enrique, así.
Aguarda un instante aquí,
y en breve te haré saber
que no hay nada que temer.
(*Entra en la alquería.*)

JUAN. Desgraciada! á dónde vas?...
Y es lo que yo anhelo mas...
pero... si no puede ser!

ESCENA VI.

DON JUAN. ROBERTO. *Despues* BRAÑA.

ROBERT. Gracias al cielo que os veo,
señor!

JUAN. Y bien, qué ha ocurrido?

ROBERT. Este pliego os ha traido
de vuestra casa un correo.

JUAN. (*Contemplando el pliego.*)
Mensagero... qué me quieres?
Por qué me buscas veloz?...

qué á tiempo suena la voz
de mis sagrados deberes!
(*Rompe la cubierta y lee. Sale Braña de la alquería completamente embriagado: se dirige hablando solo y de uno en otro traspiés á la montaña, y se oculta en ella.*)

BRAÑA. No puedo mas... no me riñas,
corazon, si no me atrevo
á empinar mas... que ya llevo
sobre el alma... cuatro viñas.
Ah de los osos! saltar
bien podeis por la montaña...
pero no toqueis á Braña
porque os vais á emborrachar...
(*Grita como anteriormente y tira la gorra por alto.*)
Que viva mi amo!... y con él
la luz de los corazones...
(*Empieza á cantar: se oculta y se pierde el eco.*)
Santo Dios de los perdones...

JUAN. Qué desdeñoso papel!
(*Lee.*) «Don Juan: cesó la desgracia;
hoy cayeron los altares
del orgulloso Olivares...
el Rey le quitó su gracia:
si esta nueva os interesa,
no sé..! tal vez os importe.
Podeis volver á la corte
cuando gusteis.—La duquesa.»
Oh! qué altanero desvio!
Vais, señora, á decidirme...
iré, sí... para morirme
á vuestro lado de hastío.
Para arrastrar la cadena
que astuta me habeis labrado:
para sufrir resignado
vuestras miradas de hiena!
(*Arruga el papel entre las manos, y dice á Roberto.*)
Mis caballos preparad.

ROBERT. Los caballos?

JUAN. Pronto, id.

ROBERT. Donde vamos?

JUAN. A Madrid.

ROBERT. Pero... ahora mismo!

JUAN. Volad!

ESCENA VII.

JUAN. *Despues* DON PEDRO

JUAN. Sí; volveré á mi palacio...
Oh! quién las alas tuviera
del águila!... quién pudiera
salvar de un vuelo el espacio!
Buena fama queda en pos!
Qué van á pensar de mí...?
mas tambien dejarla asi...
sin darla mi último adios..
Huir con velocidad...
y en mengua de mi decoro
de donde encontré un tesoro
de amor y hospitalidad...
Mas, qué le podré decir
que escuse mi estraño porte?
Nada, don Juan, á la córte...
á la córte... y á morir!
Adios montañas y amor!
el alma llevo en pedazos...

PEDRO. (*Saliendo.*)
Enrique, dadme los brazos.

JUAN. Dios mio!... dadme valor!)

PEDRO. Acaba de hablarme Estrella...

JUAN. No prosigais.

PEDRO. Qué decis?

JUAN. Lo sé todo...

PEDRO. Y lo sentis?

JUAN. Por mí, señor, y por ella.

PEDRO. Por ella y por vos?... reparo
que muy agitado estais...
y eso que me contestais,
par Dios! no lo encuentro claro.

JUAN. Dejadlo en la oscuridad...
porque el aclararlo daña.

PEDRO. Don Enrique, en la montaña
nos gusta la claridad.
Y es, á fe, sobrado sério

lo que á entrambos nos sucede,
para que envuelto se quede
en la sombra del misterio.
Teneis á mi Estrella amor?

JUAN. Con locura adoro á Estrella.

PEDRO. Quereis casaros con ella?...
Respondedme.

JUAN. No señor.

(*Breve pausa.*)

PEDRO. La rechazareis, acaso,
porque al verla en ese trage,
dudareis de su linage...
mas, sabed, aunque de paso,
que tiene títulos mil:
que es de Saldaña condesa,
y prima de la duquesa
de los Palacios del Sil.

JUAN. Es tanta, ay Dios! su valia,
que aunque de linage oscuro
fuera, y esclava... os lo juro,
la aceptára mi hidalguía.

PEDRO. Entonces... ignoro, Enrique,
cual pueda ser vuestro objeto...

JUAN. Es un amargo secreto...
perdonad que no os lo esplique.

PEDRO. Sea... mas déboos decir
que en el trance en que nos vemos
así quedar no podemos...

JUAN. Es cierto, y voy á partir.

PEDRO. Y volvereis?

JUAN. No lo sé...
acaso nunca, señor.

PEDRO. Nunca!

JUAN. Sí .. porque el dolor
me matará pronto...

PEDRO. A fé
que es raro vuestro lenguaje,
y vago cuanto os escucho:
vos... lo podreis sentir mucho,
mas nos haceis un ultraje.
Y un ultraje sin motivo...
Si teneis tan mala entraña...
contad que de la montaña,
Enrique, no salis vivo.

JUAN. Llamad á vuestros monteros

y que se ceben en mí...
mas, pensais que os hablo asi
no mas que por ofenderos?

PEDRO. No lo quisiera creer...
pero sin duda olvidais
que á una mujer sonrojais,
y que es mi hija esa mujer.
No os hago, par Dios! tan ruin
que goceis con este azar;
por eso quiero apurar
mi desventura hasta el fin.
Ha un año que fatigado
vinísteis, y os dí mi diestra:
mi casa ha sido la vuestra:
nada se os ha preguntado.
Se apreció vuestro valor:
se os festejó de mil modos,
y os han tributado todos
respeto, cariño, amor.
Hoy... cierta amante querella
oigo en mi casa... me rindo...
y al cabo de un año os brindo
con lo mejor que hay en ella.
Os negais... y ni esperanza
ni una sola razon dais...
don Enrique, asi pagais
nuestra amiga confianza?

JUAN. Tan solo os puedo decir,
y vereis que no hay afrenta,
que el cielo no os pida cuenta
de lo que me haceis sufrir.
Fuera aceptando un villano:
callando os doy un pesar...
pues, bien, señor; voy á hablar...
oidme como cristiano.
Soy caballero: nací
tan noble como opulento;
pero dolores sin cuento
al mundo solo debí.
Triste en mi vida privada:
de público perseguido
por la saña de un valido,
traje mi vida cansada,
sedienta de soledad,
al reposo dulce, blando

de la montaña, ocultando
mi nombre y mi calidad.
En vuestros amigos lares,
el mejor puesto me disteis,
y tan dichoso me hicisteis,
que hasta olvidé mis pesares.
De nobleza castellana
modelo vos acabado:
vuestra hija fiel traslado
de hermosura sobre humana...
¿como no alcanzar ventura
viviendo en santa quietud
al lado de la virtud,
del honor y la hermosura?...
Pero se alteró, señor,
la paz que moraba en mí,
la primera vez que oí
hablar á Estrella de amor.
Se estremeció el alma mia
al verla con su inocencia
pintándome la vehemencia
de la pasion que sentia...
Y juzgad de esta querella
pues sois justo y caballero:
ved en mí su amor primero,
mi primer amor, en ella.
A solas hemos vivido...
mas con mi honor por escudo,
me ha encontrado siempre mudo...
pensad lo que habré sufrido!
Hoy partir determiné,
porque era mucho penar...
díjome que os iba á hablar...
me opuse... y, sabeis por qué?
Pues sabedlo en conclusion,
pese á mi destino impio!
porque no tengo alvedrio...
no es libre mi corazon!

PEDRO. Ah!

JUAN. Y hubiera sido un vil
alimentando su amor...
Yo soy el duque, señor,
de los Palacios del Sil!

PEDRO. Vos mi sobrino don Juan!

JUAN. Íbame en callar la vida,

y os lo oculté á mi venida...

PEDRO. (*Señalando al cielo.*)
Allí cuenta os pedirán.

JUAN. Mas, cómo de esto que pasa
sospechar?...

PEDRO. Bien decis vos.
Tan felices antes... Dios
ha maldecido mi casa!
En qué le ofendí... no sé.
Que siempre lo ignore Estrella!...
dejadme solo con ella...
yo su dolor calmaré.
La primera vez que os veo.
Sobrino!... Ah! plegue á Dios
que no caigan sobre vos
la desgracias que preveo!
(*Entrase en la alqueria.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN. *Despues* MARTINA.

JUAN. Sí caerán!... Que ya la calma
perdí que un tiempo abrigué,
y en su lugar llevaré
todo un infierno en el alma!
Ah!... ven, Martina!

MART. Aquí vos!
Qué os sucede?

JUAN. El labio sella:
dale este liston á Estrella
y tambien mi último adios!
(*Se retira por donde Roberto.*)

ESCENA IX.

MARTINA.

Se aleja... alterado está...
y que esta cinta la dé...
dijo .. eso bien! para qué?
qué pasa aquí?... dónde vá?
Qué habrá que le mortifique
tanto asi?... Madre divina
de nuestro Señor!...
(*Sale Estrella, apresuradamente.*)

ESCENA X.

ESTRELLA, MARTINA. *Despues* DON PEDRO.

ESTREL. Martina!
Y Enrique? Adónde está Enrique?
MART. Hace un rato que le ví...
y cuando de tí me hablaba
parecióme que lloraba...
y esto me dió para tí.
ESTREL. Ah! mi liston!... Ya, qué mas?
es cierta mi desventura!
(*Subiendo rápidamente la montaña.*)
Acaso desde la altura
le haré volver...
MART. Dónde vas?
ESTREL. A llamarle!
MART. Qué impaciente!...
ESTREL. No puedo vivir sin él...
y me abandona el cruel!
(*Gritando desde una eminencia.*)
Enrique!... Allí vá!... Detente!
MART. Ya vendrá... calla ..
ESTREL. No callo!

Enrique!... Escúchame! Espera!
Cuál redobla su carrera!
Oh!... cómo vuela el caballo!

MART. Eh!... ya volverá algun dia...

ESTREL. No volverá!

MART. Baja, sí.

ESTREL. No!... Ya no vuelve... ay de mí!
(*Se precipita en el abismo.*)

MART. Ah! Estrella!... Estrella!!...

PEDRO. (*Que aparece al mismo tiempo en la puerta de la alqueria, dice cubriéndose el rostro con las manos.*)
¡Hija mia!!...
(*Cae el telon con rapidez.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de la duquesa, adornada con lujo: puerta en el fondo: otra á la izquierda y otra á la derecha. En el ángulo de la izquierda y frente al público una puerta secreta que abrirá para afuera. Sofás, sillones y taburetes con las armas de la casa.

ESCENA PRIMERA.

CELIA.

Está visto: he conquistado
la confianza completa
de la señora.—Me elige
de entre todas sus doncellas
y comunica conmigo
como una amiga sincera...
Luego dicen que es altiva
y adusta... ¡calumnia es esa
y envidia! de la que están
muriendo mis compañeras

al verme favorecida
por la señora duquesa.
Quédense allá con su duque
medio loco... medio fiera...
siempre encerrado en su estancia
y de él digan mil lindezas.
Será muy bello señor,
de muy elevadas prendas;
mas yo, aunque nunca le he visto,
no espero de él cosa buena.
A la duquesa me atengo,
su voluntad aquí impera,
y labrará mi fortuna,
que el duque y duquesa es ella.
(*Sale Braña por la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

CELIA. BRAÑA.

CELIA. Un montañés! Cómo, osado,
entras aquí?
BRAÑA. Por la puerta:
abierta víla, y coléme.
CELIA. Pues fué mucha impertinencia.
Cómo llegar te han dejado
los maestre salas?
BRAÑA. Ahí fuera
encontrélos, mas de doce...
durmiendo están como bestias.
CELIA. Ah!... durmiendo? Bien estamos!
A su descuido agradezca
haber llegado hasta aquí.
BRAÑA. Pienso que lo mismo fuera
si hubieran tenido todos
los ojos como linternas.
CELIA. Por qué?
BRAÑA. Porque entrára Braña.
CELIA. Cómo! ¿A la fuerza...
BRAÑA. A la fuerza,
si otra manera no habia
de pasar.

CELIA. Si tal hiciera,
le hubieran molido á palos!
BRAÑA. Rompiérales la cabeza
á mi vez... lo que es á puños
no temo á doce... ni á treinta!
CELIA. (Me dá miedo este salvage.)
BRAÑA. Es que á mí...
CELIA. Vamos, atienda...
BRAÑA. Eso, bien.
CELIA. Como ha llegado
ayer noche de la sierra,
ignora las ceremonias
que en estas casas se observan.
BRAÑA. Y qué?
CELIA. En las habitaciones
que ocupan sus excelencias,
jamás entran los villanos...
BRAÑA. Villano? Seráló ella!
Yo he nacido en la montaña,
y tan pegado á la sierra,
que aunque por Braña respondo,
llaméme en lo antiguo Breña.
CELIA. Sin duda la noble sangre
de don Favila en sus venas
circulará, pero, amigo,
con toda vuestra nobleza
os ruego que os alejeis
de esta mansion.
BRAÑA. Buena es esa;
No he de dar los buenos dias
á mi ama?
CELIA. Si licencia
os dá, sin duda entrareis.
BRAÑA. Pues bien, condenada, entra
y dila que estoy aquí!
CELIA. (*Mirando á la izquierda.*)
Imposible! La duquesa
mi señora viene... andad!
BRAÑA. Viene la duca? que venga.
CELIA. (*Empujándolo hácia el foro.*)
Se enojará si aquí os halla:
la prevendré, y cuando sepa
vuestro intento honrado, entonces
con la mayor diligencia
entrareis.

BRAÑA. (*Cediendo el terreno de mal grado.*)
Dásme palabra?
CELIA. Seguro, contad con ella.
BRAÑA. Cuánto ir atrás y adelante!
Maldita la corte sea!
(*Se retira por el fondo: sale la duquesa distraida por la izquierda deshojando una flor. Sin reparar en Celia se deja caer en un sillon.*)

ESCENA III.

DUQUESA. CELIA.

CELIA. (No me ha visto la señora...
parece que está suspensa...
y en hondas meditaciones...
no sé si á llamar me atreva
su atencion...)
DUQUES. (*Muy agitada y con acento convulsivo siempre.*)
Loco de amor!...
pero en su locura estrema
jamás pronuncia mi nombre...
huye mi vista... qué afrenta!
No le amaba... quise un dia
ser duquesa... y fuí duquesa:
no codiciaba su amor,
porque ninguna belleza
su afecto me disputaba...
pero hoy... alguna lo intenta.
—«Mi estrella! mi estrella! ..»—grita
en su insensata demencia...
Oh!... si es la de su destino
bien: mas si es mi prima Estrella...
la fiereza de mi orgullo
han de ver á dónde llega!
Ya tengo á Estrella á mi lado...
Cayó en mis redes envuelta...
El estuvo en la montaña...
dónde?... no sé... pero á fuerza
de fuerzas, ella ha venido,
y sufre... Si la sospecha

que llevo en el corazon
se convierte en evidencia...
Ah... desgraciados amantes!
habeis herido á la hiena!
Vuestras dulces ilusiones
y encantadoras quimeras
(*Deshaciendo la flor y arrojando al aire un puñado de hojas.*)
desharé como las hojas
de esta flor que el viento lleva.
No habrá piedad con vosotros!...

CELIA. Señora.

DUQUES. (*Reportándose instantáneamente, dice con la mayor afectuosidad.*)
Quién?... Oh!... mi Celia...
tan cerca estabas de mí?

CELIA. Sabeis cuanto se desvela
mi voluntad por serviros...

DUQUES. (Demasiado.) Bien lo muestras.
Ven y siéntate á mis piés.

CELIA. (*Lo hace.*)
Señora... vuestra grandeza
honra mi fé por demás.

DUQUES. Tu fé mi justicia premia...
Verdad que no me has oido?

CELIA. Noté que estaba vuecencia
algo agitada...

DUQUES. Sí... cierto.

CELIA. Y por si acaso indispuesta...

DUQUES. No, Celia; gracias á Dios,
por hoy mi salud es buena.

CELIA. El os la conserve.

DUQUES. Mucho
me fatiga y atormenta
ver cuan poco se adelanta
en la penosa dolencia
del duque mi esposo.

CELIA. El cielo
oirá al fin vuestras querellas
y le dará la salud,
y calmará vuestras penas.

DUQUES. (*Revolviendo distraida entre los dedos un pomito que pende de una de sus pulseras.*)
En él confio... esta es
la esperanza que me queda.

CELIA. Qué guardais en ese pomo?
DUQUES. Es una esquisita esencia
que Monsignor de Colonna,
príncipe de la *Aurea-Stella*
ha un año me regaló.
Por entonces con frecuencia
me asaltaban parasismos
que ya no temo que vuelvan,
pues merced á su virtud
los parasismos se ahuyentan.
CELIA. Miren qué virtud!
DUQUES. Has visto
si la señora condesa
mi prima, ha dejado el lecho?
CELIA. Dos horas ó dos y media
hará que la ví cruzar
por bajo las arboledas.
de los estanques.
DUQUES. Buen Dios!
qué madrugar! Pues debiera
estar cansada del viaje.
CELIA. Las costumbres montañesas...
DUQUES. Es verdad... mas sentiria
mucho que mi prima bella,
por ser la primera noche
que en mi palacio se hospeda,
lo hubiera pasado mal.
Qué has oido á sus doncellas?
CELIA. Florina ha sido, señora,
la que ha quedado mas cerca
de su cámara esta noche,
y dice que su escelencia
durmió poco y lloró mucho.
DUQUES. Infeliz! es que aun recuerda
la muerte de su buen padre...
Dios en la gloria le tenga!
Nada oyó entre los sollozos?
CELIA. Nada... Con la luz primera
del dia el lecho dejó,
y pausada, macilenta
ha recorrido el jardin...
DUQUES. Hay que vigilar á Estrella...
Oh... temo que necesite
de la virtud de mi esencia.
CELIA. Sí?

DUQUES. Padece mucho... está
sospecho, del alma enferma,
y por eso, Celia mia,
quise á mi lado tenerla.
CELIA. Ah! Cuán buena sois, señora!
DUQUES. No... no tal! pago una deuda...
y cumplo solo un deber
velando por su existencia.
Dí: sábes si ha visto al duque?
CELIA. Imposible! No hay manera
de ver al señor: me dicen
que á todo trato se niega,
y que hasta su servidumbre
le incomoda, le exaspera.
DUQUES. Llama en mi nombre á Roberto,
su buen confidente...
CELIA. Advierta
vuecencia que no está en casa.
DUQUES. Cómo?
CELIA. Anoche, con sorpresa
de todos se ha despedido.
DUQUES. Anoche, dices?
CELIA. Apenas
con sus criados llegó
á palacio doña Estrella.
DUQUES. Rara conducta es por cierto...
(y terrible coincidencia!)
Qué criados ha traido?
CELIA. Diez montañeses que bregan
como diablos. Uno entre ellos
tanto afan tiene por verla,
que me he visto y deseado
para lograr que saliera
de esta habitacion.
DUQUES. Se llama!
CELIA. Señora, un tal Braña ó Breña...
DUQUE. (El que la salvó la vida...)
Braña... si! dile que venga.
CELIA. Vuecencia lo manda?
DUQUES. Sí...
y á solas con él me deja.
(Se retira Celia por el fondo. La duquesa se pasea dando muestras de la mayor inquietud.)

ESCENA IV.

DUQUESA.

Roberto... la cosa es clara;
él allá la ha conocido,
la ha visto, y se ha despedido...
temió que le preguntára!
No quiere vender... eso es!
á su dueño idolatrado...
y huye á tiempo...! fiel criado!...
(*Viendo salir á Braña, vuelve á sentarse.*)
Oigamos al montañés.

ESCENA V.

DUQUESA. BRAÑA.

BRAÑA. Entrar puedo ya... sí ó nó?
DUQUES. Llega, Braña.
BRAÑA. En su presencia
tiéneme ya su duquencia.
DUQUES. Me alegro de verte.
BRAÑA. Y yo.
DUQUES. Me han dicho que eres valiente,
gran cazador montañés.
BRAÑA. Cada cual es... lo que es...
y nada mas... es corriente.
De cazador tengo fama
y estoy de fuerzas tal cual;
pero aunque no cazo mal
es mas cazador mi ama.
DUQUES. Hola! con que Estrella...
BRAÑA. Estrella?
de diez leguas en redonda,
no hay quien dispare una honda,
ni un arcabuz como ella.
Dios de Dios!... pues, y el venablo?
Santa vírgen del Suspiro!

si apunta una pieza á tiro
y la yerra... dóime al diablo!

DUQUES. Y ha cazado hasta venir?

BRAÑA. Ha tiempo que no cazaba...
lloraba mucho... lloraba,
y no ha querido salir
al monte en mas de dos meses ..
Malhaya tanto llorar
que á todos nos va á matar
como si fuéramos reses.

DUQUES. La querrás mucho tambien?

BRAÑA. Santo patron de la España!
Si la quiero? mas que á Braña!
y á Braña lo quiero bien.
¿No ha de ser por mí querida
si del monte por las crestas...
llevéla de niña á cuestas...
y luego salvó mi vida?
Y no he de quererla yo?...

DUQUES. Ya... ya he sabido, buen Braña,
esa portentosa hazaña...
mucho en la córte sonó!
Pero al fin, la deuda tuya
fué muy pronto restituida...
pues si ella salvó tu vida,
despues salvastes la suya.

BRAÑA. Es verdad que la salvé;
mas no fué porque tuviera
deuda... que lo mismo hiciera
con deuda ó no.

DUQUES. Y cómo fué?

BRAÑA. Fué cosa particular:
en medio tanta alegría...
condenado... horrible dia!...
bien quisiéralo olvidar!
Ello fué... que cuatro lobas
yo y Pachin matamos... oh!
y Estrella á su vez mató
un oso de veinte arrobas.
Estuve muy vivaracho
despues... y al mediar el dia,
sentíme, señora mia,
con perdon, algo borracho.
No sé... pero mi persona
dejó la buena compaña,

y cantando en la montaña
metíme á dormir la mona.
A poco de que allí estaba,
oigo un grito de pavura...
y miro que de la altura
volando un cuerpo bajaba.
Era Estrella!... no sé... no!
lo que sentí al conocerla;
pero es lo cierto que al verla...
la chispa se me quitó!
Sobre un monton dió primero
de nieve deshecha y barro...
tírome abajo... la agarro
de las sayas firme... pero
se me escapaba allí mismo...
el sayal se desgarraba,
y el cuerpo se columpiaba
casi dentro del abismo.
Tiraba yo... y mas tirar...
y aunque me costó un rasguño,
saquéla á fuerza de puño!
echéla al hombro... y andar!
A la casa la llevé:
Estrella sin pulsos iba...
pero... en fin, estaba viva...
dia condenado fué!
Hasta entonces no lloró
Braña ni tuvo disgusto:
mi pobre señor del susto
poco despues nos dejó...
y ya no brilló jamás
de gozo ni una centella.

DUQUES. Mas qué causa tuvo Estrella?

BRAÑA. (*Separándose bruscamente.*)
No sé... ni quiero hablar mas.

DUQUES. (Pese á mi anhelo afanoso!...
en el mejor punto ceja
y con mis dudas me deja...
ah! montañes malicioso!
Y yo muero por saber...
y lo sabré!)

BRAÑA. Y digo yo;
puedo ver á mi ama, ó no?
(*Sale Estrella por el fondo, muy pálida vestida de luto.*)

ESCENA VI.

ESTRELLA. DUQUESA. BRAÑA.

ESTREL. Sí, Braña; no has de poder?
DUQUES. (Es ella!)
BRAÑA. Bendita seas!
Penséme que aun en la cama...
pero aunque vistes de dama
muy temprano te paseas.
Y bien, mi alma, qué es de tí?
Te alegras mas?
ESTREL. Puede ser...
BRAÑA. Estás mas blanca hoy que ayer!
ESTREL. Será que poco dormí...
BRAÑA. Por qué á descansar no vas?
ESTREL. Luego... adios!
(*Se adelanta hácia la duquesa.*)
BRAÑA. Por Jesucristo,
que te cuides... Ya la he visto...
Pero la quiero ver mas.
(*Se sienta sobre la alfombra en el rincon de la derecha del fondo.*)
ESTREL. Duquesa?
DUQUES. (*Incorporándose.*)
Ah!... eras tú?
ESTREL. Yo sí.
DUQUES. Estaba tan distraida,
que no advertí tu venida.
ESTREL. Ay!...
DUQUES. Ven y descansa aquí.
(*La coloca en el sillon, y se sienta á sus piés sobre el taburete, como antes estuvo Celia.*)
Ya sé que hasta los confines
de mi parque has recorrido...
Bueno!... Qué te han parecido
mis pájaros, mis jardines?
ESTREL. No los he visto.
DUQUES. (Ay de mí!)
Que no los has visto, Estrella?
Por dónde ha errado tu huella?

A dónde estuvistes, dí?
ESTREL. Por tu jardin, segun creo,
giré desde la alborada...
pero en él no he visto nada,
porque aunque miro... no veo.
DUQUES. Me llenas de confusion...
yo tranquila te creia...
y así estás, Estrella mia?
Tan graves tus penas son?
ESTREL. (*Llevándose la mano al corazon.*)
Aquí con fuerza estremada
un tiempo las tuve impresas!
Hoy aquí .. solo hay pavesas...
(*Tocándose la frente.*)
Y aquí, prima... nada... nada!
DUQUES. Mucho, Estrella, habrás sufrido
para llegar á ese estado...
mas dolor comunicado
siempre consuelo ha tenido.
ESTREL. Consuelo dices!
DUQUES. Sí, á fé:
la esperanza te dejó?
alguna tendrás.
ESTREL. Oh! no!
DUQUES. Sin ella... y vives?
ESTREL. No sé.
Yo tambien que era creia
de la vida el incentivo;
mas ¡ay! nada espero,.. y vivo,
si es vida la vida mia.
DUQUES. Bien: dejemos la esperanza:
horas vendrán mas serenas...
Cuéntame, prima, tus penas;
no te inspiro confianza?
ESTREL. Sí, cuanta inspirarme puede
una hermana... y para qué?
Sabes tú si yo podré
contar lo que me sucede?
DUQUES. Que dudes eso... Pues no?
Dí sin temor ni reparo,
que lo que no esté muy claro,
lo iré adivinando yo.
ESTREL. En la montaña vivia...
ningun dolor me aquejaba,
y dulcemente pasaba

un dia tras otro dia.
Ni me acordaba del mundo...
pero de pronto... ¡ay de mí!
dentro del alma sentí...
del alma en lo mas profundo!
así... como de una hoguera
el fuego devorador.

DUQUES. Pues eso, Estrella... era amor.

ESTREL. Sí, Margarita... amor era!
Oh! todo el influjo de él
he sentido... amor intenso,
grande, poderoso, inmenso...
pero amor... amor de hiel!
La paz de mi corazon
llevóse... quedé mortal;
y en un instante fatal...
hasta perdí la razon!
Despues... abatida, mústia,
sin lágrimas, sin aliento
para dar quejas al viento...
vivo transida de angustia.
Mis sueños son agitados...
ellos que tan dulces eran!...
á lo mejor me exasperan
desconocidos cuidados.
Busco... y qué? Me afano... pero
á dónde está mi tesoro?
Qué anhelar es este?... Ignoro
lo que busco, lo que quiero.
Hay veces que me devora
un temor... cosa mas rara!
como si mi dicha hurtara
alguna mano traidora.
Busco esa mano tambien...
mas vanos son mis desvelos...

DUQUES. Estrella... podrán ser celos?

ESTREL. Celos?... celos! Y de quién?

DUQUES. Si tal vez otra pasion
á tu amante sujetaba...

ESTREL. ¡Ay, no!... que Enrique me amaba
con todo su corazon.

DUQUES. Su nombre era Enrique, Estrella?

ESTREL. Sí.

DUQUES. Montañés?

ESTREL. De la córte.

DUQUES. De noble y bizarro porte?
ESTREL. Oh!
DUQUES. Su apellido?...
ESTREL. De Orella.
DUQUES. (No sé quién es...) De caudal?
ESTREL. Lo ignoro.
DUQUES. Mas ¿qué pretesto...
ESTREL. Duquesa... dejemos esto...
su recuerdo me hace mal.
DUQUES. Bueno: cambiemos de norte,
condesa, y en mi descuida:
todo en la córte se olvida,
todo lo cura la córte.
Verás cómo te interesa
la animacion que hay aquí...
ESTREL. Que esperes eso de mí...?
Mal me conoces, duquesa.
DUQUES. Almas de gran rebeldía
la córte desafiaron...
y al fin de temple cambiaron.
ESTREL. Oh! no cambiará la mia.
DUQUES. Bien: á mi cargo esa empresa
ha de quedar... y ¿quién sabe?...
¿Quieres entonar al clave
una cancion montañesa?
BRAÑA. (*Incorporándose.*)
Digo que sí!... Bien pensado!
DUQUES. ¿Cómo...
ESTREL. Braña! aun ahí estás?
BRAÑA. Por verte un poquito mas
ahí quedéme agazapado.
DUQUES. ¿Qué importa... Ven.
ESTREL. Por favor...
BRAÑA. Canta, mi alma... ¡por el cielo...
DUQUES. La música es un consuelo
para las penas de amor.
ESTREL. (*Levantándose apoyada en la duquesa.*)
Vamos, pues.
BRAÑA. Alto y pausado!
que desde aquí oiráte Braña.
DUQUES. (*Retirandose por la derecha con Estrella.*)
(¿Si don Juan en la montaña
habrá de nombre mudado?)

ESCENA VII.

BRAÑA.

Al fin se pudo lograr
que diera punto á sus quejas...
Todo yo me vuelvo orejas...
(*Cyese un arpegio en el clave.*)
Silencio! que va á cantar.
(*Se aproxima á la puerta de la derecha y escucha con muestras del mayor contento.*)

ESTREL. (*Dentro.*)
Una noche en la montaña
el dios ciego se perdió :
y llorando... en mi cabaña
un asilo me pidió.
Hermoso era el niño, doliente su voz...
lloraba... y abríle... y entróse veloz,

———

BRAÑA. ¡Mala vibora me pique
si eso mismo no cantó
á poco que la dejó
aquel condenado Enrique.
(*Se retira lentamente hácia el fondo derecha y vuelve á cantar Estrella.*)

Díle albergue... ¡y en mal hora!
que el rapaz sin compasion,
escapóse con la aurora
y robóme el corazon.
Mas ¿quién sospechara tan grande traicion?
Mal haya! mal haya de mi compasion!

———

(*Abrese violentamente la puerta secreta y aparece don Juan. En el abandono de su traje y en la palidez del rostro se nota el mal estado de su espíritu y sus graves padecimientos. Avanza algunos pasos sin ver á Braña: se detiene manifestando la mayor ansiedad, y escucha las espirantes notas del clave, que enmudece cuando él empieza á hablar.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN. BRAÑA.

BRAÑA. (Qué miro...! es él!... ¡por mi abuelo...
y tan cerca de mi ama...)
JUAN. Su voz... su voz que me llama...
que me acusa desde el cielo!...
Tu enojo... ¿no he de poder
aplacar... por siempre así!...
¿ves cuánto sufro... De mí...
qué quieres, santa mujer?
Por mas que mis ojos lloren...
no han de volverte á la vida...
pero aquí vas escondida...
Calla!... que todos lo ignoren!
Si á tus iras pones dique:
si aqui vives en reposo...
aun puede ser venturoso
con sus dolores, Enrique.
Enrique?... sí... pero... no
don Juan... yo no puedo impune...
cierto que el dolor nos une...
pero Enrique... no soy yo.
En eso estuvo... esa fué
la causa de nuestro duelo...
por eso fuistes al cielo...
porque traidor te engañé.
No es verdad! no te mentí.
¿Recuerdas, Estrella mia,
el tiempo en que te decia
que no era digno de tí ..?
Y no me creistes... pues!
ignorabas... ¿qué te asombra?
que entre los dos una sombra...
(*La duquesa cruza desde la habitacion de la derecha á la de la izquierda, mirando siniestramente á don Juan*)
Mírala!... la ves? la ves?...
en pos nuestras huellas va

¡Fantasma henchido de enojos...
la muerte lleva en los ojos...!
Se fué... pero... volverá!
Imposible!... dónde huir?
nos seguirá su impalpable
vapor... ¡oh! sombra implacable!

BRAÑA. (*Deslizándose sin que lo advierta don Juan, entra en la habitacion de la derecha.*)
Yo... se lo voy á decir.

ESCENA IX.

DON JUAN.

Mi fuerza rindiendo vas...
y... no he de vencer tus artes?
(*Oprimiéndose el pecho.*)
Estrella!... ven!... no te apartes
de mí, que te perderás!
En esta infernal batalla...
en esta lucha reñida...
jugamos mas que la vida...

ESCENA X.

ESTRELLA. DON JUAN.

ESTREL. Ah!... mi Enrique.
JUAN. (*Desatentado y á media voz.*)
Calla! calla!!...
(*La atrae para sí, la cubre con su cuerpo y vuelve poco á poco la cabeza mirando con recelo hácia el punto por donde desapareció la duquesa.*)
Ay... si vuelve... ira de Dios!
Un eco tuyo perdido
puede llegar á su oido...
se interpondrá entre los dos
otra vez...

ESTREL. Quién?
JUAN. (*Contemplándola con adoracion.*)
Ay de tí!
¿Por qué, luz idolatrada,
abandonas la morada
que en el corazon te dí?
Se encontraba en él... señora,
tu angelical hermosura
tan escondida y segura...
Cómo defenderte ahora?
ESTREL. Nada temas por Estrella ..
qué te agita?... qué te pasa?
Escucha... estoy en mi casa...
mas ¿cómo te encuentro en ella?
JUAN. (*Moviendo la cabeza en varias direcciones.*)
En tu casa...? Por allá
íbamos al cazadero..
esto es!... en tu casa... pero
donde la montaña está?
Dónde el aire embalsamado
de aquella pura region...
Tu casa!... en esta mansion
el aire está emponzoñado...
No lo ves?... mis sienes toca...
abrasan!... verdad?
ESTREL. Dios mio!...
JUAN. Pues... mira... me mata el frio...
y este ambiente me sofoca.
ESTREL. Me confundo... á dónde estamos?...
Quién hasta mí te guió?
desvarias... ó soy yo...
ó los dos desvariamos?
Enrique!
JUAN, Nombre maldito!
Con nada te aplacaré?...
me acusas... ah! sí... ya sé
que es muy grande mi delito!
Pero te adoraba tanto!
yo... bien te lo dije allí...
no soy... no! digno de tí...
de amor tan puro, tan santo!...
ESTREL. Indigno de mi pasion!
Pero por qué te baldonas?
JUAN. Cómo es eso?... me perdonas?
ESTREL. Con todo mi corazon.

JUAN. Y... ya no me acusarás?
ESTREL. De qué?
JUAN. El liston te volví...
y á escape... á escape corrí
para no verte jamás...
y te maté... y pereció
tu noble padre tambien...
ESTREL. Ay!
JUAN. Lo ves!... lo ves... mi bien?
me estás acusando!
ESTREL. No!
El destino lo dispuso...
á nadie se le demande
por ello... desgracia grande...
de que yo sola me acuso!
JUAN. Tú!... ja!... ja!... tú la culpada?...
Cuánta bondad puso en tí
el sumo Dios!... Te ofendí...
y ya no recuerdas nada!
Te duelen las penas mias?
Tu voz es hoy tan suave
que templa mi angustia grave...
ESTREL. Como siempre...
JUAN. No!... otros dias...
Te engañas... sí! sí!... te engañas!
aquí... aquí!... con saña fiera
tu voz terrible, severa...
trituraba mis entrañas!
Habla siempre como hoy, sí?
ESTREL. No sé lo que estás diciendo...
(*Oyese una carcajada seca en la habitacion de la izquierda: un momento despues aparece la duquesa en el umbral de ella. Don Juan la mira con asombro; pasea la vista desde la duquesa á Estrella, y de pronto esclama con exasperada irritabilidad.*)
JUAN. Ah! ya comprendo... comprendo...
ven!... huye!!...
ESTREL. ¿Mas...
JUAN. Calla! aquí!!...
(*Arrebata violentamente á Estrella: la hace entrar en la habitacion de la derecha y cierra la puerta, corre el cerrojo y se apoya de espaldas en la misma. Breve pausa en la que la duquesa le mira con altanera impasibilidad. Don Juan fija en ella tambien su mirada iracunda, estraviada, y despues de apretarse las sienes*

con mano convulsiva, como si tratára de reunir sus ideas, se adelanta hácia la duquesa, encorvado, silencioso y con ademán amenazador.)

ESCENA XI.

La Duquesa. Don Juan.

Juan. Qué esto... no me direis?...
Oh!... ya se rasgan las nubes
que mi razon... Desgraciada!
os conozco bien... no os turbe
que don Juan os pida cuenta
de los dolores que sufre!...
Qué es esto?... no me direis!...
hablad... nadie os interrumpe!
Duques. (*Con altivez.*)
Y... qué es lo que preguntais?
Juan. Qué?... No está bien que se abuse
del desgraciado que apenas
alcanza solo un vislumbre
de razon... Mirad... no puedo
esplicarme!... Llegan... y huyen
mis ideas... Ah!... esperad!
(*Poniendo su mano sobre el brazo de la duquesa.*)
Aquí!... bajo la techumbre
de mi palacio la he visto...
No!... no digais que lo dude!
Todo lo alcanzo... sí... Dios
la razon me restituye...
Quién la trajo... quién asi
en mi seno un puñal hunde!
Duques. (*Con frialdad.*)
Don Juan... que me lastimais...
Juan. (*Con mayor vehemencia.*)
Quién la trajo?
Duques. Yo!
Juan. (*Rechazándola.*)
Que os juzgue
todo el poder del infierno!!
Quereis que el cáliz apure

de su pasion insensata
esa infeliz, que sucumbe
al peso de sus desdichas?
Ah!... sí... ya... ya se descubre
vuestra intencion... Vos de todo
sereis capáz como triunfe
ese corazon culpado
en donde las furias rujen...
Oh!... yo os conozco... os conozco...
mas... pensais quedar impune?...
Rayo de Dios he de ser
que vuestra venganza anule!
Yo la abriré un paraiso...
yo, yo! y haré que se oculte
en él... á dónde mejor?...
allí Luzbel nunca sube...
Tampoco vos entrareis!...
já! já! já!... y aunque se burle
de mí... de mí! vuestra boca
con esa sonrisa fúnebre...
huiré de vos... y del mundo...
dejadme!.... que no me busquen!...
Ah!...
(*Cae desvanecido sobre un sofá á la derecha.*)

DUQUES. (*Con acento sarcástico.*)
Qué has de hacer, pobre loco!
Hola!...
(*Aparecen algunos criados en la puerta del fondo.*)
Socorred al duque.
(*La duquesa le vuelve indiferente la espalda y se dirige á la habitacion de la izquierda.—Los criados acuden á don Juan.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

CELIA. EL DOCTOR.

DOCTOR. (*Saliendo de la habitacion de la izquierda á Celia que lo hace por el fondo.*)
No llegan esas bebidas?
CELIA. Señor doctor, ya envié
al volante Pedro Nuñez
por ellas, y es de creer
que pronto estará de vuelta.
DOCTOR. Si vendrán tarde?...
CELIA. Temeis
por el señor duque?
DOCTOR. Mucho!
La noche ha sido cruel.

CELIA. Para todos.
DOCTOR. (*Sentándose.*)
Es verdad;
no puedo tenerme en pié.
CELIA. Ni yo.
DOCTOR. Y la señora?
CELIA. Duerme.
DOCTOR. Descansa!
CELIA. Desde las tres.
DOCTOR. Raro dormir! Van diez horas.
Dormir, cuando puede ser
que se encuentre al despertar
el crespon de la viudez!
CELIA. Su delicada salud
no la deja velar...
DOCTOR. Eh!
en estos graves momentos
no hay salud que valga... pues!
Primero es el que se muere,
y cuando el que muere...
CELIA. Es que...
DOCTOR. Nada, nada; no hay disculpa:
cuando el que muere es quien es,
no se duerme ni descansa:
todo ante el ara del bien
se pone, y no hay que pensar
en lo que venga despues.
El duque está abandonado:
solo criados se ven
en torno su lecho... en fin,
cumpla yo con mi deber,
que lo demas no me incumbe...
Misterios son...
CELIA. (Dice bien.)
(*Sale un criado trayendo varias medicinas en una bandeja de plata.*)
Aquí están ya las bebidas,
señor doctor.
DOCTOR. Bueno: á ver?
(*Vá al encuentro del criado, y examina las medicinas, oliendo unas, probando otras, etc.*)
Están bien hechas. Tomad,
y al punto que esta le den.
(*Celia y el criado entran en la habitacion de la izquierda, y sale la duquesa por la puerta secreta.*)

ESCENA II.

DUQUESA. EL DOCTOR.

DOCTOR. Sospecho... pobre señor!
que todo es inútil ya.
DUQUES. Cómo sigue, doctor?
DOCTOR. Ah!
Señora, no está mejor.
DUQUES. Con que ha vuelto á recaer?
DOCTOR. Está de mucho cuidado!
DUQUES. Conoce?
DOCTOR. Sigue privado.
DUQUES. Y morirá?
DOCTOR. Puede ser.
DUQUES. Ved, segun vuestra conciencia,
si aun os queda que hacer algo.
DOCTOR. De los recursos me valgo
que suministra la ciencia,
y busqué de varios modos
su salud con cuanto sé;
mas todos los apuré.
DUQUES. Todos se apuraron?
DOCTOR. Todos.
Si con lo que acabo ahora
de darle, alivio no alcanza,
pierdo toda la esperanza.
DUQUES. Voy á su lado.
DOCTOR. Señora...
verlo así, tan de repente,
vos que su nombre llevais
y tan delicada estais,
no me parece prudente.
Por poco influjo que ejerza
su estado... vuestro dolor...
DUQUES. Dormí diez horas, doctor,
y he recobrado mi fuerza.
Soy su esposa, y es tambien
mi deber por él velar:
lo debo sacrificar
todo en las aras del bien.

Ni es justo que abandonado
criados velen su lecho...
Ya vereis cómo aprovecho
la leccion que me habeis dado.

DOCTOR. Señora, que el cielo os guarde..
Acepto lo que decís;
pero á llenar acudís
vuestros deberes muy tarde.

DUQUES. Una vez que vos, doctor,
los vuestros habeis llenado,
idos... que estareis cansado.

DOCTOR. Me despedís?

DUQUES. Sí señor.
Al punto vuestros haberes
os dará mi tesorero...
Que asistan mi casa quiero
doctores, no bachilleres.
(*Entra en la habitacion de la izquierda: poco despues sale Braña de la de la derecha.*)

ESCENA III.

DOCTOR. *Despues* BRAÑA.

DOCTOR. El diablo es esta duquesa!
Quién puede con su ironía?
He dicho lo que sentia...
me despide... no me pesa.
Ya verá en cuanto me aleje.

BRAÑA. (*Sale.*)
Ah! Doctor!

DOCTOR. Quién es?

BRAÑA. Mi ama
se empeña en dejar la cama.

DOCTOR. Se empeña? Pues que la deje.

BRAÑA. Es que está mal á mi ver,
porque llora, y rie y canta...

DOCTOR. (*Retirándose por el fondo.*)
Eh! cuando ella se levanta,
señal que lo puede hacer.

ESCENA IV.

BRAÑA.

(*Siguiendo al doctor hasta la puerta.*)
Y si se pone peor?
Y se vá!... Dios me socorra!
Pues... me gusta la pachorra
con que cura este doctor!
Cuando de él se necesita
echa á andar... voto á Luzbel!
Yo voy á perder la piel
en esta córte maldita!
Todo el mundo aquí me engaña...
Y con que Estrella se muera...
Si llevármela pudiera
de un tiron á la montaña!
Santo Dios!... dame valor!...
no sé por donde esto vá...
mal estábamos allá;
pero aquí estamos peor.
(*Salen algunos criados de la habitacion de la izquierda y se retiran por el fondo.—Celia sale la última.*)

ESCENA V.

CELIA. BRAÑA.

BRAÑA. (*Preguntando á los criados, que siguen su camino sin contestarle.*)
Dónde vais?... Quereis decir?...
sordo-mudos están .. oh!...
(*A Celia que sale enjugándose los ojos.*)
Qué eso... se ha muerto;
CELIA. No;
pero nos mandan salir.
BRAÑA. Y dejáislo solo ahora?
CELIA. Sí, solo.

BRAÑA. Y ya no habrá cura?
CELIA. Quien sabe...
BRAÑA. Tien calentura?
CELIA. Y tanta, que le devora.
(*Se retira por el fondo.*)

ESCENA VI.

BRAÑA.

(*Señalando primero á la derecha y luego á la izquierda.*)
De allá me salgo aflijido...
por acá se están muriendo...
esto se va componiendo
para dar un estallido.
Ah, Braña! al paso que vas
tu jornada será corta:
pero á mí lo que me importa
es mi ama, y nada mas.
(*Sale Estrella pensativa por la derecha y avanza lentamente y con la vista fija en el suelo en direccion á la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

ESTRELLA. BRAÑA.

BRAÑA. Mírala!... parece... sí,
con ese rostro tan sério
que sale de un cementerio...
A dónde vas?
ESTREL. Allí... allí...
BRAÑA. Alli... no se puede entrar,
mi alma...
ESTREL. Por qué?
BRAÑA. Porque...
está solo... y ya se ve...
ESTREL. Solo?... déjame pasar.

BRAÑA. Eso es!... déjame... y luego
quédeme yo pesaroso...
Vuélvete!... por el reposo
de tu padre te lo ruego.
ESTREL. Quiero verle...
BRAÑA. Esa está buena!
y no puedes en los piés
tenerte...
ESTREL. Pero... no ves
que me está ahogando la pena?
Déjame!
BRAÑA. No... no te dejo...
y perdóname tambien:
haz lo que digo y vas bien,
que te lo dice este viejo.
ESTREL. Oh!... me estás mortificando!
BRAÑA. Aunque me cueste cien vidas...
ESTREL. Yo te pido...
BRAÑA. No me pidas...
ESTREL. Pues Braña... Yo te lo mando!
BRAÑA. Lo mandas... cómo ha de ser!
sí... puédesme tú mandar...
y cuando mandas... andar!
yo tengo que obedecer.
Ya no digo no .. ni sí:
oblígasme á que consienta...
mas, Dios no te pida cuenta
de no hacer caso de mí!
(*Entra en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA VIII.

ESTRELLA.

Qué sabes tú del arcano
de este poderoso amor
que en mí vive... superior
á todo respeto humano!
Herida en el alma... herida!
sin consuelo que me halague...
qué importa ya que se apague
la luz de mi pobre vida?

No veis que airada la suerte
guiando mis pasos vá...
y que él reclinado está
en los brazos de la muerte?
Ella en lánguido rumor
me llama... la muerte es!...
ella de triste ciprés
coronará nuestro amor.
Ilusiones engañosas!
Ay... pobre cabeza mia!
tú que soñastes un dia
ceñir coronas de rosas...
Y viste en tu amante anhelo
entre otras galas nupciales,
flotando en ondas iguales
al aire el cándido velo!...
Y... qué importa! Hoy nos abraza
la muerte... las galas trueca...
pero al fin su mano seca
para siempre nos enlaza.
Por eso á su lecho frio
se lanza mi pensamiento...
Será su postrer aliento
el último aliento mio.
Solo está... lo que hay allí...
lo que ese aposento encierra,
es mio ya... y de la tierra...
(*Al entrar en la habitacion de la izquierda la duquesa separa un poco la colgadura y se detiene en el umbral.*)

ESCENA IX.

ESTRELLA. DUQUESA.

ESTREL. (*Retrocediendo espantada.*)
Ah!... no te acerques á mí!...
huiré de tu vista... huiré!...
pero no sigas mi huella!
DUQUES. (*Con afectada sinceridad.*)
En qué te he ofendido, Estrella?
ESTREL. Pues qué!... no sabes...
DUQUES. Yo?... qué?

ESTREL. Ah!... señor!
DUQUES Por qué te pesa
encontrarme... qué te agita?
mírame .. soy Margarita...
soy tu prima, la duquesa...
ESTREL. Te conozco muy bien, sí!
Piensas que estoy delirante?
Ay!... maldecido el instante,
maldecido!... en que te ví.
DUQUES. Dices que no desvarias?
Si tus sentidos obráran
de este modo me tratáran
tus negras melancolías?
Tal vez...
ESTREL. No!... no me comprendes...
DUQUES. Es verdad, no te comprendo;
mas por lo que vas diciendo,
comprendo bien que me ofendes.
Y me ofendes... por los cielos!
en horas en que saber
debíais que he menester
no agravios, sino consuelos.
ESTREL. Ah!... mal tus palabras mides!
y has llegado á imaginar
que te los puedo yo dar?
Consuelos... consuelos pides
en acento lastimero?...
Luego los hay para tí?
Búscalos!... en cuanto á mí
ni los tengo, ni los quiero.
DUQUES. Oh!... cuánto de amarga hiel
Estrella vertiendo vas!...
Mira que hablándome estás
con un despego cruel.
ESTREL. Dices bien... injusta soy,
y no merezco disculpa:
qué culpa tienes, qué culpa
en mis quebrantos de hoy?
Yo sola... yo!... que nací
para cruzar un sendero
cubierto de abrojos... pero
por que me trajiste aquí?
Ah!... por qué en tierras estrañas
con mi dolor me has lanzado...
y morir no me has dejado

en mis queridas montañas!

DUQUES. Cada vez son mas confusas
tus palabras... tus quimèras...
creí que me agradecieras
lo mismo de que me acusas.
Pero, en fin, si tanto estrañas
la corte... qué le he de hacer?
Prima... te puedes volver
á tus queridas montañas.
¡Nadie aquí te tiene presa...

ESTREL. De volver hablas... volver?
eso ya no puede ser!...
aquí he de morir, duquesa.

DUQUES. Por qué tanto en ello das?
La que allá feliz vivia...

ESTREL. No era feliz... no!... sufria;
pero he sufrido aquí mas.
Al menos allá ignoraba...
y pasaba hora tras hora
presa de fiebre traidora
que lenta me devoraba.
Tras de los montes veia
en fatigoso desmayo
del sol el último rayo
morir como yo moria.
Moria... porque ignoraba
cómo encontrar mi tesoro,
y triste, bañada en lloro
la nueva luz me encontraba.
Mas con fuerza superior
que no pude contrastar
te empeñastes en secar
las fuentes de mi dolor...
Y me trajiste á tu lado,
y que hicieras te dejé...
y aquí mi tesoro hallé!
pero .. cómo lo he encontrado!!
Yo que con tanta pasion
le buscaba... á Dios pluguiera
que antes de encontrarle hiciera
pedazos mi corazon!

DUQUES. Conque hallaste á tu galan?

ESTREL. Ayer.

DUQUES. Cómo!... en casa?

ESTREL. Aquí.

DUQUES. Y dónde está?
ESTREL. Dónde... allí!
DUQUES. Es tu Enrique, mi don Juan?
ESTREL. Oh!... cómo en el alma pesa
tu pregunta!... no le amas
y tu don Juan hoy le llamas?
Esto es horrible, duquesa!
DUQUES. Ya veo que te aniquila
una pasion desgraciada...
mas como no soy culpada
qué quieres? estoy tranquila.
ESTREL. Tu calma glacial maldigo,
pues redoblas mi dolor
viendo que en tí no hay valor
para irritarte conmigo.
DUQUES. Brotan centellas tus ojos...
mas por qué me he de irritar
si vienes á disputar
de un cadáver los despojos?
ESTREL. Qué dices!... ha muerto ya!!...
DUQUES. Sí!... para Estrella.
ESTREL. (*Cayendo desmayada sobre un sillon que estara colocado muy cerca de la puerta de la izquierda.*)
Ay de mí!
DUQUES. (*Con creciente animacion.*)
Murió! murió para tí...
mas para mí vivirá!
Provócasme en tu locura...
mi calma glacial maldices...
qué sabes tú lo que dices,
insensata criatura?
Calma yo!... viven los cielos!
orgullo, sí! muy cumplido...
darte el placer no he querido
de que descubras mis celos.
No!... no!!... que altiva nací...
mas si tocas á don Juan...
verás, verás el volcán
de enojos que guardo aquí.
Ah!... qué idea se me alcanza!
infernal es... me dá horror...
pero... no será mejor
que pierdan toda esperanza?
Está exánime... es dichosa!
Don Juan ha vuelto á la vida,

y si se ven soy perdida...
Es tan jóven!... tan hermosa!
Mis celos irritarán,
y con su amor y doblez
humillarán mi altivez...
mi altivez!... No se verán!
no se verán! Dolorida
Estrella está de tal suerte
que no estrañarán su muerte...
su muerte... estoy decidida!
Belleza cuya bravura
provocó mis iras tanto,
confiada en el encanto
de tan funesta hermosura...
(*Se acerca á Estrella dando la espalda á la puerta de la izquierda, y buscando convulsivamente el pomo que pende de una de sus pulseras.*)
Los amores que te oprimen
van á morir en tu pecho...
(*Accionando como para destapar el pomo acerca sus manos al rostro de Estrella; pero ántes de destaparlo, sale don Juan envuelto en un balandran ó túnica de terciopelo: sujeta á la duquesa por un brazo, la que no se apercibe de su llegada hasta este momento. Breve pausa en la que los dos se miran fijamente: la duquesa abrumada por el asombro de tan inesperada aparicion, se la ve demudarse y desfallecer por instantes. Don Juan sin soltar su brazo la separa á alguna distancia y dice con débil acento, pero con serenidad.*)

ESCENA X.

ESTRELLA. DUQUESA. DON JUAN.

JUAN. Dios me levanta del lecho
para evitar este crímen.
Orad... porque os interesa:
pedid á Dios por vos sola:
DUQUESA. (*Cayendo desfallecida.*
Justicia de Dios!... ay..,

JUAN. (*Ocultando con su cuerpo á Estrella.*)
Hola!
(*Salen Celia y algunas otras doncellas por el fondo.*)
Socorred á la duquesa.
(*La retiran á la habitacion de la derecha.*)

ESCENA XI.

ESTRELLA. DON JUAN.

JUAN. Angel del cielo caido!
cuántos acerbos dolores!
La espiacion de tus amores
qué horrible...que horrible ha sído!
Si yo pudiera impedir...
qué haré yo para que cedan..
mas ay! ni fuerzas me quedan
para ayudarte á sufrir.
Tu padre... tu padre...! aun creo
que le escucho – plégue á Dios
que no caigan sobre vos
las desgracias que preveo...–
Y se cumplió su fatal
anuncio... no solo en mí...
tambien te ha alcanzado á tí
la prediccion paternal!
Oh!... nunca á mirarme aciertes,
que aun puede ser mas amargo
tu duelo... de ese letargo,
Estrella... no, no dispiertes!
Pero... se vuelve á animar!
Señor!... tu piedad me olvida?...
Vas á volver á la vida
para volver á llorar?
Que no me vea... Sí, sí!
y acabe nuestra querella...
virtud y honor hay en ella,
y honor, honor hay en mí.
La hablaré, me escuchará
con su angelical dulzura...
y para prueba tan dura
honor fuerza nos dará.

ESTREL. (*Volviendo en sí.*)
Ay !... cómo volando van
en confuso clamoreo...
JUAN. Estrella...
ESTREL. Buen Dios... qué veo !...
(*Adelantándose y retrocediendo al momento.*)
Mi Enrique !... ay, no, no ! Don Juan !
JUAN. Estrella, escúchame...
ESTREL. (*Apoyándose en un mueble.*)
Sí...
JUAN. Qué esperamos ya los dos?
Mira ofendemos á Dios...
y Dios nos castiga así.
A tí, porque en tus desvelos
á un mortal á amar te atreves
con todo el amor que debes
al monarca de los cielos.
A mí, que tu corazon
tan virginal encontré,
porque á tiempo no corté
las alas á tu pasion.
No imaginé tanto mal !
no pensé en tales estremos...
No, jamás !... pero aplaquemos
la cólera celestial !
Valor, valor, hija mia !
que el martirio así se alcanza...
vivamos sin esperanza...
y en la alta bondad confia.
(*Estrella va á hablar, pero don Juan la interrumpe.*)
No !... ni una palabra !... El grito
ahoguemos de las pasiones :
las que fueron ilusiones,
fueran desde hoy un delito.
Partid, Estrella... partid !
ESTREL. (*Llorando.*)
Ay !... Adios !
JUAN. (Cielos !... Adios.)
(*Aparece la duquesa en la puerta de la derecha, con el cabello descompuesto y el rostro visiblemente alterado.*)

ESCENA XII.

ESTRELLA. DUQUESA. DON JUAN.

DUQUES. Otra vez juntos los dos!
JUAN. Venid, señora, venid!
(*La duquesa se adelanta, Estrella con el pañuelo sobre los ojos y con pasos vacilantes entra en la habitacion de la derecha.*)
Va á partir.
DUQUES. Mas, con presteza?...
JUAN. Al punto.
DUQUES. Al punto!
JUAN. Os asombra?
no empaña ninguna sombra
el cristal de su pureza.
Esto su accion os esplica:
pudo inocente querer...
pero á la voz del deber
su corazon sacrifica.
A la montaña al momento
vuelve en el nombre Dios...
Sola quedais... Sola vos,
con vuestro remordimiento!
DUQUES. Y por qué? Solo he tratado...
te engañas, duque, te engañas!
Sí... que vuelva á sus montañas...
JUAN. De donde la habeis sacado.
DUQUES. Es cierto... saber queria
si eran mis dudas verdad...
JUAN. Y en aquella soledad
amando, en qué os ofendia?
Allí con su amarga pena
ignoraba lo que ahora...
Jamás os tuve, señora
por piadosa ni por buena...
Mas, cómo esperar? gran Dios!
hallándose en el sagrario
de mi techo hospitalario,
donde la tragísteis vos,
que vos fuérais tan menguada

viéndola, mústia, abatida,
que atentárais á la vida
de una vírjen desmayada?

DUQUES. Yo...

JUAN. Pero la maldicion
del cielo os alcanzará:
su enojo quebrantará
vuestro duro corazon.

DUQUES. (*Con creciente agitacion.*)
Callad!... Ay!... Si á las montañas
se vuelve... que ya no tema...
pero... vuestro acento quema...
sí... sí!... abrasa mis entrañas.
Duque... Duque! no se cómo...
pero está ardiendo mi sien...
(*Al llevarse la mano á la cabeza, fija la vista en el pomo de la pulsera, y da un grito.*)
Ah!... Celia!!

ESCENA XIII.

DUQUESA. CELIA. DON JUAN.

CELIA.. Señora?

DUQUES. Quién
ha destapado este pomo!

CELIA. Yo he sido, me habeis hablado
de su virtud, y os le dí
cuando privada..,

DUQUES. Ay de mí!

JUAN. } Qué!
CELIA. }

DUQUES. Me habeis envenenado!

CELIA. Ah!

JUAN. Señora!...

DUQUES. Esta fatiga...
no os dice...

JUAN. Pronto!... un doctor!

CELIA. (*Sale velozmente por el fondo.*)
Ah! sí!...

DUQUES. Ya es tarde...

JUAN. Qué horror!
DUQUES. Pronto el cielo me castiga!
(*Estrella envuelta en un manto sale de la habitacion de la derecha seguida de Braña.*)

ESCENA ULTIMA.

ESTRELLA. DUQUESA. DON JUAN. BRAÑA.

DUQUES. Ven... Estrella... mírame.
ESTREL. Oh! Duquesa...
DUQUES. Horror te da?...
no... nada temas... que ya
perseguirte no podré.
ESTREL. Mas, qué es lo que en tí se advierte!
DUQUES. ¿No ves que estoy espirando...
que está en mi boca sonando
la sorda voz de la muerte?...
ESTREL. Dios mio!
DUQUES. No os aflijais...
á los cielos enojé...
con el daño que os causé...
ay!... venid... me... perdonais?
ESTREL. Oh!... Toma la vida mia
y salva, salva la tuya!...
DUQUES. Pídele á Dios que concluya...
esta penosa agonia...
Ah!... ya... atiende mi querella...
las manos... las manos dadme...
perdonadme!... ay!... perdonadme...
(*Muere.—Estrella cae de rodillas á los piés de la duquesa.*)
ESTREL. Don Juan... oremos por ella!
JUAN. Orad vos, Estrella, orad!...
yo no podré en tanto duelo...
pedidle por ella al cielo...
necesito soledad!...
ESTREL. (*Incorporándose.*)
Decis bien... Harto los dos
sufrimos... Tu apoyo, Braña!...
(*Llorando.*)
Volvamos á la montaña.

EL TROVADOR.

DRAMA

EN CINCO JORNADAS Y EN VERSO,

POR

DON ANTONIO G. GUTIERREZ.

REFUNDIDO PARA EL TEATRO ESPAÑOL,

N.° 135.

MADRID, 1851. — IMPRENTA DE S. OMAÑA.
Calle de la Redondilla núm. 2.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847 relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.

DON NUÑO DE ARTAL, *conde de Luna.*
DON MANRIQUE.
DON GUILLEN DE SESÉ.
DON LOPE DE URREA.
DOÑA LENOR DE SESÉ.
DOÑA JIMENA.
AZUCENA, *gitana.*
GUZMAN. }
JIMENO. } *Criados del conde de Luna.*
FERRANDO. }
RUIZ, *criado de don Manrique.*
ORTIZ, *criado de don Guillen.*
UN SOLDADO.

SOLDADOS, SACERDOTES, RELIGIOSAS.

Aragon, siglo XV.

JORNADA PRIMERA.

Antecámara de la habitacion de doña Leonor, en el palacio de la Aljaferia. Puerta al fondo y á ambos lados del teatro.

ESCENA PRIMERA.

JIMENO. GUZMAN. ORTIZ. *Estan sentados al rededor de una mesa, y bebiendo.*

JIMENO. Ninguno mejor que yo
puede contar esa historia.
Desde los tiempos del viejo
don Lope, que de Dios goza,
estoy sirviendo en la casa:
ya veis si hay fecha!
ORTIZ. Y no poca.
GUZMAN. Han corrido sobre el caso
noticias contradictorias.
ORTIZ. Es lo que sucede.

GUZMAN. Y luego,
se abultan mucho las cosas!
JIMENO. ¡Ahora bien! Sucedió el lance,
aunque la fecha no importa,
en mil trescientos noventa,
si no es infiel mi memoria.
El señor conde vivia
comunmente en Zaragoza,
viudo entonces, con dos hijos
de su malograda esposa.
Don Nuño, el menor de entrambos,
y don Juan que está en la gloria,
y ya contaba dos años
con diferencia muy corta.
Una noche penetró
hasta la cámara propia
del mayor, una gitana
harapienta y quintañona.
GUZMAN. Era bruja sin remedio.
JIMENO. Bien lo digeron las obras.
— Se sentó á su lado: estuvo
mirándole, silenciosa,
largo rato, y la encontraron
estasiada en esta forma.
Nada malició don Lope:
la vieja pasó por loca,
y cuando echarla quisimos,
ella, ¡nada! se hizo sorda.
ORTIZ. A palos..
JIMENO. Ese fué el medio;
mas desde aquel punto y hora,
enfermó el niño. Le habia
hechizado la bribona.
GUZMAN. ¡Cáspita! ¿pues?
JIMENO. Le atacaron
convulsiones y congojas
tan grandes, que se nos iba
de entre las manos por horas.
ORTIZ. Diantre!
JIMENO. Y nos contaba el aya
que en legiones numerosas
se desataban las brujas
por las noches en su alcoba,
y con algazara horrible,
sacudiéndole furiosas

contra la pared, jugaban
con el niño á la pelota.

ORTIZ. Jesus! yo me hubiera muerto!

JIMENO. Era pesada la broma!

GUZMAN. Y don Lope?

JIMENO. Hizo quemar
á la vieja encantadora.

GUZMAN. Cuánto me alegro! y el chico,
sanó?

JIMENO. Sí; pero qué importa?
No quisieron entenderme,
que si mi opinion se adopta,
no me queda una gitana
diez leguas á la redonda.
Y á Azucena, sobre todo.

GUZMAN. Su hija?

JIMENO. Sí; y era la moza
pintiparada á su madre,
como una gota á otra gota.

ORTIZ. Y en fin, dime con quien andas...

JIMENO. Pues en estas y en las otras,
el niño que estaba ya
redondo como una bola,
desapareció.

GUZMAN. Qué diantre!

JIMENO. Nuestra diligencia toda
fué inútil: solo encontramos
un tizon de humana forma
en el sitio donde habian
ajusticiado á la loca.

ORTIZ. Le mataron!

JIMENO. Y en la hoguera.

ORTIZ. Y no la buscasteis...

JIMENO. Toma!
Pero en vano; y sin embargo,
como la viese yo ahora..

GUZMAN. La conocierais?

JIMENO Sin duda.

GUZMAN. La venganza fué diabólica!
Mas yo apuesto á que la vieja
está pagando la costa
en el infierno.

JIMENO. Quién sabe!

GUZMAN. Pues qué?...

JIMENO. Mi opinion es otra.

Han sucedido despues
ocurrencias misteriosas!...

ORTIZ. Contádmelo á mí!

JIMENO. Pues cómo?
La habeis visto?

ORTIZ. Sí.

JIMENO. En persona?

ORTIZ. Si no en la suya, á lo menos,
bajo mil distintas formas.
Noches atrás, convertida
en lechuza, entró á deshora
en mi aposento, mirándome
de una manera espantosa.
Me apagó la luz, y yo
me arrebujé con mis ropas
por no ver aquellos ojos
que brillaban en la sombra!
Púseme á rezar, y... nada!
hasta que al fin, pavorosa
levantó el vuelo, azotando
las paredes de la alcoba.
Al sentir que me tocaba,
di un grito, y ella furiosa
lanzó un horrible graznido,
y se escapó... y hasta ahora.

GUZMAN. Bravas cosas me contais;
pero en cambio sabreis otras
que son mas frescas, si no
tan raras y tan curiosas.

ORTIZ. Sí?

GUZMAN. Pero cuenta que nadie
trasluzca que de mi boca
ha salido...

JIMENO. Pues?

GUZMAN. Si el conde
llega á saberlo, me ahorca.

JIMENO. El conde?

GUZMAN. Todo ello es nada!
nada! travesuras propias
de la juventud, que es siempre
tan ardiente como loca.
(*A Ortiz.*)
Ya sabes que está perdido
de amores por tu señora.

ORTIZ, No ha de estarlo?

JIMENO. Es muy discreta,
y tan noble como hermosa.
GUZMAN. Pero no lo sabeis todo.
— Podreis creer que ella adora
á ese trovador, que antaño
pasaba las noches todas
desvelando nuestro sueño
con su laud y sus trovas?
ORTIZ. Y que aun viene.
JIMENO. Pues no dicen
que la pretension apoya
de ese conde que disputa
á nuestro rey la corona?
GUZMAN. Pues sin embargo...
ORTIZ. Atreverse
un hombre de tal estofa
á pretender á una dama
de estirpe tan generosa!
JIMENO. No negareis, sin embargo,
que es muy galan, y que goza
fama de valiente.
ORTIZ. Y eso?...
JIMENO. Para las mugeres, sobra.
GUZMAN. Pero quién es?... no se sabe!
cuál es su cuna? se ignora.
— Es lo que el conde decia;
dónde está su ejecutoria?
Tal vez será algun hidalgo
pobreton, y aun se me antoja...
JIMENO. Al cuento.
GUZMAN. Ya sabeis bien
la confianza que me otorga
el conde. — Anoche, en su cámara,
estando con él á solas,
me dijo: « Escucha Guzman!
esa lealtad que te abona,
me obliga á que te confie
mis penas y mis zozobras.
Esta noche me acompañas
á una empresa peligrosa;
que hoy se cumple mi ventura,
ó mis desdichas se colman.
Sígueme, » añadió, y salimos
aprovechando las sombras,
y esperando sorprender

en su nido á la paloma.
JIMENO. Cómo! en palacio...
GUZMAN. (*A Ortiz.*) Cuidado!
que doña Leonor conozca...
ORTIZ. Ya sabes que puede el conde
contar conmigo
GUZMAN. En buen hora.
Pues al llegar al vedado
umbral, figuraos su cólera!
del laud del trovador
oyó las pausadas notas
JIMENO. Del trovador! pues estaba
en el palacio á esas horas!
GUZMAN. Y en el jardin de su alteza.
JIMENO. Locuras de gente moza!
GUZMAN. Allí estará, esclama el conde
con voz conmovida y ronca,
y á la escalera se lanza.
— La noche era tenebrosa!
El cantor, que, por lo visto,
á mi señor equivoca
con algun pobre escudero,
el campo nos abandona.
Doña Leonor llega entonces,
y á la parte mas remota
del jardin, lleva á don Nuño
enamorada y gozosa.
Pero bien pronto, al oir
las atrevidas lisonjas
del conde, su error comprende,
y le rechaza y se enoja.
En esto un hombre se llega
con faz encendida y torva,
y ambos en silencio cruzan
de sus espadas las hojas.
JIMENO. Y qué?
GUZMAN. Desarmado el conde,
perdió en una dos victorias.
— Cuando llegué, todo habia
volado como en tramoya.
JIMENO. No os parece una locura
que asi mi señor se esponga...
ORTIZ. En efecto
JIMENO. Y si la reina
llega á saber estas cosas!...

ORTIZ. (*Mirando adentro.*)
Silencio! pienso que está
levantada mi señora.
GUZMAN. Temprano para quien vela!
JIMENO. Nadie dirá que trasnocha.
GUZMAN. No es aquel su hermano?
ORTIZ. Él es,
siempre con la cara fosca!
JIMENO. Hay tempestad.
ORTIZ. Vámonos
antes que la nube rompa.
(*Vánse por el fondo; un momento despues, salen por la izquierda Don Guillen, Leonor y Jimena.*)

ESCENA II.

DON GUILLEN. LEONOR. JIMENA.

GUILL. Mil quejas tengo que daros
si oirme, hermana, quereis.
LEO. Hablar, don Guillen, podeis,
que pronta estoy á escucharos.
Si á hablar del conde venís
que será en vano os advierto,
y me enojaré por cierto
si en tal tema persistís.
GUILL. Poco estimais, Leonor,
el brillo de vuestra cuna
menospreciando al de Luna
por un simple trovador.
Qué vísteis, hermana, en él
para así tratarle impía?
No supera en bizarría
al mas apuesto doncel?
A caballo, en el torneo
no admirasteis su pujanza?
A los botes de su lanza...
LEO. Que cayó de un bote creo.
GUILL. En fin, mi palabra dí
de que suya habeis de ser,
y cumplirla he menester.

LEO. Y vos disponeis de mí?
GUILL. O soy ó no vuestro hermano.
LEO. Nunca lo fuerais por Dios,
que me dió mi madre en vos
en vez de amigo un tirano.
GUILL. En fin, ya os dije mi intento:
ved cómo se ha de cumplir.
LEO. No lo espereis.
GUILL. O vivir
encerrada en un convento.
LEO. Lo del convento mas bien.
GUILL. Eso tu audacia responde?
LEO. Que nunca seré del conde...
nunca; lo oís, don Guillen?
GUILL. Yo haré que mi voluntad
se cumpla aunque os pese á vos.
LEO. Idos, hermano, con Dios.
GUILL. Leonor...! á Dios os quedad.

ESCENA III.

LEONOR. JIMENA.

LEO. Lo oiste? Negra fortuna!
Ya ni esperanza ninguna,
ningun consuelo me resta.
JIMENA. Mas por qué por el de Luna
tanto empeño manifiesta?
LEO. Esa soberbia ambicion
que le ciega y le devora
es ¡triste! mi perdicion.
Y quiere que al que me adora
arroje del corazon!
Yo al conde no puedo amar,
le detesto con el alma:
él vino ¡ay Dios! á turbar
de mi corazon la calma
y mi dicha á emponzoñar.
Por qué perseguirme así?
JIMENA. Desde anoche le aborrezco
mas y mas.
LEO. Yo que creí
que era Manrique... Ay de mí!
todavía me estremezco.

Por él me aborrece ya.
JIMENA. Don Manrique?
LEO. Sí, Jimena.
JIMENA. De vuestro amor dudará?
LEO. Celoso del conde está,
y sin culpa me condena. (*Llora.*)
JIMENA. Siempre llorando, mi amiga?
no cesas....
LEO. Llorando, sí;
yo para llorar nací;
mi negra estrella enemiga,
mi suerte lo quiere asi.
Despreciada, aborrecida
del que amante idolatré,
qué es ya para mí la vida?
Y él creyó que envilecida
vendiera á otro amor mi fé.
No, jamás... la pompa, el oro,
guárdelos el conde allá;
ven, trovador, y mi lloro
te dirá como te adoro,
y mi angustia te dirá.
Mírame aqui prosternada;
ven á calmar la inquietud
de esta muger desdichada:
tuyo es mi amor, mi virtud...
Me quieres mas humillada?
JIMENA. Qué haces, Leonor?
LEO. Yo no sé...
alguien viene.
JIMENA. Él es, por Dios!
Y dudabas de su fé!
LEO. Jimena!
JIMENA. Te estorbaré...
solos os dejo á los dos.

ESCENA IV.

LEONOR, MANRIQUE. (*Rebozado.*)

LEO. Manrique! eres tú?
MAN. Yo, sí...
no tembleis.
LEO. No tiemblo yo:
mas si alguno entrar te vió...
MAN. Nadie.
LEO. Qué buscas aquí?
qué buscas..? ah! por piedad...
MAN. Os pesa de mi venida?
LEO. No, Manrique, por mi vida;
me buscas á mí, es verdad?
Sí, sí... yo apenas pudiera
tanta ventura creer;
lo ves? lloro de placer.
MAN. Quién, perjura, te creyera!
LEO. Perjura?
MAN. Mil veces, sí...
mas no pienses que insensato
á obligar á un pecho ingrato,
á implorarte vine aquí.
No vengo lleno de amor
cual un tiempo...
LEO. Desdichada!
MAN. Temblais?
LEO. No, no tengo nada...
pero temo tu rigor.
Quién dijo, Manrique, quien,
que yo olvidarte pudiera
infiel, y tu amor vendiera,
tu amor, que es solo mi bien!
Mis lágrimas no bastaron
á arrancar de tu razon
esa funesta ilusion?
MAN. Harto tiempo me engañaron.
Demasiado te crei
mientras tierna me halagabas

y, pérfida, me engañabas.
Qué necio, qué necio fuí!
Pero no, no impunemente
gozarás de tu traicion:
yo partiré el corazon
de ese rival insolente.
Tus lágrimas! yo creer
pudiera, Leonor, en ellas
cuando con tiernas querellas
á otro halagabas ayer?
No te vi yo mismo, di?

LEO. Sí; pero juzgué engañada
que eras tú: con voz pausada
cantar una trova oí.
Era tu voz, tu laud,
era el canto seductor
de un amante trovador
lleno de tierna inquietud.
Turbada perdí mi calma,
se estremeció el corazon,
y una celeste ilusion
me abrasó de amor el alma.
Me pareció que te via
en la oscuridad profunda,
que á la luna moribunda
tu penacho descubria.
Me figuré verte allí
con melancólica frente
suspirando tristemente
tal vez, Manrique, por mí.
No me engañaba.. un temblor
me sobrecogió un instante...
era sin duda mi amante,
era ¡ay Dios! mi trovador.

MAN. Si fuera verdad, mi vida
y mil vidas que tuviera,
ángel hermoso, te diera.

LEO. No te soy aborrecida?

MAN. Tú, Leonor? pues por quién
asi en Zaragoza entrara?
por quién la muerte arrostrara
sino por tí, por mi bien?
Aborrecerte! quién pudo
aborrecerte, Leonor?

LEO. No dudas ya de mi amor,

Manrique?

MAN. No; ya no dudo.
Ni así pudiera vivir:
¿me amas, es verdad? lo creo,
porque creerte deseo
para amarte y existir.
Porque me fuera la muerte
mas grata que tu desden.

LEO. Trovador!

MAN. No mas; ya es bien
que parta.

LEO. No vuelvo á verte?

MAN. Hoy no, muy tarde será.

LEO. Tan pronto te marchas?

MAN. Hoy:
ya se sabe que aqui estoy;
buscándome estan quizá.

LEO. Sí, vete.

MAN. Muy pronto fiel
me verás, Leonor, mi gloria,
cuando el cielo dé victoria
á las armas del de Urgel.
Retírate... viene alguno.

LEO. Es el conde!

MAN. Vete.

LEO. Cielos!

MAN. Mal os curásteis mis celos...
qué busca aqui este importuno?

ESCENA V.

MANRIQUE, DON NUÑO.

NUÑO. Qué hombre es este?

MAN. Guárdeos Dios
muchos años, el de Luna.

NUÑO. (Pésia mi negra fortuna!)

MAN. Caballero, hablo con vos;
si porque encubierto estoy...

NUÑO. Si decirme algo teneis,
descubrid...

MAN. Me conoceis? (*Descubriéndose.*)

NUÑO. Vos, Manrique!

MAN. El mismo soy.
NUÑO. Cuando á la ley sois infiel
y cuando proscrito estais,
asi en palacio os entrais,
partidario del de Urgel?
MAN. Debo temer por ventura,
conde, de vos?
NUÑO. Un traidor...
MAN. Nunca; vuestro mismo honor
de vos mismo me asegura.
Siempre fuisteis caballero.
NUÑO. Qué buscais, Manrique, aqui?
MAN. A vos, señor conde.
NUÑO. A mí?
Para qué saber espero.
MAN. No lo adivinais?
NUÑO. Tal vez.
MAN. Siempre enemigos los dos
hemos sido.
NUÑO. Sí, por Dios.
MAN. Pensáislo con madurez.
NUÑO. Pienso que atrevido y necio
anduvisteis en retar
á quien débeos contestar
tan solo con el desprecio.
Qué hay de comun en los dos?
Hablais al conde de Luna,
hidalgo de pobre cuna.
MAN. Y bueno tal como vos.
En fin, no admitis el duelo?
NUÑO. Y lo pudisteis pensar?
yo hasta vos he de bajar?
MAN. No me insulteis, vive el cielo,
que si la espada desnudo
la vil lengua os cortaré.
NUÑO. A mí, villano? No sé (*Saca la espada.*)
cómo en castigarte dudo.
Mas tú lo quieres.
MAN. Salgamos.
NUÑO. Sacad el infame acero.
MAN. Don Nuño, fuera os espero;
cuidad que en palacio estamos.
NUÑO. Cobarde, no escucho nada.
MAN. Ved, conde, que os engañais...
Vos... vos cobarde llamais

al que es dueño de esta espada?

NUÑO. La mia... Y lo sufro, no...

MAN. A recobrarla venid.

NUÑO. No, que no sois, advertid,
caballero como yo.

MAN. Tal vez os equivocais.
Y habladme con mas espacio
mientra estamos en palacio.
Os aguardo.

NUÑO. Dónde vais?

MAN. Al campo, Don Nuño, voy,
donde probaros espero
que si vos sois caballero...
caballero tambien soy.

NUÑO. Os atreveis...?

MAN. Sí, venid.

NUÑO. Trovador, no me insulteis
si en algo el vivir teneis.

MAN. Don Nuño, pronto, salid.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA.

En el fondo del teatro se verá la reja del locutorio de un convento: tres puertas, una al lado de la reja que comunica con el interior del claustro, otra á la derecha, que cae á la iglesia, y otra á la izquierda que figura ser la entrada de la calle. Al levantarse el telon se verá á don Guillen á la puerta de la derecha, mirando hácia la iglesia.

ESCENA PRIMERA.

DON GUILLEN: *luego* DON NUÑO.

GUILL. Comprendo, sí, nada alcanza
su loco amor á estinguir,
y aqui viene á despedir
su ya inútil esperanza!
La herida que al pecho tiene
abierta, en ahondar se empeña.
— ¿Habrá entendido mi seña?
tan ciego está... Pero él viene.

NUÑO. (*Sale de la iglesia.*)
¿Me llamábais, don Guillen?
GUILL. Señor!...
NUÑO. Conmovido os veo!
GUILL. Os he buscado en la Seo
y en el palacio tambien.
NUÑO. Hoy quebranté mi costumbre.
¡Pero teneis la color
perdida!
GUILL. Os traigo, señor,
nuevas de gran pesadumbre.
NUÑO. Su alteza!...
GUILL. Guárdele el cielo!
de salud completa goza.
NUÑO. Pues qué pasa?
GUILL. En Zaragoza
todos lloran sin consuelo.
NUÑO. Cómo!
GUILL. La traicion impía
que en yermo á Aragon convierte,
dió al arzobispo la muerte.
NUÑO. Qué decis! á don García?
GUILL. Ahora se acaba de hallar
su cadáver junto al muro,
que de la noche en lo oscuro
le debieron de matar.
Murió como bueno y fiel.
NUÑO. Siempre lo fué don García.
GUILL. Porque osado combatía
la pretension del de Urgel.
NUÑO. Infame y cobarde accion
que he de vengar por quien soy!
GUILL. Sí, sí!
NUÑO. Sabed que desde hoy
soy justicia de Aragon,
y si mi poder alcanza
á los traidores, os juro
por mi honor, como el sol puro,
que han de sentir mi venganza.
GUILL. Quién hay que seguro esté
de algun traidor homicida?
NUÑO. Dígalo yo.
GUILL. Vuestra herida...
NUÑO. Grave y peligrosa fué.
Y mucho debo á mi suerte.

GUILL. Cierto.
NUÑO. Por milagro existo,
que, por Dios! muy cerca he visto
el semblante de la muerte.
GUILL. La suerte, al fin, del traidor
os dió la venganza presto.
NUÑO. Sí, mas ya que hablamos de esto;
qué me decis de Leonor?
Conmigo siempre irritada
está? por qué su hermosura
marchita en esa clausura
de la corte retirada?
GUILL. Señor...
NUÑO. Desde que dejó
el servicio de su alteza,
de contemplar su belleza
dura tambien me privó.
GUILL. Ya no os lo puedo encubrir...
NUÑO. Mas por qué á la pasion mia
se muestra Leonor, impia?
GUILL. Conde! qué os puedo decir?
En vano fué amenazar,
y nada alcanzó mi ruego:
esposa de Dios va luego
á postrarse ante su altar.
Los lazos de su amor, rotos
mira, y al mundo renuncia,
y en fin, hoy mismo pronuncia
en ese templo sus votos.
NUÑO. Conque era cierto! insensible,
á mi cariño prefiere
un claustro! nada hay que espere!
mi ventura es ya imposible.
GUILL. Bien lo veis.
NUÑO. En mi afliccion,
largo tiempo esperé en vano
ablandar aquel tirano
indomable corazon.
Ha despreciado mi fé
y mi amor, y el sufrimiento
con que llevé mi tormento
y sus rigores lloré.
Y hoy poniendo entre los dos
de la religion el muro,
contra mi amor, el seguro

amparo busca de Dios.
GUILL. Tal flaqueza apenas creo!
de ese amor débil vasallo...
NUÑO. Siempre.
GUILL. Por eso aqui os hallo
cuando os buscaba en la Seo!
NUÑO. Ingrata...
GUILL. Cuando el rumor
llegó, don Nuño, á su oido,
de que habia sucumbido
en Velilla el trovador,
desesperada, llorosa...
NUÑO. No habrá un medio, don Guillen?...
GUILL. Ninguno: ni ya está bien...
NUÑO. Decís que aun no es religiosa?
GUILL. Pero lo será muy luego.
NUÑO. Iré yo á verla; yo iré!
si es fuerza, la rogaré.
GUILL. Despreciará vuestro ruego.
NUÑO. Tan en estremo enojada
está?
GUILL. No sabeis, señor,
que no hay tirano mayor
que la muger si es rogada?
NUÑO. Pues bien: la arrebataré
á los pies del mismo altar,
Si ella no me quiere amar...
yo á amarme la obligaré.
GUILL. Conde!
NUÑO. Sí, si! loco estoy!
no os enojeis, no he querido
ofender...
GUILL. Noble he nacido,
y noble, don Nuño, soy.
NUÑO. Basta! ya sé, don Guillen,
que es ilustre vuestra cuna.
GUILL. Y jamás mancha ninguna
la oscurecerá.
NUÑO. Está bien: (*Con impaciencia.*)
dejadme.
GUILL. Quién mas que yo
este enlace estimaría?
mas si amengua mi hidalguía,
no quiero tal dicha, no.
NUÑO. Decís bien. (*Enojado.*)

GUILL. Si os ofendí...
NUÑO. No, dejadme: fuera están (*Reprimiéndose.*)
mis criados; á Guzman
que entre, direis.
GUILL. Lo haré así. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA II.

DON NUÑO, *luego* GUZMAN.

NUÑO. Gracias á Dios, se fué ya,
que, por cierto, me aburria.
Qué vano con su hidalguía
el buen caballero está!
Si no me quiere servir,
será diligencia vana:
ó ha de ser mia su hermana
ó por ella he de morir.
GUZMAN. (*Sale por la izquierda.*)
Me llamábais?
NUÑO. Ven aquí:
acércate.
GUZMAN. Qué teneis
que mandarme?
NUÑO. Habla mas bajo,
Dí, te atreverás á hacer
lo que te diga?
GUZMAN. Estoy pronto.
NUÑO. A todo? piénsalo bien.
GUZMAN. Aunque me cueste la vida,
podeis de mí disponer.
NUÑO. Lo sé, Guzman: siempre has sido
de mis gentes el mas fiel.
GUZMAN. Y lo seré mientras viva:
vuestro capricho es mi ley.
NUÑO. Ya conoces á la ingrata
doña Leonor de Sesé,
y sabes cuanto he sufrido
por su rigor y esquivez.
GUZMAN. Demasiado!
NUÑO. Y para siempre
voy mi esperanza á perder
si no me ayuda tu arrojo.
Para eso el llamarte fué.

Yo debí olvidarla ; pero
mi corazon , y tal vez
mi orgullo , me impulsan hoy
á humillarla : esto ha de ser.
Cuando Manrique murió
en Velilla , imaginé
que resignada á su suerte ,
ó instable como muger ,
consintiera en aceptar
mi nombre y mi amor con él.
Inutilmente ! la ingrata ,
en su invencible desden ,
prefiere á mi amor , de un cláustro
la espantosa lobreguez.

GUZMAN. Y donde ?...

NUÑO. Hoy mismo aqui debe
profesar.

GUZMAN. Hoy mismo ! y qué ?...

NUÑO. Estorbarlo es necesario. (*Con intencion.*)

GUZMAN. Daros gusto es mi deber.

NUÑO. Nada te sucederá :
yo te lo prometo. El rey
me hace justicia mayor
de Aragon : por tanto...

GUZMAN. Pues !

NUÑO. Contra tí no habrá justicia.

GUZMAN. Es claro! quién la ha de hacer ?

NUÑO. Elige entre mis criados
quien te acompañe.

GUZMAN. Quereis
que hable á Ferrando ?

NUÑO. Me agrada.
Yo le recompensaré.

ESCENA III.

Dichos y Don Lope. *Sale apresurado por la izquierda.*

Lope. Su alteza os manda á llamar,
señor conde.
Nuño. Qué teneis,
don Lope? venis turbado!
Lope. Turbado? pudiera ser.
Han venido corredores
del campo...
Nuño, Y qué dicen?
Lope. Qué?
Malas nuevas! ha sufrido
nuestro ejército un revés.
Nuño. Qué decis?
Lope. Y Castellar,
segun pude comprender,
fué entrada á saco.
Nuño. Imposible!
Lope. Y se asegura tambien,
que han venido á Zaragoza
gentes del conde de Urgel.
La ciudad está desierta,
porque dicen que ha de haber
rebelion para esta noche.
Nuño. (*Ap. á Guzman.*)
(Todo eso nos está bien.)
Guzman. (Voy...)
Nuño. (*Lo mismo.*) (Escucha: si encontrares
resistencia, no te des
por vencido: espada tienes.)
Guzman. (Pero aqui?...)
Nuño. (Yo soy tu juez.)
(*Váse Guzman por la izquierda.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos GUZMAN.

LOPE. Pero lo mas admirable
del caso, aun no lo sabeis.
Quién pensais que es el caudillo
de los contrarios?
NUÑO. No sé.
LOPE. Un muerto.
NUÑO. Don Lope!
LOPE. Justo.
Y á que no acertais quien es?
NUÑO. Yo? ..
LOPE. Pues le habeis conocido,
y aun odiado.
NUÑO. Pero quien?...
LOPE. Ese trovador.
NUÑO. Manrique!
No dicen que muerto fué
en Velilla?
LOPE. Sí, aunque nadie
le pudo allí conocer.
NUÑO. No era el mismo?
LOPE. O lo que yo
he sospechado despues...
NUÑO. Qué?
LOPE. Debe de andar en esto
la mano de Lucifer.
NUÑO. Don Lope! os quereis burlar?
LOPE. Cada cual tiene su fé.
NUÑO. Y está en el castillo?
LOPE. No,
sino aqui.
NUÑO. No puedo creer...
LOPE. Esta mañana le ha visto
quien le conoce muy bien.
NUÑO. Y el caudillo de la trama
urdida, sin duda es él.
LOPE. Es el mas osado.

NUÑO. Cierto:
mas puede su intrepidez
costarle cara: esta noche,
si viene, lo hemos de ver.
(*Váse por la izquierda.*)
LOPE. Pues si los soldados son
como el caudillo... pardiez!
una legion incorpórea!
—Que todo pudiera ser!
(*Váse detras del conde, y queda el teatro por un instante solo.*)

ESCENA V.

Se dejan ver algunas religiosas en el locutorio: la puerta que está al lado de la reja se abre, y aparece LEONOR *apoyada del brazo de* JIMENA: *las rodean algunos sacerdotes y religiosas.*

LEO. Jimena!
JIMENA. Al fin abandonas
á tu amiga.
LEO. Quiera el cielo
hacerte á tí mas feliz,
tanto como yo deseo.
JIMENA. Por qué obstinarte?
LEO. Es preciso:
ya no hay en el universo
nada que me haga apreciar
esta vida que aborrezco.
Aqui de Dios en las aras
no veré, amiga, á lo menos
á esos tiranos impíos
que causa de mi mal fueron.
JIMENA. Ni una esperanza...
LEO. Ninguna:
él murió ya.
JIMENA. Tal vez luego
se borrará de tu mente

ese recuerdo funesto.
El mal como la ventura,
todo pasa con el tiempo.

LEO. Estoy resuelta ; ya no hay
felicidad , ni la quiero ,
en el mundo para mí:
solo morir apetezco.
Acompáñame , Jimena.

JIMENA. Estás temblando.

LEO. Sí , tiemblo
porque á ofender voy á Dios
con pérfido juramento.

JIMENA. Qué dices ?

LEO. Ay ! todavia
delante de mí le tengo ,
y Dios , y el altar y el mundo
olvido cuando le veo.
Y siempre viéndole estoy
amante , dichoso y tierno...
mas no existe ; es ilusion
que imagina mi deseo.
Vamos.

JIMENA. Leonor !

LEO. Vamos pronto ;
le olvidaré , lo prometo.
Dios me ayudará... sostenme ,
que apenas tenerme puedo.

ESCENA VI.

Queda la escena un momento sola : salen por la izquierda DON MANRIQUE *con el rostro cubierto con la celada , y* RUIZ.

RUIZ. Este es el convento.

MAN. Sí ,
Ruiz , pero nada veo.
Si te engañaron?

RUIZ. No creo...

MAN. Estás cierto que era aquí?
RUIZ. Señor, muy cierto.
MAN. Sin duda
tomó ya el velo.
RUIZ. Quizá.
MAN. Ya esposa de Dios será,
ya el ara santa la escuda.
RUIZ. Pero ..
MAN. Déjame, Ruiz;
ya para mí no hay consuelo.
Por qué me dió vida el cielo
si ha de ser tan infeliz?
RUIZ. Mas qué causa pudo haber
para que así consagrára
tanta hermosura en el ara?
Mucho debió padecer.
MAN. Nuevas falsas de mi muerte
en los campos de Velilla
corrieron, cuando en Castilla
estaba yo.
RUIZ. De esa suerte...
MAN. Persiguiéronla inhumanos
que envidiaban nuestro amor,
y ella busca al Redentor
huyendo de sus tiranos.
Si supiera que aun existo
para adorarla... no, no...
ya olvidarte debo yo,
esposa de Jesucristo.
RUIZ. Qué haceis? Callad!...
MAN. Loco estoy...
Y cómo no estarlo ¡ay cielo!
si infelice me consuelo
pierdo y mis delicias hoy?
No los perderé: Ruiz,
déjame.
RUIZ. Qué vais á hacer?
MAN. Si yo la pudiera ver...
con esto fuera feliz.
RUIZ. Aquí el locutorio está.
MAN. Vete.
RUIZ. Fuera estoy.

ESCENA VIII.

MANRIQUE. *Despues* GUZMAN, FERRANDO.

MAN. Qué haré?
turbado estoy... llamaré?
Tal vez orando estará.
Acaso en este momento
llora cuitada por mí:
nadie viene... por aquí...
es la iglesia del convento.
FER. Tarde llegamos, Guzman.
GUZ. Quién es ese hombre?
FER. No sé.
(*Las religiosas cantarán dentro un responso: el canto no cesará hasta un momento despues de concluida la jornada.*)
GUZ. Oyes el canto?
FER. Sí á fé.
GUZ. En la ceremonia están.
MAN. Qué escucho... cielos! es ella...
(*Mirando á la puerta de la iglesia.*)
Allí está bañada en llanto,
junto al altar sacrosanto,
y con su dolor mas bella.
GUZ. No es esa la iglesia?
FER. Vamos.
MAN. Ya se acercan hácia aquí.
FER. Espérate.
GUZ. Vienen?
FER. Sí.
MAN. No, que no me encuentre... huyamos.
(*Quiere huir, pero deteniéndose de pronto se apoya vacilando en la reja del locutorio. Leonor, Jimena y el séquito salen de la iglesia y se dirigen á la puerta del claustro; pero al pasar al lado de Manrique éste alza la visera, y Leonor reconociéndole cae desmayada á sus pies. Las religiosas aparecen en el locutorio llevando velas encendidas.*

GUZ. Esta es la ocasion... valor.
LEO. Quién es aquel? mi deseo (*A Jimena.*)
me engaña... Sí, es él!
JIMENA. Qué veo!
LEO. Ah! Manrique...!
GUZ. } El trovador! (*Huyen.*)
FER. }

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

JORNADA TERCERA.

Interior de una cabaña: *Azucena estará sentada cerca de una hoguera*; *Manrique á su lado de pie.*

ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE. AZUCENA.

AZUCE. (*Canta.*) Bramando está el pueblo indómito
de la hoguera en derredor;
al ver ya cerca la víctima
gritos lanza de furor.
Allí viene; el rostro pálido,
sus miradas de terror,
brillan de la llama trémula
al siniestro resplandor.

MAN. Qué triste es esa cancion!

AZUCE. Tú no sabes esta historia
que está, á par que en mi memoria,
guardada en mi corazon.
MAN. Por qué?
AZUCE. Jamás te he contado
este doloroso y triste
suceso; ¡nunca! Te fuiste
tan pequeño de mi lado!
MAN. Don Diego de Haro me dió
su amparo, y por él medraba.
AZUCE. Es verdad; mas no te amaba
tanto como te amo yo.
MAN. Perdonad! mi pobre cuna
esta ambicion deslucía,
y yo vengar pretendia
agravios de la fortuna.
Haceros feliz, ha sido
mi esperanza
AZUCE. Sí, te creo.
MAN. Pero en vano es mi deseo:
vos nunca lo habeis querido.
AZUCE. Feliz! pobre lo seré
mejor que dueño de un trono.
Yo, Manrique, no ambiciono
riquezas. ¿Y para qué?
Me basta mi libertad,
y las montañas que fueron
mi cuna, y donde vivieron
tus padres siempre.
MAN. Es verdad!
siempre! Triste condicion
á los mios ha tocado!
AZUCE. Tú nunca me has preguntado
por ellos.
MAN. Teneis razon.
De un temor, bajo el imperio,
que dominar no he podido,
madre, jamás me he atrevido
á aclarar ese misterio.
AZUCE. Sí, Manrique! es un arcano
horrible! aqui de esa historia
vive eterna la memoria!
Quiero olvidarla, y en vano...
MAN. Por qué os quisisteis fijar
en este sitio!

AZUCE. Por qué?
porque aqui mismo, aqui fué
en donde la ví espirar.
MAN. Quién, madre mia?
AZUCE. Sí! es cierto!
tú no sabes este amargo
suceso, no! y sin embargo...
era mi madre! aqui ha muerto!
MAN. Vuestra madre!
AZUCE. Era inocente;
mas se dijo entonces que era
encantadora, hechicera...
MAN. Infames!
AZUCE. Y á una demente!
sí, hijo, estaba loca; pero
el vulgo desatentado
la acusó de haber aojado
al hijo de un caballero.
MAN. Y qué?
AZUCE. No hubo compasion
para ella, y fué condenada
á morir.. á ser quemada,
sin mas causa ni razon.
MAN. Y se atrevieron tal vez...
AZUCE. Aqui! donde está esa hoguera,
sin que ninguno tuviera
lástima de su vejez!
Yo, Manrique, la seguia
llorando como quien llora
á una madre á quien adora;
porque adoraba en la mia!
Unido contra mi seno
llevaba yo á mi hijo... á tí.
Volvió mi madre hácia mí
el rostro grave y sereno,
y me miró, y me bendijo:
y ya del suplicio al lado,
con acento desgarrado;
vengame! vengame! dijo.
Oh! no puedo recordar
aquella palabra, en calma!
se grabó en mi pecho, en mi alma,
y no la puedo olvidar.
Ofrecí en aquel momento
vengarla, de una manera

horrible, espantosa, fiera..
y cumplí mi juramento!

MAN. Si, la vengasteis? hablad!
Para una accion tan malvada
mil crímenes eran nada!
la vengasteis, es verdad?

AZUCE. Bien pronto, tuve ocasion
de lograrlo. Yo no hacia
sino acechar noche y dia
de aquel noble la mansion.
Descuidáronse: entré en ella;
al niño en brazos cogí,
y aunque salieron tras mí,
les hice perder mi huella.
Aqui vine, por mi ardor
y mi venganza, impulsada.
La hoguera ya preparada...

MAN. Cómo! tuvisteis valor?...

AZUCE. El inocente lloraba!
tal vez implorar queria
mi compasion, y gemia,
y mi rostro acariciaba.
Quién no se doliera, quién,
de aquel acerbo dolor?
Temblé! me faltó el valor!...
— No era yo madre tambien?

MAN. Pero en fin?

AZUCE. Yo, sin embargo,
no me olvidaba un momento
de mi madre. Aquel lamento
desgarrador cuanto amargo;
aquel espantoso grito,
que cual postrera esperanza
me encomendó una venganza
empujándome á un delito,
una y otra vez heria
mi corazon con espanto,
mientras que del niño el llanto
me helaba ó me enternecia.
Oh! bien pronto se agotó
mi esfuerzo en aquel martirio,
y un espantoso delirio
de repente me asaltó!
Entonces, como en un sueño,
allá, delante de mí

pasar á mi madre ví,
triste la faz, torvo el ceño!
y ví en torno del suplicio
sayones que discurrian
armados, y se reian
del infando sacrificio.
Sonó un grito, «véngame!»
que cual doloroso ruego
salió espirante del fuego,
y dije; «te vengaré!»
Oyeme! desesperada,
á todas partes tendí
mi vista, y al niño así
entre mis manos, airada!
Con ánimo ya resuelto,
pero ciega y delirante,
le vi rodar un instante
entre las llamas envuelto.
A sus gritos, desperté
de mi ciego desvarío!
Ay! aquel niño era el mio!

MAN. Dios santo!

AZUCE. ¿Qué he dicho, qué?

MAN. No sois mi madre!

AZUCE. Insensato!
Ves como en vano se esconde
tu presuncion? el del conde
era el niño.

MAN. Oh Dios!

AZUCE. Ingrato!
No quieres tú que yo sea
tu madre?

MAN. Pregunta estraña!

AZUCE. Al menos, mi amor engaña
de modo que yo te crea.

MAN. No: si otro nombre codicio
con esperanzas que halago;
sí ya á mi pesar no os hago
de mi orgullo el sacrificio,
todo este anhelo de gloria
en que abrasado me siento,
no hará que os borre un momento,
oh madre! de mi memoria!
Es cierto que alguna vez
he acusado á la fortuna

que puso desde mi cuna
rémoras á mi altivez.
Muchas veces digo yo:
sí, como mi afan desea,
fuese un Lanuza, un Urrea...

AZUCE. Un Artal... (*Mirándolo con atencion.*)

MAN. Un Artal no!
Si ese nombre fuera el mio,
le negaba.

AZUCE. Por qué es eso?

MAN. Antes hijo de un confeso,
de un esclavo, de un judío!
— Decis bien! condicion nécia
del hombre! vana inquietud
del que busca la virtud
en lo mismo que desprecia!
No sufriré que esa ley
injusta, en mi orgullo mande,
no! mi corazon es grande
como el corazon de un rey!
Tengo mi brazo y mi espada.

AZUCE. Cierto! qué ambicionas mas!

MAN. (*Mirando al fondo.*)
(Aun no viene!)

AZUCE Pero estás
inquieto. ¿Qué sientes?

MAN. Nada.

AZUCE. Algun pesar te devora!
Te pesa de haber nacido
tan pobre, tan desvalido?...

MAN. Pesarme? no, no, señora!

AZUCE. No temas: yo no diré
que soy tu madre. ¿No estoy
cierta yo de que lo soy?
pues bien: me contentaré.
Pero al menos...

ESCENA II.

Dichos y Ruiz *al fondo.*

Man. (Ahi está!)
Azuce. Esperas á ese hombre?
Man. Sí,
madre! que no os halle aqui.
Azuce. No temas: no me verá.
(*Se aparta á un lado.*)
Man. (*Dirigiéndose á Ruiz.*)
Qué hay, pues?
Ruiz. Que llegó el momento.
Man. Noche de luto ó de gloria!
alcance yo esta victoria
ó exhale el postrer aliento! (*Vánse los dos.*)

ESCENA III.

Azucena. *luego* Don Nuño, Don Guillen, Don Lope, Jimeno *y* Soldados.

Azuce. Ingrato! ingrato! partió
sin decirme una palabra
de cariño! sin volver
á su madre, una mirada!
— Su madre! oh Dios! que no sepa
jamás de esa historia infausta
la horrible verdad! que ignore
el brillo de su prosapia.
Si le digera, « tú no eres
hijo mio; de mas alta
familia tienes orígen!... »
Qué hiciera? me despreciara!
Verme en la fria vejez
sola, triste, abandonada...
Oh! no! que nunca lo sepa!
esta es mi sola venganza.
Y para qué le salvé
la vida?

(*En este momento se ven aparecer al fondo soldados con hachas de viento encendidas.*)

NUÑO. (*Dentro*) Que nadie salga
de aqui!

AZUCE. Cielos! viene gente!
soldados! ay! quién me ampara!
(*Corre á esconderse por la derecha.*)

GUILL. Nadie hay aqui.

NUÑO. Nos habrán
burlado?

GUILL. Tal vez se amparan
de ese bosque en la espesura;
mas no es posible que salgan.

NUÑO. La impaciencia me consume,
don Guillen! oh! si lograra
dar esta noche á mis celos
y á mis agravios venganza!

GUILL. Pero es cierto que aun existe...

NUÑO. Verdad es por mi desgracia.
Ferrando y Guzman le vieron
hoy mismo, y él de esta trama
es el caudillo.

GUILL. Imposible
parece tan loca audacia.

NUÑO. Ya lo vereis; mas si logro
que hoy entre mis manos caiga...
(*Se oye dentro rumor y algazara.*)

GUILL. Qué ruido es ese?

ESCENA IV.

Los mismos. GUZMAN.

GUZMAN. Señor?

NUÑO. Quién motiva esa algazara?
Qué traeis?

GUZMAN. Vuestros soldados
que por el bosque rondaban,
han preso á una bruja.

NUÑO. Qué?

GUZMAN. Si señor, á una gitana.

NUÑO. Por qué motivo?
GUZMAN. Sospechan,
al ver que de huir trataba
cuando la vieron, que venga
á espiar.
NUÑO. Y por qué arman
ese alboroto? qué es eso? (*Mirando á dentro.*)
GUILL. No veis como la maltratan?
NUÑO Traédmela, y que ninguno
sea atrevido á tocarla.

ESCENA V.

Los mismos. AZUCENA *conducida por soldados y con las manos atadas.*

AZUCE Defendedme de esos hombres
que sin compasion me matan...
defendedme.
NUÑO. Nada temas:
nadie te ofende.
AZUCE. Qué causa
he dado para que asi
me maltraten?
GUILL. Desgraciada!
NUÑO. A dónde ibas?
AZUCE. No sé...
por el mundo: una gitana
por todas partes camina,
y todo el mundo es su casa.
NUÑO. Vienes de Castilla?
AZUCE. No;
vengo, señor, de Vizcaya,
que la luz primera ví
en sus áridas montañas.
Por largo tiempo he vivido
en sus crestas elevadas,
donde pobre y miserable
por dichosa me juzgaba.
Un hijo solo tenia,
y me dejó abandonada:

vine á Aragon á buscarle,
que no tengo otra esperanza.
Y le quiero tanto! él es
el consuelo de mi alma,
señor, y el único apoyo
de mi vejez desdichada.

GUZMÁN. Me hace sospechar, don Nuño.

NUÑO. Teme, muger, si me engañas.

AZUCE. Quereis que os lo jure?

NUÑO. No;
mas ten cuenta que te habla
el conde de Luna.

AZUCE. Vos! (*Sobresaltada.*)
Sois vos! (Gran Dios!)

JIMENO. Esa cara!
esa turbacion...

AZUCE. Dejadme...
permitidme que me vaya...

JIMENO. Irte...? Don Nuño, prendedla.

AZUCE. Por piedad no... Qué! no bastan
los golpes de esos impíos,
que de dolor me traspasan?

NUÑO. Que la suelten.

JIMENO. No, don Nuño.

NUÑO. Está loca.

JIMENO. Esa gitana
es la misma que á don Juan
vuestro hermano...

NUÑO. Qué oigo!

AZUCE. Calla!
no se lo digas, cruel,
que si lo sabe me mata.

NUÑO. Atadla bien.

AZUCE. Por favor,
que esas cuerdas me quebrantan
las manos... Manrique, hijo,
ven á librarme.

GUILL. Qué habla?

AZUCE. Ven, que llevan á morir
á tu madre.

NUÑO. Tú, inhumana,
tú fuiste!

AZUCE. No me hagais mal,
os lo pido arrodillada...
tened compasion de mí.

NUÑO. Llevadla de aquí... apartadla
de mi vista.
AZUCE. No fuí yo;
ved, don Nuño, que os engañan.

ESCENA VI.

Los mismos, menos AZUCENA, *que se vá conducida por algunos soldados.*

NUÑO. Don Lope, á la Aljafería
en el momento llevadla.
Vos de ella me respondeis
con vuestra cabeza.
LOPE. Basta!
cumpliré con mi deber. (*Váse.*)
NUÑO. Oh! logré mas que esperaba!
No lo oisteis, don Guillen?
es hijo de esa gitana!
GUILL. Volvamos á Zaragoza,
señor, si acaso intentaran
en nuestra ausencia...
NUÑO. Eso quiero!
midamos al fin las armas.
GUILL. Don Nuño!...
NUÑO. Sucumbirán;
pero aunque vencer lograran,
no lograrán arrancarme
de las manos, mi venganza. (*Vánse.*)

MUTACION.

El teatro representa el jardin ó huerto del convento de las monjas de Belen. En el fondo una tapia, y en medio de ella una gran puerta. Al levantarse el telon, se verá á RUIZ *acabando de forzar la puerta, y un soldado subido sobre la tapia.*

ESCENA VII.

RUIZ, *el* SOLDADO.

RUIZ. Ten cuidado...
SOLD. Estoy alerta.
Abriste ya?
RUIZ. Poco falta.
Este pestillo... ya salta! (*Abre la puerta.*)
SOLD. Al fin! maldecida puerta!
RUIZ. No habrá llegado el rumor
á las madres?
SOLD Será estraño.
Quién viene? (*Se baja por el lado afuera de la tapia.*)
RUIZ. Si no me engaño...
si, no hay duda: es mi señor.

ESCENA VIII.

Dichos y MANRIQUE.

MAN. Ruiz?
RUIZ. Qué mandais?
MAN. Junto al muro
toda mi gente apostada
tengo: allánale la entrada.
RUIZ. Entrará: yo os lo aseguro.
MAN. Ya se sabe nuestro intento.
RUIZ. Es posible?
MAN. No te asombres.
Tienes aqui muchos hombres?
RUIZ. Apenas llegan á ciento.
MAN. Ayudando los de fuera
bastarán para forzar
la puerta: vé sin tardar,
y ayude Dios á quien quiera.

RUIZ. Voy. (*Váse cerrando la puerta del fondo.*)
MAN. Pavorosa mansion,
en cuyo espacio se encierra
cuanto hoy existe en la tierra
querido á mi corazon!
perdóname, si con tanta
ceguedad, luchando voy,
y osado, tu suelo estoy
profanando con mi planta!
Me oyes! yo he venido aquí
á salvarte, Leonor mia!
—No perderá mi osadia
la dicha que busco en tí?
Rechazarás con horror
esta pasion invencible
que me arrastra?—No! imposble!...
ó no fueras tú Leonor!
Oh! si debiera á mi estrella
tal ventura...—Alguno viene
aqui! ocultarme conviene
hasta averiguar si es ella.
(*Se interna en el jardin: Leonor sale un momento despues por el lado opuesto.*)

ESCENA IX.

LEONOR *sola.*

LEO. Ya el sacrificio que odié
mi labio trémulo y frio
consumó: perdon, Dios mio,
perdona si te ultrajé.
Llorar triste y suspirar
solo puedo; ay, Señor, no...
tuya no debo ser yo,
recházame de tu altar.
Los votos que allí te hicier a
fueron votos de dolor
arrancados al temor
de un alma tierna y sincera.
Cuando en el ara fatal
eterna fé te juraba,
mi mente ¡ay Dios! se extasiaba
en la imágen de un mortal.

Imágen que vive en mí
hermosa, pura y constante...
No, tu poder no es bastante
á separarla de aquí.
Perdona, Dios de bondad,
perdona, sé que te ofendo:
vibra tu rayo tremendo
y confunde mi impiedad.
Mas no puedo en mi inquietud
arrancar del corazon
esta violenta pasion
que es mayor que mi virtud.
Tiempos en que amor solia
colmar piadóso mi afan,
qué os hicisteis? dónde estan
vuestra gloria y mi alegria?
De amor el suspiro tierno
y áquel placer sin igual,
tan breve para mi mal
aunque en mi memoria eterno?
Ya pasó... mi juventud
los tiranos marchitaron,
y á mi vida prepararon
junto al ara el atahud.
Ilusiones engañosas,
livianas como el placer,
no aumenteis mi padecer...
sois por mi mal tan hermosas!
(*En este momento aparece Manrique, y al verle, despues de un momento de duda se arroja Leonor en sus brazos.*)

LEO. Sueños; dejadme gozar...
no hay duda... él es. . trovador:..
(*Viendo entrar á Manrique.*)
será posible...

MAN. Leonor!

LEO. Gran Dios! ya puedo espirar.

ESCENA X.

MANRIQUE. LEONOR.

MAN. Te encuentro al fin, Leonor.
LEO. Huye: qué has hecho?
MAN. Vengo á salvarte; á quebrantar osado
los grillos que te oprimen, á estrecharte
en mi seno, de amor enagenado.
Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
que te estrecho en mis brazos, que respiras
para colmar, hermosa, mi esperanza,
y que estasiada de placer me miras.
LEO. Manrique!
MAN. Si, tu amante que te adora
mas que nunca feliz.
LEO. Calla...!
MAN. No temas;
todo en silencio está como el sepulcro.
LEO. Ay! ojalá que en él feliz durmiera
antes que delincuente profanara,
torpe esposa de Dios, su santo velo.
MAN. Su esposa tú...! jamás.
LEO. Yo, desdichada,
yo no ofendiera con mi llanto al cielo.
MAN. No, Leonor, tus votos indiscretos
no complacen á Dios; ellos le ultrajan.
Por qué temes? huyamos: nadie puede
separarme de tí.. tiemblas...? vacilas...?
LEO. Sí; Manrique...! Manrique...! ya no puede
ser tuya esta infeliz; nunca... mi vida,
aunque llena de horror y de amargura,
ya consagrada está, y eternamente,
en las aras de un Dios omnipotente.
Peligroso mortal, no mas te goces
envenenando ufano mi existencia;
demasiado sufrí, déjame al menos
que triste muera aqui con mi inocencia.
MAN Esto aguardaba yo! Cuando creia
que mas que nunca enamorada y tierna

me esperabas ansiosa, así te encuentro
sorda á mi ruego, á mis halagos fria!
Y tiemblas, di, de abandonar las aras
donde tu puro afecto y tu hermosura
sacrificaste á Dios...? Pues qué...! no fueras
antes conmigo que con Dios perjura?
Sí, en una noche...

LEO. Por piedad!

MAN. Te acuerdas?
En una noche plácida y tranquila...
qué recuerdo, Leonor! nunca se aparta
de aqui, del corazon: la luna heria
con moribunda luz tu frente hermosa,
y de la noche el aura silenciosa
nuestros suspiros tiernos confundia.
« Nadie cual yo te amó, » mil y mil veces
me dijiste falaz: « Nadie en el mundo
como yo puede amar; » y yo insensato
ñaba en tu promesa seductora,
y felíz y extasiado en tu hermosura
con mi esperanza allí me halló la aurora.
Quimérica esperanza! quién diria
que la que tanto amor asi juraba,
juramento y amor olvidaria!

LEO. Ten de mi compasion: si por tí tiemblo,
por tí y por mi virtud, no es harto triunfo?
Sí, yo te adoro aun; aqui en mi pecho
como un raudal de abrasadora llama
que mi vida consume, eternos viven
tus recuerdos de amor; aqui, y por siempre,
por siempre aqui estarán, que en vano quiero
bañada en lloro, ante el altar postrada,
mi pasion criminal lanzar del pecho.
No encones mas mi endurecida llaga;
si aun amas á Leonor, huye, te ruego,
libértate de tí.

MAN. Que huya me dices...!
yo, que sé que me amas...!

LEO. No, no creas...
no puedo amarte yo .. si te lo he dicho,
si perjuro mi labio te engañaba,
lo pudiste creer...? Yo lo decia,
pero mi corazon... te idolatraba.

MAN. Encanto celestial! tanta ventura
puedo apenas creer.

LEO. Me compadeces...?
MAN. Ese llanto, Leonor, no me lo ocultes;
deja que ansioso en mi delirio goce
un momento de amor: injusto he sido,
injusto para tí... vuelve tus ojos,
y mírame risueña y sin enojos.
Es verdad que en el mundo no hay delicia
para tí sin mi amor?
LEO. Lo dudas...?
MAN. Vamos...
pronto huyamos de aqui.
LEO. Si ver pudieses
la lucha horrenda que mi pecho abriga!
Qué pretendes de mí? que infame, impura,
abandone el altar, y que te siga
amante tierna, á mi deber perjura?
Mírame aqui á tus pies, aqui te imploro
que del seno me arranques de la dicha:
tus brazos son mi altar, seré tu esposa,
y tu esclava seré; pronto, un momento,
un momento pudiera descubrirnos,
y te perdiera entonces.
MAN. Angel mio!
LEO. Huyamos, si... no ves allí en el claustro
una sombra...? gran Dios!
MAN. No hay nadie, nadie...
fantástica ilusion.
LEO. Ven, no te alejes:
tengo un miedo! no, no... te han visto... vete...
pronto, vete por Dios... mira el abismo
bajo mis pies abierto: no pretendas
precipitarme en él.
MAN. Leonor, respira,
respira por piedad: yo te prometo
respetar tu virtud y tu ternura.
No alienta. Sus sentidos trastornados...
me abandonan sus brazos... no, yo siento
su seno palpitar... Leonor, ya es tiempo
de huir de esta mansion, pero conmigo
vendrás tambien. Mi amor, mis esperanzas,
tú para mí eres todo, angel hermoso.
No me juraste amarme eternamente
por el Dios que gobierna el firmamento?
Ven á cumplirme, ven, tu juramento.
(*Al quererla llevar en brazos hácia la puerta del fon-*

do, se abre esta de par en par, y un soldado sale por ella manifestando grande agitacion.)

SOLDA. Pronto, señor!

MAN. Qué es eso?

SOLDA. El enemigo! (*Váse.*)

MAN. En qué momento!

LEO. Por piedad!

MAN. Alienta!

LEO. Dónde estoy?

MAN. En mis brazos!
aqui, contra mi seno,
presa de amor en los estrechos lazos.

LEO. Horrible amor! horrible!... Vete, deja...
salvate por piedad... No oyes, no miras...
(*Dirijiendo con ansiedad la vista hácia el fondo del teatro.*)

MAN. Pero ante el riesgo mi valor no ceja.
(Mis gentes no vendrán, pese á mis iras!)

LEO. Ay! no ves que te pierdes?

MAN. Qué me importa,
si no te pierdo á tí?

LEO. Mira á lo lejos
armas..

MAN. Armas!

LEO. Sí, sí! la calle inundan
de esas luces brillando á los reflejos.

MAN. Oh! sí!... pero no temas: á tu lado
no estoy yo? moriré por defenderte
si asi lo manda mi destino airado.

LEO. Y qué será de mí, si te dan muerte?
Huye! sálvate.

MAN. No.

LEO. Ves que se acercan?
Es el conde!

MAN. Gran Dios! y he de perderte?
(*Se oye tocar á rebato.*)

LEO. Oyes?

MAN. Si; es la señal: en salvo estamos.

VOCES. (*Dentro.*) Traicion!
(*Manrique desenvaina su espada.*)

LEO. Oh! qué haces?

MAN. Si mi voz esperan!...
Mis valientes, aquí!

ESCENA XI.

En este momento aparecen Don Nuño. Don Lope. *y* Soldados *con luces, y por otra parte* Ruiz *que con su gente se coloca al lado de Manrique. Este defenderá á* Leonor *ocultándose entre los suyos y peleando con* Don Guillen *y* Don Nuño. *Entretanto no cesarán de tocar á rebato.*

Nuño. Traidor! te encuentro al fin!
Leo. Piedad, piedad!
Nuño. Que todos mueran!

FIN DE LA TERCERA JORNADA.

JORNADA CUARTA.

Una sala en la torre de Castellar con puertas laterales y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, RUIZ.

LEO. Qué nuevas ?...
RUIZ. De contento: la victoria
otra vez nuestro esfuerzo ha coronado.
El enemigo osado
que nuestros muros á sitiar venia,
hácia los montes va desbaratado,
á ocultar su vergüenza y cobardia.
LEO. (Cuántas desdichas!)
RUIZ. De la lid despojos,
rendidos al rigor de los aceros

hoy llegarán tal vez á nuestros muros
cuantos allí cayeron prisioneros.

LEO. Calla! deja que ignore
males que lloro y que lamento en vano.
vencido ó vencedor fuerza es que llore...

RUIZ. Os comprendo. (Infeliz!)

LEO. Tengo un hermano!

RUIZ. Es cierto: perdonad...
(*Despues de un momento de pausa.*)

LEO. Y don Manrique?

RUIZ. Aun reposando está.
(*Leonor hace una seña, y se retira Ruiz.*)

LEO. Duerme tranquilo
mientras rugiendo atroz sobre tu frente
rueda la tempestad, mientras llorosa
tu amante criminal tiembla azorada.
Cuál es mi suerte? Ó Dios! Por qué tus aras
ilusa abandoné? La paz dichosa
que allí bajo las bóvedas sombrías
feliz gozaba tu perjura esposa...
Esposa yo de Dios? no puedo serlo;
jamás, nunca lo fuí.. tengo un amante
que me adora sin fin, y yo le adoro,
que no puedo olvidar solo un instante.
Ya con eternos vínculos el crimen
á su suerte me unió... nudo funesto,
nudo de maldicion que allá en su trono
enojado maldice un Dios terrible.

ESCENA II.

LEONOR, MANRIQUE.

LEO. Manrique, eres tú?

MAN. Sí, Leonor querida.

LEO. Qué tienes?

MAN. Yo no sé...

LEO. Por qué temblando
tu mano está? qué sientes?

MAN. Nada, nada.

LEO. En vano me lo ocultas.

MAN. Nada siento.

Estoy bueno... Qué dices? que temblaba
mi mano?.. no.. ilusion.. nunca he temblado.
Ves cómo estoy tranquilo ?

LEO. De otra suerte
me mirabas ayer... tu calma fria
es la horrorosa calma de la muerte.
Pero qué causa, dime, tus pesares?

MAN. Quieres que te lo diga?

LEO. Sí, lo quiero.

MAN. Ningun temor real, nada que pueda
hacerte á tí infeliz ni entristecerte,
causa mi turbacion... Mi madre un dia
me contó cierta historia, triste, horrible,
que no puedes saber, y desde entonces
como un espectro me persigue eterna
una imágen atroz. No lo creyeras,
y á contártelo yo te estremecieras.

LEO. Pero...

MAN. No temas, no; tan solo ha sido
un sueño, una ilusion, pero horrorosa....
un sudor frio aun por mi frente corre.
Soñaba yo que en silenciosa noche
cerca de la laguna que el pié besa
del alto Castellar contigo estaba.
Todo en calma yacia; algun gemido
melancólico y triste
solo llegaba lúgubre á mi oido.
Trémulo como el viento en la laguna
triste brillaba el resplandor siniestro
de amarillenta luna.
Sentado allí á su orilla y á tu lado
pulsaba yo el laud, y en dulce trova
tu belleza y mi amor tierno cantaba,
y en triste melodía
el viento que en las aguas murmuraba
mi canto y tus suspiros repetia.
Mas súbito azaroso, de las aguas
entre el turbio vapor, cruzó luciente
relámpago de luz que hirió un instante
con brillo melancólico tu frente.
Yo vi un espectro que en la opuesta orilla
como ilusion fantástica vagaba
con paso misterioso,
y un quejido lanzando lastimoso
que el nocturno silencio interrumpia,

ya triste nos miraba,
ya con rostro infernal se sonreia.
De pronto el huracan cien y cien truenos
retemblando sacude,
y mil rayos cruzaron,
y el suelo y las montañas
á su estampido horrísono temblaron.
Y envuelta en humo la feroz fantasma
huyó; los brazos hácia mí tendiendo:
Véngame! dijo, y se lanzó á las nubes:
Véngame! por los aires repitiendo.
Frio con el pavor tendí mis brazos
adonde estabas tú... tú ya no estabas,
y solo hallé á mi lado
un esqueleto, y al tocarle osado
en polvo se deshizo, que violento
llevóse al punto retronando el viento.
Yo desperté azorado; mi cabeza
hecha estaba un volcan, turbios mis ojos,
mas logro verte al fin, tierna, apacible,
y tu sonrisa calma mis enojos.

LEO. Y un sueño solamente
te atemoriza asi?

MAN. No, ya no tiemblo,
ya todo lo olvidé... mira, esta noche
partiremos al fin de este castillo...
no quiero estar aqui.

LEO Temes acaso...

MAN. Tiemblo perderte: numerosa hueste
del rey usurpador viene á sitiarnos,
y este castillo es débil con estremo;
nada temo por mí, mas por tí temo.

ESCENA III.

Dichos y RUIZ. *Sale por el fondo.*

RUIZ. Señor?

MAN. Quién?

RUIZ. A Castellar
en este momento llegan
prisioneros, y me ruegan
que os venga en su nombre á hablar.

MAN. Prisioneros! y de dónde?...
RUIZ. Abandonó la fortuna
ayer, al conde de Luna.
RUIZ. Cómo! derrotado el conde!
Y no prisionero?
RUIZ. No.
MAN. Agradézcalo á su suerte!
LEO. (*En tono de reconvencion.*)
Manrique!
MAN. El quiere mi muerte...
y la suya quiero yo.
LEO. No! calla!
RUIZ. , Pagar es ley.
MAN. Y á quién se debe la gloria?...
RUIZ. El rey ganó esta victoria
MAN. Ese es digno de ser rey!
RUIZ. Al entrar en el castillo,
un prisionero que viene
con el rostro oculto, y tiene
las insignias de caudillo,
dijo que hablaros queria.
MAN. Quién puede ser!
RUIZ. (*Aparte los dos.*) (Sabeis quién?)
MAN. (Le conoces?)
RUIZ. (Don Guillen.)
MAN. (No te engañas?
RUIZ. (No, á fé mia,
le he visto.)
MAN. Leonor, atiende!
LEO. Te dejo, sí.
MAN. Un desgraciado
que ahora gime aprisionado
y hablarme á solas pretende...
LEO. No me digas mas: te dejo,
Manrique: tus iras doma.
Oye á ese infeliz, y toma
de tu corazon consejo. (*Váse por la izquierda.*)
MAN. Ya le abona tu piedad
y mi cariño tambien.
Haz que venga don Guillen.
RUIZ. Cerca estaba.
(*Se dirige á la puerta del fondo: un momento despues sale conduciendo á don Guillen, y se retira.*)

ESCENA IV.

MANRIQUE. DON GUILLEN.

GUILL. Perdonad!
MAN. Vos aquí!
GUILL. Sí; que la suerte,
robándome una esperanza,
donde busqué mi venganza
me precipitó á la muerte.
MAN. Temeis no hallar en mi pecho
compasion...
GUILL. Nada me obliga.
Al odio que aquí se abriga
mi corazon viene estrecho.
Piedad de vos! compasion
del que manchó la pureza
de mi honor, de mi nobleza!
Eterna abominacion.
MAN. Si en vuestro pecho no grita
esta voz dulce y clemente:
si es tal vuestro enojo ardiente
que mi clemencia os irrita;
á que venis, don Guillen?
GUILL. Es que á buscar aquí vengo
mi muerte.
MAN. No!
GUILL. Es porque tengo
afan de hablaros tambien.
No os aterra mi presencia,
Manrique? no os dicen nada,
ni el fuego de esta mirada
ni vuestra propia conciencia?
MAN. Aplaudo ese noble arrojo.
Hijo es del odio: que mucho?...
Mas ya lo veis: yo os escucho
sin prevencion, sin enojo.
GUILL. Prefiero vuestro rencor.
MAN. Y si salvaros quisiera?
GUILL. Deberos la vida? fuera

mi desventura mayor.
La muerte dadme, ú os juro
por el odio que arde aquí,
que no os valdrán contra mí
falanges ni fuerte muro.
No habrá medio ni camino
vedado para mi saña.

MAN. No! vuestro ardor os engaña!
Ya es este nuestro destino.
Don Guillen... con pena doble
en este instante me veis;
pero olvidar no podeis
que sois bueno, y que sois noble.
A qué ese mentido alarde
que en vos sospechar no puedo?

GUILL. Qué bien se revela el miedo
en el alma del cobarde!

MAN. (*Exaltándose y volviendo repentinamente á calmarse.*)
Yo miedo! cobarde yo!
Preguntádselo á la gloria
que ya en mas de una victoria
con sus palmas me cubrió.

GUILL. Tal vez la nécia fortuna
con su favor nos impele;
mas... tambien descubrir suele
liviandades de la cuna.

MAN. (*Irritado.*)
Silencio!

GUILL. (*Sonriéndose con aire de triunfo.*)
Toqué en la herida!

MAN. Basta ya! basta de mengua..
ú os haré arrancar la lengua,
ya que no quiera la vida.

ESCENA V.

Dichos y LEONOR.

LEO. Manrique!

MAN. Tú aquí!

GUILL. Villana!

MAN. Don Guillen! silencio os digo!
GUILL. No, no! llegó ya el castigo
de vuestra pasion liviana.
LEO. Mi hermano aqui!
GUILL. Sí, yo soy!
Te espantas! oh! temes bien!
Escúchame.
MAN. Don Guillen!...
LEO. Habla: resignada estoy.
MAN. (No sé que temor...)
LEO. Ya espero.
GUILL. Al dar tu cariño á ese hombre,
pensaste que era su nombre
el nombre de un caballero.
Pues bien, Leonor, te engañó.
Es hijo de una gitana...
MAN. (Cielos!)
GUILL. Y mi noble hermana
noble tambien le creyó.
LEO. (*Ocultándo el rostro con las manos.*)
Ay! calla!
MAN. Implacable encono!
GUILL. Ahora, que estoy ya vengado,
herid.
MAN. Me habeis desgarrado
el corazon... y os perdono.
Salid.
GUILL. No, sin que me deba
vuestra piedad un aviso.
MAN. No os quiero oir!
GUILL. Es preciso;
que os interesa esta nueva.
Presa vuestra madre...
MAN. Oh Dios!
es cierto?
GUILL. De su hijo implora
vida y libertad. — Ahora,
haced lo que os cumpla á vos.
MAN. Ruiz!

ESCENA VI.

Dichos y Ruiz.

Ruiz. Señor?
Man. Haz que al momento
para marchar se preparen
mis gentes.
Leo. Qué vas á hacer?
Man. (*A don Guillen.*)
Y vos, salid al instante!
En el campo nos veremos,
don Guillen! — Oyes? que nadie (*A Ruiz.*)
le ofenda: que libre salga,
y despues... que Dios le ampare!
Guill. Vida y libertad os debo,
Manrique; pero aun no valen,
ni la humillacion que hoy sufro,
ni el honor que me robasteis.
Man. Nada me debeis: la muerte
de uno ú otro...
Guill. A todo trance.
Leo. Oh, Dios mio! qué mayor
castigo, pudierais darme!
Guill. Adios, pues.
Leo. Guillen, espera!
Guill. Apartad.
Leo. No me rechaces.
Guill. Yo no tengo hermana.
Leo. Cielos!
Guill. Yo no os conozco: dejadme.
(*Váse seguido de Ruiz.*)

ESCENA VII.

MANRIQUE. LEONOR.

LEO. Era verdad!
MAN. Sí, Leonor,
sí! bien puedes despreciarme!
Ya era tiempo! esa gitana,
esa infeliz... es mi madre.
LEO. Tu madre!
MAN. Llora si quieres,
maldíceme porque infame;
uni tu orgullosa cuna
con mi cuna miserable.
Pero déjame que vaya
á salvarla si no es tarde;
si ha muerto, la vengaré
de su asesino cobarde.
LEO. Esto me faltaba ..!
MAN. Sí;
yo no he debido engañarte
tanto tiempo... vete, vete:
soy un hombre despreciable.
LEO. Nunca para mí.
MAN. Eres noble,
y yo, quién soy? ya lo sabes.
Vete á encerrar con tu orgullo
bajo el techo de tus padres.
LEO. Con mi orgullo! tú te gozas,
cruel, en atormentarme.
Ten piedad...
MAN. Pero soy libre
y fuerte para vengarme...
y me vengaré.. lo dudas?
LEO. Si necesitas mi sangre,
aquí la tienes.
MAN. Leonor!
qué desgraciada en amarme
has sido! Por qué, infeliz,
mis amores escuchaste?
Y no me aborreces?

LEO. No.
MAN. Sabes que presa mi madre
espera tal vez la muerte?
Venganza infame y cobarde!
qué espero yo?...
LEO. Ven... no vayas ..
mira, el corazon me late
y fatídico me anuncia
tu muerte.
MAN. Llanto cobarde!
Por una madre morir,
Leonor, es muerte envidiable.
Quisieras tú que temblando
viera derramar su sangre,
ó si salvarla pudiera,
por salvarla no lidiase?
LEO. Pues bien, iré yo contigo;
allí correré á abrazarte
entre el horror y el estruendo
del fratricida combate.
Yo opondré mi pecho al hierro
que tu vida amenazare:
sí, y á falta de otro muro,
muro será mi cadáver.
MAN. Ahora te conozco, ahora
te quiero mas.
LEO. Si tú partes,
iré contigo; la muerte
á tu lado ha de encontrarme.
MAN. Venir tú.., no; en el castillo
queda custodia bastante
para tí.., escuchas? adios!
(*Suena un clarin.*)
El clarín llama al combate.
LEO. Un momento.
MAN. No es posible.
Adios! adios, pobre mártir
de mi amor fatal! que el cielo
de tus dolores se apiade,
y solo á mí de su cólera
el tremendo rayo alcance.
LEO. Qué dices?
MAN. Voy á morir!
bien auguraba tu amante
corazon! ya aqui no siento

aquel valor indomable...
LEO. Huyamos; mira...
MAN. El destino
me arrastra: vencido el ángel
está, que ayer me cubria
con sus alas celestiales.
LEO. Por piedad, no me abandones!
escúchame; espera!
MAN. Es tarde!
LEO. La voz del amor te llama.
(Suena el clarin)
MAN. La de mi deber es antes.
(Desprendiéndose de ella. váse por el fondo.)

FIN DE LA JORNADA CUARTA.

JORNADA QUINTA.

PRIMERA PARTE.

Salon en el castillo de la Aljafería. Puerta en el fondo y á la izquierda del actor. A la derecha una ventana.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, DON LOPE, RUIZ. (*Salen por la puerta del fondo.*)

LOPE. Podeis entrar, pero temo
que en este momento el conde...
LEO. Quiero verle.
LOPE. Le vereis,
si no hay causa que lo estorbe.
LEO. A todo trance: es preciso!
Está la vida de un hombre

en grave riesgo, y espero
que me ayudareis, Don Lope.

LOPE. Me conoceis? En tal caso...

LEO. Y quién, señor, no os conoce,
siendo, como sois, tan bueno,
y tan piadoso y tan noble?

LOPE. Tal vez el conde pudiera...
si dijeseis vuestro nombre...

LEO. A él solo.

LOPE. Como gusteis.

LEO. Están aquí las prisiones?

LOPE. Aquí —Desde esa ventana
se ve, señora, la torre,
donde entre cadenas gimen
los que á su rey son traidores.

LEO. Ah!—Gracias!
(*Dirigiéndose rápidamente á la ventana.*)

LOPE. Voy á serviros.
(Preciso es tener de bronce
el corazon para .. Y temo
que su esperanza no logre.)
(*Váse por la izquierda.*)

ESCENA II.

LEONOR. RUIZ.

LEO. Ruiz, tragiste...

RUIZ. Aquí está ya,
señora: por un jarope
que no vale seis cornados...

LEO. El precio nada te importe.
Toma esta cadena, tú.

RUIZ. Judío al fin!

LEO. No te enojes.

RUIZ. Diez maravedís de plata
me llevó el Iscariote.

LEO. Vete, Ruiz.

RUIZ. Os quedais
sola aquí? no, que me ahorquen
primero..

LEO. Quiero estar sola.

RUIZ. Si os empeñais... buenas noches.

ESCENA III.

LEONOR.

Esa es la torre; allí está,
y maldiciendo su suerte
espera triste la muerte
que no está lejos quizá.
Esas murallas sombrías,
esas rejas y esas puertas
al féretro solo abiertas,
verán tus últimos dias!
Por qué tan ciega le amé?
Infeliz! por qué, Dios mio,
con amante desvarío
mi vida le consagré?
Mi amor te perdió, mi amor...
yo mi cariño maldigo,
pero moriré contigo
con veneno abrasador.
Si me quisiera escuchar
el conde...! si yo lograra
librarte así, qué importara...?
Sí, voy tu vida á salvar.
A salvarte... no te asombre
si hoy olvido mi desden.

VOZ. (*Dentro.*) Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

LEO. Ese lúgubre clamor...
ó tal vez lo escuché mal?
No, no .. ya la hora fatal
ha llegado trovador!
Manrique! partamos ya,
no perdamos un instante.

VOZ. (*Dentro.*) Ay!

LEO. Esa voz penetrante...
Si no fuera tiempo ya!
(*Al querer partir se oye tocar un laud: un momento despues canta dentro Manrique.*)

Despacio viene la muerte,
que está sorda á mi clamor:
para quien morir desea,
despacio viene por Dios.
Ay! *adios*, *Leonor*,
Leonor.

LEO. Él es; y desea morir
cuando su vida es mi vida!
Si asi me viera afligida
por él al cielo pedir!

MAN. (*Dentro.*) No llores si á saber llegas
que me matan por traidor,
que el amarte es mi delito,
y en el amar no hay baldon.
Ay! *adios*, *Leonor*,
Leonor.

LEO. Que no llore yo, cruel!
No sabe cuánto le quiero.
Que no llore, cuando muero
en mi juventud por él!
Si á esa reja te asomaras
y á Leonor vieras aqui,
tuvieras piedad de mi
y de mi amor no dudaras.
Aqui te buscan mis ojos
á la luz de las estrellas,
y oigo á par de tus querellas
el rumor de los cerrojos.
Y oigo en tu labio mi nombre
con mil suspiros tambien.

VOZ. (*Dentro.*) Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

LEO. No! no morirás; yo haré
por salvarte! del tirano
feroz, la sangrienta mano
con mi llanto bañaré.
Temes? Leonor te responde
de su cariño y virtud.
Calma tu amante inquietud...
que nunca seré del conde.

ESCENA IV.

LEONOR. DON LOPE.

LOPE. Señora?
LEO. Decid!... consiente
en verme?
LOPE. Ni aun yo he podido
hablarle.
LEO. No habeis querido!
LOPE. Como! un hidalgo no miente.
Mas, lo juro por mi fé:
vereis á don Nuño.
LEO. Cuando?
LOPE. Está en su cámara hablando
con don Guillen de Sesé.
LEO. Don Guillen! dónde está, dónde?
LOPE. Le conoceis?
LEO. Sí. (Qué escucho!)
LOPE. Sois dichosa: él puede mucho
en el ánimo del conde.
Quereis hablarle?
LEO. No, no!
primero... (El cielo me valga!)
LOPE. Esperad hasta que salga.
LEO. (Quién mas desventuras vió?)
LOPE. Mirad: ahi vienen. Podeis
afuera, esperar en tanto,
y escudada con el manto...
LEO. Venid, venid! no tardeis.
(*Vánse por el fondo: despues salen por la izquierda don Nuño y don Guillen.*)

ESCENA V.

DON NUÑO. DON GUILLEN.

NUÑO. Visteis, don Guillen, al reo?
GUILL. Dispuesto á morir está.
NUÑO. Llegue ese momento ya:
cúmplase al fin mi deseo.

GUILL. Si mereciera piedad,
tal vez...
NUÑO. Qué vais á decir?
— Para ayudarle á morir,
á un religioso avisad,
y despachaos con presteza.
GUILL. El hijo de una gitana!
NUÑO. Cierto; diligencia es vana.
GUILL. Mas no dais cuenta á su alteza?
NUÑO. Para qué? Ocupado está
en la guerra de Valencia.
GUILL. Si no aprueba la sentencia...
NUÑO. Yo sé que la aprobará.
Para aterrar la traicion
puso en mi mano la ley:
mientras aqui no esté el rey
yo soy el rey de Aragon.
Mas... vuestra hermana?
GUILL. Yo mismo
nada de su suerte sé;
pero encontrarla sabré
aunque la oculte el abismo.
Entonces su torpe amor
lavará con sangre impura.
Solo asi el honor se cura,
y es muy sagrado el honor.
NUÑO. No: tanto rigor no es bien
emplear.
GUILL. Mi ilustre cuna...
NUÑO. Si algo apreciais al de Luna,
no la ofendais, don Guillen.
GUILL. Teneis algo que mandar?
NUÑO. Dejadme solo un instante.

ESCENA VI.

DON NUÑO, *despues* DON LOPE.

NUÑO. Leonor, al fin en tu amante
tu desden voy á vengar.
Al fin en su sangre impura
á saciar voy mi rencor:
tambien yo puedo, Leonor,

gozarme en tu desventura.
Fatal tu hermosura ha sido
para mí, pero fatal
tambien será á mi rival,
á ese rival tan querido.
Tú lo quisiste; por él
mi ternura despreciaste...
Por qué, Leonor, no me amaste?
yo no fuera tan cruel.
Angel hermoso de amor,
yo como á un Dios te adoraba,
y tus caricias gozaba
un oscuro trovador.
Harto la suerte envidié
de un rival afortunado:
harto tiempo despreciado
su ventura contemplé.
Ah! perdonarle quisiera...
no soy tan perverso yo.
Pero es mi rival... no, no....
es necesario que muera.

LOPE. Vuestras órdenes, señor,
se han cumplido; el reo espera
su sentencia.

NUÑO. Y bien! que muera,
pues á su rey fué traidor.
A qué aguardais?

LOPE. Si asi os plugo...

NUÑO. No fue perjuro á la ley
y rebelde con su rey?
Pues bien, qué espera el verdugo?
Esta noche ha de morir.

LOPE. Esta noche? pobre mozo!

NUÑO. Junto al mismo calabozo.

LOPE. (*Hace que se va y vuelve.*)
Voy al instante. — Es decir...

NUÑO. La bruja?...

LOPE. Con él está
en su misma prision.

NUÑO. Bien.

LOPE. Pero ha de morir?

NUÑO. Tambien.

LOPE. De qué muerte morirá?

NUÑO. Como su madre, en la hoguera.

LOPE. Por último confesó

que á vuestro hermano mató!
Maldiga Dios la hechicera.

NUÑO. Molesto, don Lope, estais...
idos ya.

LOPE. Si os incomodo...

NUÑO. Quiero estar solo.

LOPE. Con todo...
(Mal templado está!)

NUÑO. No os vais?

LOPE. (*Hace que se va, y vuelve.*)
Perdonad; se me olvidaba
con la maldita hechicera.

NUÑO. Don Lope!

LOPE. Señor, ahí fuera
una dama os aguardaba.

NUÑO. Y qué objeto aqui la trae?
dice quién es?

LOPE. Encubierta
llegó, señor, á la puerta
que al campo de Toro cae.

NUÑO. Que entre, pues: vos, despejad.

LOPE. El conde, señora, espera.

NUÑO. Vos os podeis quedar fuera,
y hasta que os llame aguardad.

ESCENA VII.

DON NUÑO. LEONOR.

LEO. Me conoceis? (*Descubriéndose.*)

NUÑO. Desgraciada!
Qué buscais, Leonor, aqui?

LEO. Me conoceis, conde?

NUÑO. Sí:
por mi mal, desventurada,
por mi mal te conocí.
A qué vinisteis, Leonor?

LEO. Conde, dudarlo quereis?

NUÑO. Todavía el trovador!...

LEO. Sé que todo lo podeis,
y que peligra mi amor.
Duélaos, don Nuño, mi mal.
NUÑO. A eso vinistes, ingrata,
á implorar por un rival?
por un rival! insensata!
mal conoces al de Artal.
No, cuando en mis manos veo
la venganza apetecida,
cuando su sangre deseo...
imposible...
LEO. No lo creo.
NUÑO. Sí, creedlo por mi vida.
Largo tiempo tambien yo
aborrecido imploré
á quien mis ruegos no oyó,
y de mi afan se burló;
no penseis que lo olvidé.
LEO. Ah! conde, conde, piedad. (*Arrodillándose.*)
NUÑO. Vos, la tuvisteis de mí?
LEO. Por todo un Dios.
NUÑO. Apartad.
LEO. No, no me muevo de aqui.
NUÑO. Pronto, Leonor, acabad.
LEO. Bien sabeis cuanto le amé:
mi pasion no se os esconde...
NUÑO. Leonor!
LEO. Qué he dicho? no sé,
no sé lo que he dicho, conde:
quereis...? le aborreceré.
Aborrecerle! Dios mio!
y aun amaros á vos, sí,
amaros con desvario
os prometo... amor impio,
digno de vos y de mí!
NUÑO. Es tarde, es tarde, Leonor.
Y yo perdonar pudiera
á tu infame seductor,
al hijo de una hechicera?
LEO. No os apiada mi dolor?
NUÑO. Apiadarme! mas y mas
me irrita, Leonor, tú lloro,
que por él vertiendo estás:
no lo negaré, aun te adoro,
mas perdonarle? jamás.

Esta noche, en el momento...
nada de piedad.

LEO. (*Con ternura.*) Cruel!
Cuando en amarte consiento!

NUÑO. Qué me importa tu tormento,
si es por él, solo por él?

LEO. Por él, don Nuño, es verdad;
por él con loca impiedad,
el altar he profanado.
Y yo, insensata, le he amado
con tan ciega liviandad!

NUÑO. Un hombre oscuro...

LEO. Si, sí...
nunca mereció mi amor.

NUÑO. Un soldado, un trovador...

LEO. Yo nunca os aborrecí.

NUÑO. Qué quieres de mí, Leonor?
Por qué mi pasion enciendes,
que ya entibiándose va?
Di que engañarme pretendes,
dime que de un Dios dependes,
y amarme no puedes ya.

LEO. Qué importa, conde? no fuí
mil y mil veces perjura?
Qué importa, si ya vendí
de un amante la ternura,
que á Dios olvide por tí?

NUÑO. Me lo juras?

LEO. Partiremos
lejos, lejos de Aragon,
y felices viviremos,
y siempre nos amaremos
con acendrada pasion.

NUÑO. Leonor... delicia inmortal!

LEO. Y tú en premio á mi ternura...

NUÑO. Cuanto quieras.

LEO. Oh ventura!

NUÑO. Corre, dile que el de Artal
su libertad le asegura;
pero que huya de Aragon:
que no vuelva, lo has oido?

LEO. Sí, sí...

NUÑO. Dile que atrevido
no persista en su traicion;
que tu amor ponga en olvido.

LEO. Sí... lo diré... (Dios eterno!
tu nombre bendeciré.)
NUÑO. Mirad, que os observaré.
LEO. (Ya no me aterra el infierno,
pues que su vida salvé.)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

Calabozo oscuro con una ventana con reja, á la izquierda, y una puerta en el lado opuesto. Otra puerta grande al fondo. Al levantarse el telon, Azucena estará recostada en un escaño, y Manrique sentado en el lado opuesto.

ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE. AZUCENA.

MAN. Nó dormis? (*Acercándose á Azucena.*)
AZUCE. No, hijo mio!
Quisiera; mas no puedo: de mis ojos
huye el sueño.
MAN. Temblais!
AZUCE. Qué?
MAN. Teneis frio?
AZUCE. No; pero di: quién causa tus enojos?
Suspirabas! por qué? Si son tus penas
con ser tuyas no mas, las penas mias;
por qué en silencio tu dolor refrenas

y esa angustia mortal no me confias?
No soy tu madre yo?

MAN. De este profundo
pesar, ya nada á libertarme alcanza.

AZUCE. Espera!

MAN. Inútil es; no hay en el mundo
ya para mi consuelo ni esperanza.

AZUCE. Te comprendo! es verdad, ya no es posible
huir de aqui; mas si á matarme vienen,
tú me defenderás.

MAN. (Tormento horrible!)

AZUCE. Es tu deber, Manrique: eres mi hijo!
tú consentir no puedes...
Mas, ay! qué en vano y sin razon te aflijo!
Nunca hará tu valor, ya aprisionado
entre fuertes paredes,
que llegue el sol hasta mi cuerpo helado.
Y vendrán, no lo dudes:
me quitarán sin compasion la vida!

MAN. Mataros! y por qué?

AZUCE. Ya esta es mi suerte.

MAN. Por vengarse de mi! madre querida!
y yo la causa soy de vuestra muerte!

AZUCE. Calla! ven... ruido siento!...

MAN. No!... nadie.

AZUCE. Tiemblo toda!... Oh! si me amas,
mátame! líbrame de ese tormento
horrible de las llamas!

MAN. Mas, no tendrán valor...

AZUCE. No lo tuvieron
cuando á mi pobre madre condenaron,
y arrastrando al cadalso la trageron,
y sin piedad la vida le quitaron?
Debe de ser horrible ese suplicio!
Oh! la hoguera! la hoguera! á cada instante
viéndola estoy allí, siempre delante,
y me miro llevar, y en vano ruego,
y víctima arrastrada al sacrificio,
siento en mis carnes penetrar el fuego!
(*Pausa.*)
Siempre en mi corazon está presente
ese recuerdo del infausto dia
en que sufrió la muerte, la inocente,
la tierna madre mia.
El trage desgarrado,

ocultas las facciones
bajo el largo cabello enmarañado,
al lugar del suplicio caminaba
entre la turba vil de los sayones.
Yo, postrada en el suelo,
mi rostro desgarraba
sangre y venganza demandando al cielo.—
Escuché que mi madre me llamaba
y á abrazarla corrí; pero la fiera
impiedad, me atajó, de sus verdugos,
y fué arrojada en la fatal hoguera.
Aquel grito feroz, desesperado,
que la arrancó el dolor ¡ay! todavia
aqui, en mi corazon está encerrado.
Cuánta su horrible intensidad seria!

MAN. Callad, por Dios! me atormentais!

AZUCE. Escucha!
Entonces, los verdugos implacables,
al ver su presa con la muerte en lucha,
su triunfo celebraban
y con risa feroz la contemplában.
Sabes por qué? flotaban sus cabellos;
las llamas, devorándola, subian
hasta cebarse en ellos...
y de esto los verdugos se reian!

MAN. No podeis olvidar esas memorias?
descansad un momento.

AZUCE. No, imposible!
si descansar pudiera...
mas si en tanto me llevan á ese horrible
espantoso suplicio de la hoguera!

MAN. No, madre! no vendrán.

AZUCE. Sí? me lo ofreces?

MAN. Si, podeis reposar.

AZUCE. Me abate el sueño:
siento el cansancio que me postra á veces;
mas de esa imágen el airado ceño...
— Y por qué? sí, que vengan!

MAN. (Qué martirio!)

AZUCE. Vendran, y quebrantando esos cerrojos,
la luz del sol contemplarán tus ojos.
Cómo pude olvidarlo en mi delirio?
Este dia feliz, será el postrero...
— Pero se sabe aqui cuando es de dia?
No importa! á cualquier hora: sí, yo quiero

respirar. — Ay, me ahogo!

MAN. Madre mia!

AZUCE. Saldremos, sí; no tiembles: en mi mano
están tu vida y libertad: las puertas
de esta cárcel tristísima, al liviano
impulso de mi voz, serán abiertas.

MAN. (Delira!)

AZUCE. Por qué labra
tu abatimiento en mi? por qué no el gozo,
si una sola palabra
puede abrir nuestro oscuro calabozo?

MAN. Bien, bien: pero dormid.

AZUCE. Si el conde llega,
tú me despertarás: ten esperanza.
(Ay! pobre madre, que su amor me ciega!
Perdona si renuncio á tu venganza.)
(*Recostándose.*)

MAN. Duerme, duerme, madre mia,
mientras yo te guardo el sueño,
y un hado mas halagüeño
durmiendo, allá te sonría!
Al menos, ay! mientras dura
tu sueño, no acongojado
veré tu rostro bañado
con lágrimas de amargura.

ESCENA II.

MANRIQUE, LEONOR, AZUCENA.

LEO. Manrique!

MAN. No es ilusion!
eres tú?

LEO. Yo, sí.. yo soy:
á tu lado al fin estoy
para calmar tu afliccion.

MAN. Sí, tú sola mi delirio
puedes, hermosa, calmar;
ven, Leonor, á consolar
amorosa mi martirio.

LEO. No pierdas tiempo, por Dios..

MAN. Siéntate á mi lado, ven.
Debes tu morir tambien?
muramos juntos los dos.

LEO. No, que en libertad estás.
MAN. En libertad?
LEO. Sí, ya el conde...
MAN. Don Nuño, Leonor? responde,
responde... cielo! esto mas?
Tú á implorar por mi perdon
del tirano á los pies fuiste!...
Quizá tambien le vendiste
mi amor y tu corazon.
No quiero la libertad
á tanta costa comprada.
LEO. Tu vida...
MAN. Qué importa? nada...
quitamela, por piedad;
clava en mi pecho un puñal
antes que verte perjura,
llena de amor y ternura
en los brazos de un rival.
La vida! es algo la vida?
un doble martirio, un yugo...
llama, que venga el verdugo
con el hacha enrojecida.
LEO. Qué debí hacer? si supieras
lo que he sufrido por tí
no me insultaras asi,
y á mas me compadecieras.
Pero huye, vete, por Dios,
y bástete ya saber
que suya no puedo ser.
MAN. Pues bien, partamos los dos:
mi madre tambien vendrá.
LEO. Tú solamente.
MAN. No, no.
LEO. Pronto, vete.
MAN. Solo yo!
LEO. Que nos observan quizá.
MAN. Qué importa? aqui moriré,
moriremos, madre mia!
tú sola no fuiste impía
de un hijo tierno á la fé.
LEO. Manrique!
MAN. Ya no hay virtud.
LEO. Qué te dice mi inquietud?
MAN. Tarde conocí mi error.
LEO. Si vieras cuál se estremece

mi corazon! Por que, di,
obstinarte? hazlo por mí,
por lo que tu amor padece.
Sí, este momento quizá...
no ves cuál tiemblo? quisiera
ocultarlo si pudiera;
pero no, no es tiempo ya.
Bien sé que voy tu afliccion
á aumentar; pero ya es hora
de que sepas cuál te adora
la que acusas sin razon.
Aborréceme, es mi suerte;
maldíceme si te agrada,
mas toca mi frente helada
con el hielo de la muerte.
Tócala, y si hay en tu seno
un resto de compasion,
alivia mi corazon,
que abrasa un voraz veneno.

MAN. Un veneno... y es verdad?
y yo ingrato la ofendí
cuando muriendo por mí...
un veneno..

LEO. Por piedad,
ven aqui por compasion
á consolar mi agonía:
no sabes que te queria
con todo mi corazon?

MAN. Me matas.

LEO. Manrique, aqui,
aqui me siento abrasar.
Ay! ay! quisiera llorar,
y no hay lágrimas en mí.
Ay juventud malograda
por tiranos perseguida!
perder tan pronto una vida
para amarte consagrada!
(*Se ve brillar un momento el resplandor de una luz en la ventana.*)
Mira, Manrique, esa luz...
vienen á buscarte ya:
no te apartes, ven acá,
por el que murió en la cruz!

MAN. Que vengan... ya entregaré
mi cuello sin resistir:

lo quiero, anhelo morir...
muy pronto te seguiré.

LEO. Ay! acércate...

MAN. Amor mio!...

LEO. Me muero, me muero ya
sin remedio; dónde está
tu mano?

MAN. Qué horrible frio!

LEO. Para siempre... ya...

MAN. Leonor!

LOPE. Adios!... adi... os!.
(*Espira: un momento de pausa.*)

MAN. La he perdido!
Ese lúgubre gemido!.,.
es el último de amor.
Silencio, silencio; ya
viene el verdugo por mí...
allí está el cadalso, allí,
y Leonor aqui está.
Corta es la distancia, vamos,
que ya el suplicio me espera.
(*Tropieza con Azucena.*)
Quién estaba aqui? quién era?

AZUCE. (*Entre sueños.*)
Es hora de que partamos?

MAN. A morir? dispuesto estoy...
Mas no, esperad un instante:
á contemplar su semblante,
á adorarla otra vez voy.
Aqui está... dadme el laud;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa
os cantaré su virtud.
Una corona de flores
dadme tambien: en su frente
será aureola luciente,
será diadema de amores.
Dadme, vereisla brillar
en su frente hermosa y pura;
mas llorad su desventura
como á mí me veis llorar.
Qué funesto resplandor!
Tan pronto vienen por mí?
el verdugo es aquel... sí:
tiene el rostro de traidor.

ESCENA III.

Los de la escena anterior. DON NUÑO, DON LOPE *y soldados con luces.*

NUÑO. Leonor?
MAN. Quién la llama? por qué vienen
á apartarla de mi? la desdichada
ya á nadie puede amar. Si yo pudiera
ocultarla á sus ojos!
(*La cubre con su ferreruelo que tendrá al lado.*)
NUÑO. Leonor?
MAN. Calla...
no turbes el silencio de la muerte.
NUÑO. Dónde está Leonor?
MAN. Dónde? aqui estaba.
Venis á arrebatármela en la tumba?
NUÑO. Ha muerto?
MAN. Sí... ya ha muerto.
(*Descubriendo el rostro pálido de Leonor.*)
NUÑO. Me engañaba!
MAN. Ya no palpita el corazon; sus ojos
ha cerrado la muerte despiadada.
Apartad esas luces; mi amargura
piadosos respetad... no me acordaba...
(*A Don Nuño.*)
Sí, tú eres el verdugo! acaso buscas
una víctima... ven... ya preparada
para la muerte está.
NUÑO. Llevadle al punto,
llevadle, digo, y su cabeza caiga.
(*Varios soldados rodean á Manrique.*)
MAN. Muy pronto, sí...
NUÑO. Marchad...
MAN. Qué miro! Vamos...
(*Reparando en la Azucena.*)
No le digais, por Dios, á la cuitada
que va su hijo á morir... madre infelice!
Hasta la tumba... A Dios... (*Al salir.*)

ESCENA IV.

Los mismos menos MANRIQUE.

AZUCE. (*Incorporándose.*) Quién me llamaba ?
Él era, él era; ingrato! se ha marchado
sin llevarme tambien.
NUÑO. Desventurada!
Conoce al fin tu suerte.
AZUCE. El hijo mio!
NUÑO. Ven á verle morir.
AZUCE. Qué dices? Calla!
Morir! morir...! no, madre, yo no puedo;
perdóname, le quiero con el alma.
Esperad, esperad...
NUÑO. Llevadla.
AZUCE. Conde!
NUÑO. Que le mire espirar.
AZUCE. Una palabra,
un secreto terrible; haz que suspendan
el suplicio un momento.
NUÑO. No, llevadla.
(*La toma por una mano y la arrastra hácia la ventana.*)
Ven, muger infernal... goza en tu triunfo.
Mira el verdugo, y en su mano el hacha
que va pronto á caer...
(*Se oye un golpe que figura ser el de la cuchilla*)
AZUCE. Ay! esa sangre!
NUÑO. Alumbrad á la víctima, alumbradla.
AZUCE. Sí, si... luces... él es... tu hermano, imbécil!
NUÑO. Mi hermano, maldicion...!
(*La arroja al suelo empujándola con furor.*)
AZUCE. (*Con amargura.*) Ya estás vengada.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 1.° *de Febrero de* 1851.

Aprobada y devuélvase.

Rafael Perez Vento.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art* 60

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria» *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de la que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.

TRAIDOR, INCONFESO Y MARTIR.

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ESCRITO ESPRESAMENTE PARA EL BENEFICIO

DE

DOÑA MATILDE DIEZ,

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.

MADRID: 1849.

Imprenta de la **Viuda de D. R. J. Dominguez,**
calle de Hortaleza núm. 67.

PERSONAGES.	ACTORES.
Doña Aurora.	**D.ª M. Diez.**
Gabriel Espinosa.	**D. J. Romea.**
Don Rodrigo de Santillana, *Alcalde de casa y corte.*	**D. A. Barroso.**
Don Cesar de Santillana, *capitan de ginetes del primer tercio de Flandes.*	**D. F. Romea.**
Arbués.	**D. P. Sobrado.**
Burgoa y Nao d'Andrade. . . .	
El Marqués de Tavira	
El Doctor N.	
Un Escribano.	
Un Alguacil.	
Un Criado de Burgoa.	

Alguaciles, soldados y criados.

La escena en los dos primeros actos pasa en una posada de Valladolid: y en el tercero en Medina del Campo en el año de 1594 de N. S. J. C.

Este drama es propiedad de los Directores de la Agencia general Hispano-Cubana de Madrid, los cuales perseguirán ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino sin recibir para ello su autorizacion, segun está prevenido en Reales órdenes de 5 de mayo de 1837, 8 de abril de 1839 y 4 de marzo de 1844.

ACTO I.

Antesala en una posada de Valladolid. Puerta en el fondo que da al esterior. Dos á la izquierda, que dan al interior. Ventana á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

BURGOA, *que aparece, un* CRIADO *que sale por el fondo.*

CRIADO. Señor amo.
BURG. Qué hay?
CRIADO. Un hombre.
BURG. Qué quiere?
CRIADO. Veros.
BURG. Que pase.
CRIADO. Entrad aquí, Seor hidalgo.

ESCENA II.

BURGOA *y el* MARQUÉS *embozado.*

MARQ. Buenas noches.
BURG. Dios le guarde.
MARQ. Eres tú el huesped?
BURG. Yo soy.

MARQ. Luis Burgoa?
BURG. Y Nao d'Andrade.
MARQ. Portugués?
BURG. Lo canta el nombre:
de Alfontes en el Algarbe.
MARQ. Paisanos somos.
BURG. ¿Sois vos
tambien...?
MARQ. Escúchame y cállate.
BURG. Callo y escucho.
MARQ. Esta noche
vendrá á pedir hospedage
en esta posada un hombre,
cuyas señas voy á darte
para que no le equivoques.
Edad, cuarenta años: trage
negro, cabello rapado,
barba crecida, semblante
pálido, mirada de águila,
sonrisa triste, andar grave.
BURG. Con tantas, señas, señor
que le equivoque no es fácil.
MARQ. Aun faltan mas; una dama
en su compañía trae
de apenas diez y siete años,
y haciendo veces de paje
viene sirviéndoles á ambos
un veterano de flandes,
en quien, por mas que se afana
por tosco labriego en darse,
se revelan á la legua
las costumbres militares.
Lo mismo sea sentirles
á tus puertas acercarse,
con luz y sombrero en mano
saldrás hasta los umbrales:
mandarás de sus caballos:
cuidar, y sus equipages
subir á los aposentos
mejores que puedas darles.
Les servirás á su antojo
los mas sabrosos manjares

y los vinos mas añejos,
y entre tanto que ocuparen
cuarto en tu posada, en ella
no recibirás á nadie.
Yo toda entera la alquilo
para ellos. Ahí va parte
del gasto que hacerte puedan:
cuando esa suma se acabe
te rellenaré esa bolsa:
lo que sobre, para gages
del huesped y de los mozos.
Adios y silencio Andrade.

BURG. Un momento, caballero.
¿Y si ese hombre preguntáre
quién paga su gasto?

MARQ. Nada
digas.

BURG. ¿Y si se obstinase
en saberlo?

MARQ. Guardarás
silencio: y la cuenta a darme
tu silencio y sus porfías
pondrás como cantidades
en guarismos, y yo, solo
veré las sumas totales.
Pero ten cuenta, Burgoa:
porque el oro que aquí ganes
crecerá con tu prudencia
y te se irá con tu sangre;
porque indiscrecciones de oro
con hierro es bien que se atajen,
y fortuna que se canta
siempre se la lleva el aire.

BURG. Señor...

MARQ. Adios, que no quiero
que aquí, si llegan, me hallen. (*Váse.*)

ESCENA III.

BURGOA, *despues* DON CESAR.

BURG. Aventura mas estraña!
alguna apuesta: algun lance

de amor: pero ¿qué me importa
á mí? Lo que es indudable
es que el bolsillo está lleno
de doblillas: ¿para gajes
las que sobren? bah! lo menos
ciento por veinte. Adelante.

CESAR. Buenas noches. (*Saliendo.*)

BURG. Qué se ofrece?

CESAR. Hablar con el dueño.

BURG. Habladle.

CESAR. Eres tú?

BURG. Yo mismo.

CESAR. ¿Estamos
solos?

BURG. Sí.

CESAR. Atento estáme.
Tres personas á tu puerta
vendrán muy pronto á apearse;
un hombre galan, de pálido
rostro y de noble talante,
una dama tan hermosa
como pintan á los ángeles;
y un escudero que tiene
mezcla de asistente y paje.
Dáles lo mejor que tengas,
como á príncipes regálales:
lo que no poseas, cómpralo
y en el precio no repares.
Ahí tienes doscientos pesos
en oro: cuando los gastes
en su servicio, me pides
más, y si sobran por gajes
te los embolsas, con ceros
sumas y cuentas cabales.

BURG. Caballero perdonad:
pero habeis llegado tarde.

CESAR. No te entiendo.

BURG. Un embozado
que salia cuando entrábais
os ha ganado la mano,
y para esos personages
por quien os interesais,

con palabras semejantes
á las vuestras ha alquilado
y pagado el hospedaje
de mi casa con el oro
de este bolsillo: miradle.

CESAR. ¿Y quién era ese embozado?

BURG. No le conozco.

CESAR. ¿Su traje
su porte, ni sus palabras
indicios no pueden darte
de quién sea?

BURG. No, señor
militar: ni su semblante
vi jamas, ni haber oido
recuerdo en ninguna parte
su voz.

CESAR. Es jóven ó viejo?

BURG. No le habeis visto?

CESAR. En la calle
estaba yá cuando yo
llegaba á tu puerta, y casi
no puse atencion en él.

BURG. Es un señor respetable
de barba gris, noble y rico.

CESAR. ¿Noble y rico? ¿de qué sabes
que lo es si no le conoces?

BURG. Dan en él lo muy bastante
á conocer la riqueza
su oro y su modo de darle,
y la nobleza, ademas
de su tono y de sus frases,
el aroma que se exhala
de su valona y sus guantes.

CESAR. Pues señor; como ha de ser!
digiste bien: llego tarde.
Réstame, pues, solamente
mis ofertas reiterarte:
emplea ese oro á gusto
de quien le dá, y lo que falte
yo lo abono: y á otra cosa
que el tiempo vuela. Melquiades
acomoda los caballos

en la cuadra.

BURG. Dispensadme
capitan: no puede ser.

CESAR. Por qué?

BURG. Porque no hay vacante
un solo pesebre en ella.

CESAR. Pues en ese caso dame
un cuarto á mí y una cama,
y que se vaya Melquiades
con los caballos.

BURG. Tampoco
puedo serviros.

CESAR. Vergante!
intentas burlas conmigo?

BURG. ¡Dios me libre de burlarme
de tan gallardo mancebo!
Mas tengo órden terminante
de aquel embozado incógnito
de no recibir á nadie
por esta noche en mi casa,
mas que á ellos. Escusadme
pues capitan.

CESAR. (*Se sienta.*) Pues entonces
dame un bocado que el hambre
me satisfaga y un trago
que me remoje las fáuces.

BURG. Señor, todo está comprado
y nos cansamos en balde.
Pues que por esos viajeros
os interesais, dejadles
libre la casa, y no hagais
que yo á mi palabra falte.

CESAR. El caso es que á mi me importa
en esta casa quedarme
por esta noche y es fuerza
que me quede.

BURG. Pues en grave
compromiso me poneis
si os quedais, y por mi parte
por cuantos medios me ocurran
estoy dispuesto á evitarle.

CESAR. ¿De modo, que te propones

en la plazuela plantarme
en una noche como esta
con frio tal, oro y hambre?

BURG. Si señor.

CESAR. Sin mas razones?

BURG. Os llevo dadas bastantes.

CESAR. Pues señor, lo siento mucho;
mas fuerza es que te se alcance,
pues no eres tonto, que cuando
muestro empeño semejante
en hospedarme en tu casa,
no vine para marcharme
de ella otra vez despedido
como un buhonero errante.

BURG. Pues mirad como ha de ser.

CESAR. Así: toma, y lee si sabes. (*Le dá un papel.*)

BURG. Y qué es esto?

CESAR. Lee.

BURG. (*Leyendo.*) «Dará
«Luis Burgoa Nao d' Andrade
«alojamiento en su casa
«número dos de la calle
«de la Antigua, al capitan
«del primer tercio de Flandes
«don Cesar de Santillana
«con seis ginetes.»

CESAR. Cabales.
Burgoa, en nombre del Rey
vas á ofrecerme de balde
lo que por oro me niegas.

BURG. La boleta haré que os cambien
á cualquier costa

CESAR. Será
trabajo inútil: es tarde.

BURG. No importa: tengo dineros
y muy buenas amistades
hoy en el Ayuntamiento.

CESAR. Pues Burgoa, no las canses
inútilmente esta noche:
por que á mas de que es mi padre
juez de la chancilleria

y de casa y corte alcalde,
tengo seis hombres abajo
y un escudero, incapaces
de obedecer otras órdenes
que las que yo quiera darles,
que del umbral de la puerta
no permitirán que pases.
Con que cede á mis razones
que son á fé terminantes,
y dame luz, cena y cuarto,
que con ese personage
misterioso, seré yo
solamente el responsable
de todo, en nombre del Rey.

BURG. Callo al Rey.

CESAR. Y muy bien haces
que contra el Rey nadie es cuerdo
en oponerse. Melquiades,
toma luz y desensilla
á Bayardo: á acomodarme
voy en algun cuarto bajo
para que cuando llegaren
esos huéspedes, en casa
ya pagada no me hallen.

BURG. Capitan, pues no hay remedio,
yo os ruego con la mas grande
humildad, que os alojeis
en una sala que cae
al huerto que tengo á espalda
de la casa.

CESAR. Que me place
te digo el alojamiento.
Vamos allá.

BURG. (*Los dos á la puerta.*) Hácia esta parte
y en el fin del corredor
vereis una puerta grande
que dá sobre otra escalera:
tomad el farol que arde
en el descanso; bajadla,
y Andres os dará la llave
de vuestro cuarto y decidle
que á vuestras gentes os llame.

Yo os enviaré buena cena
y fuego.

CESAR. Dios te lo pague. (*Váse.*)

ESCENA IV.

BURGOA, *despues* DON RODRIGO.

BURG. ¿Santillana y capitan,
y de los tercios de Flandes
y con la boleta en regla
y espada de gavilanes
quién le resiste? El incógnito
se hará cargo del percance
y tendrá su compañía
que sufrir y resignarse.
Contra el Rey nadie es valiente.

ROD. Há de esta casa! (*Entrando.*)

BURG. Adelante.

ROD. Sois el dueño de ella?

BURG. Soy
Luis Burgoa.

ROD. Dios le guarde.

BURG. Mil gracias: lo mismo digo.
Qué se ofrece?

ROD. Que oiga y calle.
Esta noche á esta posada
vendrá un viajero á apearse
con una dama encubierta
y un escudero; hospedadles
con mucho agrado y servidles
sin dudar cuanto demanden:
su gasto corre por cuenta
del Rey: y desde el instante
en que vuestra casa ocupen,
de ellos, de sus equipages
y cnanto les pertenezca
sereis vos el responsable.
Dejareis entrar á todos
los que por él preguntáren:
á todos, quien quier que fueren:
mas no dejareis á nadie

volver á salir. Abajo
teneis unos militares
alojados, y las órdenes
competentes voy á darles
para que os presten ausilio
y en caso de apuro guarden
las puertas: conque silencio
y á Dios: volveré mas tarde.

BURG. Señor, vuestra autoridad
sea cual fuere, escusadme
que os pregunte á quien la honra
tengo de hablar.

ROD. Al Alcalde
Rodrigo de Santillana.

BURG. Jesucristo!

ROD. Dios le guarde.

ESCENA V.

BURGOA.

Dios nos asista! con un
Santillana era bastante
para su mal: pero ¿juntos
el capitan y el alcalde
pisándoles los talones?
Ya, ya estan frescos los tales
viajeros. Los Santillanas...
raza de réprobos: aves
de mal agüero: golillas
todos: buhos de las cárceles
y de las horcas, que solo
pronosticar pueden males.
Santillanas... ¡fuego en ellos
y en quien á casa los trae!
No hay Portugués que no tenga
con ellos cuentas. Mas baste:
que Dios dirá. Gente llega.
Andrés! (*Al ir á entrar por el fondo sale Arbués de viage, enlodado.*)

ESCENA VI.

BURGOA, ARBUÉS.

ARB. No hay que incomodarse
patron: somos gente llana
mis amos y yo, y á nadie
gustamos de dar que hacer.
¿Hay aposentos capaces,
limpios y con buenas camas
para una dama, su padre,
su escudero y dos criados?
BURG. Si señor, los hay: y tales
que no habrá en palacio muchos
que en lo limpio les alcancen.
ARB. Pues poned en uno luces
para la dama.
BURG. Que bajen
voy á mandar por los trastos
que traigais.
ARB. Que no se cansen
vuestros mozos; ya los nuestros
suben con los equipajes.
(*Suben los mozos con baules.*)
Dónde los pondrán?
BURG. Allí
en esos cuartos.
ARB. (*A los mozos.*) Llevadles
pues.
BURG. Y la dama?
ARB. Se está
despidiendo de su padre.
BURG. Pues qué ¿no se queda en casa
con ella?
ARB. Sí: mas tiene antes
que entregar unos breviarios
á un primo suyo, que es fraile
en san Pablo y tardará
tal vez: mas no hay que esperarle.
BURG. Marta, Ginés, á esa dama
alumbrad.
ARB. Ya llegan tarde

patron. (*Sale doña Aurora.*)

BURG. Qué! ¿sin aguardar
que la sirvan?...

ARB. Si es mas ágil
que un lancero, y nunca se anda
con cumplimientos.

ESCENA VII.

ARBUÉS, BURGOA, DOÑA AURORA.

BURG. (*Ap.*) Buen talle
garboso andar y; qué hermosa!
dijo bien cuando á los ángeles
la comparó el capitan.

AUR. Sois el huesped?

BURG. Ordenadme,
Señora: yo soy.

AUR. ¿Hay fuego
en mi aposento?

BURG. Y bujía:
y puede vueseñoría
disponer de él desde luego
y de toda mi posada.
Os mandaré á mi muger
que os sirva.

AUR. No es menester:
yo me sirvo sola y nada
necesito. Arbués?

ARB. Señora.

AUR. Cuando vuelva, aunque sea tarde
me avisarás.

ARB. A la hora
en que llegue.

AUR. (*A Burgoa.*) Dios os guarde.

BURG. ¿Tomareis un refrigerio,
un tente en pie, para abrigo
del estómago?

AUR. ¿No os digo
que nada quiero? (*Váse por la izquierda.*)

BURG. Qué imperio!

ESCENA VIII.

ARBUÉS, BURGOA.

BURG. Y vos no cenais?
ARB. Poco há
que comimos y costumbre
no tenemos.
BURG. A la lumbre
podeis venir, que la habrá
buena en el hogar.
ARB. No tengo
frio; podeis sin reparos
cuando querais acostaros:
porque mi amo, os lo prevengo,
de que le sirva no gusta
nadie mas que yo, que sé
sus mañas.
BURG. Teneis á fé
buen trabajo.
ARB. Bah! Se ajusta
cada cual al que le toca
en esta vida: yo estoy
á su servicio y le doy
cumplimiento.... y punto en boca
que tengo sueño. Dejad
la llave á mano y á abrir
bajaré, cuando venir
le sienta; que echen mandad
pienso á los caballos; yo
de este sillon haré lecho.
BURG. Dormireis ahí?
ARB. Pues no?
es costumbre y ya estoy hecho.
BURG. Pues para cuando me acueste
ahí queda la llave, y vos
os gobernareis.
ARB. Adios
pues.
BURG. Descansar. (¡Mala peste
me coja si yo me acuesto
sin ver á ese hombre quedar

dentro de casa.) (*Váse.*)

ARB. Cerrar
no está demas. (*Cierra la puerta del fondo.*)

ESCENA IX.

ARBUÉS, *despues* DON CESAR.

ARB. En mi puesto
héme ya.
(*Se sienta en el sillon y llaman á la puerta del fondo.*)
Han llamado.

CESAR. (*Dentro.*) Arbués?

ARB. Por mi nombre? quién será?

CESAR. Alférez Arbués.

ARB. Quién va?

CESAR. Abre á un amigo.

ARB. Quién es?

CESAR. El capitan Santillana.

ARB. Don Cesar?

CESAR. Sí: date priesa
Arbués, que nos interesa.

ARB. ¡Válame la soberana (*Abre.*)
Vírgen! Vos, mi capitan!

CESAR. No malgastemos Arbués
nuestro tiempo.

ARB. Hablad: qué hay pues?

CESAR. Las bocacalles están
tomadas al rededor
y conmigo hay seis soldados
en esta casa apostados.

ARB. Y qué?

CESAR. Que es á tu señor
á quién buscan. Si Gabriel
los umbrales de ella pasa,
Arbués, dentro de esta casa
todos sois presos con él.

ARB. No os de pena, capitan:
mi amo, que lo sabe todo
de hacer encontrará modo
inútil todo ese afan.

CESAR. El asunto no es materia

de chanzas: en la partida
se yo que le vá la vida.

ARB. Diablo!

CESAR. La cuestion es seria.
Registrarán su equipage
y hasta su misma persona:
y si razon no le abona
terminante, aquí su viaje
concluye: porque al misterio
de su vida dar alcance
quiere el rey.

ARB. El rey?

CESAR. El lance
ves que no puede mas serio
ser. Mi padre don Rodrigo
me ha encomendado su guarda,
diciéndome que le aguarda
pronto y ejemplar castigo.
Hasta ahora á lo que creo
de sus poderes abusa
la justicia, pues le acusa
á ciegas su buen deseo.
Mas he oido una espresion;
que á probarse con certeza
le va á costar la cabeza,
sea impostura ó ambicion.
Oyeme ahora. El destino
por su bien ó por mi mal,
me une á su sino fatal
y me arroja en su camino.
Instinto y veneracion
por él en mi pecho ruegan,
y por Aurora me ciegan
cariño y adoracion.
En el nombre de la ley
á espiarle á Madrigal
me enviaron, y cumplí mal
con las órdenes del rey.
Desde Madrigal os sigo.

ARB. Lo sabíamos.

CESAR. Tiempo es
de que sepamos, Arbués,

á qué atenernos. Conmigo
es preciso que Gabriel
hable esta noche: es forzoso
que este arcano misterioso
penetre á la par con él.
Hay de un misterio tremendo
en su existencia la duda:
siempre me tendrá en su ayuda,
mas que se esplique pretendo.
Yo quiero de cualquier modo
salvarle: quiero que á prueba
ponga mi fe y que me deba
su porvenir: en fin, todo
quiero comprenderlo, y sea
quien fuere, noble ó villano,
vil traidor ó soberano
coronado, que en mí vea
un fiel amigo, un apoyo
presto á dividir con él
desde el sitial de un dosel
hasta de la tumba el hoyo.

ARB. Que os ciega amor, bien se ve.

CESAR. Arbués, si su amor merezco
y si mi mano la ofrezco...

ARB. No la admitirá.

CESAR. Porqué?

ARB. Porque es Espinosa un hombre
que no quiere que se una
ni hombre alguno á su fortuna,
ni nombre alguno á su nombre.

CESAR. Yo los males que le afligen
acepto y sus opiniones
sin pedir de ellas razones:
y si ocultarme su orígen
les importa, nunca el nombre
preguntaré de mi esposa:
sea honrada y cariñosa
y nada habrá que me asombre.

ARB. Estais loco capitan
¿Queréis con un pastelero
emparentar?

CESAR. Arbués, quiero

salir de una vez de afan.
Te he dicho que mi destino
me lleva tras de Gabriel.

ARB. Pues es fuerza que huyais de él:
echad por otro camino.

CESAR. Arbués!

ARB. Yo sé lo que digo.
Vuestro ayo fuí: soy ya viejo
y daros puedo un consejo:
tomadle, que es de un amigo.
Cumplid vuestra obligacion
sin tropezar con Gabriel,
y el misterio que hay en él
dejad en su corazon.
Para vuestro amor, de roca
será su alma, y recelo
que no os dará ni consuelo
ni satisfaccion su boca.

CESAR. Pues qué ¿hace ese hombre agravio
impunemente?

ARB. Lo que hace
no sé, mas no satisface
jamás.

CESAR. Pues bien, si su labio
satisfaccion no me da,
yo le haré que hable sin gana
con mi acero.

ARB. Santillana,
en silencio os matará.

CESAR. A mí?

ARB. Tal creo en conciencia.

CESAR. Tiene algun filtro Gabriel?

ARB. No: mas acaso con él
pelea la omnipotencia.
Don Cesar, tened á raya
vuestra locura y tomad
mi consejo: abandonad
la senda por donde él vaya.

CESAR. No puedo.

ARB. Una indiscreccion
muy sándia sé que cometo,
mas voy á ser indiscreto

porque os tengo obligacion.

CESAR. Habla, habla.

ARB Ese Gabriel
Espinosa, el pastelero,
tiene mas de caballero
que lo que aparenta él.
Tres años ha que le sigo
de su favor obligado,
que honra y vida me ha salvado
y mas que dueño, es mi amigo

CESAR. Pero quién es?

ARB. Voy á ello.
Quién es... sábenlo él y Dios.
Cuanto sé yo de él vais vos
á saber: mas bajo un sello
guardadlo siempre.

CESAR. Cloncluye.

ARB. Escuchad pues lo que sé,
y vos vereis de él á fé
si en pró ó encontra os arguye.
El sabe todas las leyes,
cuenta todas las historias,
los desastres y las glorias
de los europeos reyes.
El conoce los blasones
como un rey de armas: él mide
las noblezas: él decide
sobre razas y opiniones:
y tales fuerzas alcanza,
que con precision certera
monta un potro á la carrera
y hace astillas una lanza
en el aire.

CESAR. Jesucristo!
eso se cuenta tambien
de Don.... (*Arbués le tapa la boca con la mano.*)

ARB. No digais de quién:
de él yo lo cuento, y lo he visto.
Y en fin, os diré un secreto:
¿conocíais á Quiñones
el teniente de dragones?

CESAR. Si.

ARB. Sabeis que era el respeto
de los diestros en la esgrima,
porque jamas estocada
le hirió, mientras que su espada
veinte muertes le echó encima.
CESAR. Si.
ARB. No ignorareis que muerto
en Madrigal se le halló:
pues bien, Gabriel le mató
riñendo.
CESAR. Cierto?
ARB. Tan cierto
capitan, como es de noche.
De Gabriel en la hostería
con el alférez comía
yo una tarde, cuando un coche
paró á sus puertas, y de él
un embozado bajando
se entró hasta allí preguntando
si estaba en casa Gabriel.
Salió este; y el forastero,
que ser mostraba en su porte
un gran señor de la corte,
llevó la mano al sombrero
al ir á hablarle; Quiñones,
de quien sabeis la insolencia,
con aquella impertinencia
peculiar de los matones,
dijo: «ola! ¿esas tenemos?»
mas no bien le oyó Gabriel,
cuando viniéndose á él
le asió por los dos estremos
del collarin del coleto
diciendo: «¡ola seor espía!
¡yo os haré, por vida mia,
que me guardeis el secreto!»
y con muñeca de hierro
zarandeandole de un lado
á otro le echó derribado
bajo el banco como á un perro.
El teniente, puesto apenas
en pie, echó mano al acero

yéndose hácia el pastelero,
quien con miradas serenas
y voz grave é imperiosa
nos dijo:—« Echémonos fuera »
y echamos por la escalera
los tres en pos de Espinosa.
Detras de unos paredones
que hay debajo del camino
paróse: fué su padrino
el otro, y yo el de Quiñones.
Capitan, juro á mi honor
que no he visto tal destreza
jamas, ni tanta firmeza
serenidad y valor.
Era un maestro el teniente:
pero á las cuatro paradas
tenía tres estocadas:
rugía de ira y valiente
atacaba: mas escrito
debió estar: tendióse á fondo
Gabriel y cayó redondo
Quiñones sin dar un grito.

CESAR. Y Espinosa?

ARB. Ni un rasguño
sacó: en silencio su espada
limpió, que estaba manchada
de sangre hasta el mismo puño,
y envainándola con calma
nos dijo: « quede lo hecho
sepultado en nuestro pecho,
y que Dios perdone su alma. »
Y volviéndonos á entrar
otra vez en la hostería,
no ha vuelto desde aquel dia
á Quiñones á mentar.
Ahora, señor Santillana,
pues sabeis que hondo cariño
os cobré desde muy niño
y os guardo aficion cristiana,
creed á un amigo viejo:
por delante de Gabriel
pasan sin topar con él:

y agradecedme el consejo.

CESAR. Es tarde, y retroceder
no quiero. Resuelto á todo
vengo y de uno ú otro modo
esta noche le he de ver.

ARB. Yo no os lo puedo impedir;
pero haceis mal: os lo advierto.

CESAR. Mas quiero por él ser muerto
que sin Aurora vivir.

ARB. Allá os las háyais.

AUR. (*Dentro.*) Arbués!

ARB. Pronto, marchaos; es ella.

AUR. (*Dentro.*) Arbués!

(*Arbués quiere obligar á D. César á irse.*)

CESAR. Déjame la huella
besar, de sus castos pies.

ARB. Capitan!

ESCENA X.

DOÑA AURORA, DON CESAR, ARBUÉS.

AUR. (*Saliendo.*) Oyendo estoy
á Arbués hablar ha una hora.
Es mi padre?

CESAR. No, señora.

AUR. El capitan!

CESAR. Si, yo soy.

ARB. Ver al señor pretendía;
le dige que ausente estaba:
insistia él, porfiaba
yo, y por eso se oia
hablar aquí doña Aurora.

AUR. Andubiste descortés
con el capitan, Arbués.

ARB. Vuestro padre...

AUR. Sin demora
me debiste de avisar
de su llegada y al punto
saliera yo.

CESAR. Sea asunto
concluido: él atajar

debió mi imprudente paso.

AUR. Si vos salís en su abono
yo su falta le perdono.
Sal. (*A Arbués que se va.*)

ESCENA XI.

DON CESAR, DOÑA AURORA.

AUR. ¿Puedo saber acaso
la causa que aquí os obliga
á presentaros ahora?

CESAR. Es un secreto, señora;
perdonad que no os le diga.
Confiarle solo debo
á vuestro padre.

AUR. En tal caso.... (*Retirándose.*)

CESAR. Aguardad. (*Deteniéndola.*)

AUR. Decid.

CESAR. Acaso
vais á enojaros.

AUR. Me atrevo
á esperar de vuestro honor,
que no me osará decir
nada que no pueda oir
sin peligro ó sin rubor.

CESAR. Nada, señora; ¡yo os juro
por la honra en que nací,
que nada oireis de mí
que no sea noble y puro!

AUR. Hablad pues.

CESAR. Que fuí sospecho
torpe por demas, Señora,
si no habeis visto hasta ahora
el arcano de mi pecho.

AUR. ¿Cómo quereis que comprenda
secretos que en él guardais
si no me los revelais?

CESAR. Si en los ojos una venda
de indiferencia y rigor
no os hubiérais puesto, Aurora,
me ahorrárais hacer ahora

la relacion de mi amor.

AUR. Con qué amais?

CESAR. Con frenesí.

AUR. Pues y á quién?

CESAR. A un ángel.

AUR. Oh!
Y os paga?

CESAR. Creo que no.

AUR. Lo sabe?

CESAR. Creo que sí.

AUR. Se lo habeis dicho?

CESAR. Jamas.

AUR. Por qué?

CESAR. Por que es mi pasion
mas que amor, veneracion:
idolatría quizás.
Es un amor que no tiene
en su vil naturaleza
un átomo de impureza:
amor que del cielo viene.
Es un innato cariño
tan casto como profundo,
tan puro como el armiño,
tan inmenso como el mundo.
Sin otro bien, ni otro dueño
ni mas afan, ni mas guia
en la tierra, noche y dia
con él vivo, con él sueño.
Un amor sublime, santo:
mas tan tirano, tan fiero,
que sus fuerzas considero
á mis solas con espanto:
por que no hay ley, no hay deber
que pueda mi corazon
al poder de mi pasion
con ventajas oponer.
Si la que amo me dijera
«Sé traidor: véndete esclavo»
mi fé llevando hasta el cabo
me infamara y me vendiera.

AUR. Jesus que amor tan horrendo!
Dónde adquirido le habeis?

CESAR. Os reís?
AUR. ¿Pues qué quereis
si os estais contradiciendo?
CESAR. Do está la contradiccion?
AUR. ¡Pues ahí es nada! ¿un cariño
tan puro como el armiño,
una sagrada pasion
de cuyo infernal poder
creeis que os llegue á obligar
vuestro Rey á abandonar,
la libertad á vender?
CESAR. Sin vacilar un momento.
AUR. ¿Por qué una muger os ame
consentís en ser infame
traidor y esclavo?
CESAR. Consiento.
AUR. Haceos un poco atrás.
CESAR. Por qué?
AUR. Esa pasion que tanto
ponderais, mas que amor santo,
es amor de Satanás.
CESAR. ¡Infeliz del corazon
que tal amor no comprende!
AUR. Mas lo es en el que se enciende
la llama de tal pasion.
CESAR. ¡No os mofárais de ella así,
si la comprendiérais, no!
AUR. ¿Y quién os dice que yo
no guardo ese amor en mí?
CESAR. Vos! (*Sorprendido.*)
AUR. Don Cesar, solo Dios
amor tan ciego merece.
CESAR. Amor es Dios y enloquece.
AUR. Y loco estais.
CESAR. Ah! por vos. (*Se arrodilla.*)
AUR. Insensato!
CESAR. Por vos, sí:
yo os amo, Aurora, os adoro.
AUR. ¿Pues creeis que yo lo ignoro?
CESAR. Cielos! (*Alzase del suelo acercándose á Aurora.*)
AUR. (*Apartándose.*) No llegueis á mí.
CESAR. Me rechazais?

AUR. A fé mia!
yo acepto vuestro respeto,
mas no quiero ser objeto
de una torpe idolatría.
No soy mas que una muger,
y del criador hechura,
solo como criatura
estimada quiero ser.

CESAR. Esas palabras, Aurora
que una esperanza me dan...

AUR. Si tal creis, capitan
olvidadlas desde ahora.

CESAR. Me confundis y no sé
unir con vuestra bondad
vuestro rigor.

AUR. En verdad
que yo tampoco sabré
tal arcano descifraros.
Lo que sí os sabré decir
es que no puedo admitir
vuestro amor: mas sin reparos
mi amistad toda os ofrezco.
Creedme: Dios me es testigo
de que os quiero por amigo,
mas por galan no os merezco.

CESAR. Cómo!

AUR. Os lo diré mejor
y no me guardeis encono:
vuestra amistad ambiciono,
vuestra pasion me da horror.

CESAR. Me asombrais.

AUR. Es un arcano
que penetrar no podemos:
galan, jamas nos veremos,
amigo, aquí está mi mano.
(*Doña Aurora le tiende la mano.*)

CESAR. Ah! os entiendo. Compasion
os causó mi amor y ahora
burlaros os plugo Aurora
con mi pobre corazon.
Mas esta mano que estrecho
sobre él y que llevo al labio...

(*Va á besar la mano. Doña Aurora se lo impide.*)

AUR. La boca la hará un agravio:
no la levánteis del pecho.

CESAR. Ese tono...

AUR. Es harto serio.

CESAR. No os comprendo. Si es capricho
de vuestro humor...

AUR. Ya os lo he dicho
capitan: es un misterio
que yo no entiendo tampoco.

CESAR. Pues yo le penetraré.

AUR. Cómo?

CESAR. A vuestro padre haré
que me le esplique.

AUR. Estais loco.

CESAR. En eso parar espero
con vuestras contradicciones.

AUR. Pues oidme unas razones
terminantes, caballero

CESAR. Hablad.

AUR. Me habeis ponderado
vuestra acendrada pasion,
y vais en mi corazon
á saber lo que hay guardado.
Hay un amor casto, ciego,
de mi pecho en la guarida,
tan largo como mi vida,
tan ardiente como el fuego.
Amor de goces tan suaves,
tan esento de dolores,
como el olor de las flores,
como el cantar de las aves.
Este amor es un cariño
tan ageno de impureza,
como el que á tener empieza
naciendo á su madre el niño.
Hoguera es de inmenso ardor;
mas de su llama tranquila
no se estingue ni vacila
el constante resplandor.
En el duelo, en la ventura,
en la inquietud y en la calma

siempre en el fondo del alma
como una estrella fulgura:
y brilla su claridad
en su centro solitario,
cual lámpara en un santuario,
cual faro en la tempestad.

CESAR. Amais?

AUR. Amo á un noble ser
de quien ignoro hasta el nombre:
le amo todo cuanto á un hombre
puede amar una muger.
Le amo desde que le ví;
le amo con toda mi fé,
y al sepulcro bajaré
con su amor dentro de mí.
Con él sueño, con él vivo;
lo que él desea apetezco;
lo que aborrece aborrezco;
y mi corazon, cautivo
de su sola voluntad,
á ella no mas obedece:
el me dice «ama, aborrece»
y amo, y odio sin piedad.
Me dijo: «de ese mancebo
serás amiga» y yo os digo
que vos sois mi único amigo,
porque él lo quiere y yo debo
quererlo; y si él me dijera
«véndete esclava» ¡por Dios
os juro, que como vos
por mí, por él me vendiera!
Ya mi secreto sabeis.
Respetad de él comedido
lo que no hayais comprendido;
y si no os satisfaceis
con las razones que os dan,
haced cuenta en conclusion
que nací sin corazon.
Buenas noches, capitan.

CESAR. Esperad.

AUR. Ni un solo instante
el alma leal que abrigo

franca está para el amigo
y muerta para el amante.
(*Váse por la izquierda cerrando la puerta.*)

ESCENA XII.

DON CESAR.

¡Ama á un hombre cuyo nombre
no conoce! fascinada
está su alma enamorada
por él. ¿Y quién es ese hombre?
Un año hace que les sigo
y á nadie he visto jamás
llegar. ¡Un enigma más
de los que llevan consigo!
Con él sueña, con el vive:
lo que él desea apetece:
él manda y ella obedece
y sér de su sér recibe.
Oh! sí: lo espresaban bien
sus ojos, su voz, su gesto.
Si, encierra un amor funesto
su corazon. Pero ¿á quién?
¡Ama á un hombre misterioso
de quien hasta el nombre ignora!
¿Ama y no á mí? La traidora!
Sándio de mí: estoy celoso.
Celoso y tal vez acecha
la muerte aquí á ese Gabriel
de Espinosa. ¡Cielos! Si él...?
El! estúpida sospecha!
Su padre... ¿Y si no lo es?
¿Si el misterio y soledad
que guardan de liviandad
fuera un velo infame? Arbués.

ESCENA XIII.

DON CESAR, ARBUÉS.

ARB. Aquí estoy.
CESAR. Pronto, responde:

Aurora á otro hombre ama.
Quién es? dí. Cómo se llama?
A dónde está ahora? ¿A dónde
le vió? Cúando?

ARB. Capitan,
ya os previne que acercaros
á nosotros era echaros
en un abismo de afan:
y ya lo veis: un instante
nada mas que habeis hablado
con ella, os ha trastornado
corazon, juicio y semblante.

CESAR. La amo Arbues, y estoy celoso.
Dime por tu vida Arbués.
¿Sabes bien si Gabriel es
su padre?

ARB. Pues es chistoso.

CESAR. Ay! de la duda la hiél
me emponzoña el corazon.

ARB. Pues no perdais la ocasion
de consultarla con él.

CESAR. Llega?

ARB. Le siento venir.

CESAR. Cómo?

ARB. Acostumbra á silbar
recio.

CESAR. Y silbó? (*Llaman: aldabonada.*)

ARB. De llamar
acaban.

CESAR. Vé pues á abrir.
(*Váse Arbués por el fondo llevando la llave.*)
es forzoso: le hablaré;
la vida en ello le vá.
Si se obstina... mas no á fé
primero le salvaré
y Dios amanecerá.

ESCENA XIV.

DON CESAR, ARBUÉS, GABRIEL (*embozado.*)

GAB. Ola! señor capitan.

CESAR. Os aguardaba.

GAB. Qué hay pues?
CESAR. Solos.
GAB. Déjanos Arbués.

ESCENA XV.

DON CESAR, GABRIEL.

GAB. Podeis hablar.
CESAR. Tal vez van
mis palabras á causaros
estrañeza.
GAB. No lo espero.
CESAR. Muy claro con vos ser quiero.
GAB. Pues no os andeis con reparos.
Con cuanta mas claridad
hableis vos, á mi entender
os debo yo comprender
con mayor facilidad.
CESAR. Yo soy...
GAB. (*Interrumpiéndole.*) Os conozco bien:
adelante.
CESAR. En Madrigal
me acantoné de órden real...
GAB. Para guardarme; tambien
lo sé: adelante.
CESAR. Hoy en pós
de vuestros pasos...
GAB. Venís
por lo mismo: me decís
cosas que sé como vos.
CESAR. Pues bien: lo que segun creo
ignorais vos todavía
os diré.
GAB. ¡Por vida mia
capitan, que ya deseo
que algo nuevo me digais!
CESAR. Pues oid.
GAB. Estoy atento.
CESAR. La casa en este momento
está cercada y estais
preso en ella.
GAB. Ya lo sé.

CESAR. ¿Conqué sabiéndolo ya
entrásteis?
GAB. Pues claro está.
CESAR. Por voluntad?
GAB. Ya se vé.
CESAR. ¿Luego confiais...
GAB. En Dios
primero y despues en mí.
CESAR. Sabeis que os acusan?
GAB. Sí.
CESAR. ¿De un delito...
GAB. (*Interrumpiéndole.*) No, de dos.
CESAR. Sabeis cuáles?
GAB Si por cierto.
CESAR. Pues á lo que se murmura,
cualquiera de ellos...
GAB. Segura
trae mi sentencia: soy muerto.
CESAR. ¿Con ella os chanceais?
GAB. Si tal.
CESAR. Podreis probar..?
GAB. una cosa.
CESAR. Qué sois?..
GAB. (*Interrumpiéndole.*) Gabriel Espinosa
pastelero en Madrigal.
CESAR. Podrán dudarlo tal vez.
GAB. Porqué?
CESAR. Porque lo desmiente
vuestro gentil continente,
y es muy receloso el juez.
GAB. Dios me hizo así, y en mi mano
no está cambiar de figura.
CESAR. Diz que andais con mucha holgura
para ser solo un villano.
GAB. Soy rico.
CESAR. Querran papeles
que os acrediten de tal.
GAB. Resmas tengo en Madrigal
de los de envolver pasteles.
CESAR. ¿Hay algunos con pinturas?
GAB. Mil.
CESAR. ¿Son estampas de santos?

GAB. Hay de todo.
CESAR. ¿Y entre tantos
hay conocidas figuras?
GAB. ¿Echais menos, capitan,
alguna?
CESAR. No: mas ha un rato
que el juez buscaba un retrato
fiel del Rey don Sebastian.
GAB. Siento no tener ninguno.
CESAR. Pues creo que el juez pretende
deteneros, porque entiende
que llevais sobre vos uno.
GAB. ¿Qué habria en que le llevara
para que en mí se encarnicen
los golillas?
CESAR. (*Mirándole atentamente.*) Es que dicen
que le llevais en la cara.
GAB. Ni es tan deforme la mia,
ni osara yo andar por cierto
con la cara que un rey muerto
usaba cuando vivía.
CESAR. Pues la justicia cree ver
en vos semejanza tal
con él, que de vos muy mal
sospecha.
GAB. Cómo ha de ser! (*Un momento de pausa.*)
CESAR. Yo os cobré afecto: fiad
vuestro secreto de mí,
y al depositarlo aquí
le echais en la eternidad.
GAB. Mozo, si tuviera un dia
que fiar algo á algun hombre,
creedme, os juro á mi nombre
que de vos lo fiaría.
CESAR. Fiadme ese nombre pues.
GAB. Gabriel: lo acabais de oir.
CESAR. ¡Os obstinais en morir!
GAB. Ley de los que nacen es.
CESAR. No me entendeis!
GAB. Vive Dios!
ni vos me entendeis tampoco
á mí.

CESAR. Parecéisme loco.
GAB. Y á mí mentecato vos.
Porque á la verdad, mancebo,
grima me da contemplaros
asi el seso devanaros
por decirme algo de nuevo.
Tras de tanto ir y venir
¿no habeis echado de ver
que yo no quiero entender
lo que me quereis decir?
¿Os figurais que viví
entre el pueblo catorce años,
sin percibir los estraños
cuentos que corren de mí?
¿Pensais que es esta la vez
primera que en mí repara
el vulgo, y que cara á cara
me veo yo con un juez?
Venid acá, pobre niño.
¿Pensais que no conocí
que en vos germinó hácia mí
un simpático cariño?
Yo como en un libro leo
claro en vuestro corazon,
y bien de vuestra aficion
la causa escondida veo.
Sé que á mí os atrae un nudo
cuyo mágico poder
os hace ante mí poner
vuestro pecho por escudo.
Pero su atraccion oculta
resistid: porque os advierto
que ese nudo con un muerto
os estrecha y os sepulta.
Resistid: porque un ser soy
que infesto el lugar que habito,
que cuanto toco marchito
y asolo por donde voy.
CESAR. Qué me importa? el horror mismo
del misterio que hay en vos
de sí me arrebata en pos,
y ciego voy á su abismo.

GAB. Mancebo!
CESAR. Con vos iré
por do quiera que vayais.
Oidme: y cuando sepais
mi secreto...
GAB. Ya le sé.
CESAR. Qué sabeis?
GAB. Cuanto ha pasado
por vuestro pecho hasta ahora:
no ignoro nada: de Aurora
sé que estais enamorado.
Sé que por ella me hablais,
y que tras ella venis,
y que por ella vivis,
y que con ella soñais.
¿Creis qué en vuestro semblante
no he conocido al entrar
que la acabábais de hablar?
Y en vuestro mustio talante
¿creis qué no entiendo acaso
que el amor de vuestro pecho
al declararla, no ha hecho
de vuestras palabras caso?
CESAR. Caballero!
GAB. Qué demonio!
de todo estoy enterado:
hasta de que habeis pensado
pedírmela en matrimonio.
CESAR. Sí, que mi amor...
GAB. (*Interrumpiéndole.*) Sé que es grande,
profundo, honesto y leal:
pero es un amor fatal,
imposible.
CESAR. Que os demande
porqué dejad.
GAB. Lo primero,
porque si mal no me fundo
no os quiere ella: lo segundo
porque yo tampoco quiero.
CESAR. Me escarneceis!
GAB. No por Dios!
Y á qué viene el enojaros?

No quereis que hablemos claros?
Pues claro os hablo yo á vos.

CESAR. Ea pues! claros hablemos
y sepamos de una vez
á que atenernos.

GAB. Pardiez!
no alceis la voz, que podemos
á las gentes de la casa
despertar, y creer pueden
cosas que aquí no suceden,
capitan.

CESAR. Lo que aquí pasa
es que quiero penetrar
el misterio que os rodea,
y que es fuerza que así sea:
porque no he de tolerar
en calma, como un villano
que, tan sin razon los dos
desprecieis mi amistad vos
y vuestra hija mi mano.
Confieso que el alma mia
de el punto en que os llegó á ver,
por vos empezó á tener
misteriosa simpatia.
Confieso, si, que amo á Aurora
con amor tan delirante
que no hay accion que me espante
por ella: mas me devora
á par con el del amor
el fuego de un justo enojo
y no quiero á vuestro antojo
ceder sin razon mejor.
Soy noble y cuando os ofrezco
mi raza unir con la vuestra,
que me deis mas noble muestra
de lo que valeis merezco;
porque sino, con derecho
tendré por cosa segura
lo que de vos se murmura
y lo que yo me sospecho.

GAB. Y qué es lo que sospechais?

CESAR. Que sois...

GAB. Quién?
CESAR. Un impostor
y que desechais mi amor...
GAB. Porqué?
CESAR. Porque vos la amais.
GAB. Desdichado!
CESAR. Una de dos:
satisfacedme al momento,
ó sepulcro este aposento
es para mí ó para vos.
GAB. Niño, dándoles gran precio,
la mayor satisfaccion
que debo á tu proteccion
y á tu amor, es el desprecio.
Ve pues si te satisface
la de que no les admito,
por que el amor no me place,
y el favor no necesito.
CESAR. Eso á mí?
GAB. Y antes que te abra
sepulcro, entiende que puedo
abismarte con un dedo
como con una palabra.
CESAR. Decídmela.
GAB. No la esperes.
CESAR. Pues bien; quiero en mi despecho
ser ó muerto ó satisfecho.
(*Don Cesar desenvaina su espada yendo contra Gabriel. Este desenvaina la suya poniéndose en guardia, en cuyo punto aparece Aurora.*)
GAB. Sea: pues que tú lo quieres.

ESCENA XVI.

GABRIEL, D. CESAR, DOÑA AURORA, *despues* D. RODRIGO.

AUR. Teneos!
CESAR. Todo es en balde.

(*La puerta del fondo se abre de repente y sale don Rodrigo, detras del cual se ven cuatro soldados con mosquetes en la parte esterior de la puerta. Gabriel baja su espada dando un paso atras, con tal rapidez*

que el juez no pueda tener tiempo de apercibirse de que estaba en guardia.)

ROD. En nombre del Rey.

GAB. Qué es eso?

ROD. Gabriel Espinosa, preso sed.

GAB. Lo estoy, señor alcalde.

ROD. Cómo?

GAB. Ese mozo sintiendo
que aun en vela andaba yo,
por esa ventana entró
que me fugara temiendo:
hallándome en pié y armado
darme á prision me intimaba,
y mi espada le entregaba
cuando vos habeis entrado.

ROD. Vuestras armas y equipage
quedan embargados.—De él (*A don Cesar.*)
y ellas te encargo—Gabriel
Espinosa, vuestro viage
no os es dado continuar
hasta que duda no quede
de quien sois.

GAB. Su merced puede
cuando guste comenzar
sus indagaciones.

ROD. Luego:
interrogar me es preciso
testigos: mas ya os lo aviso,
preso estais.—Con él te entrego (*A don Cesar.*)
aquella muger.

GAB. Señora
se dice, Alcalde: esta dama
noble es cual vos y se llama
por buen nombre doña Aurora.

ROD. Si es dama y noble despues
lo sabremos.

GAB. ¡Quiéra Dios
que no os pese luego á vos
saberlo!

ROD. Escesiva es
vuestra arrogancia.

GAB. No tanta
como tener con vos puedo.
ROD. Nadie á mí me infunde miedo.
GAB. Pues á mí nadie me espanta.
Conque adelante.
ROD. Adelante.
Vos á ese cuarto, Señora:
y vos dad la espada ahora
al capitan.
GAB. Al instante.
Ahí la teneis: y os suplico
(*Alargando la espada, sin soltarla.*)
jóven, que si no os enoja
me la guardeis, que es la hoja
buena, y el puño muy rico.
(*Gabriel entrega su espada á D. César, quien al mirarla esclama asombrado.*)
CESAR. Jesus!
GAB. Ved con atencion
su primor.
CESAR. ¡Corona real
tiene el pomo!
GAB. Y el tazon
las armas de Portugal.
ROD. Ola! pondreis á mi alcance
como hubísteis esa espada.
GAB. Dadlo por cosa alcanzada:
la compré en Cintra de lance.
(*Acercándose y viendo la espada que tiene D. César.*)
ROD. Prenda régia!
GAB. Por San Juan!
yo lo creo: como que es
prenda de un rey portugués:
fué del rey D. Sebastian.
ROD. (*A D. César, ap.*) César, guárdale por Dios:
porque si se huye perdemos
la cabeza ambos á dos.
CESAR. Ya lo sé. (*Vase D. Rodrigo por la puerta del fondo.*)

ESCENA XVII.

GABRIEL, CESAR.

(*D. César va á acercarse á Gabriel con precipitacion: este le contiene con un gesto.*)

GAB. No hagais estremos,
que os perdeis.
CESAR. ¿Pero sois vos...
GAB. Quién?
CESAR. El.
GAB. Porfiado estás.
CESAR. Pero...
GAB. Y si fuese quizás?
CESAR. Muriera por vos, Señor.
GAB. Dormir un poco es mejor.
Dejad á Dios lo demas.
(*Váse por la izquierda dejando á D. César estupefacto.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

NOTA.

Las escenas quinta, sesta, sétima, décima y undécima de este acto segundo no hubieran podido ser terminadas por mí, sin el eficaz ausilio de mi amigo Don José María Diaz, que me ha ayudado á escribirlas, sacándome generosamente del atolladero en que me tenian metido las dificultades de su desempeño. Las variaciones, inversiones y adiciones que despues han sufrido, las han dejado tales, que ni el señor Diaz, ni yo seríamos probablemente capaces de distinguir en ellas los versos que á cada cual pertenecen; yo no debo sin embargo apropiarme la parte que no me corresponde de estas escenas; y si por ventura nuestra, el público las aplaude, el señor Diaz tiene derecho á sus aplausos, lo que se complace en decir públicamente su mejor amigo

José Zorrilla.

ACTO II.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DON CESAR *aparece sentado y meditabundo.*

CESAR. Dijo bien: no pertenece
á la tierra el ser de ese hombre.
Me fascina: me enloquece.
¡Qué en derredor de su nombre
jira el mundo me parece!
Sí: de cuanto le rodea
es el eje, el punto fijo:
todo lo demas voltea
en torno suyo. Me dijo
que iba á dormir, pero vela;
no he cesado de sentir
sus pasos, por mas cautela
que puso al ir y venir
por su aposento. Recela
que le sorprendan: previene
cauto el porvenir; y pienso
que entre su equipaje tiene

objetos que le conviene
no mostrar. Es él? ¡Inmenso
riesgo corre!.... y si no es?
Ay de mí! Siempre es de Aurora
padre, hermano... algo... A través
doy con todo: me devora
la impaciencia... Llamo pues.
(*Llama á la puerta por donde se fué Gabriel en la última escena del acto primero.*

ESCENA II.

DON CESAR, GABRIEL.

GAB. Qué me quereis?
CESAR. Advertiros
de que mi padre el Alcalde
vendrá pronto.
GAB. Será en balde.
CESAR. No lo será el preveniros
que toda la noche ha estado
declaraciones oyendo
de gentes que ha ido prendiendo.
GAB. Pues el tiempo ha malgastado.
CESAR. Vuestra situacion es grave.
GAB. Lo sé!
CESAR. Quizás un proceso.....
GAB. Vuestro padre anda ya en eso.
CESAR. Culpado saldreis?
GAB. Quién sabe?
CESAR. Mi padre es hombre tenaz.
GAB. Pues á buena parte viene!
CESAR. Es que tal vez os condene.
GAB. Cumplo la pena y en paz.
CESAR. Mas si antes que vuelva él
hacer prevencion alguna
os importa...
GAB. A mí? Ninguna.
CESAR. Señor!
GAB. Llamadme Gabriel.
CESAR. Vos lo dijísteis: secreto
nos liga un nudo á los dos

y siento á un tiempo por vos
inclinacion y respeto.
Quisiera una prueba hallar
irrecusable que daros
de mi fe para obligaros
sin recelo á confiar
en mí.

GAB. Vaya! estais chistoso
por Dios! En este aposento
queríais hace un momento
atravesarme furioso
¿y ahora mi confianza
conquistaros pretendeis
con ofertas? Ya sabeis
que la razon se me alcanza
de esa simpatía oculta
que me teneis: y á respeto
muéveos solo mi secreto,
que vuestra aprension abulta
tanto, que seguis mi viaje
vos y á atajarle se arroja
el juez, porque se os antoja
que soy un gran personaje.

CESAR. Las apariencias están
por ahora en contra vuestra.

GAB. Pues la verdad se demuestra
con la verdad, capitan.

CESAR. Pues bien: antes que un proceso
entable el juez contra vos
valiera mas vive Dios!..

GAB. ¿Qué me diera por confeso
yo mismo; que haciendo justo
del juez el empeño, diera
por supuesto yo que era
no sé quién, y por dar gusto
él al rey, y diversion
al populacho, me ahorcara
y Aurora por vos quedara?
Es esta vuestra cuestion?

CESAR. No asi abuseis imprudente
de ese misterioso influjo
que á respeto me redujo

para con vos, é insolente
mi lealtad y mi amor
ultrajeis: esta es sincera,
y mi pasion verdadera,
señor.

GAB. Dale con señor!
Vos sois noble y yo villano:
vos sois gentil caballero
y yo humilde pastelero:
decid Gabriel liso y llano.

CESAR. Me vais á desesperar.

GAB. Y vos me vais á aburrir.

CESAR. Vos obstinado en finjir!

GAB. Vos empeñado en hablar!

CESAR. ¿Pronto á todo, fascinado
que estoy por vos no mirais?

GAB. ¿Y os mando yo que tengais
de mi porvenir cuidado?

CESAR. Una palabra tan solo.

GAB. Vais á volver á lo mismo?

CESAR. De esperanza en este abismo
dadme un rayo.

GAB. Cuál?

CESAR. Sin dolo,
prometedme responder
á una pregunta.

GAB. Si puedo
responderé.

CESAR. No hayais miedo
que os pueda comprometer
la respuesta. ¿Sois de Aurora
padre?

GAB. No conoció mas
que á mí por padre jamás.

CESAR. Oh! no lo sois!

GAB. En buena hora
que no lo soy os diré;
mas de este arcano la llave
tengo solo.

CESAR. Ella no sabe..?

GAB. Nunca se lo revelé.

CESAR. Y la amais?

GAB. Mucho quizás,
mucho mas de lo que debo.
CESAR. Conque la guardais..?
GAB. Mancebo!
CESAR. Si, para vuestra.
GAB. Jamas.
Pero tened desde aquí,
y para siempre entendido
que es muger que no ha nacido
para vos ni para mí.
CESAR. Cielos!
GAB. De toda esperanza
despedios.
CESAR. ¿Ofrecida
está á Dios?
GAB. No: está elejida
para prenda de venganza.
CESAR. Vuestra?
GAB. Yo no voy en pós
de venganzas.
CESAR. ¿Es quizás
de su familia?
GAB. De mas
arriba.
CESAR. Del Rey!
GAB. De Dios.
CESAR. (Imposible atar un cabo!
su ser parece que abarca
con la altivez del monarca
la abnegacion del esclavo!)

ESCENA III.

DON CESAR, GABRIEL, UN ALGUACIL.

ALG. Su señoría el Alcalde
D. Rodrigo.
CESAR. En el momento
volved á vuestro aposento.
GAB. La entrevista será en balde.

ESCENA IV.

DON CESAR, DON RODRIGO.

ROD. Seguros ambos?
CESAR. Seguros
Señor.
ROD. Todo lo recelo
de él, que es audaz.
CESAR. Sin emb
no temais ningun estremo.
ROD. Le has hablado?
CESAR. Sí, un instante.
ROD. Y qué dice? ¿Muestra miedo
de la justicia?
CESAR. Ninguno.
ROD. Bravea, eh?
CESAR. Nada de eso,
tranquilo está: tal vez tiene
de justificarse medios.
ROD. Imposible: en contra suya
tengo datos manifiestos.
CESAR. Sabeis ya...?
ROD. Nada. Hilo á hilo
voy la madeja cogiendo.
Parece que hay en la vida
de ese hombre tantos enredos
que solo á fuerza de maña
y paciencia, deshacerlos
es posible. Mas no es
lo que me trae mas inquieto
lo intrincado del negocio,
que el laberinto estoy hecho
á recorrer de las leyes:
acósame el alma empero
una agitacion, que no
sé distinguir con acierto
si es afan ó repugnancia,
si es duda ó presentimiento.
Hay un punto de la historia
de ese hombre cuyo misterio
del tiempo de mi mayor

pesar me trae un recuerdo.

CESAR. De cuando?

ROD. Tú no lo sabes:
eras aun pequeñuelo.
Luego estas causas políticas
de Portugal me trageron
siempre desgracias. Parece
que el destino con empeño
fatal para mí, me pone
portugueses siempre en medio
de mi camino. Seis años
andube por aquel reino
en comision especial;
los rebeldes persiguiendo
y como todos conspiran
contra el rey y su gobierno;
yo soy allí detestado.

CESAR. Fuísteis quizá muy severo.

ROD. Fuí de Felipe segundo
leal servidor. Tan terco
como ellos en resistirse
fuí yo en desplomar sobre ellos
todo el rigor de las leyes,
y á fé que no me arrepiento.
Rebeldes eran: cumplí
con mi obligacion: mas tengo
todavía que volverles
cierta partida, y si puedo
quedarán tan bien pagados
como yo bien satisfecho.
Mas las horas vuelan: Cesar,
déjame aquí con el preso.
Guarda esa puerta por fuera
y si llamo acude presto.

ESCENA V.

DON RODRIGO DE SANTILLANA.

Las diligencias primeras
terminaron, y el proceso
está entablado. ¡Malditos

Portugueses...! qué de enredos!
Diez y seis y gente toda
de probidad, de respeto
y hasta de ciencia, declaran
que en el fondo de su pecho
existe la conviccion
de que el trágico suceso
es falso y que están seguros
de que en Africa no ha muerto.
Unos en Cintra le han visto
y en Cintra fué donde él mesmo
dijo que compró su espada.
Otros cruzando le vieron
el tajo una tarde: el fraile
dice que en su monasterio
le rezó él mismo una misa
antes del Alba y á esto
para obligarle del Papa
le mostró bula, y que cierto
está de que él era: y todos
afirman con juramento
que fueron á Madrigal
y que le reconocieron.
Ahora bien: señor Alcalde,
pise su merced con tiento,
que es la tierra escurridiza.
O es él, ó no: en los decretos
de Dios todo cabe y todo
cabe en los humanos yerros.
Si en verdad es él, Alcalde,
no será en verdad muy cuerdo,
ahorcarle sin darle al Rey
de todo aviso primero.
Si es un impostor... tambien
le avisaré y á lo menos
si se yerra, entre los dos
el error compartiremos.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, GABRIEL.

ROD. Hidalgo!
GAB. Mas alto piso.
ROD. Caballero?
GAB. Todavía
mas alto.
ROD. Su Señoría
me escuse si no le aplico
su título verdadero:
mas hablemos un instante
y de hoy para en adelante
no erraré en él: porque espero
que aquí y á solas los dos
me direis la gerarquía
que ocupais.
GAB. Su Señoría
espera bien: pues por Dios
que sabiendo yo quien es
debo de hablar sin reparo.
ROD. Eso quiero, que hableis claro.
GAB. Ya vereis.
ROD. Decidme pues
Señor Gabriel. (*D. Rodrigo va á sentarse á la mesa.*)
GAB. Un momento,
Señor D. Rodrigo.
ROD. Qué?
GAB. Vais á sentaros?
ROD. Si á fé. (*Se sienta.*)
(*Gabriel trae con mucha calma una silla y la coloca frente á la mesa de D. Rodrigo.*)
Qué haceis?
GAB. Lo mismo: me siento.
ROD. Yo soy Alcalde de corte.
GAB. Si: mas no sabeis quien soy
yo, y si mal ó bien estoy
sentado ante vos.
ROD. ¿Del porte
audaz de que usais conmigo
buenas razones supongo

que me dareis?

GAB. Me propongo
hacerlo así,

ROD. Pues prosigo.

GAB. Seguid.

ROD. La duda primera
que al escucharos me asalta
es la de que nombre os falta
digno de vuestra alta esfera.

GAB. Lo tengo.

ROD. Pues no lo sé.

GAB. Gabriel Espinosa.

ROD. Un tal,
pastelero en Madrigal?

GAB. Sí.

ROD. Pues poneos en pie.
Señor pastelero. (*Gabriel se levanta.*) Así:
ante el juez solo se sienta
quien altos títulos cuenta.

GAB. Como me sucede á mí. (*Se vuelve á sentar.*)

ROD. (*Ap.*) Ir le tengo de dejar
por donde quiera, y á ver.

GAB. (*Ap.*) Pienso que mi proceder
le empieza á desconcertar.

ROD. ¿Pues cómo oficio tan bajo
siendo tan alto elegis?

GAB. Por vivir, cual vos vivis
de la ley, de mi trabajo.

ROD. Mas mi toga y aranceles
no deshonran.

GAB. No á fé mia:
pero yo hacer no sabia
otra cosa que pasteles.

ROD. (No es lerdo el señor Gabriel.)

GAB. (Astuto es el don Rodrigo.)

ROD. (Por aquí nada consigo
pero yo daré con él
en tierra al fin.) Caballero!

GAB. Mandad.

ROD. Una relacion
que os llamará la atencion
contaros quisiera.

GAB. Espero
que será por lo galana
lo discreta y lo curiosa,
la invencion mas injeniosa
del señor de Santillana.

ROD. Pues oid. Buen capitan
mas que rey, de fe tesoro,
allá en las playas del Moro,
murió el rey don Sebastian.
¿Supongo que de una historia
tan pública oísteis algo?

GAB. Si viérais que poco valgo
en esto de la memoria.

ROD. En vuestro horno no me estraña
que esteis de noticias falto.

GAB. Se que á su muerte de un salto
pasó Portugal á España.

ROD. Justo: mas hoy los noveles
vasallos, por sacudir
sus leyes dan en decir
á los pueblos á ellas fieles,
que ha sido una usurpacion,
y pregonan de concierto
del Rey en Africa muerto
la fausta resurreccion.

GAB. Oiga! no está mal pensado.

ROD. No, mas la dificultad
era el dar en realidad
con el rey resucitado.
Buscósele con esmero,
y hallóse por toda cosa
un tal Gabriel Espinosa
en Madrigal pastelero.

GAB. Vamos, ya caigo: el error,
de esta semejanza mia
hizo á vuestra señoría
creer que soy.

ROD. (*Interrumpiéndole.*) Un impostor.

GAB. Quién lo dice?

ROD. Yo lo digo,
y el rey Felipe y el mundo
entero.

GAB. Pues miente el mundo
y el rey y vos don Rodrigo.
ROD. Inútil es vuestra audacia:
testigos tengo allá fuera
que os acusan por do quiera
por impostor.
GAB. Vaya en gracia!
mas permitid que os arguya:
para llamarme impostor,
esa impostura, Señor,
ha de ser mia y no suya.
¿Y donde hay hombre capaz
de jurar que he dicho yo
que era el rey?
ROD. Vos mismo no.
GAB. Entonces dejadme en paz.
Si yo me parezco á un rey
y el vulgo por rey me tiene
citar al vulgo os conviene
pero no á mí ante la ley.
ROD. Espinosa!
GAB. Don Rodrigo.
Aunque en leyes sois muy ducho
os falta que aprender mucho
para habéroslas conmigo.
¿Cree buen juez vuestra altiveza
que á ser yo el que habeis pensado
estarias vos sentado
(*Don Rodrigo se levanta y se descubre conforme va hablando Gabriel.*)
y cubierta la cabeza?
Rodrigo de Santillana,
á ser yo el que habeis creido
hubiérais vos ya salido
vive Dios! por la ventana.
ROD. (Por quién soy que me ha turbado.)
¿Si contarán con razon
lo de la resureccion?
GAB. (Pobre juez!)
ROD. (No habría osado
palabras tan arrogantes
decir.)

Señor... Si en mal hora...

GAB. Ni tan bajo como ahora
ni tan alto como antes.

ROD. (Tanta magestad me asombra.)
Gabriel, quien quier que seais
manda en mí el rey que digais
quien sois en fin.

GAB. Una sombra.
y por que acabemos, voy,
y afanes para escusaros,
Señor Santillana, á daros
cuenta exacta de quien soy.
Nací donde quiso Dios:
Si de noble raza bien
se demuestra en mí: de quien
me importa callar, y á vos
saber de mí no os importa;
prestadme, empero, atencion
pues va á ser mi relacion
cuanto complicada corta.
A penas cumplí la edad
que se llama juventud,
con loca solicitud,
con ciega temeridad,
abandoné mis hogares
y en mas remoto emisferio
dueño del mayor imperio
pirata fuí de los mares.
En ellos, profundo osario
de cien bajeles, guerrero
alcé mi estandarte fiero
de Asia y Europa corsario
y amontoné mas tesoros
que guarda el mar en su centro
y arenas quemadas dentro
de sus desiertos los moros.
Ebrio con tanta riqueza
dejé mi gente y la mar
queriendo en tierra ostentar
mi valor y mi grandeza,
y con el nombre supuesto
de marqués de Mira-Alba

al lado del duque de Alba
gané en sus glorias un puesto
y en la cabeza esta herida; (*La muestra.*)
bien es que al que me la abrió
con mi espada le abrí yo
las puertas de la otra vida.

ROD. No os daría poca pena
despues.

GAB. Fué un fatal desliz..!

ROD. No es mala la cicatriz. (*Mirándole á la frente.*)

GAB. La cuchillada fué buena.
No me tendió sin embargo:
el furor me mantenia
y combatí todavía
hasta caer, tiempo largo.
Mas arto al fin del oficio
de lidiar en tierra firme
licencia para salirme
por entonces del servicio
al duque de Alba pedí:
diómela el Duque cortés
y vedla. (*Le da un papel.*)

ROD. Su firma es:
para el marqués...

GAB. Para mí.
Dí, pues, vuelta hácia la corte
sirviéndome mucho en ella,
primero mi buena estrella,
despues mi lujoso porte.
Por ese tiempo, de vos
nadie hablaba todavía
y á mí el rey me recibía
con grande amistad.

ROD. (¡Gran Dios
entonces fué cuando vino
el monarca portugués
á Castilla! Será pues
este hombre) ¿quién previno
mas festejos á Usarced?

GAB. No hay porque ocultarlo al fin:
el conde de Medellin
con tantos me hizo merced

que corresponder no supe,
como era mi obligacion.

ROD. ¿Y os tuvo tal atencion
en Madrid?

GAB. No: en Guadalupe.

ROD. En ese pueblo?

GAB. Si tal.

ROD. No recuerdo de que allí...

GAB. Al rey de España en él ví
junto al rey de Portugal.
Despues... abrid Santillana
un paréntesis aquí,
y poned en él de mí
cuanto mal os diere gana.
Básteos saber don Rodrigo,
que perdí mi oro y mi gloria
sin que una buena memoria
me quedara, ni un amigo.
Por tierra estranjera anduve
errante como un bandido,
y el pan que en ella comido
que mendigármelo tuve.
¿Mas el desengaño al fin
que ánimo feroz no doma?
Llegué arrepentido á Roma
remando en un bergantin.
Visité á su Santidad:
confesion le hice de todo
y el Santo Padre halló modo
de absolverme en su piedad;
dándome por penitencia
de los pecados sin cuento
que abrasan mi pensamiento,
y me abruman la conciencia
que emprendiera el viaje entero
del Santo Sepulcro á pié.

ROD. Y lo hicísteis?

GAB. Por la fé
lo juro de caballero.
Y aun fué mas: su Santidad
me ordenó que renunciara
mi gerarquía y que echara

mi nombre en la eternidad.
He aquí porque no os lo digo.
Penitente le arrojé
dentro de ella y le olvidé
para siempre, don Rodrigo.

ROD. Interesante proemio!
y á ser tan cierto...

GAB. Lo es tanto
que tengo del Padre Santo
por testimonio y por premio
esta bula. Me conviene
que la leais. (*Le dá otro papel.*)

ROD. Os la tomo.
No está vuestro nombre.

GAB. Y cómo?
Si á quién se dió no le tiene?

ROD. Proseguid.

GAB. Mi protector
el Papa en sus santos juicios
utilizar mis servicios
imajinó y fiador
constituyéndose mio,
me envió á un poderoso Estado
que al verme tan bien fiado
fió un bajel á mi brio.
Venecia fué nuevamente
del corsario protectora:
ved de tan noble señora
D. Rodrigo la patente. (*Le dá otro papel.*)
Volví al mar: del Africano
las costas guardando anduve
y en un combate que tuve
los dos dedos de esta mano
perdí: mas, su nave hundida,
cogí á mi enemigo preso.
La mano llevo por eso
siempre en el guante metida.
El rumbo á Venecia dí
contento, cuando topé
con un barco de no sé
que Argelino: resolví
abordarle y por despojo

de esta sangrienta jornada
rescaté una desgraciada
niña, á quien con noble arrojo
defendía un pobre anciano,
y á quien segun esperaba,
iba á vender por esclava
el Argelino inhumano.

ROD. Y esa niña es doña Aurora?

GAB. Que pasa por hija mia.

ROD. Familia, pues, no tenía?

GAB Y tiene.

ROD. ¿Porqué hasta ahora
no se la habeis vos devuelto?

GAB. Necesito presentar
documentos que probar
puedan que es ella, y resuelto
estoy conmigo á guardarla
mientras tanto.

ROD. ¿Y donde están
los documentos?

GAB. Vendrán
muy pronto: porque entregarla
mucho á su padre me importa.

ROD. Pensais que él os dé.

GAB. Al contrario:
las riquezas del corsario
son para ella.

ROD. Porcion corta
no será.

GAB. No habrá á fé mia!
quien competirla pretenda:
millones tiene en hacienda:
millones en pedrería.

ROD. Donde?

GAB. En Venecia.

ROD. ¿Estarán
en el poder....?

GAB. Del Estado:
es ahijada del Senado
Serenísimo y tendrán
que devolvérsela salva
sus parientes á Venecia,

rica y libre cual la precia
el Marqués de Marialba.
Ya nuestra historia sabeis:
á que vine á Madrigal
y á que voy á Portugal
indagadlo si podeis.
Ni sabreis de mí otra cosa,
ni nadie mas de mi sabe,
solo Dios tiene la llave
del corazon de Espinosa;
y si mas de lo que digo
saber importa á la ley
llevadme á Madrid, el Rey
me conoce, D. Rodrigo.

ROD. (Su altivez en confusion
me pone y su magestad
me asombra. ¿Será verdad
lo de la resurreccion?
Si miente lo hace con tal
aplomo y con tanta fé,
que á poco mas le daré
por el rey de Portugal.
Mas no ha de quedar por mí:
yo he de apurar este arcano:
no dirán que de un villano
impostor juguete fuí.)
(*Llama D. Rodrigo y habla en secreto con un alguacil que se vuelve á marchar.*)

GAB. (¿Secretos con el ministro
de justicia? Estoy al cabo:
tenemos careo: alabo
por sorprendente el registro.)

ESCENA VII.

DON RODRIGO, GABRIEL, *el* MARQUES DE TAVIRA.

(*Gabriel se aparta á un lado y sentándose se mantiene en toda esta escena dando la espalda al Marqués.*)

ROD. Señor Marqués, perdonad
si cumpliendo obligaciones

de juez...

MARQ. Vuestras atenciones
os agradezco en verdad:
pero advertid que mañana
quiero dejar á Castilla,
y que el meson de una villa
no es el lugar Santillana
que me conviene: os prevengo
que hombre soy muy principal
y de todo Portugal
la sangre mas limpia tengo.

GAB. (*Ap.*) Si mi mente no delira
por Dios, que está en mi presencia
la hinchada magnificencia
del buen Marqués de Tavira.

ROD. No os he de faltar en nada:
mas quiero que me digais
sin doblez cuanto sepais
de aquella fatal jornada
de Africa; corre el rumor
por ahí de que no es cierto
que D. Sebastian ha muerto;
y aun hay algun impostor
que usurpa su augusto nombre.

GAB. (*Mirándole.*) Y el gesto y el ademan:
¡Pobre rey D. Sebastian
si en manos cae de este hombre!)

ROD. Conque decid: ¿es verdad
que en Africa el rey murió?
que hallá estuvísteis se yó
con toda seguridad.
Hablad: Marqués de Tavira
vuestra nobleza es notoria:
no echeis en su ejecutoria
el borron de una mentira.

MARQ. Inesperto capitan
de mi edad en el vigor
esclavo fué mi valor
de mi rey D. Sebastian.
Juntos un mismo bajel
á tierras del Africano
nos llevó: como un hermano

al combate fui con él.
Un mar de sangre corrió:
pero al partirse la suerte
solo el baldon y la muerte
á nosotros nos tocó.

GAB. (No sé porque la memoria
de ese lance me estremece
y me irrita: no parece
sino que cuentan mi historia.)

MARQ. El rey que escudo y celada
tiró para mas grandeza
de valor, en la cabeza
recibió una cuchillada
tal, que la frente serena
le rajó hasta la nariz.

ROD. (*A Gabriel.*) No es mala esa cicatriz!

GAB. La cuchillada fue buena.
Segun. (*Al Marqués.*)

MARQ. El rey nuevo Marte
de tan sangrienta jornada
continuó rota la espada
defendiendo su estandarte,
hasta que el filo fatal
de un yatagan Africano
segó de su izquierda mano
dos dedos.

ROD. (*A Gabriel.*) Si no oí mal
me habeis dicho.

GAB. (*Con calma y sin volverse.*) Que perdí
dos dedos en un combate
naval.

ROD. Marqués, el remate
de la batalla.

MARQ. Caí
bajo un hachazo á los pies
de mi rey... y no vi mas;
perdí el sentido.

ROD. Quizás
al recobrarle despues.....

MARQ. Ya no le hallé: con la luna
tomé del mar el camino
mal tratado peregrino,

caballero sin fortuna,
llevando en el corazon
el recuerdo de una hazaña
que será, no para España,
para su rey un baldon.

ROD. Señor Marqués de Tavira!
esa frase infamatoria.

MARQ. No tendrá mi ejecutoria
el borron de una mentira.

ROD. Conque en fin, el rey murió?

MARQ. No lo sé: por vida mia!
si lo supiera os diría,
señor Alcalde, que no.

ROD. (*Al Marqués llevándole aparte.*)
Buena memoria teneis?

MARQ. Buena.

ROD. Y vista?

MARQ. Perspicaz.

ROD. Si vive y le veis ¿capaz
de conocerle sereis?

MARQ. Si vive habeis dicho!

ROD. Sí.

MARQ. Teneis pues, noticias de él?

ROD. ¿Recibísteis un papel
anónimo?

MARQ. Recibí
uno ayer.

ROD. Y qué os decia?

MARQ. Las señas de un personaje
me daban que iba de viaje
y aquí á hospedarse vendría:
mandábanme á un comerciante
que me daria dinero
para pagar del viajero
el gasto, y que en el instante
fuera á cobrarlo y corriera
con el pago y tras el tal
viajero hácia Portugal
la vuelta sin falta diera.

ROD. Y cobrásteis?

MARQ. Si cobré.

ROD. Y pagásteis?

MARQ. ¿Pues cobrado
por mí, no fuera pagado?
ROD. Perdonad, é ireis?
MARQ. Iré.
ROD. ¿Luego sabeis de quien es
el anónimo?
MARQ. Aunque no
lo sé, jamas me engañó
en uno.
ROD. ¿Os ha escrito pues
otros?
MARQ. Varios.
ROD. Sobre asuntos...
MARQ. Secretos.
ROD. Mas, ciertos?
MARQ. Sí.
Siempre que salieron ví
ciertos en todos sus puntos.
GAB. (*Ap.*) ¡Con famosos servidores
cuenta el rey don Sebastian!
Pobres reyes! siempre dan
con tontos ó con traidores!)
MARQ. Si he concluido, no es cosa
de estarme aquí sin provecho.
ROD. Perdonadme que aun insista:
mas ya que memoria y vista
teneis, de ese hombre en acecho
estad, y del rey en nombre
os mando decir, Marqués,
si le conoceis, quién es.
GAB. (*Ap.*) Santillana es todo un hombre.
MARQ. (*Ap.*) Qué diablos de juego es este!
Posicion mas engorrosa!
ROD. (*A Gabriel.*) Señor Gabriel Espinosa,
permitid que os manifieste
que habeis descortés andado
con el Marqués de Tavira
que está mirándoos con ira.
GAB. Se lo habeis vos ordenado?
ROD. Ved que son los portugueses
quisquillosos: despedidle
al menos: vamos: decidle

cuatro palabras corteses.

GAB. Voy, pues que vos lo quereis.

ROD. (Yo apuraré la mentira.)

GAB. Señor Marqués de Tavira?

MARQ. Jesucristo!

GAB. Qué teneis!

MARQ. Señor... sois vos... aun vivis!

GAB. Si vivo! pues no lo veis?
pero que diablos decís!

MARQ. Ese gesto, ese ademan,
esa voz, ese semblante
que no olvidé ni un instante!
Es el rey don Sebastian. (*Cae de rodillas.*)

GAB. Imbécil! á ser de cierto
don Sebastian ¿no reparas
que antes que me delataras
á mis pies te hubiera muerto!

MARQ. Jesus!

GAB. ¿Señor Santillana,
que sé, dareis por supuesto,
que sois vos quien me ha dispuesto
una farsa tan villana?

ROD. Yo! farsa..! y conqué interes?

GAB. Salta á los ojos: es fuerza
que ya la opinion se tuerza
del buen pueblo portugués.
Interesa á un impostor
ahorcar porque mas en él
no espere y soy yo, Gabriel,
el que os parece mejor.
Ya veis que os he comprendido.
Vos y ese hombre los traidores
sois aquí y los impostores:
con él estais convenido.

ROD. Yo!

GAB. Traedme otro Marqués
como ese: aunque sean doce.
Ni ese sándio me conoce,
ni es noble, ni portugués.
(*Gabriel se mete desenfadadamente en su cuarto, dejando estupefactos al Marqués y á don Rodrigo.*)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO, EL MARQUÉS DE TAVIRA.

ROD. Ese hombre me va á volver
el juicio á mí. ¡Por mi vida
que está buena la salida!
no me queda mas que ver.
Mas me pone en confusion
su aplomo, su magestad
y su audacia... ¿habrá verdad
en esta resureccion?
MARQ. Sándio dijo... sándio soy,
mas contenerme no pude.
ROD. Es él?
MARQ. No habrá quien lo dude.
ROD. Estais seguro?
MARQ. Lo estoy.
ROD. ¿Engañado no os habrán
vuestro error y su apariencia?
MARQ. No.
ROD. Jurárais en conciencia..?
MARQ. Que es el rey don Sebastian.
ROD. (*Llamando.*) El capitan Santillana.

ESCENA IX.

DON RODRIGO, EL MARQUÉS, DON CESAR.

ROD. Ruégoos que me perdoneis,
señor Marqués: mas me obliga
mi deber á hacer que el viaje
suspendais.
MARQ. (Ya no podría
continuarle: ya le he visto
y á verle nada mas iba.)
ROD. Escucha Cesar. (*A don Cesar, aparte.*)
CESAR. Decid.
ROD. Antes de que apunte el dia
deben de partir los presos.
CESAR. A dónde van?
ROD. A Medina.

del Campo.

CESAR. ¿Pues qué razones hay?

ROD. Dos: aquí la atrevida audacia de algunos pocos que mucho á Gabriel estiman pudiera hacer un arresto y burlar á la justicia.

CESAR. Sabeis pues...?

ROD. Yo no se nada. La situacion se complica de tal modo que no hay ciencia ni sagacidad que sirvan para dominarla. Doña Ana de Austria sobrina del rey y Abadesa ahora de las monjas Agustinas de Madrigal y otras muchas personas como ella dignas de respeto, es menester que declaren. En la villa de Madrigal peligroso fuera instalarme: en Medina hay cárcel segura, estoy casi á la distancia misma de aquí que de Madrigal, y hay algunas compañías de arcabuceros.

CESAR. ¿Pues tantas precauciones son precisas?

ROD. Todas son pocas tratándose de una cabeza proscrita, que puede hacer la desgracia de toda una monarquía. Tú le escoltarás, y luego partirás á toda prisa á la corte, para el rey con una consulta mia. Voy á mandar las literas traer, y estar prevenida la escolta que has de llevar. Cesar, la mas esquisita

vigilancia tén: con ellos
vas guardando nuestras vidas.
Adios. Seguidme si os place
señor Marqués de Tavira.

ESCENA X.

DON CESAR, *despues* DOÑA AURORA.

D. Cesar aguarda á que se vayan D. Rodrigo y el Marqués: escucha un momento á la puerta del fondo y va abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de doña Aurora, llamándola con precaucion.

CESAR. Aurora... Aurora... cerráronla
en la cámara vecina
sin duda porque no oyera
lo que en esta sucedia.
(*Entra y vuelve á salir con doña Aurora.*)
Venid Aurora.

AUR. ¿Qué pasa
capitan, que así os obliga
á llamarme?
(*Don César cierra la puerta del fondo.*)
¿A qué cerrais
las puertas con tanta prisa?

CESAR. Aurora, Aurora! esta casa
es ya una cárcel sombría
para vosotros.

AUR. Dios mio!
qué decís?

CESAR. De la justicia
en poder estais. Gabriel
con pertinacia inaudita
se obstina en callar, é inútil
todo es con él. Ni le obligan
las ofertas: ni le mueven
los ruegos: ni le dominan
las amenazas. Impávido
hácia el abismo camina
con el semblante sereno
y en los labios la sonrisa,
cual si pudiera de un soplo

disipar la enfurecida
tempestad en que sin rumbo
va la nave de su vida.

AUR. Capitan, es inflexible:
sus acciones son siempre hijas
de una decision resuelta
y de una conviccion íntima
y no cede.

CESAR. Pues os lleva
esa condicion altiva
hoy antes que raye el alba
á la cárcel de Medina
bajo mi custodia.

AUR. Entonces..?

CESAR. Ya os he dicho que no había
ley ni deber que valiera
para mi lo que una mínima
insinuacion vuestra: Habladle
vos que sois su amor,—su hija:
habladle y decidle: «huyamos:
D. César nos facilita
la fuga, huyamos....» y huid
Aurora: y ya que mi vida
por un tenebroso arcano
que vuestro padre no esplica
está ¡ay de mi! para siempre
de la vuestra dividida,
huid, y al menos debédmela
aunque pierda yo la mia.
Huid: nada hay que me espante:
seré traidor, si es precisa
la traicion para salvaros.

AUR. Dios hará que tal mancilla
sobre vuestro honor no caiga
(*Mira por el hueco de la cerradura del cuarto de Gabriel.*)
él va á salir... ¡que me asista
rogad al cielo...! y dejadme
con él. (*Vase D. César cerrando la puerta.*)
Trae embebecida
su alma en los pensamientos
de hiel que le martirizan.

(*Sale Gabriel, sombrío, los brazos cruzados, sin ver á Aurora que se ha retirado á un lado, y habla consigo mismo.*)

ESCENA XI.

DOÑA AURORA, GABRIEL.

GAB. A él solo, sí, desenredar le toca
la peligrosa red que se me tiende:
solo el rey puede descoser mi boca;
él solo: si me salva ó si me vende,
él con Dios se verá: no es cuenta mia.
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea
la que el cielo me dé; mas vendrá un dia
en que todo mortal con Dios se vea,
y en aquel dia en que de Dios espero
temblar ante el semblante soberano,
yo, de cetro en lugar, tener prefiero
una palma de mártir en la mano.

AUR. Ni una mirada para mí?

GAB. Mi Aurora,
único sol, que en mi sombría frente
disipa con la luz de una sonrisa
las nubes del pesar que la ennegrecen,
perdóname si en reflexiones tristes
abismado ante tí pasé sin verte.
Mas, porqué el llanto tu mirada enturbia?
porqué la agitacion que te conmuebe?
Qué te asusta, mi bien?

AUR. Riesgos traidores,
te acechan por do quier, tal vez la muerte
¿y te admira, señor, de que mi llanto
copioso y triste mis mejillas riegue?

GAB. Te engañas.

AUR. Tú: la misteriosa nube
que impenetrable tu existencia envuelve
es fuerza que hoy ante la ley se rasgue
de un juez, terror de cuantos nobles seres
asilo hallaron nacimiento ó nombre
de Tajo y Miño en las riberas fértiles.

GAB. Quién te lo ha dicho?

AUR. Yo lo sé.
GAB. Pregunto
quién te lo ha dicho.
AUR. El capitan que tiene
mas de leal, de noble y generoso
que tú de franco con quien mas te quiere.
GAB. Aurora!
AUR. No receles que mis labios
dejen salir palabras imprudentes,
que á impulso de un amor desatinado
compliquen mas la situacion presente.
GAB. ¿De don César, al fin, de Santillana
al fuego dió tu corazon albergue?
AUR. Mi corazon entero es de otro hombre
y me son los demas indiferentes:
ni te hablara yo de él en esta hora
que habrá de ser para los dos solemne.
Yo quiero al capitan porque tú mismo
me viniste á decir, «Aurora quiérele»
mas yo le quiero porque tú lo mandas
porque quiero no mas lo que tú quieres.
GAB. Quiérele Aurora porque ya es acaso
el solo amigo que tu padre tiene.
AUR. Mi padre, sí: mi cariñoso padre...!
¿no es este el nombre que emplear conviene
en esta situacion?
GAB. Silencio Aurora:
que es el encanto de mi vida advierte
ese nombre feliz.
AUR. Pero ese nombre,
dímelo de una vez ¿te pertenece?
GAB. Quién te lo hizo dudar? Quién te lo dijo?
AUR. La que á tu lado y con placer mil veces
y acaso en busca de la paz perdida
veló tu sueño y sorprendió inocente
tu secreto.
GAB. Gran Dios! ¿y nada dige
de mi vida anterior? ¿de otros placeres,
de otros tiempos en fin?
AUR. Nada digiste,
nada Señor: mas aunque dicho hubieres
en el pecho de Aurora lo enterraras

que en tí á sufrir como á callar aprende.

GAB. (Miserable de mí! porque el misterio
que intentan aclarar oculto quede
siempre en mi corazon; ¿será preciso
que yo mismo la lengua me cercene?)
(*Gabriel escucha desde aquí como distraído en sombrías reflexiones.*)

AUR. Padre.

GAB. Esplícate Aurora.

AUR. Oye: al impulso
de una curiosidad impertinente,
ó de otro sentimiento inesplicable
que en mí se agita y que en mi alma enciende
la misteriosa luz de una esperanza
lejana, incierta, misteriosa, débil,
cedí Señor, y en la callada noche
mi lecho abandoné... porque á mi mente
mil visiones de amor se amontonaron
en confuso tropel, puras y alegres
como las olas que la mar en calma
sobre sus lomos incansable mece:
como las aves que en el árbol saltan
trinando al son de la escondida fuente.

GAB. Prosigue Aurora.

AUR. Abandoné mi lecho,
y al tuyo me acerqué, como quien teme
ser sorprendido en criminal intento
por un estraño que á su lado duerme.
Tu faz un punto contemplé y mi labio
un ósculo filial puso en tu frente.
Me oyes Gabriel?

GAB. Prosigue, Aurora mia,
tu voz la voz de un ángel me parece.

AUR. Al contacto sutíl del labio mio
sonreiste, señor: y tu voz débil
oí que el nombre mio murmuraba
entre esos ayes con que el mal divierte
de una pasion, el que vivió en el mundo
secretos hondos ocultando siempre;
y entonces supe por la lengua misma
que hablar en sueños indiscreta suele,
que si es la tuya misterioso arcano

espesa sombra mi existencia envuelve.

GAB. Y entonces?

AUR. Me aparté ruborizada
de quien mi padre no es: sentí mas fuerte
latir mi corazon: sentí otra sangre
circular por mis venas mas ardiente:
sentí en presencia del mayor cariño
mi cariño filial desvanecerse,
y al apartarme de tu lecho trémula
un ósculo de amor grabé en tu frente.

GAB. No lo digas jamas, Aurora mia.
Jamas á nadie tu pasion reveles:
quema los labios que en mi frente seca
pusiste: quema el corazon rebelde
que, el cariño filial de sí arrojando,
dió á mi cariño en su lugar albergue.

AUR. Es ya tarde, Gabriel: mi amor es hijo
de tu callado amor.

GAB. Tú lo mereces:
tú eres la sola flor que brotar hizo
en mi camino Dios... Dios que al ponerme
sobre la tierra me alfombró de espinas
la senda que mis pies recorrer deben;
pero yo no merezco tu amor santo:
yo soy un árbol cuyo tronco estéril
despojado de vida por el rayo
ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.

AUR. No, no: tú eres un árbol cuya sombra
cobijó mi niñez: cuyo ámbar bebe
mi pobre corazon de quien tú solo
sombra, delicia y alimento eres.
Dios me entregó á tus brazos en mi infancia,
porque Dios quiso que en tu pecho ardiente
brotase, para encanto de tu vida,
de esta pasion correspondida el gérmen.

GAB. Tienes razon Aurora, reconozco
en tu amor la piedad omnipotente.
Tienes razon Aurora, Dios del Cielo
te envia... un ángel de los cielos eres.

AUR. Escúchame Gabriel.

GAB. Habla.

AUR. En el nombre

de esa pasion que en nuestras almas hierve
desaparezcan hoy esos misterios
que nuestras dos historias oscurecen.

GAB. Imposible.

AUR. No temas que me espante
Gabriel ni me arrepienta, conociéndote,
de haberte amado nunca.

GAB. Es imposible.

AUR. Habla. Dime quien soy: dime quien eres.
Si eres villano y en tus venas viles
la sangre impura y maldecida tienes
de raza hebrea ó de morisca tribu,
yo te amaré Gabriel: si reales puedes
ostentar de tu estirpe en el escudo
coronados y espléndidos cuarteles,
yo te amaré Gabriel: si eres acaso
criminal fugitivo y por mí temes
de un patíbulo infame la deshonra,
yo te amaré, Gabriel: llama si quieres
á un sacerdote y que con lazo eterno
anude nuestras almas; y no pienses
que el deshonor de criminal memoria
me espante: te amo con amor tan fuerte
que oraré mientras viva en tu sepulcro
orgullosa del nombre que me dejes.

GAB. Calla, Aurora, deliras!

AUR. Un momento
Gabriel, óyeme aun, no te impacientes.
Si eres un impostor, un ambicioso
cojido al fin entre sus propias redes,
huyamos: tienes ocasion y tiempo:
sí, nuestra fuga el capitan protege,
huyamos, nuestro amor y nuestra infamia
arrastrando á remoto continente.

GAB. Aurora!

AUR. Hoy á la cárcel de Medina
rayando el alba trasladarnos deben,
y el capitan que en nuestra guarda parte...

GAB. Silencio Aurora, ¿Deshonrarle quieres
para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo
cuando en su guarda el infeliz me lleve
morirá en mi lugar y que al fugarme

me doy por criminal siendo inocente?
Yo no huiré jamas: ni se, ni quiero,
ni nací para huir: ya muchas veces
la he visto cara á cara, y en el pecho,
no por la espalda me herirá la muerte.

AUR. Hiéranos á los dos un mismo golpe.

GAB. Tú no debes morir: aun que hacer tienes
sobre la tierra.

AUR. Qué sin tí?

GAB. Llorarme.

AUR. Me lo mandas?

GAB. Yo no: Dios: obedece.
Dios me pone en los labios un candado,
no le intentes romper. Pura, inocente,
noble eres tú: si á deshonrada tumba
mi silencio me lleva, Dios lo quiere.
Inclina Aurora la cabeza humilde
bajo la voluntad omnipotente,
y ora en mi tumba sin vergüenza Aurora:
mártir me quiere Dios y obedecerle
es fuerza: vive: y si te dice el mundo
que he sido un impostor, el mundo miente.
Yo no he dicho jamas que era el que buscan
y á morir me enviarán sín conocerme.
Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora
mientras los hombres libertad te dejen;
y si te culpan como á mí, en silencio
digna siempre de mí como yo muere.

AUR. Tú me lo mandas? Obedezco: sea,
Gabriel: digna de tí quiero ser siempre.

ESCENA XII.

DOÑA AURORA, GABRIEL, DON CESAR, *despues* DON RODRIGO.

CESAR. Don Rodrigo sube.

GAB. (*A don Cesar.*) Oid
antes. Si en algo apreciais
á Aurora, ved como enviais
ese papel á Madrid.
(*Gabriel da una carta á don Cesar que la toma rápidamente.*)

CESAR. Sabeis que mi fe la aprecia

en mas que mi mismo honor.
Yo le llevaré.

GAB. Al señor
embajador de Venecia.

ESCENA XIII.

Dichos, un ALGUACIL, *despues* DON RODRIGO.

ALG. (*Entrando.*) Su señoría.
GAB. Aguardamos
sus órdenes.
ROD. (*Entrando.*) Os espera
allá abajo una litera,
señor Gabriel.
(*Gabriel tomando de la mano á doña Aurora y dirigiéndose á la puerta, dice:*)
GAB. Pues partamos.
ROD. ¿Ni inquirís á donde vais
ni tomais vuestro equipaje?
GAB. Vos que disponeis mi viaje,
sabreis como me llevais.
Conmigo.
ROD. Pues ya tardamos.
Vuestros cofres van con sellos.
GAB. Haced lo que os plazca de ellos.
ROD. Pues cuando gusteis.
GAB. Pues vamos.
(*Vánse: delante Gabriel con doña Aurora, luego don Rodrigo y don Cesar.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Sala de juicio en la cárcel de Madrigal, decoracion ochavada; puerta en el fondo, balcon á la derecha, al mismo lado en la segunda caja, puerta del calabozo de Gabriel, puertas á la izquierda de otros calabozos, mesa con papeles, plumas, etc.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO *y el* ESCRIBANO, *sentados á la mesa.* GABRIEL *al otro lado en un sillon reclinado tranquilamente, y como ageno á lo que pasa á su rededor.*

ESCRIB. Señor, no duerme.
ROD. ¿Y qué mal
hallais en que esté despierto?
ESCRIB. Que escucha.
ROD. Es un hombre muerto;
que escuche ó no ya es igual.
Seguid leyendo.
ESCRIB. (*Tomando un papel de la mesa.*) Un oficio
del doctor don Juan de Llanos.
ROD. Qué dice?
ESCRIB. Que siendo vanos
interrogatorio y juicio,
mandó dar á fray Miguel
el dia cinco tormento.

Rod. Y qué dijo?
Escrib. Que era invento
suyo lo de que Gabriel
fuese el rey de Portugal,
y que le movió á este engaño
el intento de hacer daño
al rey don Felipe.
Rod. Mal
salió. Leed.
Escrib. (*Otro papel.*) Peticion
de la nominada Aurora.
Rod. Y qué pide esa señora?
Escrib. Ver á su padre.
Rod. Ocasion
llegará de que le vea
cuando esté ya confirmada
su sentencia, y no haya nada
que temer de que asi sea.
Escrib. (*Otro papel.*) Novena solicitud
del preso llamado Arbués.
Rod. Qué solicita?
Escrib. Que pues
vivirá poco, en virtud
de haberle dado tormento,
se quisiera despedir
de su amo antes de morir.
Rod. No ha lugar: hasta el momento
de la real confirmacion
de su sentencia, si vive.
Escrib. (*Otro papel.*) Una carta que os escribe
un anónimo.
Rod. Cuestion
diaria,—amenazas, fieros
contra mí y contra los jueces:
juramentos y sandeces
de rebeldes ó embusteros.
Adelante.
Escrib. (*Una carta.*) Para el juez
don Rodrigo Santillana:
carta, que hoy por la mañana
llegó de Madrid.
Rod. Pardiez!

Y así os estábais con ella?
dadme acá.

ESCRIB. Tomad, señor.
De Cesar. (*Leyendo.*) «Del portador
mañana sobre la huella
partiré con media jornada
ante mí llegará á esa:
ni puedo darme mas priesa,
ni hasta hoy del rey hizo nada.»
¡Gracias á Dios que tocamos
en el fin de ese proceso!
llevaos vos todo eso,
escribano.

ESCRIB. Os esperamos?

ROD. Afuera; y si algun correo
de la corte de Madrid
llega, que suba decid
al punto.

ESCRIB. Está bien. (*Váse el Escribano.*)

ESCENA II.

GABRIEL, DON RODRIGO.

ROD. (*Ap.*) Deseo
salir de este laberinto
de una vez y de ese hombre
á quien no hay nada que asombre.
Me repugna por instinto.
Su faz sombría, su calma
imperturbable, su irónica
conversacion, su sardónica
sonrisa eterna, en el alma
me infunden honda inquietud,
no me acusa la conciencia
de nada: di la sentencia
con severa rectitud,
conforme á ley; mas presiento
que hay en todo esto un arcano
que sondar pretendo en vano
y deja sin complemento
la obra de la justicia.

Exhala ese hombre satánico
no sé qué de frio y pánico...
creo que me maleficia.
En fin, poco resta ya.
Si el rey la sentencia envia
firmada, el último dia,
es hoy que calor le da.
Dormis señor Espinosa?

GAB. Casi, casi, señor juez.

ROD. Cansado estais?

GAB. Psé!

ROD. ¿Tal vez
sufris dolor

GAB. Poca cosa.

ROD. Aquí estareis menos mal
que en la torre.

GAB. Asi, asi.

ROD. Que apreciárais mas creí
mi caridad.

GAB. Me es igual.

ROD. ¿Tal vez me guardais rencor
por la cuestion?

GAB. ¡Brava pena
por Dios!

ROD. La prueba fué buena.

GAB. Pudo haber sido mejor.

ROD. Confieso que fué crúel
el tormento.

GAB. Pero inútil.

ROD. Lo creeis prueba tan fútil?

GAB. Ya lo veis?

ROD. Volver á él
podemos aun.

GAB. Volviérais
á ver lo que vísteis ya.

ROD. La segunda vez quizá
vuestro silencio rompiérais.

GAB. Sería inútil fatiga;
y ahora que hablamos de esto:
de hoy para entonces protesto
contra todo cuanto diga;
y ya podeis calcular

que si en negar doy despues
lo dicho, el tormento es
cuento de nunca acabar.

ROD. ¡Por Dios que sois hombre fuerte
y gastais bizarro humor!

GAB. Soy terco y sufro el dolor;
soldado soy, y á la muerte
voy como iba á la pelea:
más despacio ó más aprisa
hallarla es cosa precisa;
mas temerla es cosa fea.

ROD. Vuestra fortaleza envidio:
mas noto en vos há un momento
tristeza y decaimiento.
Qué teneis?

GAB. Que me fastidio.

ROD. Qué os fastidiais!

GAB. Sí, á fé mia!
Tres meses há que aquí estoy
y lo mismo hacemos hoy
que hicimos el primer dia.
«Traed ante mí á Gabriel.»
Vuelta vos á preguntar,
vuelta yo á no contestar.
«Al calabozo con él.»
Vuelve á amanecer el dia,
y vuelta á sacar al preso,
y vuelta á leer el proceso,
y vuelta á nuestra porfía.
«Hablad, señor Espinosa.»
«No quiero, señor alcalde.»
«Que habeis de hablar.»—«Que es en balde.»
Y siempre la misma cosa.
No hubo mas que la semana
en que me dísteis tormento
que variara —y ya me siento
casi bueno Santillana.

ROD. Me amedrenta ¡vive Dios!
vuestra eterna sangre fria.

GAB. Tambien me amedrentaria
á mí si fuera que vos.

ROD. Vuestra osada impavidez

cada dia toma creces.

GAB. Sí; parecemos á veces
el reo vos y yo el juez.

ROD. Es que á veces hallo en vos
un misterio que me espanta.

GAB. Es que tal vez se levanta
tras mí la sombra de Dios.
(*Pausa.*)

ROD. Yo creo señor Gabriel,
que no es Dios, es Satanás
quien de vos está detras
y os dejais llevar por él.
¿A qué hombre de sano seso
no hartarán vuestras pesadas
continuas baladronadas
que llenan vuestro proceso?
¿Qué son pues vuestras preñeces
y siniestras reticencias?

GAB. Tembladlas, si son sentencias:
reidlas, si son sandeces.

ROD. Pues bien: hablad de una vez:
si ese secreto fatal
existe en vos haceis mal
de ocultarlo á vuestro juez.
Si sois quien juzgan, decid:
«Yo soy»... probadlo y mañana.....

GAB. (*Variando de tono.*) ¿Cuándo vendrá, Santillana,
el capitan de Madrid?

ROD. Hoy mismo.

GAB. ¡Gallardo mozo!
Le quereis mucho?

ROD. ¿Pues no,
si es mi hijo?

GAB. Tambien yo
le quiero bien y me gozo
con su vista. ¿No teneis
mas hijos que él?

ROD. Nada más.

GAB. Ni los tuvísteis jamas?

ROD. Las preguntas que me haceis,
Espinosa...

GAB. Son sencillas.

Rod. No sé que se me figura
que hay en ellas...
Gab. ¿Por ventura,
os pregnnto maravillas?
Teneis un hijo mancebo
y si hubísteis os pregunto
mas que él: no hay en el asunto
de mi cuestion nada nuevo.
Rod. ¡Jamas podré conseguir
arrancar de vuestra faz
ese sarcasmo tenaz!
Qué me teneis que decir?
Acabemos, Espinosa:
esa burlona altivez
que escita en mí alguna vez
una duda misteriosa
Qué significa? ¿parece
que no os habeis convencido
de que juzgado habeis sido,
de que ya no os pertenece
vuestra acotada existencia,
y de que segun la ley
no falta sino que el rey
confirme vuestra sentencia?
¡Parece que en vuestro pecho
hay una firme esperanza
que os da audacia y confianza
contra esa ley!
Gab. Es un hecho.
Rod. ¿Creis que no firmará
el rey?
Gab. Esa es cuenta suya:
Dios por sus obras le arguya.
¿Le habeis vos escrito ya
que pido verle?
Rod. Y respuesta
aguardo, ¿mas si apelais
al rey en vano?
Gab. Me ahorcais,
y se concluyó la fiesta.
(*Don Rodrigo mira á Gabriel con asombro: Gabriel permanece sereno.*)

Rod. Sospéchome que estais loco.
Gab. Tal vez.
Rod. Aunque mas bien creo
que es otro vuestro deseo.
Gab. Cuál creeis?
Rod. Ir poco á poco
dilatando la sentencia
dando á entender que aun hay mas
que esperar de vos.
Gab. Quizás.
Rod. Pues os protesto en conciencia
que hoy tendrá fin vuestro afan:
si el rey no manda otra cosa
morís hoy por Espinosa,
ó por rey don Sebastian.
Basta ya de dilaciones
harto estoy de toleraros:
y me es ya en mengua trataros
con tales contemplaciones.
Vos sois un villano artero,
un taimado embaucador,
que esperais suerte mejor
dandoos por un caballero.
¡Un necio, que aguarda en vano
negándose á confesar,
que nunca le han de matar
como á un infame pagano
sin confesion: mas caeis
en un miserable error:
si no quereis confesor
sin confesion morireis.
Y no teneis que cansaros:
no me habeis de aventajar:
si os obstinais en callar
yo me obstinaré en ahorcaros.
Ahora os reis?
Gab. (*riéndose*) Sí por Dios!
y no he muerto ya de hastío
porque como ahora me río
mil veces.
Rod. De qué?
Gab. De vos.

Rod. De mí? en vuestra audacia loca
os olvidais á mi ver
que os puedo mandar poner
una mordaza en la boca.

Gab. Verme mudo os diera pena;
de que es estoy persuadido
mi voz para vuestro oido
el cantar de la sirena.
Mordaza! de vuestros fieros
á pesar, si lo procuro
de veras, estoy seguro
señor juez de adormeceros.
Ya me parece ¡pardiez!
que comenzais á turbaros
y no he hecho mas que miraros.
Os voy á decir buen juez
lo que pasa en vuestro pecho:
á fuerza de ir y volver
sobre quien soy, de mi ser
un fantasma os habeis hecho.
Sér superior me imagina
vuestra razon exaltada,
y mi voz y mi mirada
os deslumbra y os fascina.
Todo se os vuelven antojos:
si os miro fijo á la cara,
os turbais como si echara
fuego ó sangre por los ojos.
Si en paz llevando mi suerte
alejo de mí el pesar,
creeis que voy á evitar
con algun filtro la muerte.
Si de vuestros hijos hablo
y por ellos os pregunto,
no parece sino asunto
de vendérselos al diablo.
Si levanto un poco mas
estando solos la voz,
cual de una bestia feroz
temeis, y os echais atrás.
Y si al hablarme con saña
vos, os hablo con violencia,

os doblais en mi presencia
como ante el viento la caña.
Tan hondo y siniestro influjo
he adquirido sobre vos
que, ¡no os lo demande Dios!
me estais suponiendo brujo.
No parece Santillana
sino que sabeis que puedo
haceros temblar de miedo
cuando me diere la gana.
¿Y no es verdad, D. Rodrigo,
no es verdad que mi semblante
os está siempre delante;
que andais, que soñais conmigo?
¿No es verdad que se os alcanza
que tendrá alguna razon
al mostrar mi corazon
tan osada confianza?
¿No es verdad que todo cabe
en hombres y que tal vez
en vuestra vida de juez
hay algun secreto grave
que creeis hundido vos
en la eternidad oscura,
y que temeis por ventura
que me lo revele Dios?
¿No es verdad que cuando á solas
hablo con vos, don Rodrigo,
va vuestra alma en lo que os digo
como nave entre las olas,
esperando de un momento
á otro verse sumergida
por la mar embravecida
de mi airado pensamiento?
¿No es verdad que habeis cruzado
una vez el Portugal
y cerca de Setubal
en mitad de un despoblado
un monasterio habeis visto,
cuya sagrada vivienda
fué teatro de una horrenda
profanacion?

ROD. Jesucristo!
GAB. ¿No es verdad que cuando clavo
mis ojos en vuestro rostro
os hielo el alma y os postro
á mis pies como un esclavo?
De odillas, Santillana:
vuestra vida está en la mia:
vivireis mas que yo un dia;
si yo muero hoy, vos mañana.
ROD. Dios me valga! (*D. Rodrigo se arrodilla.*)
GAB. Calla! ¿y vos
lo tomais como os lo digo?
Si esto es farsa, don Rodrigo:
serenaos, vive Dios!
ROD. Con que es decir...?
GAB. Que divierto
mi fastidio, Santillana.
ROD. (*Furioso.*) No hareis lo mismo mañana.
GAB. (*Con calma.*) Ahorcándome hoy, no por cierto.

ESCENA III.

Dichos, el ALGUACIL.

ALG. Su merced el capitan
Santillana.
GAB. Qué nos cae
del cielo.
ROD. Y que el fallo trae
del rey.
GAB. Fin de nuestro afan.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, GABRIEL, DON CESAR.

ROD. Traes tú los despachos?
CESAR. Si.
Mas qué teneis padre?
ROD. Nada.
Traes la sentencia aprobada?
CESAR! Sí.

Rod. Dónde está?

Cesar. (*Dándole un papel.*) Vedla aquí

Don Rodrigo, toma, abre y lee el pliego que le dá don Cesar y dice llamando:

Rod. Ola! (*Entran algunos alguaciles y el Escribano.*)
Cúmplase la ley.
Avisad al confesor
y al verdugo egecutor
de las justicias del rey.
Escribano, evacuad vos,
la postrera diligencia:
intimadle la sentencia,
y que se encomiende á Dios.

Cesar. Señor...

Rod Silencio! Leed.

Escrib. (*Empezando á leer.*) Vista y fal la a

Rod. (*Interrumpiéndole.*) Adelante:
la aprobacion es bastante:
fórmulas á un lado, haced.

(*Escribano leyendo.*) «Y en atencion á que en los cofres de dicho Gabriel Espinosa han sido halladas muchasprendas y joyas de valor, pertenecientes á la persona de nuestro difunto sobrino don Sebastian rey de Portugal, sin que haya podido probar Espinosa la legitimidad de su adquisicion y posesion: y en atencion á que el Marqués de Tavira y fray Miguel de los Santos y otros señores castellanos y portugueses han declarado, unos en juicio y otros en tormento, que le tienen y han tenido desde que le vieron por el rey don Sebastian: y habiéndose probado que muchos nobles portugueses le han visitado en Madrigal para reconocerle, y que en su nombre se han escrito cartas, contraido empréstitos y armado gentes para concitar á la rebelion á los pueblos en favor suyo: y teniendo en cuenta que dicho Gabriel Espinosa noha negado nunca ser él el mismo rey don Sebastian, antes ha contribuido á hacer creer á los incautos que lo es efectivamente, no declarando jamas quien sea en realidad, dándose ya por una persona ya por otra, y aparentando el gesto, las acciones y las señales esteriores qne, á su parecer, pueden convenir mejor con los recuerdos y las pinturas que de don Sebastian se conservan entre los que en vida le conocieron; y considerando en fin, que el cuerpo de dicho rey fué por nos rescatado del poder de Muley

Mahamet y traido de Africa al Monasterio de Belen donde yace sepultado: aprobamos y confirmamos la sentencia contra él dada, y le declaramos impostor infame, traidor á su rey, y usurpador del nombre del rey don Sebastian. Por cuyas razones le condenamos á ser arrastrado, y ahorcado y descuartizado, y puesta su cabeza en una lanza á una de las salidas del pueblo de Madrigal, en donde vivió, para desengaño de incautos y escarmiento de traidores.—Yo el rey.»

GAB. (*Con ira.*) Traidor yo, impostor, infame?
Muerte á mí con tal afrenta?
Que Dios me la tome en cuenta (*Serenándose.*)
cuando á su juicio me llame.
(*Al Escribano.*) Teneisme mas que leer?

ESCRIB. Nada mas.

GAB. Pues despachemos
y tiempo no malgastemos.
Sea lo que haya de ser.

CESAR. (Indomable corazon!)

ROD. (Incomprensible fiereza!
ni aun inclinó la cabeza
para oir la intimacion.)

GAB. Alcalde, estais demudado,
trémulo... por vida mia!
Cualquiera imaginaría
que érais vos el sentenciado.

ROD. (*Airado.*) Pronto lo viera. Teneis
de vida tres cuartos de hora.

GAB. Son las cinco y cuarto ahora.

ROD. Encerradle.

GAB. (*A D. Rodrigo.*) Hasta las seis.

ROD. Despejad.

(*Llevan á Gabriel á su encierro y vánse el Escribano y los alguaciles por el fondo.*)

ESCENA V.

DON RODRIGO, DON CESAR.

CESAR. Padre, qué es esto?

ROD. Que es fuerza que ese hombre muera.

CESAR. Dadle un dia.

ROD. Ni siquiera

una hora.

CESAR. Que dispuesto
muera al menos cual cristiano.

ROD. Muera, y sea como fuere.

CESAR. Sin confesion!

ROD. No la quiere,
es un hereje: un pagano.

CESAR. Padre, estais ciego de ira.

ROD. Ira es lo que aparento,
ira Cesar: pero miento,
es terror lo que me inspira
ese hombre de Satanás.
Y yo ¡imbecil! que le daba
tormento porque no hablaba;
no, no: que no hable jamas.
Que le lleven al cadalso
con una mordaza puesta:
que no hable con nadie: en esta
hora cuanto diga es falso.

CESAR. Padre, sospecho, ay de mi!
que se os desvanece el juicio.

ROD. Es obra de un maleficio.

CESAR. Os maleficiaron?

ROD. Sí.

CESAR. Supersticion!

ROD. Ya lo ves:
Gabriel me malefició,
y él ha de morir ó yo.
Ya firmó el rey: muera pues.

CESAR. Padre!

ROD. Cesar... hijo mio!

CESAR. Estais delirando!

ROD. ¿Alguno
me escuchó acaso?

CESAR. Ninguno.

ROD. (De mí propio desconfio.)

CESAR. Padre, algun mal os acosa;
temblais... estais demudado.

ROD. Algun vértigo: he velado
tantas noches de Espinosa
con el proceso maldito,
me ha dado tanto que hacer,

que en mí no estoy hasta ver
que de en medio me le quito.
Mas no fué nada: pasó
ya Cesar. Veamos pues,
los despachos de la corte.

CESAR. Tomad: aquí los teneis.

ROD. Esta es la consulta mia,
esta la aprobacion del
consejo: esta la carta
de su Magestad el rey,
¿y este otro pliego sellado
de quién es?

CESAR. Yo no lo sé:
me fué entregado en palacio
con todos ellos.

ROD. Por quién?

CESAR. Por el rey mismo.

ROD. A ver: ábrele.

CESAR. Una real órden.

ROD. Pues lee.

(*Don Cesar leyendo.*)—En nombre del rey.—Por la presente, pondreis en libertad en la hora en que la recibiéreis, y sobreseyendo en su causa, si hubiéreis procedido á formarla contra ella, á doña Aurora Espinosa, detenida y á vuestras órdenes en la cárcel de Madrigal: dejando disponer libremente de sí misma á dicha doña Aurora, como fuere su voluntad.—Madrid, etc.—A don Rodrigo de Santillana.—

ROD. En libertad? No comprendo
tal órden del rey.

CESAR. Y está
bien terminante.

ROD. Y será
cumplida. Sigue leyendo.

CESAR. Otro pliego para mí.

ROD. Rompe la nema y aparta
la cubierta. Qué hay?

CESAR. Aquí
viene un papel y otra carta.

ROD. Lee.

CESAR. Dice el papel así:

(*Lee.*)—En nombre del rey.—Otorgamos licencia para dejar

el servicio de S. M. temporal ó absolutamente como mas le conviniere, al capitan del primer tercio de Flandes, don Cesar de Santillana.

ROD. Y para qué?
CESAR. Qué se yo?
ROD: Tú no la has pedido?
CESAR. No.
ROD. Sigue. (Qué es esto, ay de mí!)

(*Don Cesar lee.*) Y ordenamos al dicho capitan don Cesar, por ser así del agrado de S. M. conducir con todo honor, y escoltar con toda seguridad, durante su viage por tierras de sus dominios y mares guardados por su real marina, á doña Aurora de Espinosa: hasta ponerla sana y salva en estados de Venecia, por cuyo embajador ha sido reclamada, como hija adoptiva de la República Serenísima.

ROD. Ira de Dios! Todo ahora
lo comprendo.
CESAR. ¿Qué es señor
lo que comprendeis?
ROD. Tu amor
desventurado! á esa Aurora.
CESAR. Es cierto: un amor profundo;
mas no os traiga con cuidado,
que es el mas desesperado
que hubo jamas en el mundo.
ROD. Lo ves? Ah! tambien á tí
te han maleficiado: pero
responde Cesar: yo quiero
saberlo ya todo; di.
Tú con ella en connivencia,
huir con seguridad
queriendo, su libertad
conseguiste y tu licencia.
CESAR. No, á fe mia.
ROD. Sí, arrastrado
por sus sortilegios has
trabajado en contra mia
con temeridad impía
y en favor suyo.
CESAR. Jamás.
Que tuve siempre confieso

simpatía misteriosa
é interes por Espinosa,
pero no obré en su proceso.
Amé á Aurora, la amo aún;
mas mi pasiom despechada
es imposible y no hay nada
entre los dos de comun.
Mientras viva la amaré:
pero este amor solitario
de mi pecho en el santuario
solo yo conservaré.

ROD. Otro misterio!

CESAR. Tremendo
sin duda, padre: mas puede
conmigo, y mi brio cede
á su poder.

ROD. No lo entiendo.

CESAR. Ni yo se decir mas de él,
sino que Aurora, señor,
no nació para mi amor.

ROD. Quién te ha dicho eso?

CESAR. Gabriel.

ROD. Infeliz! es su manceba.

CESAR. Quien tal os dijo ha mentido,
señor.

ROD. Ella misma ha sido.

CESAR. Ella?

ROD. En la primera prueba
del tormento.

CESAR. Cielo Santo!
La habeis puesto en el tormento?

ROD. Es débil y habló al momento.

CESAR. Me paralizo de espanto!
¿Qué abismo es este de males
que por do quier nos circunda?
¡qué trama esta tan fecunda
de misterios!

ROD. Los fatales
hijos de esa negra trama
tan solo puede romper
la muerte y hoy ha de ser.
Que mueran él y su dama.

CESAR. Imposible! mintió.
ROD. Quién?
CESAR. Ella: no puede tampoco
ser de Gabriel.
ROD. ¿Quiéres loco
volverme?
CESAR. No: se muy bien
lo que digo: esa muger
es prenda de una venganza:
solo con esa esperanza
la conserva en su poder.
ROD. ¿Ella de venganza prenda
y en su poder? Dios me asista!
de este arcano ante mi vista
se aclara la sima horrenda.
¡Ola! (*Toca la campanilla y entra un alguacil*)
En libertad á Aurora
poned al punto y aquí
traedla. Escucha, ay de mí!
escucha, Cesar ahora
un secreto horrible: ese hombre
que no es nada y que lo es todo,
de quien de saber no hay modo
religion, patria, ni nombre:
ese hombre á quien nada espanta
cuya altivez nadie doma,
penitente humilde en Roma
peregrino en tierra santa.
Soldado en Flandes, Marqués
en Madrid, Corso en Venecia,
que alma y vida menosprecia
como al polvo de sus pies:
á quien no rinde el tormento
y cuyo espíritu fuerte
vé á un paso de sí la muerte
y se sonrie contento;
no es criatura, es fantasma;
no es vivo, es aparicion,
quimera, ensueño, vision,
mas que de terror me pasma.
Es un hombre de otra edad:
un hombre que estando muerto

halló su sepulcro abierto
y huyó de la eternidad
mis pasos para seguir:
es la sombra de otro ser
que sale á la tierra á ver,
nuestra sepultura abrir.

CESAR. Ay de mi! el continúo afan
del proceso de Gabriel
os hizo concebir de él
esas quimeras que estan
trastornandoos la razon.

ROD. Dices bien... si... no comprendas
jamas las causas horrendas
de mi ruin supersticion.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON CESAR, DOÑA AURORA.

AUR. Libre!.. jamas esperé
que nos olvidara Dios:
ni de haber fiado en vos (*A don Cesar.*)
jamas me arrepentiré,
pues duda no queda en mí
de á quien debo, capitan,
la libertad que me dan,
cuando os vuelvo á ver aqui.

ROD. Despeja.—Escuchad Aurora.

AUR. Porqué le mandais salir?

ROD. Porque nadie debe oir
nuestras palabras ahora.

AUR. Dios mio! ¿Qué estraño afan
os agita? ¿Es por ventura
mi libertad impostura?
Ah! No os vayais capitan;
quiere volverme tal vez
al tormento.

ROD. Oid os digo:
sois libre, y yo vuestro amigo.

AUR. ¿Cabe entre el reo y el juez
amistad? ¿Entre el verdugo
y la víctima? Jamas

os conoceré por mas
que por juez.

ROD. ¡Adios no plugo
que fuese de otra manera!
Mas acaso desde ahora
varieis de opinion Aurora.
(*Vuelve á don Cesar que permanece en pié junto á la puerta.*)
Qué esperais vos? idos fuera. (*Váse D. César.*)

ESCENA VII.

DON RODRIGO, DOÑA AURORA.

ROD. Nada recelesis de mí
pobre niña: en libertad
estais: vuestra voluntad
no tendrá ya coto aquí.
Serenaos, pues; oidme
Aurora, y por cuanto ameis
ruégoos que me contesteis
la verdad.

AUR. Pues bien, decidme
vos en conciencia primero:
¿mi libertad se medió
con la de Gabriel? Si no
es así yo no la quiero.

ROD. Solo depende de vos
la libertad: si un secreto
me aclarais vos, os prometo
la libertad de los dos.

AUR. ¿Es mio solo el secreto
qué me pedís?

ROD. Si, en verdad.

AUR. ¿Y vale la libertad
de Gabriel?

ROD. Me comprometo
á dársela.

AUR. Preguntad.

ROD. ¿Qué tiempo hará que de Gabriel al lado
vivís?

AUR. Desde muy niña.

ROD. ¿Y qué memoria

de vuestra infancia conservais?

AUR. Apenas
una vaga memoria me ha quedado
de aquellas horas al pesar agenas.

ROD. No espero yo que recordeis la historia
de vuestra infancia, cuya edad se olvida
pronto y muy fácilmente con las penas
ó los placeres de la inquieta vida;
mas del lugar en donde habeis nacido,
donde pasásteis los primeros años
tendreis alguna idea.

AUR. Muy confusa:
tal, que puedo decir que la he perdido
mezclándola despues con mil estraños
recuerdos posteriores.

ROD. ¿De manera
que imposible os será, pues lo rehusa
vuestra memoria ya, la mas ligera
noticia dar de vuestra edad primera?

AUR. Tan imposible no: ¿quién en su mente
á un recuerdo infantil no dá guarida?
¿Quién no vuelve los ojos tiernamente
hácia las puertas de oro de la vida?
¿Quién no recuerda en ocasion alguna
el pobre hogar ó la lujosa estancia
cuya techumbre guareció en su infancia
el dulce sueño que gozó en la cuna?

ROD. Vos recordais ese lugar?

AUR. Sin duda:
mas no por la virtud de mi memoria
sola: tan fiel en esa edad no cabe
tenerla: sé de mi infantil historia
lo que fuí recordando con ayuda
de la voz de Gabriel, que es quien la sabe.

ROD. Gabriel la sabe?

AUR. Sí.

ROD. Y os la ha contado?

AUR. Incompleta.

ROD. (Tambien la habrá engañado.)
mas yo quiero saber solo la idea
que háyais vos en la mente conservado.

AUR. Tengo aunque muy confuso algun recuerdo.

ROD. De qué?
AUR. De mil objetos.
ROD. Aunque sea
en confusion decídmelos.
AUR. Me acuerdo
de una ribera donde yo cogía
yerbezuelas y conchas: del rugiente
mar, que sus ondas sin cesar mecía:
de un monasterio triste y solitario
fundado al pié de un monte: y vagamente
me acuerdo de la iglesia, con su coro
emberjado, sus techos con pinturas,
su altar lleno de flores, su sagrario
iluminado con mecheros de oro;
y me acuerdo tambien, porque me daban
miedo, de las inmóbiles figuras
de mármol que tendidas reposaban
encima de sus anchas sepulturas.
ROD. Qué monasterio era ese?
AUR. Era un convento
de monjas.
ROD. Qué país?
AUR. No lo he sabido
nunca.
ROD. ¿Jamás Gabriel os ha contado
lo que hacíais allí? ¿quién conducido
os habia á aquel claustro?
AUR. No ha querido
decírmelo jamas: sé que aposento
tenia allí mi madre y que he pasado
los tres primeros años de mi vida
allí.
ROD. Con ella?
AUR. Sí.
ROD. ¿De vuestra madre
os ha hablado Gabriel?
AUR. Mil y mil veces.
ROD. La recuerda á menudo?
AUR. No la olvida
jamas: y sé que en sus nocturnas preces
la reza como á mártir.
ROD. ¿Sabeis de ella

la historia, el nombre, la familia?

AUR. Nada.
Sé que fué un dia festejada y bella
y luego escarnecida y ultrajada.
Sé que el relato de su triste historia
es una horrible é infernal leyenda,
que conserva Gabriel en su memoria
de expiacion y de venganza prenda.

ROD. ¿Y qué es lo que sabeis de ese relato vos?

AUR. Yo, nada tal vez y acaso todo;
porque sus hechos sé, mas nunca supe
ni las personas, ni el lugar, ni el modo.

ROD. Pero en fin, qué sabeis de vuestra madre?

AUR. Sé que era noble dama: que vivía
en la corte de un rey á quien la unía
una amistad profunda y verdadera:
que era para aquel rey casi una hermana,
pues juntos cuando niños se criaron
y fraternal amor constantemente
uno á otro los dos se conservaron.
Sé que era cuanto rica generosa,
y que el encanto de las gentes era
por su virtud y ciencia prodigiosa:
que el vulgo la quería,
la corte la admiraba
y con ella secretos no tenía
el rey que como hermana la trataba.

ROD. Mas ese rey...?

AUR. Murió.

ROD. Cómo?

AUR. En la guerra:
y concluyó con él su dinastía,
y otro rey vino á gobernar su tierra,
y á otras manos pasó su monarquía.

ROD. Y vuestra madre entonces..?

AUR. Fué mirada
como enemiga del monarca nuevo,
y al fin de algunos meses acusada
de traicion: por diabólica su ciencia
tomaron y la dieron por culpada,
diciendo que hizo creer que el rey vivia

no sé á quien, á favor de un sortilégio
mostrando á sus conjuros evocada
la aparicion de su fantasma régio.

ROD. Y despues?

AUR. Oh! Despues... eso es lo horrible
de la historia, señor. Se apoderaron
de ella, de su palacio, de su hacienda,
los vendieron, sus armas infamaron,
y ocupó un estrangero su vivienda,
y su nombre y su raza se olvidaron.

ROD. Y ella?

AUR. Como las hojas del otoño
despareció de encima de la tierra,
y en ella mas los hombres no pensaron
solo pensando en libertad y guerra.

ROD. Pero vos..?

AUR. No lo sé... sé que mi madre
pobre, triste, ofendida y no vengada,
en aquel solitario monasterio
tegia su existencia desdichada,
y yo existia ya, bajo el misterio
de aquellas santas bóvedas velada.

ROD. Y luego?

AUR. No sé mas.

ROD. ¿Gabriel no os dijo
nada de vuestro padre?

AUR. Le tenia
siempre por padre á él, y él me queria
mas que el padre mejor quiere á su hijo.

ROD. Pero como supísteis..?

AUR. En su sueño
sorprendí su secreto: y como me era
necesario su amor de una manera
ú otra, el amor filial hallé pequeño,
y del amor de la muger y el niño
formé para Gabriel solo un cariño.

ROD. Pero al saber que vuestro padre no era,
no preguntásteis vos?

AUR. Quien era el mio.

ROD. Y qué dijo Gabriel?

AUR. Que él lo sabia:
mas que de él á acordarme no volviera,

porque mi amor filial no merecia.
ROD. Siempre merece un padre...
AUR. No lo ha sido
jamas el mio para mí.
ROD. Aurora!
AUR. ¿Creeis que una razon me fué bastante
para echar su memoria en el olvido?
Insistí, porfié, lloré, y ahora
sé que nunca mi amor ha merecido.
Sé que me echó á la vida despojada
de su nombre, y sin pan y sin abrigo
sé que dejó á mi madre deshonrada
en medio de la tierra abandonada
para llorar y perecer conmigo.
ROD. Y creeis á Gabriel?
AUR. Qué si le creo?
Es la verdad del Cielo descendida:
su palabra es mi fé, y en esta vida
por su fé juzgo, por sus ojos veo.
ROD. ¿Nunca os dijo Gabriel nada en abono
de vuestro padre?
AUR. Nada: y si lo hubiera
yo sé bien que Gabriel me lo digera.
ROD. Es decir..?
AUR. Que es mi padre y le perdono,
como amor exigir de mi no quiera.
Mi madre, que al dolor ha sucumbido,
de Dios le aguarda ante el escelso trono:
yo á quien solo dió el ser, nada le pido:
pero como él nos olvidó le olvido,
como él me abandonó yo le abandono.
ROD. Vive pues?
AUR. No lo sé.
ROD. Mas si viviera?
AUR. Como él no me buscó, no le buscara.
ROD. ¿Y si una vez en la vital carrera
con él os encontrárais?
AUR. Le mirara
sin ira, mas la espalda le volviera.
ROD. Y si al veros partir él os llamara?
AUR. De su paterna voz no hiciera caso.
ROD. Y sí llorando el mísero os siguiera?

AUR. Apresurara sin volverme el paso.
ROD. Pero, ¿y si os alcanzara y os asiera
de los vestidos él.
AUR. Los rasgaría
dejándole en la mano los pedazos.
ROD. Y si os tendiera sus paternos brazos?
AUR. Su abrazo paternal rechazaría,
ROD. Por qué?
AUR. Por que mi padre todavía
no ha ido á orar sobre la tumba oscura
de mi madre, y Gabriel me dijo un dia
que al querer abrazarnos se abriría
entre mi padre y yo su sepultura.
ROD. Fatal supersticion!
AUR. Tal es la mía.
ROD. Tal es la ira de Dios. Es un misterio
impenetrable. Satanás me ciega
sin duda y nunca á comprenderle llega
mi corazon ansioso.
AUR. He respondido
á cuanto preguntarme habeis querido,
Señor: á vos os toca.
ROD. Si, á fé mia!
Vais á ver á Cabriel. (Oh! si: yo quiero
apurar este cáliz de agonía.)
(*Abre la puerta que da al encierro de Gabriel, mientras Aurora dice:*)
AUR. Libres al fin... para Gabriel ahora
libre será mi corazon entero.

ESCENA VIII.

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL.

ROD. Espinosa. (*A Gabriel*)
GAB. Héme aquí.
AUR. (*Viendo á Gabriel.*) Gabriel!
GAB. (*Abrazándola.*) Aurora!
Infeliz! Quién aquí te ha conducido?
AUR. La libertad, Gabriel: libres estamos,
y cual juntos aquí nos han traido
juntos espero que de aquí partamos.

GAB. Santillana! (*Pidiendo esplicacion de estas palabras de doña Aurora.*)
ROD. Leed. (*Dándole la órden de su libertad.*)
AUR. Vés?
GAB. (Lo comprendo, todo. La agitacion de don Rodrigo,
de mi Aurora infeliz la fe tranquila...
He aquí el instante para mí tremendo!
La hora del martirio y del castigo.
Señor, Señor... mi espíritu vacila:
sostenedme hasta el fin... sed vos conmigo!)
AUR. Qué te agita Gabriel?... tu faz sombría
tu palidez....
GAB. Un poco conmovido
estoy; y es natural Aurora mia.
Y tambien vos estais descolorido
Santillana...
ROD. Espinosa, concluyamos.
Yo os llamé...
GAB. No os canseis: el por qué entiendo.
A solas con Aurora habeis hablado?
ROD. La historia de su madre me ha contado.
GAB. Solo para que á vos os la contara
se la he contado yo.
ROD. Toda pretendo
saberla pues.
GAB. Curiosidad avara!
ROD. Pero que vos satisfareis.
GAB. Sin duda;
mas puédeos ser satisfaccion muy cara:
porque os advierto, juez, que he observado
que mis satisfacciones y respuestas,
por mas que yo riendo os las he dado
han sido siempre para vos funestas.
ROD. Hablad... hablad.
GAB. Si os empeñais en eso!
mas despues de tres meses de proceso
no sé como no estais escarmentado
de interrogarme ya.
ROD. Siempre lo mismo!
acabemos Gabriel.
GAB. Si, concluyamos.

hora es de penetrar en este abismo.

ROD. Descender quiero á él.

GAB. Y yo os prometo
que lo hareis: el momento es oportuno.

ROD. Decid, pues.

GAB. Esperad, que este secreto
os pertenece á tres, y falta uno.
Llamad al capitan que con vos debe
penetrarle tambien.

ROD. (*Llama y sale un alguacil.*) Ola! don Cesar.

AUR. ¿Qué tienes Gabriel mio. En tu semblante
en tus palabras y ademanes noto
siniestra agitacion.

GAB. Aurora mia,
tu corazon amante
por mí no tenga la inquietud mas leve;
á mis pesares Dios hoy pondrá coto
y ambos tendremos libertad en breve.
¿Tu no te olvidarás desde este dia
de tu Gabriel?

AUR. Jamas. Eso preguntas?
Juntas caminarán nuestras dos vidas,
nuestras almas á Dios subirán juntas.

GAB. Sí; ni la muerte las podrá un instante
mantener una de otra divididas.

AUR. Dios! A qué mientas la muerte ahora?

ROD. Ya está aquí el capitan.

GAB. Silencio, Aurora.

ESCENA IX.

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL, DON CESAR.

GAB. Ola! Sed capitan muy bien venido.
Voy muy pronto á emprender un largo viage
y un encargo dejaros he querido.

CESAR. Un viage!

GAB. Sí; estoy libre: me parece
que el portador de la órden habeis sido.

CESAR. (Ay de mí! la infeliz aun nada sabe.)

GAB. Decidme capitan: ¿me habeis traido
un pliego de Madrid?

CESAR. Tomadle.

GAB. Bueno:
guardadle por ahora. En esa carta
de un gran misterio encontrareis la llave.
(*A D. Rodrigo.*) Vos sois algo curioso y no me fío
de vos: sois padre y juez; os la confío
capitan solo á vos. Cuando yo parta,
dádsela á vuestro padre y que la lea.
Me entendeis? Cuando parta: que no sea
ni un solo minuto antes.

CESAR. Os lo juro.

GAB. Vuestra palabra sola es buen seguro.
Ademas, por si acaso no volvemos
á vernos, pues yo parto con Aurora
del mundo terrenal á otros estremos,
quiero un regalo haceros en memoria
de nuestro buen encuentro en esta vida,
que os será complemento de mi historia,
y prenda de amistad y despedida.
(*Gabriel saca del pecho un relicario que lleva al cuello con una cadena.*)

ROD. (Esa calma satánica me aterra.)

AUR. (Tiemblo no se por qué.)

CESAR. (No es ser humano
quien así se despide de la tierra.)

GAB. Tomad. Es, capitan, un amuleto
sagrado: don del Papa: un relicario
que un *lignum crucis* venerando encierra
y guarda como el pliego otro secreto.
Con el respeto mismo que á un sagrario
contempladle, y lo mismo que la carta
se le dareis al juez... cuando yo parta.
(*A don Rodrigo.*) Abridle solo vos: es mi conciencia
y Dios solo con vos sondarla debe;
en ella echad una ojeada breve
y reconocereis la omnipotencia.
(Mas si un soplo hay en vos de fe cristiana
esperad á que muera, Santillana.)
Ea! ya que se acerca mi partida
escuchad, señor juez el cuento estraño
que queriais saber, y por mi vida
que oireis una historia divertida.

Rod. (Yo tiemblo.)

Gab. Oidme pues. La escena pasa,
no importa el dia, la estacion, ni el año,
de noche, en Setubal, y en una casa.

Rod. (Cielos!)

Gab. Temblando estais si no me engaño
Santillana.

Rod. Seguid.

Gab. En hora buena.
En una alcoba cómoda, alumbrada
por una lamparilla perfumada
con asiático aroma, bien agena
el alma de inquietud y bien guardado
por leales domésticos, el dueño
de aquella rica estancia descuidado
yacia en brazos de agradable sueño.
Era un hombre harto noble y poderoso,
para que no tuviera por asilo
muy seguro su casa, y al reposo
se entregaba en su cámara tranquilo.
Una noche creyó sobresaltado,
á pesar de lo doble de la alfombra,
pasos del lecho percibir al lado:
abrió los ojos y miró espantado
trazarse en la pared movible sombra:
volvió la faz y con la faz de seda
se tropezó de un hombre enmascarado.
Frio quedó, como el cadáver queda!
«Levantaos.»—Le dijo con acento
imperioso el incógnito: y vistióse
la bata que él le daba. «A ese aposento
salid.» Obedeció y enfrente hallóse
de dos hombres plantados á la puerta,
una dama como ellos encubierta
y un sacerdote pálido, y tenaces
sintió pesar sobre su frente yerta
las miradas ardientes y voraces
lanzadas á su frente descubierta,
á través de los negros antifaces.
Entonces de estos hombres el primero
de la sombría dama el velo alzando
«La conoceis?» le dijo; y él temblando

«Sí.» respondió «Pues bien, sed caballero»
repuso el disfrazado; y avanzando
el grave sacerdote se dispuso
á unirle con la dama en matrimonio,
mientras el de la máscara se puso
á escribir en silencio el testimonio.
El despertado resistirse quiso:
pero su daga el disfrazado al pecho
le presentó y ceder le fué preciso;
firmó, y el matrimonio quedó hecho.
Partió la dama y los demas con ella:
mas quedose el primer enmascarado
y dijo gravemente al despertado:
«teneis una muger ilustre y bella,
«gracias á mí y á vuestra buena estrella
«que os hizo viudo para ser casado,
«la quitásteis la honra y habeis dado
«nombre á sus hijos: mas seguid su huella
«y moris, os lo juro! asesinado.»
Dijo así el de la máscara y partióse
con los demas: y de la casa el dueño
en medio de la cámara quedóse
dudando si era realidad ó sueño.

Rod. Tremenda realidad.

Gab. (*Apartándola á un lado.*) Sí, don Rodrigo
la dama doña Inés: vos el casado.

Rod. Y vos, señor!

Gab. El hombre enmascarado.

Rod. Tal vez Dios permitió...

Gab. Lo habeis soñado.

Rod. Y si el sueño es verdad?

Gab. Silencio digo.
Que ellos no os oigan: que la faz no os vean;
Sueño ó verdad que sepultados sean
con vos el sueño, la verdad conmigo.

Rod. Pero mi alma concibe en este punto
que ese arcano fatal guardar podria
una verdad.

Gab. Os dige que era asunto
concluido. Escuchadme: Si yo fuera
el rey don Sebastian, morir debia
por la quietud del reino y mi alma entera

ser mártir á ser rey preferiría.
Si soy un impostor y perjudico
con mi existencia la quietud de España,
debo morir tambien: debo una hazaña
de mi impostura hacer y sacrifico
mi vida á sostener esta patraña
que mi historia desde hoy hará famosa.
Me comprendeis?

ROD. Señor, yo no me atrevo
dudando...

GAB. Ahogad la duda: morir debo
sino por Sebastian, por Espinosa:
y deben sepultarse, don Rodrigo,
con vos el sueño, la verdad conmigo.
No lo olvideis. (*Vuelven al centro de la escena.*)

AUR. ¿No sigues tu leyenda
Gabriel? No está acabada.

GAB. No por cierto:
para leer su conclusion horrenda
de vuestros ojos quitará una venda
el juez cuando haya el relicario abierto.

ESCENA X.

GABRIEL, DOÑA AURORA, DON RODRIGO, DON CESAR, EL DOCTOR N, ALGUACILES. *A la parte exterior de la puerta soldados. Despues el verdugo.*

ALG. Las seis.

GAB. Partamos pues.

AUR. Vírgen María!
Gabriel, qué es esto?

GAB. Mi destino Aurora.

AUR. Tu destino!.. mi mente se estravía!

ALG. El verdugo del rey. (*Anunciando.*)
(*Se presenta el verdugo con el dogal en la mano.*)

AUR. Dios mio! ahora
lo comprendo!.. ay de mí.... (*Se desmaya en los brazos de don Cesar que la coloca en el sillon.*)

CESAR. Mísera!

GAB. El dia
concluye: vamos pues: me faltaría

valor para dejarla si volviera
en si. Pronto, marchemos

DOCTOR. (*A Gabriel, poniéndose á su lado.*) Vos conmigo.

GAB. Es inútil.

DOCTOR. Mirad.

GAB. Todo es en vano

DOCTOR. Sin confesion ireis?

GAB. Há que os lo digo
cuatro semanas ya.

DOCTOR. No sois cristiano?

GAB. Porque lo soy si á confesarme accedo
os tendré que decir lo que no puedo.
Velad por ella, capitan: se encierra
en ella sola cuanto amé en la tierra.

ROD. Señor...

GAB. No os fatigueis: empresa es vana.
Llegó, rey ó impostor, mi último dia
y moriré cual debo, Santillana.
Si impostor, con impávida osadía,
y si rey, con fiereza soberana. (*Vase y todos tras él.*)

ESCENA ULTIMA.

D. RODRIGO, DOÑA AURORA, D. CESAR.

ROD. A concebir mi mente no se atreve
de la verdad el espantoso arcano.
Por ser y por no ser perecer debe,
si: pero no mi desdichada mano
á ciegas al patíbulo le lleve.
Cesar, dame esa joya.

CESAR. Cuando muera.

ROD. Sepamos antes la verdad entera,
Cesar.

CESAR. Padre, escusád vana porfía:
con su secreto perecer quería
y he de cumplir su voluntad postrera.

ROD. Cesar!

CESAR. Se lo juré.

AUR. (*Volviendo en si.*) Ay ¿quién hablaba
aquí? Sois vos don Cesar? Que terrible
pesadilla!

CESAR. (*Ap.*) Infeliz!

AUR. Si, yo soñaba
sin duda... eran quimeras! Mas... ¡que horrible
sospecha! ese silencio... esa tristeza.
Qué sucede? ¡ay de mi! los pensamientos
no acierto á combinar en mi cabeza.
Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos
hace.—Y Gabriel? decid; donde está ahora?
Dónde está? yo he soñado que venian
por él. Mas, qué rumor!
(*Ruido de voces dentro: doña Aurora se abalanza á la ventana, que abre, á pesar de don Cesar que intenta impedírselo.*)

CESAR. Tened, Aurora:
tened, no os asomeis.

AUR. Ah! me querian
engañar. (*Se asoma.*) Allí va.—Luces, soldados,
gente... ¡ay! yo veo pero no concibo
lo que veo... me envuelve el pensamiento
una niebla, un vapor calenturiento
y no sé comprender lo que percibo.
Allí va.—¿Pero donde se le llevan
sin mí? Se paran... ¡el afan me ahoga!
¿Qué palos son aquellos que se elevan
allí? quién es aquel que con él sube?
Qué le ponen al cuello?... Es una soga.
Dios mio! rasga la sangrienta nube,
que me ofusca la mente... un sacerdote.
¡Ah le van á matar... ¡Desventurados,
deteneos...! ¡Gabriel... ¡Y yo insensata
que lo miraba estúpida! Malvados,
tened... las manos sin oirme le ata...
(*Volviéndose de repente á don Rodrigo.*)
pero vos ¡miserable! que sois hombre
venid... gritad... gritad, alma cobarde
conmigo... Deteneos!—Santillana,
gritad: á mí no me oyen ¡en el nombre
de Dios! gritad... le quitan la escalera...
gritad.

ROD. Sí, que se salve aunque yo muera.
(*Se acerca á la ventana y grita.*)
en el nombre del rey!...

AUR. Ay! es ya tarde!
(*Cayendo de rodillas junto á la ventana.*)

CESAR. Tomad: sepamos la verdad postrera.
(*Dando el relicario á don Rodrigo.*)
(*Don Rodrigo toma y abre con ansia el pliego y el relicario que le da don Cesar. El relicario contiene un papel y un retrato envuelto: el pliego varios papeles. Lo primero que lee don Rodrigo es el papel del relicario: despues registra con ansia los papeles del pliego, y despues desenvuelve el retrato; todo con la mayor agitacion y ansiedad. Doña Aurora permanece unos momentos de rodillas y se acerca despues al grupo que forman don Rodrigo y don Cesar.*)

ROD. (*Leyendo.*) «En el nombre de Dios.—Quien quier que fueres
juez, sacerdote ó asesino, pena
de ex-comunion, despues que le leyeres
arroja al fuego este papel. El muerto
ha sido el rey don Sebastian.

AUR. A buena
hora lo ves imbécil asesino!

ROD. Mi firma.—Una escritura... mi contrato
(*Registrando el pliego.*)
de boda... y esta doña Inés Aldino.
(*Desenvuelve el retrato.*)

AUR. Mientes! es de mi madre ese retrato. (*Quitándoselo.*)

ROD. Hija mia! (*Tendiéndola los brazos.*)

AUR. (*Rechazándole.*) ¿Tu hija?.. eso tan solo
me faltaba.—Hija tuya!—Alucinarme
quieres con ese nombre! mas el dolo
miserable comprendo: no lo intentes.
Tú no has podido la existencia darme:
mientes, viejo feroz: dime que mientes.
Tú para que su muerte te perdone
me llamas hija tuya: mas te engañas:
nada hay en mí que tu maldad abone,
para tí solo hay ódio en mis entrañas.

ROD. Hija mia! (*De rodillas.*)

AUR. Otra vez!—No me lo digas,
no me lo espliques: comprender no quiero
que el ser infame que en tu seno abrigas
me pudo dar el ser: muerta primero.

ROD. Calla, hija mia! (*Asiéndola del vestido.*)

AUR. Suelta, no me sigas.
ROD. Huyes de mí!
AUR. Por siempre.
ROD. Me abandonas?
AUR. Como á mi madre tú.
ROD. ¿Nada en mi abono
te dice el corazon?—Que me perdonas
dime.
AUR. Mi madre contra tí ante el trono
de Dios venganza pide.
ROD. Horrendo encono!
AUR. Si eres mi padre tú ¿porqué te estrañas
del infernal rencor que arde en mis venas?
La que tiene tu sangre en sus entrañas
solo puede tener sangre de hienas.
Suéltame, pues, de tu sangrienta mano.
Mi padre era Gabriel y su asesino
y el de mi madre tú.
ROD. Pero el destino
te une hoy á mí.
AUR. (*Desprendiéndose de él.*) Lo intentarás en vano:
muerta mejor que á tu existencia unida.
Reniego, huyo de tí; mi ser olvida
y el nombre de hija que tan mal empleas:
y ¡ojalá que infeliz como ellos seas,
y, ojalá en mi lugar, fiero homicida,
de mi madre y Gabriel junto á tí veas
la doble aparicion toda tu vida!
(*Don Rodrigo cae desplomado. Doña Aurora se va por la puerta del fondo. Don Cesar la sigue tristemente. Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

FE DE ERRATAS.

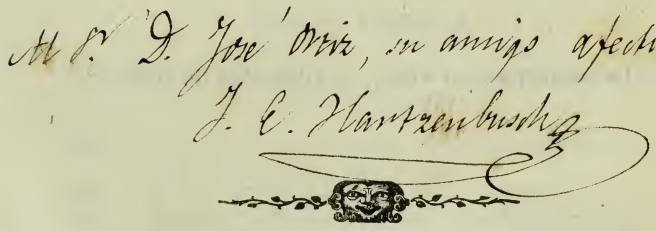
Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
4	37	caballos:	caballos
19	19	hombre agravio	hombre un agravio
22	42	pasan	pasad
51	4	piso	pico
55	42	Mira-Alba	Mari-Alba
57	21	en ella comido	en ella he comido
62	7	estremece	enternece
71	12	de Santillana	deventurada!
74	23	espante.	humille.
76	20	conmigo	D. ROD. Conmigo
Id.	21	D. ROD.	GABRIEL
Id.	22	vuestros.	D. ROD. Vuestros
79	6	partiré con media . .	partiré: media
Id.	9	del rey	el rey

LA ARCHIDUQUESITA,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

de D. Juan Eugenio Hartzenbusch,

estrenada en Madrid, en el Teatro del Príncipe, á 8 de Noviembre de 1854.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1854.

PERSONAS DE LA COMEDIA.	ACTORES.
FERNANDO III, Emperador de Alemania.....	D. José Ortiz.
EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO GUILLERMO.....	D. Victorino Tamayo.
LA ARCHIDUQUESITA MARIANA.....	Doña Rafaela Tirado, niña de 11 años.
MATILDE.....	Doña Teodora Lamadrid.
EL DOCTOR PER-AFAN.....	D. Joaquin Arjona.
CLAUS.....	D. Fernando Ossorio.
CUNEGUNDA, dueña.....	Doña Juana García.
OTILIA, menina.....	Doña Elisa Molina.

Damas, Caballeros, Meninas, Dueñas.

La accion pasa en Viena, en Diciembre de 1646.

La propiedad de esta comedia pertenece al Director de la Galería lírico-dramática El Teatro, *y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.*

ACTO PRIMERO.

Sala correspondiente á la habitacion de la Archiduquesita en el palacio imperial. En el fondo hay dos retratos del Príncipe de España, D. Baltasar Cárlos. Chimenea grande, mesa, sitiales, taburetes, etc.

ESCENA PRIMERA.

El Emperador Fernando III, *en traje de casa*. El Archiduque Leopoldo, *de obispo*.

Leop. No, no; eso te corresponde exclusivamente, Fernando. Eres el Emperador y eres su padre.

Fern. Y tú su tio, y además, príncipe de la Iglesia.

Leop. Prelado y Archiduque, Maestre de la Órden Teutónica y Generalísimo de tus ejércitos, me doy por inhábil para negociar el matrimonio de mi sobrina.

Fern. Leopoldo Guillermo, habla con tu hermano sin disimulo. ¿Desapruebas que procure casar á mi hija con un rey de España?

Leop. Cómo podria desaprobar una medida tan conveniente? ¿Qué sería de nosotros en esta guerra, privándonos de la cooperacion de los españoles?

Fern. Veintiocho años que van ya de lucha incesante!

Leop. Y llegará á los treinta, segun se ve. La Archiduquesa Mariana, tu hija; debe ser esposa de su tio Felipe IV;

pero él cuenta ya cuarenta y un años, y ella todavía no ha cumplido los doce: natural es que la pobre niña no tenga mucha prisa para tal matrimonio.

FERN. Sin embargo, bien le suena el título de Reina de las Españas y de las Indias.

LEOP. La soberanía de una potencia en cuyos dominios nunca se pone el sol, á cualquiera seduce. Pero vuelve la vista allí. (*Señalando los cuadros.*) Muerto el Príncipe don Baltasar Cárlos, hijo de don Felipe, mandaste quitar de esta sala esos retratos suyos; por bien de paz hubo que devolvérselos á Mariana. Con ese novio sí que estaba contenta!

FERN. Ya. Un jóven de poca más edad que ella, con bellísima traza...

LEOP. Murió en Octubre, y estamos en Diciembre: ¿es fácil que en tan breve intervalo se olvide Mariana del hijo, y acepte al padre?

FERN. Yo, por mi voluntad, no apresuraría la boda; circunstancias independientes de mi querer me obligan á ello. Precisa es nuestra union con España, y parece que la fortuna se complace en romperla. Yo estaba casado con la hermana de Felipe IV; la perdí. Desposo á mi hija con el Príncipe de Asturias; unas viruelas acaban con el Príncipe en cuatro dias. Viudo, como yo, mi cuñado, se le ofrecen cuatro proporciones de casamiento, sin contar la de aquí: la Duquesa de Montpensier, la Princesa de Mántua, Leonor Gonzaga, y las dos hijas de nuestra prima Claudia, Archiduquesa de Inspruck. Si nos descuidamos un poco...

LEOP. La de Montpensier y la de Mántua no son partidos para Felipe, hallándose en guerra con los franceses como nosotros. En cuanto á nuestras primitas, las tirolesas de Inspruck, sabes lo que he dicho centenares de veces. Cásate con la una, y Claudia casará la otra como tú dispusieres.

FERN. No pienso pasar á segundas nupcias tan pronto.

LEOP. Me dices la verdad, Fernando?

FERN. Archiduque Leopoldo!..

LEOP. El Archiduque Leopoldo, hermano menor del Emperador Fernando III, le debe el homenage de súbdito; pero como obispo de cinco ciudades, Leopoldo puede amonestar á Fernando. Tú rehusas casarte con nuestra

prima Leopoldina, jóven y hermosa, no por amor á la Emperatriz difunta, sino por amor á su sucesora.

FERN. ¡Sucesora? ¿Quién le sucede! A quién amo yo? ¿Quién te ha contado eso?

LEOP. Ciertas inadvertencias tuyas me han dicho bastante.

FERN. Te juro que, desde el fallecimiento de la Emperatriz, no he dirigido palabra de amor á mujer nacida.

LEOP. Si no la has dicho, ya la dirás. La señora de tus pensamientos ha de residir aquí en Viena, quizá en este mismo palacio imperial. Ignoro aún quién es; pero yo llegaré á descubrirlo.

FERN. Con qué objeto?

LEOP. Con el de oponerme á tu inclinacion, si no fuere digna de tí.

FERN. Cómo abusas de mi carácter benigno, Leopoldo! Deja de ocuparte con los amores que me atribuyes, y piensa en la boda de tu sobrina, que importa más al bien del Imperio. Yo se la he propuesto á Mariana, pero sin fruto; yo la quiero infinito; veo que se aflige en hablándosele de tal materia, y no me atrevo á darle pesar. Por eso deseaba que probases á reducirla.

LEOP. Si le hago reflexiones, me escuchará sin réplica, pero con disgusto; si le dictamos órdenes, obedecerá, pero de malísima gana: y es cargo de conciencia enviar á Felipe IV una esposa que le tenga aversion.

FERN. Viviera la Emperatriz, y vieras entónces!...

LEOP. Aunque no educó muy bien á su hija, nos sacaria con facilidad del apuro: una mujer siempre sabe cómo se convence ó persuade á otra. Sola una mujer casaria sin violencia á Mariana.

FERN. ¿Una mujer! Sí, Leopoldo, sé cuál.

LEOP. No obstante, repito que es muy pronto aún para importunar á la Archiduquesa con proposiciones de casamiento. De aquí á dos meses...

FERN. De aquí á dos dias habrá declarado solemnemente mi hija que será con gusto Reina de España. Puedes entrar á verla. Ceso de rogarte que medies en este negocio.

LEOP. Me dedicaré al de tu boda. César amante, adios.

FERN. Él te guie, Leopoldo. (*Vase el Archiduque.*)

ESCENA II.

FERNANDO.

(*Repitiendo.* ¡Sola una mujer casará sin violencia á Mariana!) Tiene razon el Archiduque. Matilde, la Tenienta de Aya, que fué ántes menina, casi niñera de mi Archiduquesita, ejerce en su ánimo el imperio, la seduccion, la fascinacion irresistible á que cedo yo propio: la mujer á quien ama el padre, colocará á la hija en el sólio de Isabel la Católica. Todavía ignora Matilde que ha fijado en ella los ojos el Emperador de Alemania; pero mi observador hermano saldrá pronto de Viena, y podré declararme del todo; la declaracion ya está principiada. Suecos, franceses, alemanes luteranos, el Turco, la mitad de Europa está haciéndome guerra: necesito entre tantos afanes un corazon que dé algunos momentos de paz al mio; necesito amar para combatir con más fuerza: me hará el amor la victoria más dulce ó el vencimiento ménos amargo.

ESCENA III.

CLAUS.—FERNANDO.

CLAUS. Sacra Majestad....

FERN. Hola, Claus! Inquieto me has tenido toda la mañana. Qué has hecho por fin?

CLAUS. Vuestra Majestad Imperial queda servido.

FERN. Pusiste el regalo donde te dije?

CLAUS. Donde mandó Vuestra Majestad Cesárea lo he colocado. Con el dinero que me entregó, fuí al platero, le pagué, y recogí la joya en su estuche. Volví á palacio. Ni mi amo el Doctor Per-Afan de Ribera, ni mi ama la señora Matilde, su sobrina, ni la misma Cunegunda, su dueña, me habian echado ménos aún: con que no tuve que dar excusa de la escapatoria. Llamó en esto desde su cuarto el señor Doctor, y acudimos los tres: era que entre la señora Matilde y la señora Cunegunda le habian cogido veinte pliegos que tenia escritos de notas á Séneca, y habian encendido con ellos la chimenea de

nuestra sala. Miéntras el Doctor, lleno de bondad y sabiduría, les echaba una arenga para probarles que, si habian de quitarle papel, agarrasen el blanco y respetaran el manuscrito, me escurrí bonitamente hácia el aposento de la señora Matilde, abrí una arquilla de su tocador donde guarda pomitos de olores, planté en medio el estuche, y me salí del cuarto como un bendito.

FERN. Ha visto ya Matilde la joya?

CLAUS. Creo que no, porque nada nos ha preguntado todavía, ni á mí ni á la dueña. Como viste hábito desde aquella enfermedad que padeció Su Alteza la Archiduquesita, no trastea mucho en el tocador.

FERN. Sírveme fiel, avísame de lo que averigües... y... toma. (*Le da dinero.*)

CLAUS. Obedeceré á Vuestra Majestad Cesárea, que viva mil años. (*Váse el Emperador.*)

ESCENA IV.

CLAUS.

(*Repitiendo.* Sírveme fiel!) Yo hago todo lo que Su Majestad Imperial ordena: me parece que es bastante fidelidad, sin dejar por eso de servir á todos los que me necesiten. Ahí han andado en esas provincias matándose por la libertad de conciencia; yo me contento con la libertad de servicio, y su consecuencia inmediata, libertad de propinas. (*Se embolsa la suya.*)

ESCENA V.

LEOPOLDO.—CLAUS.

LEOP. Me alegro de hallarte, amigo Claus. ¿Qué tenemos de aquel encargo?

CLAUS. Creo que Vuestra Alteza Serenísima se dará por servido. Acabo de poner con el mayor sigilo en el tocador de la señora Matilde una joya, de órden de Su Majestad Imperial.

LEOP. ¡Una joya?

CLAUS. De mil escudos.

LEOP. Luego es Matilde á quien ama el Emperador?

CLAUS. Tal parece, á lo ménos.

LEOP. ¡Parece? Pues ¿qué!... no lo sabes de cierto?

CLAUS. Sé que Su Majestad Imperial ha destinado esa joya para mi ama; sé que mañana me entregará otra para ella, y pasado mañana otra más, de doble y de triple valor; sé que tras la tercera irá una carta que explique de quién, por qué y para qué son las tres joyas; fuera de esto, no sé palabra.

LEOP. Con que todavía la declaracion está por hacer? No mentia Fernando, sosteniéndome que desde que enviudó, no habia enamorado á mujer alguna. Llega la noticia á buen tiempo. Yo cortaré los vuelos á ese peligroso capricho. Matilde ha nacido vasalla mia: dispondré que la lleven á Inspruck, y allí mi prima Claudia la pondrá en un convento, ó la casará segun le parezca.

CLAUS. Á Vuestra Alteza Serenísima, como prelado, lo primero que se le ocurre, tratándose de establecer á una jóven, es el convento.

LEOP. Se han deshecho tantos en la guerra presente... Matilde, para monja, tiene andada la mitad del camino; ya lleva el hábito.

CLAUS. Ciertamente; pero...

LEOP. Este es el bolsillo que te ofrecí. Ten. (*Le dá una bolsa.*)

CLAUS. Beso á Vuestra Alteza los piés.

LEOP. Todavía tendrás que servirme.

CLAUS. Lo haré como suelo. Yo no deseo más que proporcion de servir.

ESCENA VI.

DON PER-AFAN.—LEOPOLDO. CLAUS.

PER. Alteza Ilustrísima...

LEOP. Doctor Per-Afan, seais bien venido. Tengo que hablar ahora con un sacerdote sobre ese invento de la piedra filosofal, que tanto alborota. Esperad, y veámonos.

PER. Mande á su servidor Vuestra Alteza. (*Váse el Archiduque.*)

ESCENA VII.

PER-AFAN.—CLAUS.

PER. Claus...

CLAUS. Señor...

PER. ¿Sabes que Matilde todavía no se ha dado por entendida?

CLAUS. Con vos tal vez no, conmigo sí.

PER. Y á qué aguardabas para decírmelo?

CLAUS. Á que vos me lo preguntaseis. Miéntras no se me sonsaca, no chisto.

PER. Qué te ha dicho pues? Habla, explícate.

CLAUS. Esta mañana, que andaba mi señora muy cavilosa, muy distraida...—Por distraccion fué el echar á la lumbre vuestros comentarios á Séneca.—Esta mañanita me dijo...

PER. Qué? Acaba.

CLAUS. Me dijo: « Mira, Claus, hace meses que me hallo en mi aposento unas cartas anónimas de no sé qué galan español: estas cartas no han de venirse por sí solas á casa. Eso no tiene vuelta de hoja, le respondí: las cartas necesitan correo. Solo podeis traérmelas, prosiguió, Cunegunda ó tú, y Cunegunda es una mentecata, de quien nadie se fiaria. Razon teneis, repuse; no sirve para ello. Con que tú has de ser el correveilleva, continuó, porque eres un solemne bellaco.—Favor que no merezco, señora.—No te hagas el simple, dijo marchándose; que no quiero comprometerte. Díle á ese hombre que, á fuerza de ser terco, me ha vuelto curiosa. Díle que deseo ya conocerle.»

PER. ¡Eso dijo?

CLAUS. Y se marchó corriendo, para que no viese que se le ponia el rostro como un pimiento colorado, de vuestra tierra.

PER. Toma, Claus, toma por esa feliz noticia. (*Dále dinero.*)

CLAUS. (*Aparte.*) Y van hoy tres tomas por noticias de mi ama.

PER. Por fin, ya quiere saber quién le escribe.

CLAUS. Y ¿qué sucederá cuando sepa que su tio es su amante anónimo?

PER. Eso es lo que temo ; pero ¿de qué otro arbitrio me habia de valer en mi situacion? Yo, que amo ahora con delirio á Matilde, no podia sufrirla cinco años há, y ella me correspondia con su cordial aborrecimiento.

CLAUS. ¿Es posible!

PER. Mi hermana, madrileña como yo, servia á la Infanta doña María, ántes que Su Alteza casase con Fernando III. Al venir á Alemania doña María, se trajo á mi hermana y la casó con un buen caballero, cuya casa solariega radica en los dominios del Archiduque.

CLAUS. Allí nació la señora Matilde.

PER. A los seis años quedó huérfana.

CLAUS. Os la enviaron á Madrid.

PER. Me encargué de educarla. Ya ves que ahora mi sobrina es el ornamento de este palacio por sus gracias y elegante despejo... Entónces era casi fea... y tan ruda! Cinco años tardó en aprender el castellano medianamente : cinco años fueron de desesperacion para mí. Los españoles no tenemos sobrada paciencia para enseñar.

CLAUS. Ni para aprender.

PER. Para nada. Dice un refran de allí, que la letra con sangre entra : la instruccion que recibió de mí la pobre Matilde, fué acompañada de tantas angustias... ¡Así me odiaba ella!

CLAUS. Con escuela tan dulce...

PER. Doña María, Emperatriz ya, se acordó de Matilde, y me escribió á Madrid que se la trajese para menina de la Archiduquesita Mariana : vinimos á Viena. Ella en palacio, yo en mi casa, estábamos como apetecíamos: Matilde, libre de un maestro verdugo, y yo sin una discípula impertinente. Pero al rayar Matilde en la juventud, y al salir de una enfermedad, su comprension, ántes limitadísima, se trocó de pronto en vivo y penetrante ingenio ; la niña de poco agradable aspecto, fué paso á paso transformándose en una dama de brillante hermosura ; y al propio tenor, el dómine adusto en galan rendido. Yo, que habia ansiado separarme de mi sobrina, ya no podia vivir sino donde me alumbrara la luz de sus ojos ; pretendí, conseguí que se me nombrase preceptor de castellano y latin de la Archiduquesa ; volvimos á habitar bajo un mismo techo Matilde y

yo; traté de reparar mis antiguos rigores, y cesó ella de aborrecerme; pero noté que en su corazon se albergaba una antipatía contra mí, que sin ser muy fuerte, era de temer que fuese invencible. Quise renunciar á toda esperanza; admití una comision para la corte de Felipe IV; mi amor se tornó más violento en la ausencia; y desde Madrid, desde aquella casa donde tanto habia hecho gemir á la infeliz criatura, le escribí papeles, que recibieron sobre sí muchas veces mis lágrimas. Decíale en ellos que me era forzoso encubrirle por algun tiempo mi nombre y mi rostro; que podria contestar á mis cartas por medio de...

CLAUS. El señor Archiduque vuelve.

PER. Déjame solo. (*Váse Claus.*)

ESCENA VIII.

LEOPOLDO.—PER-AFAN.

LEOP. Perdonad si he tardado.

PER. Señor!...

LEOP. Maese Per-Afan, vos sois un español honradísimo, y teneis una sobrina alemana, tan buena como vos: yo, que os conozco, me intereso por ambos.

PER. Beso vuestros piés augustísimos.

LEOP. Don Per-Afan, vuestra sobrina se halla ya en edad de tomar estado.

PER. Cierto que sí, Príncipe Serenísimo.

LEOP. Doctor Per-Afan, vuestra sobrina pudiera estar mejor que en este palacio.

PER. Quién lo duda? Hay tanto pisaverde en la corte!...

LEOP. Pisaverdes y pisamaduros hay, que son de temer. Vos habeis hecho un viaje á Madrid en este año sin vuestra sobrina; ¿quisierais hacer otro con ella, no más que al Tirol?

PER. Con grandísimo gusto. Si partí sin Matilde á España, fué porque el Emperador no permitió que la Archiduquesita se quedara sin su predilecta menina.

LEOP. Penetro la razon. Pues, Doctor, yo quisiera que tio y sobrina partieseis á Inspruck inmediatamente, con un mensaje para la Archiduquesa Claudia.

PER. Se dice si su Majestad Imperial se casa ó no se casa

con la hija mayor de la Archiduquesa : ¿tendria relacion con eso nuestro mensaje?

LEOP. Relacion estrechísima, Doctor Per-Afan.

PER. En arreglándolo con su Majestad Vuestra Alteza, disponga de Matilde y de mí.

LEOP. Yo salgo á todo. ¿Qué estado convendria más á vuestra sobrina?

PER. Si mi voto valiera... Pero Vuestra Alteza puede informarse mejor de la interesada.

LEOP. Con aquel hábito de la Anunciacion, está hecha una imágen.

PER. Por eso dice que no piensa quitárselo nunca.

LEOP. ¡Eso dice? Perfectamente! Bien haya su boca! Y vos qué decís?

PER. Yo... (*Aparte.* Esta es la ocasion de agenciarme un padrino.) Señor, un palaciego me pidió hace poco la mano de Matilde; yo le declaré que estaba en ánimo de negársela á todos.

LEOP. No pudierais haber contestado más á mi gusto.

PER. Vuestra Alteza comprenderá lo que tal contestacion significa.

LEOP. No es muy difícil. Hoy haré una plática á Matilde sobre ese punto, y espero demostrarle cuál es para ella el mejor esposo.

PER. Cuánta bondad!

LEOP. Maese Per-Afan, yo quiero concluir este asunto con gran celeridad y secreto.

PER. Qué más pudiera desear yo?

LEOP. Esta noche á las diez, sin decir nada á nadie, partiréis con Matilde.

PER. Á Inspruck?

LEOP. Á Inspruck. Os acompañará uno de mis capellanes que os presentará á la Archiduquesa Claudia, y ella propia será la madrina. El dote corre por mi cuenta.

PER. No sé cómo expresar á Vuestra Alteza mi agradecimiento. Capellan, madrina, dote... en todo ha pensado Vuestra Alteza.

LEOP. Hasta en el convento.

PER. ¡Convento?

LEOP. Si os es igual, yo preferiria el de la Anunciacion.

PER. Ah! Como lleva Matilde ese hábito, quereis que sea allí donde cambie de estado. Bien, lo mismo nos da.

LEOP. Ahí teneis á vuestra sobrina. Decidle algo, y yo luégo le diré lo demas.

ESCENA IX.

MATILDE, *con hábito de la Anunciacion* (1).—PER-AFAN.

MATILDE. Ay, señor tio! ¡qué mal rato os habré hecho pasar con la pérdida de vuestro manuscrito! Lo he sentido más, por lo mismo que no os habeis enojado.

PER. No se enoja ya con Matilde su tio. Demasiado áspero fuí contigo cuando eras niña.

MATILDE. Díganlo mis orejas. Esta me la despegasteis una vez de un tiron.

PER. Me lo has perdonado, Matilde?

MATILDE. ¡Perdonar? Vos me pedis perdon!

PER. No viviria si me aborrecieses, Matilde.

MATILDE. ¿Sabeis, tio, que de poco tiempo á esta parte os habeis hecho bondadosísimo?

PER. Te pesa de ello?

MATILDE. Todo al contrario: necesitaré tantas veces de vuestra indulgencia!

PER. Acaso necesite yo más de la tuya.

MATILDE. ¿De la mia! Por qué?

PER. Por ocasiones que se ofrecen. Ahora acaba de proponerme el Archiduque Leopoldo que me vaya contigo al Tirol.

MATILDE. Á qué?

PER. Á un negocio de estado. Y yo, sin aguardar tu consentimiento, he dicho que iríamos.

MATILDE. Pues, tio, perdonad. Yo no querria salir de Viena.

PER. Por?...

MATILDE. Por no disgustar á la Archiduquesa. Me quiere en extremo; la quiero igualmente; por ella uso este hábito; anda triste desde la muerte de don Baltasar, y se opondria á que el Emperador me diese licencia para acompañaros.

PER. Si tuviera yo que ausentarme de Viena sin tí, mucho lo sentiria un paisano mio.

(1) Hábito pardo, escapulario encarnado, manto y toca blancos, y velo negro.

MATILDE. Quién?

PER. Un caballero de Madrid, que debes conocer, por escrito á lo ménos.

MATILDE. ¡Por escrito?

PER. Durante mi ausencia, y áun despues que volví, ¿no has recibido algunas cartas que no han venido por el correo?

MATILDE. (*Con gran viveza é interes.*) Quién me las ha escrito? Le conoceis? Decidme todo lo que sepais.

PER. Diré cuanto pueda.

MATILDE. Su nombre, tio, su nombre lo primero.

PER. Él te lo dirá ántes que lleguemos á Inspruck.

MATILDE. ¿Él! Va tambien á Inspruck ese caballero?

PER. Sí, conmigo.

MATILDE. ¡Con vos? Vaya, pues entónces me dará licencia Su Majestad.

PER. Con que tú deseas conocer á tu amante incógnito?

MATILDE. Si hace ya cinco meses que me está escribiendo ternezas... Aunque no sea más que por curiosidad... ¿Qué especie de persona es?

PER. Persona... de claro linaje... buen sujeto...—Conveniencias, nada más que medianas.

MATILDE. Y... qué edad?... qué aspecto?..

PER. Mediano todo. Si hoy no se ven más que medianías.

MATILDE. Mediana edad... Es decir que la suya...

PER. Se halla entre la del Archiduque y la de Su Majestad.

MATILDE. El Emperador tiene treinta y ocho años, el Archiduque treinta y dos: con que nuestro incógnito contará...

PER. Treinta y cinco.

MATILDE. Treinta y cinco años... Sí: él ya me previno en su declaracion que no era un muchacho... Treinta y cinco años... De manera que tiene... los mismos que vos!

PER. Yo todavía no los he cumplido.

MATILDE. Y él sí?

PER. Él... tampoco. Lo que tú has dicho, mi propia edad.

MATILDE. Pero decidme, señor tio: siendo ese don... El incógnito tendrá don.

PER. Por supuesto.

MATILDE. Siendo ese don Fulano persona aceptable, ¿por qué no se me ha presentado á cara descubierta en vez de escribirme?

PER. Eso lo sabrás en Inspruck. Lo que puedo decirte ahora, es, que ese hombre, como te ve más jóven que él, her-

mosa, favorita de la Archiduquesa, y en disposicion de aspirar á un destino brillante; como él es extranjero, y no descuella ni por ilustre, ni por buen mozo, ni por opulento, ha dicho para sí: «Matilde merece un esposo mejor que yo; pero yo la quiero como nadie podrá quererla; pongamos por delante mi amor, que es en mí lo que vale mucho, y luégo se presentará la persona, que vale ménos.»

MATILDE. Siempre vale algo el que no es presumido. Vos, tio, me pintais al incógnito de manera... En resúmen, ¿qué me aconsejais?

PER. Matilde... yo...—De tu corazon es de quien debes tomar consejo.

MATILDE. Doy calabazas al don Fulano?

PER. Oh! No lo merece.

MATILDE. Un susto pequeño sí le estaria bien empleado.

PER. Por qué?

MATILDE. Por la zozobra en que me trae tanto tiempo há. Aturdida, azorada, pensando en él, condené al fuego vuestros comentarios á Séneca. Y luégo, cierta dósis de honesta esquivez no es mal estímulo para un amante así, cachazudo. Decidle que...—Que prefiero á otro sería demasiado mentir.—Decidle que tengo mucho cariño á este hábito, que quiero ser monja.

PER. Fuerte pesadumbre le voy á dar.

MATILDE. Componedlo de suerte que no se aflija tanto... y conserve alguna esperanza. Tal vez con el miedo se declare ántes.

PER. Ah! Por eso lo haces?

MATILDE. Me parece un medio bastante eficaz.

PER. Te saldrás al fin con la tuya. El don Fulano tomará la vénia del Archiduque...

MATILDE. Entiende el Archiduque en este negocio?

PER. Y te ofrece un buen dote, y ya tiene buscada madrina, y hasta el capellan que ha de casarte en la iglesia de la Anunciacion de Inspruck.

MATILDE. Es bien raro eso en el Archiduque: más suele proteger los monjíos que los matrimonios.

ESCENA X.

FERNANDO.—PER-AFAN. MATILDE.

FERN. Dios os guarde, amigos.

PER. Besamos los piés á Vuestra Cesárea Majestad.

FERN. Vos, Matilde, y vos tambien, Maese Per-Afan, podeis prestar á mi corona un singular servicio.

MATILDE. Dicte órdenes Vuestra Majestad Imperial á su humilde súbdita.

PER. Disponga Vuestra Majestad Imperial de un español agradecido.

FERN. Vos, por Tenienta de Aya, vos por maestro de mi hija, teneis ascendiente con ella.

PER. Yo, poco; Matilde es quien...

FERN. Á Matilde me dirijo principalmente. Se trata de casar á la Archiduquesa con su tio... vuestro Rey, Doctor Per-Afan.

PER. En efecto, cuando yo salí de Madrid, ya se susurraba la boda.

FERN. Cómo se recibia en España la idea?

PER. Muy bien, señor, sumamente bien. La Archiduquesa es hija de nuestra Infanta doña María, que fué queridísima de los españoles.

FERN. Pues, amigos, la Archiduquesa repugna esta boda.

MATILDE. Oh! la Archiduquesita es dócil y obediente.

FERN. Hará lo que su padre le mande, sí; pero querria yo persuadirla de modo, que obedeciera sin asomo de repugnancia, que se casara de buen grado, con gusto. Querida Matilde, el Emperador os confiere este encargo.

MATILDE. Honrosísimo es; impropio, por lo mismo, de mi persona.

FERN. Vos sois muy capaz de llevarlo á su término.—Creo que mi hermano me busca por esas antecámaras: entretenedle un momento, don Per-Afan.

PER. Cabalmente yo tenia que hablar á Su Alteza. (*Váse.*)

ESCENA XI.

FERNANDO.—MATILDE.

FERN. Matilde, la recompensa de este servicio no desdecirá de su magnitud.

MATILDE. No dudará Vuestra Majestad que profeso el más reverente amor á la Archiduquesa. Contribuya yo en algo á su bien, y no aspiro á más paga.

FERN. El amor á la hija debe agradecéroslo el padre. Bella Matilde, hay en mi corte quien suspira en silencio por vos.

MATILDE. ¡Por mí?

FERN. Alguna muestra de su cariño habréis recibido.

MATILDE. Yo...

FERN. ¿No habeis hoy hallado en vuestro tocador...

MATILDE. Ah! sí, señor: una joya riquísima.

FERN. Riquísima! Es de muy escaso valor para lo que vuestras prendas merecen.

MATILDE. ¿No podrá Vuestra Majestad revelarme el nombre de ese oculto galan?

FERN. Él desea con ansia decíroslo, y no tardará. Guardad por ahora un impenetrable secreto, y veréis pronto cuán digno es de una agradecida correspondencia el vivo y tierno amor que habeis inspirado.

MATILDE. No creo que éntre la ingratitud en el número de mis defectos; la curiosidad, sí.

FERN. Reprimidla unos pocos dias, unas horas al ménos. Entended que hay en Viena quien amenaza perseguir ese amor naciente.

MATILDE. Áun no sé si amo, y ya tengo enemigos! Defiéndame Vuestra Majestad.

FERN. Fiad en vuestro amante, fiad en mí.—El Archiduque! Despues hablaremos. (*Váse.*)

MATILDE. Un amante anónimo! Un enemigo oculto! ¿Quién es el uno? Quién será el otro?

ESCENA XII.

LEOPOLDO.—MATILDE.

LEOP. Matilde, estaréis ya enterada por vuestro tio, de que he tomado á mi cuenta el estableceros.

MATILDE. Soy vasalla vuestra de orígen, soy vuestra sierva por gratitud.

LEOP. Peligrais en este palacio, Matilde, peligrais en Austria.

MATILDE. Lo acabo de saber con asombro. Yo no merezco la per-

secucion que se me prepara, yo estoy inocente, yo estoy ignorante de todo.

LEOP. Me consta, y quiero conservar á todo trance vuestra inocencia. Partiréis esta noche á Inspruck.

MATILDE. Es que se me ha conferido el encargo...

LEOP. Ya tengo entregada á mi capellan vuestra dote.

MATILDE. Oh, señor!...

LEOP. Mi prima Claudia os servirá de madrina.

MATILDE. Tantas honras á mí!...

LEOP. De aquí á ocho dias seréis monja en el convento de la Anunciacion.

MATILDE. ¡Monja? Yo monja! ¿No le ha dicho á Vuestra Alteza mi tio?...

LEOP. Que amais ese hábito: ¡feliz noticia para mí, que necesito colocaros en un monasterio!

MATILDE. Señor Archiduque, mi tio y Su Majestad saben que yo he principiado á prestar oidos...

LEOP. Á la voz del Señor, sí: perseverad en vuestro santo propósito, y absteneos de decir palabra al Emperador: vuestro señor natural os lo veda. Hoy la partida; dentro de una semana renunciais al mundo, y evitais el peligro que os amenaza. (*Váse.*)

MATILDE. Dios mio! ¿Qué va á ser de mí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

La Archiduquesita Mariana *y* Don Per-Afan, *sentados á una mesa de estudio.* Cunegunda *y otras* Dueñas, Otilia *y otras* Meninas, *haciendo labor junto á la chimenea.*

Per. Principiemos la traduccion de Virgilio.

Mariana. Pero, y Matilde? No acierto á dar leccion sin ella.

Cuneg. Ha dicho que necesitaba presentarse á Su Majestad: estará esperando ocasion.

Mariana. Aquí podia esperar tan bien como en la antecámara de mi padre. Se acaban de recibir noticias del ejército, y se han encerrado mi padre y mi tio á tratar de la guerra: me figuro que no despacharán tan pronto, porque eso de matarse los hombres, bien merece pensarse despacio.

Per. Y nosotros? Cuándo pensamos en nuestro latin?

Mariana. Pensemos; pero no traduzcamos.

Per. Cuatro versos no más.

Mariana. No me gustan los versos latinos.

Per. Tres líneas en prosa.

Mariana. La prosa me fastidia. Á mi hermano, que se cria para obispo, le aburre el latin: qué me pasará á mí con él?

Per. Ea, si es un instante.

Mariana. Don Per-Afan, si quereis que traduzca ese punto, me habeis de enseñar ántes una traduccion de burlitas.

PER. ¿Cómo, de burlas!

MARIANA. Sí, de esas de *conservare digneris*, conservar el dinero; *Deum de Deo*, dé donde diere.

PER. Vaya por Dios! ¿Cómo entendeis en su recto sentido la cláusula *qui temperas rerum vices?*

MARIANA. El *qui*, segun el verbo que le sigue, debe corresponder á segunda persona de singular: con que deberá traducirse *tú que. Temperas*, templas.

PER. Moderas, riges.

MARIANA. *Vices*, las veces.

PER. Las vicisitudes, el órden alternado.

MARIANA. *Rerum*, de las cosas. Tú que riges las vicisitudes.....

PER. Del mundo. Pues oid otro género de version. En un pueblo de España tenia cátedra de latinidad un dómine muy bondadoso y muy sufrido, contra la costumbre de los gramáticos. Poseia el buen dómine un huertecillo, en medio del cual descollaba un peral corpulento, cuya fruta vendimiaban de tal manera los alumnos ciceronianos, que el pobre maestro no la cataba. Fuése un dia al huerto, y sorprendió á todos sus discípulos despojando el peral. Sin irritarse, los llamó uno por uno; y reunidos en su presencia, preguntó al mayor por qué le robaban de aquella suerte. «Dómine, respondió sin cortedad el muchacho, es que hemos leido en vuestro breviario, *qui temperas rerum vices. Qui temperas* quiere decir *quiten peras.—Rerum vices*, replicó el dómine; *raras veces*, no siempre, no todos los dias, reniego de vosotros; que no cojo ninguna.»

MARIANA. No gastaba mal genio el tal preceptor.

PER. Aplicando yo sus palabras al caso presente, rogaré á Su Alteza la Archiduquesita Mariana, que pida cuentecillos á su maestro de latin *raras veces*, no á cada paso, porque se irá en cuentos la hora de estudio.

MARIANA. Dispensadme por hoy; estudiaré mañana doble.

PER. Cesa aquí por hoy la leccion de latin; pasemos á la de castellano.

MARIANA. Para qué quiero aprender ya ese idioma?

PER. Para entender á vuestros vasallos.

MARIANA. Mis vasallos hablan aleman como yo.

PER. Los actuales, que os llaman *Alteza*; ¿no querréis cambiarlos por otros que os dén *Majestad*?

MARIANA. Si me vais á hablar de eso, prefiero la leccion de latin.

PER. Leamos unos versos en español.

MARIANA. Quereis que os diga de memoria unos que sé?

PER. Cuándo los habeis aprendido?

MARIANA. Anoche: son de una comedia.

PER. Quién os la ha dado, contra las órdenes de Matilde?

MARIANA. Se la dejó ella en mi dormitorio.

PER. Y qué comedia es?

MARIANA. *Los Amantes de Teruel*, compuesta por el Maestro Tirso de Molina. Es muy divertida: hace llorar tanto!...

PER. Buena diversion!

MARIANA. Hay allí un jóven que se marcha á la Morería, y cuando vuelve, se muere de pena, porque su dama se ha casado con otro. El entierro de él pasa por delante de la casa en que vive ella, y es á tiempo que la estaban peinando. Como se oye la bulla, se asoma la criada, y vuelve á su ama y le dice...—Veréis qué versos tan sentidos!

PER. Recitadlos ántes que aparezca Matilde. Empezad.

MARIANA. (*Declamando.*) Ponte á la ventana,
y asida á la reja,
verás con asombro
la villa revuelta.
Campanas que doblan,
á todos inquietan
de muros adentro,
de fosos afuera.
Cuadrillas, formadas
en calles diversas,
corriendo por otras,
ocupan la nuestra.
Piadosos vecinos
que arrastran bayetas,
bañados los ojos,
caminan por ella.
En muchos balcones
arrancan de pena
sus rubios cabellos
hidalgas doncellas.
Matronas y ancianos
con lágrimas tiernas
la ropa de luto
salpican de perlas.

Óyense suspiros
que el aire penetran:
el eco doliente
suspira en respuesta.
En son destemplado
tambores resuenan,
pausado quejido,
clamor de la guerra.
Detras de ellos viene
la gente de Iglesia
con capas de coro
y fúnebre cera:
los golpes de caja
y el canto de exequias
mezclados infunden
extraña tristeza.
Despues, más abajo,
se ven por la tierra
de moros vencidos
rasgadas banderas;
y en hombros de nobles
un féretro asienta,
y en él va un guerrero
con palma en la diestra.
Lanzando alaridos
el pueblo le cerca:
su gloria le llaman,
sin gloria se quedan.
Ya dicen las voces
que el féretro llega,
y el alma te dice
quién es el que entierran.

ESCENA II.

MATILDE.—MARIANA. PER-AFAN. CUNEGUNDA. OTILIA. MENINAS. DUEÑAS.

MATILDE. Muy bien, señora Archiduquesa! muy bien! ¡Lindo modo de aprovechar el tiempo!
MARIANA. Ay, Matilde! Perdóname.
MATILDE. Leer un libro que yo no os he dado! una farsa! Ni puedo

perdonároslo á vos, ni á este señor maestro que no os lo reprenda.

PER. Yo te ruego por mi discípula.

MATILDE. Rogais en vano: y os advierto que no debeis tutearme como á sobrina cuando hablo como Tenienta de Aya de Su Alteza Imperial.

PER. Se os complacerá, señora Tenienta.

MATILDE. (*A Mariana.*) Iréis á vuestro cuarto y estudiaréis una hora más de latin.

MARIANA. No! tanto no!

MATILDE. Estudiaréis hincada de rodillas.

MARIANA. Por Dios!

MATILDE. Y sin almohadon.

MARIANA. Con qué humor vienes!

MATILDE. (*A las meninas y dueñas.*) Acompañad á la Archiduquesa por espacio de una... por espacio de media hora.

MARIANA. (*Aparte á Otilia.*) Ya ha habido rebaja.

OTILIA. (*Aparte á la Archiduquesa.*) Serán quince minutos. (*Vánse la Archiduquesa, Cunegunda, Otilia, las meninas y las dueñas.*)

ESCENA III.

MATILDE.—PER-AFAN.

PER. Sabes que dice bien tu discípula? que traes un humor insufrible?

MATILDE. Sabeis lo que el Archiduque me ha dicho?

PER. Que te casa y te dota, supongo yo.

MATILDE. Si está empeñado en que he de ser monja!

PER. ¡Monja?

MATILDE. De este hábito: para eso quiere sacarme esta noche de Viena. Porque no estoy bien aquí, porque me persiguen. Y el Emperador me habia dicho ántes lo mismo.

PER. Tambien quiere ahuyentarnos de Viena el Emperador?

MATILDE. Él, creo que no, porque me encargó delante de vos que procurase reducir á la Archiduquesa á casar con su tio. Confusa con tales contradicciones, he querido verme con Su Majestad Imperial, y no ha sido posible: de modo que estoy fuera de mí. Yo quise dar un susto á ese don Fulano con lo de mi supuesto monjío; pero el chasco se vuelve contra mí propia, se convierte en verdad.

PER. No será tal, si Dios me da vida. Tú monja! ¡Bien quedaba entónces tu oculto amante!

MATILDE. ¿Cuánto va á que todo este embrollo nace de algun desatino, hecho á medias entre vos y él? Porque vos, tio, ¡me habeis dado tantas pesadumbres desde la hora fatal en que os conocí!

PER. ¡Fatal consideras aquella hora? ¿Estás cierta de que has llegado á conocer bien á tu pobre tio!

MATILDE. Á otro me importa conocer más que á vos: y en verdad que no se comprende qué motivo justo hay para tanto misterio. El hombre de bien, el que lícitamente puede pretender á una dama, no niega su nombre. Ahora mismo vais á decirme el de mi galan incógnito, que, á pesar de su elocuencia epistolar, ya me tiene harta, sin haberle visto ni oido.

PER. Matilde...

MATILDE. Nada, nada, en este instante me lo vais á decir.

ESCENA IV.

LEOPOLDO.—MATILDE. PER—AFAN.

LEOP. Matilde, he sabido que habeis solicitado con gran empeño hablar á Su Majestad Imperial. No sería para contarle lo que hemos tratado.

PER. Señor Archiduque, nosotros quisiéramos...

MATILDE. Señor Archiduque, no debo mentir. Vuestra Alteza me honra con favores que yo no merezco: la perfeccion del estado religioso no es para mí.

LEOP. ¿No! Pues yo os lo propuse, porque me dió su aprobacion vuestro tio.

MATILDE. ¡Mi tio? Para mí siempre vienen los azares por su conducto.

PER. Señor, Vuestra Alteza me dijo, que sería conveniente dar estado á Matilde: me habló de dote, de esposo... Yo me figuré que Vuestra Alteza pensaba casarla.

LEOP. Si me asegurasteis que Matilde no querria despojarse nunca de ese hábito.

PER. Yo lo dije, sin intencion, porque se lo habia oido á ella.

MATILDE. Yo lo he dicho, porque mi anónimo me escribió en una de sus cartas, que era el traje que me estaba mejor.

LEOP. ¿Cartas os ha escrito ya vuestro amante!

MATILDE. Muchas. Vuestra Alteza lo ignora?
PER. Y por qué lo habia de saber el señor Archiduque?
LEOP. No estoy yo tan á oscuras del tal galanteo, Doctor Per-Afan. (*A Matilde.*) Pero yo entendia que solo os habia enviado una joya.
PER. ¡Una joya? Qué joya haş recibido, Matilde?
MATILDE. Esta que veis. (*Mostrándola.*)
PER. Esta! Yo no la conozco. Y es de gran coste. ¿Quién la puso en tus manos?
MATILDE. Hoy me la he encontrado en un cofrecillo que hay encima de mi tocador.
PER. Matilde, el que te ha dirigido las cartas, no te ha regalado esta joya.
LEOP. Pues el que le regala esa joya, todavía no le ha escrito una línea.
PER. Yo no conozco á ese hombre.
LEOP. Ni yo á ese otro.
MATILDE. De manera que segun averiguo...
LEOP. Teneis dos amantes.
MATILDE. De los cuales al uno conoce mi tio, al otro Vuestra Alteza, y yo á ninguno.
PER. No debe quedarse Matilde para monja con dos pretendientes.
LEOP. Pues el que yo conozco no ha de ser su marido.
MATILDE. (*Aparte.*) Si será el mejor?
LEOP. Por eso queria yo trasladaros á Inspruck. (*A don Per-Afan.*) Quién es el que vos conoceis?
MATILDE. Decidlo por fin.
PER. Á Matilde, no puedo.
LEOP. Y á mí, podeis confiármelo?
PER. Sin la menor dificultad. (*Aparte á Leopoldo.*) Señor Archiduque, el de las cartas soy yo.
LEOP. (*Aparte á don Per-Afan.*) Vos! Me alegro mucho. Contad conmigo.
PER. (*Aparte al Archiduque.*) Quién es el de la joya?
MATILDE. (*Anunciando.*) Señores, el Emperador.
LEOP. (*Aparte á don Per-Afan.*) Matilde os lo ha dicho.
PER. Ah!
LEOP. No iréis al convento, Matilde.
MATILDE. (*Aparte.* Respiremos.) Voy á indultar á la pobre Archiduquesita. (*Váse.*)

ESCENA V.

FERNANDO.—LEOPOLDO. PER-AFAN.

FERN. Doctor Per-Afan, mi Director de minas, el Conde de Russ, me escribe desde Praga una nueva importante. Parece que un desconocido, vascongado segun las señas, ha descubierto la verdadera piedra filosofal.

LEOP. Da el Conde crédito á esas patrañas?

FERN. Me dice que el desconocido le ha proporcionado unos polvos de color de púrpura, con los cuales el azogue se convierte en oro purísimo.

LEOP. Haz venir á Viena á ese español.

FERN. Se marchó ya de Praga, y no se sabe su paradero. Pero ha dejado al Conde una especie de instruccion ó receta para obtener esos polvos purpúreos, receta de que no puede el Conde servirse, por estar escrita en vascuence. Como vos, Doctor Per-Afan, sabeis ese idioma...

PER. Yo traduciré la instruccion, al momento que Vuestra Majestad Imperial se sirva entregármela.

FERN. No quisiera enviarla el Conde, sino que se la tradujeran allí. Me haréis, pues, el favor de pasar á Praga...

PER. ¡Á Praga?

FERN. Poniéndoos esta tarde en camino, ó mañana temprano.

PER. Señor...

LEOP. (*Aparte.*) Quiere separar al tio de la sobrina.

FERN. No doy entera fe al aviso del Conde; pero, en conciencia, tampoco debo desatenderle. La guerra tiene mi tesoro agotado; si por ese medio pudiera librar á mis vasallos de algunos gravámenes, favor les haria. Conviene, amigo Doctor, salir sin tardanza.

PER. (*Aparte.*) Abandonar á Matilde ahora!

LEOP. Yo daré leccion á mi sobrina, don Per-Afan. (*Con intencion.*) Yo supliré por vos en cuanto fuere necesario.

PER. Deberé á Vuestra Alteza una inestimable merced.

FERN. Preparad vuestro viaje.

PER. Obedezco á Vuestra Majestad Imperial. (*Váse.*)

ESCENA VI.

FERNANDO. LEOPOLDO.

FERN. Leopoldo, tu partida tampoco podrá diferirse: los franceses y los suecos toman otra vez la ofensiva. (*Da un pliego al Archiduque.*) Lee ese nuevo parte recien llegado.

LEOP. (*Leyendo.*) «Turena avanza contra Munich... Vrangel saquea la Bohemia...»—Tienes razon, Fernando: no espero más. Con las fuerzas y provisiones que hay reunidas, marcho mañana; tú enviarás el resto.

FERN. Iré yo con él.

LEOP. (*Aparte.*) La defensa de Munich importa más que la de Matilde. (*Váse.*)

ESCENA VII.

MATILDE.—FERNANDO.

FERN. Matilde, la guerra separará de vos dentro de poco al amante por quien me intereso.

MATILDE. (*En tono supositivo.*) Vuestra Majestad se interesa por el de la joya.

FERN. Pues ¿qué! teneis otro?

MATILDE. Ahora acabo de averiguarlo.

FERN. Y quién es el audaz que compite?...

MATILDE. Parece que es un paisano de mi tio. Él le conoce; pero yo solamente conozco su letra.

FERN. Os ha escrito?

MATILDE. Una porcion de cartas en español.

FERN. Y el buen don Per-Afan protege á ese amante?

MATILDE. Con mucho empeño.

FERN. Sin deciros su nombre?

MATILDE. Sin declarármelo, por más que le ruego, cosa que me desagrada bastante.

FERN. Para no disgustaros, no imitaré yo su reserva. ¿Quereis ver esta noche á mi protegido?

MATILDE. Verle... Dónde?

FERN. Donde no sea visto sino de vos. En vuestra habitacion.

MATILDE. Mi habitacion se cierra, y mi tio recoge las llaves.
FERN. No duerme el Doctor esta noche en Viena: saldrá luégo á Praga.
MATILDE. Yo no puedo recibir á solas á un hombre.
FERN. Le recibiréis en presencia mia.
MATILDE. Á qué hora?
FERN. Á las doce.
MATILDE. ¿Me responde Vuestra Majestad Imperial de que no arriesgo nada en esa entrevista?
FERN. Qué peligro podeis correr que yo no repare?
MATILDE. No acierto á librarme de una dolorosa inquietud. Si mi tio se ausenta, quedo yo sin custodia: sírvame de escudo, sírvame de padre Vuestra Majestad Imperial.
FERN. ¿Nace ese temor de que os inclinais con preferencia al galan extranjero?
MATILDE. No, señor; el ser amigo de mi tio no es una recomendacion para mí: puede parecérsele, y tengo muy presente cómo me trataba de niña. Además, por lo mismo que el señor Archiduque se opone á que el galan de la joya sea mi marido...
FERN. Conoce mi hermano al galan de la joya?
MATILDE. Tanto, que para impedir nuestra union, queria sacarme de Viena esta noche.
FERN. ¡Esa estratagema disponia mi Generalísimo?
MATILDE. Y enviarme á Inspruck, y colocarme de religiosa en el convento de la Anunciacion.
FERN. ¡Vos religiosa sin mi permiso?
MATILDE. Pero Su Alteza abandonó ya su proyecto: por eso no reparo en dar cuenta á Vuestra Cesárea Majestad.
FERN. Ved si os anuncié yo con razon que amenazaban persecuciones á vuestro amante.
MATILDE. Es lo que me inclina á decidirme por él.

ESCENA VIII.

MARIANA.—FERNANDO. MATILDE.

MARIANA. Señor padre...—Llego á mal tiempo?
FERN. No, hija mia, de ningun modo.
MARIANA. No quisiera que Matilde me penitenciara hoy otra vez.
FERN. Te ha castigado?
MATILDE. Muy levemente: un rato más de estudio.
MARIANA. Arrodilladita en el suelo.

FERN. Trata de tener contenta á Matilde; hoy te lo encargo muy especialmente.

MARIANA. Por qué?

FERN. Porque si tú la enojas, puede ella luégo enojarse con otro. Adios. (*Váse.*)

ESCENA IX.

MARIANA. MATILDE.

MARIANA. Enojarse con otro! Y qué otro es ese? ¿Tu criado Claus, por ventura? ¡Gran sujeto para que se desvele por él un Emperador!

MATILDE. ¿Burloncilla va haciéndoseme Vuestra Alteza!

MARIANA. Un poquito no es grave pecado: así me ha dicho mi confesor, el padre Everardo Nithard.

MATILDE. Servíos de sentaros aquí.

MARIANA. Para qué?

MATILDE. Para arreglaros un poco el tocado: le teneis descompuesto.

MARIANA. Ah! sí; que lo haces á las mil maravillas. No hay dama en palacio que se peine tan bien como tú. (*Se sienta en un sitial, y Matilde, arrodillándose sobre un almohadon, arregla á Mariana el prendido y la ropa.*)

MATILDE. Ya habré perdido la habilidad: mi tocado, ahora, poco tiene que hacer.

MARIANA. Para dos años va que vistes el hábito, y eso que solamente le ofreciste por uno.

MATILDE. Os acordais aún de vuestra dolencia?

MARIANA. Ay! qué dias! qué dolor de cabeza! qué desvarío! ¡qué angustia, y qué sed! Abrí una vez los ojos con tanto trabajo! miré á un lado y otro; me ví tan sola!

MATILDE. ¡Sola, decís?

MARIANA. Sola contigo. Tú estabas de rodillas á los piés de la cama con las manos juntas, ocultando la cara contra la colcha para que no te viese llorar. Te pregunté qué hacias, y me respondiste que un voto para que me restituyera Dios la salud.

MATILDE. Bien empleado fué: sea bendita la divina misericordia!

MARIANA. Á las veinticuatro horas que ya estaba yo buena! Con un brio, con un apetito!... Me tenian á dieta, y tú me traias de tapadillo conservas de España.

MATILDE. (*Aparte.* Esta es la coyuntura.) Vienen de allá cosas que os gustan mucho.

MARIANA. Como no las tenemos aquí... Melones, tomates, pimientos, granadas, limones, naranjas...—naranjas, sobre todo. Las naranjas deben ser las manzanas de oro de las Hespérides.

MATILDE. Si vais por Valencia, veréis campos dilatadísimos cubiertos de azahar.

MARIANA. Valencia... De Valencia se va á Madrid. ¿Me preparas el sermon que oigo á todos?

MATILDE. No, señora, no. Su Majestad Cesárea queria que me valiese de todos los recursos posibles para decidiros á ser esposa de vuestro tio; yo hubiera podido rogároslo echada á vuestros piés; hubiera podido recordaros que me prometisteis, cuando tomé este hábito, concederme una gracia; pudiera pediros que la gracia fuese admitir la corona de España y sus Indias; pero yo, fuera de lo concerniente al cargo de Aya, no pienso molestaros con súplicas ni dirigiros amonestaciones.

MARIANA. No querrás dirigírmelas; pero por sí ó por nó, me echas en cara lo que hiciste por mí, reclamas lo que te he prometido, y te me pones ahí de rodillas á más.

MATILDE. Para serviros de camarera.

MARIANA. Sí, para engatusarme. Pues aunque beses la tierra que piso, nada conseguirás. (*Se levanta.*)

MATILDE. Lo que yo quisiera conseguir es que me escuchaseis tranquila, y si para ello es preciso que ponga los labios en el suelo...

MARIANA. Con esas marrullerías, haces de mí lo que se te antoja. Vamos, levántate. Hazme el favor de levantarte, mujer.

MATILDE. Dadme primero á besar vuestra mano.

MARIANA. Si tienes licencia de mi padre para besarme aquí. (*Le presenta la mejilla.*) Siéntate. Siéntate. (*Siéntase la Archiduquesa en el sitial y Matilde en un almohadon largo, donde apoya los piés Mariana.*) Vamos, ¿qué tienes que decirme?

MATILDE. Ya sabeis que yo todavía no os he hablado palabra acerca del matrimonio que se os ofrece.

MARIANA. Es verdad.

MATILDE. Yo os quiero entrañablemente... y desearia que (fuera con quien fuese) os casarais á gusto.

MARIANA. Con mi tio no puede ser.

MATILDE. En buen hora. Manifestadme las razones en que os fundais para desdeñar ese enlace, y yo se las haré presentes al Emperador, á ver si logro que no os importunen.

MARIANA. Te encargas tú de eso?

MATILDE. Si os he dicho que huyo de contrariar vuestro libre albedrío.

MARIANA. Ahora veo que me quieres de veras. Necesito regalarte mi joya mejor.

MATILDE. Teneis tan poquitas!

MARIANA. Sí: con estos veintiocho años de guerra, el Sacro Romano Imperio está pobre.

MATILDE. Como no poseemos Indias, que envien galeones cargados de oro...

MARIANA. Ay!—Mucho puede gastar, mucho bien puede hacer una Reina de España.

MATILDE. Con lo que ha invertido Felipe IV en fiestas de cañas, comedias y toros, para distraer á su esposa, tal vez se sostendria uno de nuestros ejércitos.

MARIANA. Cañas, comedias, toros...—La funcion de toros debe ser brillantísima.

MATILDE. Admirable, señora.

MARIANA. Y la comedia? Ven las Reinas de España comedias?

MATILDE. Tiene el Rey teatro en palacio.

MARIANA. Cómo me divertirian á mí las comedias de España! Pocas he leido; pero...

MATILDE. Una vez que habeis empezado, gracias á mi descuido, yo os proporcionaré las mejores. Pero hay otro espectáculo más magnífico aún que la comedia en España: ya os he hablado de él.

MARIANA. Sí, los autos sacramentales que representan en el dia del Córpus.

MATILDE. Como aquello no hay nada en el mundo.

MARIANA. Si pudiera verlos yo, sin ir por allá...

MATILDE. Qué lujo se ostenta en Madrid aquel dia!

MARIANA. ¡Lástima es que hayan prohibido á las damas usar guardainfante! Me gustaria á mí tanto ir hecha una campana, con un guardainfante de seis varas de ruedo, y unos chapines de un palmo de altura!

MATILDE. Bien agradecerian las madrileñas que se restableciese esa moda.

MARIANA. ¿Sí!

MATILDE. Las españolas generalmente no son muy altas: por eso les gustan los chapines de gran ponleví.

MARIANA. Aquí me haceis llevar unos zapatillos tan bajos... Tentaciones me dan... No, no: tente, lengua.

MATILDE. Pero, señora, vamos á cuentas. Si os gustan los dulces de España, las naranjas, las comedias, los toros, los guardainfantes, los tacones y los patacones de España, por qué no sois Reina de allí?

MARIANA. Toma! Porque no es Rey aquel. (*Señalando el retrato de don Baltasar.*) Dí tú que mi primo viviera...

MATILDE. Dios no lo ha querido... probablemente por vuestro bien.

MARIANA. ¡Por mi bien, quitarme un esposo tan guapo y tan bueno!

MATILDE. Un ángel era en cuerpo y en alma; pero ¿y si no os hubiera querido gran cosa?

MARIANA. Por qué no habia de quererme?

MATILDE. Os teneis vos por tan buena como él?

MARIANA. Tan mala soy?

MATILDE. Os lo voy á decir muy bajito. Pecais algo de ambiciosilla, de atolondrada y caprichosa, de vana y terca.

MARIANA. Echa más!

MATILDE. Los maridos perfectos no suelen ser los más cariñosos.

MARIANA. Pues con todas mis imperfecciones, tú bien me quieres.

MATILDE. Primeramente, yo ni soy marido, ni soy una santa; en segundo lugar, yo os regaño, os amenazo, os castigo, os hago llorar con frecuencia: ¿gustariais mucho de un esposo por el estilo?

MARIANA. Huy! Ni por pienso.

MATILDE. Don Felipe adoraria en vos, porque (perdóneme su ausencia) valeis más que él.

MARIANA. Cuarenta y un años, y dos hijos, Matilde!

MATILDE. El hijo no vive con el padre; la Infanta es una niña de ocho años.

MARIANA. Pero el Rey es un niño de cuarenta y uno! tres más que mi padre! Cuarenta y uno don Felipe, y yo doce!

MATILDE. Eh! Se hacen tantos matrimonios así!...

MARIANA. Yo no he visto ninguno.

MATILDE. Yo sí, varios.

MARIANA. Dónde?

MATILDE. En España y en Alemania.

MARIANA. Y qué tal se llevan?

MATILDE. Tan lindamente. Como él sea hombre de bien, y ella mujer honrada, poco importa la diferencia de edad.

MARIANA. Pero esas mujeres quizá se habrán casado por su gusto con hombres mayores, y yo no acabo de resolverme á...

MATILDE. Tambien una princesa tiene ciertas obligaciones, de que está libre cualquiera dama particular. Como una corona vale mucho, natural es que, á proporcion, cueste algo.

MARIANA. Si yo viese un ejemplo feliz de lo que me dices...

MATILDE. Qué ejemplo quisierais?

MARIANA. Si yo viese que á una jóven le proponian que se casara con un viejo, y ella obedecia sin gran repugnancia, y no vivia triste con tal marido, puede que entónces...

MATILDE. En dos años ó más, hasta que tengais de catorce á quince, no ha de efectuarse vuestro matrimonio: tiempo os queda para observar alguno de tio formal y sobrina muchacha.

MARIANA. Los quisiera yo tener á mi lado, para ver lo que les pasaba.

MATILDE. No habria dificultad en traeros á palacio una pareja así.

MARIANA. Y si me engañaban? Era menester que presenciase yo la proposicion de boda, para que advirtiera si la novia torcia el gesto; era menester cogerla descuidada; que le hiciese la propuesta yo misma.

MATILDE. Vos daréis estado á vuestras damas, andando el tiempo: se os pudiera ya permitir que estableciéseis una.

MARIANA. No quisiera yo casar dama, sino menina.

MATILDE. ¿Menina!

MARIANA. Tú eres mi predilecta, Matilde. Cásate con tu tio, y me caso yo con el Rey de España. (*Se levanta.*)

MATILDE. Señora!...

MARIANA. Nada, está dicho. Compláceme tú, y obedeceré yo dócilmente á mi padre. Tú me has enseñado á soltera, enséñame tambien á casada.

MATILDE. Archiduquesa, reflexionad...

MARIANA. Y mira que sales mucho mejor librada que yo. Quince años te lleva el Doctor Per-Afan: don Felipe me lleva á mí cerca del doble.

MATILDE. Bien, pero...

MARIANA. Y no has tenido un novio como ese. (*Señalando el retrato.*)

MATILDE. No obstante...

MARIANA. Y como, á pesar de tu hábito, no manifiestas vocacion de convento...—Bien que si tratas de meterte monja, no insisto en la idea. Ó monja, ó doña con don Per-Afan.

MATILDE. Esa idea es un capricho extravagante, como los que os tengo reprendidos mil veces.

MARIANA. Yo soy terca si doy en uno, tú misma lo has dicho, y en este no cedo. Yo se lo diré á mi padre y á mi tio y á mi confesor y al Arzobispo de Praga y al ministro Conde de Kevenhüller, y al Embajador mismo de España, Duque de Terranova. Veremos si les parece bien que una maestra se niegue á dar á su discípula leccion de obediencia.

MATILDE. Sosegaos, ilustre discípula: servíos de atender á una observacion. El proyecto de casaros y el de casarme no corren iguales. Vuestro tio, el Monarca español, pretende vuestra mano; mi tio, el Doctor, no apetece la mia.

MARIANA. Ay! es verdad. Mujer, no se me habia ocurrido tal cosa. Tienes mil razones.

MATILDE. Si mi tio tratara de casarse conmigo...

MARIANA. Vuelvo á decir que tienes razon, y que soy una loca. Pero aguarda; que ahora me acuerdo... Mi tio don Felipe nos ha escrito que sus ministros y su Consejo y sus Córtes y el bien de su Reino le han aconsejado que se case con su sobrina; yo, por bien tuyo y mio, por el interes comun de Alemania y España, voy á aconsejar á don Per-Afan que te ofrezca su docta mano.

MATILDE. Si no querrá.

MARIANA. Lo veremos. (*Llamando.*) Otilia!

MATILDE. (*Aparte.*) No deja de inquietarme... Pero mi tio, que favorece al incógnito de las cartas, no ha de prestarse...

ESCENA X.

OTILIA.—MARIANA. MATILDE.

OTILIA. Qué manda Vuestra Alteza?

MARIANA. (*A Otilia.*) Á don Per-Afan, que venga corriendo. (*Vase Otilia.*) Si él se niega, no insistiré; ya sé yo que á los hombres no se les casa tan fácilmente contra su gusto: esa y otras distinciones por el estilo quedan reservadas para nosotras.

ESCENA XI.

PER-AFAN. OTILIA.—MARIANA. MATILDE.

PER. Señora Archiduquesa; cabalmente venia yo en busca de Matilde, cuando salia de aquí la señora Otilia.

MARIANA. ¡La buscabais, eh? Me parece de buen agüero que la buscaseis. (*Váse Otilia.*) Don Per-Afan, á ver: contestadme con sinceridad á una pregunta.

PER. Señora, decid.

MARIANA. (*A Matilde.* No vale hacer señas, cuidado!) La pregunta es muy breve. (*A Matilde.*) Baje la desvergonzada esos ojos. Las doncellas no han de mirar al novio, sino al santo suelo.

PER. ¿Quién es el novio de mi sobrina!

MARIANA. Su tio, si él quiere. Yo os propongo que os caseis con Matilde, y os aviso que por ella no habrá inconveniente.

MATILDE. (*A su tio.*) Vos ya sabeis...

MARIANA. Silencio, niña!—Declarad si os acomoda el partido.

PER. Señora, yo, verdaderamente, no soy digno de tanta dicha...

MATILDE. Ya veis que mi tio rehusa, me da calabazas.

PER. Todo al contrario. Conozco mi falta de méritos; pero cuando la fortuna me hace hallar un tesoro, ¿debo rehusarlo?

MARIANA. Estás de enhorabuena, Matilde. Quedaos con vuestro hallazgo, Doctor: voy á dar cuenta á mi padre y á mi tio, para que os lo adjudiquen definitivamente. Adios, tesoro, adios. (*Váse.*)

ESCENA XII.

PER-AFAN. MATILDE.

MATILDE. Pero, tio, el Señor os ha dejado á vos de su mano.

PER. Por qué? Porque no rechazo la tuya?

MATILDE. No la destinabais al anónimo de las cartas?

PER. No me quejaré yo si se la concedes: entónces yo lo arreglaré con su Alteza.

MATILDE. No, señor; no, señor: vuestro paisano vendrá á ser un español como vos...

PER. Nos parecemos alguna cosa.
MATILDE. Pues no quiero esposo que se os parezca.
PER. Como tienes un galan que te regala joyas riquísimas...
MATILDE. Á ese prefiero: segura estoy de que si le conocierais, me confesariais que aventaja en todo á vuestro paisano.
PER. Sé que le excede en mucho; pero en todo no es fácil.
MATILDE. No digo? Será más ilustre.
PER. Sí, algo más.
MATILDE. Y más rico.
PER. Tambien.
MATILDE. Bastante más jóven.
PER. No, algo ménos.
MATILDE. Más afectuoso, más amante.
PER. Eso queda por ver.
MATILDE. En fin, mucho mejor para mí.
PER. Infinitamente mejor... si se casa contigo.
MATILDE. Él se vale del Emperador, y Su Majestad Imperial quiere esta boda.
PER. Y el Archiduque la contraría. Deja que se anuncie la nuestra, y verás como se apresura á declararte sus intenciones. Juzga entónces y elige.

ESCENA XIII.

FERNANDO. LEOPOLDO.—MATILDE. PER-AFAN.

FERN. Cómo he de acceder yo á un capricho de niña?
LEOP. Para mí es un caso providencial.—Matilde, la boda que os propone la Archiduquesa, merece mi aprobacion completísima: corre á mi cargo solicitar la dispensa de Roma.
MATILDE. Si piensa Su Majestad Imperial como [redacted] Vuestra Alteza...
FERN. Sin ofensa de vuestro tio, mi pensamiento se diferencia del de mi hermano.
LEOP. Reflexiona que será para tu hija un espectáculo muy ejemplar y delicioso el de un matrimonio feliz, arreglado por ella.—Teneis que casaros, para que ella case con nuestro pariente y natural aliado, el Rey don Felipe; teneis que amaros, para que Matilde cobre amor á su novio.
PER. Vuestra Majestad y Vuestra Alteza ¿me permiten ma-

nifestar mi humilde opinion?

LEOP.
FERN. } Hablad.

MATILDE. Tio...

PER. Ese capricho de la Archiduquesita pudiera pasársele en muy pocos dias. Entre tanto que dura, ¿no podríamos contentar á mi señora la Archiduquesa con una farsa?

LOS TRES. Cómo?

PER. Declarando Matilde y yo que estábamos dispuestos á complacerla.

LEOP. No me parece mal.

MATILDE. Pero...

PER. Pero sin obligarnos formalmente á nada. Yo haria el papel de galan respetuoso, Matilde el de vasalla dócil, ó si no, el de víctima resignada; satisfecha la Archiduquesita, prestaria el consentimiento que se desea; y Matilde casaria por último con quien, atendidas las circunstancias, obtuviese el permiso de Su Majestad Imperial.

LEOP. Excelente proyecto, Doctor!

FERN. Si no lo desaprueba Matilde...

MATILDE. Con mi tio, no corro peligro de enamorarme. Por ver cómo se ingenia para el galanteo, porque me pague las rabietas que me hizo pasar cuando niña, consiento en la farsa.

FERN. (*Aparte.*) Mujer al fin.

LEOP. No hay más arbitrio que dar tu beneplácito.

FERN. Bien, estoy conforme.

PER. Vuestra Majestad, en este supuesto, me relevará del encargo que me fué conferido. No me parece ahora oportuno alejarme hasta Praga.

LEOP. Oh! no. Si habeis de obsequiar á Matilde, y Mariana ha de verlo, necesitais permanecer en Palacio. Nosotros partimos, y vos os quedais.

FERN. Pero el bien parecer exige que, declarados novios Matilde y su tio, cesen de habitar en un mismo cuarto.

MATILDE. Seguramente: es uso comun, que no podemos quebrantar sin escándalo.

LEOP. Pasaos á mi habitacion, Doctor Per-Afan.

PER. Miles de gracias.

LEOP. Y dejad vos el hábito desde luégo, Matilde.

ESCENA XIV.

MARIANA. DAMAS. CABALLEROS.—FERNANDO. LEOPOLDO. MATILDE. PER-AFAN.

MARIANA. (*Á la comitiva que trae.* Oís lo del hábito? Eso es que mi tio aprueba desde luégo la boda.) Traigo á estos poquitos señores, para que delante de ellos otorguen mis novios la promesa recíproca de esponsales.

LEOP. En efecto, hemos consentido en lo que deseas, Mariana.

MARIANA. Yo soy tu madrina, Matilde: pediré en tu nombre la licencia, segun costumbre. (*La coge de la mano.*)

PER. Primero á su señor natural, el señor Archiduque.

MARIANA. Ven. (*Matilde se arrodilla ante el Archiduque.*) Tio y señor, Leopoldo Guillermo, Archiduque de Austria, Obispo de Passaw, de Estrasburgo, de Hallerstadt, de Olmutz y Breslaw, Maestre de la Órden Teutónica, Abad de Murbach, Gobernador y Generalísimo, etc., etc., ¿concedeis vuestra vénia á Matilde Ochsenaugen, para dar la mano á su tio el Doctor don Pedro-Afan de Ribera?

LEOP. Alzad, Matilde. El Señor os haga dichosa con el esposo que os conviene. (*Besa Matilde la mano al Archiduque, y se levanta.*)

MARIANA. Ahora, al amo. (*Se arrodilla Matilde ante el Emperador.*) Padre, y Emperador siempre Augusto, ¿permitís á mi Tenienta de Aya que se case... como yo quiero?

FERN. Matilde, haced la dicha de quien os ama. (*Matilde besa la mano al Emperador, el cual la levanta y le dice aparte:*) Esperadme á las doce.

MARIANA. Pregunto: ¿debe tambien pedir licencia á su tio para casarse con él?

PER. No, á su tio toca arrojarse á vuestros piés y á los de Matilde.

MARIANA. Más arriba, á sus brazos.

PER. (*Aparte.*) No la arrancará de ellos el poder del mundo.

MARIANA. (*Á Matilde.*) Como tú he de ser yo: vamos á ver qué ejemplo me das.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Matilde. En el fondo, un balcon interior con celosías y cortinajes, correspondiente á otro cuerpo de la misma habitacion, más alto de piso. Dos puertas á la derecha del espectador: una da paso al cuarto de la Archiduquesita, otra al de Per-Afan. En el costado izquierdo otras dos puertas: la más inmediata al proscenio conduce á una galería de palacio; la de más arriba comunica con el piso alto del fondo. Una mesa, y en ella un espejo y un cofrecillo; al lado opuesto, un retrato de la Emperatriz doña María, colgado en la pared. Sillas, luces.

ESCENA PRIMERA.

CLAUS, *abatido y preocupado.* CUNEGUNDA, *observándole.*

CUNEG. Claus...
CLAUS. Esto va mal.
CUNEG. Claus...
CLAUS. No veo remedio.
CUNEG. Claus!..
CLAUS. De esta no me libro.
CUNEG. ¿Qué te pasa, que andas tan mustio desde que nos dejó solos el amo?
CLAUS. No me le nombres.

CUNEG. Por qué? ¿Te trae perjuicio que habite el Doctor en el cuarto del Archiduque?

CLAUS. Archiduque! No me le mientes.

CUNEG. No estamos por eso más distantes del Emperador.

CLAUS. Por la Emperatriz de los cielos, no me recuerdes que hay Emperador en el mundo.

CUNEG. ¿Qué majaderías estás diciendo! Si nos ocurre pedir una gracia, ¿no es bueno tener á uno y otro señor ahí tan á mano?

CLAUS. Ay, Cunegunda! ¡Qué gracias suelen ocurrírseles á los tales señores!

CUNEG. Sirviéndolos bien, haciendo uno cuanto le manden...

CLAUS. Eso hacia yo, y por ello precisamente me veo expuesto... á una exposicion pública...

CUNEG. ¿Exposicion! Explícate más claro; que me traes aturdida y suspensa.

CLAUS. Suspensa! El suspenso voy á ser yo.

CUNEG. ¿Cómo!

CLAUS. Del cuello.

CUNEG. Por qué?

CLAUS. Porque me lo ha ofrecido Su Majestad. Pues. Y la palabra de un César Augusto...

CUNEG. ¿Qué has hecho tú para atraerte una suspension de ese género?

CLAUS. Nada que desdiga de mi calidad de sirviente. Servir al Emperador, servir al Archiduque, servir á mi amo. Han venido los tres á saberlo, y enojados con mi servicialidad, que les ha debido parecer excesiva, me ha hecho cada uno por sí una oferta. El Doctor me promete cien palos; el Archiduque un novenario de disciplina en los Capuchinos, y Su Majestad Imperial cinco minutos de horca.

CUNEG. ¡Solos cinco minutos? Cualquier ladronzuelo se lleva siete horas: no sé por qué te asusta cantidad de tiempo tan mínima.

CLAUS. Tú no tienes corazon, Cunegunda. Miento, sí le tienes; de dueña.

CUNEG. Pero ¿qué! ¿no admite apelacion la triple sentencia?

CLAUS. Pudiera admitirla, pues cada uno de los tres me ha hecho con posterioridad un encargo, asegurándome el perdon si lo cumplo. Pero bien: sirvo á uno; dejo mal contentos á dos.

CUNEG. Claus amigo, el adagio dice: «Del mal el ménos.» Obedece á su Majestad Cesárea, líbrate de la ene de palo, y aguanta los de mi señor y los nueve ejercicios.

CLAUS. Mujer, si yo nací para complacer á todos, y no puedo resistir á mi vocacion. Estoy viendo que serviré por fin á los tres quejosos; que van á enfurecerse más porque no les he mantenido la exclusiva; y voy á disfrutar por su órden las tres mercedes: paliza, vapuleo y cuelga.

CUNEG. Principia tú por los cinco minutos, y ríete luégo de lo demás.

ESCENA II.

OTILIA.—CUNEGUNDA. CLAUS.

OTILIA. Señora Cunegunda...

CUNEG. Señora Otilia...

OTILIA. Pasad al salon de su Alteza. Vuestra ama necesita de vos.

CUNEG. Voy allá corriendo. (*Vánse las dos.*)

ESCENA III.

CLAUS.

Real y verdaderamente abusan de mi carácter oficioso estos buenos señores: no hay recurso de que no se valgan para conquistarme, siendo yo tan fácil conquista! Me dice el Doctor: «Cien palos mereces por haber traido á Matilde la joya; cien escudos te pongo en mano, si esta noche dejas descorrido el cerrojo de la puerta divisoria entre el cuarto de Matilde y el que era mio.» Cómo se responde á tan eficaz argumento? Así. (*Llégase á la primera puerta del costado izquierdo, y descorre el cerrojo.*) Paliza, una; cerrojo, uno: de uno á uno, pago. Un acreedor ménos.

ESCENA IV.

MARIANA, *con un capotillo y una cofia de noche.*—CLAUS.

MARIANA. Chit! Claus...

CLAUS. Quién?... ¿Vos por aquí!

MARIANA. Me acostaron; pero en cuanto me quedé sola, me levanté. Matilde tuvo que llamar por un momento á la camarera de guardia; ví la puerta libre, y pif! *volaverunt.* Nadie ha reparado. Como todo anda revuelto con la marcha de mi padre y mi tio...

CLAUS. Tambien sale Su Majestad?

MARIANA. Tambien. Tales noticias ha recibido, que no puede excusarlo. Yo, en el ínterin, quiero observar aquí en su cuarto á Matilde.

CLAUS. Con qué motivo?

MARIANA. Desde la ventana de mi alcoba he divisado un hombre que se escondia en el jardin, atisbando hácia este ángulo del palacio; por mí no ha de ser: he de averiguar si es por Matilde. Yo, que la caso, tengo derecho y obligacion de vigilar su conducta.

CLAUS. Ciertamente, señora.

MARIANA. Tú has de ayudarme.

CLAUS. Dejad primero que medite sobre cinco minutos.

MARIANA. Medita con esta sortija en el dedo. (*Le da una.*)

CLAUS. Mandad, señora: soy el sirviente universal por inclinacion y por estrella.

MARIANA. Ocúltame donde pueda acechar.

CLAUS. (*Señalando el balcon interior.*) Allí estaréis bien.

MARIANA. No me engaña Matilde á mí: la veo muy desapacible desde esta mañana, y adivino el por qué. Su tio la quiere; á ella no le gusta su tio.

CLAUS. (*Aparte.* Aquí entra el encargo del Archiduque para el indulto del novenario.) Tiene ella otro amante.

MARIANA. ¿Otro! Quién es?

CLAUS. Un incógnito conocidísimo, un viudo.

MARIANA. Miren la del hábito! ¡La que me vedaba que leyese comedias! Yo no las leo, y ella las hace.

CLAUS. La familia del viudo pretende que dicho incógnito señor se case con una prima suya, muy guapa y de catorce años; pero él no hace de ella maldito el aprecio, por causa de Matilde.

MARIANA. Ay, qué pícaro! ¡Despreciar á una prima, cuando me casaba yo tan á gusto con mi primo don Baltasar! ¿Qué edad viene á tener el viudo? ¿La del Rey de España siquiera?

CLAUS. Por ahí, por ahí.

MARIANA. De manera que ese moscardon levanta de cascos á mi Aya (que se ha de casar con su tio, quiera ó no quiera), y se burla de una muchacha como un pimpollo! Pues no seré yo Archiduquesa de Austria, ó el tal primo ha de dar la mano á su prima. No le valdrá el ser hombre para salirse con la suya.

CLAUS. Y lo que es la prima le tiene aficion.

MARIANA. ¿Sí, eh! ¿Á pesar de que es viudo, ya casi viejo, y anda tras otra!

CLAUS. Eso avive quizás el amor de la niña. Cuando median los celos...

MARIANA. Qué son celos?

CLAUS. Envidias de amantes.

MARIANA. Si no acertaré yo por eso á querer á mi tio? Como no me da envidia, como no me pone celosa... ¿Has oido tú si don Felipe tiene algun capricho en Madrid?

CLAUS. Corrió voz, tiempo há, de que cierta cómica...

MARIANA. ¡Cómica dijiste? Ay! ¡qué celda tan hermosa le voy á alquilar!

CLAUS. Llegais ya tarde: creo que es Abadesa de unas monjas Benitas, allá en un desierto.

MARIANA. ¿Abadesa! Bien ha librado; lega fregona la hubiera hecho yo. Por mi cuenta corre satisfacer sus celos á la prima del viudo.

CLAUS. Entraos, que vienen. Soy luégo con vos.

MARIANA. Ven pronto.

(*Váse por la puerta de la izquierda, más inmediata al fondo.*)

ESCENA V.

MATILDE, *de dama.* CUNEGUNDA.—CLAUS.

MATILDE. (*Aparte.* Dos galanes... tres con mi tio. El de la joya es el que me desasosiega.) Claus, ¿tienes ya cerrada la puerta de la galería?

CLAUS. La de la galería y la del jardin. Todo está cerrado, ménos la reja de ese tránsito á la habitacion de Su Alteza, por donde venís. Las llaves, como previnisteis, quedan en su sitio.

MATILDE. Recogeos al instante los dos.

CUNEG. Perdonad: yo me acostaré cuando os deje acostada.

MATILDE. No te necesito.

CUNEG. Podeis necesitarme: vos no estais buena. Tarde y noche me habeis dicho que os hallabais desazonada; y en efecto, allá en el salon de Su Alteza, andabais como tristona, como distraida... La mudanza de traje no os sienta bien.

MATILDE. ¡Qué?... me caia mejor el hábito?

CUNEG. Queria decir que siendo aquella ropa de más abrigo, y habiéndoos quedado en cuerpo y en cabello, habréis cogido un pasmo sin duda. Os traeré un capote y un serenero.

MATILDE. Deja esos disfraces en su lugar.

CUNEG. Como ya no han de visitaros...

MATILDE. Retírate, y recógete al punto.

CUNEG. Señora... buenas noches. (*Váse.*)

ESCENA VI.

MATILDE. CLAUS.

CLAUS. Señora, descansad. (*Váse retirando muy poco á poco.*)

MATILDE. (*Aparte.* Quién será ese hombre? Conforme se va acercando la hora de verle, mi curiosidad se hace insufrible.) Claus...

CLAUS. Mi buena señora...

MATILDE. (*Abriendo el cofrecillo.*) Á tu parecer, ¿qué vale esta joya? (*La saca y se la entrega á Claus.*)

CLAUS. Esta? Ah! esta... de fijo ha costado sus mil escudos.

MATILDE. Es tuya, si me dices quien me la regala.

CLAUS. ¡Mia? Señora... yo... Cómo?... (*Aparte.*) Joyería voy á poner en dejando el servicio.

MATILDE. Tú lo sabes; yo he de averiguarlo muy pronto: con que nada arriesgas en decírmelo.

CLAUS. Siendo así, no podeis aguardar?...

MATILDE. No quiero aguardar. Me mata la impaciencia. Responde.

CLAUS. Solo puedo responder que esta joya...

MATILDE. Sí.

CLAUS. La ha mandado hacer y la ha costeado... Su Majestad Cesárea.

MATILDE. Su Majestad!... Vete. Vete con ella...

CLAUS. (*Aparte, retirándose.*) Con esto, y abrir la puerta de la galería, me libro de los cinco minutos de colgadura.

Me quedan cien escudos de beneficio. (*Váse.*)

ESCENA VII.

MATILDE.

Su Majestad! El Emperador! Sí, no cabe ya duda. Mi corazon estaba deseando amar, amaba ya sin saber á quién: ya lo sabe. Le estremecieron, le arrebataron aquellas cartas del español incógnito; creí que el de las cartas era tambien el de la joya; es otro; es forzoso elegir; al español no le conozco ni siquiera de nombre; Claus acaba de pronunciar el más ilustre que se conoce. Pero yo, merezco esta dicha? ¿Es cierto que el Emperador me ama? Él me ha dicho: «Veréis á vuestro amante en presencia mia.» Él dijo tambien: «Casad á mi hija con el Rey don Felipe; haréis á mi corona el más alto servicio; recompensa no inferior os aguarda.» ¡Recompensa! Corona! Palabras que el acaso juntó, ¿fuísteis el anuncio de mi destino? Fernando III es un monarca virtuoso; él me asegura que su amor es digno de agradecimiento... Amor que no es puro, no merece que se agradezca. Y á mí, ¿qué otra clase de amor se me puede ofrecer? Mi opinion, la severa enseñanza que me dió mi tio...—No puedo ahora ménos de sonreirme... «Para nada eres!» me gritó una vez tan furioso... y echó aquí la mano... (*Tócase una oreja y juguetea con el pendiente.*) Pobre Doctor! Y ¡maltrataba una oreja imperial! Yo Emperatriz! (*Vuelve la vista hácia el retrato de Doña María.*) Aquella lo ha sido. (*Mírase al espejo.*) Esta soy yo. ¿Tanto desmerecería esta delante de aquella? Hermana fué de Felipe IV... Yo soy una sirviente de su hija...—Sí; pero en esta guerra de casi treinta años, que ha trastornado el antiguo imperio, cuántos casamientos desiguales no ha visto Alemania? —Ay! ¿cuántas ambiciones de mujer vemos tambien castigadas con la ignominia! El Archiduque me declaró enérgicamente que el incógnito de la joya ¡no sería mi esposo! Vendrá á las doce el Emperador por aquella puerta, que da paso á la habitacion de su hija; ¿qué vendrá con él para mí? Será la dicha? ¿Será la mayor de las desventuras? Una reja atraviesa el tránsito: paso

tiene por entre sus hierros la dicha; la deshonra no pasa. Voy á cerrar.—El Archiduque!

ESCENA VIII.

LEOPOLDO, *en traje militar.*—MATILDE.

LEOP. Matilde...

MATILDE. Alteza ilustrísima!...

LEOP. Habiéndome ya despedido, como vísteis, de vuestra alumna, quiero despedirme de vos en particular, y comunicaros una noticia.

MATILDE. Vuestra Alteza me está siempre favoreciendo.

LEOP. La noticia es esta. El matrimonio del Emperador con mi prima, la Archiduquesa Leopoldina, de Inspruck, es un asunto casi ya terminado.

MATILDE. ¡Su Majestad se casa? Es posible?

LEOP. Es seguro. El Consejo y la Corte lo solicitan con vehemencia, el interes del Estado lo exige, yo lo tengo á mi cargo, y en fin Su Majestad mismo no ha podido negarse.

MATILDE. ¡Su Majestad consiente?

LEOP. El procura que se difiera; pero ha consentido. Como será poco agradable para mi sobrina tener madrastra, podeis utilizar esta circunstancia tan poderosa, á fin de decidirla á casarse.

MATILDE. Cierto.—Bien... bien está.

LEOP. La futura Emperatriz cuenta catorce años y es amabilísima: creo que mi hermano acabará por quererla mucho, aunque ahora, con sus devaneos...

MATILDE. Devaneos el Emperador!

LEOP. Se ha aficionado á una pobre muchacha, que no sabe el riesgo en que vive.

MATILDE. Riesgo! Vuestra Alteza deberia avisarla, protegerla, salvarla.

LEOP. Matilde, yo salgo de Viena esta madrugada; y aunque mi hermano parte conmigo, él puede volver ántes que yo.

MATILDE. Vuestra Alteza, no podría manifestar al Emperador?...

LEOP. Le prediqué ya, y no he visto fruto. Quisiera, sí, decir algo á la niña; pero no hay tiempo. Si no os repugnara dirigirle en mi nombre una súplica...

MATILDE. Á quién?

LEOP. A ella. Claus, vuestro sirviente, sabe su nombre.

MATILDE. Vuestra Alteza diga, Vuestra Alteza me mande.

LEOP. Rogadla que, siendo como es, virtuosa y discreta, proceda con mi hermano de modo, que Su Majestad case pronto cual debe.

MATILDE. Satisfaré el deseo de Vuestra Alteza.

LEOP. Ofrecer premios á esa jóven sería ofenderla; pero ya os podeis figurar si yo le quedaré agradecido, y si vale algo la gratitud y amistad sincera de Leopoldo Guillermo. Ni ¿qué más premio de una accion buena, que la satisfaccion dulcísima que produce en nosotros, y la certidumbre de que los ángeles la escriben en el libro eterno de los acreedores á la bienaventuranza sin límite?

MATILDE. Ah, señor! Conmovida al oiros...

LEOP. ¡Os enterneceis, mi buena Matilde? Yo tambien. Una despedida siempre cuesta lágrimas... Y cuando es para ir á buscar los combates... Por si no volvemos á vernos, recibid mi bendicion apostólica.

MATILDE. Cuando Vuestra Alteza regrese: tengo esperanzas de merecerla.

LEOP. Contad entónces con la del cielo. (*Váse.*)

ESCENA IX.

MATILDE.

Sueños momentáneos! Delirios del orgullo y de la ambicion! huid, alejaos para siempre. Me felicito de haber dado la joya á Claus: equivale á tirarla. No tardará en venir el Emperador: puedo recibirle sin sobresalto. Luégo se ausenta... Sí; pero volverá... y volverá sin el Archiduque... Defensor necesito, defensor constante y seguro.

ESCENA X.

PER-AFAN.—MATILDE.

PER. (*Saliendo por la primera puerta de la derecha.*) ¡Matilde!

MATILDE. Mi tio! (*Aparte.* Es el confidente del español, del autor de esas cartas que brotan fuego.)
PER. No te enojes por esta visita. (*Permanece en la puerta.*)
MATILDE. Pasad, pasad. No venís á mal tiempo.

ESCENA XI.

CLAUS, *asomándose con recato por el balcon del fondo.*—MATILDE. PER-AFAN.

CLAUS. (*Muy bajo.*) Chit! señores...
MATILDE. Qué hay?
CLAUS. La Archiduquesa está ahí. (*Señalando lo interior de la pieza del fondo.*)
MATILDE. ¿Cómo!
CLAUS. Ha venido furtivamente á ver lo que haceis.
PER. (*Aparte.*) Qué ocasion!
CLAUS. No os deis por entendidos. (*Bajo, dirigiéndose á Mariana, que aún está dentro*) Venid: aquí estaréis bien. (*Apártase para dejarle puesto.*)
PER. Nos oirá tu discípula. Tenemos que hablarnos como personas destinadas á casarse.
MATILDE. Habladme del incógnito de las cartas.

ESCENA XII.

MARIANA, *en el balcon, oculta entre las cortinas.*—MATILDE *y* PER-AFAN, *en la sala.* CLAUS, *tambien en el balcon, detras de Mariana.*

MARIANA. (*Aparte á Claus.*) Los dos aquí! Esto es más de lo que esperaba.
PER. Siéntate por un momento, Matilde.
MATILDE. Cómo habeis podido penetrar hasta mi habitacion?
PER. Me quedé con la llave doble de la puerta al jardin. He aguardado en él hasta ver cerrar todas las ventanas de palacio, y he abierto en seguida.
MARIANA. (*Aparte á Claus.*) Era él quién rondaba!
CLAUS. (*Aparte á Mariana.*) Como es su novio...
MARIANA. (*Aparte á Claus.*) Me rondará don Felipe á mí?
CLAUS. (*Aparte á Mariana.*) ¡Poquito aficionado es él á rondas galanas!
MARIANA. (*Aparte á Claus.*) Eso me gusta mucho Tapa, que miran.

PER. Ántes de las doce te dejaré: como cuando vivíamos juntos. Me tenías tan hecho á este rato de conversacion, que ni por un dia he querido privarme de él.

MATILDE. Qué dirá si os ha visto alguno?

PER. Que somos amantes, noticia oficial de hoy en la corte. Que necesitamos casarnos pronto: eso es lo que yo deseo.

MATILDE. (*Oponiéndose.*) Pues yo...

PER. (*Bajo.*) Que te oye: disimula.

MATILDE. Pero, tio, vos ántes no me teniais demasiado cariño; hoy, gracias á un antojo de mi discípula, que merecia una mano de azotes...

MARIANA. (*Aparte.*) Ca!

MATILDE. Os habeis declarado mi pretendiente. ¿Quién hace caso de unos amores tan repentinos?

PER. ¿Repentinos, Matilde! ¿Cuánto há que recibes unas cartas de amor anónimas?

MATILDE. Una porcion de meses.

PER. Pues bien... (*Baja la voz.*)

MARIANA. (*Aparte á Claus.*) ¿Por qué no me escribe mi tio anónimos?

CLAUS. (*Aparte á Mariana.*) Porque áun está de luto, y no dicen bien cartas de amor con oblea negra.

MATILDE. ¿Vos el amante incógnito! (*Aparte á don Per-Afan.* ¿Es broma, tio?)

PER. (*Aparte á Matilde.*) No preguntes: no caiga en sospecha.

MATILDE. Notas á Séneca, ya sé que sabeis escribir; pero cartas de amor tan apasionadas, versos tan lindos, lo ignoraba completamente.

PER. Quien sabe sentir, sabe decirlo.

MARIANA. (*Aparte á Claus.*) No hace versos tambien mi tio?

CLAUS. (*Aparte á Mariana.*) Si le llaman el Rey poeta!

MATILDE. Algo tarde habeis aguardado á sentir.

PER. Nadie como tú puede apreciar la causa. Destinado á las letras por mi familia, que observaba mi ardorosa inclinacion al estudio, ellas ocuparon exclusivamente mi juventud, ellas devoraron los más verdes años de mi existencia. Compitiendo con unos, aprendiendo de otros, adelantándome á bastantes, reconociendo la superioridad en el que la tenia; entre gozos y contrariedades, entre los murmullos de la envidia y el lisonjero estímulo de la opinion benévola, llegué sin sentir á la edad en que el

hombre cuyo corazon vivió dormido miéntras el entendimiento velaba, se le encuentra de improviso impaciente, anhelante, sediento de emociones dulces y tiernas, robusto como de varon, tímido como al salir de la infancia. Ya es tarde entónces para amoríos de paseo y de iglesia, de calle y ventana; se avergüenza uno de ir contra la gravedad que debe distinguir al hombre científico, porque el uso de libros buenos conserva su pudor al espíritu, como la compañía de una casta madre, la modestia en sus hijas. Entónces mira el hombre al rededor de sí; mira cerca, porque el nebuloso horizonte del mundo, que no conoce, le cansa la vista; y si halla á su lado, bajo su techo mismo, un semblante hermoso y un corazon angélico, ni puede ni quiere ni debe ir más léjos á buscar la felicidad: sabe que el cielo nos la coloca siempre inmediata. Si él la ha desconocido por mucho tiempo; si deslumbrado con el brillo de la humana gloria, no reparó en el tesoro de gracias y virtudes con que estaban casi tocando sus manos, ¿qué ha de hacer al advertir su error, sino confiarlo al papel primero, y arrojarse despues á las plantas de la que adora?

MATILDE. Tio, por piedad... Si vinieran...

PER. Dí que me perdonas, Matilde; que perdones mi antiguo desamor y mi amor presente, es lo que pretendo. Con el disimulo del inferior entre superiores, del que ha ofendido y no sabe cómo reparar sus ofensas, hay aquí para tí más y más puro amor que ha de consagrarte ninguno. Yo no pido tu afecto, si hay quien lo merezca mejor. Yo quiero tu bien áun á costa del mio: si te ofrece la mano de esposo quien valga más, yo tendré valor para enlazársela con la tuya.

MARIANA. (*Descorriendo la cortina y gritando.*) No digais eso; que os dará calabazas.

MATILDE. Archiduquesa! ¿Vos acechando ahí!

MARIANA. (*Saltando del balcon á una silla y de esta al suelo.*) Sí, señora, y me alegro mucho de haber acechado. ¿Cómo se entiende! ¡Consentir que un tio, que dice cosas tan bonitas, estuviese con la rodilla en tierra, sin tenderle la mano! ¿Es este el respeto á los mayores, que me enseñabas!

MATILDE. Venid á vuestro cuarto, donde os enseñaré cómo debeis respetarme á mí.

MARIANA. ¿A tí! Ya no: tienes por qué callar.
MATILDE. Archiduquesa!
PER. Señora!
MARIANA. Digo bien. Vos ignorais las picardigüelas de vuestra novia. Tiene otro galan.
MATILDE. Señora Archiduquesa!
MARIANA. Madrina, se me dice.—Sí, señor: tiene mi ahijadita otro amante más principal que vos; pero no os dé cuidado: es un maula que no trata de casarse con ella.

ESCENA XIII.

FERNANDO.—MARIANA. MATILDE. PER-AFAN.

FERN. Qué es esto?
PER. (*Aparte.*) El Emperador!
FERN. Aquí la Archiduquesa á estas horas, Matilde!
MATILDE. Aun no son las doce.
FERN. Sin embargo, extraño un poco veros tan acompañada.
MATILDE. Yo extraño tambien que Vuestra Imperial Majestad venga por esa puerta, y venga tan solo.
FERN. Por no alborotar la habitacion de esta niña, á quien supuse ya reposando, llamé á la puerta de la galería.
MARIANA. Señor padre, como estais de marcha, no ha querido acostarse mi hermano hasta veros partir: no he de ser ménos.
FERN. Aunque lo estimo, dame ahora el gusto de pasar á tu gabinete. Llevadla, Matilde.
MATILDE. (*Aparte á don Per-Afan.*) De veras, tio: ¿son vuestras las cartas?
PER. (*Aparte á Matilde.*) Ahí van de mi letra. (*Le da unos papeles.*)
MATILDE. Madrina, venid. (*Llégase cariñosamente á Mariana y le besa una mano.*)
FERN. Doctor, esperad. (*Vánse Mariana y Matilde.*)

ESCENA XIV.

FERNANDO. PER-AFAN.

FERN. Habiéndose dispuesto que os trasladeis á otra habitacion miéntras pasais por capitulado con vuestra sobrina, pu-

diérais haber comprendido que no era decente visitarla á estas horas.

PER. Como novio de burlas, no me consideré tan escrupulosamente obligado.

FERN. Para mi corte es negocio de veras, y yo debo impedir que se esparzan hablillas en daño de la reputacion de Matilde. Doctor Per-Afan, me acompañaréis en mi viaje.

PER. Doy á Vuestra Imperial Majestad rendidas gracias por esa honra; se las doy más rendidas por el interes que le merece la opinion de Matilde. Ruego por lo mismo á Vuestra Majestad que la proteja contra las tentativas de un amante oculto y poderoso que tiene.

FERN. ¡Un amante? En efecto, se me ha dicho que la galantea por escrito no sé qué personaje español. Pero me han asegurado que á ese le favoreceis vos.

PER. No es español el sujeto á quien me refiero; el español debiera tener perdidas las esperanzas, porque no puede competir con el aleman.

FERN. Quién es ese último?

PER. El primero entre sus iguales, que son muy pocos. Prometido consorte de una princesa del Tirol, deuda suya, mal podrá casarse con mi sobrina.

FERN. Maese Per-Afan!...

PER. Pedro Afan de Ribera quizás aconsejaria á Matilde que ni áun la mano de ese amante admitiese: matrimonios tan desiguales pocas veces acaban en bien. Para ménos que esposa, no ha nacido Matilde.

FERN. ¿Quién os ha dicho que ese amante, irritado ya de que por todos lados haya quien ose contrarestar su gusto, no piensa igualar con su altura la mujer en quien deposita su amor?

PER. Lícito le sería como cristiano; pero atendidas ciertas graves razones...

FERN. Ni os ha elegido por consejero el galan de Matilde, ni en este asunto ha de guiarse por voto ajeno. Retiraos de aquí.

PER. (*Aparte.*) Emperatriz Matilde!... Séalo, y ¡mas que me cueste la vida! (*Vase.*)

ESCENA XV.

FERNANDO.

Mi hermano, Kevenhüller, el Arzobispo de Praga, todos hasta ese miserable extranjero, se conjuran contra una aficion todavía inocente, ¡una aficion que todavía no he declarado! ¿Ilegítima la suponen! Por ellos voy á legitimarla! (*Llamando.*) Claus!—Rompo todo empeño anterior.—Claus!

ESCENA XVI.

CLAUS.—FERNANDO.

CLAUS. Majestad Cesárea...

FERN. Que aguarde el correo del Tirol. Á mi hermano, que vuelva á reunir el Consejo al instante. Ha de ser obra de cinco minutos.

CLAUS. (*Aparte.*) Cinco minutos de obra! Dios mio! ¿Si será obra de tira y aprieta? (*Váse.*)

ESCENA XVII.

MARIANA.—FERNANDO.

MARIANA. Señor padre!...

FERN. ¿Aun vuelves aquí!

MARIANA. Me envia Matilde.

FERN. Á que?

MARIANA. Á entreteneros, miéntras ella acaba de llorar.

FERN. ¿Matilde llora!

MARIANA. Como una Magdalena.

FERN. Por qué?

MARIANA. Porque tiene dos novios, y se queda sin el mejor.

FERN. ¿Sin el mejor! Sabes tú quién es?

MARIANA. Dice Matilde que es persona distinguidísima, que yo no conozco. Un viudo con hijos, y con una primita de catorce años, preciosa muchacha.

FERN. Y el otro?

MARIANA. El otro es el que yo le he propuesto, don Per-Afan.

Buena mano he tenido! ¿Creereis que el Doctor estaba enamorado de Matilde en secreto?

FERN. ¡Él de Matilde?

MARIANA. Años hace. Y le ha escrito unas cartas anónimas, que segun Matilde, levantan en vilo.

FERN. Cómo sabes tú eso?

MARIANA. Porque él se lo ha confesado á ella esta noche, y yo lo estaba oyendo... por casualidad.

FERN. Y entónces, qué le dijo Matilde?

MARIANA. Nada, porque les corté la conversacion. Pero á mí luégo, qué cosas me ha dicho!

FERN. Á ver, á ver cuáles.

MARIANA. En primer lugar, ella se iba inclinando al viudo.

FERN. ¡Se le inclinaba?

MARIANA. Pero ya no hay inclinacion que triunfe: don Per-Afan es el preferido.

FERN. Por qué razon?

MARIANA. Por dos. Por no hacer mala obra á la prima del viudo, y porque el viudo tiene obligacion de casarse con su primita.

FERN. No, hija, no: á ese viudo, á quien yo conozco, no hay obligacion que le apremie. Pudiera muy bien casar con Matilde.

MARIANA. Ya se lo impediremos nosotros.

FERN. Por qué?

MARIANA. Porque si casara él con Matilde, parece que se enfadaria muchísimo Don Felipe IV con vuestro gobierno: lo cual, ya veis, no nos tendria cuenta ninguna.

FERN. Yo apaciguaré á Don Felipe. No temas.

MARIANA. No creais que yo temo; quien debe temer es el viudo. Alguna desgracia va á sucederle.

FERN. ¡Desgracia?

MARIANA. (*Señalando el retrato de doña María.*) Asegura Matilde que aquella de allí, mi madre que está en gloria, miraria esa boda con muy malos ojos.

FERN. (*Aparte.*) Oh! no me atrevo á dirigirle los mios!

MARIANA. Peligroso es tener descontentos en el otro mundo. Por eso Matilde, puesta de rodillas, con las manos en cruz, ha ofrecido echarse el hábito para toda la vida, porque Dios envie á ese hombre luz y conocimiento.

FERN. Basta, hija, basta.

MARIANA. Oidme una especie. El viudito que nos enreda, tiene

que ser aleman ó español. Si es del Imperio, decidle de mi parte que se arregle con su prima y nos deje en paz. Si es vasallo del Rey de España, yo le pondré una bonita carta anónima á Su Majestad, para que retire de nuestra corte á ese prójimo, y le encierre por medio año en la Inquisicion.

FERN. ¿Tú escribirias al Rey de España!

MARIANA. Sí, señor, ya sí. Como he visto á Matilde resuelta á casarse con el Doctor, y segura de que ha de ser con él felicísima, he dicho: «Bueno: yo me casaré tambien con mi tio.»

FERN. Hija de mi alma!

MARIANA. Que aprenda de nosotras el viudo. Cuando sobrinas tan en flor se casan á pares con tios granados, bien puede un primo cuarenton contentarse con una primita de catorce cosechas.—Que estudie la fábula de la guindilla y el dulce.

FERN. Qué fábula es esa?

MARIANA. Una en castellano, que dice así.

(*Recita.*) Se juntaron á comer
una vez en un meson
un viajero solteron
y un casado mercader.
Tras mil discursos prolijos,
vino el soltero á decir
que era imposible regir
la voluntad de los hijos.
—«Pues, señor, conmigo viaja,»
repuso atento el casado,
«el niño que tengo al lado,
y este chico es una alhaja.
Vos pudierais ser testigo
de que, sin esfuerzo grande,
cuanto yo quiera y le mande,
me lo hace segun le digo.
—Vaya! esos serán extremos
del amor que le teneis.
—Hombre, no.—Bah! bah!—¿Quereis
que apostemos?—Apostemos.»
Apuestan, y en la porfía
gran cantidad se atraviesa.
En esto pone en la mesa

dos platos el que servia.
Como hay entre los viajantes
gustos del todo contrarios,
un plato eran dulces varios,
otro, pimientos picantes.—
«Basta una prueba sencilla,»
dijo el solteron sin duelo:
«mandad á ese ángel del cielo
que se coma una guindilla.
—Hijo, complace al señor,»
contesta el padre; «anda, listo!»
La guindilla... Jesucristo!..
volcaba con el olor.
El pobre niño, aterrado
con el atroz mandamiento,
cogió llorando el pimiento
para tirarle un bocado.
El padre en tanto, con poca
prudencia ó fuerte apetito,
pilló un dulce callandito,
y acercóselo á la boca.
Fuera el muchacho de sí,
gritó al mercader: «Por Dios!
¿Confitura para vos,
y picante para mí!
Yo de obedeceros trato,
la apuesta quiero ganar;
pero comed á la par
otra guindilla del plato;
que no será proceder
como padre, hombre de juicio,
exigirme un sacrificio,
y vos no quererle hacer.»

FERN. Mariana!

MARIANA. Aquí está Matilde.

ESCENA XVIII.

MATILDE.—FERNANDO. MARIANA.

FERN. Llegad, Matilde. Aunque mi hija me acaba de dar perfectamente la leccion que le habeis enseñado, necesito

aún oir á la maestra. (*Mariana se llega á la mesa y se entretiene registrando cuanto hay allí.*)

MATILDE. Vuestra Majestad Imperial me fió el honroso cargo de reducir á mi señora la Archiduquesa á casar con el Rey Católico: vuestra cesárea voluntad queda cumplida. ¿No mereceré en pago que me oiga con benignidad un recuerdo?

FERN. Recordad ántes vos...

MATILDE. Vuestra Majestad es mi natural protector: mire por mi honra. Vuestra Majestad es el padre de su pueblo: mire por él.

FERN. (*Bajo á Matilde.*) ¿No querréis admitir mi corona imperial?

MATILDE. (*Bajo al Emperador.*) Quiero más, quiero darla. Despues de haber hecho una Reina por vuestro gusto, debo hacer una Emperatriz por el mio.

MARIANA. Con que, señor padre, ¿me encargo yo de que desaparezca ese viudo incómodo?

FERN. Ha desaparecido, hija mia. El galan incógnito de Matilde no existe ya.

MARIANA. ¿Se ha muerto! Y nosotras que no sabíamos nada! Porque tú no lo sabias, no es verdad?

MATILDE. Esperaba la noticia, señora.

MARIANA. Ya! por eso llorabas tanto hace poco. Pobre Matilde! Pobre ayita mia! Pero ¿ves qué igual es nuestra suerte, mujer! Tu viudo se te muere, y á mí se me murió mi soltero! Bien que el viudo te hace un favor dejándonos; pero yo sin mi primo... (*Al Emperador.*) No os ofendais; iba á escapársemе un despropósito; le he recogido al vuelo. Ya que se fué el incógnito, ¿no podréis decirme quién era?

FERN. Un padre de una gran familia, no indigno del amor de sus hijos; un curioso que, buscando la dicha, habia encontrado la piedra filosofal. Vió que hacer el oro con materias humildes era peligrosísimo para el mundo, y ha conseguido de Dios que le deje desaparecer de la tierra con su secreto.

MATILDE. Así se ha hecho acreedor á una gloria inmortal.

MARIANA. A mí me ha chasqueado, porque ¡habia consentido yo tan de veras en casarle contra su gusto!..

FERN. Gusto igual te dará tu padre.

MARIANA. ¿Sí! Cómo?

FERN. Tu tio, mi Consejo, y otras personas más, creen que es absolutamente preciso que vuelva á contraer matrimonio.

MARIANA. Vos!

FERN. Y tendré que avenirme, á pesar de mi repugnancia.

MARIANA. Yo lo creo que os repugnará. Digo! Habiendo tenido una esposa como esa! (*Señalando el retrato.*)

MATILDE. Por vos necesita contraer ese enlace Su Majestad.

MARIANA. ¡Por mí? Qué necesidad tengo yo de madrastra?

MATILDE. Como vais á serlo, conviene que aprendais á desempeñar bien ese difícil cargo. En vuestra prima Leopoldina, de poca más edad que vos, tendréis un dechado perfectísimo de madre política.

MARIANA. Leopoldina ha de tener unos catorce años... ¡Qué semejanza entre el incógnito de Matilde y mi padre! Los dos viudos, los dos con hijos, los dos con primas, los dos sin gana de casarse con ellas... En fin, si mi señora Leopoldina es tan buena para segunda madre, yo tambien me siento con famosas disposiciones. Padre y señor mio, don Felipe cada dia pierde, y yo gano: que dure poco la enseñanza de madrastría.

ESCENA XIX.

LEOPOLDO.—FERNANDO. MARIANA. MATILDE.

LEOP. (*Al Emperador.*) Para qué mandas reunir el Consejo?

FERN. Para noticiarle un suceso próspero. La Archiduquesa acaba de manifestar que está ya deseando salir de Viena para Madrid.

LEOP. Es cierto, Mariana?

MARIANA. Sí, tio, certísimo. Rehusé ántes, porque no sabia lo que he visto despues entre mi Aya y don Per-Afan; ya estoy convencida de que, dando con un tio que escriba amores anónimos á su sobrina, le componga versos, y le hable de noche á solas como don Per-Afan á Matilde, la sobrina quiere al tio sin remision. Don Felipe, que ha sido casado, áun sabrá de amores mucho más que don Per-Afan de Ribera, que principia á ejercer.

ESCENA XX.

PER-AFAN.—FERNANDO. LEOPOLDO. MARIANA. MATILDE.

PER. Estoy á las órdenes de Vuestra Majestad Imperial. Tengo ya hechos mis preparativos de viaje.

FERN. Doctor Per-Afan, os quedais en Viena.

MARIANA. Para casaros con Matilde cuanto ántes.

FERN. En recibiendo la dispensa de Roma.

LEOP. (*Aparte al Emperador.* Bien, Fernando!) Vendrá con la de mi sobrina en muy poco tiempo.

PER. Señores!... Matilde!... ¿Á quién dirigiré primero la efusion de mi gratitud?

MARIANA. Á mí, don Per-Afan. Mi padre y Matilde me casan con Su Majestad Católica; yo caso á mi padre con mi prima Leopoldina de Inspruck, y á Matilde con vos.

FERN. (*Al Archiduque.*) Estás contento? (*Leopoldo le abraza, y hablan aparte.*)

MATILDE. (*Aparte á su tio.*) Y vos lo estais?

PER. (*Aparte á Matilde.*) Una palabra que me dé confianza, Matilde.

MATILDE. (*Aparte á don Per-Afan.*) He preferido vuestra mano á la de Fernando III.

MARIANA. (*Á Matilde.*) Háblale alto: si ya me figuro qué le dirás: que le vas á querer tantísimo!...

MATILDE. Como he de serviros de modelo...

MARIANA. No te deslucirá la copia. Tan segura estoy de que pueden probar bien los casamientos de tio con sobrina, que á la primera hija que tenga, la he de casar con mi hermano, si no es obispo. Señor padre, ¿qué regalo de boda haré á la futura doña Matilde?

FERN. El título de Condesa de Blumenfeld.

LEOP. Uno de mis estados.

MATILDE. Señores!...

MARIANA. Condesa de Blumenfeld, seréis la favorita de la Reina Mariana.

MATILDE. (*Presentando á Mariana por la mano al público.*)

A España nos llevarán
á mi señora y á mí:
¿saben ustedes, allí,
cómo nos recibirán?

Venga á sacarnos de afan
alguna demostracion:
es de niña la funcion;
que pase por niñería;
niñada mayor sería
negarle un cortés perdon.

FIN DE LA COMEDIA.

UNA BROMA DE QUEVEDO.

UNA BROMA DE QUEVEDO,

COMEDIA

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. LUIS DE EGUILAZ.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 24 de diciembre de 1853.

MADRID.
IMPRENTA DEL SEMANARIO É ILUSTRACION,
A CARGO DE ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

1854.

A DIEGO LUQUE.

Si para dedicarte una obra hubiera de aguardar á hacerla digna, al par que del mejor y mas querido de mis amigos, del hombre mas entendido que en materia de teatros conozco, probablemente pasaria mi vida sin tener el placer de colocar tu nombre al frente de ninguna de las mias. Poco es esta para quien ha formado mi gusto literario, para quien con sus consejos me ha inspirado lo poco bueno que hay en mis obras, para quien como tú, conociendo los arcanos del arte dramático y de la declamacion, se esfuerza por hacérmelos comprender. Acéptala, pues, no por el valor que en sí tenga, sino por el que con escribir tu nombre en ella tiene ya á los ojos de tu amigo

LUIS DE EGUILAZ.

Madrid 19 de diciembre de 1853.

Examinada por el señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

ZARAGOZA.

Esta comedia es propiedad de su autor, quien se reserva todos los derechos que como tal tiene, y se acoge para hacerlos respetar á la legislacion vigente.

PERSONAJES.	ACTORES.
Doña Esperanza de Aragon.	*Doña María Rodriguez.*
Ines de Vasconcelos. . .	*Doña Lorenza Campos.*
Don Francisco de Quevedo.	*Don Manuel Ossorio.*
Don Luis de Pacheco. . .	*Don José García.*

La accion en Madrid, á principios del siglo XVII.

ACTO PRIMERO.

El teatro dividido en dos partes: la de la izquierda representa una habitacion amueblada al gusto de la época; cama con cortinas, y á su cabecera un velador sobre el que habrá un azafate con vendajes y botes de medicinas, un búcaro con agua y una copa de plata con su salvilla. Puerta al foro, que dá á un jardin, y otra á la izquierda, que comunica con el interior de la casa; ventana de reja á la derecha, que se abre en el primer término de la otra parte del teatro, que representa un cenador cubierto de toda clase de enredaderas; tres arcos al foro, que dejan ver el jardin, y otra reja á la derecha, muy saliente, con celosías hasta la mitad de su altura.

El jardin y el cenador, á oscuras; la habitacion, alumbrada por una lamparilla.

Al levantarse el telon, Doña Esperanza aparece sentada junto á la cama en que duerme Quevedo. Inés entreabre la puerta del foro; Esperanza lo advierte, la impone silencio, y sale con ella al cenador.

ESCENA I.

ESPERANZA, QUEVEDO é INES.

ESP. ¡Chist!
INES. ¿Duerme?
ESP. Hace poco, Inés,
con benéfico beleño
cerró sus ojos el sueño.
INES. Contarásme agora, pues,
qué es lo que te ha sucedido,

que así el pecho te traspasa,
y por qué dentro de casa
ocultamos un herido?

ESP. Ines, son mis penas tales,
que tiemblo de referillas.

INES. ¿Tantas son sus maravillas?

ESP. Mujer no las tuvo iguales.

INES. Si parte dello refieres,
conclúyelo en caridad,
porque es la curiosidad
el hambre de las mujeres.

ESP. Pues aun fiel me es la memoria
cuando sin el alma quedo,
voy á contarte, si puedo,
los azares de esa historia.
Atenta me escucharás,
y aliviaré mis heridas;
que las penas referidas
son medio penas no mas.
A una merienda en el rio
con Juana esta tarde fuí,
que fué, amiga, para mí
merienda del pesar mio.
Don Luis, á quien sabes quiero
cuanto es posible querer,
dejóse á muy poco ver
seguido de un escudero.
Yo, por conocer si era
cuanto amoroso constante,
echéme el manto al semblante,
procurando nos siguiera.
Llegóse á hablarnos cortés
y fino, á una seña mia;
que en Don Luis, la cortesía
hermana del amor es.
Tanto le dije de mí
y de nuestro amor callado
que entrar en vivo cuidado
con grande placer le ví.
Pero cuando irme queria
y amante le saludaba,
dijo que no nos dejaba

si mi rostro no veia.
Porfiéle ; porfió ;
rogamos ; rogó mi bien ;
callamos ; calló tambien;
corrimos, y nos siguió.
Siendo diligencia vana
impedir que así lo hiciera,
porque no me conociera
entréme en casa de Juana.
A las tres horas salí,
dando mi susto al olvido;
mas no bien hube salido,
seguirme otra vez le ví.

INES. ¡ Cielo santo !

ESP. En mi dolor,
lo que hago no considero.....
¡ ay ! y rogué á un caballero
que detuviera á mi amor.

INES. ¡ Señora !

ESP. En casa me entré
maldiciendo la fortuna ;
y al resplandor de la luna
por una reja miré.
Todo en derredor callado
y desierto se veia ;
mas á mi puerta yacía
un hombre en sangre bañado.
Pensé fuese mi Don Luis ;
y, transida de dolor,
lancé un grito aterrador;
os llamo, y la puerta abrís.
Cuando dentro le miré
ansiosa le considero ;
y era.....

INES. El pobre caballero
que le detuvo.

ESP. Así fué.

INES. ¡ Eso ser hombre se llama !
sin verla el rostro siquiera,
porque otro no la siguiera,
¡ batirse por una dama !

ESP. Por eso en mi casa está

de mi desvelo cuidado;
que un valiente tan honrado,
honra á cualquier casa dá.
Mucho debo á su valor.

INES. Si Don Luis sabe quién eres,
Doña Esperanza, no esperes
que dure mucho su amor.
Por suerte ha querido el cielo
que leve sea la herida.

ESP. Solo la sangre perdida
pudo rendirle en el suelo.
Hora, que está restañada,
vé si duerme sosegado.
Con un poco de cuidado,
mañana estará curada.

INES. ¿Y qué piensas hacer de él?

ESP. Cúrese, y váyase luego;
que mientras esté, sosiego
no tendrá mi pena cruel.
Yo no le puedo pagar
de otro modo lo que ha hecho.

INES. ¿Y no has de darle en tu pecho
algun pequeño lugar?

ESP. Ines, si Don Luis supiera
que el hombre con que ha reñido
está en mi casa escondido!....
¡Ojalá agora se fuera!

INES. Lo que es eso, ya se sabe;
quien mas hace, pierde mas.
Y hoy, ¿á tu amante verás?

ESP. ¿Le has entregado la llave?

INES. ¡Pues nó!

ESP. ¡Pues no le he de ver!

INES. ¿Así pagas al herido?

ESP. ¿Pues acaso él me ha querido?
Riñó por cualquier mujer.

INES. Hazaña ha sido extremada;
que es tu Pacheco muy diestro.

ESP. Como que es del rey maestro
en lo tocante á la espada.

INES. ¿Serálo tuyo en amor?

ESP. A juzgar por su presencia,

ya es bachiller en la ciencia.
INES. Mucho ha sido tu rigor.
ESP. Viviendo en Madrid mi hermano,
harto en escribirle hacía;
hoy que está ausente, Ines mia,
á recibirle me allano.
INES. Con la llave que le dí,
en breve al jardin vendrá.
Tú en la reja.
ESP. Claro está.
No fuera decente aquí.
¡Cómo pintará el exceso
de sus amorosos daños!
INES. ¡Ay! vá para veinte años
que no me veo yo en eso.
QUEV. ¡Ay!
INES. ¡Chist!
¿Se vuelve á quejar?
QUEV. ¡Agua!
ESP. ¿Despertó?
INES. Así es.
ESP. Entonces, márchate, Ines,
que á solas le quiero hablar.
INES. ¿Y no hay algo de querer,
en echarme á esta ocasion?
ESP. Quiero..... pedirle perdon,
y eso á solas ha de ser.

(*Vase Inés por la derecha del foro; Esperanza entra en la habitacion de la izquierda*).

ESCENA II.

ESPERANZA, QUEVEDO.

QUEV. ¡Ay!
ESP. ¿Caballero?
QUEV. ¿Señora?
ESP. ¿Cómo os sentís?
QUEV. Me sentia
muy mal porque no os veia.
ESP. Luego estais mejor ahora.
QUEV. A arbol que hirió el huracan

en su desenfreno impío,
la frescura y el rocío
alma nueva y vida dan.
Si un hombre causó mi herida,
vuestra divina hermosura
es el rocío y frescura,
que alma me dá y nueva vida.

ESP. ¿Agua no pedísteis? (*Tomando el búcaro y la*
QUEV. Sí; *copa*).
mas no habeis de incomodaros,
que pienso que con hablaros
al par que sané, bebí.

ESP. Galante el enfermo está.
QUEV. Porque es bella la enfermera.
¿Quién os verá que no os quiera?
ESP. Paso, que eso es amor ya.
QUEV. Y muy ardiente, segun
mi pobre pecho me avisa.
ESP. Amor que entra tan de prisa,
mas de prisa sale aun.
QUEV. Por pronto que entre una espada
en un corazon, es llano,
si no la arranca una mano,
que siempre estará clavada.
Ahora bien; si el pecho fragua
espada al amor, tambien
ha de quedar siempre.
ESP. Bien.
QUEV. ¿Luego creeis...?
ESP. ¿Quereis agua?
QUEV. Por copera tal servida,
conforme yo lo imagino,
será bálsamo divino,
que presto cure mi herida. (*Bebe*)
ESP. Galante el enfermo está.
QUEV. Y divina la enfermera.
ESP. ¿Quereis mas?
QUEV. Mas no supiera
quereros que os quiero ya.
Apenas os oigo, en vos
ardientemente me inflamo.
ESP. ¿Tan de prisa?

QUEV. Porque os amo.
ESP. ¿Os doy agua? (*Sonriéndose*).
QUEV. ¡No por Dios!
Dadme amor y viviré,
si vivir es permitido
al pobre mortal, que herido
en cuerpo y alma se vé.
Dadme lo que el pecho fragua
como mas alta ventura.
ESP. ¿Y cuál es?
QUEV. Vuestra ternura.
ESP. ¡Mi ternura!... ¿Quereis agua?
QUEV. Fué en vuestras divinas manos
alivio de mis dolores;
mas para este mal de amores
tales remedios son vanos.
Curarle podeis tambien.
ESP. ¿Y cómo?
QUEV. Con vuestro amor,
que me abrasa con su ardor.
ESP. ¿Echo mas?
QUEV. ¿Burlas mi bien?
ESP. Es que no encuentro otro medio
ó al menos no le hay en casa;
para el que de ardor se abrasa,
agua fresca es buen remedio.
QUEV. ¿Cómo os llamais?
ESP. Laura. (*Despues de un momen-*
QUEV. ¿Laura? *to de duda*).
ESP. Así.
QUEV. Pues, Laura hechicera,
sois celestial y chancera
como los soplos del aura.
ESP. ¿Os queda mas que decir?
QUEV. Mucho que decir me queda,
con tal que mi lengua pueda
lo que siento definir.
Postrado aquí en este lecho,
que por vuestro al regio humilla,
una horrible pesadilla
acongojaba mi pecho.
Despierto, y nuevos enojos

danme físicos dolores;
viendo extraños resplandores
do quier que vuelvo los ojos.
Venis en tal ocasion;
me hablais; cesa mi querella.
¿Cómo quereis, Laura bella,
que no os dé mi corazon?

ESP. ¿Me le dais?

QUEV. Cosa cruel
es tal pregunta en efecto.

ESP. Caballero, pues acepto
alguna parte de él.

QUEV. ¿Con que al cabo conseguí
me tuviéseis compasion?
¿Aceptais mi corazon?

ESP. Entero no, parte sí.
No veis, que quizá otra dama
por suyo la suyo lo liga.
¿Y qué quereis que la diga,
si viene y me lo reclama?
Guárdeme Dios de tomar
lo que á otra perteneciera,
que eso á juicio mio fuera
abiertamente robar.
No quiero yo un corazon
tan inflamable é infiel:
os pido la parte de él
en que guardeis el perdon.
Yo os espuse á perecer
buscándoos el desafío,
que con honra y noble brío
acabais de fenecer.
Yo, pues, os dí la estocada
que os tendió á mi misma puerta;
perdonadme descubierta
el mal que os hice tapada.

QUEV. Tallo que dobla la brisa,
en ella su cielo vé.
Bendice la yerba el pié
de la dama que la pisa.
¿Cómo quereis, pues, que yo,
si dama sois y sois viento,

el leve pié y el aliento
no adore que me tronchó?

ESP. Gracias. Me volveis la calma.

QUEV. Vos la robais á mi vida.
Poca es del cuerpo la herida;
mucha la herida del alma!

ESP. Hareis que os tenga por loco.

QUEV. Tendréisme por lo que soy.

ESP. Aunque bien segura estoy
de que el peligro es ya poco
que ofrecer puede la herida,
os ruego que reposeis
y no tanto os altereis.

QUEV. ¿Qué es sin vuestro amor la vida?

ESP. Si por vos mismo el sanar
no procurais segun ví;
hacedlo al menos por mí,
que aquí os tengo que ocultar.
Peligro corre y muy grave
la fama de mi buen nombre,
si alguno que oculto un hombre
en mi propia casa, sabe.
Así procurad la cura,
porque la podais dejar
en breve, y asegurar
de ese modo mi ventura.

QUEV. Restablecido estoy ya,
y esta noche me he de ir,
que no puedo consentir
cosa en que el honor os vá.
Y si por lo defensor
me quereis agradecer,
lo que os ruego habeis de hacer,
que me importa ese favor.

ESP. Pero...

QUEV. Nada escucho.

ESP. Pues
luego, lista y reservada,
por una puerta escusada
os hará salir Inés.

QUEV. Si por lo de defensor
algo os llegué á merecer,

me habeis, señora, de hacer
á mas de ese, otro favor.

ESP. Decid.

QUEV. Al salir de aquí,
de este ensueño de placer,
ni ya mas os he de ver,
ni os acordareis de mí.

ESP. Creed...

QUEV. Señora, escuchad.
Pues que cuanto mas os miro
mas por vuestro amor suspiro,
este tormento acabad.
Idos, mi Laura, de aquí;
id, ángel bello, al instante
á ver al dichoso amante,
ó me dejareis sin mí.

ESP. ¿Y cómo os podré pagar
lo que habeis hecho en mi pro?

QUEV. Yéndoos pronto adonde yo
no mas os pueda mirar.
Si no, moriré por vos.

ESP. ¿Quereis que me vaya?

QUEV. Quiero.

ESP. Gracias... y, adios, caballero.

QUEV. Gracias... y, ¡por siempre! adios.

(*Vase por la izquierda. Dan las once en un reloj de torre*).

ESCENA III.

QUEVEDO.

Herido de cuerpo y alma,
¡cuando yo os salvo me echais
sin mirar mis agonías!
¡Calma! ¡calma!
Vamos á ver, fuerzas mias,
cómo de fuerza os hallais.
¡Ay! (*Incorporándose*).
¡Fuese dejando querellas!
¡Tanto el alma me robais,
que ya sin veros os hablo!
¡Bellas! ¡bellas!

¡Cómo estudiais con el diablo...
y cómo atrás le dejais!
¡Ay! (*De dolor*).
Bello diablo con enagua
el que á tal pena me tray...
¡Oh tú, quien quiera que fueres!
¡agua! ¡agua!
si matar el fuego quieres
que por tí en mi pecho hay.
¡Ay! (*De sentimiento.*)
¡Quién jamás esa sonrisa
á que tal encanto dais,
contemplára con amores!
¡Risa!... ¡risa!...
que... las mujeres... mejores
por serlo la provocais. (*Rie*).
¡Ay! (*De dolor*).
¿A qué reir si os adoro,
y de aquí no os apartais,
bellas, mi mayor contrario?
¡Lloro! ¡lloro!...
Que... sois un mal... necesario,
y en el alma os agarrais.
¡Ay! (*De sentimiento*).
Yo me ahogo: entre el desaire
y la herida me matais
con bien horroroso fin...
¡Aire!... ¡aire!...
Esa puerta dá al jardin,
y allí lo que busco hay.
(*Al abrir la puerta, respirando con fuerza*).
¡¡Ay!!...
¡Cuánta delicia este aura
á mi pobre pecho trae! (*Ya en el ecnador*).
Cuánto estas verdes paredes,
¡Laura! ¡Laura!
semejan las dulces redes
en que por amor se cae!
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
(*El primero de sentimiento; el segundo de desfallecimiento, y el tercero de dolor, al rozarse la herida contra el brazo de un asiento, al dejarse caer en él*).

ESCENA IV.

QUEVEDO, INES, DON LUIS.

INES. Por aquí.... *(Saliendo seguida de D. Luis por*
QUEV. (¿Qué es esto?) *el foro, derecha).*
INES. ¡Cé!
Por aquí.
LUIS. La oscuridad
me turba.
INES. La voz bajad.
LUIS. Bien.
QUEV. (¿Un galan? Bueno á fé).
INES. Aquí esperad, que á esa reja
en breve la haré salir.
LUIS. El cielo me vas á abrir.
QUEV. (San Pedro se ha vuelto vieja).
INES. Gustad la amorosa copa,
pues que está su hermano ausente;
pero tened muy presente
lo del fuego y de la estopa.
No useis lisonjero amaño,
que yo cuido de su honor.
QUEV. (Un lobo buscó el pastor
para guardar su rebaño).
LUIS. Cosa que no la esté bien,
por mí no será pensada.
INES. Con eso voy descuidada. (*Vase, foro, derecha*).
QUEV. (*Requiescant in pace. Amen*).

ESCENA V.

QUEVEDO, DON LUIS Y ESPERANZA (*en la reja de la derecha, despues de un momento de pausa).*

ESP. ¡Cé!
LUIS. ¿Sois vos?

ESP. ¡Pues quién si no!
LUIS. Perdonad la duda impía
á quien tamaña alegría
ni aun en sueños columbró. —
Aunque amor me lo reproche,
daros crédito resisto;
que es de noche, y nunca he visto
salir el sol por la noche.
ESP. Bajad la voz, caballero,
y en lo que digais sed justo;
que de lisonjas no gusto,
y venís muy lisonjero.
QUEV. (¡Bien!)
LUIS. Deja que el labio abra
camino á mi pena fiera,
hoy que por la vez primera
te dirijo la palabra.
Tres meses hace, señora,
que á Madrid llegastes, y.....
tres meses hace que á mí
me vé en tu calle la aurora.
No bien Febo su luz tapa,
negras sombras apiñando,
allí me tienes rondando,
envuelto en mi larga capa.
Allí mi vista se afana
por pasar las celosías,
y riegan lágrimas mias
las flores de tu ventana.
Si escuchas desde tu lecho
en la calle algun rumor,
es un suspiro de amor
que se exhala de mi pecho.
Y no calman tal afan,
sino mas loco me tienen,
papeles que van y vienen,
quejas que vienen y van.....
Y como que nunca veo
de tu luz los resplandores,
aun dudo si estos amores
son ilusion del deseo.
Tal vez cuando mas te nombra

el alma loca y ardiente,
se dibuja vagamente
en tu ventana una sombra.
En aquel instante breve
cesa mi rudo tormento,
y doy mil besos al viento
para que á tí te los lleve.
Entonces vuelvo á vivir,
que todo mi sér restauras.....
Pregúntaselo á las auras,
que ellas lo pueden decir.

ESP. ¡Don Luis!

LUIS. Si quejas exhalo,
es porque poco me creo
para tí.

ESP. Yo no lo veo.

LUIS. ¡Alma mia!

QUEV. (¡Malo, malo!)

LUIS. Si esta dicha es verdadera,
no hay dicha que mas me cuadre.

QUEV. (*Parióme adrede mi madre.*
¡Ojalá no me pariera!)

ESP. ¿Lo dudais?

LUIS. Duda quien ama.

ESP. ¿Temeis pues?....

LUIS. Teme quien quiere.

ESP. El que teme.....

LUIS. Calla y muere.

ESP. Esperad.

LUIS. Amor me inflama,
y cuando se llega á amar
con pasion tan verdadera,
no se dice al alma: «¡espera!»
que ella no sabe esperar.

ESP. Una prenda daros puedo.
Llevo en el pecho una flor.
Tomadla.

LUIS. ¡Albricias, amor!

QUEV. (Esta es la tuya, Quevedo).

(Quevedo se levanta, y vá de puntillas hasta interponerse entre la reja y Don Luis; tropieza con el brazo de Esperanza, que alarga la flor á Don Luis. Quevedo le

besa la mano, y vá á coger la flor en el momento en que la toma Don Luis. Esperanza retira el brazo indignada, y Quevedo se retira al foro).

ESP. ¡Oh!

LUIS. Dadme. ¡Qué dicha es esa!....
¡Por vuestra boca besada!
Dadme.

ESP. Ved que estoy airada.

QUEV. (El otro necio no besa).

LUIS. No os comprendo.

ESP. ¿Cómo no?
Lo dudo, aunque lo estoy viendo.
Atrevido os vais volviendo.

LUIS. ¿Qué decís?

QUEV. (Aquí entro yo).

(Quevedo se retira al fondo del jardin, desde donde avanza tosiendo de cuando en cuando, y dejando oir las pisadas).

¡Jem, jem!

ESP. ¡Dios mio!

QUEV. ¡Jem, jem!

ESP. ¿No escuchais? Huid, por Dios.....
por mi honor..... Adios.

LUIS. Adios.

(Esperanza se retira precipitadamente, cerrando tras sí las vidrieras. Don Luis dá algunos pasos, hasta estar cerca de Quevedo).

QUEV. ¡Jem, jem!

LUIS. ¿Quién vá allá?

(Poniendo mano á la espada. Quevedo contestá con voz de viejo).

QUEV. Guillen.

ESCENA VI.

QUEVEDO, DON LUIS.

LUIS. ¿Un viejo?.... (*Con extrañeza*).

QUEV. Sí; un cotorron
que de los noventa pasa,
de la dueña de esta casa

escudero y rodrigon.

LUIS. ¿Y qué busca?

QUEV. A que responda
aguardad, que soy pesado,
y vengo muy fatigado.

LUIS. Mas, ¿qué hace aquí?

QUEV. Hago..... la ronda.

LUIS. Bien. (*Impaciente*).

QUEV. Viendo hundirse tu nave
vengo á tenderte una mano;
que es precepto muy cristiano
enseñar al que no sabe.
Por la mujer que tú quieres,
aquí hay un hombre escondido.

LUIS. ¿Quién?

QUEV. Un caballero herido.
¡Dios nos libre de mujeres!

LUIS. ¿El que heri esta tarde? (*Como adivinando*).

QUEV. ¿Tú?
¿Luego eres Don Luis?

LUIS. Sí soy.

QUEV. (El golpe en dos blancos doy). (*En su voz*).

LUIS. ¿Y ella le ama?

QUEV. ¡Tú-tú-tú! (*Con voz de viejo*).

LUIS. ¡Dios mio!

QUEV. Yo.....

LUIS. ¿Acabarás?

QUEV. Soy pesado, como viejo.
Si interrumpes.....

LUIS. Ya te dejo.
¡Cielos!

QUEV. Escucha, y sabrás.
No será culto y gentil,
ni altisonante ni raro,
pero es muy breve y muy claro
el lenguaje escuderil.
Mujer que quiere y sonsaca
á un hombre, y á dos y á tres,
no es necia, no es loca, es
una solemne bellaca.
Yo te hablo con experiencia
de estos sutiles amaños,

que allá por mis verdes años
cursé de amores la ciencia.
Ciencia en que el hombre se atranca,
y está siempre en andadores;
que ni esplican los doctores,
ni se aprende en Salamanca.
Ciencia grande, ciencia rica.....
y hermosa, y dulce y süave,
(*Lanza un suspiro exagerado*).
pero que solo se sabe....
cuando ya no se practica!
Tenía yo veinte y pico.....
¡qué tiempos! no volverán.
Entonces era un galan
el gallardo Guillencico.
(*Despues de llevarse la mano al pecho como para contener èl dolor de la herida, y tratando de disimular*).
Perdona si un lagrimon
el discurso me ha cortado;
que lloro el haber pasado
desde paje á rodrigon.
Bravo como en Roncesvalles,
el de los nobles arrojos,
con la capa hasta los ojos
rondaba calles.... y calles.
No es por arrogancia vâna,
lo que digo, ni es locura;
pero una dulce aventura
hallaba en cada ventana.
Aquí la doncella andante;
la hermosa fregona acá;
cuatro pasos mas allá....
la viüda vergonzante.
Y yo á todas las queria,
y á mí todas me adoraban.
¡Las vírgenes que me amaban
forman una letanía!
Entre estas travesurillas,
y otras que pueden contarse,
comencé á ver marchitarse
las rosas de mis megillas.
Y como surco de orugas,

una entrante, otra saliente,
ví aparecer en mi frente
una, dos, tres, ¡cuatro arrugas!
Desde entonces, aunque aplico
mi experiencia y mi consejo,
solo oigo: «váyase el viejo;»
y ese viejo es Guillencico.
Pronto el amor se deshace.
Antes..... todas: ¡Guillen, llora!
y ninguna ahora, ¡ahora
que tanta falta me hace!

LUIS. Bien; pero... (*Impaciente*).

QUEV. Quien quier que fueres,
cuenta ya con mi sosten.
Pues que no me miran bien,
¡guerra á muerte á las mujeres!

LUIS. Loco estás.

QUEV. Huye las bodas;
no te abrases en su llama;
mira, Don Luis, que mi ama
es.....

LUIS. ¡Qué, qué!

QUEV. Lo que son todas.
Charlan como charla el loro;
aman al que ven primero;
y á éste le dicen: «¡te quiero!»
y al de mas allá..... «¡te adoro!»
Hay quien ama á tres ó cuatro;
para cuyo caso observa
que se queda de reserva
el sublime..... «¡te idolatro!»
Pensarlo me hace cosquillas.....
Para todos los humanos
tienen su apreton de manos
y su favor á hurtadillas.

LUIS. ¡Necio de mí! Loco estás.....
¿y he podido suponer?....

QUEV. ¿Eres de *ver* y *creer?*
Pues *verás*, nuevo Tomás.
De su proceder convexo
pruebas tendrás, aunque mudas.

LUIS. Pero tú, ¿por qué me ayudas?

QUEV. Por espíritu de sexo.
Los hombres somos aun
fuertes si nos aliamos,
y si unidos atacamos
al enemigo comun.

ESCENA VII.

QUEVEDO, DON LUIS, ESPERANZA.

(Esperanza entreabre la puerta izquierda de la habitacion de Quevedo, y dice sobresaltada):

ESP. ¿Caballero?...
QUEV. (¡Ella! ¡bien!) *(En su voz)*.
LUIS. ¡Ah! *(Al oirla)*.
QUEV. ¿Oiste? *(Con voz de viejo)*.
LUIS. ¡Dios, fuerzas dame!
QUEV. Voy, no sea que me llame.
ESP. ¿Señor herido? *(Ya cerca de la cama)*.
QUEV. (Bien vá). *(En su voz)*.
ESP. ¡No está! ¡Tormento cruel!
Sin duda al jardin salió,
y fué quien interrumpió....
QUEV. ¡Señora! ¿Vos?
(Presentándose en la puerta del foro).
ESP. (¡Era él!)
(Don Luis se queda en el cenador y escucha por la ventana.)
QUEV. ¡Vos! ¿Qué es esto?
ESP. ¿Habeis salido?
QUEV. Y hallé lo que no esperaba.
Alivio á mi mal buscaba...
ESP. ¿Y?...
QUEV. Y aquí lo he conseguido.
ESP. Pero esa extraña salida...
permitid que os la reproche.
El relente de la noche
puede hacer mal á la herida.
A no ser que algun rumor..... *(Con intencion)*.
algun cercano ruido... *(Recelosa)*.
la causa de ello haya sido.
QUEV. (Ya comprendo su temor).

Por Dios que no sentí nada
y á no ser mi amante fuego,
nada turbó mi sosiego
en esta noche callada.

ESP. (¡Ah!) *(Con alegría).*

QUEV. Salí, porque, sin vos
todo lugar me es odioso,
que no puedo hallar reposo
tras aquel terrible «adios.»

ESP. Pues yo desde mi aposento
creí oir...

QUEV. Habreis oido
de mis pasos el ruido,
tal vez el rumor del viento.

ESP. (Gracias, Dios. Nada escuchó).
(Don Luis lucha por dominarse).

LUIS. (¡Muy despacio lo han tomado!)

ESP. A eso solamente... no.
Queria, pues ya de mí
para siempre os alejais,
repetiros que dejais
por siempre un recuerdo aquí.
Que luego podeis marchar,
si es que aun os place dejarme;
que vos podeis olvidarme,
que yo no sabré olvidar

QUEV. ¡Señora!

ESP. Estará demás
cualquier encarecimiento.
Esto es agradecimiento.

QUEV. ¿Eso solo?

ESP. Nada mas.
Ahora ¡adios! Muy presto Inés
os hará salir de aquí.

QUEV. ¿Y os vais, mi señora, así?

ESP. Esto es fuerza.

QUEV. Fuerza es.
Mas si un amigo, un hermano
veis en mí, si eso consigo...
no se despide á un amigo
sin estrecharle la mano.

ESP. Tomadla.

Quev. Págueoslo Dios. *(Besándola.)*
Esp. ¡Ah!... ¿Qué haceis? Tal libertad...
Quev. Son besos... del amistad...
(¡No se ofende!)
Esp. ¡Adios!
Quev. Adios.
(Esperanza le alarga de nuevo la mano, Quevedo se la estrecha, y despues de mirarla un momento le dá otro beso en ella).

ESCENA VIII.

Quevedo, Don Luis.

Luis. ¡Oh!... *(Fuera de sí).*
Quev. (Guillen, alerta)
(Despues de desaparecer Esperanza y dirigiéndose al foro).
Luis. ¡Bien!
Se fue... Por mi honrado nombre
que he de matar á ese hombre.
¿Quien vá?
(Se dirige al foro; Quevedo le interrumpe el paso).
Quev. Quien viene; Guillen.
(Con voz de viejo).
Luis. Adios. *(Abriéndose paso).*
Quev. ¿Dónde vas?
Luis. No sé.
A matarle, que estoy loco.
Déjame.
Quev. Poquito a poco.
Está herido.
Luis. ¡Lo olvidé!
Ni aun vengarme puedo al fin.
Quev. Todo en lo posible cabe.
Luis. ¿Qué dices?
Quev. Dame la llave
con que entras á este jardin.
Luis. ¿Para qué?
Quev. Veré al herido.
Luis. Bien.
Quev. Y en nombre de su amiga....

Luis. ¿Qué?
Quev. Le diré que me siga.
Luis. Habla.
Quev. Cuando haya salido...
Luis. Ocupo su puesto.
Quev. ¡Calle!
¿Viste claro, estando ciego?
Pues dame la llave luego,
que yo le pondré en la calle.
Luis. El alma te diera, y hablo
como noble y caballero.
Quev. La llave es lo que yo quiero.
(Guarda el alma para el diablo). (*En su voz*).
Luis. Tómala.
Quev. (¡Gracias á Dios!) (*Idem*).
Vete á la estancia derecho,
y ocúltate tras el lecho
en cuanto escuches mi tos.
Luis. Gracias.
Quev. (¡Bravo plan!) (*Entrando en la estancia*).
Luis. Sí, sí.
Su infamia exige este pago.
Quev. (Abro aquí, y la luz apago).
(*Abre la ventana que dá al cenador, y apaga la luz; se ciñe la espada y se pone el sombrero. Despues sale de puntillas, y se marcha al foro derecha del jardin, y allí dice lo siguiente, fingiendo dirigirse á una persona que lo acompaña).*
¡Jem! ¡jem! Vamos, por aquí...
Luis. Entro pues (*Entra de puntillas en la habitacion*).
Quev. (Siga el enredo.)
(*En su voz y bajando rápidamente al cenador*).

ESCENA IX.

Quevedo, Don Luis, Ines.

Ines. ¿Caballero?... ¿Dónde está?
(*Sale por la puerta izquierda con una luz*).

LUIS. Aquí. (*Cogiéndola con violencia por el brazo*).
INES. ¡Jesus! (*Dejando caer la luz*).
LUIS. ¡Calla!
QUEV. (¡Ah!
(Dándose una palmada en la frente, radiante de alegria, despues de mirar por la ventana).
¡El demonio eres, Quevedo!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala ricamente amueblada; puerta al foro y laterales; la de la derecha se supone que dá paso á la habitacion del primer acto; la del foro, al interior y esterior de la casa; y la de la izquierda, á una habitacion que se comunica únicamente con la sala que ocupa la escena. Luces.

ESCENA I.

DON LUIS. INES. (*Don Luis sale seguido de Inés, por la puerta de la derecha, como recatándose*).

LUIS. Pues dices que escucharian
cuanto en esa estancia hablásemos,
esplícate, Ines, ahora
que seguros nos hallamos.
INES. ¡Señor!
LUIS. No valen disculpas,
y fingimientos son vanos.
El hombre que herí esta tarde
y á la puerta cayó pálido,
se ocultaba no hace mucho,
todo lo sé, en ese cuarto.
Solo quiero que me digas
el por qué, el cómo y el cuándo,
porque yo me vuelvo loco

solamente con pensarlo.
¿Qué confusiones son estas?
Esplícalas, que me abraso.

INES. Yo, señor.....

LUIS. Habla, ó, ¡por Cristo!
que he de hacer un desacato.
Habla.....

INES. Volveos, Don Luis.....
hácia allí se sienten pasos.
Si os viesen.....

LUIS. Tienes razon.

INES. Ya llegan; aquí ocultaos.

LUIS. Bien; pero ten entendido
que, en cuanto despejen, salgo.

INES. ¡No, por Dios! Mientras no os llame
por mi misma, quedo estaos.

LUIS. Lo haré, que á mi plan conviene.
Pero vete preparando.
Si no cantas, te hago polvo.

INES. ¡Ah!

(*Al desaparecer Don Luis por la puerta izquierda, que cierra tras sí, aparece Quevedo en la derecha, y cogiendo por el brazo á Ines, que estará en el centro de la escena, dice)*:

ESCENA II.

INES, QUEVEDO.

QUEV. Si chistas, yo, ¡pedazos!

INES. ¡Jesus!

QUEV. ¡Chist! Esta, hasta el pomo. (*Por la*

INES. Perdonadme, ¡cielo santo! *daga*).

QUEV. Esta, hasta la boca. Elige. (*Por la bolsa*).

INES. Pero, ¿quién sois vos?

QUEV. El diablo.

INES. ¡Jesucristo!

QUEV. El que á las viejas
declaró la guerra antaño.

INES. ¡Piedad!

QUEV. Y, *semper vobiscum*,
cada vez mas ensañado,
tarascas de *Corpus-Cristi*
ha de buscar vuestro daño
per secula seculorum.....
INES. *Amen.*
QUEV. Hasta esterminaros.
INES. Haré lo que vos mandeis.
QUEV. (¡Qué presto fieras amanso!)
¿Ves esta bolsa?
INES. Si veo.
QUEV. Oro. *(Sonando).*
INES. Lo reza bien claro.
QUEV. ¿Miras esta daga?
INES. Miro.
QUEV. Acero. *(Blandiéndola).*
INES. Piedad demando.
QUEV. Entre oro y acero..... elige.
INES. Lo primero elijo.
QUEV. Es llano.
Pero sabes qué hacer tienes,
la dueña, para ganarlo?
Lo que mujer nunca hizo;
lo mas difícil y estraño
que mandársele pudiera
á una bruja de tus años.
INES. ¡Dios mio! ¿qué? ¿qué?
QUEV. Callar.
INES. ¡Ah! *(Respirando con fuerza).*
QUEV. ¿Lo harás?
INES. Seré de mármol.
QUEV. Si es así, daréte oro;
acero, de lo contrario.
INES. Pero, ¿qué quereis que calle?
QUEV. Todo tienes que callarlo.
Ni á Don Luis, ni á tu señora
dirás palabra del caso.
Para ella, aun el herido
está en su cama postrado;
para él, ha de haber solo
confusion y sobresalto.
Toma; y, si te quedas muda,

tendrás mañana otro tanto. (*Dándole la bolsa*).

INES. Bien.

QUEV. Adios. (*Tuerce la llave de la puerta de la*

INES. ¿Por dónde os vais? *izquierda*).

QUEV. ¿Yo? Por donde mismo he entrado.
(La llave del buen Don Luis
comienza ya á hacer milagros).
¡Ah! si cuando á verme vuelvas,
en mí ves algo de extraño,
punto en boca.

INES. Ya á mi boca
pusísteis gentil candado.

QUEV. Adios, pues.

INES. Dios os ayude,
y os dé su divino amparo.

QUEV. Reza al diablo de tu guarda,
que tu ángel debe ser diablo,
si hay diablo que guardar quiera
vestiglo tan endiablado,
que fuerzas te dé y silencio
para obrar como te mando.
(*Vase por la puerta de la derecha*).

ESCENA III.

INES (*despues de una pausa, y encogiéndose de hombros*).

¿Qué importa quién es, dó vá,
cómo salió y vuelve aquí,
dejando á Don Luis allí,
si tiene dinero..... y dá?
Nobleza y estimacion
juzgo que le sobra: en fin
porque, ¿quién que tiene *din*
se pasa hoy dia sin don?
Protegerle debo, pues,
si, como ya he presentido
al verle por ella herido,
ama á mi señora.

ESP. ¿Ines?
(*Saliendo por el foro izquierda*).

ESCENA IV.

Ines, Doña Esperanza.

Ines. ¿Señora?
Esp. ¿Fuese el herido?
Ines. ¿Eso preguntas ahora?
¿Y qué dirias, señora,
si al fin no se hubiera ido?
Esp. ¡Ah! Con que aun está aquí él? *(Con alegría).*
Ines. «Cúrese, y váyase luego;
que mientras esté, sosiego
no tendrá mi pena cruel.
Yo no le puedo pagar
de otro modo, lo que ha hecho.» *(Remedándola).*
Esp. ¿Y quién entiende del pecho
el voluble desear?
Ines. ¡Oh! «¡Si Don Lüis supiera
que el hombre con que ha reñido
está en mi casa escondido!
¡Ojalá agora se fuera!» *(Idem).*
Esp. Mal dije; que su valor
debiera recompensar.
Ines. ¿Y eso no vendrá á parar
en que le tienes amor?
Esp. Lo que hora pasa por mí,
no acierto á explicarlo yo;
la mente afirma que no;
el pecho dice que sí.
Verle lejano queria;
mas, cuando llegó el momento,
cambióse en rudo tormento
la gloria de mi alegría.
Y al decirme que está aquí,
y que aun le puedo mirar,
yo no te acierto á esplicar
lo que ha pasado por mí.
Grandes temores de amallo;
gozo de volver á vello;
nuevo pesar de perdello;

placeres de recobrallo.
De suerte que dudo en mí,
é ignoro si le amo yo:
la mente afirma que no;
el pecho dice que sí.

INES. Doncel es de lindo porte,
galante y avalentado,
y, á mi juicio, acaudalado,
y bien querido en la corte.
Con que tu afan no reprendas
cuando piensas que le quieres.....
Si prendas mueven mujeres,
¿cuál resiste tales prendas?
Solo tú que á Don Luis amas
pudieras mostrar rigor.

ESP. No te burles de este amor,
que harto sufro con sus llamas.

INES. ¿Le quieres pues?

ESP. ¡Qué se yo!

INES. De tu boca lo entendí.

ESP. El pecho dice que sí;
la mente afirma que no.

INES. A lo primero te allana;
que es el pecho quien lo siente,
y calculo que tu mente
miente como una villana.
Que placer de recobrallo,
gozo de volver á vello
y temores de perdello
¿qué son, dime, sino amallo?

ESP. Harto lo siento, ¡ay de mí!
y esto el pecho me traspasa;
que él torna alegre á su casa
dejándome muerta aquí.
¿Qué gran cuidado le llama,
cuando aquí se le prodigan?
¿Qué obligaciones le ligan
sino el amor de otra dama?
Que no le viese jamás,
pluguiera á los altos cielos.

INES. Abrásaste ya de celos,
¿y aun dudas si le amarás?

Esp. Aunque me creas liviana,
así mi pecho lo siente;
y calculo que la mente
mintió como una villana.
Perdida mi bienandanza,
desesperada le amo,
que aunque Esperanza me llamo,
ya no me queda esperanza.
Herida por su valor,
dile en mi casa acogida:
él sanará de su herida;
yo no sanaré de amor.

Quev. ¡En nombre del rey! (*Dentro*).

Esp. ¡Dios santo!
¿Oiste?

Ines. ¿Qué es esto, cielos?

(*Mucha rapidez hasta el final de la escena*).

Esp. ¿Aun quedaban mas desvelos,
que llorar á mi quebranto?

Ines. La justicia en casa ahora,
y tu hermano ausente!

Esp. ¿Y qué
me querrán? ¡Cielos! ¿qué haré?

Ines. ¡La justicia aquí!

ESCENA V.

Dichas, Quevedo, alguaciles. (*Quevedo aparece en el foro con gafas, toga, bonete y vara. Siempre que finja á este personaje hablará con voz pausada y algo gangosa*).

Quev. Señora....

Esp. (¿Hay cosa igual?)

Ines. (¿Dios, qué es esto?)

Quev. Dispense vueseñoría,
si entré con descortesía,
atrevido y descompuesto.
De evitarlo no fuí dueño,
aunque lo quise evitar,
pues tengo así que llenar
el cargo que desempeño.

Y pues no arguye malicia,
perdonad la traza y modo;
porque la justicia en todo
debe cumplir la justicia.

ESP. (¡Cielos, si es él!)

INES. (¿Ya varía?)

ESP. (¿Hay confusion como esta?
no puede ser... y es).

QUEV. Respuesta
no merezco á useñoría?

ESP. Yo...

QUEV. (La estoy haciendo mal
y vive Dios que me pesa;
mas si abandono la empresa,
no prenderé á mi rival.)

INES. (¿Alguacil se ha vuelo ahora?
Este hombre es el mismo diablo).

QUEV. Mirad, señora que os hablo,
y que esto importa, señora.
Atencion pues me prestad,
no por mí, que harto lo siento;
sino porque represento
á la regia autoridad.

ESP. Decid. (Tanto parecido
en rostro nunca miré).

QUEV. Si acaso me propasé...

ESP. (¿Vendrá á prender á mi herido?
Pero esa fisonomía...
La cabeza perderé).

QUEV. Si acaso me propasé.....
Dispense vueseñoría.

ESP. Habladme, que sin vivir
estoy ya de esa manera.

QUEV. A solas hablar quisiera.

ESP. ¿Qué me teneis que decir?

(Ines se ha ido á una seña de Esperanza. Los alguaciles que se habrán presentado en el foro, á una de Quevedo).

ESCENA VI.

Doña Esperanza, Quevedo.

Quev. Alcalde de casa y corte
soy para servir á usía.
Esp. Pues en qué puedo servirle,
el señor alcalde diga.
(Cuanto mas miro, mas dudo.)
Quev. (Mas duda, cuanto mas mira).
Esp. Siéntese el señor alcalde,
y esplíqueme su venida.
Quev. Mas que al rey besar la mano,
me honra tomar esta silla.
Gracias por merced tan alta,
y escúcheme useñoría.
Esta noche en esta calle
hubo, señora, una riña.
Esp. Donde el reñir se acostumbra,
no es cosa extraña á fé mia.
(O es él ó no tengo ojos).
Quev. (Aun mas que hermosa es altiva).
Sobre el duelo de esta noche
es, señora, mi venida.
Esp. ¿Y qué tengo yo que ver
con los que en la calle riñan?
¿Qué es esto, señor alcalde?
Quev. Aguarde vueseñoría.
Hay cosas que suenan alto,
por mas que bajo se digan,
y que nadie ha de escucharlas,
porque al honor perjudican.
Esp. Despacio, señor alcalde.
Quev. Dispénseme useñoría.
Esp. Esperanza de Aragon,
la señora de Cetina,
si en casos de honor se trata
junto al sol el suyo brilla.
Quev. (¿Conque se llama Esperanza?
Esperanza serás mia).

Ni dudar me permitiera
de una cosa tan sabida;
pero hay vulgo que murmure,
que el vulgo es todo malicia.
Por eso os dije saliera
la criada, que de estima
las cosas se han de tratar
como nadie pueda oillas.
Lo que de vos se sospecha,
puede ser una mentira;
mas la mas lijera nube
empaña el sol que mas brilla,
y si sol es vuestro honor
y nublado esa mentira,
con ser contada empañara
su luz esplendente y limpia.

ESP. No sé si dar gracias debo
ó mostrarme resentida,
que ofensas así contadas,
al par que ofenden obligan.
Mas á comprender no acierto
qué me quiere la justicia.
Hable yá el señor alcalde.

QUEV. Oigame vueseñoría.
De la riña resultó
una muerte y una herida.

ESP. ¡Muerte!

QUEV. Don Luis de Pacheco
el alma dejó en la lidia. (*Fingiendo que llora*).

ESP. ¿Don Lüis? (Qué enredo es este?
¿Mas no le he hablado yo misma?)
Muy mal se enteró el alcalde.

QUEV. Dispénseme useñoría.
Yo ví el cadáver, y nunca
se equivoca la justicia.

ESP. ¿Conque Don Lüis es muerto?

QUEV. Ha pasado á mejor vida.
Dios le tenga en su descanso.

ESP. Amen. (¿Otro nuevo enigma?
Mas ¿cómo, si yo le he visto?)

QUEV. (El me rindió de una herida;
yo de una frase le mato.... (*Con rapidez*).

Pagados.... y hasta la vista)
ESP. ¿Vos le habeis visto?
QUEV. Y de cerca.
(La color tiene perdida.)
ESP. ¿Y le conocíais?
QUEV. Mucho.
ESP. ¿Muerto estaba?
QUEV. De tres dias.
ESP. ¿De veras, señor alcalde?
QUEV. Créame vueseñoría.
ESP. (¡Yo estoy loca!) ¿A qué hora fué
esa desgracia inaudita?
QUEV. A las diez vieron el cuerpo,
de aquesta calle en la esquina,
con tanta y tanta estocada, (*Con fingido dolor*).
que mirallo daba grima.
A las once menos cuarto (*Variando de tono*).
le recogió la justicia.
ESP. (¿Cómo, si conmigo hablaba
Don Luis á esa hora misma?)
Es falso, señor alcalde. (*Levantándose*).
QUEV. Siéntese vueseñoría.
Para contarla este caso
no ha sido aquí mi venida;
y créalo ó no lo crea,
nada importa á la justicia.
Apenas cayó Don Luis,
huyóse el fiero homicida,
y segun testigos fieles,
que de lejos le veian,
amparóse de esta casa.
ESP. ¡De esta casa! (¿Hay tales cuitas?)
QUEV. Ya yo no estaba distante
de que lo ignorase usía.
ESP. Aquí no se esconde nadie.
QUEV. Las criadas le ocultarian....
Veremos luego la casa.
ESP. No, si ya la tengo vista.
Ninguno se oculta, alcalde.
QUEV. Dispénseme useñoría.
Los que declaran son hombres,
que por nada mentirian.

Esp. Pues ahora....
Quev. Ahora menos,
que se trata de una vida.
Las criadas le ocultarán
sin duda, señora mia.
Yo he de registrar la casa.
Esp. Seor alcalde, no en mis dias.
Mirad que hay quien me defienda,
si haceis una tropelía.
Quev. (Si ahora me llama en su auxilio,
estos lios se deslian,
y no podré prender yo
al que su afecto me quita).
Esp. ¿Qué resolveis?
Quev. Me resuelvo.....
(*Despues de dudar por no encontrar un pretesto para marcharse*).
á hacer lo que el juez me diga.
voy á consultarle y....
Esp. (En tanto escapa).
Quev. Que viva
usía muy largos años.
Mas piense que si es guarida
del criminal esta casa,
no ha de escapar.
Esp. (¡Qué agonía!)
Quev. Y mejor la está entregarle,
pues sin duda aquí le pillan,
que alguaciles y alfileres
prenden, y tras prender..... pinchan.
Esp. Id con Dios, señor alcalde.
Quev. El guarde á vueseñoría.
(*Vase despues de hacer una cortesía exagerada*).

ESCENA VII.

Esperanza, Ines.

Esp. ¡Ines! (*Llamando*).
Ines. ¿Señora? (*Sale por el foro izquierda*).
Esp. ¿El herido
está en su cuarto?
Ines. Pues nó!
No ha un minuto le vi yo

sobre su lecho dormido.
ESP. ¿Estás cierta?
INES. Por supuesto.
(Paga y acudo en su ayuda).
ESP. ¿Pero le has visto?
INES. Sin duda.
ESP. ¿Pues cómo me esplicas esto?
INES. ¿Qué?
ESP. ¿Tú no lo has conocido?
Mira que el caso es formal.
¿Has visto en tu vida tal
parecido?
INES. ¿Parecido?
O tu vista se equivoca,
ó tengo la mia en valde.
ESP. ¿No se parece al alcalde?
INES. ¿Quién?
ESP. ¡Dios mio! ¿Estaré loca?
El me ha dicho que Don Luis
en el combate murió
y tras de él, le he visto yo.
INES. El alma tengo en un tris.
Tu Don Luis ha muerto? ¡Oh!
mi llanto apenas resisto. (*Llanto fingido*).
ESP. Mas cómo, si yo le he visto.
INES. ¡Jesus! ¿Se te apareció?
ESP. ¡Necia!
INES. En el nombre del Padre..... (*Santiguándose*).
ESP. ¡Cállate por Dios!
INES. Del hijo.....
y del.....
ESP. Ves cuanto me aflijo
y?.....
INES. Yo haré lo que te cuadre.
Mas.....
ESP. ¿Quién tal cosa imagina?
Le he visto bien: esto es cierto.
¡Y él dice que estaba muerto
á estocadas en la esquina!
INES. ¿Y cómo saber?.....
ESP. ¡Ah! sí.
Vete.

INES. ¡Yo!
ESP. Ya el modo infiero.
INES. (¿Qué intentará?)
ESP. ¿Caballero? (*Llamándole á*
INES. (Va á saber que no está ahí). *la puerta.*)
ESP. No contesta.
INES. Dormirá.
Deja.....
ESP. Si salió de oculto.....
¡El era!
INES. (Yo escurro el bulto).
ESP. ¿Mas cuál su objeto será? (*Pensativa*).
Ninguno. Ser no podia. (*Volviendo á llamar*).
¿Estáis ahí?... ¿No me ois?
Eh! ¡Caballero! ¿Dormis?
QUEV. ¿Tras de veros dormiria?
(*Presentándose en la puerta de la derecha con mucha naturalidad*).

ESCENA VIII.

DOÑA ESPERANZA, QUEVEDO.

ESP. ¡Vos aquí!
QUEV. ¿No habeis llamado?
(Llave, cuanto me servis).
ESP. ¿Pero de dónde salis?
QUEV. De esa estancia. ¿Os hais quedado
al mirarme cabilosa?
¡Ah! me creisteis partido.
Mas pensad, que nunca ha huido
de la luz la mariposa.
Aunque el verme os cause enojos
yo no acierto á dar un paso,
que mariposa, me abraso
en la lumbre de esos ojos.
Tanto ardor con ellos dais,
que en él me siento abrasar;
y mal pudiera escapar
si las alas me quemais.
Cuando os enfade este amor
en que al miraros entré,

quedad ciega y partiré,
si no me mata el dolor.
Que para de sus amores
la mariposa alejar,
es necesario apagar
de la luz los resplandores.

Esp. No es que me dé pena el veros
en casa, señor herido;
sino que há poco han venido
por lo del duelo á prenderos.

Quev. Chasco se llevan por Dios,
que estoy preso á mi entender.

Esp. ¿Pues quién os pudo prender?

Quev. Con vuestra belleza, vos.
Y en cárcel tan singular
por lo terrible y lo bella,
que el que una vez entra en ella,
ya no se puede escapar.

Esp. Dejad hora el galanteo
en que tan fino os mostrais,
y atended, por si aclarais
el apuro en que me veo.
¿No habeis salido de ahí
por un instante siquiera?

Quev. ¿Cómo quereis que saliera,
si estoy prisionero aquí?

Esp. El alcalde, que ha llegado
de vuestra persona en pos,
tan parecido era á vos,
que con vos le he equivocado.
Quizás menos varonil.....
no tan galan.....

Quev. (¡Seductora!)

Esp. Pero era el mismo.

Quev. Señora...
¿tengo cara de alguacil? (*Con aparente indignacion*).

Esp. No fué mi idea, Señor.....

Quev. ¡Galan y á él me parecia!
Eso es mezclar, Laura mía,
un favor y un disfavor.
Por lo bueno que me toca.
lo malo he de perdonar,

que caro se ha de pagar
un favor en esa boca

ESP. ¿Creeis vos que moriria
vuestro contrario?

QUEV. ¡Ahí es nada!
Yo le acerté una estocada,
y buena por vida mia.

ESP. ¡Cielos! (¿Y cómo le ví?
¿Fué ilusion de mi deseo?)

QUEV. Por lo que en vos pasa, veo
que un grave disgusto os dí.
Sin duda era vuestro amor
el hombre con quien lidiaba;
y al pensar que os obligaba,
os dí penas y dolor.
El muerto quisiera ser,
si en él habeis de pensar;
que vuestra mente ocupar,
hiciera el morir placer.
Olvidadlo, Laura bella,
que no fué mala su suerte;
si es que os obliga la muerte,
tambien correré yo á ella.
Si es que se la dí, ¡por Dios!
que su alma está agradecida;
pues, con quitarle la vida,
le he libertado de vos.
Miradme penando aqui,
y á él ya sin pena cruel;
no os dé compasion de él;
tenedla, y mucha, de mí.
Pues que, por contraria suerte,
es, Laura, cosa sabida,
que él con morir tiene vida;
yo con vivir tengo muerte.
Para el que murió viviendo
cerrad vuestro corazon,
y guardad la compasion
para el que vive muriendo.

ESP. ¿Con que, en efecto, murió?

QUEV. Al menos, lo creo así.

ESP. (¡Qué dudo, necia de mí!

¿no le he visto despues yo?)
QUEV. Dejara yo de vivir!
ESP. ¿Y por qué?
QUEV. Por agradaros.
ESP. ¿Cómo?
QUEV. Para interesaros
creo que es fuerza morir.
ESP. ¿Y moriríais?
QUEV. ¡Pues no!
ESP. ¡Hay cosa tal!
QUEV. Sí que hay.
ESP. ¿Tanto es vuestro afecto?
QUEV. ¡Ay!
ESP. Y eso, ¿quién lo fia?
QUEV. Yo.
ESP. ¿Estáis loco?
QUEV. De querer.
ESP. ¿A mí?
QUEV. ¿Pues á quién sería?
ESP. Si os amase.....
QUEV. ¡Laura mia!
ESP. ¿Estáis loco?
QUEV. De placer.
ESP. Pronto enloquecísteis.
QUEV. ¡Ah!
ESP. ¿Qué anhelais?
QUEV. Una..... Esperanza.
ESP. ¿La obtendreis?
QUEV. Todo se alcanza.
ESP. ¿En quién está?
QUEV. En vos está.
Que, estrella de mi alegría,
si bien para mí muy fiera,
solo en vos cifrar pudiera
la sola esperanza mia.
Si benigna, por fortuna,
esplendiera en lontananza
un rayo de esa esperanza.....
ESP. La estrella vá á daros una.
Si el muerto, de entre los dos,
dado me fuera elegir,
tan solo os puedo decir.....

que no hubiérais sido vos.

QUEV. ¡Laura! ¿Podrá suceder
que me llegáseis á amar?

ESP. Harto digo con callar;
que soy noble, y soy mujer.
Quizá por liviana y loca
me tendreis, y con razon;
que este necio corazon
se me ha venido á la boca.
No creais la prueba que hice
de teneros ya cariño;
que es mi corazon muy niño,
y no sabe lo que dice.
Idos, que os van á prender.

QUEV. ¡Laura!

ESP. Partid, caballero.
Idos pronto, que no quiero
que aquí os llegasen á ver.

QUEV. Decid al sol que se pare,
y quizá lo hiciera así;
mas no me digais á mí
que de dó estais me separe.
¿Qué me importa la prision
tras lo que acabo de oir?
¿Qué me importára morir
si es mio tu corazon?

ESP. Callad, callad.

QUEV. ¡Laura mia!

ESP. Idos, caballero. *(Impaciente).*

QUEV. No,
no espereis que deje yo
el cielo de mi alegría. *(Con mucha calma).*
¡Bien mio!

ESP. Partid.

QUEV. ¿Por qué?

ESP. Van á prenderos.

QUEV. Verdad.
(¡Maldito alcalde!)

ESP. Marchad,
ó de pena moriré.

QUEV. Voy á ceñirme la espada. *(Despues de contem-*

ESP. ¿Volvereis luego? *plarla un momento).*

QUEV. ¡Pues no!
¿Me amareis entonces?
ESP. ¡Oh!
¿Dudais aun?
QUEV. ¡Laura amada!
ESP. Adios.
QUEV. Adios.
ESP. Id de aquí,
y mucho no os detengais..... (*Vase Quevedo por la derecha*).
porque si mas os tardais
me llevaredes á mi!

ESCENA IX.

ESPERANZA.

¿Qué encuentro yo en ese hombre,
que hácia él me siento arrastrar?
¿Cómo lo he podido amar,
cuando ignoro hasta su nombre?
¿Tan presto de la pasion
el dulce fuego se siente?
¿Cómo tan livianamente
le entregué mi corazon?
Amar á Don Luis crei,
y con llama abrasadora;
mas lo que en mí siento ahora,
nunca lo he sentido en mí.
Veloz, hasta el alma llega,
y sin pensar, el cariño;
porque, como Amor es niño,
corre, y con las almas juega.
Mas dá goces tan süaves
la pena de una pasion,
que yá de mi corazon
le entregué todas las llaves.
Ten, pues, amor ciego,
lástima de mí,
que soy niña y sola,
y en tal no me ví.

ESCENA X.

Doña Esperanza, Ines.

Ines. ¡Ay mi señora! (*Entra apresuradamente*).
Esp. ¡Ay Ines!
Ines. ¿Qué tienes, señora?
Esp. Amor.
Ines. ¿Y eso te causa dolor?
Esp. Dolor, y gozo despues.
Ines. ¿Por el herido?
Esp. ¡Pues no!
Contagioso su mal era,
y así enfermó la enfermera.
Ines. Ya te lo predije yo.
Debióte muchos favores;
tú jugaste con su ardor;
y, en amores, lo mejor (*Suspirando*).
es no jugar con amores.
Que, aunque parezcan quimeras,
en cosas de tal calibre,
á aquella que mejor libre
las bromas le salen veras.
Esp. Tienes razon, ¡ay de mí!
no hay que jugar con el alma.
Ahora me deja sin calma,
porque se marcha de aquí.
Ines. No puede ser.
Esp. ¿Cómo, pues? (*Rapidez*).
Ines. La casa cercada tienen.
Esp. ¿No oyes pasos?.... ¡Ah!
Ines. Ya vienen.
¡Ay mi señora!
Esp. ¡Ay Ines!
¡Corre, es tiempo todavía!
Si le encontraran aquí.....
¡Volando!
Ines. Voy. (*Vase por la puerta de la de-*
Esp. ¡Ay de mí! *recha*).

ESCENA XI.

DOÑA ESPERANZA, QUEVEDO, ALGUACILES. *(Quevedo lo mismo que en la escena V).*

QUEV. Dios guarde á vueseñoría.
ESP. ¿Otra vez aquí el alcalde?
QUEV. Al juez, señora, he rogado
me evitase ese cuidado;
pero todo ha sido en valde.
ESP. Creed que no hay nadie aquí.
QUEV. Créolo bien sin dudar.
Pero es fuerza registrar,
que así lo exigen de mí.
ESP. Eso, jamás! (¡Qué agonía!)
QUEV. ¿En lo dicho os sosteneis?
ESP. Como venís, volvereis.
QUEV. Dispénseme useñoría.
Mas su mucha turbacion,
y lo mucho que he aprendido,
me hacen creer que, escondido,
está en esa habitacion.
(Señalando á la puerta izquierda).
ESP. ¿En esa? *(Con alegría).*
QUEV. Si me equivoco,
lo que no pasó jamás,
me voy sin ver las demás;
y este mandato revoco.
ESP. Registrad.
QUEV. (¡Esta es la mia!
¿Me dieron la vara en valde?)
ESP. Registrad, señor alcalde. *(Con sorna).*
QUEV. Gracias doy á useñoría. *(Idem).*
Caballero, salid ya.
(Llama á la puerta, fingiendo algo la voz de Ines, y destuerce la llave).
(¡Muy bien! Vine, ví..... y prendí).
ESP. ¿En dónde está? ¿en dónde? *(Riendo).*
QUEV. Aquí.

(*Don Luis se presenta en la puerta, y queda estupefacto. Esperanza, al verle, cae de rodillas, dando un grito de súplica y asombro. Quevedo lanza una carcajada loca al ver que los alguaciles se apoderan de Don Luis á una seña suya. Ines aparece en la puerta de la derecha, y corre hácia Doña Esperanza*).

Llevadle.

ESP. ¡Oh!!!

QUEV. ¡Já, já, já!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon con tres grandes arcos en el fondo, que dejan ver el jardin. Puertas laterales, cubiertas por ricos tapices.

Al levantarse el telon aparece Ines en el centro de la escena; Quevedo en el fondo, dirigiéndose de puntillas hácia ella.

La escena á oscuras.

ESCENA I.

INES, QUEVEDO.

INES. Por fin prendió á su rival,
tornándose á casa luego.
O ese hombre es el mismo diablo,
ó se divide, ó yo sueño.
(*En la puerta de la izquierda, mirando por el ojo de la llave*).
No se vé luz en su estancia;
sin duda que está durmiendo.
QUEV. ¡Eh, eh, curiosilla! (*Con voz de viejo*).
INES. ¡Ay!
QUEV. ¿Ines?
INES. ¡Quién me llama, cielos!

QUEV. Yo soy.
INES. ¿Quién sois vos?
QUEV. Guillen.
INES. ¿Qué Guillen?
QUEV. El escudero
de Don Luis.
INES. ¿Por dónde entrásteis?
QUEV. Por la puerta.
INES. ¿Cómo?
QUEV. Abriendo.
INES. ¿Quién os dió llave?
QUEV. Mi amo.
INES. ¿Ha escapado?
QUEV. Como el viento.
Y, por su espreso mandato,
á decir á tu ama vengo
que aquí necesita hablarla.
¿Diráslo, Ines?
INES. No por cierto.
QUEV. ¿Sabes..... que eres muy hermosa? (*Despues*
INES. ¡Jesus! ¿A qué viene eso? *de una pausa*).
QUEV. No viene..... pero es verdad.
INES. (Sabio es Guillen, en efecto).
QUEV. Tus palabras, abrasándome,
me queman los sentimientos;
la luz de esos ojos claros,
de yema el alma me ha vuelto.
Diosas de espuma rizada,
en tierra..... semejan cielo;
rutilando resplandores
rimbomban tumbas en fuego.
INES. ¿Y eso qué quiere decir?
Señor Guillen, ¿qué es aqueso?
QUEV. *La-culti latini-parla:*
ni me entiendes, ni me entiendo.
INES. ¿Y eso qué es?
QUEV. Esto es Góngora!
INES. ¿Góngora?
QUEV. Es decir, griego.
Mas vamos á nuestro asunto.
INES. Pues á ello.
QUEV. Pues á ello.

Dá á tu señora el recado.
INES. Señor Guillen, no he de hacerlo.
QUEV. ¿Por qué?
INES. Porque mi señora
á Don Luis perdió el afecto.
QUEV. (¡Bendita!) Pero mujer,
por los ojos en que muero;
por esos ojos estrellas,
con esas niñas..... luceros.....
(que aunque niñas son ya viejas)
hazlo, y sácame de aprietos.
INES. No puede ser.
QUEV. Por Dios vaya.
(Acudo al medio supremo).
¿Con que ese sol esplendente,
que á mis ojos veo ardiendo,
negará á su girasol
un favor y tan pequeño?
¿Con que ese imán portentoso,
que sigue este pobre acero,
con que esta estrella al iman,
que en ella mira su centro,
dejará de dar auxilio
cuando lo pide muriendo?
¡Inés! ¡Señora del alma!
INES. ¡Ay! (*Suspirando exageradamente*).
QUEV. Viva imágen del cielo.
INES. ¡Ay! (*Con mucha fuerza*).
QUEV. ¡Espejo de belleza!
¿diráslo al fin?
INES. ¡Ay!.... dirélo
QUEV. (¡Ah!) ¿Y me querrás?
INES. ¿Lo sé yo?...
Tan de pronto no me atrevo..... (*Con gazmo-*
QUEV. ¿Habrás de amarme? *ñería*).
INES. Quien calla.....
QUEV. No dice nada.
INES. Yo tiemblo.
No os he visto.
QUEV. ¿Eso qué importa?
Al Amor le pintan ciego.
INES. ¿Y qué me daréis en prueba?

QUEV. Palabra de casa.....
INES. ¿Eh?
QUEV. Miento.
INES. ¿Casamiento?
QUEV. (O miento y casa).
¿Aceptas?
INES. Ay, sí que acepto.
El partido es excelente.
QUEV. Pues al..... *partido* me atengo.
INES. (Ya dátil dejé de ser
pues palma al hoyo no llevo).
¡Ah! sabe que yo soy noble
y de ilustres padres vengo,
que es mas limpio que la plata
el nombre de Vasconcelos.
QUEV. En casándome contigo
sé que pergaminos tengo.
INES. Mira, Guillen, para entonces
un plan formemos.
QUEV. Formemos.
INES. ¿Tú te encuentras de Don Luis
enteramente contento?
QUEV. (Esta es la mia). ¿Con él?
¿Con un hombre pendenciero,
que anda siempre en malos tratos
con mujercillas y juego?
INES. ¿De veras, Guillen?
QUEV. De veras.
Y que me hace pasar luego
la noche entera en la calle.....
INES. ¿Cómo?
QUEV. Mientras está viendo
á Doña Juana Espinosa,
que es agora su cortejo,
mas fea que un voto á Cristo,
y mas vieja..... que el ser viejo.
INES. ¡Con que quiere á otra mujer!
QUEV. Por respeto á don Dinero.
INES. ¿Esto mas?
QUEV. No es Mari-Dame,
como se usa en estos tiempos;
sino Mari-Toma-allá...

y él se llama Juan-Queriendo.
INES. (Diréselo á mi señora).
QUEV. Pero guárdame el secreto.
(Con encargarlo lo canta).
INES. ¿Y no hay mas?
QUEV. Yá irás sabiendo.
INES. ¿De modo que tú quisieras
no servirle?
QUEV. ¡Ya lo creo!
INES. Entonces yo haré que entres
al servicio de mi dueño,
y escudos no han de faltarte,
siendo en tal casa escudero.
Cuando aquí estés nos casamos.....
QUEV. Pues..... (*Frotándose las manos y riendo mali-*
INES. ¡Qué vida llevaremos! *ciosamente*).
QUEV. Ni en la gloria.
INES. ¡Alma del alma!
QUEV. Jé.....(*Tomándola la mano y haciéndola mil ca-*
INES. ¡Ay! *ricias*).
(Se abrazan y permanecen así un momento riendo ambos).
QUEV. ¿Vas á decir eso?
INES. Al punto. Con que quedamos.....
QUEV. Dicho se está, en casa..... miento. (*Tose al*
INES. Adios, Guillen de mi vida. *partir la palabra*).
QUEV. ¡Adios..... tórtola! (Murciélago).
INES. ¿Verete pronto?
QUEV. Mañana.
A avisar á Don Luis vuelo.
INES. Adios..... (*Vuelven á abrazarse*).
QUEV. Adios.....
INES. (¡Ay! ya
medio doncella me siento).

ESCENA II.

QUEVEDO.

¡Muy bien! ¡te portas, destino!
Brujas me abren el camino,

y á poco que las amarre
llevaránme al Aquelarre,
y danzando,
y vuelcos dando
en grotesca danza extraña
al son de la pandereta.....
veré de mi pobre España
la pintura mas completa.
¿Quién lo que yo logrará?
Já, já, já.
Nadie las mueva,
que entrar no pueda con Quevedo á prueba.

¿Quién sabe si aun harás trovas
suspenso en cañas de escobas,
sin subir, caro Quevedo,
y sin bajar, ni estar quedo?
Soy maestro
y obré diestro.
Vencida he logrado ver
á la que á todos los deja,
que Dios formó la mujer.....
y el demonio hizo la vieja.
Mi plan adelante vá.
Já, Já, já.
Nadie las mueva,
que entrar no pueda con Quevedo á prueba.

(*Ruido en el jardin*: *Quevedo al sentirlo finge la voz de viejo, y se dirige rápidamente al foro*).

ESCENA VI.

QUEVEDO, DON LUIS *(foro izquierda)*.

QUEV. ¿Quién vá?
LUIS. ¿Es Guillen?
QUEV. Acertasteis.
(Ya me le dejaron suelto).
¿Qué quereis?
LUIS. Vengo resuelto
á matarte.

QUEV. Pues la errasteis,
que para tal desacato
pienso que no dí razon.
LUIS. Por no empañar mi blason,
viejo infame, no te mato.
Mas dime, ¿qué te movió
á engañarme para que
me prendiesen?
QUEV. Yo no sé
lo que estáis diciendo.
LUIS. ¿No?
QUEV. Os oculté, porque así
lo mandó Doña Esperanza;
y aunque á mi bien se me alcanza
su idea maldita, dí
cumplimiento á lo mandado
en toda regla y rigor,
que en negocios del señor
no ha de mezclarse el criado.
LUIS. ¿Con que es ella quien armó
las redes en que caí?
¡Habla!
QUEV. No os diré que sí;
pero tampoco que nó.
Ella tiene...
LUIS. ¡Vive Dios!
QUEV. Otro amante.
LUIS. ¡Santos cielos!
QUEV. La incomodan vuestros celos.....
y hé aquí que os prenden á vos.
Cuando nuestro padre Adan
comió la fruta primera,
era la mujer ya artera
sin mirar el qué dirán.
Aquella Eva imprudente
llevóle fiera inhumana
á gustar de la manzana
el agri-dulce escelente.
Que con el padre tan negra
la loca fortuna anduvo,
que ya que no suegra, tuvo
culebra á falta de suegra.

Si en su natural estado
tanto la mujer sabía,
¿desde entonces á este dia
cuánto no habrá adelantado?

LUIS. Con que á dos tierna pasion
la fiera ingrata mentia.

QUEV. Sobre eso os diré: lo hacia
tan solo por devocion.

LUIS. ¿Con burlas sales ahora
que muero de mil maneras?

QUEV. No son burlas, sino veras.
Tan devota es mi señora
y tanto por Dios delira,
que por ser su semejanza
adora Doña Esperanza
cuantos hombres halla y mira.

LUIS. Las tapias de esta mansion
salté por llegar aquí.
¿Piensas tú que obrára así
para escuchar á un bufon?

QUEV. Si te daba un buen consejo
no fuera mucho á fé mia.
La mujer es una harpía.
Ved que esto lo dice un viejo.
A lo que yo considero
de veras nunca amarán
sino se llama el galan
don Marido ó don Dinero.
Por eso querer me impiden,
que á mí solo un dar me agrada,
que es él dar en no dar nada,
y ellas piden ó despiden.
Colijo de mi experiencia
que desde el primer pecado
donde está no han olvidado
aquel árbol de la ciencia.
Y de ahí ese grito fiero
que por los espacios zumba
y aun en mi oido retumba,
¡Don Marido! ¡Don Dinero!

LUIS. ¡Guillen!

QUEV. Señor.

Luis. Que sufrir
no puedo tantas sandeces
no te he dicho ya cien veces.
Quev. Mandad, que os he de servir.
Luis. Tu ama á decir me ha mandado
que á las cuatro aquí estuviera.
Quev. Pues siendo de esa manera.....
(Bien le dieron mi recado).
Luis. Hasta poco antes de dar
no me he visto libre.
Quev. ¿No?
(Como que hasta entonces, yo
no te mandaba soltar).
Luis. A Doña Esperanza llama,
y dila que estoy ya suelto,
aquí, y á todo resuelto.
Quev. ¿No olvidareis á esa dama?
(Ya aumenté la disension
en los dos por vario modo:
venga ella.... y riñen del todo).
¡Qué malas! ¡qué malas son!
Luis. ¡Con que irás!
Quev. Llamaré á Ines
que la avise. ¡Inés! Si voy, (*Llama*).
de hecho me despide hoy.
Luis. ¿Tanto me aborrece?
Quev. ¡Pues!

ESCENA VII.

Quevedo, Ines, Don Luis *(apartado)*.

Ines. ¡Guillen! Tú aquí?
Quev. Donde está
la luz radiante del sol,
el humilde girasol
aun sin pensar que va, va.
Yo girasol de tus ojos
(mas viejos que el no pagar)
héme vuelto aquí á quemar

en sus dulces rayos rojos.
INES. ¡Guillen!
QUEV. Don Luis está aquí,
con que sin mas dilacion,
paloma del corazon,
dilo á tu señora así.
INES. Vóiselo al punto á avisar.
Adios, Guillen.
QUEV. Anda vé.
INES. Y aquí luego esperamé
porque tenemos que hablar.
¿Podré esperar que me esperes?
QUEV. ¿Dudas?
INES. De ello no te asombres.
¡Los hombres!... *(Vase Ines).*
QUEV. ¡Oh! ¡Sí! ¡los hombres!...
(Me gustan mas las mujeres).
(Quevedo se dirige al jardin, en donde habrá estado Don Luis durante toda la escena anterior).

ESCENA VIII.

QUEVEDO, DON LUIS.

LUIS. ¿Acabastes?
QUEV. Acabé.
LUIS. ¿Harálo?
QUEV. Sí, que lo hará.
Y como demás está
Guillen en esto, me iré.
Y Dios te salve y María
de aquel «bendito tú eres,»
que entre todas las mujeres
es el pan de cada dia.
Mas vale oir con terror,
«no te quiero» que un «amen.»
Guárdate, Don Luis, muy bien
de decir «yo pecador.»
Ella, segun yo colijo,
querrá disculpar su enredo;
mas si la rezas el *Credo*,

mueres al *su único hijo*.
Que siendo en lios tan diestra,
si despacio lo miramos,
te deja..... «á tí suspiramos,»
como es Esperanza..... nuestra.
Mas si libre de su encanto
destruyes sus malos fines,
ángeles y serafines
dirán: «¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!»

LUIS. ¡Guillen!

QUEV. ¡Cuidado!

LUIS. ¡Guillen! (*Impaciente*).

QUEV. Nosotros los pecadores
cometemos mil errores,

LUIS. ¿Te irás?

QUEV. En un *santi-amen*.
(Si embustes digo..... los digo
solo en amor..... y no hay mal.....
que es pecado venial).
El Señor sea contigo.

(*Váse por el foro, y á poco vuelve sin ser visto, entrándose en su habitacion*).

ESCENA IX.

DON LUIS.

Los que ayer fueron placeres
hoy son penas y agonía!
¡Ay! ¡del que fia en mujeres!
¡Ay! ¡del que en mujeres fia!

ESCENA X.

DON LUIS, DOÑA ESPERANZA, QUEVEDO. (*Inés saca luces y se marcha*).

LUIS. ¡Esperanza!

ESP. ¿Don Luis?

Luis. Aquí me teneis.
Esp. Lo veo;
y aun de cierto no lo creo.
¿Vos á mi casa venís?
Luis. ¿Cuando rompiendo prisiones,
mi prision vuelvo á buscar,
en vez de amor, he de hallar
tormentos y desazones?
Esp. Altivo viene Don Luis.
Quev. (Esta es la tuya Quevedo).
(Entreabriendo los tapices de la puerta de la izquierda).
Luis. Vengo altivo porque puedo.
Esp. Galante por Dios venís.
Luis. Cuando os busco tan amante
¿tan fiera os hallo conmigo?
Esp. ¿Yo? Que venís solo digo
altivo..... pues.... y galante.
Luis. ¡Doña Esperanza!
Esp. Así os hallo
y os lo digo con franqueza,
Don Luis, si esto es fiereza
que venga Dios á mirallo.
¿Fiereza? ¿Y por qué tal cosa,
si decírmelo podeis?
¡Como que vos no quereis
á doña Juana Espinosa!
¡Como para mi mancilla
en casa no os escondísteis!
¡Como mi honor no espusísteis,
á los cuentos de la villa!
¡Como que causa de queja
de Don Luis nunca he tenido!
¡Como que yo nunca he sido
suple-faltas de una vieja!
Quev. (¡Bien!)
Esp. ¡Como que tú en amor
no andas con otras mujeres!
¡Como tú, Don Luis, no eres
pendenciero y jugador!
Quev. (Bien, Quevedo!)
Luis. ¿Con que yo
te he dado causa de queja?

¿Con que yo quiero á una vieja,
Esperanza, y á tí no?
¿Con que soy mal caballero,
y ando con otras mujeres
y hasta..... por que tú lo quieres,
jugador y pendenciero?
No mas, no mas fiera arguyas
ni falsos celos me pidas,
ni con mis faltas mentidas,
disculpes las ciertas tuyas!
¡Oh! ¡Qué mal! ¡qué mal ocultas
tu desamor y mi agravio!
¡Qué mal pronuncia tu labio
las mentiras con que insultas!
¡Como que el crímen es mio,
y tú nunca has hecho nada!
¡Como que no vas tapada
á meriendas en el rio!
¡Como que no tienes quien
te siga y riña leal!
¡Como lo que en mí está mal,
está en tí, Esperanza, bien!
¡Como que yo no he reñido
ayer á las diez por tí!
¡Como no tienes aquí
un hombre, falsa, escondido!
¡Como yo ando con mujeres
manchando así mi buen nombre,
y como que tú á ese hombre
nunca has querido, ni quieres!
¡Pues! ¡nada de esto ha pasado!....
y soy un necio, un demente!
Tú estás de todo inocente,
yo de todo estoy culpado.
¡Mujeres! ¡mujeres! sí!
Su aliento solo envenena:
la mejor..... ¡es una hiena!

QUEV. (Pues que me la den á mí).

ESP. ¿Acabastes?

LUIS. Acabara
las palabras, y de hablar
aun no pudiera acabar.

ESP. Pues pára.
LUIS. Nunca parara.
ESP. Reporta.
LUIS. ¿Que me reporte?....
Quién lo hiciera en casos tales,
si son mas malos mis males
que esperanzas de la córte?
ESP. Si malas de Madrid son
las Esperanzas, Don Luis,
pensad que eso lo decis
á Esperanza de Aragon.
LUIS. Si una palabra en los cielos
te hace poner los clamores,
en quien se muere de amores
¿razon dejarán los celos?
Cuando sé que tú te inflamas
por ese desconocido,
que le tienes escondido.
que le curas, que le amas,
que en él vives.....
QUEV. (¡Ojalá!)
LUIS. Que le adoras...
QUEV. (¡Quien lo viera!)
LUIS. ¿Cómo con pena tan fiera
la mente pensar podrá?
ESP. (Bien mio, perdonamé.)
Para acabar, caballero,
os digo que ni le quiero.....
QUEV. (Dios santo!)
ESP. Ni le querré.
LUIS. ¡Con que era falso, gran Dios! (*Con alegría*).
ESP. Pero os advierto.....
QUEV. (¡Cruel!)
ESP. Que si no le quiero á él,
tampoco os amo ya á vos.
QUEV. (Algo es eso).
ESP. (¡Perdon dame!
Si no es así no se vá).
QUEV. (Y yo que creia ya)....
ESP. No espereis que nunca os ame.
QUEV. ¿Pero al herido?....
ESP. A los dos.

Luis. ¿Háse visto hado mas fiero?
Esp. Repito que no le quiero;
pero que tampoco á vos.
(¡Ni así se vá!)
Luis. ¡Por piedad!
¿No le amais nada?
Esp. Don Luis,
si tanto en ello insistís,
hareis que salga verdad.
Mas lo que hora os digo á vos,
es que á ninguno soy fiel;
que no os amo á vos, ni á él.....
y buenas noches, y adios.
¡Ah! dame la llave; quiero (*Volviendo*).
que esto acabe.
Luis. Mas no en bien.
Esp. La llave.
Luis. La dí á Guillen.
Esp. ¿Tu escudero?
Luis. Tu escudero.
Esp. ¡Mio!
Luis. ¿Pues de quién si no?
Esp. Tuyo; él ha contado á Ines.....
Luis. Loco estoy.
Esp. Locura es
querer que eso crea yo.
Luis. Pero.....
Esp. Calla.
Luis. ¿No ha hecho él
que tus fines se cumplieran,
haciendo que me prendieran?
¿No le ensayaste el papel?
Esp. Sabré quien me está sirviendo?
Luis. ¿Razon igual no me toca?
Esp. Tú harás que me vuelva loca.
Luis. Loco me estás tú volviendo.
Mas ya recobro la calma,
el enredo adivinado.
Vete, vuelve presto al lado
del herido de tu alma.
¡Adios! Ya, ni verte quiero;
ya jamás volveré aquí;

que amar á quien obra así,
no es digno de un caballero.
Adios.

ESP. ¡Don Luis, conteneos!
Respetad á quien debeis.

LUIS. De mí, ni eso mereceis. *(Vase).*

ESP. ¡Tened!

ESCENA XI.

ESPERANZA, QUEVEDO.

(Esperanza corre hácia la puerta de la derecha, por la que se fué Don Luis; en el momento, Quevedo sale por la puerta izquierda, espada en mano, y quiere seguir á Don Luis. Esperanza le detiene).

QUEV. ¡Vive Dios! ¡Teneos!

ESP. ¡Por piedad!

QUEV. Dejadme ir
ese cobarde á vencer,
que insultos á una mujer
no puedo paciente oir.

ESP. ¿Y á pelear vais herido?

QUEV. La herida ya está curada,
y, con causa tan sagrada,
nadie jamás fué vencido.

ESP. ¡Tened!

QUEV. ¡Nunca!

ESP. ¡Por favor!

QUEV. ¡Dejadme!

ESP. Si tras él vais,
lo que ha dicho confirmais.

QUEV. Morirá.

ESP. ¡Y con él mi honor!

QUEV. No ha de hablar.

ESP. ¡Por compasion!
¡Y si vos muriéseis!

QUEV. ¡Bah!
¿Quién mi muerte llorará?

¿Quién, señora?
ESP. Yo.
QUEV. ¡Perdon!
ESP. ¿Le dejais ahora?
QUEV. Ahora,
si el mundo entero llegara,
de vos no me separara,
porque os adoro, señora.

ESCENA XII.

DICHOS, INES.

INES. (¿Irse asi Don Luis?) ¿Qué es esto?
¿Qué sucede?
ESP. Lo que ves.
Que ya las bromas, Ines,
son veras.
INES. Pues, por supuesto!
Que amor es fuego juzgad,
y que abrasa cuanto vé.
QUEV. Yo con el fuego jugué.....
ESP. ¿Y os quemásteis?
QUEV. Es verdad.
ESP. Al que hoy mi amor alcanza,
nada habré de ocultar hoy.
No Laura, Esperanza soy.
QUEV. Por eso sois mi esperanza.
Mas á dar mi nombre quedo
obligado, si os nombrais,
y lo haré.
ESP. ¿Cómo os llamais?
QUEV. Don Francisco de Quevedo.
ESP. ¡Ah!
INES. ¡Jesus!
QUEV. ¡Maldito nombre!
ESP. ¡Perdonad!
QUEV. No tomo queja.
Ven acá tú, buena vieja.
¿Llegó hasta tí mi renombre?

¡Cual oveja en el aprisco
que oye al lobo, te has quedado!
Tienes razon. ¡Cruel hado!
¡Es tan malo Don Francisco!
Aunque los veas en ocio,
todos caminan á un punto.
Los sabios van..... á su asunto;
los necios, á su negocio.
En numerosa cohorte
sabio-necia se han juntado,
y á Quevedo han aclamado
por el bufon de la córte.
Porque es su objeto reir.....
yo siempre estoy chanceando,
y no sé cómo ni cuándo
he llegado á divertir.
Ellos rien; yo me rio
de gozo que me dá el vellos;
ellos de mí; yo de ellos;
van á su asunto; yo al mio.
Este soy yo por mi cuenta.
Si alguno de mí habla mal,
es porque á veces la sal
se junta con la pimienta.
Quien sal dó quiera salpica,
la pimienta ha de verter.
Viénela alguno á comer,
y, está claro, la sal..... pica.
De picados la cohorte,
que picada vea yo,
por desquite me llamó
bufon de esta sabia córte.
Si hay escándalo, ya puedo,
aunque nada de ello sepa,
verme colgada la plepa;
porque..... ¡Cosas de Quevedo!
Cualquier broma algo pesada,
de seguro, yo la hago:
otros gozan, y yo pago.
¡Y aun es mi suerte envidiada! (*Pausa*).
Apenas me nombro.....

Esp. ¡Oh!

Perdonad.

QUEV. (¡Encantadora!)
Lo dicen todos, señora.

ESP. ¡Quevedo, pero yo no!

QUEV. Gracias. Mi humor es chancero....
refieren mis tonterías,
amen de muchas no mias,
que soy noble y caballero.
Cita esa piadosa gente
mis obras de hacer reir;
no las que han hecho salir
arrugas ya en esta frente.
Y de esto, señora, infiero,
que el vulgo vé con razon,
siempre á Quevedo el bufon;
nunca al noble caballero.

ESP. En hora buena á esa gente
el ignorarlo la abone;
no á quien ya vió no se opone
lo chancero á lo valiente.
No, Quevedo, no; ¡perdon!
mi espíritu preocupado
de vos sin causa ha dudado.

QUEV. ¡Señora, por compasion!
Tanto del mundo padezco
la sempiterna malicia,
que solo me hacen justicia
cuando yo no lo merezco.
Callar mas tiempo no puedo,
aunque creais á la fama,
que hoy hice lo que se llama
una broma de Quevedo.
Apenas os columbré,
de mi letargo al tornar,
entre el dormir y el velar,
como á un ángel os miré.
Si, por ganar la ternura
de un ángel, tramas urdí,
no habreis de culparme á mí;
culpad á vuestra hermosura.
Yo á Don Luis aquí hice entrar;
yo á Don Luis hice prender.

ESP. ¿Vos?
QUEV. ¿Quién tenía de ser?
Quevedo..... por bromear.
ESP. Pero comprender no puedo.....
INES. No acierto.....
QUEV. Me esplicaré.
INES. ¿Mi Guillen?...
QUEV. Quevedo fué.
ESP. ¿El alcalde?...
QUEV. Fué Quevedo.
INES. ¡Dios mio!
ESP. Esplicaos, pues.
INES. ¡Adios, mi dulce tormento!
Señor, ¿y mi casa....?
QUEV. Miento.
Ya te lo previne, Ines.
INES. ¡Gran Dios!
QUEV. Con razon te quejas;
mas yo te sabré cumplir.
INES. ¿Vos? *(Muy alegre).*
QUEV. Te ofrezco no escribir
¡en un mes! contra las viejas.
INES. ¡Ah!
QUEV. Calla. Yo te daré
un novio de tomo y lomo.
INES. Como limosna lo tomo.
¡Que Dios se lo pague á ucé!
QUEV. Bien. Vete. *(Vase Ines por la derecha).*

ESCENA ULTIMA.

ESPERANZA, QUEVEDO.

ESP. Y Don Luis se ha ido
quejoso y con tal razon.
QUEV. No la encuentra un corazon
si está de amor encendido.
ESP. ¿Mas Don Luis?...
QUEV. Llegó; y tambien
perdió la luna el reflejo;

mi voz remendé de viejo.....
y hete á Quevedo, Guillen.
Bien nos pudo confundir,
que en la oscuridad oidos
éramos tan parecidos
como el *llover y el freir*.
La llave al cabo cogí;
ocultéle; á Inés compré;
marchéme; me *alguacilé*,
y aquí á prenderle volví.
Estos medios tan sencillos,
hacer me han hecho progresos.

ESP. ¿Y los alguaciles?

QUEV. ¿Esos?
Los engañé. ¡Pobrecillos!
(Haciendo demostracion de dar dinero).
Ya el herido aquí os hablaba;
ya el alcalde aparecia;
por una puerta él salia:
por otra Quevedo entraba.
Hasta que á Luis quiso Dios
que odiaseis, mi preso fué:
cuando soltarle mandé,
ya visteis, riñó con vos.
Si es tanta mi desventura
que con esto os ofendí,
no habreis de culparme á mí;
culpad á vuestra hermosura.

ESP. Pues tantas tramas urdís
tras de amorosos favores
para matar mis amores
y hacerme odioso á Don Luis;
pues robasteis la alegría
para siempre de mi alma:
pues que matasteis mi calma.....

QUEV. ¡Adios, esperanza mia!

ESP. Pues por vuestra causa ya
en fuego inútil me inflamo.....
Amadme, como yo os amo!

QUEV. ¡Esperanza!

ESP. ¡Cielos!

QUEV. ¡Ah!!

(*Esperanza cae en los brazos de Quevedo, que la estrecha con efusion y esclama lleno de entusiasmo*):

QUEV. Tu realizas el ángel
de mis delirios;
no mas vivir muriendo
fuera martirios.
Mundo de flores,
horizonte rosado,
cielo de amores.

ESP. En amores viviendo
de dulce calma,
juntas y confundidas
tu alma y mi alma,
Nada es un mundo
para este sentimiento
casto y profundo.

QUEV. Si un dia soy poeta,
si el peso siente
del laurel de Petrarca
mi adusta frente,
Si luce en ella
de genio y entusiasmo
fúlgida estrella,
Yo seré quien lo lleve
y á quien aclamen,
yo á quien monstruo del genio
los hombres llamen,
¡Tú quien lo alcanza
tú, mi musa de amores,
tú mi Esperanza!

FIN DE LA COMEDIA.

ERRATAS NOTABLES.

PAGINAS	LINEAS	DICE	LEASE
16	18	la	al
19	34	trae	tray

En la página 28, despues del verso que dice:

Luis. (¡Muy despacio lo han tomado!)

falta el siguiente:

Quev. ¿Y á eso solo habeis bajado?

DON FRANCISCO DE QUEVEDO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

SU AUTOR

DON EULOGIO FLORENTINO SANZ.

SEGUNDA EDICION.

N.° 90.

MADRID, 1850. — IMPRENTA DE S. OMAÑA.
Calle de Cervantes, núm. 34.

A DON G. MARAZUELA CORTÉS.

Al frente de mi primer drama debe aparecer el nombre de mi primer amigo: por eso doy al tuyo la preferencia.

Madrid, febrero de 1848.

F. Florentino Sanz.

Yo soy aquel mortal que por su llanto
Fue conocido, mas que por su nombre
Ni por su dulce canto.

Quevedo, *Musa VII.*

Articulos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

« El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señalada, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos. » *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de febrero de* 1849.

« Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa. » *Idem art* 11.

« Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion. » *Idem art.* 12.

« En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. » *Idem art.* 13.

« El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad. » *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de* 7 *de febrero de* 1849.

« Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientes en cada una de las representaciones de aquellas. » *Idem art.* 60.

« Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos. » *Idem art.* 78.

« Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria. » *Idem art.* 81.

« Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el articulo antes citado de la ley de propiedad literaria. » *Idem art.* 82.

« Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1 a Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el prévio consentimiento del autor.

2 a Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas. » *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

« El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin prévio consentimiento del autor ó del dueño, pagar á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000 Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa. » *Idem. art.* 23.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON FRANCISCO DE QUEVEDO. .	Don Julian Romea.
MARGARITA DE SABOYA.	Doña Matilde Diez.
LA REINA.	Doña Teodora Lamadrid.
EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES.	Don Pedro Sobrado.
DOÑA INÉS.	Doña Maria Córdova.
DON JUAN DE CASTILLA.	Don Florencio Romea.
DON PABLO MENDAÑA.	Don Mariano Fernandez.
MEDINA.	Don Lazaro Perez.
EL MARQUÉS DE LA GRANA. . .	Don Antonio Gonzalez.
UN CAPITAN.	Don Patricio Sobrado.
UN ALCALDE DE CASA Y CORTE.	Don Lorenzo Ucelay.
UN UGIER.	Don Juan Fabiani.

Ronda de capa, guardias, damas, meninas, caballeros, pajes, etc.

La escena pasa en Madrid, año de 1643.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

ACTO PRIMERO.

Noche. — *Una plazuela que se supone ser la de san Martin conforme estaba en la época del drama. A la izquierda, en primer término, la fachada y graderia del templo: en segundo, una calle, y otra en el fondo, que parte casi en la misma direccion. A la derecha, en segundo término, otra calle que cae enfrente de la de la izquierda; en primero, una casa con puerta y balcon practicables, y delante de la casa una imágen en su nicho sobre la pared, alumbrada por un farolillo, única luz que hay en la escena.*

ESCENA I.

MENDAÑA, CASTILLA, GRANA, *que al levantarse el telon aparecen mirando con curiosidad á varias damas, que á su espalda se dirigen hácia el templo, todas con el velo levantado. Con las damas se verán tambien algunos caballeros.*

CAST. ¡Todas sin manto!
MEND. Mejor.
CAST. No digais eso, Mendaña;
siempre el manto fue en España....
MEND. Tapa-enredijos de amor.
GRANA. Si antes fueron permitidos

los velos....

CAST. Sigan como antes
para bien de los amantes....

MEND. Para mal de los maridos.

GRANA. Vos, por lo visto, don Pablo,
dado sois al matrimonio.

MEND. No diré que no.

CAST. ¡Demonio!

MEND. Ni diré que sí.

CAST. ¡Pues, diablo!...
Direis... ¡qué sé yo!

MEND. Quien forme
otros juicios mucho yerra;
que al fin y al cabo, en la tierra
todo es .. segun y conforme.

GRANA. ¡Ah! ya...

CAST. No os entiendo aun.

MEND. Todo en el mundo es mejor.

GRANA. ¿Todo, decís?

MEND. Si, señor;
todo, conforme y segun.

GRANA. De lo que decís infiero...

MEND. Que es mejor vivir casado.

CAST. Mas yo en limpio habré sacado...

MEND. Que es mejor vivir soltero.

GRANA. ¡Gran sentencia!

CAST. ¡Gran sandez!

GRANA. Tal razon me deja mudo.
Siendo viudo....

MEND. ¡Ah! para el viudo
lo mejor es la viudez.

GRANA. (*Riéndose.*)
¡Profunda filosofía!...

MEND. Por profunda y verdadera
es mejor... que otro cualquiera.

CAST. Si la cede en mejoría.

MEND. ¡Es verdad!

CAST. Teneis razon,
¡voto á veinticinco santos!...
Pero volviendo á los mantos,
que es aqui nuestra cuestion...

GRANA. Nadie á comprenderlo acierta.
Cual si fuesen á sus bodas,
andan hoy las damas todas
con la cara descubierta.

MEND. Es que el Rey lo manda asi.
CAST. Mas ¿por qué lo manda el Rey?
MEND. Yo no interpreto su ley.
CAST. Corren voces por ahí...
Lo diré pronto y clarito.
Esa injusta ley....
MEND. ¡Prudencia!
Su Magestad....
CAST. Su Escelencia.
MEND. Dióla el Rey ...
CAST. No; el favorito.
MEND. Es lo propio, segun creo.
CAST. Sí... Olivares....
MEND. ¡Gran señor!
CAST. Pues; os proteje...
MEND. Mejor.
CAST. Ese sí que es mejoreo.
Pero, volviendo á Olivares;
él, que al soberano engaña,
le arrancó ley tan estraña
por fines particulares.
MEND. Es un falso testimonio.
CAST. No; tan ridícula ley...
MEND. Dióla en servicio del Rey.
CAST. O en servicio del demonio.
No conspiran las tapadas,
y es esa ley singular.
MEND. (*Con calor.*)
La mejor... para evitar
enredos y cuchilladas.
CAST. (*Colérico.*)
¡Vive Dios!...

ESCENA II.

Dichos, QUEVEDO.

QUEV. (*Entrando por la derecha.*)
Paz, caballeros.
No haya duelo ni quebranto,
ni en noche de Jueves Santo
se ensangrienten los aceros.
GRANA. ¡Noble cisne de Madrid!

QUEV. ¡Cisne pues!... El de Guzman
dice que soy alcotan.
GRANA. ¡Oh! venid acá, venid.
¿Qué hay de nuevo por la corte?
QUEV. ¿Por Madrid?
GRANA. No; por palacio.
QUEV. No sé nada.
GRANA. ¡Qué rehacio!
QUEV. Nada, que á nadie le importe.
Pero cuando aqui llegué,
percibi en frases cortadas
no sé qué de cuchilladas....
CAST. ¿Con que oisteis?...
QUEV. No sé qué.
GRANA. Eran Castilla y Mendaña
disputando con calor
que esa ley....
MEND. Es la mejor.
CAST. La peor que hubo en España.
QUEV. ¡Cómo! ¿Hablais sobre los mantos?....
Eso es andar por las ramas.
CAST. Tal rigor contra las damas....
QUEV. Nos descubre sus encantos.
No os pareis en frioleras.
Tal negocio no es de Rey
ni de ministro... Esa ley
es cuestion de costureras.
GRANA. ¡Bien dicho, bien!... Pero ya
ruido en el templo se siente:
las tinieblas....
MEND. Ciertamente.
Vamos, señores, allá.
QUEV. Vamos, pues.
CAST. (*A parte.*)
Quevedo, oid.

ESCENA III.

QUEVEDO *y* CASTILLA *que le detiene cuando se dirigia al templo.*

QUEV. ¿Qué es lo que tanto os agita?
CAST. ¡Oh! La infanta Margarita
vino ayer tarde á Madrid.

QUEV. Pero entonces, ¿dónde está?
En palacio, no.
CAST. Lo sé.
Donde Olivares esté,
nunca la infanta cabrá.
QUEV. Mas ¿quién vino en su compaña?
CAST. Sola de Ocaña se huyó;
¿y sabeis por qué?... Por no
morirse de hambre en Ocaña.
QUEV. Es imposible.
CAST. ¡Por Cristo!...
Yo os juro que vino ayer,
y que entró al anochecer,
y que mis ojos lo han visto.
QUEV. Equivocacion, don Juan.
CAST. Yo sé bien que se halla aquí;
pero tengo para mí
que otros tambien lo sabrán.
Olivares vive alerta;
teme que aborten sus tramas...
Tal vez... ¿Quién sabe?... Hoy las damas
(*Con intencion*)
van con la faz descubierta.
(*Entra en el templo.*)

ESCENA IV.

QUEVEDO.

Ella es sin duda... Castilla
dice que se huyó de Ocaña... —
Cierto; ayer entró en la corte,
y hoy me dirige esta carta.
Diómela con tal misterio
aquel hombre de la capa...
Ni se descubrió el embozo
ni me dijo una palabra.
De ella es sin duda... — Imposible...
No; la duquesa de Mantua,
del gran Felipe Segundo
nieta; del Rey prima hermana;
la que en Portugal vireina
fué tambien; la ilustre infanta

Margarita de Saboya...
no, no puede ser la dama
que me escribe... Sin embargo...
ella es hoy bien desgraciada...
— Y aun asi, yo... ¿qué podria
para endulzar su desgracia?
El pensarlo fué quimera...
Mas ¿de quién es esta carta?...
¿De quién?... Cuanto mas la leo,
menos mi mente lo alcanza.
(*Leyendo á la luz del farol.*) «Una dama ilustre, á
» quien vos conoceis y que os estima en mucho, ha
» menester hablaros esta misma noche. Estad en San
» Martin y la vereis al fin de las tinieblas. A pesar de
» la prohibicion de los velos, irá rebozada y encubier-
» ta, porque la importa no ser de nadie conocida y
» porque vos la conozcais. Su nombre os dirá ella
» misma. Adios.»
(*Durante la lectura de la carta, Medina se asoma al balcon y despues de observar á Quevedo desaparece.*)
Su nombre... su nombre... Cierto...
Margarita... Sí, la infanta...
¡Ella en Madrid! — ¡Oh! Castilla
dice que se huyó de Ocaña...
Si... ya sabrá el conde-duque
su venida... y para hallarla,
quiere que desde hoy sin velo
anden por Madrid las damas...
¡Cuánto la aborrece ese hombre!...
(*Mira la carta.*)

ESCENA V.

QUEVEDO *y* MENDAÑA *que sale del templo.*

MEND. Quevedo... ¡Mas, calla, calla!
¿Componeis versos?... ¡Por vida!...
Vamos, ya entiendo... ¡Una sátira!
¡Ah, mejor, mejor!
QUEV. (Imbécil.)
MEND. Llenos estarán de gracia

picante... Vamos, leedme...
QUEV. ¿No me buscabais, Mendaña?
MEND. Ciertamente: las tinieblas
dieron principio; y la Grana,
Castilla y demas amigos,
notando vuestra tardanza. .
QUEV. Vamos pues.
MEND. Sí; mas primero
leedme.
QUEV. Ved que me aguardan
MEND. Bien; pero despues...
QUEV. Despues...
(*Dirigiéndose al templo y con conviccion.*)
(Es la duquesa de Mantua.)

ESCENA VII.

OLIVARES *que ha estado en la esquina de la derecha y con el embozo á la cara durante la escena anterior*; *despues* MEDINA.

OLIVAR. Gracias á Dios que me dejan
libre un momento la plaza.
(*Llamando á la casa de la derecha.*)
Medina.
MEDINA. (*Saliendo.*)
¿Señor?
OLIVAR. La hora
llega.
MEDINA. La espero con ansia.
OLIVAR. ¿Los has conocido?
MEDINA. A todos.
OLIVAR. ¿Qué hablaron?
MEDINA. Con la distancia
no he conseguido cazarles
ni siquiera una palabra.
QUEV. Bien; poco importa. — Quevedo...
MEDINA. Leyendo estuvo la carta.
QUEV. ¿Será la misma?
MEDINA. Sin duda.
No habrá conocido nada.
Luego que vos la leisteis,
volví de nuevo á cerrarla,

y al punto se la entregaron
como si estuviese intacta.
¡Oh! Con tan buenos espías...
No hay que interceptar las cartas,
cuando el mismo que las lleva
se encarga de interceptarlas.

OLIVAR. Está bien. Cuando del templo
la dama del manto salga...
Ya lo sabes...

MEDINA. Ciertamente.
Mas si alguno la acompaña...

OLIVAR. La sigues y...

MEDINA. Ya, ya entiendo:
en cualquier calle escusada...

OLIVAR. Discrecion y mano firme.

MEDINA. Podeis rezar por su alma.

OLIVAR. Golpe seguro.

MEDINA. Seguro
lo llevó Villamediana.

OLIVAR. Pero aun pudo en su agonía
escribir cuatro palabras
con su propia sangre, y pudo
perdernos.

MEDINA. Pero, á Dios gracias,
el escrito á vuestras manos
fué derecho y...

OLIVAR. No fué mala
suerte el que yo aquella noche
como un alcalde rondára,
cuando se halló su cadáver
tendido junto á las tapias,
cerrando el papel sangriento
entre sus manos crispadas.

MEDINA. Pero nunca me habeis dicho
lo que en él Villamediana
escribió al morir.

OLIVAR. Medina
eso ya no importa nada.
Lo que importa es que esta noche
no escriba tambien la dama...

MEDINA. No dirá Jesus.

OLIVAR. Confio...

MEDINA. Podeis tener confianza.

OLIVAR. Pues á palacio en seguida;
mira que aguardo con ansia.

MEDINA. Grande es sin duda el servicio...
OLIVAR. No será menor la paga.
(*Medina, á una seña de Olivares, saluda y entra en la casa.*)

ESCENA VII.

OLIVARES.

OLIVAR. ¡ Dura pension del poder!...
¡ Oh ! luchar... ¡ siempre luchar !
¡ Enemigos por do quier !...
Mas no es fácil sorprender
á quien se empeña en velar.
Tú, con tu ardid estás hoy,
noble duquesa, en Madrid ;
pero yo tambien estoy,
y han de luchar, por quien soy,
el ardid contra el ardid.
Quisiste, al dejar á Ocaña,
decir al Rey, por mi mal :
« Miente Olivares... ¡ Te engaña !
Por su culpa, el Rey de España
no es ya Rey de Portugal. »
¡ Débil, incauta muger !...
vanos tus intentos son ;
y muy pronto hemos de ver
si me arrancas el poder
ó te arranco el corazon.
(*Se dirige al fondo.*)

ESCENA VIII.

OLIVARES, MARGARITA *por el fondo y con el velo echado.*

MARG. ¡ Ah !
(*Como con susto al encontrarse con Olivares.*)
OLIVAR. Señora, perdonad. (*Dejándola paso.*)
(¿Con velo?... Es ella.)
MARG. Id con Dios.
OLIVAR. Yo me holgara de ir con vos

MARG. Pláceme la soledad.
OLIVAR. Débeos ser muy halagüeña
esa soledad, señora,
cuando por aqui á tal hora
vais sin rodrigon ni dueña.
Mas, ya entiendo: alguna cita...
MARG. Adios, que se me hace tarde.
OLIVAR. Un momento.
MARG. (*Dirigiéndose al templo.*)
Dios os guarde.
OLIVAR. (*Despues de una pausa.*)
(¡Oh, qué idea!) ¡Margarita!
(*Margarita que empieza á subir las gradas, vuelve al punto la cabeza.*)
Bien; acerté vuestro nombre.
MARG. (¡Gran Dios!)
OLIVAR. ¿Vais á san Martin?
Ya dan las tinieblas fin.
No vayais.
MARG. (*Dando algunos pasos hácia Olivares.*)
¿Quién es este hombre?
OLIVAR. (*Adelantándose.*)
¿Os habeis quedado muda?
MARG. ¿Quién sois vos?
OLIVAR. Nada os importe:
soy... un cualquiera en la corte.
MARG. ¿Conoceis?...
OLIVAR. Sí, á cierta viuda,
conocida en toda España,
que en secreto...
MARG. (*Con turbacion.*) Proseguid.
OLIVAR. Vino ayer tarde á Madrid.
MARG. ¿Desde dónde?
OLIVAR. Desde Ocaña.
MARG. (¡Gran Dios! ¡Soy perdida!)
OLIVAR. (¡Oh! ¡Cuánto,
cuánto con su angustia gozo!)
MARG. Echad abajo el embozo· (*Con imperio.*)
OLIVAR. Cuando echeis atrás el manto.
MARG. ¿Y os atreveis?...
OLIVAR. Damas mil
van hoy sin velo; es de ley:
ved que lo ha mandado el Rey.
MARG. ¿Sois por ventura alguacil? (*Con ironía.*)
OLIVAR. Soy, señora, un poco mas:

un hombre que ve y observa,
que siente crecer la yerva;
soy...

MARG. ¡El mismo Satanás!

OLIVAR. Bien decís. (*Riéndose.*)

MARG. (El es... ¡Ay Dios!
¡Quién otro pudiera... quién!)
Hidalgo, os conozco bien.

OLIVAR Bien os conozco yo á vos.

MARG. Causa sois de mis pesares..

OLIVAR. Mi nombre...

MARG. ¡Nombre maldito!
Os llamais... el favorito... (*Con desprecio.*)

OLIVAR. Conde-duque de Olivares. (*Desembozándose.*)

MARG. (No me engañé... ¡Siempre ese hombre!)

OLIVAR. Algo suspensa os dejó
mi nombre.

MARG. (Me insulta, ¡oh!...)
Yo desprecio vuestro nombre.

OLIVAR. Nadie le humilló en el mundo;
nombre es que España respeta...
¿Quién no teme?...

MARG. (*Descubriéndose con arrogancia.*)
¡Yo!... La nieta
del gran Felipe Segundo.

OLIVAR. Dama de la sangre real
(*Saludándola con ironía.*)
que altas prendas atesora;
por el Rey gobernadora
del reino de Portugal.

MARG. Algun dia... — Ya hace meses,
(*Con amargura.*)
que el Rey, mi primo y señor,
no tiene gobernador
en dominios portugueses.
Alli fuimos soberanos;
mas, gracias á vos, despues
ese reino portugués
se nos fue de entre las manos.
¡Y por eso Margarita
sufre tantas penas hoy!...

OLIVAR. (*Como esquivando la conversacion.*)
¿Vais al templo?

MARG. Al templo voy.
Tengo en el templo una cita.

OLIVAR. ¿En el mismo templo?... A fé...
MARG. Fuera de casa ó del templo,
mal segura me contemplo,
(*Con gran intencion.*)
y adivinad vos por qué.
OLIVAR. (Si yo pudiese obligarla
á volverse desde aqui
á Ocaña otra vez... Sí, sí..
¿Qué interés tengo en matarla?)
MARG. (¿Qué estará tramando ahora?)
OLIVAR. (Así triunfo y no asesino.)
Habeis hecho... un desatino:
volved á Ocaña, señora.
MARG. Conde-duque, delirais.
OLIVAR. Yo por vuestro bien lo anhelo.
MARG. ¡Por mi bien!... ¿No hay en el cielo
rayos de Dios!
OLIVAR. ¿Qué intentais?
MARG. Ver al Rey de cualquier modo.
OLIVAR. No lo lograreis acaso.
MARG. (*Con altivez.*)
¿Quién ha de cerrarme el paso?
OLIVAR. (*Con frialdad.*)
Yo, que aqui lo puedo todo.
MARG. ¡Todo!... (*Con amargura.*) Por eso, por eso
tanto en Ocaña he sufrido,
que soportar no he podido
de mi desventura el peso.
Ved estos párpados rojos
de llorar... ¿Os dan espanto!...
Es que han vertido por llanto
gotas de sangre mis ojos.
Sola en Ocaña ¡ay de mí!
faltóme en tan negro afan
hasta un pedazo de pan!...
(*Con desesperacion.*)
¡Oh! ¡Tuve hambre!
OLIVAR. Vos!...
MARG. Sí, sí,
¡hombre sin Dios y sin ley!...
¡Fuí de convento en convento
mendigando mi sustento!...
OLIVAR. ¡Vos!...
MARG. ¡Yo!... ¡La prima del Rey!!
OLIVAR. Yo ignoraba... De hoy en mas

os juro... Tomad un coche...
Idos á Ocaña esta noche...

MARG. A palacio iré quizás.

OLIVAR. Duquesa, volved á Ocaña:
ya entrareis, cuando haya espacio,
como entrar debe en palacio
toda una infanta de España.

MARG. Si no me abandona Dios,
entraré mañana... ¡Oh! si...
Pronto el Rey sabrá por mi...

OLIVAR. Nada el Rey sabrá por vos.

MARG. Sabrá por culpa de quién
no es ya suyo el Portugal.

OLIVAR. Vos... le gobernasteis mal...

MARG. (*Con amarga sonrisa.*)
Y vos... le perdisteis bien.

OLIVAR. Pero...

MARG. Basta ya. Cobarde
sois aunque diestro adalid.
Hoy comienza nuestra lid...
¡Nunca para el bien fue tarde!

OLIVAR. Soy poderoso enemigo.

MARG. ¡No siempre triunfó el poder!

OLIVAR. Sois una débil muger.

MARG. ¡Dios combatirá conmigo!

OLIVAR. Es muy desigual el duelo.

MARG. (*Con orgullo.*)
¿Desigual?
Yo en esta guerra

OLIVAR. soy... el poder de la tierra.

MARG. (*Con solemnidad y dirigiéndose al templo.*
Yo la venganza del cielo.

OLIVAR. Pues que nadie os acompaña,
mi mano aceptad ahora.

MARG. Sois... muy galán.

OLIVAR. Soy señora,
español.

MARG. Judas de España. (*Subiendo.*)

OLIVAR. Si no lo habeis por enojo,
(*Queriendo asirla la mano.*)
mi mano hasta arriba..

MARG. (*Desviando la mano con altivez y desprecio.*)
¡Ah! ¡No!

OLIVAR. ¿Quién ha de serviros? (*Insistiendo*)

ESCENA IX.

MARGARITA, OLIVARES, QUEVEDO.

QUEV. (*Apareciendo á la entrada y dando la mano á Margarita.*
Yo.
MARG. Gracias. (*A Quevedo con dulzura.*)
OLIVAR. (*Embozándose.*)
El es... ¡Qué sonrojo!
Con gusto la mano os dan,
(*Margarita sube las gradas. El conde-duque permanece abajo.*)
don Francisco de Quevedo.
QUEV. Decir lo propio no puedo
yo á don Gaspar de Guzman.
OLIVAR. Jamás competí con vos:
vuestro ingenio y vuestra fama...
QUEV. Ved que me espera esta dama.
OLIVAR. No os detengo.
QUEV. Adios.
OLIVAR. (*Dirígese al centro de la plaza.*)
Adios.
QUEV. (*En el atrio.*)
¿Qué anhelais en tanto apuro?
MARG. Ver al rey.
QUEV. No encuentro modo...
MARG. ¡Oh! (*Con desesperacion.*)
QUEV. Mas le vereis, con todo:
¡por mi salvacion lo juro!
(*Condúcela al interior del templo.*)
OLIVAR. Quien no convence, asesina.
No quiso á Ocaña volver...
Hice cuanto pude hacer...
Lo demas lo hará Medina.

ESCENA X.

OLIVARES *y* MEDINA, *que aparece á la puerta de la casa al tiempo que aquel se dirige á paso largo á la calle del fondo.*

MEDINA. (*En voz baja.*)
¿Conde-duque?
OLIVAR ¡Y bien! (*Volviéndose.*)
MEDINA. Lo siento;
mas no la mato, señor.
OLIVAR. ¿Pues no dijiste, traidor?...
MEDINA. De lo dicho me arrepiento.
OLIVAR. ¿Y que causa?...
MEDINA. No os asombre.
Cuanto hablasteis escuché:
de la dama el nombre sé,
y está muy alto su nombre.
OLIVAR. ¿Que te importa?
MEDINA. ¡Friolera!
Su nombre, pardiez, me espanta;
no se asesina á una infanta
como á una mujer cualquiera.
OLIVAR. Ya... comprendo. Cosa es clara:
si es que ha de ser bien vendida,
cuanto mas valga una vida
debe venderse mas cara...
Golpes das á mi tesoro
que han de agotarle quizás;
pero, en fin... pues quieres mas
oro... te daré mas oro.
MEDINA. No, no es oro lo que quiero.
OLIVAR. De escucharte me confundo.
MEDINA. Es que no todo en el mundo
se paga con el dinero.
OLIVAR. Tambien te colmé de honores.
En palacio, como iguales,
te hablan damas principales
y principales señores.
Mira bien si bien te pago:
del polvo te alcé á la altura,
y hoy tu condicion oscura
tapa esa cruz de Santiago.
(*Señalando la capa de Medina.*)

MEDINA No niego vuestra largueza.
OLIVAR. Pues á servirme... Es tu oficio.
MEDINA Es que exigís un servicio
en que ariesgo la cabeza.
OLIVAR. ¡Por mi vida!.. Esa traicion.
MEDINA. Os equivocais á fé;
yo á la infanta mataré...
mas con una condicion.
OLIVAR. ¿Condicion?... Nunca recibo.
MEDINA. Sin ella... ¡por Lucifer,
que no mato á esa mujer
aunque me desuellen vivo!
OLIVAR. (El infierno se desata
contra mí esta noche!)
MEDINA. En fin..
OLIVAR. (¡Alma cobarde y ruin!)
Dí tu condicion... y mata!
MEDINA. Para mi seguridad
he escrito arriba un papel:
falta vuestra firma en él;
este es el papel, firmad.
OLIVAR. ¿Qué dice?
MEDINA Oid (*Acercándose al farol.*)
OLIVAR. (¡Negra suerte!)
Ya la tardanza me irrita.
MEDINA. «A la infanta Margarita (*Leyendo.*)
darás hoy mismo la muerte.»
OLIVAR. (*Colérico.*)
¡Vive Dios!
MEDINA Firmad y mato. (*Con frialdad.*)
OLIVAR. (¡Maldito seas amen!)
¡Nunca!.. A ese precio...
MEDINA Está bien:
(*Embozándose y en actitud de marchar.*)
otro lo hará mas barato.
OLIVAR. Traidor... ¿te vas?..
MEDINA. Ya mi hazana
es inútil y me voy.
OLIVAR. (¡Oh! ¡si ella no muere hoy
todo lo pierdo mañana!..)
MEDINA. Resolved.
OLIVAR. Oye, Medina. (*Preocupado*)
(Yo voy á perder el juicio.)
Aunque es duro el sacrificio...
(¡Fuerza es conjurar mi ruina!)

MEDINA. Pues firmad.
OLIVAR. Dame el papel.
(*Dáselo Medina*)
(¡Oh, su contacto me abrasa')
MEDINA. Entrad, pues, en esa casa.
OLIVAR. (No hay medio .. ¡Trance cruel!)
(*Dirigiéndose á la casa.*)
MEDINA. Luz os tengo en el portal
y recado de escribir:
con que ..
OLIVAR. (*Entra.*)
(¡Tal mengua sufrir!...)
MEDINA. (*Despues de una pausa.*)
No va el asunto muy mal.
Conde-duque, ello por ello.
Ya somos quién para quién.
(*Olivares sale y alarga el papel á Medina con señales de repugnancia y sin mirarle siquiera.*)
MEDINA. (*Acercándose al farol y leyendo.*)
«Olivares.» —Está bien.
(Tiene su firma y su sello.)
(*Echa el aliento al papel.*)
OLIVAR. (*Con amarga sonrisa.*)
Cuida bien que no se borre.
MEDINA. Pues, ya que os hice firmar...
OLIVAR. (*Con ferocidad.*)
Falta solo...
MEDINA. (*Interrumpiéndole.*)
Pues; matar:
y eso de mi cuenta corre.
OLIVAR. ¡En parte segura!
MEDINA. ¡Oh! sí.
OLIVAR. ¡Todo el puñal!
MEDINA. Eso es.
OLIVAR. ¡Líbrame de ella!
(*Marchándose y con una mirada terrible.*)
(Despues
yo me libraré de tí.)
(*Váse por la calle del fondo.*)

ESCENA XI.

MEDINA, *despues* QUEVEDO.

MEDINA. Ya te tengo bien seguro.
Partes el crímen conmigo...
Partiré el poder contigo,
por mi puñal te lo juro.
Nuestra horrible comunion
hoy con sangre he de sellar...
¡Quiero mi ambicion saciar,
y alas diste á mi ambicion!...
Pues bien...—Allí se ve un bulto.
(*Mirando al templo.*)
Ya sin duda en san Martin
dieron las tinieblas fin.
Debo mantenerme oculto.
(*Se oculta en la izquierda.*)
QUEV. (*Baja las gradas con preocupacion.*)
En palacio á la duquesa
por mi fe de caballero
prometí poner... Bien; pero
¿cómo cumplir mi promesa?
Con audacia .. —¡Desatino! —
Por ardid... — Ese Guzman
es tan cauteloso y tan...
— Dios me enseñará camino.
— Con fuertes contrarios lucho...
Pueden y... — ¡Tambien yo puedo!
— ¿Quién me auxilia? ¿Quién?—¡Quevedo'!
Sí... sí...
(*Tocándose la frente y el pecho.*)
¡Los dos podeis mucho!
Grande el pensamiento aqui,
y aqui grande el corazon,
armas de victoria son...
venzo de seguro... sí!
—Tal vez no... —¡Sí! ..—No... comienzo
á dudar...— ¡No!... ¡venceré!!
—¿Cómo?... Cómo!...— No lo sé;
pero... de seguro venzo!
(*Pausa.*)
La duquesa en su posada

me citó para las diez...
Ya encontraremos tal vez
puertas que la den entrada.
¡Por Dios!... De cualquier modo,
la ha de ver su Magestad...
Pero antes debo.... Es verdad;
debe calcularse todo.
(*Váse por la derecha despues de dirigir una mirada á las puertas del templo.*)

MEDINA. (*Observándole.*)
El es, y se aleja: bien.
Gente sale. (*Vuelve á esconderse.*)

ESCENA XII.

MEDINA (*oculto*;) MENDAÑA, CASTILLA *y* GRANA *saliendo del templo.*

MEND. Pues señor,
si á palacio vais, mejor:
yo á palacio voy tambien.
GRANA. ¿Y Quevedo?... En algun lance...
MEND. Como está tambien abierta,
sin duda por la otra puerta
fuese, detrás de un romance.
GRANA. Por allí las damas van.
MEND. Mejor, si se fue trás ellas.
GRANA. Húbolas, á fe, muy bellas.
MEND. Mejor sin el manto estan.
GRANA. (*A Castilla.*)
Triste andais vos.
CAST. Sí, un acceso...
MEND. Nunca os encontré tan lacio.
CAST. (*De mal humor.*)
En fin, ¿vamos á palacio?
MEND. Lo mejor sin duda es eso.
(*Vánse los tres por la calle del fondo.*)

MEDINA. ¿Qué escuché?... Por la otra puerta
salen las damas... Quizás
ella tambien... ¡Satanás
túvola esta noche abierta!
(*Con furor.*)
Marchóse por ella... ¡Oh! ¡Sí!
Todo se ha perdido...

(*Margarita aparece á las puertas del templo.*)
(*Con feroz alegria.*) ¡Ah!... ¡no!...
(*Medina se oculta. Margarita baja lentamente las gradas y despues se dirige como hablando consigo misma á la calle de la derecha.*)

MARG. Solo en él confío... Yo
nada puedo hacer por mí.

MEDINA. (Llegó su vez al puñal.)

MARG. No debo tener recelos...
¡Hoy velan por mí los cielos
y Dios me libra del mal!
Ni se ve ni se oye nada.
¡Qué soledad!... Tengo miedo...
(*Al volver Margarita la espalda, Medina se lanza detrás cautelosamente.*)
Es tarde... Tal vez Quevedo
se impacienta en mi posada.
Voy al punto... ¡Qué rumor!..
(*Volviéndose á Medina que estará á dos pasos.*)
¡Un hombre!... ¡Atrás!... ¿Qué quereis?

MEDINA. (*Haciendo un movimiento bajo la capa.*)
Vengo de paz...

MARG. No llegueis...

MEDINA. (*Lanzándose sobre ella puñal en mano.*)
A mataros.

MARG. ¡Ah! (*Con terror.*)

ESCENA XIII.

Dichos y QUEVEDO *que saliendo de la calle de la derecha sujeta por detrás el brazo de* MEDINA *que va á herir.*

QUEV. ¡Traidor!

MEDINA. (*Soltando el puñal.*)
¡Jesucristo!

QUEV. Por allí....
(*Señalando á la duquesa la calle de la izquierda y sacando á Medina la espada.*)
Al punto os sigo.... Alejaos.
(*Volviéndose á Medina que va á escapar y sujetándole por la capa.*)
¡Vos no os alejeis, quedaos!

(*Quevedo dirige otra vez los ojos á la calle por donde ha desaparecido Margarita, y en tanto Medina suelta la capa en sus manos.*)

MEDINA. ¡Oh! me salvé. (*Huyendo.*)

QUEV. (*Con voz de trueno y levantando la espada de Medina, que se queda inmóvil.*)
¡Quieto ahí!
(*Despues de tirar al suelo la capa de Medina y arrojandole su espada á los pies.*)
Ahora hierro contra hierro,
nueva lid.

MEDINA. (*Con acento trémulo.*)
Mas vuestro nombre.

QUEV. (*Desenvainando*)
Si no lidiais como un hombre,
vais á morir como un perro.

MEDINA. (*Mirando al rededor como para buscar la fuga.*)
Ved... que... el duelo... no es igual.

QUEV. La espada teneis desnuda.

MEDINA. Cierto...

QUEV. Yo tambien.

MEDINA. Sin duda.

QUEV. No hay ventaja pues.

MEDINA. Sí tal.
(¿Qué diré?...) Por de contado...
yo... estoy sin capa...

QUEV. Es muy cierto.

MEDINA. ¿Conoceisme descubierto?
(*Señal afirmativa de Quevedo.*)
Yo... no os conozco embozado.

QUEV. Ya que tanto alambicais,
pronto una capa se quita.
(*Quevedo se desembaraza de la capa, y al arrojarla, Medina saca una pistola y dispara sobre él.*)

MEDINA. ¡Ay de vos!...
(*Arrojandola con rabia despues del fogonazo.*)
Suerte maldita!

QUEV. (*Con frescura poniéndose en guardia.*)
Mala pólvora gastais.
(*Medina cobra su acero y se defiende en retirada.*)

MEDINA. Que el cielo os maldiga á vos!

QUEV. ¡Tiemblas!...

MEDINA. ¡De rabia!

QUEV. ¡De miedo!...

MEDINA. (*Con espanto y retrocediendo.*)

¡Oh! perdonadme.

QUEV. No puedo.

MEDINA. (*Con voz ahogada y cayendo dentro, en la calle de la derecha.*)
¡Ay!

QUEV. Que te perdone Dios.
(*Pausa.*)
He matado á un hombre. — Fué
con razon... — Sí... pero pesa
el crímen:.. — ¡Ah! la duquesa...
por aqui la alcanzaré.
(*Toma la capa de Medina que está á sus pies, y váse por el fondo. La escena queda un momento sola. Despues aparece Margarita por la misma calle que tomó al marchar.*)

ESCENA ÚLTIMA.

MARGARITA, *luego* OLIVARES *y ronda.*

MARG. Nada se oye... Tras de mí
(*Quédase á la esquina mirando y escuchando con inquietud.*)
dijo que iria... un momento
le aguardé tras del convento...
¡Muerta vengo! (*Apoyándose en la pared.*)

VOZ. (*Dentro.*) Por aqui...

MARG. ¡Oh, la ronda!... (*Quiere huir y vacila.*)

ALCAL. (*Dentro.*) Ved si acaso...
Mas un hombre en esta esquina
(*La calle de la derecha aparece iluminada por la luz de una linterna.*)
yace tendido...

OLIVAR. (*Dentro y con rabia.*)
¡Es Medina!

MARG. (*Apoyándose con abatimiento en la esquina de la izquierda al tiempo que los demas salen por la derecha.*)
¡Oh! no puedo dar un paso.

OLIVAR. (*Saliendo.*)
¡Por Jesucristo en la cruz!

ALCAL. (*A Olivares.*)

Muerto...
(*A los corchetes*)
Registradle.

OLIVAR. (*Deteniéndoles*) No.
(Debo registrarle yo.)
(*Tropieza en la capa de Quevedo.*)
Mas ¿qué es esto? ¡Aqui la luz!
(*Recoge la capa.*)
¡Pronto, la luz necesito!..

ALCAL. (*A los alguaciles y acercándose á Olivares.*)
Ved que el matador se escapa.
(*Los corchetes desaparecen por la derecha.*)

OLIVAR. (*Con voz de trueno despues de mirarla con la linterna.*)
De Quevedo es esta capa.

MARG. (*Con terror.*)
¡Muerto!... ¡Gran Dios!...
(*Vacila y cae dentro.*)

OLIVAR Ese grito...
(*El alcalde se dirige á la izquierda y Olivares le sigue.*)

ALCAL. (*Dentro.*)
Una dama hay en el suelo.

OLIVAR. (*Asomándose á la esquina.*)
¿Muerta?

ALCAL. Desmayada.

OLIVAR. A ver...
(¡Oh! la infanta.) A esa muger.
(*Al alcalde que sale.*)
nadie la levante el velo.

ALCAL. Bien, señor.

OLIVAR. Una litera.

ALCAL. (*A los corchetes que vuelven por la derecha.*)
Id por ella, y no tardeis. (*Vanse.*)

OLIVAR. Dentro á la dama pondreis...
¡mas sin mirarla siquiera!

ALCAL. ¿Despues?

OLIVAR. (Mi triunfo es completo.)
Conducidla en breve espacio...

ALCAL. ¿Dónde?

OLIVAR. A palacio.

ALCAL. (*Con asombro.*) ¿A palacio?...

OLIVAR. Por el caracol secreto.

ALCAL. ¿Quién la escolta?

OLIVAR. Solo vos.

ALCAL. Mas vuecencia..
OLIVAR. Iré detrás.
(Váse el alcalde por la izquierda.)
Duquesa, á palacio vas...
Desde allí... ¡sábelo Dios!
(Dirígese con precipitacion hácia la calle donde cayó Medina y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del Buen-Retiro. Puerta en el fondo que por la derecha conduce á las habitaciones de Olivares y por la izquierda á la capilla. A la derecha, en primer término, puerta que conduce á la escalera y corredores de palacio; á la izquierda, en primer término, la cámara de la Reina: en segundo, la del Rey. Es de noche: la escena está iluminada por un candelabro de cinco ramales colocado sobre un mueble de la época.

ESCENA I.

La Reina, Doña Inés.

Reina. Doña Inés, todo es inútil:
no hay en el mundo consuelo
para mí: padezco mucho,
porque inocente padezco.
¡Infeliz! Otras que sufren,
en su desventura, al menos,

viven ¡ay! con esperanzas...
yo sin esperanzas muero.

INES. Mas...

REINA. Con esperanzas locas,
es verdad, soñé algun tiempo:
se han desvanecido todas
por mi mal, y ya no sueño.
El dolor vela.. ¡Mis horas
son tan largas!... Yo las cuento
por los ahogados latidos
de este corazon enfermo.

INES. No os aflijais ..

REINA. Tantos dias,
tantas noches de tormento,
siempre lo mismo! ..

INES. Señora...

REINA. Ni un instante de sosiego..
Viene el dia, y no reposo...
Viene la noche, y no duermo...
Si he de descansar... ¡Dios mio,
dame tu descanso eterno!

INES. ¡Cómo¡ ¿Llorais?

REINA. No, no lloro...

INES. No me lo negueis .. no... Veo
húmedos ya vuestros ojos...

REINA. (*Con amargura.*)
Pronto los verás bien secos.

INES. ¡Oh¡ ¡Qué horror!

REINA. Padezco mucho,
¡porque inocente padezco! (*Llorando.*)

INES. Inocente... ¿Y quién lo duda?...

REINA. Felipe... mi esposo:.. Miento;
ya no es el esposo... el Rey...
¡Rey para mí bien severo!

INES. Si él vuestro amor comprendiera...

REINA. Nunca podrá comprenderlo.
Negras sospechas le turban;
y aunque es generoso y bueno,
para mí tan solo tiene
rencor y amargo desprecio.
Y es que ve sobre mi frente
ese imaginario sello
del crímen ..

INES. ¿No vé ese llanto?...

REINA. Sus dudas le tienen ciego.

INES. Pues bien; habladle.
REINA. Es inútil;
sordo le tienen sus celos.
INES. Tal vez sus negras sospechas
se disipen con el tiempo.
REINA. Imposible: cada dia
toman, doña Inés, mas cuerpo;
y es natural: Olivares,
por odios que no comprendo,
le habla siempre de ese crímen...
INES. Pura invencion del infierno.
Vos sois la virtud, señora.
REINA. Mi virtud... es un misterio:
Tú solamente lo sabes.
INES. No, tambien lo sabe el cielo.
Esperad en él..
REINA. Es tarde:
para mi mal no hay remedio.
INES. Si al Rey llegara ese escrito...
REINA. ¿Cuál?
INES. El del conde.
REINA. ¡Silencio!...
¡No pronuncies ese nombre!...
¡Villamediana!... Su espectro
me persigue noche y dia,
cual tenaz remordimiento.
INES. Sois inocente.
REINA. Inocente...
mas dí causa, sin saberlo,
á que el buen Villamediana
fuese á puñaladas muerto.
INES. Celos del Rey le mataron.
REINA. ¿Quien dió pábulo á esos celos?
INES. Dicen que el conde os amaba...
REINA. Pues calló prudente y cuerdo.
Y si ese amor desdichado,
fué, como suponen, cierto,
jamás la Reina lo supo,
y en la tumba está el secreto.
INES. No.. que el conde moribundo
se arrancó el puñal del pecho...
REINA. ¡Calla!
INES. Y con su propia sangre
pudo escribir...
REINA. ¡Tal recuerdo!...

INES. Puede salvaros... El conde
dicen que escribió un momento
con su sangre... y ese escrito
se encontró sobre su cuerpo.
REINA. ¡Desdichado!
INES. Vos, señora,
sois pura y lo sabe el cielo.
REINA. ¿Cómo hacer que el Rey lo sepa?
INES. Con ese escrito sangriento.
REINA. ¡Ay! en manos de Olivares
cayó, segun dicen... Cierto...
ese papel ya no existe...
le habrá consumido el fuego.
INES. ¿Eso temeis?
REINA. Olivares
goza en mis padecimientos...
¿Por qué me aborrece ese hombre?
INES. (*Mirando al fondo.*)
Viene hácia aquí.
REINA. Retirémonos.

ESCENA II.

Dichas y OLIVARES *que entra por el fondo, derecha.*

OLIVAR. Si mi presencia importuna...
REINA. No, conde-duque... (*Violentándose.*)
OLIVAR. Sospecho
que su Magestad se aleja
solo porque yo me acerco.
REINA. Yo...
INES. La Reina está indispuesta,
OLIVAR. Sabe Dios cuanto lo siento.
REINA. Gracias.
OLIVAR. (¿Sabrá la venida
de la duquesa? Indaguemos.)
REINA. ¿Cómo está el Rey?
OLIVAR. Siempre triste.
REINA. ¡No le he visto en tanto tiempo!...
OLIVAR. (*Mirando fijamente á la Reina.*)
La duquesa Margarita...
REINA. ¡Aun sola en Ocaña!.. (*Con acento de dolor.*
OLIVAR. Cierto,

REINA. Haced que vuelva á la corte;
dadme ese dulce consuelo:
que vuelva... ¡Me quiere tanto!..
¡tanto como yo la quiero!
Prima del alma... ¡Es tan buena!...
Sí, sí, que vuelva al momento...
¡Oh!... ¿Lo hareis?

OLIVAR. Si no os enoja,
de conversacion mudemos.
(*Pausa.*)

REINA. Yo de otra os hablára...
¿Me comprendeis?...

OLIVAR. Os comprendo.

REINA. Pues ese sangriento escrito....

OLIVAR. Sangriento, es verdad, sangriento.

REINA. ¿Con que existe, pues?

OLIVAR. Existe.

REINA. ¿Lo teneis vos?...

OLIVAR. Yo lo tengo:
ya os lo repeti mil veces.

REINA. Entregádmele.

OLIVAR. No puedo.

REINA. Prueba la inocencia mia....

OLIVAR. No del todo, segun pienso.

REINA. (*Con altivez.*)
¡Conde-duque!

OLIVAR. (*Con hipocresia.*) Para mí
sois de virtudes modelo;
mas el Rey....

REINA. Dadle ese escrito.

OLIVAR. Ya se lo daré á su tiempo.
Para darle la triaca
dejad que apure el veneno...
Hoy las sospechas le acosan...
ya se irán desvaneciendo ..
— Y entonces veré ese escrito
ya sin prevencion, y espero....

REINA. Es que van ya muchos años
desde que vivo muriendo,
despreciada de mi esposo....
(*Con intencion.*)
que escucha vuestros consejos.
Y en palacio, viuda y sola,
sufro su amargo desprecio,
porque aduladores viles

(*Exaltada.*)
le han trastornado el cerebro!

OLIVAR. ¡Qué exaltacion!... Ved, señora,
que está débil en estremo
vuestra salud...

REINA. ¡Conde-duque,
no insulteis mi sufrimiento!

OLIVAR. Vamos á otra cosa. El príncipe
niño, sucesor del reino,
por su edad...

REINA. ¡Hijo del alma!

OLIVAR. Ya del regazo materno
debe separarse.

REINA. ¡Oh, nunca!

OLIVAR. Es el príncipe heredero;
y ha resuelto el Rey su padre,
—¿lo oís? el Rey lo ha resuelto—
darle servidumbre propia,
libros, armas y maestros;
y por fin, cámara digna
de su carácter escelso....

REINA. (*Con desesperacion.*)
¡Me arrancais el hijo mio!

OLIVAR. (*Con frialdad.*)
Elegid el aposento
que mas le cuadre en palacio.

REINA. (*Ocultando la cabeza entre tas manos.*)
¡Gran Dios!

OLIVAR. Yo os iré diciendo:
El del jardin.... el de Osorio....
el de Ripalda.... el de Lemus....
el de Borja... el de la Infanta....
elegid...

REINA. (*Con arrogancia.*) Elijo.... el vuestro!

OLIVAR. ¡Cómo!

REINA. Ocupais en palacio
el mas ostentoso y regio...
y entre príncipe y vasallo
lo primero es lo primero.
(*La Reina se retira por la puerta de su cámara. Olivares la contempla con ademan terrible. Doña Inés la sigue despues.*)

INES. (*Suplicante.*) ¡Oh! ¡respetadla!....

OLIVAR. (*Con furor.*) ¡Me arroja
de aquí!... ¡Por Dios la prometo!.. .

INES. ¡No!... ¿Qué intentais?...
OLIVAR. (*Reprimiéndose y con una sonrisa.*)
Nada, nada....
buscar otro alojamiento.

ESCENA III.

OLIVARES.

«Entre príncipe y vasallo
lo primero es lo primero,»
me dijo y callé...— Sí; pero
yo, para obrar, siempre callo.
—¡Vasallo quien da la ley!...
Reina, me hiciste un ultraje;
que no rinde vasallaje
quien hizo vasallo al Rey.
—¿Qué genio malo te acosa?
¿Cómo no te dice el alma
que quien destruyó tu calma
aun puede hacerte dichosa?
Débil, incauta muger....
En tu desamparo triste,
nunca tan altiva fuiste ..
—Ni lo volverás á ser.
Yo tu dicha tengo aqui:
sí, se encierra en esta carta
(*Señalandose el pecho.*)
sangrienta, que no se aparta
ni un solo instante de mí.
(*Pausa.*)
El Rey te abrirá sus brazos
si á ver llega tal escrito;
mas primero el favorito
se lo comerá en pedazos.
—Te amaba el Rey con pasion...
mas roto el lazo nupcial
por mi astucia, sin rival
reino yo en su corazon.
—Nadie mi secreto sabe:
muerto Medina, segura
guardará en la sepultura
de este secreto la llave.
—Medina... ¡Fatal recuerdo!...

El papel que me arrancó
¿dónde ese hombre lo guardó?
Si alguien da con él, me pierdo.
La incertidumbre me abrasa...
—No; lo que pensé es verdad:
para mas seguridad
lo guardó en aquella casa.
Sí; mi presuncion es cierta:
el papel oculto está
dentro de la casa.. y ya
sellé yo mismo la puerta.
Y no sé por qué me apuro....
Mañana busco el papel
en la casa, y doy con él....
sí, doy con él, de seguro.
Todo va bien. La duquesa
se halla, pues, á buen recaudo,
y yo por el fin me aplaudo
de tan arriesgada empresa.
(*Mirando á la derecha.*)
Pero allí viene Mendaña
con el marqués y don Juan
de Castilla; siempre van
juntos en buena compaña.
Y por Dios que el tal Castilla
tiene lengua de escorpion,
y hácia mí poca aficion,
segun cuentos de la villa.

ESCENA IV.

OLIVARES, MENDAÑA, GRANA *y* CASTILLA *por la derecha. Al entrar*, MENDAÑA *se dirige á* OLIVARES *con solicitud exagerada*; GRANA *le saluda afectuoso, y* CASTILLA *hace una leve inclinacion y se queda algo separado del grupo.*

OLIVAR. Buenas noches, caballeros.
MEND. Que el cielo os guarde, señor.
OLIVAR. Solo me encontrais.
MEND. Mejor.
OLIVAR. Mucho me contenta el veros.
GRANA. Gracias.
MEND. Honor singular.
OLIVAR. Triste anduve todo el dia.

MEND. Mejor...
GRANA. (*Interrumpiéndole.*) ¿ Qué ?
MEND. Nejor seria
que os fueseis á descansar.
OLIVAR. No , son tristezas ..
CAST. (¡ Historia !)
OLIVAR. Y de divertirlas trato.
Con que , hablemos pues un rato.
MEND. Rato mejor. . ni en la Gloria.
CAST. (Tanta humillacion ya es mengua.)
OLIVAR. Contadme algo de la villa
los tres... — los dos; pues Castilla
(*Con intencion.*)
se ha venido sin la lengua.
(*Castilla se encoge de hombros desdeñosamente.*)
¿Nada respondeis ? (*Al mismo.*)
MEND. (*Id.*) ¡ Don Juan ! ..
OLIVAR. ¿ No me hablais ?... Ved que yo os hablo.
CAST. (Lleve tu palabra el diablo.)
GRANA. (*Aparte á Mendaña*)
(Mucho me temo un desman.)
MEND. ¡Al ministro !...
CAST. (Fuera mengua...)
OLIVAR. Responded.
GRANA. (Mal humor gasta.)
CAST. Vos lo dijisteis , y basta : (*Desentonado.*)
me he venido sin la lengua.
OLIVAR. (*Reprimiéndose á duras penas.*)
Ligero anduve en decir,
y mi error he conocido.
Con lengua os habeis venido...
(*Con cólera.*)
¡ Sin lengua os debierais ir !
(*Olivares se retira por el fondo derecha con aire sombrío, seguido de Grana y Mendaña.*)

ESCENA V.

CASTILLA , *despues* QUEVEDO.

CAST. ¡ Vive Dios ! Me la arrancára
yo mismo , juro á mi nombre ,
porque no ha lanzado á ese hombre

cien insultos á la cara!
(*Quevedo entra por la derecha en el mayor desórden y pasa junto á Castilla sin reparar en él, yendo á quedarse en medio de la escena como abismado en sus pensamientos.*)
¡Por Cristo en la Cruz!... —¡Quevedo!..,
A ocasion dichosa viene;
quiero hablarle... Mas, ¿qué tiene?
(*Observándole.*)
Su rostro me infunde miedo.
Desde aqui le he de observar.
¡Qué temblor!

QUEV. (*Con acento concentrado.*)
¡Pesquisa vana!
(*Despues de una pausa, y con estravio.*)
—¡Ruin inteligencia humana,
no sabes adivinar!
(*Pausa*)
¡Oh! me pierdo en el abismo
de mi propia confusion,
y vacila mi razon.

CAST. (¿Qué hablará consigo mismo?)

QUEV. Ni en la calle ni su casa
dar he podido con ella....
—¡Si... nació con mala estrella!...
Tal vez... —Mi frente se abrasa. —
La libré de un asesino,
y otro quizás tan cruel
la mató... —¡Mísero de él
si le encuentro en mi camino!
¡Muerta!... No .. Presa, quizás...
Olivares... El la esconde...
Sí, sí... ¿Pero en dónde? en dónde?
(*Como fuera de sí*)
Mas!... razon, discurre mas!
Tú, de tan altas ideas
creadora... oh!... mente mia,
si hallas luz, alumbra y guia!...
y si no... ¡maldita seas!
(*Quédase como abismado en sus reflexiones.*)

ESCENA VI.

Dichos, MENDAÑA *y* GRANA, *que salen por el fondo, derecha. Castilla, al verlos, les hace señas para que guarden silencio.*

GRANA. Calla .. Quevedo...
MEND. Mejor ..
nos dirá alguna letrilla.
GRANA. Señas nos hace Castilla.
MEND. Chist... al buen entendedor...
(*Mendaña y Grana durante esta escena hablan como si quisieran no ser oidos por Quevedo.*)
GRANA. Entendido.
MEND. Claro está.
Don Francisco en este instante
busca un feroz consonante.
Mejor.
GRANA. Pues le encontrará.
No le interrumpamos pues.
MEND. Eso es lo mejor.
CAST. (*Como si quisiera clavarlos con la vista.*)
Ahi, quietos.
MEND. Lo menos, quince sonetos
nos guarda para despues.
QUEV. Nada, ó salvarla ó morir.
CAST. (Es ya mucho meditar.)
QUEV. ¡Sí, sí, sí!
CAST. (Me hace temblar.)
MEND. Mucho nos hará reir.
QUEV. ¡Gran Dios, un rayo de luz
entre tanta oscuridad!
MEND. Pero, ¿que miro?... Es verdad...
brilla en su capa una cruz.
GRANA. Y es la de Santiago... Pero
¿cuándo el hábito alcanzó?
QUEV. Mis sienes estallan... ¡Oh!
MEND. Hoy, sin duda, caballero
le hizo Olivares y... Ved:
ya con su cruz de Santiago,
versos le dedica, en pago
de tan cumplida merced.

QUEV. ¡Terrible será la lucha!
— Bien... ¡Me sobra corazon!
(*Quevedo, al decir esto, se vuelve y se encuentra entre Mendaña, Grana y Castilla, que han ido acercándose lentamente, aquellos por la izquierda y este por la derecha.*)
¿Quién es?... (*Sorprendido.*)
MEND. (*Con un grito de júbilo.*)
Letrilla!... Atencion.
¿Tendrá gracia? (*A Quevedo*)
QUEV. (*Temblando y con risa sardónica.*)
¡Mucha, mucha!
Tiene tanta... que yo mismo..
crujo de risa. (*Risa convulsiva.*)
MEND. Al instante,
recitádnosla. — Picante
será?...
QUEV. Mas que un sinapismo.
MEND. ¿La acabasteis?
QUEV. Falta poco.
MEND. ¿Sátira?...
QUEV. (*Con rabia.*) Contro los necios.
(*Reprimiéndose y echando á reir de nuevo.*)
¡Qué golpes les doy tan recios!
MEND. Siempre alegre!
CAST. (O siempre loco.)
QUEV. (¡Cuánto sufro!)
MEND. Nadie triste
puede estar donde esteis vos.
Hacednos reir...
QUEV. (*Estremeciéndose.*) (¡Ay Dios!)
MEND. Con un chiste
QUEV. Con un chiste
quisiera haceros reir,
y reir hasta rabiar,
y de risa reventar
y á risotadas morir!
GRANA. ¡Qué ocurrencia! (*Con estrañeza.*)
MEND. Me enamora;
nadie las tiene mejores.
QUEV. (¡Necios!)
INES. (*Saliendo*) La Reina, señores.

ESCENA VII.

Dichos, la Reina *y* Doña Ines *que salen de su cámara, despues* Olivares.

Grana. ¿Dónde irá la Reina ahora?
Quev. (¡Pobre mártir!) (*Mirándola con dolor.*)
Reina. (*A Inés.*) Pon mi silla.
(*Doña Inés se dirige á la capilla. Los cuatro hacen una reverencia á la Reina.*)
Adios. (*Saludándoles.*)
Orando un momento
voy á ver el monumento
que hoy adorna mi capilla.
(*Dirijese á ella.*)
Casf. Siempre triste (*A Quevedo.*)
Quev. A Dios le plugo.
(¡Pobre víctima!)
(*Reparando en Olivares, que sale por el fondo derecha y se dirige á la Reina.*)
(¿Esto mas?)
Olivar. Señora. (*Saludando.*)
Quev. (¡Siempre detrás
de la víctima el verdugo)
Olivar. ¿Vais á orar?
Reina. ¿Es cosa estraña?
La oracion presta consuelo.
Olivar. ¿Ireis á pedir al cielo...
Reina. (*Interrumpiéndole.*)
La felicidad de España.
Olivar. Que eso le pidais es llano;
y eso le pedimos todos.
Reina. Sí, de diferentes modos.
Quev. (Téngame Dios de su mano.)
(*La Reina se halla en el fondo: Olivares á su izquierda, y los demas á su derecha, siendo Mendaña el mas próximo.*)
Olivar. Si oye Dios vuestra plegaria
cuando orais en la capilla,
¡lástima que vuestra silla
(*Con intencion.*)
esté allí tan solitaria!
Reina. (*Con exaltacion y dolor.*)

Otra tuvo de igual porte
en esa mansion bendita...

OLIVAR. ¿Quien?..

REINA. (*Mirando á su alrededor y como sintiendo haber dicho demasiado.*)
La infanta... Margarita...

QUEV. (*Aparte á la Reina y por detras de Mendaña, volviendo á quedarse en su puesto inmediatamente.*)
(Dicen que se halla en la corte.)
(*La Reina, al oir á Quevedo, vuelve la cabeza y se fija en Mendaña.*)

MEND. Cómo me mira... ¡Mejor!

REINA. (*Agitada*) (¿Será cierto lo que oí!)
(*A todos y fuera de sí*)
¿Es cierto? ¿Es cierto?..:.

QUEV. (*Con énfasis é intencion.*) Sí!
(*Con indiferencia.*) *Sí* ..
Silla tuvo...

OLIVAR. Es un error.

REINA. (*Mirando á Quevedo el cual se ha quedado inmóvil aparentando la mayor frialdad.*)
(Comprendo... Quevedo ha sido
quien en voz baja...)

OLIVAR. La tuvo
el Rey...

REINA. (A mi lado estuvo...
él fué quien me habló al oido.)
(*La Reina se dirije hácia la capilla con los ojos fijos en Quevedo.—Olivares hace un movimiento como para detenerla.*)

OLIVAR. Yo una súplica he de haceros.

REINA. Decid. (¿Cómo hablar á ese hombre?)

OLIVAR. Os la dirijo en mi nombre
y en el de estos caballeros.--
Pues sola vais á marcharos
hácia la capilla ahora,
¿nos concedereis, señora,
el honor de acompañaros?

REINA. Pláceme la cortesía,
y acepto. (Hablaré con él.)

OLIVAR. Pues todos hasta el cancel
os haremos compañía.
(*Mendaña, Castilla y Grana se inclinan en señal de asentimiento. -Quevedo se va apartando poco á poco hasta quedarse junto á la puerta de la derecha.*)

REINA. Gracias....
OLIVAR. Es nuestro el honor.
REINA. (Me colocaré á su lado.)
OLIVAR. Para hacer mas señalado
tan eminente favor,
un caballero escoged...
su mano hasta allí aceptad.
REINA. Sí, sí... (*Con visibles muestras de alegria.*)
OLIVAR. Dichoso en verdad
el que obtenga tal merced.
(*Todos se inclinan menos Quevedo.*)
QUEV. (Ya están de orgullo beodos.)
OLIVAR. (*Mirando á la Reina con aire de triunfo.*)
(Hoy mi mano has de tocar.)
(*A la Reina.*)
A esa distincion sin par,
todos aspiramos...
(*Recalcando*) todos.
(*Inclínanse de nuevo.*)
REINA. (*Mirando al rededor.*)
Todos... ¿Menos vos Quevedo?
QUEV. Yo, incapaz de merecerla,
(*Con intencion mirando á Olivares.*)
nunca osara pretenderla.
REINA. (*Con espresion de dulzura.*)
Pues á vos.. os la concedo.
(*Quevedo se adelanta hácia la Reina y todos le abren paso.. Al llegar á ella que le alarga la mano, dobla una rodilla y besa.*)
QUEV. (*Con emocion*)
Pues tal honra merecí,
(*Levantándose y mudando de tono repentinamente.*
Gracias, Olivares.
(*Movimiento de este*)
¡Oh!..
¡Brava idea os ocurrió!...
--Mas otra me ocurre á mi.
Sin pajes la Reina está?
Sola viene .. Y es costumbre
que su camino se alumbre
cuando á la capilla vá..,
OLIVAR. Esa observacion... (*Con disgusto.*)
CAST. (*Con viveza*)
Es cierta.
(*La Reina mira á Quevedo con curiosidad.*)

QUEV. Pues, cual buenos servidores,
justo es que todos, señores,
(*Recalcando tambien el* todos)
la alumbreis hasta la puerta.
Luces... (*Señalando al candelabro.*)

MEND. (*Tomando una luz de las cinco que habrá en el candelabro; accion que imitan los demas, menos Olivares que mira á Quevedo con asombro.*)
Ocurrencia sabia.

QUEV. (*Con frialdad á Olivares.*)
Otra queda para vos.
Y si os place, aun quedan dos...

OLIVAR. (*Tomando furioso y con mano trémula una de las dos luces que quedan, como dominado por la mirada de Quevedo.*)
Bien contais.

QUEV. (Tiembla de rabia.)

REINA. (*A Olivares, Mendaña, Castilla y Grana, que la rodean con las luces, pero sin dejar de mirar á Quevedo.*
Gracias, gracias.

QUEV. (*Idem*) Bien por Dios!..
Alumbrad—Sois, caballeros,
escelentes!..
(*Inclinanse Mendaña, Grana y Castilla.*)
(*Con tono incisivo*) Candeleros!..
(*Idem á Olivares y señalándole con el dedo*)
Y el mas escelente... vos!
(*Olivares se inclina tambien con despecho. Quevedo, que ha dado la mano á la Reina, se dirige á la capilla entre los cuatro alumbradores, que se colocan á la puerta para darles paso, entrando tambien despues. Al desaparecer la comitiva, se presenta el capitan por la derecha haciéndose cruces.*)

ESCENA VIII.

CAPITAN, *luego los mismos, menos la* REINA.

CAPITAN. (*Despues de seguirlos con la vista.*)
¿Que es esto?—Vaya un retablo!
Todos van en procesion...
cosas de Quevedo son...
Si es el mismísimo diablo.

Cuando empieza... Qué pedrisco!...
Cada letra es una pulla...
—Y Olivares.. Pues, de bulla...
le divierte don Francisco.
(*Viendo volver á Olivares; despues aparecen Mendaña Grana y Castilla, que traen en medio á Quevedo.*
Hola, bien: me haré presente.

OLIVAR. (*Con apresuramiento.*)
Capitan, estad alerta
á mi voz, junto á esa puerta.
(*Señalando la derecha.*)
CAPITAN. ¿Solo?
OLIVAR. No, con vuestra gente. (*Vase el capitan.*)
(*Mirando á Quevedo con ferocidad.*)
Caro pagará el desman.

GRANA. (*A Quevedo.*)
Recibid mi parabien.
MEND. (*Idem.*)
De Santiago... Bien, muy bien.
QUEV. (*Preocupado.*)
(¿Qué habrá dicho al capitan?)
OLIVAR. (*A Quevedo*)
Bien tocais vuestros registros.
QUEV. Nunca me voy por las ramas.
OLIVAR. Muy bien os va con las damas.
QUEV. Y mejor con los ministros.
MEND. (*Yendo á señalar la cruz que lleva Quevedo en la capa.*)
Dígalo, si no...
GRANA. (*A Quevedo*)
Contento
estareis: os da valía.
QUEV. (*Mira alternativamente á los dos.*)
No los comprendo á fe mia.
MEND. Os la columbré al momento.
GRANA. La mereceis.
MEND. ¿Quien lo ignora?
OLIVAR. (Maldito si entiendo nada.)
MEND. Y os está ¡que ni pintada!
QUEV. (¡Menos los entiendo ahora!)
GRANA. El talento es una mina.
MEND. (*A Olivares*)
Mirad.. Ya puesta la tiene.
OLIVAR. ¡Cómo! (Esa cruz... Oh! se viene
(*Con gozo feroz.*)
con la capa de Medina.)

QUEV. (*Adelantándose del grupo con marcado fastidio.*)
(¡Me ahogo!)
OLIVAR. (*Ap. á Grana que se dirige á hablar á Quevedo:*)
Callad.
(*Id. á Mendaña*) ¡Silencio!
QUEV. (Pues á nacer hallas prontos
con tal perfeccion los tontos,
yo, gran Dios ¡te reverencio!)
MEND. (*A Olivares.*)
Ya; le tendreis que pedir
versos por tan gran favor...
OLIVAR. Tengo que hablarle.
MEND. Mejor,
mejor... Os hará reir.
OLIVAR. Pronto acabamos á fé.
QUEV. (Esperanzas... y temores.)
OLIVAR. A mi habitacion, señores.
Yo mismo os conduciré. (*Dirígense.*)
(*Mirando á Quevedo al marchar.*)
(No saldras bien de este apuro.)
QUEV. (*Con tono brusco.*)
A solas tengo que hablaros.
OLIVAR. Ya pensaba yo en buscaros.
QUEV. (¡Yo saldré á puerto seguro!...
— Si no muero entre las olas!..
(*A Olivares, que aun permanece observándole desde la puerta.*)
Os aguardo aqui.
OLIVAR. Está bien;
vuelvo al punto; yo tambien
tengo que hablaros á solas.
(*Entra en su cámara.*)

ESCENA IX.

QUEVEDO.

Dios nos clava frente á frente.
Para leer en lo escondido
de ese corazon podrido,
Dios alumbrará mi mente.
Valedor de la duquesa,
debo salvarla ó morir...

—Lo primero es inquirir
en donde la tiene presa.
—¡Presa! ¿Quien sabe?... Es verdad;
en su vengativa saña
tal vez la condujo á Ocaña...
¡O la hundió en la eternidad!
—No, no... Tan negro delito
deja helado el corazon...
—Cabe en la ruin ambicion
de ese torpe favorito.
La dió muerte... ¡Ah! De los dos
uno tambien morirá.
El... y muy pronto será...
Mísero de él!!
(Con desvarío.) Sí gran Dios!
Si he de morir á las penas
de tu infierno condenado,
muera rojo y remojado
con la sangre de sus venas!
(Apóyase convulsivamente en el mueble donde se halle el candelabro, en el cual habrá ya una luz solamente, y aparece Olivares.

ESCENA X.

QUEVEDO, OLIVARES.

OLIVAR. (Hoy me le entrega esa cruz.)
(Se acerca lentamente.)
QUEV. ¡Oh! *(Con angustia y furor.)*
OLIVAR. (Pero le siento hablar)
QUEV. *(Fuera de sí.)*
¡Es necesario matar!
OLIVAR. ¡Matar!.... *(A Quevedo con estrañeza.)*
QUEV. *(Soplando inmediatamente la luz y con acento de indiferencia.)*
Sí, matar la luz.
(La escena queda en tinieblas.)
OLIVAR. Luces. *(Acercándose á la puerta de la derecha.)*
QUEV. (Bien, me importa poco;
(Pasándose la mano por la frente.)
ya mi rostro está sereno...
Oiste y no viste.. Bueno.) *(Entran luces.)*

OLIVAR (O es muy hábil ó muy loco.)
Ya con luces... (*A Quevedo.*)
QUEV. Sí... se ve:
(pero no mi turbacion.)
OLIVAR. Ocurrencias vuestras son;
matar la luz... ¿para qué?
QUEV. Segun las reglas seguras
de un autor, que de eso trata,
siempre que la luz se mata,
es.. para quedarse á oscuras.
OLIVAR. Esta noche estais de humor.
QUEV. Sí; porque volcó mi coche.
OLIVAR. Noto ademas que esta noche,
Quevedo, estais .. matador.
QUEV. (Sí; lo dice por Medina.)
¿Ya sabeis?
OLIVAR. ¿Qué duda cabe?
Todo en el mundo se sabe.
QUEV. Pues; y si no, se adivina.
OLIVAR. Vos, segun llego á saber,
sois de un hombre el asesino.
QUEV. Y, por lo que yo adivino,
vos lo sois de una muger.
OLIVAR. Vuestras pruebas ¿dónde están?
QUEV. ¿Y las vuestras?
OLIVAR. Quedo, quedo;
déme las suyas Quevedo.
QUEV. Déme las suyas Guzman.
OLIVAR. ¿Y Medina?
QUEV. ¿Y la duquesa?
OLIVAR. No nos entendemos pues.
QUEV. Lástima, lástima es.
OLIVAR. Mucho por cierto me pesa.
QUEV. Tengo pruebas y no en vano.
OLIVAR. Pues las tendremos los dos.
QUEV. ¿Y dónde tenéislas vos?
OLIVAR. (*Poniéndola sobre la cruz de Quevedo.*)
¿Yo? Las tengo ya en la mano.
QUEV. La conservais tan cerrada...
OLIVAR. Vaya, al seguir una pista,
como sois corto de vista,
nunca reparais en nada.
QUEV. ¿Qué quereis decir?
OLIVAR. Os digo
que un hombre por vos fue muerto.

QUEV. ¿Me dais pruebas?
OLIVAR. Os lo advierto:
pruebas os daré y castigo.
(Quevedo se encoje de hombros.)
Escuchad con atencion:
siempre que es muerto un cristiano
(Con lentitud.)
al golpe de agena mano
sin hacer su confesion;
los vivos, que en la infinita
bondad esperan con fé,
donde el hombre muerto fué
clavan una cruz bendita.
QUEV. *(Interrumpiendo.)*
Si no hallais mejores modos
de probar...
OLIVAR. Y esa cruz santa,
lúgubre allí se levanta,
para repetir á todos,
— por tragedia tan cruel
del cielo invocando el nombre, —
« ¡Aqui mataron á un hombre...
rogad al cielo por él! »
QUEV. *(Con estrañeza.)*
A mi comprension se escapa
vuestra idea y... dadme luz,
porque esa cruz...
OLIVAR. Esa cruz...
(Pónesela delante de los ojos.)
la llevais en vuestra capa.
QUEV. *(Asiendo la capa con ambas manos.)*
¿Qué miro? ¡Gran Dios!...
OLIVAR. *(Con solemnidad hipócrita.)*
El dedo
de Dios sigue al que asesina.
QUEV. *(Con desesperacion.)*
¡Es la capa de Medina!
OLIVAR. *(Lo mismo que antes.)*
¡Hoy le asesinó Quevedo!
(Pausa.)
Pues ya mis pruebas os dí,
á dar mis órdenes voy.
Capitan. *(Con voz de trueno.)*
QUEV. ¡Perdido estoy!

ESCENA XI.

Dichos y CASTILLA, MENDAÑA, GRANA *por el fondo: despues* CAPITAN *con guardias por la derecha.*

CAST. (*Entrando.*) (¿Qué diablos sucede aqui?)
OLIVAR. Llegais á tiempo, señores.
(*Dirígese á la puerta de la derecha con impaciencia. Los otros tres se miran con estrañeza y encogiéndose de hombros.*)
QUEV. (¡Su capa!... ¡Cambio funesto!...
(*La estruja entre las manos.*)
Me ha perdido...—¿Mas qué es esto?
en sus pliegues interiores...
(*Palpándola con afan.*)
tiene un bolsillo... un papel...
Veamos.) (*Le saca y lee.*)
OLIVAR. (*A los otros tres, viendo entrar al capitan con soldados.*)
Mucha atencion.
Capitan, sin dilacion
prended á Quevedo.
QUEV. (*Volviéndose de improviso y señalando á Olivares con la mano derecha, mientras lee en voz alta el papel que tiene en la izquierda.*)
¡A él!!...
(*Lee.*) «A la infanta Margarita
»darás hoy mismo...
OLIVAR. (*Lanzándose á él y en voz ronca.*)
Oh! Callad!
QUEV. (*A Olivares con acento reconcentrado y completando la oracion.*)
» La muerte.»
OLIVAR. (*Al Capitan.*) Vos, apartad.
QUEV. ¡Y firmais! (*Señalando el papel.*)
OLIVAR. (*Con desaliento.*) (¡Carta maldita!)
(*Quevedo mira con arrogancia á Olivares, que se queda inmóvil y aterrado.*)
GRANA. (Cosas se ven singulares.)
CAST. (*Abalanzándose á Quevedo.*)
Quevedo!...
MEND. (*Id. á Olivares.*)
¡Señor!...

QUEV. (*Deteniéndolos.*) Templanza.
¿Suponeis?... Todo fue chanza...
chanza del buen Olivares.
(*Dirigiéndose á este que hace una señal afirmativa.*)
Vos...
(*A los demas.*)
Ya lo veis... ¡Tiene dias!...
(*Llegándose de nuevo á Olivares y aparte, como lastimándose.*)
Casualidades siniestras ..
por buscar las pruebas vuestras,
fuisteis á dar con las mias!...
(*Mendaña, Castilla y Grana, en el fondo, hablan acaloradamente.*)
OLIVAR. ¿Qué intentais?
QUEV. Soy temerario.
¿Y la infanta? (*Con acento terrible.*)
OLIVAR. Vive.
QUEV. (*Con gozo.*) ¡Oh!
¿Vive? (*Dudando.*)
(*Señal afirmativa de Olivares.*)
A tiempo maté yo
á vuestro infernal sicario.
Mas otro tal vez...
OLIVAR. Lo juro:
vive y en palacio está
presa y oculta...—No, ya,
segun mandé... de seguro...
se la habrán llevado...
QUEV. (*Con furor.*) ¿A dónde?
OLIVAR. A Ocaña...—No, no...—De cierto
sabrá el capitan...
QUEV. Si ha muerto,
de ella este papel responde.
Mañana...—¡Ahora!...
(*Volviéndose á los demas.*)
¡Escuchad!
(*Todos se acercan*)
OLIVAR. (*Deteniendo á Quevedo con terror.*)
(¡Vive, sí)
CAST. (¿Qué podrá ser?)
OLIVAR. (¡Vive!)
MEND. Nos vais á leer...
OLIVAR. (*Con prontitud.*)
Nada... un soneto ..

QUEV. (*Sonriéndose.*) Es verdad.
(*Quédase Quevedo muy pensativo.*)
MEND. Mejor... me place la idea.
CAST. (*Aparte á Grana.*)
(Yo me pierdo en conjeturas;
¿qué es esto?)
GRANA. (*Idem.*) (Yo estoy á oscuras.)
MEND. Que se lea, que se lea.
QUEV. Lo que me pedís negué
á Olivares ya, y por eso
trató de ponerme preso...
OLIVAR. (*Con risa forzada.*)
Chanza..,
QUEV. Muy pesada á fé.
—Y yo, por tomar venganza,
mi soneto he de guardar.
MEND. No nos deis ese pesar.
QUEV. (*Despues de mirar atentamente á la guardia.*)
Es que me asustó la chanza.
OLIVAR. (*Con violencia.*)
Por ella... os pido perdon.
MEND. Pues dad principio, Quevedo:
vamos, conceded...
QUEV. Concedo..
(*Despues de un momento de reflexion.*)
mas con una condicion.
(*Todos escuchan con curiosidad.*)
Pues que á prenderme ha venido
—aunque en chanza—el capitan...
Con los que á su mando van,
—chanza tambien,—muy erguido
marchará luego ante mí
dándome guardia de honor.
MEND. Brava ocurrencia.
CAPITAN. (*A Olivares.*) Señor...
OLIVAR. Capitan, hacedlo asi.
QUEV. (*Al Capitan.*)
¿Lo entendeis?... Y con buen modo
que me obedezcais espero
en todo y por todo..
OLIVAR. (*Interrumpiéndole.*) Pero...
QUEV. (*Desdoblando el papel con aire amenazante.*)
Conde-duque...
OLIVAR. (*Al Capitan.*) En todo, en todo.
CAPITAN. (*A Quevedo.*)

Fiel obediencia os prometo.

QUEV. (*A todos con aire risueño.*)
Pues oid.
(*Olivares sigue sus movimientos con inquietud.*)

MEND. Al punto, al punto.

QUEV. (*Leyendo.*)
«A... una... nariz.»

MEND. (*Frotándose las manos.*)
Bravo asunto!

QUEV. (*Aparte á Olivares.*)
Y escuchadme bien.
(*A todos leyendo.*) «Soneto.»
(*Quevedo se aproxima á la luz, cerca de Olivares pero quedando la mesa entre los dos; los demas permanecen á cierta distancia. Quevedo leerá con lentitud y voz sonora los ocho versos del conocido soneto* A una nariz *que están subrayados, diciendo á Olivares aparte y con el tono conveniente los intercalados en los dos cuartetos. Los otros, y en particular Mendaña, escuchan la lectura con gran contentamiento.*)
«*Erase un hombre á una nariz pegado*;
(como al Rey el privado que aqui priva:)
érase una nariz superlativa;
(como la audacia loca del privado:)
érase una nariz sayon y escriba;
(estais verde... amarillo... jaspeado:)
érase un peje-espada muy barbado;
(os veis como un raton en una criba:)
Era un reló de sol, mal encarado,
(como vos, al tragar tanta saliva:)
érase una alquitara pensativa
(de ver á un favorito... alquitarado:)
érase un elefante baca arriba;
(como están hoy las cosas del Estado:)
era Ovidio Nason mas narizado;
(*En tono amenazador.*)
(¡Rogad al cielo que la infanta viva!)

OLIVAR. (¡Vive!...)

QUEV. (¡Si ha muerto, ay de vos!)

MEND. Proseguid... (*Riéndose.*)

QUEV. (*Volviéndose á los demas de improviso.*)
Torpe y confusa
mi cabeza... Estoy sin musa.
(*En actitud y tono militar.*)
—¡Capitan!... ¡En marcha!...

(*A los demas con magestad grotesca al retirarse.*)
¡ Adios !
(*Váse por la derecha con la guardia.*)

ESCENA XII.

OLIVARES, MENDAÑA, CASTILLA *y* GRANA.

MEND. Siempre alegre don Francisco.
OLIVAR. (¡ Maldito de Dios su nombre !)
MEND. Y al fin no acabó el soneto...
Voto á Polimnia y Caliope!...
GRANA. (*Mirando á la derecha.*)
Ya atraviesa con su guardia
los últimos corredores.
MEND. ¡Dejarnos así... por vida !..
si es un torbellino ese hombre.
OLIVAR. (¡ No me burlará mañana
como me burló esta noche !)
GRANA. Solo ocho versos nos dijo...
MEND. Y un soneto... da catorce.
GRANA. (*A Castilla.*)
Vos, ¿ nada hablais ?
CAST. (*Aparte á Grana.*) Nada, nada.
(*Señalando la lengua.*)
No quiero que me la corten.
GRANA. Callad... prudencia.
MEND. (*Llamando la atencion sobre Olivares, que aparece ensimismado.*)
A Olivares
quizás la musa le sople
tambien, y... ¡ mejor !... Miradle :
por su actitud se conoce ..
Quiere dar fin al soneto,
y discurre el estrambote.
OLIVAR. (*Agitando la cabeza y volviendo sobre sí.*)
(¡ Mañana será otro dia !)
MEND. (*A Grana y Castilla, al notar el movimiento de Olivares*)
Silencio : atencion, señores.
GRANA. Hácia aqui la Reina sale.
OLIVAR. (Largas son sus oraciones.)

ESCENA XIII.

Dichos y la Reina *que sale de la capilla apoyándose en* Doña Inés.

Reina. Es verdad, me siento débil;
débil cual nunca esta noche.
(*Reparando en ellos.*)
¿Aun estais aquí?
Olivar. Señora,
nuestro deber nos lo impone. —
Antes, – con luces, - servimos
á la Reina; y como entonces,
— bien que sin luces – estamos
prontos á cumplir sus órdenes.
(*Todos se inclinan. La Reina escucha con distraccion.*
Como veis, solo, señora,
(*Con tono ligero.*)
de entre tantos servidores
falta vuestro caballero...
y, ¡por Dios que anduvo torpe!...
Que el honor de dar la mano
á una Reina hermosa y jóven,
ni un galan lo cede nunca,
ni jamás lo olvida un noble.
Reina. Basta ya... basta, Olivares.
Ines. Es hora de que repose
Vuestra Magestad.
Olivar. Pues disteis
fin á vuestras devociones,
debeis descansar...
Reina. Es cierto.
Olivar. (*Con intencion.*)
¡Tristes serán vuestras noches!
Reina. (*Sin oirle.*)
(¡Oh! la infanta Margarita
(*Dirigiéndose á su cámara.*)
dicen que vino á la corte...)
Olivar. Permitidnos...
Reina. No, quedaos.

(*Todos se inclinan. Mendaña, Castilla y Grana hablan para sí; Olivares contempla con una sonrisa á la Reina que se encamina lentamente á su cámara.*)
(¿ Quién la detiene y en dónde?
¡ Cuánto consuelo hallarian
juntos nuestros corazones!...
Margarita... ¡ Alma sublime!...
¡ Cuál mis acerbos dolores
calmaria! — ¡ Él nos separa...
(*Llorando.*)
Dios su maldad le perdone!)

ESCENA ULTIMA.

Dichos y QUEVEDO; *despues* MARGARITA *y guardia.*

QUEV. (*Entrando por la derecha.*)
Hoy de Vuestra Magestad
una audiencia solicita...
REINA. (*Desde la puerta de su cámara y sin volver la cabeza atrás.*)
¿ Quién?
QUEV. La infanta Margarita
(*Introduciéndola de la mano seguida de la guardia.*)
REINA. ¡ Gran Dios! (*Con acento de júbilo, precipitándose en sus brazos.*)
MARG. (*Idem.*) ¡ Qué felicidad!
OLIVAR. (*Fuera de sí.*)
(¡ Ella!... aun estaba en palacio!)
(*Quevedo contempla con los brazos cruzados á Olivares, que da muestras de desesperacion*)
REINA. ¡ Soy feliz!
MARG. ¡ Te he vuelto á ver!...
REINA. Pero, ¿ cómo, cómo?...
MARG. Ayer...
(*Reparando en Olivares.*)
Todo lo sabrás despacio.
(*La Reina, conducida por Margarita, se dirige á su cámara por entre los guardias que las abren paso y seguidas de Mendaña, Castilla y Grana que las acompañan hasta la puerta.*)
QUEV. (*A Olivares con sarcasmo.*)
Prevenidle con afan

flores, festejos y galas...

OLIVAR. (*Furioso.*)
(Yo te cortaré las alas!
¡Oh!... Su prision!...) Capitan. (*Llamándole.*)

QUEV. (*A Olivares.*)
Pajes prevenidla y coches.

OLIVAR. (*Al capitan, que á su voz se acerca por el lado opuesto.*)
Llevad!... (*Señalando á Quevedo con aire feroz.*)

QUEV. (*Desdoblando un papel y con el aire mas natural.*)
Soneto.
(*Al oir esto se acercan todos con curiosidad.*)

OLIVAR. (*Aterrado por el ademan de Quevedo.*)
(¡Oh! ¡Me espanta!)

QUEV. (*Al capitan y como concluyendo la frase de Olivares.*)
Guardia de honor á la Infanta.
(*A Olivares y saludándole irónicamente con el papel.*)
Conde-duque, buenas noches.
(*Váse por la derecha y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del anterior.

ESCENA I.

MARGARITA.

Un mes ya!... tan largo plazo
para jornada tan corta!...
La tardanza de Quevedo
me desconcierta y me asombra.
Qué podrá ser? El camino
desde Madrid á Lisboa
no es hoy seguro, y acaso...
Vagas sospechas me acosan.

Vengativo el Conde-duque
nunca olvida ni perdona,
y si á su fin le conducen,
poco los medios le importan.
En el mundo hay asesinos
que con el oro se compran....
Olivares es malvado...
—Tal vez Quevedo á estas horas...
Oh! Dios mio!... —Dios lo sabe:
nunca fuí supersticiosa;
pero esta idea terrible
es un dogal que me ahoga.
—Varonil y fuerte, nunca
temblé de terror... Y ahora,
al pensar en él ¡ay! tiemblo
como en el árbol la hoja...
— Qué pasa por mí?... Quevedo....
— ¡Siempre fijo en mi memoria! —
Oh! la gratitud... sin duda...
no puede ser otra cosa....
Cierto!... la altiva duquesa
Margarita de Savoya,
que no conoció en su vida
mas voluntad que la propia;
la que, nunca dominada,
siempre fue dominadora,
con su voluntad de hierro
y su corazon de roca;
esa muger... soberana,
con su altivez por corona,
siempre es la misma, la misma!...
— No!... delante de él es otra...
Otra, sí... Nadie en el mundo
logró lo que ese hombre logra....
Quevedo ¡ay Dios! me fascina...
— Jamás!.. Qué digo? Estoy loca!
— No; delante de Quevedo,
mis mejillas se coloran
y mis ojos se humedecen
y mi mente se trastorna!...
Sí! .. Siempre al sentir sus pasos,
temblé... como tiemblo ahora
sin sentirlos... ¡Sin sentirlos!...
— No... los siento en mi memoria!

ESCENA II.

MARGARITA, *la* REINA *que sale de su cámara.*

REINA. Margarita ...
MARG. (*Volviendo sobre sí.*)
Oh!... — Me buscabas?...
REINA. Sí; y al hallarte tan sola,
me sorprende.... Tú, llorando!
MARG. Cómo!
REINA. Tú, que nunca lloras!
MARG. Qué ilusion!...—Tú lo dijiste:
nunca del llanto las gotas
por mi mejilla corrieron.
REINA. Plegue á Dios que nunca corran!
MARG. Yo asi lo espero...—Las lágrimas
siempre son infructuosas.
REINA. El llanto calma las penas.
MARG. El valor triunfa de todas.
—En eso mismo pensaba
cuando llegaste.—La hora
de vencer á la desgracia
se acerca para nosotras.
REINA. Loca esperanza!
MARG. Qué dices?
Si hoy mismo Quevedo torna,
para triunfar de Olivares
armas traerá de Lisboa.
REINA. Esas armas...
MARG. Son seguras;
y han de darnos la victoria,
descubriendo del ministro
las maquinaciones sordas.
—Bien lo sabes: Portugal,
antes provincia española,
se hizo reino independiente,
siendo yo gobernadora..,
Que no fué por culpa mia,
bien en mis despachos consta;
con tiempo avisé el peligro
y pedí dinero y tropas...
Pero sordo el Conde-duque

á mis peticiones todas,
juzgó sueños mis temores,
me creyó débil ó loca.
Pues bien: ya que la esperiencia,
aunque por mi mal, me abona;
por las cartas de Olivares,
llenas para el Rey de mofa,
sabrá el Rey que ese ministro,
con escándalo de Europa,
necio ó traidor, ha vendido
un joyel de su corona.
(*La Reina va á hablar.*)
Quevedo hallará esas cartas
que ocultas dejé en Lisboa...
Una sola puede darnos
venganza terrible y pronta!

REINA. Me haces temblar.

MARG. El malvado,
por dar fin á sus zozobras,
quiso asesinarme...

REINA. Cielos!..
No recuerdes esa historia.

MARG. Sí; y á no ser por Quevedo
que brotó de entre la sombra,
el sicario de Olivares...

REINA. ¿Y á qué recordarlo ahora?
Vives y estás á mi lado....
ya Olivares no lo estorba....
¡Oh! tal vez arrepentido
ya de su accion se sonroja....

CAST. Le conoces mal.

REINA. Con todo:
de ello responden sus obras.
El es el Rey.... y en palacio
desde aquella noche moras;
y hace un mes que el de Olivares
te consagra sus lisonjas,
te distingue....

MARG. Y sin embargo,
en su corazon me odia.

REINA. Y cómo esplicar?...

MARG. Quevedo
al partir para Lisboa,
enseñándole un papel,
le dijo con risa irónica:

« Pues con vos queda la Infanta
Margarita de Saboya,
conmigo va este soneto,
para que de ella responda. »

REINA. No comprendo....

MARG. De mi vida
él responde con la propia;
tiene las manos atadas.
— Y si al fin Quevedo torna,
la ruina del favorito
será inevitable y pronta.

REINA. Qué intentas?

MARG. Salvar á España
de un yugo que la deshonra;
comprar tambien el castigo
del tirano....

REINA. Si es á costa
de mi eterna desventura,
caro su castigo compras!..

MARG. Oh! qué dices?

REINA. La esperanza
jamás al triste abandona;
y yo, en mi delirio, á veces
aun espero ser dichosa.
—Solo hay un medio: Olivares
con intencion cautelosa
guarda ese escrito sangriento
en que mi inocencia consta!..
—Y en mí tomará venganza,
si tú su rencor provocas,
aniquilando ese escrito
que es ¡ay! mi esperanza sola.

MARG. Calla, calla!

REINA. Margarita,
tú tan buena y generosa,
no harás uso de tus armas,
si han de volverse en mi contra.

MARG. Qué dices?—España sufre...
Dios en mis manos coloca
su remedio...—Antes que todo,
es esta nacion heróica!

REINA. Y tu amor?

MARG. El mismo siempre.

REINA. Salva mi dicha y mi honra!

MARG. Despues...

REINA. (*Con desaliento y amargura.*)
Ay! será muy tarde.
MARG. (Gran Dios! mis fuerzas se agotan!
no puedo mas!)
REINA. Margarita,
tú serás mi salvadora.
—El castigo de Olivares
puede aplazarse y...
MARG. (*Con exaltacion.*) ¿Qué importa,
si en tanto ese hombre?...—Imposible!
La corte y España toda
sufren su tirano yugo
y sus desafueros lloran.
REINA. Hombre fátal!
MARG. Por su causa,
la España, terror de Europa
y del mundo en otro tiempo,
duerme en el olvido ahora.
Por él lloramos perdidas
tantas conquistas gloriosas,
unas al hierro entregadas,
y al oro vendidas otras.
Mas de trescientos navíos
tragaron del mar las olas
por él; y por él perdimos
á Esthin Wiranzan y Dola,
y á mas las Islas Terceras,
y el ducado de Borgoña,
y el Brasil y el Rosellon,
y Ormuz, Fernambuco y Hoa!
Y no ha mucho Portugal,
(*Con énfasis.*)
siendo yo gobernadora,
por su Rey al de Braganza
coronó en Villaviciosa...
REINA. ¡Calla! (*Mirando hácia la derecha.*)

ESCENA III.

Dichas y Olivares, Mendaña, Grana *y* Castilla, *que entran muy engolfados en su conversacion, por la derecha. Al verlos, la Reina se va retirando hácia su cámara acompañada de Margarita.*

Olivar. Sabré quien ha sido.
Mend. ¡Mejor! morirá en la horca.
Reina. (Piénsalo bien.)
Marg. Hasta luego.
(*La Reina entra en su cámara*; *Margarita la contempla con espresion de ternura.*)
Olivar. Fué solo un susto.
Grana. No importa.
Mend. Mejor, mejor.
Olivar Mas la infanta...
Mend. La infanta?.. mejor.
(*Todos saludan á Margarita, que se va acercando hácia ellos.*)
Olivar. Señora...
Marg. Pálido estais, Conde-duque.
Mend. No es para menos la cosa.
Marg. Pues ¿qué ha habido?
Olivar. Nada .. nada...
Mend. ¡Un disparo á quema-ropa'..
Olivar. Bien, no me ha herido.
Mend. Mejor.
Marg. Conde-duque, estoy absorta.
Olivar. No nos ocupemos de ello.
(*A los tres.*)
—Sobre asuntos de mas monta
tengo que hablar á su alteza;—
con que... dejadnos á solas...
Hasta despues (*Saludándolos.*)
(*Los tres se inclinan y vanse por la derecha.*)
Mend. (*Marchándose.*) Despacito
voy á examinar ahora
el estrago que las balas
hicieron en su carroza.

ESCENA IV.

MARGARITA, OLIVARES.

MARG. Conde-duque, mal os quieren.
OLIVAR. Vos interpretais las cosas
de una manera... — Ese tiro
fué casualidad, señora.
MARG. ¿Eso pensais?
OLIVAR. ¿Quien lo duda?
En honor á mi persona,
como siempre, en las Salinas
hizo una salva la tropa...
MARG. Si hay plomo en los arcabuces,
las salvas son peligrosas ..
OLIVAR. Nada temais.
MARG. No os conviene
gastar en salvas la pólvora.
OLIVAR. La torpeza de un bisoño
no os debe causar zozobra.
MARG. No, mas tened vos en cuenta
que hay mucha gente bisoña.
OLIVAR. Vivid tranquila: las balas
no han de quemarme la ropa...
--Para tiros mas seguros
pienso prevenir mi cota.
MARG. ¿Otros temeis, Conde-duque?
OLIVAR. Certeros y de arma sorda:
son los tiros de la infanta
Margarita de Saboya...
MARG. ¡Oh! Pues diz que ella dispara
siempre al corazon.
OLIVAR. Hay otras
opiniones... Díz que apunta,
y al tirar .. tiembla ó perdona.
MARG. Mal la conoceis.
OLIVAR. Con todo;
un mes hace por ahora
que á mi privanza la guerra
declaró en debida forma;
y hasta el presente no he visto
las hostilidades rotas...

Y es que en ausencia de Marte
duerme sin duda Belona.

MARG. Los plazos al fin se cumplen;
las deudas al fin se cobran.

OLIVAR. Yo, á la verdad, no comprendo
cómo os estais tan ociosa.

MARG. Vos lo habeis dicho: le aguardo.

OLIVAR. Ya... no os atreveis vos sola...

MARG. ¡A todo!

OLIVAR. ¿Pues qué os detiene?

MARG. ¡Teneis preguntas muy hondas!

OLIVAR ¿Con que le aguardais?

MARG. Le aguardo,
como el labrador la aurora.

OLIVAR. ¿Y si acaso no volviese?

MARG. (¡Gran Dios!)

OLIVAR. La fortuna es loca,
y á veces, por sus caprichos,
el plan mas hábil aborta,
y se pierden como el humo
las mas diestras maniobras.

MARG. ¡La justicia triunfa siempre!

OLIVAR. Cuando el ardid no lo estorba:
bien lo sabeis.

MARG. Conde-duque,
sé que hay puñales!

OLIVAR. (Oh! llora!)

MARG. Pero sé tambien,—y acaso
lo debo á vuestra persona—
que una espada de buen temple
para cien puñales sobra.

OLIVAR. (*Acercándose á ella, en voz baja y acento siniestro.*)
¡Pues no aguardeis á Quevedo!

MARG. (*Aterrada y con vehemencia levantando las manos al cielo.*)
(Oh!... Virgen... misericordia!)

ESCENA V.

Dichos y QUEVEDO *por la derecha y en trage de camino.*

QUEV. Aqui estoy, porque he venido.

OLIVAR. (Oh furor!)

MARG. (*Mirando al cielo y con las manos juntas.*)

Gracias, señora!

OLIVAR. Vos, don Francisco... (*En tono ligero.*)

QUEV. Acabad:
Quevedo y Villegas....

OLIVAR. Pues;
caballero santiagués...
gracias...

QUEV. Al diablo.

OLIVAR. Es verdad.

QUEV. Y á la cruz.—Y á todos pago:
que si de Santiago soy
caballero, gracias doy...

OLIVAR. Sí, á Medina.

QUEV. No, á Santiago.
—Al tornar de mi viaje,
por veniros pronto á ver,
no me quise detener
ni aun para cambiar de traje.

OLIVAR. Mucho estimo tal fineza.

QUEV. (*Reparando en Margarita.*)
Señora...
(*A Olivares.*) Pálida está!...
Si un ultraje..... (*Amenazante.*)

OLIVAR. Ella os dirá.

MARG. (*Saludando para retirarse.*)
Adios.

QUEV. Serviré á su Alteza.
(*Acompáñala hasta la puerta.*)

MARG. (*Aparte á Quevedo.*)
Y bien?

QUEV. (*Idem.*) Nuestra es la jornada!

MARG. Vienen los papeles?

QUEV. Sí;
mas no vienen sobre mí
por temor de una emboscada.

MARG. Bien...— La Reina está mortal...
teme...

QUEV. Con razon á fé.

MARG. Salvadla!

QUEV. La salvaré.

MARG. (*Despues de despedirse.*)
(Tiene un alma celestial!)
(*Entra en la cámara de la Reina.*)

ESCENA VI.

QUEVEDO, OLIVARES.

QUEV. (*Contemplándola al partir.*)
(Es muger ó es ilusion?...
—Oh! Por ella, con fé pia,
gota á gota verteria
la sangre del corazon!)
(*Quevedo se queda inmóvil: Olivares, que ha contemplado á los dos fijamente, se acerca á él.*)
OLIVAR (Vive Dios que está despacio!)
(*Pónele la mano sobre el hombro.*)
QUEV. (*Volviéndose rápidamente.*)
¿Quién?...
OLIVAR. Tan ceñudo y suspenso,
¿qué es lo que pensais?
QUEV. No pienso.
Nunca se piensa... en palacio.
OLIVAR. Pues ¿qué haciais de ese modo?
QUEV. Repasaba en mi memoria
cierta peregrina historia...
OLIVAR De amores?
QUEV. Tiene de todo.
OLIVAR. ¿Será entretenida...
QUEV. Oh! Mucho.
(*Despues de un momento.*)
¿Quereis la historia saber?
OLIVAR. Me será de gran placer.
QUEV. Pues escuchadme.
OLIVAR. Os escucho.
QUEV. Eranse un Rey muy celoso,
y una Reina muy hermosa;
la Reina del Rey esposa,
y el Rey.... de la Reina esposo.
Y asi unidos ante Dios,
como á un árbol dos raices,
eran los dos mas felices,
porque se amaban los dos.
—Pero un hombre—un favorito—
que en la dicha y el poder
solo ambicionaba ser...

(*Movimiento en Olivares.*)
Oid.—Ese hombre maldito,
por influir sin rival
del Rey en el corazon,
alzó de infamia un padron
entre la pareja real.—
Con habilidad cruel,
—le hizo muy hábil su estrella—
mintiendo culpas en ella,
encendió celos en él.
Y el Rey maldijo en sus celos
á la Reina por impura;
y la Reina... era tan pura
como un ángel de los cielos.—
Y desde entonces los dos
no se han vuelto á unir jamás;
y él vive... triste quizás,
y ella... dudando de Dios!

OLIVAR. Permitidme que os ataje;
porque, ó miente mi memoria,
ó vos, al contar la historia,
olvidais un personaje
(*Quevedo quiere interrumpirle.*)
Ya esa historia me contó
no sé quién, cómo, ni dónde;
y anda en ella cierto conde...
El amante.

QUEV. No!

OLIVAR. Sí.

QUEV. No!!

OLIVAR. (*Con frialdad.*)
De ese buen conde afirmaron
que con la Reina le vieron
amante feliz..

QUEV. Mintieron.

OLIVAR. Pues asi me lo contaron.

QUEV. Yo os lo contaré mejor.

OLIVAR. El conde á la Reina amaba.

QUEV. Pero la Reina ignoraba
su desatinado amor.

OLIVAR. Y quién lo podrá probar?...

QUEV. Hay una prueba sangrienta...

OLIVAR. Como nadie la presenta...

QUEV. No la quieren presentar.
Escuchadme.—El favorito

que á la Reina calumnió,
tal delito coronó
con otro nuevo delito.—
Sabedor de la verdad,
el conde solo podia
poner en claro algun dia
tan cobarde iniquidad.
Era un testigo harto fiel...
—Pero, ya resuelto á todo,
halló el favorito modo
para deshacerse de él.—
Y al pié del alcázar real
diz que una noche, á traicion,
pasó al conde el corazon...

OLIVAR. (*Con disgusto interrumpiéndole.*)
Sí, una espada.

QUEV. No, un puñal!
Lo oís?... Para hazañas tales
no presta el valor espadas...

OLIVAR. Mas...

QUEV. Para muertes compradas,
la traicion vende puñales.

OLIVAR. Basta.

QUEV. Oid. — Al espirar,
el conde escribió un papel
con sangre... — Vengo por él.

OLIVAR. Cómo!

QUEV. Y me le vais á dar.

OLIVAR. Nunca!

QUEV. Sí, sí, por quien soy...
(*Saca un papel.*)
De ello esta firma responde.

OLIVAR. Pero...

QUEV. (*Con imperio.*)
El escrito del conde!

OLIVAR. (*Despues de un momento y señalando con timidez el papel de Quevedo.*)
Dadme ese en cambio.

QUEV. (*Despues de un movimiento de estrañeza y con tono despreciativo.*)
Os le doy.

OLIVAR. (*Con asombro.*)
¿Me le dais?

QUEV. Lo dige ya.

OLIVAR. (*Dirigiéndose á la cámara del Rey.*)

vuelvo...

QUEV. Sin esto — lo sé, —
ya sin armas quedaré;
mas ¿qué importa?

OLIVAR. Bien está!... (*Váse.*)

QUEV. Entre hacer el bien del bueno
y el mal del malo, dudara
solo un hombre que abrigara
ese corazon de cieno!

ESCENA VII.

QUEVEDO, *despues* MENDAÑA, CASTILLA *y* GRANA, *que entran por la derecha y vuelven á salir por el fondo, izquierda.*

QUEV. Bravo, corazon, muy bien!
estoy contento de tí.
(*Mirando á la derecha.*)
Mas... — Que á punto siempre esten
los necios!... — Si ahora me ven
no podré echarlos de mí. (*Se oculta.*)

MEND. (*Entrando con los otros dos.*)
Conde-duque... Pues no está.

GRANA. Sin duda en aquellas salas...

MEND. Vamos á buscarle allá.

CAST. Pues; con eso nos dirá
cómo le suenan las balas. (*Vánse.*)

QUEV. No me han visto. — Es fuerte apuro
que me hayan de perseguir
necios siempre, y de seguro
con este infame conjuro:
« Quevedo, hacednos reir. » —
Y es, por Dios, contraste horrendo,
y aun vice-versa nefando,
y hasta sarcasmo estupendo,
que ellos escuchen riendo
lo que yo digo rabiando.
— Tal vez, porque se desvíen,
suelto un chiste insulso y frio...
mas de gusto se deslíen,
y tanto á veces se rien,
que al fin... yo tambien me rio.
— Risas hay de Lucifer...

risas preñadas de horror!...
Que en nuestro mezquino ser,
como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor!
— Necios, los que abris las bocas,
abrid los ojos!... Quizás
vereis que mis risas locas
son de lástima no pocas,
y de tedio las demas!...
— No!... Con su chata razon
no comprenden, cosa es clara,
que mis chistes gotas son
de la hiel del corazon
que les escupo á la cara.
— Y jamás librarme puedo
de ese infernal retintin
que ya me produce miedo:
« divertidnos vos, Quevedo. »
— y hablo y los divierto al fin. —
Qué tal? — Me divierto mucho. »
dice, al divertirse, un vicho,
ya en diversiones muy ducho...
— Y con qué temblor lo escucho...
yo, que en mi vida lo he dicho! —
— Sí... los necios, de mil modos,
que se divierten discurro
hasta por cogote y codos...
Y yo, al divertirse todos,
siempre me canso y me aburro.
(*Pausa.*)
Cansado estoy de cansarme,
y aburrido de aburrirme...
— Necios!... venid á enseñarme
cómo tengo de arreglarme
para saber divertirme!
— Y si en torno, hasta morir,
solo necios me he de hallar
y con necios sonreir
y entre necios divertir,
viendo á los necios bailar;
— Padre Adan!... Tu parentela
mire yo, en corro infinito,
á la luz de una pajuela,
bailando la tarantela...
pues .. y el baile de San Vito!...

ESCENA VIII.

QUEVEDO, OLIVARES.

OLIVAR. (*Dándole un papel.*)
Carta póstuma, Quevedo.
QUEV. (*Despues de mirarlo por todos lados y entregando á Olivares el otro.*)
Carta inédita, Olivares.
OLIVAR. Pláceme, por Dios el trueque.
QUEV. Por Dios, que tambien me place.
OLIVAR. (*Leyendo.*) « A la infanta Margarita... »
QUEV. La órden era terminante.
OLIVAR. «Darás al punto la muerte.»
QUEV. Sentencia que vos firmásteis.
OLIVAR. Es verdad. — Y este soneto,
como dimos en llamarle,
si... me ha puesto algunas veces
descolorido el semblante.
QUEV. Pues este escrito sangriento
— ved lo que son los contrastes! —
ha de volver los colores
al puro rostro de un ángel.
OLIVAR. (*Con gran complacencia.*)
Soneto impío. – Quevedo,
permitidme que le rasgue
sin demora .. — No; imagino
que es mas seguro quemarle.
QUEV. Carta feliz! — Conde-duque,
permitidme que repase
sus renglones.. — De la Reina
quiero en la dicha gozarme.
OLIVAR. Y esperais?...
QUEV. (*Con tono solemne.*) En este escrito,
hoy habla al Rey un cadáver!..
(*Leyendo.*)
« Al Rey. » — Oid cómo escriben
los moribundos con sangre:
— « Muero, es justo; la beldad »
« amé, que en el trono ví... »
« Pero siempre, — es la verdad! » —

« ignoró Su Magestad »
« este ciego frenesí. »
« Jamás hablamos los dos... »
« Lo jura un alma cristiana »
« ya en la presencia de Dios! »
« Muero... perdonadme vos!... »
« Con sangre... Villamediana. » —
De la fé de un moribundo
ni el Rey dudará ni nadie.

OLIVAR. Pero vos, al recibirla,
me parece que dudasteis...

QUEV. De su orígen, Conde-duque!...
Porque, como sois tan hábil,
me asaltó al punto un recelo...

OLIVAR. Pues me hicisteis un ultraje.
— No falsifica papeles
la raza de los Guzmanes!...

QUEV. Pero si un Guzman se nombra
Conde-duque de Olivares..

OLIVAR. (*Con arrogancia.*)
Nunca falsifica!..

QUEV. (*Con frialdad y sarcasmo.*)
Cierto...
Cartas... escritas con sangre.
y es que tal vez le repugna...

OLIVAR. Si!... envilecerse!

QUEV. Ó sangrarse.

OLIVAR. Nunca; y lo sabreis muy pronto,
nunca pequé de cobarde.

QUEV. Sois audaz... y aun está en pleito
el valor de los audaces.
(*Pausa.*)

OLIVAR. (*Afectando tono natural.*)
Quevedo, un mes hace ahora,
—no quisiera equivocarme,—
que en esta cámara misma...
— cierto, en esta fué ..

QUEV. Adelante.

OLIVAR. Yo entonces, para prenderos. .

QUEV. Pues, á la guardia llamasteis,
que, por venir á prenderme,
tuvo despues que escoltarme.

OLIVAR. Un soneto os salvó entonces.

QUEV. Sonetos de vos me salven.

OLIVAR. (*Mostrándole el papel al marchar.*)

Hoy os falta ya el soneto.

QUEV. (*Con naturalidad.*)
Pues... me salvará un romance.
(*Olivares váse sonriendo, por la derecha.*)

ESCENA IX.

QUEVEDO, *despues* MARGARITA. *Al desaparecer Olivares, Quevedo se dirige con rapidez á la puerta de la cámara de la Reina.*

QUEV. (*Llamando.*)
Duquesa... Duquesa.—Quiero
darla estas letras de sangre
sin demora... Mas... Duquesa!
Salid!.. Oh dicha!.. Ya sale.

MARG. Erais vos?...

QUEV. Perdonad, si anduve osado.

MARG. Que eso digais?

QUEV. Como ofrecí, señora,
sin grande desazon para el privado,
esta carta sangrienta he rescatado,
y os la presento ahora.
(*Margarita la toma y pasa por ella una mirada*)

MARG. Sois el genio del bien!

QUEV. Dadme otro nombre.
Mezquino entre los hombres me confundo,
y hombre frágil tambien...

MARG. Si sois un hombre,
habeis nacido para honrar el mundo!

QUEV. Callad, por compasion!

MARG. Cuánto os admiro!
Alma teneis de celestial esencia...
—Oh! bendita de Dios vuestra existencia
consagrada...

QUEV. Al estudio y al retiro,
señora, y nada mas.

MARG. Y á los que gimen
consagrada tambien...—Oh! sí, bendita
un alma, cual la vuestra, que se agita
en pro de la virtud y contra el crímen!
(*Movimiento de Quevedo.*)
Y no me lo negueis!..—De la ventura
nuncio mortal, por bien de los mortales,
desterrais de las almas la amargura;
y, olvidado tal vez de vuestros males,

vivís por dar alivio á los agenos,
y amparo á la virtud, y al crímen guerra...
—Oh! Sereis muy feliz!

QUEV. (*Con amargura.*) Nunca! — En la tierra
nadie es feliz, señora.

MARG. ¿Ni aun los buenos!..

QUEV. «*De una madre nacimos*
los que esta comun aura respiramos;
todos muriendo en lágrimas vivimos
desde que en el nacer todos lloramos!»(*)

MARG. Teneis harta razon!—Mas yo creia
que á vos el cielo con largueza os daba
ventura y alegria;
que á vos eterno el bien os sonreia...

QUEV. Oh! Tarde empieza el bien, y pronto acaba!

MARG. Yo pensé que el placer, libre de enojos,
era en Quevedo condicion precisa...

QUEV. Nunca busqueis la flor en los rastrojos!...

MARG. Yo ví siempre el contento en vuestros ojos,
y en vuestros lábios contemplé la risa!...

QUEV. Risa fatal de la tristeza loca!

MARG. (Oh! que aspecto y qué voz!... Me ha enternecido.)

QUEV. Me comprendisteis mal... (Es una roca.)

MARG. (*Acercándose con vivo interés.*)
Estais descolorido...

QUEV. Tal vez... (*Turbado.*)

MARG. (*Como dejándose arrastrar por una fuerza irresistible de sentimiento.*)
¡Quevedo!

QUEV. (*Fuera de sí, precipitándose hácia ella.*)
Comprenderme os toca!

MARG. (*Rechazándole con espresion que á la actriz sola es dado determinar, y retrocediendo.*)
Mas siempre una sonrisa en esa boca!..

QUEV. (*Con desfallecimiento y amargura.*)
Y en este corazon siempre un gemido!

MARG. (Resonaba en su voz el sentimiento...)

QUEV. (Yo he de perder al cabo la cabeza.)
Vuesa Alteza... tal... vez...

MARG. (Fáltame aliento.)

QUEV. De mi loca tristeza
no haga caso ninguno Vuesa Alteza...

(*) QUEVEDO, Musa I.

MARG. Dejad la Alteza ahora...
Escusad nombres vanos.
—Amiga, y no señora...
QUEV. (*Interrumpiéndola.*)
La carta salvadora
que puse en vuestras manos
á la Reina entregad... —Con razon harta
será alivio á sus penas esa carta.
MARG. Es verdad.
QUEV. Ante todo,
—como amigo os lo ruego—
haced que al punto y de cualquiera modo
á las manos del Rey pase este pliego.
(*Dala un pliego grande y sellado.*)
MARG. Bien, bien.
QUEV. (Me reconcilia
con la ruin sociedad alma tan pura.)
MARG. Será de Portugal?..
QUEV. Es de Sicilia.
—Llegado á Portugal, en derechura
me encaminó á Palermo mi ventura.
Y ese pliego es de allí.
MARG. Vuestra tardanza
comprendo bien ahora
¿Qué contiene este pliego?
QUEV. Una esperanza.
MARG. Voy á entregarle al Rey. (*Con afan.*)
QUEV. Gracias, señora.
Y luego, estad alerta
de la cámara real junto á la puerta.
(*Entra Margarita en la cámara del Rey.*

ESCENA X.

QUEVEDO, *despues* OLIVARES.

QUEV. Y ella tambien, cual todos, se ha engañado,
y muy feliz, cual todos, me ha creido...
—¿Como insultan mi ser desventurado
«*los que ciego me ven de haber llorado,*
y las lágrimas saben que he vertido!» (*)
—Ellos!.. prole raquítica y liviana!..

(*) QUEVEDO, Musa IV.

Si ojos hoy para verme no ha tenido,
(*Marcada ironía.*)
¡claros su prole los tendrá mañana!
(*Con amargura*)
Es verdad!... Yo lo espero,
vive Dios!...—En el tiempo venidero,
al nombrarme las gentes
se reiran á mandíbulas batientes...
¡De pensarlo no mas me inunda el gozo!...
Sí, Quevedo, los hombres ¡oh ventura!
allá en la edad futura,
te honrarán.., con chacota y alborozo!
Y al ver tu calavera, alegre risa
(*Sarcasmo sangriento.*)
llamarán á su gesto; y, por laureles,
al son de un tamboril, despues de misa,
ceñirán á su frente blanca y lisa,
corona.. de juglar... con cascabeles!!

OLIVAR. (*Entrando por la derecha.*)
Ya me teneis aqui.

QUEV. Tal compañía
no era inútil á fé.

OLIVAR. Por vida mia,
que de vos me ocupaba hace un instante.

QUEV. Gracias.

OLIVAR. Caprichos.—Me divierte veros
en regia magestad y aire triunfante
con escolta imperial de alabarderos...
—Un mes hará que hicisteis esta escena,
y hoy la hareis otra vez... porque es muy buena.
Ya mis órdenes dí..,

QUEV. Sí, hablemos claros;
para prenderme.

OLIVAR. Pues... para escoltaros.

QUEV. (*Con conviccion.*)
Tambien me escoltarán.

OLIVAR. De otra manera.
—Hoy, para honraros, os saldrá al encuentro
la guardia, en la escalera...
Y hoy no con vos la guardia se irá fuera,
porque vos con la guardia os vendreis dentro.

QUEV. Muy bien trazado á fé.

OLIVAR. Para este lance,
no teneis un soneto...

QUEV. Y quién se aflige?

Al fin, y ya os lo dije,
yo, en cualquiera ocasion, tendré un romance.

OLIVAR. Estais loco sin duda.—
De mí pensais libraros?—Algun dia
un ilustre señor os protejia ..
mas ya en esta ocasion no os dará ayuda.
Ese altivo Giron, á quien se nombra
el gran duque de Osuna, ya no existe...
El, que grande y feliz os prestó sombra,
ya murió pobre y olvidado y triste.

QUEV. (*Indignado.*)
Respetad á los muertos!

OLIVAR. Sus pesares
de su gloria nacieron...

QUEV. Olivares!...
—«*Faltar pudo su patria al grande Osuna*,
pero no á su defensa sus hazañas;
diéronle tumba en cárcel las Españas,
de quien él hizo esclava la fortuna.
«*Lloraron sus envidias una á una*
con las propias naciones las estrañas...
Su tumba son de Flandes las campañas
y su epitáfio la sangrienta luna» (*)

OLIVAR. (*Interrumpiéndole.*)
Muy bien contais su gloria!

QUEV. ¿Y quién la vuestra contará?

OLIVAR. La historia
repasad, buen Quevedo, y pues en Flandes
á los Girones encontrais tan grandes,
buscad á los Guzmanes en Tarifa,
y enseñad á la gente
Guzmanes y Girones frente á frente.

QUEV. Guzmanes!... Sin tan ínclitos varones
crecido hubieran con bastardos planes
como vos, que heredasteis sus blasones...
Frente á frente Guzmanes y Girones,
no diera yo un Giron por cien Guzmanes!

OLIVAR. Vive Dios!..

QUEV. Un Guzman, con su heroismo
nombre de Bueno conquistó en Tarifa!...
—Hicierais vos lo mismo?
Ese ilustre Guzman de pecho fuerte,
mas fuerte que su malla,

(*) QUEVEDO, Musa I.

su cuchilla arrojó por la muralla
y á un hijo dió la muerte...
—Padre noble y leal!—Mísero padre!
Si él en el hondo porvenir leyera,
la muerte á todos con sus manos diera,
y, ahogando en pos á la inocente madre,
su lanzon por un báculo trocára,
y en un claustro muriera,
y, estinguida su raza, nunca hubiera
un Guzman, como vos, que le afrentára!

OLIVAR. Basta, basta!...—Partís?
QUEV. Sí... por no veros.
OLIVAR. (*Con bárbara complacencia.*)
Al fin logro perderos!...
—Entrasteis.. no saldreis... no, por mi vida!
QUEV. Yo por la entrada buscaré salida.
OLIVAR. No!—Y aunque halleis salida por la entrada,
despues os prenderán por asesino!...
QUEV. Libre la puerta ..
OLIVAR. La hallareis cerrada!
QUEV. (*Al partir.*) Yo me abriré camino con mi espada.
OLIVAR. Despues ..
QUEV. (*Volviéndose desde la puerta.*)
El cielo me abrirá camino!
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA XI.

OLIVARES, *luego* MENDAÑA, CASTILLA *y* GRANA.

OLIVAR. (*Furioso y con desvarío.*)
Qué placer!—Sin dilacion
preso lo traerán aquí...
—Yo quiero testigos, sí,
que vean su humillacion.
(*Llamándolos.*)
Mendaña, Grana!--Sí, á fé.—
Os llamo, señores...—Oh!
El ante ellos me burló,
yo ante ellos le humillaré!
—Ya se acercan.—Mi venganza
será solemne.
MEND. (*Entrando por el fondo con Grana y Castilla.*)

Señor...

OLIVAR. Os hice venir....
MEND. Mejor.
OLIVAR. Para una... famosa chanza.
GRANA. Una chanza?
OLIVAR. Si ..—Hará un mes
que aqui con discretos modos
nos burló Quevedo á todos...
Y yo, por burlarle...
MEND. Pues!
OLIVAR. Voy... á prenderle.
MEND. Es razon.
—Pendiente dejó un soneto ..
si hoy no le dice, y completo,
diez minutos de prision.
Y eso conforme y segun.
OLIVAR. Oid!... (*Ruido dentro á la derecha.*)
CAPITAN. (*Dentro.*) La espada.
QUEV. (*Idem.*) Oh! Jamás!
CAPITAN. Soldados, matadle!
QUEV. (*Entrando espada en mano acosado por el capitan y guardia.*) Atrás!...
MEND. (*Sujetándole por detrás y riéndose.*)
Faltan seis versos aun.
(*Los soldados rodean á Quevedo: el capitan le arranca la espada, y Olivares le contempla con aire de triunfo. Quevedo permanece impasible mirando á todos lados. Rapidez.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y MARGARITA, *que aparece á las hojas de la cámara del Rey á tiempo de prender á* QUEVEDO.

OLIVAR. (*Viéndola y con alegría.*)
(Ella!... hoy todo lo concilia
para mi triunfo el destino!)
MARG. (*Que al ver á Quevedo entre los guardias ha hecho un movimiento de terror.*)
Al embajador que hoy vino
de la córte de Sicilia,
quiere ver su Magestad
OLIVAR. (*Con estrañeza á Margarita.*)

Dónde está ese embajador?...
QUEV. Aqui, con guardia de honor!
OLIVAR. Como! (*Aterrado.*)
MARG. Es verdad! (*Entra en la cámara.*)
(*Los soldados dan en tierra con el cuento de sus alabardas, puestas antes en alto. Quevedo atraviesa por entre ellos, que le dejan paso, y el capitan le entrega la espada rodilla en tierra. Este movimiento y las muestras de asombro de Mendaña, Castilla y Grana, han de ser instantáneos.*)
QUEV. (*A Olivares con sorna envainando su espada.*)
Es verdad.
(*Los cortesanos hablan entre sí y con el capitan.*)
OLIVAR. (*Con desesperacion.*)
(Mísero de mi!)
QUEV. (*A Olivares aparte.*) Del lance
salí con dicha completa.
OLIVAR. Sois!..
QUEV. (*Interrumpiéndole.*)
Embajador-poeta,
con mi credencial-romance.
(*A todos.*)
Paso á la cámara real.
(*Saludando.*)
Señores... — Pero es de ley
que hoy el ministro del Rey
me acompañe...
(*Aparte á Olivares que se acerca para hacerlo asi.*)
(Hasta el humbral!)
(*Dirígense los dos á la cámara del Rey.*)
MEND. (*A los demas.*)
Qué Quevedo y qué Olivares!...
(*Hablan todos con calor.*)
OLIVAR. Ved lo que haceis.
QUEV. Teneis miedo?
OLIVAR. ¿Eso imaginais, Quevedo?
QUEV. Mucho se encrespan los mares.
OLIVAR. Soy piloto.
QUEV. Conde-duque...
Dije mal.. Señor piloto,
sopla furibundo el noto,
y hace agua ya vuestro buque.
OLIVAR. (Oh! me hace temblar!)
QUEV. Qué manos

tan frias!... Cosa mas rara!...
Reid!... Poneis una cara!...
— Qué dirán los cortesanos?
Vedlos ya mustios y tristes...
Tal vez harán ya un misterio,
de que os mantengais tan sério,
mientras yo os abrumo á chistes,
— Reid, reid!...
(*A los demas.*) — Oh, señores!...
Su Escelencia honra mi numen...
Dice que de este cacúmen
nunca oyó chistes mejores.
(*Como lastimándose.*)
Y os habeis quedado á oscuras!...
— Pues ved. . de risa Olivares
aun se aprieta los hijares,
y va á echar las asaduras.
Gracias le dije á montones...
— Si os las cuenta bien contadas,
(*Riéndose.*)
ya vereis... qué carcajadas!
(*Aparte á Olivares al entrar y en el tono que mejor le parezca al actor.*)
(Ya vereis... qué convulsiones!!)
(*Saluda y entra en la cámara del Rey.*)

MEND. Va que se le lleva el aire!

OLIVAR. (*Con terror.*)
(Hombre infernal!... Tengo miedo!...)

MEND. (*Acercándose á Olivares con todos los demas y en tono jovial ó riendo.*)
Qué donaire el de Quevedo!...

OLIVAR. (*Estremeciéndose.*)
Quevedo!...
(*Haciendo un esfuerzo para reirse, pero con amargura.*)
— Sí... qué donaire!...

Cae el telon.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon del palacio del Buen-Retiro. En el fondo una galería de poca altura, á la cual conduce una ancha gradería con dos ramales á derecha é izquierda. Sobre la meseta, á donde parten estas tres escaleras, se abre en el fondo una puerta de dos hojas que conduce á la antecámara y habitaciones del Rey, de modo que abiertas las hojas, dejan ver un rompimiento de salones al nivel de la meseta. A la derecha en primer término puerta que guia á la parte esterior del palacio; en segundo la de la cámara de la Reina: á la izquierda en primer término las habitaciones de Olivares: en segundo una puerta secreta.

ESCENA I.

QUEVEDO, MARGARITA, OLIVARES, *Al levantarse el telon, aparecen* QUEVEDO *y* MARGARITA *subiendo á la meseta por los ramales de derecha é izquierda, con papeles en la mano. Al llegar ellos arriba se habren las dos hojas y sale* OLIVARES *que los detiene al tiempo ya de entrar.*

OLIVAR. ¿Cómo!.. Adentro?... Pues afuera.
—Ambos subís á la par..
Volved ambos á bajar...
—Son percances de escalera...
(Movimiento de Quevedo y Margarita.)

Tres pasos hay espeditos,
(*Señalando las tres bajadas.*)
con que... (*Comenzando á bajar por la de en medio.*)

QUEV. (*A Margarita con resignacion afectada.*)
Acatemos sus leyes...
(*Bajan los tres, cada cual por su lado.*)

MARG. (*A Olivares señalando el centro y como reprochándole.*)
Por allí bajan los reyes.

OLIVAR. Y tambien los favoritos. —
(*Despues de mirarlos alternativamente.*)
A las puertas principales
prefiriendo estos canceles,
ibais al Rey con papeles...
son, por dicha, memoriales?

QUEV. Sí; y el que tengo en la mano
dice al Rey; — « Señor, piedad
para España!... Del tirano
sálvenos Su Magestad. »

OLIVAR. (*A Margarita con frialdad.*)
Y el vuestro?

QUEV. Con sangre escrito,
dice al esposo: — « Señor,
en la virtud no hay delito!..
Castigad al impostor! »

OLIVAR. Y esperais?...
(*Señal afirmativa de Quevedo. Margarita aparece pensativa.*)
Mucho me alegro.
Lo pintais de azul? — Distintas
son de las vuestras mis tintas,
y os lo pintaré de negro

MARG. (*Con inquietud.*)
(Qué designios?...

OLIVAR. Desde ayer
os observo sin cesar;
y es difícil engañar
á la astucia y al poder.

QUEV. Contra el poder hay poderes...

OLIVAR. No los teme mi privanza.

MARG. Aun nos queda la esperanza...

OLIVAR. Prendida con alfileres. (*Sonriéndose.*)
— Ni la audacia ni el ardid
os salvan... Por vuestro mal,
el Rey parte al Escorial

y yo... me quedo en Madrid.
MARG. (Oh!)
OLIVAR. Tarde dais la batalla.
Cuando ayer al Rey hablasteis,
¿dónde ese escrito dejasteis?...
QUEV. Es buen cañon de metralla!
OLIVAR.. Pero inútil ya.
MARG. (Gran Dios!)
OLIVAR. Hoy, para mí solo abiertas,
ciérranse del Rey las puertas
para vos.... y para vos....
—Como encontrasteis cerrada
ya la puerta principal,
para la cámara real
elegisteis la escusada.... (*Señalando al fondo.*)
Pues todas, todas lo estan.
No entrareis, no.
MARG. (Dios eterno!)
QUEV. Aunque se oponga el Infierno,
estas cartas entrarán.
OLIVAR. Mucho confiais...—La infanta
confia menos... Sin duda,
al ver la verdad desnuda,
vuestra situacion la espanta.
Reparad en su afliccion...
(*Movimiento de Margarita.*)
Mirad .. Ella es el espejo
donde se ve, por reflejo,
vuestra pobre situacion.
Vedla..., temblando quizás...
MARG. No!... La infanta Margarita,
noble, ante el crímen se irrita;
—pero no tiembla jamás.
QUEV. (Bien, muy bien!)
MARG. Valor, Quevedo!
QUEV. Nunca me asustan azares.
MARG. (*Con dignidad y retirándose hácia la derecha.*)
Yo nunca tiemblo, Olivares.
(*A Quevedo que la acompaña.*)
(Estoy temblando de miedo!
—Guardadme esta carta .. Ay Dios!)
QUEV. (Confiad en vos.)
MARG. (Oh! sí,
yo confio mucho en mí;
pero mas confio en vos.)

(*Dale el papel y entra en la cámara de la Reina.*)

ESCENA II.

OLIVARES, QUEVEDO.

QUEV. De la corte de Sicilia
soy á esta corte enviado...
OLIVAR. (*Interrumpiéndole*)
A tratar cosas de Estado,
y no asuntos de familia.
QUEV. Pues al Rey quiero hablar hoy;
con que introducidme al punto.
OLIVAR. Yo, si es de Estado el asunto,
ministro de Estado soy.
(*Quevedo dirige una mirada al rededor. Olivares se sonrie.*)
QUEV. Quereis jugar un albur!..
OLIVAR. Sí, somos quién para quién.
QUEV. Nos conocemos muy bien.
OLIVAR. Va de tahur á tahur.
— Asi, pues, hablemos claros.
QUEV. Es verdad; seamos sinceros.
OLIVAR. Yo hice voto de perderos.
QUEV. Voto hice yo de arruinaros.
— Oh! siempre os quise infinito.
OLIVAR. Hoy lo veo .. Y lo ví antes
por cien sátiras picantes
que contra mí habeis escrito.
— Yo siempre os tuve aficion.
QUEV. Sí, sí... me responden de eso
los años que estuve preso
en San Marcos de Leon.
(*Con amargura.*)
Mucho frio, hambre no poca,
y con grillos en los pies,
solo me faltaba....
OLIVAR. Pues;
una mordaza en la boca.
QUEV. Vive Dios!
OLIVAR. Si hoy, ú otro dia,
volveis allá por fortuna,

mandaré poneros una...
y enmudecerá Talia.

QUEV. Es que no pienso volver
á San Marcos de Leon;
— pienso, y yo se la razon,
derrocar vuestro poder.

OLIVAR. Ya... lo pensais...

QUEV. Este escrito
prueba de un modo fatal
que el Rey perdió á Portugal
por culpa del favorito.
Y aunque, segun las razones
de este, España en aquel dia
por un cetro que perdia
ganaba muchos millones;
sabido de todos es
que el buen monarca lloró
cuando Braganza se alzó
con el cetro portugués. —
— Pues bien, tenedlo presente:
cuando el Rey lea este escrito...

OLIVAR. Bien, se pierde el favorito;
lo confieso llanamente.
— Pero el Rey no lo leerá.

QUEV. Lo adivinais?

OLIVAR. Lo adivino.

QUEV. Ya buscaremos camino...

OLIVAR. No os queda ninguno ya.
— El Rey saldrá por la puerta
principal... En este espacio,
para cruzar el palacio
no hallareis ninguna abierta.
— Los que entren hasta las salas
que por este lado estan,
ya al otro lado no irán,
— á no ser que tengan alas. —
Saldrá el Rey... — Y ni allá fuera
podreis hablarle al partir;
pues no os dejaran salir
ni á los zaguanes siquiera.

QUEV. Es decir...

OLIVAR. Que en mi opinion,
no derrocais mi poder;
y que al fin vais á volver
á San Marcos de Leon.

QUEV. No. — Mi esperanza...
OLIVAR. Está ya,
como dije antes....
QUEV. Perdida?
OLIVAR. Con alfileres prendida:
(*Saluda y vase por el fondo.*)
ja, ja ...

ESCENA III.

QUEVEDO, *luego* GRANA, MENDAÑA *y* CASTILLA.

QUEV. (*Despues de un momento de reflexion.*)
Ja, ja, ja, ja, ja! (*Carcajada natural.*)
Con alfileres.... A ver.... (*Discurriendo.*)
— Sí, Conde-duque.... Sin duda....
Vuestra ocurrencia.. es aguda....
como ... punta de alfiler!
GRANA. (*Por la derecha.*)
— Don Francisco de Quevedo.... (*Saludando.*)
QUEV. Señor marqués de la Grana....
GRANA. Cómo! Os vais?
QUEV. De mala gana,
si os quedais vos.
GRANA. Sí, me quedo.
QUEV. Y haceis bien.— Yo, aunque me voy,
volveré aqui... Lo deseo,
porque mucho, segun creo,
nos divertiremos hoy.
MEND. (*Entrando con Castilla.*)
Hoy en palacio es gran dia.
QUEV. Juntos os dejo á los tres.
— Contad, Mendaña, al marqués
eso de Fuenterrabía. —
Con que, hasta luego, señores....
MEND. Qué llevais en el magin?
QUEV. Nada.
MEND. Nequaquam. — En fin,
¿qué trazais?
QUEV. Varias labores....
Sí, labores de mugeres....
MEND. Mejor!.... Siempre estais de chanza.
QUEV. Quiero prender la esperanza,

y ando... en busca de alfileres.
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA IV.

Dichos menos QUEVEDO.

MEND. Siempre zumbon y chancero.
CAST. Siempre venático y loco.
Vive Dios que hemos de verle. ..
MEND. Dónde ?
CAST. En Toledo y muy pronto.
Sí, pardiez, esa cabeza
tiene ya seco el meollo.
GRANA. Sí, don Francisco. ..
CAST. Por menos,
están enjaulados otros.
GRANA. Y ahora recuerdo: me dijo
que hoy aquí debemos todos
ver....
MEND. Una gran ceremonia:
sí, la de la copa de oro.
GRANA. Qué copa es esa ?
MEND. Ignorais ?
Yo os enteraré de todo.
Es una gran ceremonia
que ha de llenaros de asombro.
— El Consejo de Castilla
en el año treinta y ocho
consultó... — Mejor que nadie
sé lo que hubo en el negocio.
— Es el caso que Olivares,
mandando socorro pronto,
nos salvó á Fuenterrabía
que á no ser por él ... ¡ Demonio !
Pues bien; en premio debido
á su proceder heróico...
CAST. (*Que se ha vuelto á otro lado desde la narracion de Mendaña.*)
Pues qué, ¿socorrióla él mismo?
MEND. No; pero envió el socorro.
— Y en recompensa, y por juro
de heredad, alcaide propio

y perpetuo le nombraron
de la ciudad... Pero, cómo?...
Con el item de que el Rey,
de su amor en testimonio,
siempre al ministro, en tal dia,
por recuerdo tan glorioso
le ha de enviar un presente
digno de su real decoro,
para honrar de tal jornada
los aniversarios todos.
—Y hoy, lo mismo que otros años,
como es público y notorio,
el Rey envia á Olivares
una sin par copa de oro....
Y ademas, en un billete,
—billete de puño propio!—
colocado en tres dobleces
de la gran copa en el fondo...

CAST. (*Con impaciencia*)
Pues, el Rey Felipe Cuarto
con esquisitos piropos,
da las gracias á Olivares
de lo que sudaron otros.

MEND. Mejor es callar.—El caso
es que el Rey de puño propio,
escribiendo al de Olivares,
le dice con mil encomios:
«Que al aceptar en tal dia
de su Rey la copa de oro,
brinde con ella tres veces
por la patria y por el trono.»

CAST. Por el trono y por la patria!...
Él los ha hundido en el polvo...
Vive Dios!...

MEND. El Rey, Castilla,
sabrá mejor que nosotros...

GRANA. Con que hoy es la ceremonia?....

MEND. Ciertamente. — Si es famoso
este gran aniversario.

GRANA. Yo, como estrangero, ignoro....

MEND. Pues ya vereis... A las cinco
por allí... (*Señalando al fondo.*)
Si es un asombro!...
Oh! qué pompa, qué aparato!...
Ni la procesion del Corpus!...

ESCENA V.

Dichos y Olivares, *por el fondo, y cerrando las hojas tras de sí.*

Olivar. Señores, pláceme veros
hoy en palacio tan pronto,
Mend. Como es la gran ceremonia...
Olivar. Sois muy puntuales
Mend. El gozo...
Olivar. Desde aquí á las cinco hay tiempo.
—Hoy me ocupan mil negocios...
—Ah!... Su Magestad hoy mismo
parte al Escorial.
Grana. Supongo
que ireis con él.
Olivar. No, por cierto.
Mend. Ya... con que el Rey parte solo?...
Olivar. Yo con vosotros me quedo.
Mend. Pues mejor para nosotros!
Olivar. Pero el Rey á su partida
sabio dispondrá que, como
siempre, al sonar hoy las cinco,
se me dé la copa de oro.
Mend. Mejor, mejor.
Olivar. Su partida
no puede ser un estorbo:
—si, vereis la copa este año
como la visteis los otros.
Mend. Mejor que mejor.
Grana. ¿Y cuándo
parte el Rey?
Olivar. Dentro de pocos
momentos.—Si su salida
quereis presenciar vosotros,
á las puertas de palacio
acudid, y acudid pronto.
Mend. Es verdad.
Olivar. Para su marcha
ya está prevenido todo;
con que...
Grana. Vamos pues.
Mend. Al punto.

OLIVAR. (*Habriendo la puerta secreta con una llave pequeña.*)
Venid, por aquí es mas corto.
MEND. Vos mismo!.... Gracias!... Sois el
(*Pasan los tres.*)
hombre mejor que conozco.

ESCENA VI.

OLIVARES, MARGARITA, *la* REINA. *Esta conducida por aquella de la mano, sale de su cámara, al tiempo que* OLIVARES *está cerrando la puerta secreta.*

MARG. (Pero eres la Reina!...)
(*A Olivares con acento imperioso.*)
—Oid,
que os habla su Magestad.
(*Olivares se vuelve inmediatamente y hace una reverencia irónica.*)
(Valor!) (*Ap. á la Reina.*)
REINA. (Yo tiemblo...)—¿Es verdad
que hoy... parte el Rey... de Madrid?
OLIVAR. Verdad, señora.
REINA. Pues... yo...
quisiera... verle un momento...
Con que así.
OLIVAR. Mucho lo siento;
es imposible.
REINA. Ay!
MARG. No, no!
REINA. Concededme esa demanda...
OLIVAR. El Rey á todos la niega.
REINA. Sí, sí... la Reina os lo ruega...
MARG. No, no!... la Reina os lo manda!
OLIVAR. (*Sonriéndose.*)
La obediencia...
MARG. En vos es ley.
OLIVAR. (*Dirigiéndose al fondo.*)
Si el Rey lo manda, señora,
entrareis luego...
MARG. No; ahora!
OLIVAR. (*Con acento seguro.*)
Luego que lo mande el Rey. (*Sube y entra.*)

ESCENA VII.

MARGARITA, *la* REINA, *despues* QUEVEDO.

REINA. Lo ves?... Tan inútil paso...
MARG. Veo, con grande afliccion,
que no tienes corazon
de Reina!...
REINA. Y lo soy acaso!
MARG. No sabes serlo.—Has pedido,
y él con razon ha negado...
Mas si hubieras tú mandado,
él hubiera obedecido!
REINA. Ese hombre me infunde miedo.
MARG. Qué pálida estás!...
REINA. Ay Dios!
MARG. (*Mirando á la derecha,*)
Alguien se acerca.—Sois vos?...
Ah! venid, venid, Quevedo.
QUEV. (*Entrando.*)
Vuesa Magestad...
MARG. Un modo
discurrid vos...
QUEV. Ni una puerta
hay por ese lado abierta.
MARG. Todo se ha perdido, todo!
QUEV. El Rey partirá al momento,
—si es que no ha partido ya...
Y Olivares dónde está?
MARG. Vedle.
(*Señalando el fondo por donde aparece Olivares.*)

ESCENA VIII.

Dichos y OLIVARES.

OLIVAR. (*A la Reina bajando.*)
Señora, lo siento.
MARG. Qué traeis?
OLIVAR. La despedida
del Rey traigo; y no os asombre:

dice el Rey que yo en su nombre
de la Reina me despida.

MARG. Sois !...

OLIVAR. Un súbdito obediente
que del Rey cumple el mandato.

REINA. Mas el Rey...

OLIVAR. Dentro de un rato
partirá.

QUEV. (Perfectamente...
no ha partido el Rey aun...)

REINA. Me retiro.

OLIVAR. Guardeos Dios.

MARG. (*A la Reina que con ella se dirige á la cámara.*)
Lloras?

REINA. (*Con angustia.*)
Ay! (*Entra.*)

OLIVAR. (*A Quevedo.*)
Pobre de vos !...

QUEV. Eso... conforme y segun,
como se suele decir.

OLIVAR. El Rey parte.

QUEV. Bien, que parta.
—Pienso... escribirle una carta.

OLIVAR. Si os la dejan escribir.

QUEV. Pienso... que la tengo escrita.

OLIVAR. Quién va á llevarla ademas?

QUEV. Quién? El demonio quizás.

OLIVAR. Bien.—La infanta Margarita,
(*Dirigiendo una mirada á Margarita, que despues de acompañar á la Reina hasta el umbral, se ha quedado inmóvil á la espalda como dominada por su situacion.*)
que ya el desengaño toca,
ved... no acude como vos
al demonio... Acude á Dios,
ya con el Credo en la boca.

MARG. (*Con indignacion.*)
(Me insulta!)

OLIVAR. Rezais?

MARG. No rezo....
no. . pues al ver que en su abismo
Dios no os confunde... ahora mismo
á dudar de Dios empiezo !...
—No, no, Dios mio, perdon!!...

OLIVAR. Delirais... y no lo estraño;

víctima de un desengaño...
MARG. ¿Os lo dice el corazon?
— Víctima será la Infanta
Margarita de Saboya;
pero en su valor se apoya
como una víctima santa.
OLIVAR. Víctima.
MARG. Firme y enhiesta ..
capaz, porque á Dios le plugo,
de humillar á su verdugo
con una risa... Oh! como esta. (*Risa violenta.*)
OLIVAR. Vive Dios!...—El soberano
va á partir... y yo me quedo:
ay de vos y de Quevedo!...
QUEV. Puede que el Rey parta en vano.
OLIVAR. Aun esperais que el demonio
lleve al Rey aquel escrito?
QUEV. Sí.
OLIVAR. Pues me alegro infinito.
Dadme despues testimonio.
QUEV. Puede que lo tenga ya.
OLIVAR. Pues, aunque al demonio encuentre,
temo que el papel no entre.
QUEV. Lo ofrecí yo, y entrará.
OLIVAR. Lo ofrecisteis?
QUEV. Lo ofrecí.
OLIVAR. Cumplidlo.
QUEV. Lo cumpliré.
OLIVAR. No á fé, Quevedo.
QUEV. Sí á fé.
OLIVAR. No por Dios.
QUEV. Por Dios que sí!
OLIVAR. La esperanza es en los seres...
QUEV. Todo.—Y cual decís en chanza,
yo, por tener esperanza,
la prendí con alfileres.
OLIVAR. Pues la esperanza guardad,
y el papel tambien, (*Sonriéndose.*) los dos...
(*Hace movimiento para retirarse.*)
MARG. (*Aparte á Quevedo con ansiedad.*)
(Quien lleva el papel!..)
OLIVAR. Y adios.
(*Olivares se retira haciendo una cortesía irónica.*)
MARG. (*Con afan á Quevedo.*)
Quién?..

QUEV. El demonio... mirad!
(*Señalando á Olivares, que al volverse y subir la graderia, enseña el papel que Quevedo le ha prendido á la espalda.*)

ESCENA IX.

QUEVEDO, MARGARITA.

MARG. Gran Dios!...
QUEV. A muerte ó á vida.
Ya no quedaba otro medio.
MARG. Nuestra suerte...
QUEV. Sin remedio,
ya está ganada ó perdida.
MARG. Si viese el papel...
QUEV. Propicios
serán los cielos...
MARG. Mas él...
QUEV. Lleva á la espalda el papel
como el saco de sus vicios.
Desechad, señora, el miedo.
MARG. Ay!... — Esto á nadie lo digo,
sino á vos... que sois mi amigo; —
¡Yo estoy temblando, Quevedo!
(*Pausa.*)
Y vos no temblais?...
(*Asiéndole de una mano como para cerciorarse.*)
QUEV. (*Agitado.*) Señora...
MARG. (*Con asombro.*)
Sereno! (*Pausa.*) — Ahora no!...
QUEV. (Ay de mí!)
MARG. Temblais, como yo!...
QUEV. Sí, sí...
comienzo á temblar ahora!...
MARG. Tambien!...
QUEV. Tambien... ya lo veis...
Tiemblo... — Mas no de terror...
de...
MARG. No lo digais!... (*Alejándose.*)
QUEV. (De amor)
MARG. No me hableis... ni me mireis!!..

QUEV. Tiene razon.
(*Quevedo queda á la izquierda; Margarita se ha apartado bastante hácia la derecha.*)
MARG. (Estoy loca!...
Qué hice yo?...—Su mano ardia...
Tal vez la abrasó la mia!...)
QUEV. (Al fin me estrellé en la roca.)
MARG. (No le quiero hablar .. ni aun ver!...
Pediré fuerzas al cielo...)
(*Queda como si orase.*)
QUEV. (Corazon, si eras de hielo,
¿cómo es que hoy te siento arder?
El amor!... Cierto; asi empieza...
—Y este afan, esta zozobra...
Ay! el corazon me sobra,
y me falta la cabeza.
(*Margarita desde este verso sigue afanosa todos los movimientos de Quevedo.*)
Amor... Tú dices que sí...
Tú has dicho siempre que no...
Cierto, yo tengo otro yo,
que combate contra mi!
—El corazon y la mente...
—El sentimiento y la idea...
El espíritu que crea,
y el espíritu que siente!..
Si entrambos contrarios son,
¿quien?...—Segun lo que aqui siento,
mal sujeta el pensamiento
las alas del corazon!)
(*Volviéndose de improviso á Margarita.*)
Vos... (La tendiera mis brazos!)
MARG. Vos...
(*Entrambos se miran fijamente sin dar un paso.*)
OLIVAR. (*Apareciendo en el fondo.*)
Mientras yo, como es ley,
voy á despedir al Rey...
id uniendo esos pedazos!
(*Arroja al pasar varios pedazos de papel y desaparece por la puerta secreta. Margarita dá un grito de terror.*)
MARG. (*Aproximándose á Quevedo.*)
Todo perdido!... Mirad!...
QUEV. (*Desviándose.*)
Si; por mi culpa... Y ahora,

¿no me aborreceis, señora?
MARG. Callad, Quevedo, callad!
QUEV. Yo, que soñé en mi delirio
la palma del triunfo daros...
y al fin logro coronaros
con la palma del martirio!
MARG. Comun nos será esa palma.
QUEV. Yo soy quién os pierde á vos...
Yo, si...—Confúndame Dios!
MARG. Me estais desgarrando el alma!
QUEV. Maldecidme. y de ese modo...
MARG. Nunca!
QUEV. Mi tormento veis ..
pero no, no comprendeis...
MARG. Todo!... lo comprendo todo!
QUEV. Ved mi dolor!
MARG. Ved mi llanto!
(Ya fuera un crímen callar.)
QUEV. Causa teneis para odiar
al hombre... que os ama tanto!
MARG. Odiaros!... Teneis razon...
y para saberlo bien,
preguntadlo...
QUEV. A quién, á quién?
MARG. A mi pobre corazon!
QUEV. Yo...
MARG. Yo tambien, ay de mí!..
yo... que no tengo suspiros,
yo...—No sé cómo deciros...
cómo espresaros...—Oh!... asi!...
(*Tendiendo con ternura una mano á Quevedo, que se la besa apasionadamente.*)
No!. no hableis... no; por piedad!...
Ya perdidos, un deber
santo nos resta .. Poner
en salvo á su Magestad.
—Id; que esa prueba sangrienta
guarde ella misma...
QUEV. (*Encaminándose á la derecha.*)
Sí, sí..,
Pero ella viene hácia aqui.

ESCENA X.

QUEVEDO, MARGARITA *y la* REINA, *que sale de su cámara. Despues* OLIVARES, MENDAÑA, CASTILLA *y* GRANA *por la puerta secreta.*

REINA. Ya partió el Rey.
MARG. La tormenta
sobre nosotros avanza!...
Perdidos Quevedo y yo...
REINA. Todo se ha perdido...
MARG. No!
Todo... menos tu esperanza!
QUEV. Y pues solo en vuestra mano
estará sin riesgo ahora,
vos... Guardadla vos, señora...
(*Dándole la carta del conde.*)
REINA. Sangre! No... vos...
QUEV. Y el tirano?
Ved que estoy bajo su ley.
REINA. Guárdala tú (*A Margarita.*)
MARG. Cómo, en dónde!
QUEV. (*Arrodillándose.*)
Tomad la carta del conde!
OLIVAR. (*Apareciendo por la puerta secreta con Mendaña, Castilla y Grana.*)
Esta primero... es del Rey!
(*La Reina, que iba ya á tomar la carta de Quevedo, toma la que le ofrece Olivares. Quevedo se levanta y guarda la suya con despecho*)
Al entrar en su carroza
«para la Reina» me dijo.
REINA. (*Despues de leer un momento.*)
No estuvo el Rey muy prolijo.
(Cuánto en mi dolor se goza!)
Ordenes son que en su ausencia
el Rey me encomienda á mí.
OLIVAR. Señora, todos aqui
os debemos obediencia.
Con la puerta principal
hice abrir hará un momento
la que une vuestro aposento
á la cámara real.
REINA. Cuanto al dejar su morada
mandó el Rey...

OLIVAR. En cierto modo,
fué para la Reina todo.
REINA. (Y para la esposa nada!)
OLIVAR. Hoy, humildes servidores,
al Rey miramos en vos.
REINA. Basta, Olivares.—Adios .. (*Despidiéndose.*)
OLIVAR. Saludo... á mi Rey.—Señores,
id... Muy contentos y ufanos
hoy con un Rey de ese porte,
pienso que le hareis la corte
como buenos cortesanos.
(*La Reina entra en su cámara acompañada de Margarita y seguida de Mendaña, Castilla y Grana.*)

ESCENA XI.

QUEVEDO, OLIVARES.

OLIVAR. Vos, no vais...
QUEV. Porque me quedo.
OLIVAR. (*Señalando los pedazos de papel.*)
Ved... trocitos de esperanza...
¿No los unisteis, Quevedo?
(*Quevedo se sienta en un sillon.*)
Cómo!... os sentais? Yo no puedo
permitir...
QUEV. Parece chanza,
y asi estoy mas descansado.
OLIVAR. Venzo al fin, y estais perdido.
QUEV. Pues me perderé sentado.
Mas, si venzo, estoy ganado...
OLIVAR. (*Interrumpiéndole.*)
Cómo os ganareis?...
QUEV. Tendido.
OLIVAR. Al respeto me faltais!
QUEV. Nada temo, si perdeis;
nada espero, si ganais;
y en mí, ganeis ó perdais,
ya no quitais ni poneis.
OLIVAR. Parece que estais de humor.
QUEV. Mucho!
OLIVAR. Os le quiero seguir.
QUEV. Bravo!... Mejor que mejor,
como en placer y en dolor

suele Mendaña decir.

OLIVAR. La esperanza que os rasgué
y ahi en trocitos está ..
La de la espalda...

QUEV. Ya sé ..

OLIVAR. Cayó en mis manos... A fé
que el cómo gracia os hará.
—El buen Rey se paseaba,
y yo en su mesa escribia;
pero él, que á mi espalda estaba,
muy curioso me miraba...
Y al fin, con sorpresa mia:
—¿Quién á mi buen favorito
pone mazas sin respeto?
dijo, y me dió el papelito.

QUEV. Cómo!... El Rey os dió el escrito?

OLIVAR. Sí. (*Riéndose.*)

QUEV. (*Levantándose.*)
Pues... anduvo discreto.

OLIVAR. Suponeis?...

QUEV. Que lo leyó.

OLIVAR. Eso al pronto me temí. .
mas conmigo se riyó
de la gracia y... ví que no.

QUEV. Pues luego vereis que sí.

OLIVAR. No.—Al partir, muy lisonjero
me habló el Rey... Besé su mano...

QUEV. Pues asi besa el cordero
la mano del carnicero...

OLIVAR. Delirais.—El soberano
con su real mano despues
puso una carta en las mias
para la Reina...

QUEV. Eso es...
¿Y no os ha ocurrido, pues,
que era la carta de Urías?

OLIVAR. Eso pensais?

QUEV. Sí, por Dios!
Todo el Rey lo sabe ya;
ya no sois uno los dos!...
Ya el Rey os execra á vos!...
Y en su carta...

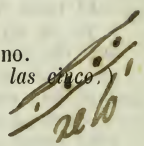
OLIVAR. Claro está:
prevendrá el Rey (Dios le guarde)
á la Reina, con decoro,

que ella misma en regio alarde
á las cinco de esta tarde
me ofrezca la copa de oro.

QUEV. No.

OLIVAR. Las cinco van á dar.
—El Rey á la Reina ha escrito,
y hoy la Reina á su pesar
debe al favorito honrar...

QUEV. O perder al favorito.
—Ya no hay copa de oro .. no.
(*Da la primera campanada de las cinco.*)



OLIVAR. Escuchad... llegó el momento.

QUEV. (Me asesina ese reló.)
(*Pausa.*)
Cinco... campanadas ..

OLIVAR. (*Mirando á la puerta del fondo con terror.*)
Oh!

QUEV. (*Despues de un momento.*)
No hay copa!

OLIVAR. (Estoy sin aliento!)

QUEV. Dió la postrer campanada...
mas no se abre aquella puerta...
(*Sonrisa de Quevedo y espanto de Olivares.*)
no... no se abre... nada... nada!...
Mirad... cerrada... cerrada...
(*La puerta se abre.*)
Oh! (*Con rabia.*)

OLIVAR. (*Con sonrisa de triunfo.*)
Mirad .. abierta... abierta!...

ESCENA XII.

Dichos, y al abrirse las puertas del fondo aparece MENDAÑA *trayendo en una bandeja una copa de oro con un billete cerrado en el fondo. Al lado de* MENDAÑA *salen* GRANA *y* CASTILLA. *Durante los versos que siguen, el primero baja la gradería del centro, seguido de un ugier; y los otros dos, por los ramales de derecha á izquierda, abriendo la marcha á dos filas de caballeros, pajes, damas y meninas que se colocan luego en semicírculo, dejando en el centro á* MENDAÑA *con el ugier á la espalda. Al bajar la comitiva, la* REINA *aparece en la galería entre* MARGARITA *y* DOÑA INÉS.

QUEV. (Siempre la loca fortuna
mala fué para los buenos!...
—El cielo...—Allí está la luna;
y esa no da luz ninguna
cuando la noche es de truenos!)

OLIVAR. Mato al fin vuestra esperanza.
—En san Marcos de Leon
será horrible mi venganza!...

QUEV. Teneis...

OLIVAR. Poder y privanza ..
Mirad!...

UGIER. Silencio! atencion!

REINA. Conde-duque. sentaos y cubríos. (*Hácelo así.*)
(Me querrá ver el Rey mas humillada!)
Gozais de tan cumplida preeminencia
desde que el Rey os concedió esta gracia.
(*La Reina debe decir esto lentamente y como haciendo un esfuerzo para ello.*)
Hoy, al partir el Rey á San Lorenzo,
para la Reina os entregó una carta:
me la disteis: en ella me previene
el Rey, bajo su firma soberana,
que en honor... vuestro, y en servicio suyo,
Yo, que la Reina soy de las Españas,
solemnice tambien la ceremonia
que él dejó á su partida preparada.
Y así, con mi presencia enalteciendo

una régia merced, que es ya tan alta,
Yo,—la Reina—á ofreceros he venido,
porque el Rey, mi señor, asi lo manda,
ese presente real que sobre el trono,
bajo el rico dosel, en la real cámara,
dejó para este fin el Soberano
que os acuerda merced tan señalada.
Como todos los años, en la copa
un pliego para vos puso el monarca...
Recibid esa copa y ese pliego,
y... Dios... os dé... (*Pausa.*)
(*Olivares mira á la Reina, que se echa llorando en brazos de Margarita.*)

MARG. (*Concluyendo la frase de la Reina y con solemnidad.*)
Lo que de Dios os falta!

OLIVAR. Como súbdito fiel, cumplir me toca
la voluntad del Rey, siempre sagrada.
Hoy me prescribe que su copa acepte:
yo la acepto á mi vez —Debo acepatarla.
(*Toma la copa que Mendaña le presenta con una rodilla en tierra. El Ugier toma tambien la bandeja y se retira seguido de la servidumbre subiendo las escaleras laterales y entrando por detrás de la Reina. Entretanto, Mendaña y los demas van pasando delante de Olivares para hacerle un saludo de parabien; Quevedo pasa el último, y al llegar á su lado, se vuelve á la meseta y saluda á la Reina; todo esto durante el tiempo que se tarde en decir los versos que siguen.*)

MARG. (*Ap. á la Reina.*)
(Lloras!... Reina, valor!... Ojos enjutos
y frente real, desprecio y arrogancia!)

REINA. (Angustia, humillacion.)

MARG. (Orgullo, Reina,
que el orgullo engrandece la desgracia!)

OLIVAR. Como siempre, en la copa viene un pliego,
todo de puño real, con régias armas,
en que recuerda los servicios mios
—bien escasos á fé—nuestro Monarca.
En este pliego, como siempre, ahora
el gran Felipe Cuarto, honor de España,
frases de amor sincero me dirige
que yo—sábelo el Rey,—grabo en el alma.
—Segun uso y costumbre, un caballero

el mas ilustre y distinguido que haya
presente á la sazon, debe á su turno
abrir el pliego real, y en voz bien alta
delante de la corte repetirme
su contesto, palabra por palabra...
—Si Quevedo se digna..

QUEV. (*Con rabia.*) Yo!.. (*Reprimiéndose.*) Me digno.
(*Aparte á Olivares.*)
(Por respeto á esa Reina desgraciada.)

OLIVAR. Pues tomad el papel.
(*Aparte á Quevedo.*) (Bravo soneto.)

QUEV. (*Idem.*) (Sonetos hay pardiez...)

OLIVAR. (Sin consonancia.
Tales los hay á veces—y ese es uno—
que al lector mas robusto le atragantan.)
—Señores, atencion.—Leed, Quevedo,
en voz sonora y halagüeña y clara...

QUEV. Sonora y halagüeña y clara, como
el órgano y el céfiro y el agua.
(*Mirando el pliego.*)

MARG. (Su amor consagra el Rey á su enemigo.)

REINA. (Y á su esposa infeliz ¿qué la consagra?)

MARG. (No llores, por piedad!)

QUEV. (Cariño imbécil
el de ese imbécil Rey.)—Dice la carta.
(*Leyendo.*)
«A nuestro muy querido... (*Deteniéndose.*)
El Conde-duque.»

OLIVAR. Proseguid, proseguid.

QUEV. (*Leyendo*) «Salud.»—(Tercianas!) (*Ap.*)
(*Olivares se inclina.*)

OLIVAR. Sobrescrito feliz... Romped la nema,
pues lo mas principal es lo que falta.
Las lisonjas del Rey; esos elogios
que al nivel de su trono me levantan...
—Hoy el Rey, mi señor, me hace dichoso!

QUEV. (Desgarrando á la Reina las entrañas!)
(*Rompe el sello con cólera.*)

OLIVAR. Repetidme sus frases cariñosas.

REINA. (El corazon del pecho se me arranca.)

OLIVAR. Señores, atencion.—Leed, Quevedo,
en voz sonora y halagüeña y clara...

QUEV. (Conde-duque!) (*Aparte á Olivares.*)

OLIVAR. Leed.—(Mirad mis ojos
radiantes de rencor y de venganza!)

QUEV. (Os desprecio!)
(*A todos.*) Escuchad. —(No! no hay justicia!..)
MARG. (*A la Reina, que manifiesta terrible angustia.*)
(Valor! valor!)
REINA. (Mi espíritu desmaya.)
(*Se echa en brazos de Margarita.*)
OLIVAR. Ya vereis cuánto honor!...—Al punto..
QUEV. (*Preparándose á leer*) Al punto!...
REINA. (Ciegan mis ojos...)
QUEV. (*A todos.*) Escuchad. (Oh, rabia!)
(*Leyendo.*) «Mi buen Olivares: no es menester encarecerte mi gran cariño, que es superior, y tú lo sabes, á todo encarecimiento. Aunque públicas son en estos reinos las pruebas del amor con que te distingo, hoy he de darte una mayor que todas, y dártela quiero como amigo, que no como monarca.—Muy luego daré á Madrid la vuelta; y como cumple á mis designios que tú conozcas antes esa prueba de mi buena amistad, no debo diferirla.—Es un aviso cariñoso de mi corazon; ten en cuenta el aviso, porque te importa mucho.—Olivares!... si estuvieses en mi alcázar á mi regreso, el amigo te dará sus brazos... El Rey .. su verdugo.»
(*Movimiento general de asombro.*)
OLIVAR. (*Soltando la copa y con un grito de angustia.*)
Ah!
REINA. (*Con emocion y júbilo.*)
Gran Dios!
MARG. (*Conteniendo á la Reina y como si quisiera escuchar aun el eco de las últimas palabras de la carta.*)
Silencio!
QUEV. (*Poniendo á Olivares el papel delante de los ojos, pero con dignidad.*)
Ved.
OLIVAR. (*Dejándose caer en un sillon con desaliento.*)
Mísero de mí!
(*Quevedo se dirige hácia la Reina, Mendaña y Grana separándose de Olivares, le salen al encuentro. Castilla permanece cruzado de brazos cerca de Olivares.*)
MEND. (*A Quevedo.*) Qué asombro!
QUEV. Y asi le dejais? .. Volved!...
Si os dió arrimo una pared
y se hunde... arrimadla un hombro.

(*Movimiento en los dos.*)
Sombra y nido á vuestro gusto
os dió un árbol... cayó allí!
Mas, si al dejarle con susto,
buscais otro mas robusto...
No le encontrareis en mí!
Nunca; no. -- Sobre cascajos,
tronco soy de rudas quiebras
que, creciendo entre espantajos,
ni ofrece nido á los grajos,
ni da sombra á las culebras.—
Ya en la cortesana grey
no hay reyezuelos... Hay dos
Reyes... La Reina y el Rey!...
(*Volviéndose á la Reina.*)
Señora, cambió la ley.

REINA. Quevedo, que os oiga Dios!

QUEV. Hoy que Dios en su bondad
la luz del bien nos envia
tras de tanta oscuridad,
para vuesa Magestad
¡grande, señora, es el dia!
Hoy ante el sólio español
se dilata el horizonte,
y entre nubes de arrebol
mas claro amanece el sol
porque se derrumba el monte.
(*A todos.*)
El Rey... la Reina despues!

CAST. Si hoy, por fin de sus pesares,
ya la Reina Reina es,
sirva de alfombra á sus pies
el sombrero de Olivares.
(*Se lo arranca de la cabeza y lo arroja á los pies de la Reina, que baja las gradas con Margarita y doña Inés.*)

UN PAGE. (*Entrando.*)
Para la Reina este pliego
del Rey, que en Atocha está.
(*Quevedo lo presenta á la Reina.*)

REINA. (*A Quevedo*)
Yo en vuestras manos lo entrego.
(*Quevedo lo abre y lee.*)

MARG. (*Acercándose á Olivares despues de tomar el sombrero del suelo.*)

Conde-duque á vos me llego,
pero sin rencores ya.—
Contrarios fuimos los dos;
pero aqui cesa mi encono.—
Matarme quisisteis vos...
—Pues bien, que os perdone Dios
lo mismo que yo os perdono!
Y pensad en vuestra cuita
que si, audaz un caballero,
hoy... hasta el sombrero os quita....
hoy!... la infanta Margarita,
hoy!!. os devuelve el sombrero.
(*Da el sombrero á Olivares, que lo toma confuso.*)

REINA. (*A Quevedo, que acaba de leer el pliego.*)
Ordenes del Rey serán?

QUEV. Que se cumplan sin demora
quiere el Rey.

REINA. Se cumplirán.
(*Quevedo la ofrece el pliego.*)
Bien en vuestra mano están.
Vos...

QUEV. Obedezco, señora.
(*A Olivares.*)
Y vos no os hagais rehacio;
por órden del Rey, salid
—sin mas término ni espacio—
ahora mismo de palacio;
y mañana de Madrid.
(*Olivares se dirige á la puerta como maquinalmente.*)

MEND. Bien: mejor! (*A Quevedo.*)

QUEV. Vos, á su lado.—
Como un perro y mas puntual
seguisteis siempre al privado...
Pues seguid al desterrado,
y sereis perro leal!

MEND. Para mí tanta dureza!

QUEV. Comprended, si no sois perro,
que uno acaba y otro empieza:
os dió sombra en su grandeza...
dadle sombra en su destierro!

MEND. Pero .. hacerme desterrar!...

QUEV. Eso, segun vuestro humor,
es mejor...

MEND. (*Con asombro.*) Mejor!

QUEV. Mejor

que si os hiciesen ahorcar!
MEND. Mejor, mejor por mi vida!
OLIVAR. (*Con desvarío.*)
Todo convertido en nada!
MEND. (*Dando el brazo á Olivares.*)
Conde-duque, de partida.
OLIVAR. (*Preocupado*)
Dónde?
MEND. A buscar la salida,
porque se cerró la entrada.
(*Los dos se dirigen á la puerta de la derecha.*)
Si el verdugo ha de apretaros...
OLIVAR. (*Con profunda angustia.*)
Ay Mendaña!
MEND. Ea, valor!
OLIVAR. Desterrarme!
MEND. Desterrarnos!
OLIVAR. Nos destierra!
MEND. Pudo ahorcarnos!...
Con que .. mejor que mejor. (*Vanse.*)
QUEV. El Rey anuncia ademas
que no ha de haber favoritos
ya en su palacio jamás.
(*Rumor lejano.*)
—Pero ese rumor...—Quizás
llega ya el Rey.
REINA. Esos gritos...
QUEV. De gozo, señora, son;
el pueblo con sus clamores
celebra su redencion!...
GRANA. Pues que el Rey llega... (*A la Reina.*)
REINA. Es razon;
id á su encuentro, señores.
QUEV. (*A Castilla.*)
Decid á Mendaña vos
que si el destierro le es duro,
vuelva á entrar del Rey en pos.
(*Vanse Castilla y Grana por la derecha.*)
MARG. ¿Dejará solo ¡gran Dios!
á Olivares?
QUEV. De seguro.
MARG. ¡Qué barbarie!
QUEV. (*Con amarga ironía.*)
No, es piedad...
El dolor, por el contrario,

diz que ama la soledad...
(*Con sarcasmo sangriento.*)
Por eso la humanidad
deja al dolor solitario!

ESCENA XIII.

QUEVEDO, MARGARITA, *la* REINA.

QUEV. (*A Margarita, sacando la carta del conde.*)
Vos, señora...
MARG. (*Tomándola.*) Dadme luego...
QUEV. Al paso, en cualquiera parte.
MARG. Sepa el Rey que estuvo ciego...
(*Dirígese á las gradas rápidamente.*)
REINA. Dónde vas?
MARG. (*Agitando el papel desde la meseta.*)
Voy á salvarte. (*Entra.*)
QUEV. Esa carta salvadora
de vuestra virtud responde:
la escribió con sangre el conde,
y el Rey va á leerla ahora.
REINA. Será inútil .. Tantos dias
de olvido y separacion!...
Ya del Rey el corazon
entre torpes mancebías...
QUEV. Ya su ángel malo en el cieno
no podrá hundirle del vicio.
REINA. Le dejó en el precipicio!...
QUEV. Que le salve su ángel bueno.
Sedlo vos.
REINA. Y su desden?
Del bien le alejaron ya!..
QUEV. Vuestra mano bastará
para conducirle al bien.
—Ya no hay quien siembre zizaña;
amadle y que os ame á vos;
y haced, unidos los dos,
la felicidad de España!
REINA. Fuera en ello tan dichosa..,
MARG. (*Apareciendo en el fondo.*)
El Rey...
REINA. ¿Quiere ver quizás
á la Reina?

MARG. Mucho mas!
Quiere abrazar á la esposa.
(*La Reina y Quevedo suben las gradas.*)
REINA. El Rey... (*Azorada.*)
MARG. (*Señalando el fondo por entre las hojas entreabiertas.*)
Mírale. . hácia aqui
con toda su corte avanza..
REINA. El temor y la esperanza...
(*Siéntense en el fondo pasos y ruido que se aproxima*)
MARG. Ven á su encuentro!...
QUEV. Sí, sí!
Y á la clara luz del sol
al Rey amando leal,
dadle tan solo un rival...
(*Gritos del pueblo.*)
ese buen pueblo español.
(*La Reina, conducida por Margarita, entra y se dirije á la izquierda. Al abrirse las hojas, en el fondo aparecen caballeros, y en primera línea Mendaña, Castilla y Grana; pajes y guardias que van desfilando hácia la izquierda.*)
MARG. Ven.
REINA. (*Dentro con un grito de júbilo.*)
Mi esposo... Dicha entera!
Que mis brazos te reciban!...
MEND. Vivan nuestros Reyes!...
TODOS. Vivan!
MEND. (*Dirigiéndose á la izquierda.*)
Todos adentro!
(*Todos marchan á la izquierda, de modo que se note el movimiento al cerrar Quevedo las puertas.*)
QUEV. (*Saliendo y cerrando tras de sí las hojas.*)
Y yo afuera.

ESCENA XIV.

QUEVEDO, *luego* MARGARITA.

QUEV. Todos se van!—Yo me quedo.
—Bien; importe por importe,
si se restan con el dedo,
debe la corte á Quevedo
lo que Quevedo á la corte.

Todos, en tan fausto dia,
van á donde el viento va
en revuelta algarabía...
—Quevedo... en tanta alegría,
¿quién de tí se acuerda ya?
(*Margarita aparece, y al ver que Quevedo comienza á bajar por la izquierda, baja por la derecha mirándole con afan.*)
Con su ayer y sus historias,
un recuerdo... está perdido
siempre en el hoy de las glorias!...
Que al fin, siempre las memorias
son merienda del olvido!
Tu presencia en tal morada
fuera un recuerdo importuno..
Y hoy, al fin de la jornada,
al pensar todos en nada,
ya no piensa en tí ninguno.
En tí, ni aun despues de todo
—si á buena luz lo escudriñas—
pensarán... como el beodo
piensa, al empinar el codo,
en el que plantó las viñas.
—¿Quién se acuerda ya?... Lo sé...
(*Baja el último escalon y se vuelve hácia la derecha*; *Margarita á su vez sigue el movimiento contrario.*)
Ninguno, ninguno...
(*Viéndola.*) Ah! Sí...
(*Se acercan.*)
En este momento á fé
pensaba..

MARG. Comprendo en qué...
Y errasteis pensando asi.
QUEV. Perdonadme... en tal momento...
MARG. Que asi me ofendieseis vos!..
QUEV. Yo siento. (*Con emocion.*)
MARG. (*Idem.*) Tambien yo siento...
QUEV. Dulce y comun sentimiento,
que es el alma de los dos!
MARG. (*Señalando el corazon.*)
Siempre aqui!
QUEV. (*Idem.*) Tambien aqui!
Inmenso, ideal, profundo!..
MARG. Digno de vos y de mí.

QUEV. (*Asiendo las manos de Margarita.*)
Y eterno, eterno!
MARG. Sí, sí!..
—Pero que lo ignore el mundo!
QUEV. A ser nacimos quizás
siempre amantes....
MARG. Siempre buenos!..
Ay! venturosos... jamás!
(*Separándose con dolor.*)
QUEV. ¿Por qué yo no nací mas!
MARG. ¿Por qué yo no nací menos!
—Lo hizo Dios... Y él nos lo advierte:
un loco amor dió por fruto,
—no siendo comun su suerte—
á Villamediana muerte
y á la Reina llanto y luto!..
Tales son sus condiciones...
mi sosiego y vuestra vida
por fugaces ilusiones ..
—Dénse nuestros corazones
su postrera despedida!
QUEV. Qué desventurado soy!
MARG. (*Con acento de persuasion.*)
Muerto fué Villamediana....
(*Movimiento desdeñoso de Quevedo.*)
y la Reina .
QUEV. (*Interrumpiéndola.*) Basta.—Hoy
mismo á mi villa me voy.
MARG. Bien! Yo á un convento mañana!
QUEV. Y allí con honda querella
diré á mi suerte cruel:
¿por qué me separas de ella!
Y vos...
MARG. Yo diré á mi estrella;
¿por qué me separas de él!
QUEV. (*Con amargura.*)
Adios!
MARG. Adios!
QUEV. (*Aparte y alejándose lentamente por la derecha.*)
(A la orilla
morir ahogado!.. Oh tormento!
MARG. (*Idem, idem por la izquierda.*)
(Arde el llanto en mi megilla!)
QUEV. (*Con profundo dolor volviéndose desde la puerta.*)
No os olvideis de la villa!!

MARG. (*Llorando y volviéndose tambien desde el lado opuesto.*)
Pensad vos en el convento!!

ESCENA ULTIMA.

Dichos y MENDAÑA, CASTILLA, GRANA *con varios caballeros que en este momento aparecen abriendo las hojas del fondo y bajan á la escena. Al verlos Quevedo, que ya iba á salir, se detiene notando un movimiento de terror en Margarita, que se esfuerza para ocultar su turbacion y sus lágrimas.*

MEND. Su Alteza!..
QUEV. (*Sonriéndose.*) Mirad!.. La infanta
llora... de risa!..
MARG. (*Con violencia.*) Eso es ..
chistes de Quevedo...
QUEV. Pues!
MEND. Mejor!.. Cuánta gracia, cuánta!
QUEV. Pues hoy con gracioso porte
yo, que mil gracias ensarto,
al fin, de mis gracias harto,
dejo, por gracia, la corte.
MEND. Y aun muy gracioso al marchar...
QUEV. Un chiste acerté á decir...
MEND. Que hizo á su Alteza reir...
QUEV. Pues; y de risa... llorar.
Que, unidos en un engaste,
por lo alegre y por lo triste,
una lágrima y un chiste
son... un chistoso contraste!
GRANA. Es verdad!
QUEV. Si bien lo mira
la escelente humanidad,
todo en el mundo es verdad!..
CAST. ¡Todo!!..
QUEV. Cuando no es mentira.
MEND. Ya que sin vuestra persona
en la corte nos quedamos,
¡qué de chistes aguardamos
de esa musa juguetona!..
Desde allá vos... ya lo sé:
sois en el chiste muy ducho!
QUEV. (*A Mendaña.*)
Mucho! mucho!

(*A Margarita.*) Mucho...
(*A todos.*) Mucho. .

MEND. Escribid!

QUEV. Escribiré.
Que al surcar simples y mansos
las cortesanas espumas,
me han provisto ya de plumas
muchos, muchísimos gansos.
Y van dispuestos y prontos
en mi alquitara mental...
mil sonetos!

MEND. Mil! – Qué tal?
Sobre qué?

QUEV. Sobre los tontos.
Ya os tendré presente á vos. .
(*A todos.*)
La amistad... entre los dientes!..
Yo os tendré á todos presentes...

MARG. (*Con angustia.*)
(Ay!!)
(*Quevedo se detiene al movimiento de desesperacion que hace Margarita, la cual saluda á todos con una inclinacion de cabeza y se dirige á la gradería, profundamente afectada. Quevedo se dirige tambien á darla la mano para subir, despues de hacer á los cortesanos una seña, como si quisiera decirles: «Concluiré al punto.»*)

MARG. (*A Quevedo despidiéndose en la meseta y con profundo dolor.*)
Adios!

QUEV. (*Idem besándola la mano.*)
Adios!
(*Margarita entra por el fondo. Quevedo, despues de seguirla con la vista, baja lentamente las gradas. Los cortesanos se agolpan á él, que los detiene con un ademan imperioso. Todos callan, y Mendaña se frota las manos maliciosamente, como quien aguarda muchos chistes.*)

QUEV. (*A todos, con una risa violenta de amargo desprecio.*)
Adios!..
(*Quevedo atraviesa la escena, cálase el sombrero, se emboza y vase por la derecha; los cortesanos se miran unos á otros y cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

LA LOCURA DE AMOR.

DRAMA EN CINCO ACTOS

DE

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

MADRID : 1855.

Imprenta de F. Ablenzo,

Calle de Sta. Maria–32.

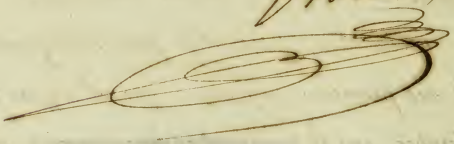
A D. Manuel Castellanos

en señal de agradecimiento

y fiel amistad

Manuel Tamayo

y Baus



Modelo de todas las virtudes conyugales para conmigo; dechado de piedad filial y de caridad cristiana para con mi bendita madre, mientras duró su última enfermedad, en su muerte y aun despues de su muerte; por ambos conceptos, Amalia mia, le pertenece entero mi corazon.

Una muger amante de su marido quise pintar en esta obra: los defectos y vicios de Doña Juana inventólos mi fantasía; copia, aunque imperfecta, son de las tuyas sus buenas cualidades.

Esta obra, pues, elijo para consignar en una de sus primeras páginas, que el esposo te amará siempre, que la gratitud y la veneracion que el hijo te debe serán eternas.

MANUEL.

A beneficio de la primera actriz DOÑA TEODORA LAMADRID se ha estrenado este drama en el Teatro del Príncipe á 12 de Enero de 1855.

Pertenece á su autor la propiedad de dicha obra, y nadie sin su licencia podrá representarla ni reimprimirla en España ni sus posesiones, ni en Francia y las suyas.

Llevarán todos los ejemplares marcas secretas.

PERSONAGES.	ACTORES.
La Reina doña Juana.	D.ª Teodora Lamadrid.
Aldara.	D.ª Maria Rodriguez.
Doña Elvira.	D.ª Joaquina Garcia.
El Rey don Felipe.	D. Joaquin Arjona.
El capitan don Alvar.	D. Victorino Tamayo y Baus.
El Almirante de Castilla. . .	D. José Ortiz.
Ludovico Marliano.	D. José Garcia.
Don Juan Manuel.	D. Vicente Jordan.
El Marqués de Villena. . . .	D. José Alisedo.
Don Filiberto de Vere.	D. Atanasio Maré.
Garci-Perez, mesonero.	D. Fernando Ossorio.
Hernan.	D.ª Antonia Segura.
Un page.	D. Mariano Serrano.
Un capitan de la G. de palacio.	D. N. N.
Una Moza del meson.	D.ª Juana Ridaura.
Dama 1.ª.	D.ª Elisa Molina.
Idem 2.ª.	D.ª Paulina Sotomayor.
Noble 1.º.	D. Emilio Alvarez.
Idem 2.º.	D. Felipe Iglesias.
Trajinante 1.º.	D. Fernando Cuello.
Idem 2.º.	D. José Bullon.
Idem 3.º.	D. Luis Cubas.

damas, grandes, prelados, médicos, pages, soldados castellanos, soldados flamencos, embozados y trajinantes.

Pasa la accion del primer acto en Tudela de Duero; la del segundo en un meson poco distante de Tudela; la de los tres restantes en el palacio del Condestable en Burgos.

1506.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio de Tudela de Duero. A la derecha dos puertas. A la izquierda una ventana en primer término; una puerta en el segundo; otra en el foro. Mesa, muebles propios de la época.

ESCENA PRIMERA.

El ALMIRANTE, don JUAN MANUEL.

ALMIRAN. Digeos, señor don Juan Manuel, que en vano quereis convencerme de que la Reina doña Juana está loca.

D. J. MAN. El dictámen de todos los médicos asi lo acredita.

ALMIRAN. No estimo infalible esa ciencia.

D. J. MAN. Pero ¡qué obstinacion la vuestra, Almirante! ¿Habia de querer privarse S. A. de esposa tan bella y tan amante como doña Juana, si su demencia no fuese cosa de todo punto segura? La mania de ponerse diariamente un mismo trage, hasta que deslucido y roto, por fuerza se lo quitan sus damas; el no probar vianda alguna durante dias enteros; el gustar de que cuando llueve le caiga el agua encima; el escaparse furtivamente de palacio para espiar á don Felipe; sus lágrimas intempestivas, sus infundados arrebatos de cólera, sus continuas estravagancias, ¿todo esto, en fin, no prueba suficientemente la deplorable perturbacion de sus sentidos?

ALMIRAN. Prueba todo eso, que cuando se sufre mucho se piensa poco; prueba que don Felipe de Austria no es mas digno de sentarse en el trono de la Reina doña Juana, que de ocupar el tálamo de muger semejante.

D. J. MAN. Agriamente le censurais.

ALMIRAN. Don Felipe, como hombre aficionado á deshonestos amorios, quiere librarse de una esposa que le cela; como rey ambicioso, de la que es reina propietaria de Castilla: no finjais ignorarlo. Y en Dios y en mi alma, que antes se me ha de acabar la vida, que la volun-

tad de cumplir con lo que juzgo deber sagrado de todo el que tenga en las venas sangre castellana.

D. J. Man. Vuestra terquedad y la de cuantos opinan como vos, serán causa de que la dolencia de doña Juana, que en la reclusion pudiera hallar remedio, se agrave mas y mas cada dia.

Almiran. Triste cosa fuera la vida si opinásemos todos de la propia manera.

D. J. Man. Claro se nota que obrais por instigaciones del duque de Alba, que aún se promete ver de nuevo al rey don Fernando en el trono de su hija.

Almiran. Por lo que mi conciencia me dicta, obro como veis, que no por agenas instigaciones. Con razon asegurais que el trono español pertenece á doña Juana, hija y sucesora de su madre Isabel. Procuraré evitar que traidoramente se le arrebate para que entero le ocupe su esposo el archiduque de Austria. Hartos desafueros cometen ya sus amados compatriotas, cuya codicia estimula grandemente la buena ley del oro de nuestra tierra.

D. J. Man. Conque, ¿debo responder á S. A...

Almiran. Respondedle que desconfie de mí, si otra vez atenta á la libertad de nuestra legítima y natural señora.

D. J. Man. Guárdeos el cielo.

Almiran. El os acompañe.

D. J. Man. (Tiempo perdido!)

Almiran. (Trabajo inútil, don Juan Manuel.)

ESCENA II.

El ALMIRANTE, un page, despues don ALVAR.

Page. Un caballero que dice ser el capitan don Alvar Estúñiga, desea ver al señor Almirante.

Almiran. ¡Aquí don Alvar! que venga al momento. (*Váse el page.*) Dichoso hallazgo por vida mia. Llegad acá, mi ilustre deudo, mi fiel amigo, llegad. (*Viendo aparecer á don Alvar en la puerta del foro.*)

D. Alvar. Pensé tener que asaltar el palacio como fortaleza enemiga.

ALMIRAN. ¿Y qué? ¿No quereis alargarme la mano?

D. ALVAR. A fé que la mano me parece poco, y que no me contento con nada menos que los brazos.

ALMIRAN. Vuestros son, ahora como siempre.

D. ALVAR. Años há que nos separó la fortuna.

ALMIRAN. Decidme cómo es que en Tudela de Duero os hallo; qué tal os ha ido por Italia. Contadas al amigo despues de la ausencia, se endulzan las penas y se aumentan las alegrias.

D. ALVAR. Antes sepa yo de vos la verdad de lo que por Castilla se suena.

ALMIRAN. La verdad es, que los flamencos se reparten pacíficamente los oficios públicos, y con todo especulan; que el hambre aflige al reino en tan gran manera, que las mas fértiles provincias tienen que surtirse de trigo estrangero; que el rey don Felipe exige del pueblo, en tales circunstancias, un servicio oneroso; y quiere encerrar á doña Juana, suponiendo que está demente, con el fin de quedarse solo en el trono, y dar rienda suelta á sus tiránicos desmanes y licenciosos estravios.

D. ALVAR. ¿Con que no hay tal locura? (*Con grande alegria.*)

ALMIRAN. Solo hay, hasta ahora, un desacordado amor que tal parece.

D. ALVAR. ¿Tanto ama á su marido?

ALMIRAN. No es posible encarecerlo.

D. ALVAR. ¿Y él la desdeña, la atormenta, la ultraja?

ALMIRAN. A toda hora sin piedad. Quiso dejarla en Mucientes, y partir solo á Valladolid. Ahora que á Búrgos nos dirigíamos, ha hecho alto en este pueblo para ver si logra dejarla aquí, y continuar solo el viaje. En Búrgos intentará de nuevo apartarla de su lado.

D. ALVAR. ¿Y no hay medio de poner coto á los abusos y tropelías de ese Archiduque de Austria, que Dios confunda?

ALMIRAN. Casi toda la grandeza le patrocina.

D. ALVAR. El pueblo le aborrece, y adora á la hija de la católica Isabel.

ALMIRAN. Doña Juana seria la primera en contrarestar cualquiera tentativa que en su pro y en contra de su marido

se hiciese. Pero, qué diablos, tiempo nos queda para hablar de estas cosas. Habladme de vos.

D. Alvar. Mi historia es sucinta. Que fui á Italia; que maté franceses, bajo las órdenes del Gran Capitan; que ha dos meses di la vuelta á Castilla, por cierto con bien mala fortuna.

Almiran. Pues ¿qué os sucedió?

D. Alvar. Abriéronseme con la fatiga del camino dos de mis mas recientes heridas, y en un meson, á corta distancia de este pueblo situado, me encontré sin poder seguir adelante. Hoy por vez primera salgo de mi fementido lecho.

Almiran. Restablecido completamente.

D. Alvar. Casi, casi.

Almiran. ¿Y á quién debeis vuestra curacion?

D. Alvar. Débosela á una muger.

Almiran. ¡Hola, hola! Dama tenemos de por medio.

D. Alvar. Sí, por desgracia mia: dama que me siguió á Italia; que á Castilla me ha seguido, y que en el tal meson se me apareció un dia, convertida en sobrina del mesonero.

Almiran. Emprendedora debe de ser.

D. Alvar. Su natural fogoso y arrebatado disculpa sus acciones; su peregrina condicion las autoriza.

Almiran. Pues ¿quién es ella?

D. Alvar. Es nada menos que la hija de un Rey.

Almiran. ¿Os burlais?

D. Alvar. No por mi vida. El Rey Zagal fue su padre.

Almiran. ¡Una mora, una hija del desdichado Rey de Granada!

D. Alvar. Fuera yo mas venturoso si nunca la hubiese conocido.

Almiran. ¿Por qué causa?

D. Alvar. Me adora, salvó con imponderable solicitud mi existencia; y yo en breve causaré su desgracia, rompiendo la cadena con que me tiene preso, y que no puedo ya soportar.

Almiran. ¿Es bonita?

D. Alvar. No cabe serlo mas.

Almiran. ¿Y en qué, entonces, se funda vuestro desamor?

D. Alvar. No acierto á deciros otra cosa sino que á una sola muger he podido amar en toda mi vida á una á quien solo raras veces he visto, y de quien estuve mucho tiempo alejado; á una, que ni sabe ni sabrá jamás los sentimientos que me inspira.

Almiran. ¿Y de veras creeis estar enamorado de esa dama?

D. Alvar. Si estoy enamorado, no lo podré asegurar firmemente. Ignoro si es amor el que vive de sí propio, solitario dentro del alma, y no es temor ni esperanza, ni deseo. Yo amo un recuerdo, una ilusion, una sombra. El sér que realmente existe, y que apareció varias veces ante mis ojos en el mundo como una de esas estrellas deslumbradoras que vemos correr y perderse en la inmensidad del cielo, convirtióse en mi fantasía en sér ideal; sér que me mira y me habla, que á todas partes me sigue, animando en la pelea mi brazo, purificando mi corazon en la paz; sér que siempre vivirá á mi lado, y recogerá piadoso mi último suspiro. No: no es este el amor que una muger nos inspira; es la adoracion que en silencio tributamos á nuestra santa predilecta. ¿Os sorprende oir tales palabras de boca de un guerrero, propio solamente para gozarse en el tumulto y los estragos del campo de batalla? Colocad en un vaso de hierro una flor virginal, y comprendereis lo que es este sentimiento purísimo en mi rudo corazon de soldado.

Almiran. Hombre mas extraño que vos no le hay en la tierra.

ESCENA III.

Dichos. MARLIANO.

Marliano. Deseaba veros, señor Almirante.

D. Alvar. Os dejo, pero no antes de suplicaros que solicitéis para mí una audiencia de S. A., mi señora.

Almiran. Dadla por conseguida, y quizá para hoy mismo.

D. Alvar. Regresaré á palacio dentro de una hora. (*Da la mano al Almirante, y se retira.*) (¡Al fin voy á volver á verla!) (*Váse por el foro.*)

MARLIANO. Acabo de hablar con la Reina: inútilmente he procurado decidirla á permanecer aquí, y dejar que el Rey partá sin ella á Búrgos. Tratad, como yo, de convencerla.

ALMIRAN. Marliano, ¿vos tambien habeis cedido á las amenazas ó á las dádivas del Rey?

MARLIANO. Aspiro, no á complacer al monarca, sino á salvar á mi noble enferma. Al lado del Rey tiene á cada instante nuevos motivos de angustia y desesperacion: quizá la soledad fuese alivio á sus padecimientos. Resuélvense entre el tumulto de los hombres las grandes alegrías; únicamente en la soledad, llena de la presencia de Dios, pueden resolverse los grandes dolores.

ALMIRAN. ¿Y quereis que en tanto que aquí permanece doña Juana, el Rey en Búrgos le usurpe su corona?

MARLIANO. ¡Es natural: vos hablais como hombre de Estado! yo como médico: vos pensais en la Reina; yo en la muger que sufre!

ESCENA IV.

Dichos, la REINA, y doña ELVIRA.

REINA. ¿Aún no ha vuelto?

MARLIANO. Aún no, Señora. Perdonadme si de nuevo os repito que el estado de vuestra salud...

REINA. Mi salud. ¿Por qué yo no he de poder ir á Búrgos? ¿Qué enfermedad es esa de que todo el mundo me habla, y cuyo nombre ignoro? ¡Ciencia miserable la vuestra, que se empeña en buscar en el cuerpo lo que está en el corazon! ¿En qué puede parecerse el quejido del enfermo al ay del desdichado? Guardad vuestros consejos y vuestros récipes para quien los necesite. A un corazon, solo otro puede curarlo.

DOÑA ELV. Tranquilizaos, señora.

REINA. Pero ¿no oyes que este insensato quiere curarme, separándome de él?

MARLIANO. No insisto; vuestro bien únicamente ambiciono.

REINA. Lo conozco, Marliano; y espero que en cuánto vuel-

va el Rey, le dirás que estoy buena, completamente buena, y que mañana mismo podemos continuar el viaje. ¡Oh, aquí estabais! (*Reparando en el Almirante.*)

ALMIRAN. Tengo que pedir una merced á V. A.

REINA. ¿Cuál?

ALMIRAN. La de que permitais besaros la mano á un antiguo y leal servidor, que desea volver á ver á su Reina.

REINA. ¿Quién es?

ALMIRAN. El capitan don Alvar de Estúñiga.

REINA. Me acuerdo de él. ¿Dónde ha estado?

ALMIRAN. En Italia.

REINA. Mi padre le estimaba mucho. Decidle que venga... Pero el Rey que no vuelve aún. ¡Hasta cuándo va á durar esa maldita caza! Id, señores, id á ver si recibis alguna noticia. (*Vánse el Almirante y Marliano por la puerta del foro.*)

ESCENA V.

La REINA, doña ELVIRA.

REINA. (*Asomándose á la ventana.*) Mira: ¿no distingues nada á lo lejos?

DOÑA ELV. Nada, señora.

REINA. Hoy tarda mas que de costumbre. ¿Le habrá sucedido algo?

DOÑA ELV. No hay por qué temer tal cosa.

REINA. Es verdad. Me alarmo sin motivo. Como á él no le importa que yo me inquiete y padezca...

DOÑA ELV. Ya sabeis, señora, que don Felipe es muy aficionado á la caza.

REINA. ¡La caza! ¿Crees tú que el rey estará cazando?

DOÑA ELV. Sin duda.

REINA. Puede ser. ¡Ojalá! No veo el instante de salir de Tudela.

DOÑA ELV. ¿Por qué motivo?

REINA. ¡Ay Elvira! Felipe me engaña; Felipe se ha enamorado aquí de alguna.

DOÑA ELV. ¡De alguna!

Reina. Sí: no sé de quien; pero siento en mi corazon que ama á otra; y tal es sin duda la causa de nuestra detencion en este pueblo.

Doña Elv. No parece sino que teneis gusto en atormentaros.

Reina. ¿A qué, para hacerme desconfiar de tí como de todos cuantos me cercan, tratas tambien de engañarme? Que el rey muchas veces fué traidor para conmigo, no lo ignoras. Hoy... Nada habia querido decirte, temiendo que como en otras ocasiones me reprendieses. Ya se ve, tú que no tienes celos no puedes comprender ciertas cosas. Pero ¿te parece justo, que habiéndome en tí deparado el cielo una amiga, ni aun el consuelo de ser participadas logren mis amarguras? ¿De qué me sirve entonces el cariño que me consagras? Vamos, ofréceme no reñirme y te contaré lo que recientemente he sabido.

Doña Elv. Hablad, señora: desahóguese el vuestro en este corazon que entero os pertenece.

Reina. Asi te reconozco, mi leal, mi cariñosa compañera. Pues bien: noté que todas las tardes... ¡Ah! (*Corriendo á la ventana.*) ¿Oiste? (*Volviendo al proscenio.*) No, nada, todavia no viene.

Doña Elv. Continuad.

Reina. Noté que todas las tardes salia el rey de palacio, y transcurrian por lo menos dos horas antes de que volviese. Ayer hice que mi buen page Hernan secretamente siguiera sus pasos.

Doña Elv. ¿Con que jamás se corregirá V. A.?

Reina. Has ofrecido no reñirme. El rey fué ayer tarde ¿á dónde dirás? No es posible que lo presumas. Fué á un meson que hay en los alrededores de este pueblo y se llama el del Toledano.

Doña Elv. ¿A un meson don Felipe?

Reina. ¿Y á qué puede ir él á un meson? Supiéralo ya si Hernan no se hubiese quedado á la puerta; pero el necio page temió que el rey le viera y le reconociese. ¡Ay Elvira! Por alguna muger va á semejante sitio. Solo me parece acertada esta conjetura.

Doña Elv. Ninguna puede serlo menos.

Reina. ¡Ojalá que yo me equivoque; ojalá Elvira, ojalá! A

bien, que pronto saldremos de dudas. Hoy Hernan penetrará en la posada.

DOÑA ELV. ¿Cómo, tratais de que tambien hoy siga á S. A.?

REINA. Si fuese lo que yo me imagino... De pensarlo nada mas, parece que se me acaba la vida.

DOÑA ELV. Considerad, señora, que en tal parage no puede haber mas que villanas.

REINA. Y qué, ¿las villanas no son mugeres como nosotras? Si mi esposo fuera villano ¿piensas que yo no le amaria?

DOÑA ELV. Debo evitar que cometais tales imprudencias.

REINA. ¿Sabes que quien no nos conociese, te tomaria por la señora? Que yo lo soy recuerda.

DOÑA ELV. Perdóneme V. A. si mi celo le enfada.

REINA. ¿A qué me obligas á decirte estas cosas? Vamos, perdóname tú.

DOÑA ELV. ¡Oh, no me avergonceis!

REINA. En esta ansiedad yo no podria vivir. Si me equivoco, ¿qué mayor ventura que un desengaño? Si no me equivoco, si Felipe ama á otra, ya ves que no es justo que yo siga adorándole. Muchas veces le perdoné; ya no le perdonaria. Segura estoy de aborrecerle, si es cierto que me engaña. La duda basta para hacérmele aborrecible. ¡Oh! (*Corriendo otra vez á la ventana.*) ¡Ahora si que es él! Ya ha vuelto, Elvira mia, ya ha vuelto. Mira, voy á recibirle. ¡Felipe de mi alma! (*Sale precipitadamente por la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

Doña ELVIRA, sola.

DOÑA ELV. ¿Tendrá razon? ¿La ofenderá el rey con algun otro vergonzoso amorío? ¿Se habrá prendado de una aldeana? Nada que malo sea estrañaria en la conducta de don Felipe. ¡Desdichada señora! Ya con él se acerca llena de júbilo. (*Entrase en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA VII.

El REY y la REINA.

REY. Lo que os he dicho nada mas: me empeñé en dar alcance á un maldito ciervo, cuyo rastro habiamos perdido tres veces.

REINA. Bien hicisteis; el ciervo era primero que yo.

REY. Nada hay para mí primero que vos en el mundo.

REINA. (¡Qué bien disimula!)

REY. (Puesto que conmigo ha de ir á Burgos, contenta me conviene llevarla.)

REINA. Supongo que ya no me privaréis hoy de vuestra presencia.

REY. En breve tendré que abandonaros, bien á pesar mio.

REINA. Y ved ahí cómo se prueba que nada hay para vos en el mundo primero que yo.

REY. ¡Qué infundadas reconvenciones! Cierto es que á veces no te consagro la solicitud que debiera; pero advierte que un Rey antes que á sí propio se debe á su pueblo: recuerda que hoy me veo cercado de adversarios temibles, combatido por tu mismo padre.

REINA. ¡Mi padre! ¿A qué me le nombras? ¡Mi padre, á quien hiciste salir de Castilla sin permitirle siquiera que me abrazase!

REY. Él no quiso verte.

REINA. ¡Un padre que no quiere ver á su hija! Eso no puede ser.

REY. Los médicos aseguraron ademas, que una sensacion tan viva cuando tan enferma te hallabas...

REINA. Siempre los médicos, siempre esa supuesta enfermedad que yo nunca he sentido. Tu amor es mi vida, Felipe: tu amor se extingue y mi vida tambien: la fe en tu amor y la vida se me acabarán á un mismo tiempo. Tu ingratitud es la que me mata.

REY. Di mas bien tus locas imaginaciones, tus injuriosas desconfianzas, que á ser menos grande mi cariño, le hubieran ya debilitado. Pero si alguna vez un justo resentimiento se apodera de mi corazon, ¡qué pronto con mayor ternura vuelvo á decirte: Juana mia, te amo!

REINA. ¿Por qué asi me hablas? ¿por qué me haces confiar en lo que no debo?

REY. ¿Por qué dudas tú de mis palabras?

REINA. ¿Por qué? Me has dicho que en breve tienes que abandonarme: dime la causa.

REY. ¿Cuál puede ser sino mis continuas ocupaciones?

REINA. ¿Y tendrás que volver á salir de Palacio?

REY. Tal creo.

REINA. ¿Para ir al meson?

REY. ¿Cómo? ¿qué dices?

REINA. No, no hay insensatez que iguale á la mia. ¡Qué bien me vendí!

REY. Esplicaos, Señora.

REINA. ¿Te parece que aún no me he esplicado bastante? ¿Qué te lleva á ese bienaventurado meson?

REY. (Lo ignora.)

REINA. Habla, responde, tómate siquiera el trabajo de engañarme.

REY. Imposible es que vivamos pacíficamente. A pesar del dictámen de todos tus médicos y de los repetidos consejos de tus mas fieles servidores, habia determinado que juntos partiésemos á Burgos mañana mismo...

REINA. ¿De veras? ¿Eso habias determinado?

REY. Pero otra cosa es la que á entrambos nos conviene: permanecerás en Tudela; partiré solo.

REINA. No, Felipe, no: partiremos juntos.

REY. Insistes en vano.

REINA. No me atormentes. Dime el motivo de tus visitas á la posada: dímelo y te creo.

REY. Por no entristecerte, lo he ocultado hasta ahora. Buen pago recibo.

REINA. ¿Acabarás de mortificarme?

REY. Un negocio de Estado es lo que me conduce á lugar semejante.

REINA. ¿Un negocio de Estado?

REY. Sí, señora, sí.

REINA. Bien; te creo: continúa.

REY. Trato de ganarme la voluntad de uno de los mas fervorosos amigos de tu padre.

REINA. ¿Del Duque de Alva?

REY. Justamente. Era su intencion promover alborotos para arrebatarnos la corona y devolvérsela al Rey don Fernando. Por fortuna ya ha empezado á darse á partido; pero temiendo que si aqui nos veian conferenciar se trasluciese la concordia y llegase á noticia del Rey, ha exigido que nuestras entrevistas se verifiquen secretamente donde menos pueda nadie imaginarse.

REINA. (¿Será cierto lo que me cuenta?)

REY. ¿Estás ya convencida de tu injusticia?

REINA. Sí; de todo lo que quieras. ¿Partiremos juntos mañana?

REY. ¿Quién, ingrata, mas que yo lo desea? Confia en tu esposo: nunca mas le ofendas dudando de su cariño.

REINA. ¿Sabes, Felipe, que ya está agotada mi resistencia, y me moriria de dolor si hoy creyese y tuviera que volver á dudar mañana? ¿Sabes que mi amor ha sido mas fuerte que el tiempo, mas poderoso que tus desdenes? ¿Sabes que en vez de debilitarse al convertirse en deber, se ha hecho mas grande á medida que se hacia mas santo? Te amé cuando te ví; más cuando me llamé esposa tuya; más cuando fui madre de tus hijos. Existe el que me dió el ser, existen las prendas de mis entrañas, hay un Dios en el cielo que á todos nos redimió con su sangre. Pues bien, óyelo y duélete de esta infeliz: en mí tiene celos la hija de la esposa, la madre de la esposa, celos de la esposa la misma cristiana. Sí, lo conozco, es un crímen: ofendo á la naturaleza y á Dios; por eso el cielo me castiga; pero ¡ay de mí! que no lo puedo remediar.

REY. Hasta el fondo de mi pecho penetran tus hermosas palabras. Ellas me animan á suplicarte de nuevo, que en Burgos como en Valladolid, permitas que yo solo gobierne los estados que poseemos juntos.

REINA. Soy Reina; ceñir la corona de mi madre Isabel es reinar sobre los Reyes; mas no ignoras cuánto desdeño yo esas grandezas, que, comparadas con el sentimiento que llena todo mi corazon, me parecen mez-

quinas. Dame en vez de una corona de diamantes, una corona de flores tegida por tu mano; en vez de régio alcazar, en donde siempre hay turbas inmensas interpuestas entre nosotros, una pobre choza en donde solo nosotros y nuestros hijos quepamos; en vez de dilatados imperios, un campo con algunos frutos, y una sepultura que pueda contener abrazados nuestros cuerpos; tu amor en vez del poder y la gloria, y yo creeré que estoy perdonada y paso del purgatorio al paraiso.

REY. ¡Juana idolatrada!

REINA. Oye: muchas veces se presenta á mis ojos en la inmensidad del vacio la veneranda sombra de mi madre Isabel, señalándome un mundo con la una mano y con la otra mano otro mundo; y veo que ambos se abrazan y que aquel ofrece á su hermano los tesoros de sus entrañas virginales, y que este le envia en larga recompensa el nombre de Dios flotando sobre las aguas. Y oigo que la voz de la reina Isabel me dice, piensa en tus sagrados deberes; y yo pienso en tí; ama á tu pueblo; y yo á tí te adoro; conserva mi herencia, auméntala si es posible, civiliza, regenera, salva; y mi corazon solo responde, amo en cada uno de sus latidos; y quiero llorar como reina arrepentida, y lloro como muger enamorada. ¿Qué mas? Si hoy bajara un ángel del cielo y me digese en mi mano está el remediar tu desgracia, deshaciendo lo hecho y volviéndote á la edad feliz en que aún no eras esposa, yo sin vacilar un punto le responderia, no, no, y mil veces no; quiero ser esposa de Felipe; quiero amarle, aun cuando él haya de aborrecerme; quiero sufrir por él y morir llamándole mio.

REY. Serénate y enjuga esas preciosas lágrimas.

REINA. Ahora son de felicidad.

REY. Ojalá entonces que siempre las vea yo en tu rostro. Don Juan Manuel me aguarda. Volveré para decirte adios.

REINA. Vé, Felipe mio, vé.

REY. (*Se retira y vuelve.*) ¿Con que me prometes no volver á estar celosa?

REINA. Te lo prometo.

REY. (A fé que voy avergonzado.) (*Entrase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

La REINA, á poco doña ELVIRA, un PAGE, luego despues don ALVAR.

REINA. Harto lo conozco: siempre nos ponemos en lo peor. Gracias, Dios santo, gracias.

DOÑA ELV. ¿Ya os encuentro sola?

REINA. Sí, Elvira.

DOÑA ELV. Y alegre á lo que noto.

REINA. Me equivocaba: mis celos eran injustos.

DOÑA ELV. Ahora deberia yo enojarme con V. A.

REINA. Terminó ya lo que á tí te enojaba; he ofrecido no volver á estar celosa.

DOÑA ELV. No saldria yo por fiadora de vuestra promesa.

REINA. Ríete en buen hora: ya verás si la cumplo.

DOÑA ELV. En vuestro aposento ha anunciado Hernan la llegada de ese don Alvar, á quien habeis concedido una audiencia.

REINA. Pues llama, y dí que á esta cámara le conduzcan.

DOÑA ELV. (*Asómase al cuarto de la derecha, hace una seña, y preséntase Hernan, el cual despues de oir algunas palabras que aquella en voz baja le dice, váse por la puerta del foro.*) Estais obedecida.

REINA. ¡Si vieras que mozo tan bizarro era cuando yo le conocí! Querrá pedirme alguna gracia: debo protegerle. ¡Hoy, mas que otros dias, siento tan grandes deseos de hacer bien! Cuando uno es feliz ¡cómo desea la felicidad de todos!

D. ALVAR. (*Presentándose en la puerta del foro.*) Si V. A. me otorga su vénia... (*A una señal entra, y permanece á respetuosa distancia.*)

REINA. Mucho celebro que hayais venido, capitan.

D. ALVAR. (¿Qué pasa por mí?)

REINA. Sé que habeis estado en Italia.

D. ALVAR. (*Reponiéndose.*) Sí, señora: en Italia he guerreado contra los enemigos del nombre español.

REINA. Gonzalo de Córdoba es el primer capitan del mundo.

D. ALVAR. ¡Qué no diera él por oir tal encomio de boca de V. A.!

REINA. ¿Se acuerda de mí?

D. ALVAR. ¿Cómo podriamos haber olvidado á la hija queridísima de nuestra señora la Reina Isabel?

REINA. ¡Verdad que me queria entrañablemente! ¿Recordais con que angelical donosura me llamaba señora suegra, por la estraña semejanza, que con mi abuela paterna tenia yo, al decir de cuantos la habian conocido?

D. ALVAR. No pronunció palabra delante de mí aquella bendita muger, que para siempre no esté fija en mi memoria.

REINA. ¿Mucho sentiriais su muerte, capitan?

D. ALVAR. No hubo en Italia soldado que no la llorase.

REINA. Juzgad si yo la lloraria; yo que ausente en apartadas tierras, ni siquiera tuve el consuelo de verla morir! Tengo, sí, el único que puede endulzar la amargura de un huérfano: el consuelo de saber que la madre que pierde se va derecha á la gloria.

D. ALVAR. (¿Cómo no amarla?)

REINA. El valor y la lealtad con que á mis padres habeis servido, reclaman premio. Pedidme alguna merced, don Alvar.

D. ALVAR. Consagrarme al servicio de V. A., seria para mí singular fortuna.

REINA. Mañana partimos á Burgos; en el palacio del condestable nos alojaremos. No dejeis de acercaros á nuestra persona. ¿Conoceis al Rey?

D. ALVAR. Nunca le he visto.

REINA. ¿Como nó, habitando en Tudela?

D. ALVAR. No habito en Tudela, señora.

REINA. ¡Ah! ¿En algun otro pueblo cercano?

D. ALVAR. En un meson poco distante, en donde ha dos meses me obligó á detenerme una grave dolencia.

REINA. (*Levantándose.*) ¿En un meson decís? ¿En el del Toledano quizá?

D. ALVAR. En ese mismo.

REINA. Habréis visto en él á dos caballeros que lo visitan diariamente.

D. ALVAR. A nadie he visto, por que hasta hoy no pude salir

de mi estancia; pero sí sé que un caballero flamenco frecuenta aquel parage.

REINA. Un caballero flamenco, que va allí á conferenciar con un caballero español.

D. ALVAR. El flamenco es solo quien va á la posada, y no ciertamente con ese objeto.

REINA. ¡Cómo!

DOÑA ELV. (¡Y habiais prometido no volver á tener celos!) (*Bajo á la Reina.*)

REINA. (Calla.) Y sepamos, ¿qué busca por allí?

D. ALVAR. ¿Qué busca? (*Sin saber qué debe contestar.*)

REINA. (No acierta á responderme.)

D. ALVAR. Nada... nada que importe á V. A.

REINA. Decidme la verdad, don Alvar; tambien las Reinas somos curiosas.

D. ALVAR. (*Titubeando.*) Aseguro á V. A. que no sé de cierto...

REINA. Mentís, capitan.

D. ALVAR. ¡Oh! (¡Que raro empeño!...)

REINA. Apuesto á que en el tal meson hay alguna beldad campesina, y á que el tal don Juan se ha prendado de ella.

D. ALVAR. En vano será que yo niegue lo que V. A. no ignora. Perdonad; no creí que estuviéseis tan bien informada.

REINA. (¡Madre de Dios! ¡Mentía, mentía!)

DOÑA ELV. (Ved que os observan.) (*Bajo á la Reina.*)

REINA. ¿Con que estaba bien informada? ¿Un amorío es lo que por allí le conduce?

D. ALVAR. Un mero galanteo, que terminará muy en breve.

REINA. ¿Sabeis capitan, que si no me hubieseis dicho verdad, correria grave riesgo vuestra cabeza?

D. ALVAR. ¡Señora!

REINA. Olvidad estas palabras, y retiraos.

D. ALVAR. ¿Me permite V. A. que le bese la mano?

REINA. Sí, tomad. (*Alargándole una mano, que don Alvar besa doblando la rodilla.*)

D. ALVAR. (¿Qué significa esto? ¡Dios mio! ¿Será cierto que está loca?) (*Saluda, y váse por la puerta del foro.*)

ESCENA IX.

La REINA, doña ELVIRA.

REINA. ¡Elvira, Elvira! (*Dejándose caer en un sitial desfallecida.*)

DOÑA ELV. Señora, volved en vos. ¿Quereis que llame?

REINA. No; detente. (*Levantándose con nuevo vigor.*) ¿Ves que hombre tan falso, tan inícuo? No hay palabras con que espresar lo que ese hombre es. ¡Si le hubieses escuchado!... Va á partir en busca de su amada. Yo tambien iré á verla.

DOÑA ELV. ¿Vos?

REINA. Sí, yo, yo contigo.

DOÑA ELV. ¿Qué intentais, señora?

REINA. No te me vengas ahora con réplicas ni amonestaciones: obedece y calla.

DOÑA ELV. Por compasion, oidme.

REINA. ¿Qué mas voz que la de mi oprobio quieres que oiga?

DOÑA ELV. El Rey.

REINA. Trae mantos.

DOÑA ELV. ¿Qué va á ser de esta desventurada? (*Entra en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA X.

La REINA y el REY.

REY. Vuelvo como te lo habia ofrecido, á decirte adios.

REINA. Por mí no te detengas. Vé y cumple, con tus deberes de soberano.

REY. Asi quisiera yo verte siempre.

REINA. Siempre me verás como ahora. Adios.

REY. ¿Qué? ¿No abrazas á tu esposo?

REINA. Con vida y alma. (*Abrazándole.*)

REY. ¿Te quedas contenta, eres feliz?

REINA. ¿Pues no estás viendo cómo me rio? ¿No he de ser feliz con un esposo como tú?

REY. Logré al fin que reconocieses tu error.

REINA. Por demas era injusta contigo.

REY. Adios, pues, Juana mia. (*Besándole una mano.*)

REINA. Adios mi adorado Felipe. (¡Adios miserable!) (*Váse el Rey por la puerta del foro.*)

ESCENA XI.

La REINA, y despues doña ELVIRA.

REINA. ¿Cómo se irá diciendo ahora: pobre muger, qué bien la engaño, qué bien sé fingir! ¡Con qué alegria exenta de todo recelo, correrá á lanzarse en los brazos de su querida! Juntos me parece ya verlos, clavados los ojos del uno en los del otro; con las manos enlazadas, exhalando tiernos suspiros de amor. ¡Oh! pronto en mí sola se fijarán sus miradas, á mí se dirigirán sus manos pidiendo compasion; los suspiros se cambiarán en grito de espanto. El lo quiere; sea, luchemos: en todas partes me encontrará, no tendrá un minuto de reposo; envenenaré todos sus placeres. Por Dios y los santos que ese hombre ha de soñar conmigo. Vamos, ya es hora. (*A doña Elvira que sale con mantos.*)

DOÑA ELV. ¿Aún insistís?

REINA. Sígueme.

DOÑA ELV. Aguardad á lo menos á que se disponga una litera.

REINA. ¿Para que los espias del Rey lo noten, y vayan y le avisen? Saldremos por esa puerta. (*Indicando la de la derecha en segundo término.*)

DOÑA ELV. ¡A pié! ¡Tan débil cómo estais!

REINA. ¿Yo débil ahora? Esta muger no sabe lo que se dice.

REINA. Recordad que vuestra frente ciñe una corona.

REINA. Sí, sí háblale en este momento de coronas á mi corazon.

DOÑA ELV. La Reina debiera dominar á la muger.

REINA. Yo no soy más que una muger celosa disfrazada de Reina.

DOÑA ELV. ¡Inspiradla, Dios santo!

REINA. Partiré sola.

DOÑA ELV. ¡Oh no! pronta estoy á seguiros.

REINA. Vamos ,entonces, á sorprender á los dichosos amantes. Ven á verlos separarse como palomas por el águila sorprendidas. (*Dirijese precipitadamente, seguida de Elvira, hácia la puerta de la derecha en segundo término.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cámara de un meson, puertas laterales, otra en el foro, por la cual se distingue un patio. A la derecha una escalera: súbese por ella á un corredor practicable que se estiende en el fondo de un estremo á otro del teatro. En el promedio de este corredor una puerta que da paso á la habitacion de Aldara. Mesa, sillas, bancos.

ESCENA PRIMERA.

EL MESONERO, TRAJINANTES 1.°, 2.°, 3.° y otros varios sentados alrededor de la mesa, despues la MOZA del meson.

TRAJ. 1.° Ay maese Garci-Perez, que no hay cosa mejor que un rey bueno, ni cosa peor que uno malo.

MESONER. Cierto, que asi como el bueno es imágen de Dios en la tierra, el malo solo puede ser imágen del demonio.

TRAJ. 2.° Y ahí teneis, que cuando los pobres se mueren de hambre, el Rey pide un servicio de cien cuentos de maravedís.

TRAJ. 3.° Y los flamencos que por acá se trajo, no dejan quieta moneda castellana en ageno bolsillo.

TRAJ. 1.° Grandemente se han aficionado, en efecto, los tales señores al oro de Castilla, y largos son de manos como anchos de conciencia.

MESONER. Para hacerles hueco y á fin de que pongan en feria lo que para sí no codicien, ha quitado el Rey á las ciudades sus corregidores y á los castillos sus alcaides, y sus generales á las fronteras.

TRAJ. 2.° Y á todo esto la Reina en celar á su marido se pasa la vida.

TRAJ. 3.° Cuentan que ha perdido el seso.

MESONER. Medrados estamos con Reina loca y Rey tan ligero de cascos.

TRAJ. 1.° Fuera doña Juana como su madre doña Isabel, y no

hiciera mas de cuatro cosas que hace ese Rey flamenco que el diablo se lleve.

TRAJ. 2.° Aquella si que fué toda una Reina.

MESONER. Ay amigos, la Reina Isabel fué conjunto maravilloso de todo lo bueno, que no parece sino que el cielo quiso reunir en un alma sola cuantas virtudes adoraron los hombres, repartidas entre los mejores monarcas de la tierra.

TRAJ. 3.° Y oí decir que lo mismo era para ella un conde ó duque que el mas miserable labriego.

TRAJ. 1.° Asi es la verdad, que un dia me eché á sus pies cuando salia de palacio, y mas me dió de lo que yo le pedí; y á mi Blasico, que allí conmigo estaba, le hizo una fiesta en el rostro. Ni mi Teresa ni yo podemos mirar desde entonces al renacuajo sin una especie de veneracion y respeto; y el dia que se cumplió un año de la muerte de S. A., la última moneda que en casa quedaba se empleó en dos hermosos cirios, que por el descanso de su alma estuvieron ardiendo hasta consumirse; y todos los años haremos lo mismo; y nuestro hijo lo hará con la gracia de Dios cuando nosotros faltemos.

TRAJ. 2.° Yo nunca le ví la cara á la Reina, porque un dia que pasó por mi lado quise mirarla; y levantar los ojos y volverlos á bajar sin saber lo que me pasaba, todo fué uno.

MESONER. Es que su merced tenia cara de vírgen.

TRAJ. 1.° Por ella nos vemos libres de esos perros moros que ultrajaban á Jesus Nazareno y á su bendita Madre.

TRAJ. 2.° Cubierta de hierro y espuesta á las inclemencias del cielo y á los peligros de las batallas, estuvo muchas veces la Reina Isabel así como el último de sus soldados.

TRAJ. 3.° Ella vendiendo sus joyas, hizo que aquel buen ginovés fuese á descubrir tierras para España.

MESONER. A ella debemos el poder hoy respirar sin temor de que los señores nos traten peor que á sus perros de caza.

TRAJ. 1.° Por ella somos algo en el mundo.

TRAJ. 2.° ¡Cuánto trabajó la pobre! ¡Cuánto pasaria por nosotros.

MESONER. ¡Qué! Si no tenia mas pio que hacer la dicha de su pueblo.

TRAJ. 3.° Y diz que murió como una santa.

MESONER. No es mucho que muera como santo quien como tal haya vivido.

TRAJ. 1.° Una muger así no debia morirse nunca. ¡Pobrecita!

MESONER. Vamos hombre, no te enternezcas que la cosa ya no tiene remedio.

TRAJ. 1.° Porque no tiene remedio lloro, que si lo tuviera, yo me dejaria matar porque ella resucitase.

MESONER. ¡Toma! Si con la vida agena se hubiera podido ir alargando la suya, aun viviera y viviria por los siglos de los siglos.

TRAJ. 2.° Hola: ¿parece que tambien su merced se ablanda?

MESONER. ¿Qué se le ha de hacer? No es uno de risco; y ya que con otra cosa no pudimos pagarle los pobres mientras vivió, justo es que despues de muerta le paguemos con lágrimas el bien que nos hizo; y á fé á fé que la buena señora, no desdeñará nuestro llanto desde el cielo.

TRAJ. 1.° Premie Dios sus virtudes, que él solo puede recompensarlas como es debido.

TODOS. ¡Dios la bendiga! ¡Dios la bendiga!

MESONER. Ea, ea, basta de pucheros; y vaya un padre nuestro por la gloria de su alma. (*El mesonero y todos los trajinantes se levantan, se quitan el sombrero, y permanecen en silencio breves instantes, como si estuvieran rezando.*) ¡Amen!

TODOS. ¡Amen! (*Todos se santiguan.*)

MESONER. Y ahora un trago.

TODOS. ¡Venga, venga! (*Escánciense vino.*)

MESONER. A la memoria de la mejor de las Reinas.

TODOS. A su memoria. (*Beben.*)

MOZA. (*Saliendo por el foro con un belon de Lucena, que coloca sobre la mesa.*) Alabado sea Dios.

TODOS. Bendito y alabado.

MOZA. La cena se enfria.

TRAJ. 1.° Santa palabra.

TODOS. A cenar, á cenar. (*Vánse los trajinantes por la puerta del foro seguidos de la moza.*)

ESCENA II.

El MESONERO y ALDARA, á quien momentos antes se habrá visto salir de su habitacion y bajar por la escalera.

ALDARA. ¿Qué hay Garci-Perez?

MESONER. Que su merced todavia no ha dado la vuelta.

ALDARA. (¡Oh!) ¿Y ese caballero flamenco que viene todos los dias á estas horas?

MESONER. Tampoco ha parecido.

ALDARA. Ya os dije que no quiero verle.

MESONER. Todo el mundo tiene derecho de entrar en el meson con tal de que pague al salir. Harto os sirvo haciendo creer á la gente que sois sobrina mia. Y temiéndome estoy que fragüe una de las suyas el diablo, y se descubra el enredo.

ALDARA. Poco permaneceré ya en vuestra casa. (*Hácele señal de que se retire.*)

MESONER. (¡Lástima es!) (*Váse por la puerta del foro.*)

ESCENA III.

ALDARA, despues don ALVAR.

ALDARA. Sí, lo conozco, nunca debí amar á un cristiano. Con razon me castigas, o Dios inexorable de mis abuelos. ¿Y si me hubiese engañado? ¿Hasta cuando he de estar engañándome á mí propia? Siempre he notado en él cierta misteriosa preocupacion, que en vano quise esplicarme; siempre ha habido una sombra interpuesta entre nosotros: que era la sombra de una muger, yo me lo imaginaba. ¿Y ahora, cómo dudarlo? Cuando supo la llegada de los reyes á Tudela, ¡qué agitacion la suya! Cuando la fiebre le embargaba los sentidos, ¡cómo le oí gritar: está en Tudela, voy á volverla á ver! Enfermo aún, no ha podido por mas tiempo vencer su afan, y ha volado á Tudela con riesgo de la vida. ¿Qué muger es esa? ¿Habrá venido con los Reyes? Cuitada yo, que juzgué posible que un hombre me amase eternamente. Él es.

D. Alvar. (*Saliendo por la puerta del foro.*) (Aquí está. ¿Cómo desengañarla?)

Aldara. ¿Llegásteis al fin?

D. Alvar. ¿Me recibís enojada porque he tardado? Nunca quisiera yo enojar á quien tanto hizo por mí. Os debo la vida.

Aldara. Mas que la vida os debí yo: la felicidad.

D. Alvar. Será mi gratitud eterna.

Aldara. ¿Gratitud me ofreceis?

D. Alvar. Decid: ¿vendrá tambien hoy el caballero que os corteja? Restablecido al fin, quiero pedirle cuenta de las molestias que os ha causado.

Aldara. Dejad en paz al tal caballero, y no con vanas apariencias intenteis deslumbrarme.

D. Alvar. No comprendo vuestras palabras.

Aldara. ¿A qué habeis ido á Tudela?

D. Alvar. ¿No os lo dije? A ver á mi deudo el Almirante de Castilla.

Aldara. ¿Y á ninguna otra persona habeis visto?

D. Alvar. Sí, á la Reina.

Aldara. ¿A la Reina?

D. Alvar. ¿Por qué os sorprende?

Aldara. ¿Es hermosa?

D. Alvar. Angel del cielo parece por el rostro y por el corazon.

Aldara. ¿Mucho la encomiais?

D. Alvar. Poco os pareceria si la conociéseis. Me ha ofrecido su proteccion.

Aldara. Bien la mereceis.

D. Alvar. Mañana mismo pienso partir á Burgos.

Aldara. ¿Parten mañana tambien sus altezas?

D. Alvar. Mañana.

Aldara. ¿Y solo con el Almirante y con la Reina habeis hablado?

D. Alvar. Solo con el Almirante y con la Reina.

Aldara. ¿Aseguran que doña Juana está loca?

D. Alvar. Falso: torpe calumnia divulgada por el Rey, que quiere apartarla de sí, desconociendo el tesoro que injustamente posee. Pero, por la espada del Gran Capitan, que aún hay castellanos prontos á morir, si es preciso, por defenderla.

ALDARA. Dios la confunda.

D. ALVAR. ¿Qué proferís?

ALDARA. Mal hicisteis en encomiar delante de mí, á quien tanto aborrezco.

D. ALVAR. ¿Que aborreceis á la Reina? ¿Por qué causa?

ALDARA. ¿A qué fingís ignorarlo? Hubo una muger que, haciendo derecho de la usurpacion y ley de la fuerza, subió á un trono que no le pertenecia: y todo fué poco para saciar su sed de poderío y de mando. Tendió su mirada de águila por la superficie de la tierra: vió un imperio compuesto de catorce ciudades y noventa y siete villas; vióle grandemente enriquecido por la fortuna, con insólito afan acariciado por la naturaleza; vióle y le deseó, y dijo: venga á mi mano. Dos Reyes disputábanse el cetro de aquel imperio: el vicio y el valor se lo disputaban. La astuta serpiente que para sí lo queria, amparó el primero contra el último; porque bien conoció que asi despues la victoria le seria mas fácil. Cayó mi valeroso padre el Rey Zagal; el Rey Chico volvió á ser dueño del trono; desplomáronse sobre Granada Aragon y Castilla; el Genil fué Guadalete para la media luna; brilló vencedora sobre las torres de la Alhambra la enseña de la cruz; y la ciudad hermosa, hija predilecta del Profeta, antes por la propia flaqueza rendida que por el valor ageno, dobló su coronada frente bajo la planta del cristiano. Mira como huye al Africa mi padre infeliz, á llorar la mengua de los hijos de Agar; cómo el bárbaro Rey de Fetz creyéndole cómplice de la derrota de Granada, le quema en venganza los ojos. Mírale mendigando el sustento preciso con un cartel pendiente del cuello en donde se lee: «éste es el desdichado Rey de Granada.» De sus ojos sin luz corren lágrimas de sangre; sus manos descarnadas se clavan en la frente, donde no encuentran la corona que buscan. Oye como grita al morir: «venganza contra la Reina Isabel, y contra toda su generacion.» ¡Y me preguntas, por qué aborrezco á la Reina doña Juana, á una hija de la Reina Isabel! ¿Ignoras que antes de conocerte, no

habia mas que anhelo de venganza en mi mente y en mi corazon? ¿Por qué te conocí? Quizá hubiera logrado la gloria de morir por odio á los cristianos, y no que hoy moriré, quizá, de amargura por haber amado á uno solo.

D. Alvar. ¡Aldara!

Aldara. Y sin embargo, ¿qué mas pude sacrificarle? ¿qué muger puede merecer el amor de un hombre, si yo no merezco el suyo? Te perdí, el Dios á quien ultrajé me rechaza. Nada me queda: la desesperacion nada mas.

D. Alvar. Aldara, tal arrebato me sorprende. Yo no he dicho que no os amo.

Aldara. Eso no es menester decirlo: se conoce, se ve, se siente.

D. Alvar. Los beneficios que de vos recibí, siempre vivirán grabados en mi pecho.

Aldara. ¿Otra vez vais á hablarme de gratitud? Antes bien, esplicadme la causa que os impide pagar mi amor con amor; decidme si es que amais á otra, á otra á quien sin duda en mucho tiempo no habréis visto, porque entonces sin remedio la hubiera visto yo tambien. ¿Acaso la creiais perdida ó muerta? ¿La habeis vuelto á encontrar por ventura, sin que yo sepa cuándo ni cómo? ¿En Tudela tal vez? Vamos, contadme todo esto. Si es cierto que amais á otra, yo no debo ignorarlo. No, si es cierto, que yo lo ignore siempre, porque seria capaz... seria capaz de matarla.

D. Alvar. ¡Matarla!

Aldara. Luego existe; existe.

D. Alvar. ¿Y suponiendo que existiese?..

Aldara. No me desafieis.

D. Alvar. ¿Cuáles son vuestros derechos sobre mí?

Aldara. Vos porque os he amado, teneis el de ultrajarme.

D. Alvar. Sabeis que no gusto de lágrimas ni lamentos. Espero que mañana con mas tranquilidad, podréis oirme y reconocer lo indebido de tan reiteradas inculpaciones. (*Entrase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

ALDARA sola, despues el REY.

ALDARA. ¡Y asi me deja, y partirá mañana mismo! Tiempo era ya de que el altivo cristiano humiliase á su esclava. Por un momento he pensado en la Reina... Imposible. ¿Por qué? Mil veces le escuché hablar de ella con entusiasmo singular. ¿Será otro amor el que creí amor del súbdito á la señora? ¿Cómo averiguar la verdad? ¿Pero ha de amar la Reina á este hombre; la Reina, que segun afirman idolatra á su esposo? ¿No puede tener engañado al mundo? ¿No puede Alvar, que desdeña mi afecto, amar á quien el suyo rechace? Le perdonaria que no me amara; que ame á otra no puedo, no quiero perdonárselo. ¡Oh! ¿Quién llega? (*Dirigiéndose hácia la escalera.*)

REY. (*Entrando por la puerta del foro y asiendo á Aldara de una mano.*) ¿Huyes de mí, Aldara encantadora?

ALDARA. Soltad.

REY. Por Dios, que no ví aldeana menos complaciente.

ALDARA. Ni yo mas necio caballero.

REY. ¿Necio me llamas?

ALDARA. Necio sois en perseguir á quien nunca habeis de alcanzar.

REY. Tiene en tí Garci-Perez una sobrina con humos de princesa.

ALDARA. Mas me acerco á princesa, que á sobrina de un mesonero.

REY. ¿Cómo?

ALDARA. Sabed la verdad: ya no tengo porque ocultarla; no soy sobrina de Garci-Perez.

REY. ¡Estraño misterio el que os rodea, señora! Con razon supuse que la condicion que aparentábais, no era la vuestra. Pues bien, yo no soy tampoco un simple hidalgo cual aqui se me cree, soy...

ALDARA. ¿Quién?

REY. Un prócer, un prócer flamenco de los mas esclarecidos.

ALDARA. (Este pudiera ayudarme.)

REY. Desde el dia que mi buena estrella me hizo pasar por delante de este meson, el veros es una necesidad de mi vida. Hasta qué punto logró subyugarme vuestra hermosura, no cabe ponderarlo. Mi corazon os pertenece, señora; por una palabra cariñosa de vuestros labios, diera mi fortuna, mi poder, parte de mi existencia. Tengo que partir á Burgos mañana...

ALDARA. ¿Con los Reyes acaso?

REY. Sí, con los Reyes. Seguidme, y exigid en cambio todo lo que querais; hasta lo que os parezca imposible.

ALDARA. ¿Tanto podeis?

REY. Cuanto quiero.

ALDARA. ¿Sois amigo del monarca?

REY. Mas que amigo.

ALDARA. ¿Su privado quizá?

REY. Puede decirse que el Rey y yo somos una misma persona.

ALDARA. ¿Y si á mí se me antojase frecuentar su palacio?

REY. Seriais dama de la Reina.

ALDARA. ¿Cómo, si por muy ilustre que fuese mi estirpe, yo no pudiera descubrirla?

REY. ¿No pasais aquí por sobrina de un mesonero? Mejor podriais pasar allá por deuda de algun conde ó marqués.

ALDARA. ¿Y vos, os dariais por bien pagado con la única dicha de verme?

REY. Sin duda.

ALDARA. Meditaré acerca de tal ofrecimiento.

REY. ¿Olvidais que tengo que partir mañana?

ALDARA. Por escrito os comunicaria mi resolucion.

REY. ¡Oh! nó, bien mio; fuerza es que os resolvais al momento. Mirad, á corta distancia del meson hay una litera en donde, escoltada por hombres de toda mi confianza, podeis emprender esta misma noche vuestro viage.

ALDARA. ¿Todo eso teneis preparado?

REY. Todo eso.

ALDARA. ¿Pensabais, quizá, sacarme de aqui por fuerza?

REY. Quizá.

ALDARA. Pues quizá no parta yo á Burgos en toda la vida. (*Alejándose.*)
REY. ¿Qué, asi os retirais? (*Tratando de detenerla.*)
ALDARA. Os he dicho que meditaré. (*Apartándose mas.*)
REY. ¡Señora! (*Siguiendola.*)
ALDARA. Tened un poco de paciencia. (*Sube por la escalera y entra en su cuarto.*)

ESCENA V.

El REY, á poco el MESONERO, despues la REINA y doña ELVIRA.

REY. Mejor dispuesta que esperaba la encuentro. Muchas veces he creido estar enamorado: por vida mia, que ahora va de veras. Su misteriosa condicion, sus repulsas contínuas, ese tenaz desden, á que no estoy acostumbrado, aumentan mas y mas la llama que arde por ella en mi pecho. Aseguremos el golpe. (*Dando porrazos sobre la mesa.*) ¡Hola! Mesonero de Barrabás, hola!
MESONER. (*Saliendo por la puerta del foro.*) ¿Qué se os ofrece?
REY. Venid acá, don bellaco, señor mesonero trapalon, señor tio postizo.
MESONER. ¡Eh!
REY. ¿Conque tan sobrinas vuestras son las que parecen serlo, como liebres las que por tales vendeis á vuestros parroquianos?
MESONER. ¿Pues qué, sabeis?...
REY. Todo lo sé; y escucha atentamente lo que voy á decirte.
MESONER. Ya escucho.
REY. ¿Qué gente hay en el meson?
MESONER. Unos trajinantes.
REY. ¿Qué hacen ahora?
MESONER. Dormir á pierna suelta.
REY. Bien; ¿y nadie mas?
MESONER. Sí, un capitan, un don Alvar de Estúñiga.
REY. ¿Ese, que segun he oido está enfermo?
MESONER. Justamente.
REY. (Ese, no puede estorbarme.)

MESONER. ¿Acabasteis ya de preguntar?

REY. Acabaron las preguntas; empiezan las órdenes.

MESONER. ¡Oiga!

REY. Primeramente dejarás á oscuras estas habitaciones.

MESONER. ¿Pues qué diablos vamos á hacer á oscuras?

REY. Lo verás sino ciegas.

MESONER. ¡Me gusta la aprension!

REY. Obedece aunque no te guste.

MESONER. ¡Por supuesto!

REY. Encerrarás despues, por allá adentro, á todos los mozos.

MESONER. Festivo humor traeis esta noche.

REY. Irás en seguida á abrir la puerta del corral, por donde entraré yo con cuatro embozados.

MESONER. Vaya, vaya, este hombre ha empinado hoy mas de lo justo.

REY. El objeto es sacar de aqui bien á bien, y sino mal á mal, á tu señora sobrina.

MESONER. ¿Habráse visto desfachatez semejante? Si no por otra cosa, por las intenciones se os conoceria que sois flamenco. Y como tenemos un Rey casquivano y antojadizo, parece que todos queremos sacar los pies del plato. ¿Qué apostamos á que aviso á los mozos, y á garrotazos os hacen salir del meson?

REY. Una sola cosa me resta que añadir.

MESONER. ¿Qué le resta que añadir á vuestra merced?

REY. Que como nada es verdad en tu meson endemoniado, tampoco yo soy lo que parezco.

MESONER. Y sepamos, ¿quién es vuestra señoria? ¿Algun truan con visos de caballero?

REY. Soy el Rey.

MESONER. ¡Jesucristo!... ¡El Rey!

REY. Y si no me obedeces ciegamente esta noche, mañana amanecerás ahorcado.

MESONER. Señor... yo... V. A...

REY. Nada mas tengo que decirte.

MESONER. (Bastante es.)

REINA. ¡Oh! (*Apareciendo con doña Elvira en la puerta del foro en el momento en que el Rey va á salir por*

ella. Ambas vienen completamente cubiertas con mantos.)

REY. Perdonad. (Nuevos huéspedes.) Mira. (*Acercándose de nuevo al Mesonero.*) Aloja á esas en habitaciones retiradas. (Todo saldrá bien.) (*Váse por la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

La REINA, doña ELVIRA y el MESONERO.

REINA. El Rey ya se va. Hemos llegado tarde.

MESONER. Y yo que le he dicho... (*Fijo en el proscenio absorto en sus meditaciones.*) ¡Quién se habia de figurar!.. En fin, que la robe, y buen provecho le haga.

REINA. ¿Que la robe? ¿A quién?

MESONER. ¿Calla, me oiais? Ya ni siquiera me acordaba...

REINA. ¿A quién va á robar ese caballero?

MESONER. A nadie.

REINA. Decias...

MESONER. Yo no decia nada. Vaya una curiosidad. ¿Quereis un cuarto? Pronto, decid, que tengo prisa.

REINA. ¡Vive Dios! Responde á lo que te pregunto.

MESONER. Tambien jura. Pues, ¡vive Cristo! que podeis continuar vuestro viage, porque no tengo donde alojaros.

REINA. ¿Volverá ese hombre esta noche?

MESONER. Dale, machaca. Ni que fuerais su muger.

REINA. Lo soy.

MESONER. ¿Vos su muger? Já, já, já!

DOÑA ELV. Respetad á esta dama.

MESONER. Pero si dice que el caballero que aqui estaba es su marido. Seria preciso que ella fuese nada menos que... (¡Chiton!)

REINA. ¿Sabeis quién es ese caballero?

MESONER. Vaya si lo sé; mejor que vos por lo visto.

REINA. ¿Sabeis que es el Rey?

MESONER. ¡Cómo!.. ¿vos?...

REINA. ¿No os he dicho que soy su esposa?

MESONER. ¿Que?..

REINA. ¡Miserable! Responde á la Reina.

MESONER. ¡La Reina! ¡Madre de los pecadores!

REINA. ¿Qué te ha dicho el Rey?

MESONER. Me ha dicho... me ha dicho...

REINA. ¿Qué? Acaba.

MESONER. Yo bien quisiera... pero la turbacion y él... V. A. me perdonará... ya se vé... como nunca me ví delante de una Reina...

REINA. Una Reina es una muger como todas las demas, y no tenemos tiempo que perder en asombros ni vanas demostraciones. Vamos, habla, dí.

MESONER. Pero es que si hablo, el Rey hará que me ahorquen mañana.

REINA. Y si no hablas, la Reina hará que te ahorquen esta noche.

MESONER. ¿Con que por fuerza me han de ahorcar?

REINA. Elige.

MESONER. Lo mismo me da ser ahorcado esta noche ó serlo mañana.

REINA. Por mi nombre te juro que nada tienes que temer si me revelas cuanto deseo.

MESONER. ¿De veras? ¿V. A. no me dejará luego en la estacada? Permítame V. A. que le bese los pies.

REINA. De nada respondo, si mas me apuras la paciencia.

MESONER. Pues bien, señora. Hay en el meson una jóven muy bonita, que se llama Aldara.

REINA. Bien; prosigue.

MESONER. El Rey... Ya se ve, un Rey como V. A. ha dicho muy bien, es un hombre como todos los demas. El enemigo malo anda siempre suelto... á veces el mas cuerdo la yerra... la muchacha vale un tesoro...

REINA. ¿Acabarás?

MESONER. En fin, un pecadillo venial, un antojillo que no debe estrañar á nadie.

REINA. ¿Qué mas? ¿Qué mas? Eso que decias antes, de robo.

MESONER. Eso: que se le ha antojado robarla esta noche, y quiere que yo prepare la fuga.

REINA. (¡Dios mio, Dios mio!) ¿Dónde tiene ella su cuarto?

MESONER. Aquel es, señora. (*Señalando á la puerta del corredor.*)

REINA. ¿Hay por aqui alguno vacio?

MESONER. Aquí hay uno bien acondicionado. (*Abriendo la puerta de la derecha.*)

REINA. Está bien. Anda y dí al Rey que ya puede venir por Aldara. (*El Mesonero se aleja un poco y vuelve.*)

MESONER. Me encargó S. A. que dejase á oscuras estas habitaciones. Si aquí ve luz, desde luego comprenderá el engaño.

REINA. No la verá. (*Aléjase de nuevo el mesonero y vuelve como antes.*)

MESONER. (*Hincándose de rodillas delante de la Reina.*) ¿Con que V. A. me asegura, que no corro peligro de ser ahorcado?

REINA. Ninguno, si al punto vas á cumplir mis órdenes.

MESONER. Volando voy. (Mucho cuesta el conocer á los Reyes; mejor me estuviera no haberlos conocido nunca.) (*Váse por la puerta del foro.*)

ESCENA VII.

La Reina y doña ELVIRA.

DOÑA ELV. Sentaos, señora, y recobrad las fuerzas perdidas.

REINA. La lluvia, el aire, el cansancio, la zozobra que me devoraba, todo ha contribuido á que las perdiese. Pero ya me siento bien, créelo Elvira.

DOÑA ELV. ¡Qué imprudencia, señora! En fin, ya no tiene remedio. Procurad no irritar sobradamente á don Felipe.

REINA. Va á venir; retírate á aquel aposento. Que no nos interrumpas te encargo.

DOÑA ELV. Confie en mi sumision V. A.

REINA. Llévate esa luz.

DOÑA ELV. ¡Sea la vírgen con nosotras! (*Entran por la puerta de la derecha llevándose la luz.*)

ESCENA VIII.

La REINA sola, despues el REY y EMBOZADOS. Luego don ALVAR, ALDARA y doña ELVIRA.

REINA. Allí está esa muger. ¿Será muy hermosa? Verla

puedo ahora mismo. ¿Qué hago? No: esperemos aquí á Felipe. ¿Se atreverá á mentir todavía? ¡Cómo me voy á gozar en su sorpresa, en su turbacion, en su cólera. Dia es este para mí de triunfo; momento es este que me indemniza de las amarguras soportadas en muchos años. ¡Oh, pasos oigo. ¿Serán los suyos? ¡Cuáles otros pudieran retumbar así en el fondo de mis entrañas!

REY. (*Hablando desde la puerta del foro.*) Quedaos ahí; aguardad á que os llame.

REINA. (¿Qué me sucede? ¿Es esta la fortaleza con que contaba?)

REY. Subamos á su cuarto. (*Al dirigirse á la escalera que conduce al cuarto de Aldara, repara en la Reina.*) ¡Oh, allí distingo una muger!

REINA. (Se detiene.)

REY. (*Acercándose.*) Aldara, ¿sois vos?

REINA. ¿Qué haré, qué haré?

REY. Aldara. (*Asiendo una mano á la Reina.*) (No retira su mano.)

REINA. (¡Valor!)

REY. No quereis responderme.

REINA. Ja! ja! ja!.. (*Prorumpe en ruidosa carcajada, como habiendo tomado una resolucion.*)

REY. ¿Os burlais de mí?

REINA. Ja! ja! ja!

REY. ¡Cielos, no es ella! ¿Quién entonces? ¿Quién sois? Responded. Luces, Ferran, luces.

REINA. Pensé que me verias con los ojos del corazon.

REY. ¿Esta voz?.. Deteneos. (*Toma la luz de mano de uno de los embozados que se presentan en la puerta del foro, y despues de ordenarles que allí permanezcan, se acerca precipitadamente á doña Juana.*) ¡La Reina, la Reina aquí!

REINA. ¿Dónde mejor puede estar la Reina que al lado del Rey?

REY. (*Dirigiéndose á los embozados, despues de dejar la luz sobre la mesa.*) Salid todos: aguardadme lejos de este recinto. Nadie penetre en él, suceda lo que quiera. Cuando os necesite saldré á buscaros. (*Vánse*

los embozados, y el Rey cierra la puerta del foro.)
¿Quereis decirme, Señora, por qué razon os encuentro aquí?

REINA. ¿No lo adivinas?

REY. Quiero que vos me lo digais.

REINA. Vengo á darte ayuda en el negocio de Estado que te trae á este sitio.

REY. (¿Qué dice?)

REINA. Sí; quiero hablar con ese magnate á quien das audiencia secreta en este meson todos los dias. Por lo visto no has logrado aún granjearte su afecto, y el rebelde persiste en su idea de promover trastornos en contra tuya. Pues bien: sabrá de mi boca que lejos de ofenderme y tiranizarme, cada dia me das pruebas mas patentes de amor y respeto; que en vez de oprimir y vejar á Castilla, por su bien te desvives; que todo lo malo que de tí se cuenta, en fin, son calumnias fraguadas por tus enemigos; y puesto que ellos han elegido mi nombre por bandera, justo es que yo misma me encargue de justificarte á la faz del mundo entero, publicando tus virtudes de esposo y de rey. ¿Qué te parece? ¿Está mal pensado? No contará seguramente con mi venida el buen duque de Alba. Gran golpe vamos á dar á los partidarios de mi padre. Tiempo era ya de que España te conociese como yo te conozco.

REY. (¿Qué debo pensar?)

REINA. Dime, ante todo: ¿que muger es esa que has nombrado al entrar aquí?

REY. Es la sobrina del mesonero.

REINA. ¿Y para qué la buscabas?

REY. Para preguntarle si habia venido ya el duque.

REINA. Y para eso era menester asirle una mano.

REY. Como no se me respondia; traté de cerciorarme...

REINA. ¿Sabes que el oficio de Rey no es tan fácil como parece?

REY. Cuesta efectivamente grandes amarguras.

REINA. ¡Pobre Felipe! ¡Cuántas humillaciones, cuántos afanes, por evitar que la sangre de tus vasallos corra en contienda civil!

REY. Celebro que me hagais justicia.

REINA. ¿Que si te hago justicia? Mas de lo que supones. ¿Qué creyera otra muger, á quien se le hubiese dicho que solo á cortejar á una jóven bonita vienes á este meson, y que esta misma noche tratabas de robarla? Creyéralo verdad, y al verte aquí llamando á una muger en medio de las tinieblas, no vacilara en darte nombre de falso, de perjuro, de traidor...

REY. ¡Doña Juana!

REINA. Mas ni por un instante te supuse yo capaz de tanta villanía.

REY. Basta, Señora.

REINA. Yo he cerrado á la evidencia los ojos y los oidos, y solo doy crédito á lo que tú me dices.

REY. ¡Señora!

REINA. Insensato, ¿no conocias que me estaba burlando de tí?

REY. Me asombra tanta audacia. ¿Y pensais que yo he de someterme á esa vergonzosa tutela que sobre mí quereis ejercer?

REINA. ¿Y pensais vos que yo he de permitir que se me ultraje impunemente?

REY. Tranquilizaos, ante todo.

REINA. ¿Tranquilizarme? Antes hubiera sido oportuno semejante consejo; pero ahora que con mi presencia logro arrebatarte el bien que anhelabas, ahora tú eres el que padece, yo soy dichosa; tú el que tiembla, yo sosegada me encuentro. El dolor tiene tambien su alegria; tambien la desesperacion tiene su tranquilidad.

REY. Pero ved que semejantes locuras pueden ser mal interpretadas y poneis en riesgo mi honor.

REINA. ¿De tu honor te atreves á hablarme? ¿Y el mio? ¡El honor de los hombres!.. Tambien nosotras tenemos nuestro orgullo, nuestros derechos, nuestro honor. Guardadora del tuyo, aquí vine para reclamar que guardes el mio. Mentira; no hizo Dios el pudor patrimonio esclusivo de la muger.

REY. Engañada vivís, si creeis que asi se conquista el afecto de un esposo.

REINA. Si lo que yo quiero es que me aborrezcas; y como mi amor es tu castigo, yo te amaré mas cada dia; siempre mas.

REY. El amor que me teneis, señora, raya en estravagancia, en locura, y al fin llegará á ser mofa de la gente.

REINA. ¿Mofa de la gente el amor que te tengo? Oh, sí: natural es que una muger ame á un galan; pero ¿hay nada tan estravagante como una muger que ama años y años á su marido? El amor ilegítimo, el amor adúltero, ese es amor: el amor legítimo y santo, ese no es amor, es rareza, estravagancia, locura.

REY. Volveos á Tudela, señora; yo os daré quien os acompañe.

REINA. ¿Qué mas?

REY. Vuestra temeridad necesita un correctivo...

REINA. No hay perfidia que no sea insolente.

REY. Repito que las apariencias os engañan.

REINA. Siempre la mentira en tu boca.

REY. Básteos ver como me ultrajais, y cómo yo lo tolero.

REINA. Siempre la hipocresía en tu alma.

REY. ¿Quereis oir la verdad? Oidla: vuestro amor es un yugo que se me va haciendo insoportable.

REINA. Óyelo y sufre: te amo.

REY. Paso, señora. Voy á buscar á esa dama.

REINA. Cómo ¿os atreveriais?..

REY. A todo.

REINA. No me obligues á publicar aquí tu mengua.

REY. Sola estais á mi lado.

REINA. Gritaré.

REY. Nadie responderá á vuestras voces.

REINA. Lo veremos. ¡Favor... socorro!..

REY. Ved lo que haceis.

REINA. Tú lo has querido.

REY. ¡Silencio, desdichada!

REINA. ¡Socorro; favor á la Reina!

ALVAR. ¡Cielos, qué miro! (*Presentándose en la puerta de su cuarto, y reconociendo á la Reina.*) ¡Miserable! (*Desnudando la espada, y corriendo hácia el Rey.*)

REINA. ¡Eh! ¿Quién sois? ¿Qué quereis? (*Cubriendo al Rey con su cuerpo.*)

D. Alvar. Su muerte.

Rey. ¡Villano! (*Poniendo mano á su acero.*)

Reina. ¿Su muerte? ¿Matarle á él? A mí primero. Atrás. Yo le amparo, yo le escudo. De rodillas, capitan, de rodillas. ¡Es mi esposo, es el Rey!

D. Alvar. ¡El Rey! (*Doblando la rodilla.*)

Aldara. ¡La Reina! (*Saliendo de su cuarto, y asomándose por el corredor con una lámpara en la mano.*)

El Rey dirige al capitan una mirada amenazadora, con la mano puesta aún en el pomo de la espada; la Reina llena de espanto, no deja de cubrir al Rey con su cuerpo; don Alvar á alguna distancia, de rodillas, humillando su acero á los pies de la Reina; Aldara asomada en el centro del corredor; doña Elvira á la puerta del aposento en que antes habia entrado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon del palacio del Condestable en Burgos. Tres puertas al foro; otras laterales; supónese que la de la derecha conduce á las habitaciones del Rey, y la de la izquierda á las de doña Juana. Dos mesas: una de ellas á la izquierda, cerca del proscenio.

ESCENA PRIMERA.

Don JUAN MANUEL, el marques de VILLENA, despues VERE, luego el ALMIRANTE y varios nobles; en seguida otros, y á poco MARLIANO.

D. J. MAN. Como os lo cuento, Pacheco amigo. Y es lo mas peregrino del caso, que la Reina en estos breves dias ha cobrado mucho afecto á su encubierta competidora.

MARQUÉS. No ví hombre menos escrupuloso que el Rey para este linage de aventuras. Caro paga doña Juana los celos con que tan á la continua le aburre. ¿Y á punto fijo se sabe el nombre y condicion de esa misteriosa beldad, hoy por vos convertida en dama de la Reina?

D. J. MAN. Supuesto es el nombre que ahora lleva de doña Beatriz: Aldara llamábase anteriormente. Su verdadera condicion aun el mismo don Felipe la ignora.

MARQUÉS. ¿Y no temeis que doña Juana trasluzca el engaño?

D. J. MAN. Difícil es. Como deuda mia presenté á Aldara en palacio, y logré que al propio tiempo que á otras, la admitiese la Reina en su servidumbre. Tal, escepto nosotros, la cree todo el mundo.

MARQUÉS. ¿Qué hay, señor de Vere? (*A Vere que sale del cuarto del Rey.*) ¿Ha participado ya don Felipe á los grandes su acuerdo de recluir á la Reina?

VERE. Y no se ha oido la nueva con tanto agrado como ambos suponiais.

D. J. Man. No os alarmeis tan pronto. Seguro estoy de que muchos cumplirán el ofrecimiento que sellaron con sus firmas, de amparar al Rey en caso de que fuese preciso encerrar á doña Juana, y de que el pueblo no llevase á bien esta grave resolucion. Sobrarán medios para triunfar de los que hoy se muestran rehacios.

Vere. S. A. ha derramado ya á manos llenas mercedes y premios. El toison de oro de su casa de Borgoña pende ya del cuello de muchos nobles y ricos-hombres de Castilla.

D. J. Man. Aun no ha hecho bastante.

Vere. De vuestro celo, señores, fia S. A. el buen logro de sus planes. Una Reina loca es obstáculo invencible á la buena gobernacion de la monarquia. En don Felipe tendrán los castellanos un Rey justo y valeroso, y vosotros un amigo siempre dócil á los sanos consejos.

Marqués. Justo es sin duda ninguna, que á mí me ha ofrecido devolverme las tierras del marquesado de Villena, que indebidamente me quitó la Reina Isabel.

Vere. Tiene, sin embargo, impertérritos enemigos. Varios grandes le amenazan desde Andalucía; el de Alba no perdona medio de combatirle; el Almirante...

D. J. Man. Vedle ahí.

Almiran. ¿Sabeis señores, (*Saliendo por el foro con otros nobles.*) de qué se trata esta mañana en la estancia del Rey?

D. J. Man. El Rey, señor Almirante, ha decidido recluir á su infeliz esposa, hasta que el cielo se sirva devolverle el juicio que perdió; y en este punto participa á los grandes su acuerdo.

Almiran. Pues á fé, que ese incalificable empeño del Rey Archiduque, le ha de acarrear grandes males.

D. J. Man. Empeño incalificable el vuestro, y el de los que como vos, niegan lo que ya está fuera de duda.

Vere. S. A. obra cual debe, señor Almirante.

Almiran. No hay porque me sorprenda, señor mayordomo del Rey, el que la turba estrangera, capitaneada por vos, quiera hacer propiedad de don Felipe el trono castellano; que siendo vuestro generoso compatriota único

señor de estos reinos, mas impunemente como á tierra conquistada los tratariais.

VERE. ¡Caballero!

D. J. MAN. Válgate Dios por áspero y desabrido.

NOBLE 1.° El Rey exige demasiado. (*Saliendo con otros del cuarto del Rey.*)

NOBLE 2.° Nosotros, señores, estimamos acertada su determinacion.

D. J. MAN. Inhábil doña Juana para reinar, ¿á quién si no á él pertenece la corona durante la menor edad del príncipe don Cárlos?

ALMIRAN. Cuenta con lo que prometeis, caballeros: en córtes únicamente pudiera adoptarse medida de tanta trascendencia. Las de Valladolid, siguiendo el ejemplo de las de Toro, solo reconocieron por Reina propietaria de Castilia á la hija de Isabel y Fernando. Los procuradores de las ciudades no dieron crédito á la torpe calumnia con que hoy de nuevo se aspira á destronarla. ¿Serán los próceres del reino menos leales? Don Felipe quiere oponer vuestra fuerza al encono del pueblo. ¿Patrocinaréis vosotros la usurpacion y la injusticia?

VERE. ¿Eso decís en palacio?

ALMIRAN. Tambien en palacio debe decirse la verdad. Los que no teman esponerse al enojo del príncipe borgoñon, acudan hoy conmigo á una entrevista que pediremos á la Reina. Veréis todos, que merece serlo; que su cordura escede con mucho á la de los que se empeñan en hacernos creer que para siempre la ha perdido.

MARLIANO. (*Saliendo tambien del cuarto del Rey.*) Su médico soy, vivo constantemente á su lado y opino de la propia manera. (*Murmullos entre los cortesanos.*)

NOBLE 1.° Acudiré á esa entrevista con vos, Almirante.

NOBLE 2.° Tambien nosotros.

ALMIRAN. Os buscaré despues, señores. (*Váse por el foro, seguido de algunos.*)

MARLIANO. Don Juan Manuel, S. A. manda que reunais el Consejo.

D. J. MAN. Voy á convocarlo.

VERE. Temo que ahora tampoco se logre el objeto.
MARQUÉS. Desconfiado sois por demas.

ESCENA II.

MARLIANO; despues la REINA y doña ELVIRA.

MARLIANO. ¡Que yo afirme como verdad lo que sé que es mentira! mal me conoces, Rey injusto. Si mis insignes compañeros deponen su conciencia á tus plantas, movidos por temor ó codicia, nunca yo seguiré ejemplo tan vergonzoso.
REINA. (*Saliendo de su cuarto con doña Elvira.*) No lo dudes, Elvira: el Rey confia en mí demasiado.
MARLIANO. V. A. sigue bien, ¿no es cierto?
REINA. Tres veces me lo habeis preguntado ya esta mañana.
MARLIANO. Vuestra salud es para mí inestimable tesoro. (*Saluda y váse.*)

ESCENA III.

La REINA y doña ELVIRA.

REINA. Pues sí, Elvira: la escesiva confianza perjudica al amor.
DOÑA ELV. Desechad, señora, tal idea de vuestra mente.
REINA. Ya ves, que ahora Felipe se muestra para conmigo mas solícito que nunca, y permanece largo tiempo á mi lado. Que no mira al capitan con buenos ojos, es evidente: algo debe de haber conocido. ¿Si por este medio lograse recuperar su afecto?
DOÑA ELV. Creedme: estais cometiendo, cuando menos, una imprudencia.
REINA. ¡Qué prudentes sois los dichosos! A no serlo me autoriza la desgracia; y el noble fin que me propongo, harto me sirve de disculpa. Estímase doblemente un bien si tememos perderlo. Tema el que siempre ha confiado. Lo que no conseguí sufriendo por él, quizá mortificando su vanidad lo consiga. Olvidaríale si pu-

diese; pero no puedo, ni debo. No es solo mi esposo, es tambien el padre de mis hijos. No solo para mi trato de ganarme su corazon, sino tambien para los hijos de mis estrañas.

DOÑA ELV. Con todo, si don Alvar interpretase indebidamente vuestras afectuosas demostraciones...

REINA. Asi quizá las interpretaria un cortesano; él ni por pienso: la vida de los campamentos no pervierte el corazon, como la vida de los palacios. Para el buen Alvar no soy una muger; no soy mas que la Reina. Inspirar celos á Felipe. ¡Ventura envidiable la mia si lo consiguiese! ¿Qué quieres? adoro á mi marido; es una desgracia que no tiene remedio. Mucho me ofendió; no importa, todo se lo perdono con tal de que no me engañe otra vez. ¿Cuándo piensas que volverá Hernan?

DOÑA ELV. Hoy le aguardo.

REINA. Ya siento haberle enviado á ese maldito meson. Sin causa temí que el Rey hubiese traido esa muger á Burgos. Ahora apenas sale de palacio, y no sale nunca sin que yo sepa despues á donde ha ido. Lo conozco; soy escesivamente celosa. Segura estoy de que Hernan ha visto allí á esa Aldara que tanto daño me causó.

DOÑA ELV. Verla debisteis, ya que por ella fuimos á la posada.

REINA. ¿Cuándo? Con Felipe abandonamos aquel sitio, no bien don Alvar acudió á defenderme.

DOÑA ELV. Don Alvar, que desnudó contra el Rey su acero.

REINA. Ignorando quien fuese. El Rey le perdonó y le admite en palacio.

DOÑA ELV. Pero ya tiene un motivo de resentimiento contra él. En grave riesgo poneis al capitan, dando á S. A. nuevo motivo de saña.

REINA. ¡Oh! en último estremo le diria la verdad. ¿Y doña Beatriz? ¿cómo es que todavia no ha venido á saludarme?

DOÑA ELV. ¿Por qué tan pronto habeis cobrado aficion á esa dama?

REINA. Qué se yo: miento; lo sé: rubor me cuesta el confesártelo. La aprecio porque detesta á mi marido. No

pierde ocasion de zaherirle: en muchas he tenido que enojarme con ella.

DOÑA ELV. (¿Me habré equivocado?)

REINA. Mira (*Asomándose á un agimez.*) como por allí se pasea meditabundo don Alvar. En su Gran Capitan estará pensando, que nunca se le cae de la boca.

ESCENA IV.

DICHAS y ALDARA; despues el REY.

ALDARA. (¿Que mirará con tanta atencion? (*Colocándose detras de la Reina y mirando como ella por la ventana.*) ¡Oh! ¡A él le mira, á él!)

REINA. Os vemos por fin esta mañana, señora.

ALDARA. ¿Cómo ha pasado V. A. la noche?

REINA. Bien: muy bien. ¿Y vos? ¿Me parece que estais algo pálida? ¿Os sentis mal?

ALDARA. No señora.

REINA. Despues de Elvira, sois de todas mis damas la que yo mas estimo, y cualquiera dolencia vuestra me afligiria mucho.

ALDARA. Sois por estremo bondadosa.

REINA. Y sin embargo, la ninguna voluntad que mostrais por mi esposo, debiera ciertamente enagenaros la mia.

ALDARA. ¿V. A. supone?...

REINA. ¿Si creereis que no lo he notado?

ALDARA. Perdonad si mi tibieza... Procuraré enmendarme.

REINA. Oh no, al contrario... (*Reprimiéndose.*) Os perdono, os perdono.

DOÑA ELV. (*Bajo á la Reina.*) (S. A., señora.)

REINA. (¡Ah! ven.) (*Se acerca de nuevo al agimez; doña Elvira la sigue.*)

ALDARA. (Vuelve á la ventana.)

REY. ¿Aquí estabais? (*Con vehemencia saliendo de su habitacion.*)

ALDARA. Reparad!... (*Mostrándole la Reina.*)

REY. (¡Ah! La Reina.)

REINA. Es dechado de nobles y valerosos caballeros.

REY. ¿A quién se dirigen tales alabanzas? (*Acercándose á ella.*)

REINA. ¡Oh! ¿Sois vos? (*Fingiendo sorpresa y sobresalto.*)
ALDARA. (Se turba.)
REY. ¿A don Alvar se dirigen acaso? (*Mirando tambien hácia dentro.*)
REINA. Ciertamente, á don Alvar.
REY. Estaba impaciente por veros.
REINA. Mejor me siento que de costumbre. (*Retirándose.*)
REY. ¿Os vais?
REINA. Si no disponeis otra cosa...
REY. No os detengo.
REINA. (Paréceme que no finjo mal.) (*A doña Elvira, al irse con ella.*)

ESCENA V.

EL REY y ALDARA.

REY. ¡Cambio mas peregrino! Dijérase que doña Juana esquiva ahora mi presencia.
ALDARA. ¿Eso habeis observado?
REY. Hace dias.
ALDARA. (¡Cruel certidumbre!)
REY. Pocos instantes puedo permanecer aquí: mi Consejo me espera. Triste de mí, que en no viéndoos, parece que me falta la vida.
ALDARA. ¿Cuándo partirá la Reina?
REY. ¡Y qué mal me pagais! En vano suplico, en vano sufro, en vano me desespero: á un tiempo crecen mi amor y vuestro desvío.
ALDARA. ¿Cuándo partirá la Reina?
REY. Pronto; de eso vamos á tratar en el Consejo. Pero, ¿es posible que tengais celos de doña Juana?
ALDARA. ¿Que si tengo celos de doña Juana? Sí; tengo celos de vuestra esposa.
REY. Luego, ¿tanto me amais?
ALDARA. Amo, amo, á pesar mio.
REY. ¿A pesar vuestro, ingrata? Pues ¿qué no hice yo para merecer vuestro cariño? Quisisteis venir á Palacio, ser dama de la Reina: ya está cumplido vuestro anhelo. Por vos, antes de lo que fuera oportuno,

voy á realizar mi designio de alejarla para siempre de mi lado. Os amo, y no me prevalí todavia del derecho que me da vuestro amor, ni del poder que me da mi corona. Hablad; decidme vuestro nombre; yo haré que al punto recobre su esplendor primitivo, si como á suponerlo me induce vuestra tenaz reserva, alguna mancha le deslustra. No hay mancha que no lave la gracia del Rey. Rey de España es quien os adora rendido. Cien y cien estados escucharán de rodillas la palabra de vuestra boca; por satisfacer los deseos de vuestro corazon séres innumerables se agitarán en toda la superficie de la tierra.

ALDARA. Temo que tambien, como la Reina, hayais perdido el juicio.

REY. Celos tengo tambien como ella, celos de cuantos miro á vuestro lado; y sobre todo de ese hombre que en el mismo meson que vos habitaba, de ese hombre que tuvo la osadia de desnudar contra mí su acero; y por el cual la Reina y vos á una habeis intercedido.

ALDARA. Señor, me prometisteis no tener celos de ese hombre.

REY. Porque me asegurasteis que no piensa en vos, que suspira por otra.

ALDARA. Y de nuevo os lo aseguro. ¿Estais satisfecho?

REY. Perdonadme, Aldara; tiemblo, dudo, porque me parece imposible que haya quien os vea y no os adore.

ALDARA. Señor, recordad que os estan aguardando.

REY. ¿Me amais?

ALDARA. ¿A qué repetirlo?

REY. ¿Y cuando me daréis una prueba de vuestro amor?

ALDARA. Haced que parta pronto la Reina.

REY. Hasta luego, bien mio, no tardaré. (*Váse.*)

ESCENA VI.

ALDARA, y á poco don ALVAR.

ALDARA. Y decia la pérfida que amaba á su marido. ¡Que pronto le olvidó! Raza mezquina, de nada grande capaz, ni de nada eterno. Las hijas del Profeta sí que sabemos amar y aborrecer.

D. Alvar. (*Saliendo por el foro derecha.*) Os buscaba, señora.

Aldara. ¿Hoy me buscais, cuando ayer de mi os alejábais?

D. Alvar. Hora es ya de que medie una esplicacion entre nosotros. ¿Que haceis aquí?

Aldara. Vengarme.

D. Alvar. ¿De quién?

Aldara. De la Reina.

D. Alvar. Que el Rey trata de encerrarla en un castillo acabo de oir. Ufanaos con el título de favorita de un Rey; meditad planes de venganza: pérfida astucia que yo sabré descubrir; inícua trama que yo sabré desbaratar.

Aldara. ¡Don Alvar!

D. Alvar. Disculpad mi arrebato, y reconoced vuestra injusticia. ¿Qué seguridad teneis de que yo ame á la Reina?

Aldara. ¿Y quién piensa en vos? En una hija de la Reina Isabel vengo á mi padre; en una Reina cristiana vengo á mi raza entera.

D. Alvar. Revelaré á doña Juana vuestro designio.

Aldara. Eso acelerará su pérdida.

D. Alvar. Oh, señora, si es cierto que alguna vez me habeis amado, desistid de tan indigno propósito. Huid de este palacio donde solo la ignominia os aguarda.

Aldara. Para nada os cureis de mí, caballero. Ni el Rey ha vencido ni vencerá nunca mi fortaleza.

D. Alvar. ¿Y á que con apariencia de iniquidad encubrir la nobleza de vuestro carácter? Si un dia pudisteis dar entrada al rencor en vuestro pecho, tiempo hace que para siempre quedó en él borrado por otros sentimientos mas puros.

Aldara. En vos amaba á un cristiano; por vos los hubiera amado á todos, renunciando á mi Dios y adorando en el vuestro.

D. Alvar. Considerad, pues, entonces por lo que á vos os hace sufrir una vana imaginacion, lo que sufrirá esa desdichada Reina, si al fin descubre la perfidia del hombre á quien ciega idolatra.

Aldara. ¿Tambien vos quereis hacerme creer que la Reina está enamorada de su marido?

D. Alvar. ¿Quién sino vos lo niega? Abrid los ojos á la razon,

sed piadosa. Creo en lo que me habeis dicho, creo que aun sois digna de mi estimacion. Pues bien, huyamos juntos, convertíos á la fé del Salvador; y ¿qué mas? seré vuestro esposo. Mañana mismo huirémos de aquí; ¿que digo mañana? hoy, sin tardanza, al punto.

ALDARA. ¿Pero no veis insensato, que cada una de vuestras palabras es un puñal que se me clava en el corazon? ¿No véis que mas y mas me estais probando el inmenso amor que esa muger os inspira? Por ella veo humedecerse vuestros ojos, y oigo vuestra voz acongojada; por ella deponeis ante mí vuestra altivez; por ella consentís en ser esposo de tan miserable criatura como yo. Dierais contento, por evitarle el menor disgusto, vuestra espada de soldado, vuestro honor de caballero, vuestra sangre, vuestra vida; todo por ella. Y probándome esto ¿quereis aplacarme? ¿Qué ha hecho esa muger, qué hechizo ha empleado para conquistar semejante idolatría? Y yo...: yo que os adoro... Idos; dejadme. Necesito llorar, y antes me moriré que llorar delante de vos!

D. ALVAR. Lágrimas que os venden revelando vuestra generosa ternura. Aún mereceis reposo y dicha: huyamos, Aldara. De todo punto son infundados vuestros temores.

ALDARA. Mirad, aqui hay un libro de los Santos Evangelios. Dicen que ningun cristiano jura en falso, si jura con la mano puesta sobre este libro. (*Tomále de encima de una mesa.*) Poned sobre él la vuestra, y juradme que no amais á doña Juana. (*Le abre y se le presenta á don Alvar.*)

D. ALVAR. (¡Cielos!) Amo en ella á la Reina.

ALDARA. Jurad que no á la muger.

D. ALVAR. ¿Dudais de mis palabras?

ALDARA. Sí; dudo.

D. ALVAR. Me ofendeis sin motivo.

ALDARA. Jurad.

D. ALVAR. (Perdóname, Dios eterno.) Puesto que asi lo quereis... (*Poniendo la mano sobre el libro.*)

ALDARA. Jurad.

D. Alvar. Juro... ¡Oh! ¡Nunca! ¡Imposible! (*Alejándose con religioso pavor.*)

Aldara. ¡Ay de vos! ¡Ay de la Reina! (*Cerrando el libro, y volviéndolo á dejar en la mesa en que estaba.*)

ESCENA VII.

DICHOS y la REINA; despues el REY.

Reina. ¿Por qué no habeis ido á buscarme, mi querida Beatriz? ¿Os ha entretenido acaso vuestro pariente don Juan Manuel?

Aldara. No; ahora iba á buscar á V. A. (*Procurando ocultar su agitacion.*)

Reina. Guárdeos el cielo, don Alvar.

D. Alvar. Si V. A. me da su permiso...

Reina. ¿Por qué quereis retiraros? Grata me es la presencia de mis leales servidores.

Aldara. (Adrede me insulta.)

Reina. Oí decir que en el juego de ajedrez sois invencible. Veamos vuestra destreza. (*Sentándose cerca de la mesa situada á la izquierda del proscenio; en ella habrá un juego de agedrez.*)

D. Alvar. Considerad, señora, que no soy digno de la honra que quereis dispensarme.

Reina. Vamos; no os turbeis: yo no gusto de exagerados miramientos; olvidaos de que soy la Reina, y no tengais compasion conmigo.

Aldara. (¡Qué insoportable humillacion!)

D. Alvar. (Qué fatalidad!) (*Sentándose.*)

Aldara. (¡Ah! ¡El Rey!) (*Viéndole aparecer.*)

Reina. (Le esperaba.) (*Empieza á jugar y lo mismo don Alvar.*)

Rey. Plácemé, doña Juana, que asi honreis al capitan.

D. Alvar. Señor, la merced que la Reina me otorga...

Reina. Es muy merecida: la nobleza de vuestra cuna os autoriza á estar á mi lado; la de vuestro corazon os hace acreedor á mis bondades. El que es amigo del Gran Capitan bien puede serlo nuestro.

Rey. Mal empezais don Alvar. (*Reparando en el juego.*)

REINA. Está muy turbado, y hace ademas porque yo le gane.

REY. No me esperaba esta ventura. (*Acercándose á Aldara, que está de pie en el estremo opuesto del escenario.*)

ALDARA. Hablemos, señor, hablemos de nuestro mútuo cariño.

REY. Ved; felizmente ni siquiera repara en mí doña Juana.

ALDARA. (En otro pone su atencion.) (*Siguen hablando en voz baja.*)

REINA. Cuéntase capitan, que en la batalla de Cerinola hicísteis prodigios de valor, viéndoos en ella cara á cara con el mismo duque de Nemours.

D. ALVAR. ¡Bravo caudillo! Nada menos que la espada del Gran Capitan se necesitaba para vencerle.

ALDARA. ¿Qué se ha decidido en el Consejo?

REY. La reclusion de doña Juana, es cosa resuelta.

D. ALVAR. (Temo por la Reina... ¿Qué debo hacer?)

REINA. Distraido estais, don Alvar.

D. ALVAR. Perdonad. (*Siguen jugando.*)

REY. Concededme la entrevista que os pido.

ALDARA. (¡Le mira! ¡Le mira!) (*Sin apartar los ojos de la mesa en donde estan la Reina y don Alvar.*)

REINA. (Yo le haré que sospeche.)

REY. ¿No me ois, Aldara?

ALDARA. ¿Como no, señor?... (¡Y él será tan dichoso en este momento!)

REY. Teneis clavados los ojos en el capitan.

REINA. (Mira hácia aqui.) (*Por el Rey.*)

ALDARA. Bien haceis en estar celoso de don Alvar.

REY. ¿Os burlais?

ALDARA. No á fé; con motivo recelabais.

REY. ¿Sabeis señora, que no tendria piedad con él, ni con vos tampoco?

REINA. (Inquieto está; habla acaloradamente.) (*Observando al Rey.*)

D. ALVAR. (Algo trama: esa muger es capaz de todo.) (*Observando á Aldara.*)

ALDARA. Yo ni remotamente me figuraba... Pero es lo cierto que me ama en secreto y que hoy me ha declarado su amor.

REY. ¡Vive Cristo! (*En voz alta y dando un paso hácia donde está don Alvar sin poder contenerse.*)

REINA. ¡Oh! ¿qué teneis? (*Levántándose.*)

ALDARA. (Reportaos.)

REY. Nada, no es nada; continuad vuestro juego.

REINA. (Qué miradas lanza al capitan. ¿Estará ya celoso? (*Con alegria, y vuelve á sentarse.*)

D. ALVAR. (Procura perderme.)

REY. (Difícilmente me reprimo.)

ALDARA. Nada de escándalos, señor. Buscad un pretesto de enojo contra él, y enviadle otra vez á Italia.

REY. Ahora mismo. (*Dirígese hácia la mesa y observa el juego.*)

ALDARA. (Ella aquí, él en Italia, y aún no me parece que estarán bastante separados, ni yo vengada como deseo.)

REY. ¿Cómo es eso, don Alvar, á dar mate al Rey aspirais nada menos?

REINA. Aún creo que le tengo seguro.

REY. Por lo visto los soldados del Gran Capitan de manera ninguna quieren dejarse vencer. Y á propósito del Gran Capitan, ¡lástima es que tan hábil guerrero peque de avariento y ambicioso!

D. ALVAR. ¿Quién lo asegura?

REY. Sus famosas cuentas prueban que no le era posible darlas de los caudales que á Italia se le habian enviado.

D. ALVAR. Prueban que un soldado como él, no ha de dar cuentas á sus reyes con la pluma, sino con la espada.

REY. En cuanto á lo de que es ambicioso, claro lo demuestra su proyecto de hacerse rey en el territorio conquistado.

REINA. (Quiere promover una cuestion.)

D. ALVAR. (*Levántandose.*) Al Rey don Fernando de Castilla pertenecia ese territorio; mintió quien acusase de traidor á Gonzalo de Córdoba.

REY. ¡Vive Dios! ¿Que miento decís? (*Levántase la Reina.*)

D. ALVAR. No se dirigen á V. A. mis palabras.

REY. Hé aquí lo que se logra con fijar una mirada de benevolencia en estos audaces aventureros.

D. ALVAR. (¡Delante de ella!)

REY. Porque nos hemos dignado tenderle una mano protectora y honrarle con nuestra confianza, ya se atreve á desmentirnos, á insultarnos públicamente.

D. ALVAR. (¡Qué oprobio!)

REINA. (¡Pobre capitan!)

ALDARA. (Sufra como yo.)

D. ALVAR. Señor...

REY. Silencio. Tres dias os doy de término para que salgais de Burgos. Volveréis á Italia á pedir al Gran Capitan el precio de las buenas ausencias que os debe.

REINA. (Le aleja de mí.) (*Con gran satisfaccion.*)

D. ALVAR. Saldré de Burgos dentro de tres dias; sufriré mi destierro. No pediré á Gonzalo de Córdoba un salario por lo que en su pro he dicho á V. A., que harto, honrando á quien lo merece, se honra uno á sí propio. Aventurero me habeis llamado: razon teneis. Acuchilladas estan escritas en todo mi cuerpo mis aventuras por mano de moros y franceses. Vuestros beneficios me habeis echado en cara; yo sin embargo los agradezco, y para pagarlos dignamente juzgo poco mi vida. Colme Dios la vuestra de felicidades, señor. Adelánteos á vos, señora, en la tierra, alguna de las que á su lado en el cielo os aguardan. (*Váse.*)

ALDARA. (Para mí ni un insulto, ni una mirada de desprecio.)

REINA. Os habeis escedido señor; permitidme que en vuestro nombre le perdone.

REY. Harto hice con perdonarle la vida.

REINA. Sois injusto, cruel. No toleraré que asi se le castigue.

REY. ¿Cometeriais la imprudencia de revocar mis órdenes?

REINA. Acceded á mis ruegos. Rogadle vos tambien, Beatriz.

REY. Todo seria en vano: sabeis cual es mi voluntad. (*Váse.*)

REINA. La cólera del Rey debe tener otro motivo. Con intencion ha ofendido á Gonzalo de Córdoba delante de don Alvar. ¿Qué pensais vos Beatriz?

ALDARA. Presumo que el Rey está celoso. (*Con pérfida intencion.*)
REINA. ¿Vos tambien lo habeis notado? Yo me lo temia.
ALDARA. (¡Cree ser la causa! ¿Qué prueba mayor?)
REINA. Menester es que le desengañe.
ALDARA. (¡Cómo se vende! Bien hice: que parta.) (*Váse.*)

ESCENA VIII.

La REINA y doña ELVIRA; á poco HERNAN, y despues un page.

REINA. Ven Elvira, ven y abraza á tu Reina. Mírame. ¿No te parezco otra? ¿No te anuncian mis ojos, mi voz, que mi esposo me ama? ¿Qué te decia yo? Ha desterrado al capitan para alejarle de mí. ¡Pobre capitan! Será preciso indemnizarle de esta mala ventura. Dios eterno, y yo te pedí algunas veces la muerte. ¡Como desconfié tan pronto de tu justicia! Sí, Elvira, sí: está furioso; tiene celos, celos que yo le inspiro. ¡Ves qué felicidad tan grande!
DOÑA ELV. ¿Luego nada hay ya que temer?
REINA. Nada.
DOÑA ELV. Pues venia á anunciaros el regreso de Hernan: aquí llega.
REINA. Inútilmente ha viajado.
DOÑA ELV. Le diré que se retire.
HERNAN. ¿V. A. me da su vénia?
REINA. Sí, acércate. ¿Vuelves ahora del meson á donde te envié? ¿Y qué, allí habrás visto á la muger cuyo paradero debias indagar? Bien, nada mas quiero saber. Recompensaré tus servicios. Vete, déjanos.
HERNAN. La muger que allí pasaba por sobrina del mesonero, y que segun éste afirma, debia de ser alguna dama principal, no está ya en el meson como V. A. supone.
REINA. ¿Que era dama principal? ¿Que no está ya en aquel sitio? ¿Pues dónde? Tú lo habrás averiguado.
HERNAN. Gracias al oro que V. A. me dió, sé que en una litera fue conducida á Burgos.
REINA. ¿Aquí está? (*Interrumpiéndole.*)
HERNAN. Vínose tan luego como recibió una carta en respuesta

á otra suya que un mensagero habia traido á esta ciudad con encargo de hacer que secretamente llegase á manos del Rey.

REINA. ¡Ha escrito al Rey! ¿Oyes Elvira?

DOÑA ELV. Quien sabe con qué objeto.

REINA. Imposible que yo goce un dia entero de tranquilidad. (*A doña Elvira llevándosela aparte.*) Aldara en Burgos... Una carta suya para el Rey... ¿Conservará aún Felipe esa carta? El es muy aficionado á conservar estas cosas. No hay mueble en su cuarto que yo no conozca y pueda abrir. A estar el dichoso papel en alguno de ellos...

PAGE. (*Presentándose en la puerta del foro.*) El Almirante y varios señores que le acompañan, piden audiencia.

REINA. Ahora no: que vengan despues; dentro de un rato. (*Váse el page.*) En probar ¿qué pierdo? (*Dirigiendose al cuarto del Rey.*)

DOÑA ELV. ¿Qué vais á hacer señora?

REINA. ¿Quieres que no haga nada, que asi me esté? Y quién sabe... muchas veces engañan las apariencias. Verás cómo no encuentro carta ninguna. ¡Si la hallase!... ¡Si la hallase!... (*Entrase en el cuarto de don Felipe.*)

ESCENA IX.

Doña ELVIRA y HERNAN.

DOÑA ELV. ¿Estás seguro de todo lo que á la Reina has contado?

HERNAN. Dije lo que á mí me dijeron. ¡Pobre señora! Bien comprendo por qué tenia tanto empeño en averiguar el paradero de esa dama.

DOÑA ELV. Calla si lo comprendes.

HERNAN. No temais, no cometeré ninguna imprudencia.

DOÑA ELV. Orígen puede ser la mas leve de grandes males.

HERNAN. Conocida os es mi lealtad, doña Elvira.

DOÑA ELV. Sé que eres adicto á la Reina.

HERNAN. Por deber y por inclinacion, que es mi señora un ángel del cielo. En palacio vuelve á asegurarse que ha perdido el juicio.

DOÑA ELV. Silencio: si te oyera, ese golpe la mataria.

HERNAN. Mejor fuera hacerle conocer de una vez al señor Rey don Felipe.

DOÑA ELV. Retírate.

HERNAN. ¡Cómo viene! (*Mirando hácia la puerta del cuarto del Rey.*)

DOÑA ELV. Retírate, Hernan. (*Váse Hernan por el foro.*)

ESCENA X.

La REINA y doña ELVIRA.

REINA. No me habia engañado; mira: la carta de esa muger. Derecha fui á donde estaba.

DOÑA ELV. ¿Será posible?

REINA. He querido leerla. Mis ojos se han clavado en ella, pero nada han visto.

DOÑA ELV. No la leais.

REINA. ¿Que no la lea? ¡Dios mio! Tú no has amado nunca; nunca has estado celosa; no tienes corazon. ¿Que no la lea? ¿Para qué la he buscado entonces? Mira, mira como te obedezco. (*Leyendo.*) «Señor: que yo seria dama de la Reina, en cuanto os lo pidiese, me fué por vos otorgado. Quién, buscándome solícito, descendió del palacio á la posada, súbame hoy de la posada al palacio. La dama del meson.» Y el Rey contestó,... y esa muger está aqui; en palacio, cerca de mi persona!... ¡Oh! no lo creo... No lo quiero creer.

DOÑA ELV. Sosegaos, señora.

REINA. Parece que no sabes decir mas que eso. ¿No oyes que está aquí? Entre ellos me interpuse un dia, y él en venganza me la trae á mi propia casa. Por fuerza ese hombre ha olvidado que yo aqui soy la reina; que ni él mismo está libre de mi furor. ¡Y supuse que me amaba; que tenia celos de mí! ¿Hay simpleza como la de una muger enamorada? ¡Qué bien se habrán reido á mi costa! De ambos debo tomar venganza. ¿Por cuál empezaré...? una venganza que no desmerezca del agravio. Corre; llama al Rey... No: escucha... (*Deteniéndola.*) Antes conviene... Vamos; vamos... si no me tranquilizo no haremos cosa de provecho. Mal-

dito corazon, que jamas ha de obedecerme... Si; ya estoy tranquila... Conviene... ¿Qué te decia yo?...

DOÑA ELV. (Acabarán con su razon y con su vida.)

REINA. Conviene... ¡Ah! (*Como recordando.*) Conviene averiguar cuál de mis damas es la querida del Rey. Casi todas aqui en Burgos han entrado á servirme... Esta carta me pone en camino de dar con ella. Haciendo que todas escriban delante de mí... cotejando los escritos... Ya ves que aun puedo discurrir. Vé, y avísalas: que al punto vengan á esta cámara, al punto... Dime: (*Deteniéndola otra vez.*) lo que esa muger ha hecho es un crímen. Debe haber alguna ley que castigue estos delitos; debe haberla ¿No es verdad? Y si no la hay, yo la inventaré. ¿No soy la Reina? Para algo ha de servirle á una ser soberana de un reino compuesto de muchos y de un nuevo mundo además. Se han burlado de la muger virtuosa y amante. Por Cristo que se van á llevar chasco muy solemne cuando la vean convertirse en Reina vengativa. ¿Qué me vas á decir? (*A doña Elvira, que hace ademan de ir á hablarle.*) ¿Otro desatino? Calla. No quiero oirte. Corre: trae á todas mis damas. ¡Ay de ti si cometes la menor imprudencia!... ¿Quién viene? ¿Qué hombres son esos? (*Viendo aparecer en el foro al Almirante y los grandes.*)

DOÑA ELV. Son los grandes que desean hablaros. (*Váse por la izquierda.*)

REINA. ¡Ah! Sí, ya me acuerdo. (*Cambiando repentinamente de tono.*) Adelante, señores, adelante, y seais bien venidos.

ESCENA XI.

LA REINA, el ALMIRANTE, don JUAN MANUEL, el marqués de VILLENA, VERE, nobles 1.° y 2.° y otros; despues doña ELVIRA y damas de la Reina.

ALMIRAN. Veremos si está loca. (*A los que con él vienen, que se colocan en el lado derecho del escenario.*) Un penoso deber (*Acercándose á la Reina.*) nos conduce, señora, á vuestra presencia.

REINA. ¿Pues qué ocurre?

ALMIRAN. Grandes males amenazan á todo el reino; solo V. A. puede evitarlos.

REINA. Hablad: mi madre me legó por herencia el amor que tuvo á su pueblo.

ALMIRAN. ¿Oís? (*A los nobles con íntima satisfaccion.*) (*A la Reina.*) Intervenid, señora, en la gobernacion de vuestros estados, sino quereis presenciar su ruina. Vos sois la Reina propietaria.

REINA. ¿Verdad que sí? Yo soy la Reina, la única señora.

ALMIRAN. ¿Y á qué callarlo? El Rey abusa de la ternura que como fiel esposa le tributais.

REINA. Decís bien, Almirante, el Rey es el mas inícuo de todos los hombres.

ALMIRAN. Ne he dicho eso, señora. (*Sorprendido y titubeando.*)

REINA. Lo digo yo; es igual.

ALMIRAN. (¡Cielos!) (*Rumores de estrañeza. Sonrisas maliciosas de don Juan Manuel, del marqués de Villena y Vere.*)

REINA. (¡Cuándo acabarán de venir!)

ALMIRAN. Señora, los flamencos saquean y tiranizan á Castilla. El Rey exige el servicio otorgado en Valladolid; y el hambre en tanto hace estragos terribles en vuestro pueblo.

REINA. ¿Conque mi pueblo tiene hambre? ¿Y los flamencos se enriquecen? ¿Y el Rey... ¡Ah! por fin. (*Viendo entrar á Elvira seguida de sus damas. Quédanse estas en el lado izquierdo.*) ¿Vienen todas? (*A Elvira.*)

DOÑA ELV. Doña Beatriz estaba en su aposento; ya he mandado que la avisen.

REINA. (¿Cuál de estas será?) Señora de Javalquinto, escribid aquí cualquiera cosa. (*La dama, á quien se dirije la Reina, acércase á la mesa y escribe.*)

ALMIRAN. No me oye V. A., y de esta conferencia depende quizá la suerte futura del reino. (*Como queriendo fijar la atencion de la Reina en lo que él le dice.*)

REINA. Si os escucho: decíamos que los flamencos... podeis seguir.

ALMIRAN. Pues bien, señora...

REINA. No es esta. (*Acercándose de nuevo á la mesa y comparando furtivamente lo escrito por su dama con la carta de Aldara.*) Condesa, vos ahora. (*A otra que tambien se pone á escribir.*)

ALMIRAN. ¿Tanto os importa conocer la letra de estas damas?

REINA. ¿Que si me importa? Nada me importa tanto.

ALMIRAN. ¿Ni la salvacion de un reino?

REINA. Ni la salvacion de un reino. Tampoco. (*Repitiendo el juego anterior.*) Vos, Leonor. (*Otra dama escribe tambien.*)

MARQUÉS. (*Hablando con los nobles.*) Capricho mas estravagante.

D. J. MAN. ¿Os vais convenciendo? (*Al Almirante.*)

NOBLE 1.° No hay duda, señor Almirante: la Reina desvaria.

ALMIRAN. (*A la Reina con gran vehemencia.*) Señora, prestad atencion á mis palabras. Hay quien duda de vuestra aptitud para reinar y es preciso que hagais porque nadie lo dude.

REINA. Haré luego todo lo que querais. (*Repitiendo otra vez el mismo juego.*) Tampoco, tampoco. Escribid todas. (*Escriben algunas mas.*)

ALMIRAN. Ved, señora, que España entera está á punto de sublevarse.

REINA. Que se subleve: ya es hora de que nos teman los austriacos.

ALMIRAN. Y el Rey... el Rey es vuestro mayor enemigo: conspira contra vos. ¡Si supieseis!... (*Los partidarios del Rey dan señales de indignacion y enojo contra el Almirante, cuya audacia sorprende á todos igualmente.*)

REINA. Lo sé. (*Bajo al Almirante.*) ¿La conoceis, por ventura? ¿Cuál de estas es?

ALMIRAN. (¡Dios santo!) No comprendo lo que V. A. me dice.

REINA. Entonces yo estoy mejor enterada. ¿Y vosotras, ¿por qué no escribis? (*Volviendo á ver la letra de las damas, á quienes últimamente se dirigió, y reparando en algunas que no han escrito.*)

DAMA 1.ª Porque no sabemos.

REINA. (¿Será alguna de estas? ¿Habrá conocido mi intencion la culpable?) ¿Que no sabeis escribir?.. Falso.

Señores, ¿no es cierto que estas damas saben escribir?

DAMA 1.ª La verdad dijimos á V. A.

REINA. (Entonces no hay remedio; alguna ha fingido la letra.) Leonor, venid acá. Miradme cara á cara. (*Trayendo al proscenio á una de sus damas, y mirándola con fijeza, poniéndole una mano en la frente.*)

D. J. MAN. ¿Mas loca la quereis?

REINA. (Esta no se turba.) Condesa, (*Dirigiéndose á otra.*) ¿qué noticias teneis del meson?

DAMA 2.ª ¿De qué meson, señora?

REINA. (¿Y no he de dar con ella?) ¿Ninguno de vosotros (*A los nobles bajo.*) sabe si alguna de estas damas ha vivido en un meson hace poco? (*Todos contestan con una señal negativa. La Reina se aleja llena de despecho.*)

ALMIRAN. Caballeros, respetad su desgracia. (*A algunos que se rien.*)

REINA. ¡Oh, todos sois traidores, y vosotras todas me engañais! Salid; sal Elvira. (*A doña Elvira que se le acerca.*)

D. J. MAN. (*Al Almirante.*) ¿Dudais aún?

ALMIRAN. (¿Qué significa esto?)

NOBLES. ¡Está loca, está loca! (*Vánse todos, escepto la Reina.*)

REINA. D. Alvar la conoce. ¡Hola! Yo sabré obligarle á que me diga la verdad. Al capitan don Alvar (*A un page que sale.*) que aquí le espero. Si ya no estuviese en palacio, corred en su busca. (*Váse el page.*)

ESCENA XII.

La REINA: á poco don ALVAR; ALDARA luego.

REINA. Beatriz es la única que no ha escrito. Va á venir; escribirá tambien. ¿Será ella? ¡Tenerla aquí entre mis manos, y no saber cuál es! En Flandes me dí por satisfecha, cortando á mi rival los rizos encantadores que tanto habian prendado á mi esposo. Más necesitaria hoy para satisfacerme. ¡Oh!.. Malditas

grandezas humanas. ¿Por qué no nací pobre y humilde? Ni el mas oscuro jornalero me hubiera ultrajado de esta suerte: solo un Rey es capaz de poner á su esposa y á su manceba debajo de un mismo techo. ¡Dios mio! Si este es el premio de la virtud en la tierra, grande debe de ser en el cielo tu misericordia con los malos.

D. ALVAR. ¿Me habeis mandado llamar?

REINA. Sí, para deciros que sois un infame.

D. ALVAR. ¡Señora!..

REINA. La dama del meson está aquí, en palacio. Vos, como todos, me engañábais. No abrais la boca para mentir de nuevo: mirad esta carta.

D. ALVAR. (¡Su letra es!)

REINA. ¿Por qué no me habeis dicho la verdad?

D. ALVAR. Disponed de mi vida. La muerte ambiciono.

REINA. En vuestra vida pienso yo ahora. ¿Qué me importa á mí vuestra vida? Todo lo habeis remediado ya con ofrecerme vuestra vida.

D. ALVAR. ¿Sabe esa muger que está descubierta?

REINA. Aún lo ignora; va á saberlo al instante.

D. ALVAR. Yo la veré, yo la obligaré á partir.

REINA. ¿Partir? ¿He dispuesto yo que parta, por ventura?

D. ALVAR. Desistid, señora, de todo propósito que hayais formado; no veais á esa muger; confiadme el encargo de hacerla abandonar este sitio.

REINA. (Y no la descubre.)

D. ALVAR. Por la memoria de vuestra madre, por la vida de vuestros hijos, os lo ruego. (*Cayendo á sus plantas.*)

REINA. (Y no la descubre.)

D. ALVAR. ¿Qué resolveis?

REINA. Vengarme, capitan, vengarme.

ALDARA. ¡A sus pies! (*Presentándose por el foro izquierda.*)

D. ALVAR. ¡Oh, qué fatalidad! (*Viéndola, y levantándose.*)

REINA. ¡Cómo! (*Volviendo el rostro, y viendo tambien á Aldara.*)

D. ALVAR. Por piedad, señora, no os rebajeis hasta ella.

REINA. ¿Con que era esa, era esa?

D. ALVAR. ¿Lo ignorábais?

REINA. Vos me lo habeis dicho.

D. Alvar. ¡Maldicion!
Reina. Dejadme.
D. Alvar. Evitad un escándalo.
Reina. ¡Fuego de Dios! Salid.
D. Alvar. No me alejaré. (*Váse por el foro.*)

ESCENA XIII.

La REINA y ALDARA.

Reina. ¿Es vuestra esta carta? (*Corriendo hácia Aldara, y mostrándole el papel.*)
Aldara. (Me ha vendido.)
Reina. Contestad.
Aldara. Mia es.
Reina. ¿Vuestra? Franca sois á lo menos. Pero qué, ¿aún no estais pidiéndome perdon? ¿Aún no estais de rodillas delante de vuestra Reina? De rodillas, miserable. (*Asiendo de un brazo á Aldara, y queriendo obligarla á arrodillarse.*)
Aldara. No todo el mundo se ha de prosternar hoy ante vos. (*Resistiéndose.*)
Reina. ¿Estoy soñando? ¿Qué dice esta muger? Si creo que me desafia.
Aldara. Hija de reyes sois: yo tambien.
Reina. ¿Tú?
Aldara. Me aborreceis, porque vuestro esposo me ama: os aborrezco, porque amais al que amo; porque adorais en Jesus y yo en el Profeta; porque sois hija de la Reina Isabel, y yo de Muley Audalla el Rey Zagal: yo sí que os aborrezco.
Reina. ¿Que naciste infiel, enemiga de mi Dios? No cabe mayor ignominia en tí, ni mayor vileza en él, ni puede ser mas ofendida una Reina cristiana. Mal hiciste en abandonar la senda de la mentira y la astucia: asi eras mas fuerte que yo. Mal hizo la pantera del desierto en ponerse frente á frente de la leona de Castilla.
Aldara. Leona de Castilla, la pantera del desierto te ha vencido esta vez.
Reina. ¿Pero no conoces que esos alardes hacen mas detes-

table el crímen, y harán mayor el castigo? Castigada estariais, si yo hubiese elegido manera de castigaros; pero nada de cuanto imagino me satisface. ¡Oh, qué felices son los hombres! Cuando uno se cree ofendido, cuando tiene un rival, corre en su busca; y allí, donde le encuentra, allí sin mas tardanza le ofende, allí le insulta, allí le arroja un guante á la cara. Y si hay gente que presencie el agravio, mil veces mejor. Y luego, cuerpo á cuerpo, con una buena espada le acomete, le hostiga, le estrecha, y pelea hasta morir ó matar. ¡Esto sí que es vengarse! Así, así, así, no de otra manera quisiera yo vengarme de vos.

ALDARA. Y yo de vos.

REINA. ¿De veras? Pues aguarda, aguarda. (*Entrase en la habitacion del Rey aceleradamente.*)

ESCENA XIV.

ALDARA sola. Dos PAGES en seguida; á poco don ALVAR, despues la REINA. Luego el REY, el ALMIRANTE, MARLIANO, don JUAN MANUEL, el marqués de VILLENA; VERE; nobles, médicos, damas y pages.

ALDARA. ¡Hola, pages, hola! pronto, acudid. (*Asomándose á la puerta del foro.*)

PAGE. ¿Qué mandais? (*Apareciendo con otro.*)

ALDARA. La Reina en uno de los accesos de su demencia quiere matarme; está furiosa. Corred, avisad al Rey, llamad gente. (*Vánse los pages.*) Esta es la ocasion. ¿Quién luego podrá dudar de que ha perdido el juicio?

D. ALVAR. ¿Cuál es vuestro intento? (*Saliendo por el foro derecha, y asiendo á Aldara violentamente de una mano.*)

ALDARA. ¿Acechando estabais?

D. ALVAR. Para defenderla contra vos.

ALDARA. ¿Y si hubieseis llegado tarde?

D. ALVAR. Ved que no respondo de mí.

ALDARA. Cuenta con lo que decís á una dama, señor capitan español.

D. ALVAR. Desoisteis mis súplicas.

ALDARA. Y desprecio vuestras amenazas.

REINA. Toma. (*Arroja al suelo una de dos espadas que trae y quédase con la otra en la mano.*)

D. Alvar. Reprimid vuestra furia. El Rey va á venir.

Reina. Me alegro: le veré temblar por su amada.

D. Alvar. Esta cámara va á llenarse de gente.

Reina. Mejor; mi venganza tendrá testigos.

D. Alvar. ¡Oh desdichada! Al veros, al oiros, se afirmarán mas y mas en la idea de que... ¡Fuerza es decíroslo todo! Se trama contra vos un inícuo atentado. El Rey quiere arrojaros del trono, quiere encerraros para siempre en una cárcel.

Reina. ¿A mí; á su Reina; á su esposa? ¡A la madre de sus hijos!... (*Prorumpiendo en copioso llanto.*)

D. Alvar. ¡Y bajo que pretesto! No hay mayor infamia, no hay crueldad mas inaudita. Apoyado por la nobleza, por vuestros mismos médicos, por cuantos os rodean, afirma...

Reina. Acabad.

D. Alvar. Afirma que habeis perdido la razon, que estais loca.

Reina. ¡Jesus! ¡Loca! (*Dando un grito terrible y dejando caer el acero.*)

Rey. Sí; loca estais, desdichada. (*Apareciendo por el foro, con el acompañamiento arriba indicado. Acércase rápidamente á su esposa, comprendiendo lo que sucede; y como para contenerla, le dice tales palabras con reconcentrado furor. Pausa.*)

Reina. ¡Loca!... ¡Loca!... ¿Si fuera verdad? ¿Y por qué no? Los médicos lo aseguran, cuantos me rodean lo creen... Entonces todo seria obra de mi locura, y no de la perfidia de un esposo adorado. Eso... eso debe de ser. Felipe me ama; nunca estuve yo en un meson; yo no he visto carta ninguna; esa muger no se llama Aldara, sino Beatriz; es deuda de don Juan Manuel, no hija de un Rey moro de Granada. ¿Cómo he podido creer tales disparates? Todo, todo efecto de mi delirio. Dímelo tú, Marliano; (*Dirigiéndose á cada uno de los personages que nombra.*) decídmelo, vosotros, señores; vos, señora; vos, capitan; tú, esposo mio: ¿no es cierto que estoy loca? Cierto es; nadie lo dude. ¡Que felicidad, Dios mio! ¡Creí que era desgraciada, y no era eso: ¡era que estaba loca!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon de palacio; en el foro un trono.

ESCENA PRIMERA.

El REY sentado, don JUAN MANUEL; á poco MARLIANO.

REY. ¿Hicisteis lo que os ordené?

D. J. MAN. Guardadas están ya las puertas del aposento de doña Juana.

REY. ¿Y Aldara qué respuesta os ha dado?

D. J. MAN. Hasta que la Reina haya partido no saldrá de su cámara.

REY. ¡Qué mal me siento! ¡Qué dolor tan insoportable en la frente! El sobresalto que ayer esperimenté cuando Aldara fue descubierta por la Reina, y los contínuos afanes que desde aquel momento han trabajado mi espíritu, sin duda son causa de esta molesta indisposicion que á tan mala hora me acomete. ¡Ver uno por uno á cuantos me negaban su asentimiento; soportar repulsas y altanerías; luego el consejo que ha durado toda la noche!... ¡Qué larga mortificacion! ¡Con tal que no salgan fallidas nuestras esperanzas!

D. J. MAN. No lo temais: la Reina partirá hoy mismo al sitio en que haya de ser recluida, y todos ó casi todos los grandes reconocerán á V. A. por único señor de estos reinos.

REY. ¡Cuánto os debo, don Juan Manuel! Nunca á Pacheco ni á vos podré premiaros dignamente.

D. J. MAN. Con mi deber cumplo al serviros.

REY. Tambien tendré que castigar. El Almirante agotó mi paciencia. (*A Marliano que sale por la izquierda.*) ¿Qué ha decidido doña Juana?

MARLIANO. Se niega á partir.

REY. No me equivoqué al suponer que vuestros esfuerzos serian inútiles.

MARLIANO. Y vos, señor, ¿que habeis decidido?

REY. Hacerla partir de grado ó por fuerza.

MARLIANO. Mi opinion os manifesté varias veces; permítaseme publicarla.

REY. ¡Marliano!

D. J. MAN. A fé, que el celo que mostrais por una Reina castellana, siendo vos estrangero, pareceria sospechoso á cualquiera otro que como S. A. no os conociese.

MARLIRNO. El lenguage del dolor hace del mundo una sola familia. Con doble razon tenemos los médicos patria tan dilatada: todo el que padece es compatriota mio.

REY. Os aconsejo, Marliano, por vuestro bien, que no cometais una imprudencia. Se acerca la hora: id á buscar á vuestros amigos. (*A don Juan Manuel.*) (Arrojaré al fin á esa muger de mi tálamo y de mi trono.) (*Vase el Rey por la derecha y don Juan Manuel por el foro.*)

ESCENA II.

MARLIANO, despues don ALVAR; y á poco el ALMIRANTE.

MARLIANO. Conserve yo mi virtud, aunque pierda la vida.

D. ALVAR. (*Saliendo por el foro izquierda.*) ¿Lográsteis penetrar en la estancia de la Reina?

ALMIRAN. (*Saliendo por el foro derecha.*) ¿Qué hay, Marliano?

MARLIANO. Dije al Rey que trataria de reducir á doña Juana á que partiese de propia voluntad, y asi logré que se me permitiera la entrada en el aposento que le sirve de cárcel. No bien supo lo que el Rey trama contra ella, anegóse en llanto, y vencida su fortaleza quiso partir.

ALMIRAN. ¡Partir!

D. ALVAR. Y vos ¿qué hicisteis?

MARLIANO. Recordéle sus deberes de Reina, los males que sufren sus vasallos fidelísimos bajo el yugo de los flamencos, las torpes miras con que don Juan Manuel, el marqués de Villena y el señor de Vere fomentan

los desmanes de don Felipe; invoqué el nombre de su madre; llegué hasta el punto de exacerbar sus celos. Poco á poco fuéronse animando sus ojos, coloróse su rostro, y con la cólera y la indignacion de la muger y de la Reina ofendidas, juró al fin á todo trance permanecer en Burgos.

ALMIRAN. No me prometia yo tanto.

D. ALVAR. ¿Y el pueblo, Almirante?

ALMIRAN. Gracias á la actividad de sagaces criados mios, nadie ignora ya en la ciudad, que hoy debe abandonarla doña Juana por mandato de don Felipe; y que este va á ser declarado único dueño de la corona. Suspéndese todo que hacer, el amigo busca al amigo, en calles y plazas hay cuadrillas animadas por unánime sentimiento; «mueran los flamencos y viva la Reina» es el grito que han dado ya los corazones, y que del corazon pugna por subir á los labios.

D. ALVAR. ¡Loado sea Dios!

MARLIANO. Viendo está la pureza de nuestros pechos.

ALMIRAN. ¿Y la guardia de palacio?

D. ALVAR. Los soldados españoles adoran á su Reina; los flamencos han recibido el oro que al propósito me disteis.

ALMIRAN. El cielo ampara nuestra causa.

MARLIANO. Cuando se conspira para el mal, fuerza es conspirar para el bien.

ALMIRAN. Noble hazaña es, sin duda, salvar á una Reina del oprobio, y á un pueblo de la tiranía. Gloria la nuestra si lo alcanzamos, tanto mayor que la de los combates, cuanto es mayor la gloria del que salva, que la gloria del que aniquila. Por Cristo, señores, que ya era tiempo de hacer conocer al buen Archiduque de Austria la tierra que pisa, y de recordar á sus malvados lisonjeros en que suelo han nacido.

ESCENA III.

Dichos, el marqués de VILLENA, don JUAN MANUEL, VERE y nobles que acuden por ambos lados.

VERE. Don Felipe será modelo perfecto de monarcas.

D. J. Man. Puede decirse que hoy empezará su reinado; hoy que la Reina loca dejará de ser óbice á sus planes maravillosos.

Marqués. Era inhumanidad tener aquí á esa desdichada.

D. J. Man. Salud, Almirante.

Marqués. Cuánto me duele vuestra ciega obstinacion. Teneis al Rey muy enojado.

D. J. Man. Pero, ¿qué plausible motivo os obliga á rechazar una vez y otra el toison de que S. A. quiere haceros merced?

Almiran. Gracia inmerecida es salario, no prémio; y no quisiera que al ver tal insignia sobre mí pecho, digese alguno: he ahí, no la recompensa de su virtud, sino el precio de su infamia; he ahí, no lo que ha ganado, si no por cuánto se ha vendido.

Marqués. ¿Tratais por ventura de ofendernos?

Vere. Pudiera suceder que el Rey no gustase de veros en palacio.

Marqués. Dejadle: bien me sé yo por qué sirve tan fielmente á una Reina loca. El Almirante por su sangre y por su juicio tiene con ella parentesco.

Almiran. Cierto es que sirvo fielmente á una Reina; vosotros servís á un amo: díganlo si no esos collares que os ha puesto en el cuello. (*Por el toison que llevan don Juan Manuel, el marqués de Villena, Vere y otros nobles.*)

D. J. Man. ¡Almirante!

Marqués. ¡Por vida mia!

D. Alvar. Señores el Rey.

ESCENA IV.

Dichos, el REY con manto, el CAPITAN de la guarda de palacio, otros nobles, prelados, médicos, pages y soldados que se sitúan á una y otra parte del trono.

Rey. Sabeis, señores, el triste objeto que aquí nos reune. La demencia de doña Juana ha llegado al estremo. Para siempre quizá apagada la luz de su razon, es ya indispensable tomar la resolucion que los médicos proponen con el fin de evitar una mas lamentable des-

gracia. Solo reducida á estrecha clausura y constantemente vigilada con el mas esquisito celo, podrán dilatarse los dias de la que fue vuestra Reina y mi esposa, hoy espuesta ademas á ser víctima de su propia locura. ¿Estais prontos, señores, á hacer pública la demencia de doña Juana, á reconocerme por legítimo y único señor de la monarquia, á prestarme todo el auxilio que necesite, en el caso deplorable de que mis enemigos fomentasen alguna alteracion en el reino?

D. J. Man. Todos haremos lo que V. A. desea para el bien comun de la patria. Todos, ¿no es cierto, señores?

Nobles. Todos.

Almiran. No todos. Hay quien asegura que la Reina solo padece efímeros arrebatos, hijos, no de una dolencia corporal, sino de aflicciones del espíritu.

Rey. Nadie ayer dudaba de lo contrario.

Almiran. Ayer muchos y yo el primero, creimos ver indicios de una enagenacion mental en las acciones de doña Juana. Despues se ha descubierto la verdadera causa de tales acciones. Espero que V. A. no me obligará á publicarla.

Rey. Yo sí que no os comprendo á vos, Almirante. ¿Quién ha podido esplicar naturalmente el proceder de la Reina?

D. Alvar. Yo, señor.

Rey. (¡Don Alvar! Desobedeció mis órdenes. Por celos conspira contra mí.)

Almiran. Recuerde V. A. que las ciudades en las córtes de Valladolid, negaron su asentimiento á lo que hoy arbitrariamente se trata de llevar á cabo; tened presente que para defender á la Reina, se han confederado en Andalucia los condes de Ureña y de Cabra, el marqués de Priego y el duque de Medina-Sidonia; ved que el pueblo en que estais es un pueblo de valientes y de leales.

Rey. ¡Amenaza á su Rey!

D. J. Man. ¡Es un crímen!

Varios. Sí; sí.

Almiran. Vuestras voces no me intimidan.

MARLIANO. Yo juro por el nombre de Dios que doña Juana conserva entero su juicio.

REY. Estos son traidores, vendidos al Rey don Fernando.

ALMIRAN. Solo el Rey don Fernando, segun el testamento de la Reina doña Isabel, tendria derecho á sentarse en el trono, si la locura de su hija doña Juana fuese cierta.

REY. ¿Ois, señores? Bien hice en contar con vuestro apoyo.

MARQUÉS. Subid al trono, señor: solemnemente os haremos pleito homenaje, y os prestaremos el juramento que tengais á bien exigirnos. Vuestra es la corona; ceñidla. (*El Rey se pone la corona y empuña el cetro.*)

D. J. MAN. Vuestro es el trono; ocupadle.

ALMIRAN. Oid antes, señor. (*Colocándose delante del Rey.*)

REY. Atrás, rebelde.

MARQUÉS. ¡Detener al monarca! (*Rumores entre los cortesanos.*)

D. ALVAR. (¡Villanos!)

REY. ¡Plaza al Rey!

ESCENA V.

Dichos. La REINA con manto, corona y cetro.

REINA. ¡Plaza á la Reina! (*Subiendo al trono antes que don Felipe.*)

REY. ¡La Reina! (*Prolongados rumores; sorpresa general.*)

MARQUÉS. ¡Doña Juana!

D. ALVAR. (Esto es mas de lo que esperábamos.) (*Pausa.*)

REINA. ¿Qué os turba y sorprende? No contábais con mi presencia: pues mal lo imaginásteis. Cerradas estaban las puertas de mi aposento; mas diz que para todo hay remedio en el mundo, si no es para la muerte. Que las cerrasen mandó el Rey; la Reina mandó que las abriesen de par en par: cerrólas la perfidia flamenca; abriólas la lealtad castellana, y aquí me teneis.

D. J. MAN. Fuerza es obrar con energía. (*Bajo al Rey.*)

REY. Dignaos de volver á vuestra estancia, señora.

REINA. No hay para qué. Sé de qué graves cuestiones estabais tratando. Trátase de encerrarme en alguna buena fortaleza por todo el resto de mi vida; trátase de hacer propiedad de don Felipe de Austria, la corona que á mí sola me pertenece. Acuerdo es este de todo punto necesario: tal lo juzgo yo propia, y vengo por lo tanto á endulzar como debo, la pena que á no dudar oprime el tierno corazon de mi muy amado esposo; á pagar como es justo, el noble celo que en pro del público bien habeis casi todos vosotros manifestado; á decir en seguida un adios eterno al trono de mis padres. Y noticiosa de que ya ibais cobrando ojeriza á mi pobre vestido negro, para contentaros, y siquiera una vez pareceros Reina, me he echado encima, como veis, mis galas mas deslumbradoras. (*Desciende del trono, y dirígese á don Juan Manuel apostrofando á este y á los otros grandes con delicada ironía.*) Guárdeos el cielo, don Juan Manuel, señor de Belmonte de Campos y de Cevico de la Torre, embajador de Roma, maestresala de mi madre doña Isabel, primer caballero español del toison de oro de la casa de Borgoña, y presidente de mi Consejo. Gloria mayor la vuestra en este momento, que la de aquel otro don Juan Manuel, cuya docta pluma hizo su nombre tan famoso, y cuyo invicto acero rindió y desbarató al fuerte Ozmin, general de la casa de Granada, cerca del rio Guadalferze. Hé aquí, señores, á un descendiente del infante don Manuel que fué hijo del Rey S. Fernando, y nieto de los emperadores de Constantinopla, convertido hoy en agente de los escesos de un Archiduque de Austria.

D. J. MAN. ¡Señora!

REINA. ¡Oh, que tambien está por aquí el noble marqués de Villena, duque de Escalona! Cuentan que vuestro ascendiente, el caballero portugués Diego Lopez Pacheco, fue por ansia de medro uno de los asesinos de doña Inés de Castro; que vuestro noble padre dió veneno al príncipe don Alfonso, de quien era partidario decidido, para volver á la gracia de su legítimo

señor, mi tio don Enrique, al cual despues no sabiendo ya qué quitar, quitóle el entierro que el buen monarca para sí destinaba en el Parral de Segovia; que vos hicísteis matar á vuestra primera muger, la condesa de Santistevan, nieta del condestable don Alvaro de Luna; que ahora desposeido por la voluntad de mis padres, de Trujillo, Chinchilla, Albacete, San Clemente, Rota y demas pueblos del marquesado de Villena, de la ciudad de Alcaráz y de la tenencia de Madrid, quereis recobrarlos á toda costa, pronto, por conseguirlo, á matarme á mí y á diez mugeres mas. ¡A ser esto cierto, señor marqués de Villena, gloriosa raza la vuestra, por vida mia!

MARQUÉS. (¡Vive Dios!)

REINA. Loor á todos vosotros, señores. Natural es que asi ayudeis al ultraje de vuestra Reina y á la ignominia de vuestra patria, cuál por un aumento de territorio, cuál por una dignidad que ha tiempo codiciaba, cuál por un toison de oro para deslumbrar á sus inferiores, cuál por diez oficios públicos para diez de sus allegados. No hay por qué á nadie maraville semejante conducta: constantemente fue vuestro anhelo empobrecer al pechero y al monarca; siempre del trono y del pueblo fuisteis enemigos naturales.

NOBLE 1.° Señora...

MARQUÉS. Nos insultais.

D. J. MAN. Insultais á la grandeza de Castilla.

REINA. Bueno fuera que os diéseis por ofendidos. ¿Sabe una loca lo que se dice? ¿No sabeis que estoy loca? (*A los médicos.*) Loor tambien á vosotros, leales y sapientísimos doctores; á vosotros que, de una ciencia salvadora haceis un arma de perdicion. Y no hay que enojarse, porque vosotros sí que sabeis que estoy loca, y no se me debe hacer caso. (*Con sarcasmo.*)

REY. Ved, señora, que yo por mas tiempo no puedo tolerar...

REINA. (*Interrumpiéndole.*) ¿Y qué podré deciros á vos para consuelo de vuestra pena? (*Apartándole de los demas, y en voz baja.*) Que harto bien pagada está la corona de Castilla con vuestros estados de Bor-

goña y de Flandes; que aún necesitas reposo y vigor en el espíritu, para terminar la obra que bajo tan buenos auspicios has comenzado: hacer tuyo el trono de la madre, ha sido empezarla; quitárselo al hijo legítimo para dárselo á un bastardo infame, será concluirla.

REY. ¡Doña Juana!

REINA. ¡Bah! Si ya sabes y acabas de oir, que estoy rematadamente loca.

REY. Señores, esto es ya demasiado, llegó el momento...

REINA. Sí, por Cristo; sonó la hora de que yo empezase á reinar. Demencia y crímen era en mí anteponer otro amor al amor de mi pueblo. Ya espié mi culpa: de hoy mas no lloraré torpes ingratitudes. Amar como todas las mugeres, es amar á un hombre; á semejanza de Dios debe amar una Reina, amando á un pueblo entero.

REY. (¡Me vence, me humilla!) (*Los Grandes se le acercan, como ofreciéndole amparo contra doña Juana.*)

REINA. Ni penseis vosotros romper de nuevo el freno de la ley, con que os sujetó la mano poderosa de la Católica Isabel. Temblad ante la hija, como temblábais ante la madre. Vuelvan al reino los bienes que le arrebató vuestra codicia; vuelva la fuerza que es suya, á la Corona; deponed del todo vuestros cetros usurpados. Ya vosotros no sois Castilla: Castilla es el pueblo; Castilla es el monarca.

REY. Señora, salid de aquí. No me obligueis á emplear la violencia.

REINA. ¿Quién se atreverá á tocarme?

ALMIRAN. Señor, vuestra obstinacion puede ocasionar terribles disturbios.

D. ALVAR. No hagais que la sangre española corra por mano española vertida.

REY. La rebelion estalla dentro de mi propio palacio.

MARQUÉS. ¡Viva el Rey!

NOBLES. ¡Viva!

REY. ¿Oís, señora, cómo la grandeza de Castilla aclama al Rey?

VOCES DE PUEBLO DENTRO. ¡Viva la Reina! ¡Viva la Reina!

REINA. Oye tú cómo el pueblo español aclama á su Reina.

REY. ¡Oh rabia!

ALMIRAN. España se ha salvado.

MARLIANO. La justicia prevalece.

D. ALVAR. ¡La Reina triunfa!

REINA. Parece que esos gritos no os suenan bien; pues yo quiero oirlos mas de cerca. (*Asómase al balcon.*)

VOCES DENTRO MAS CERCANAS. ¡Viva la Reina! ¡Viva la Reina!

REINA. (*Desde el balcon.*) Gracias, hijos mios; nada temais. No saldré de Búrgos. Fio en vuestra constancia.

VOCES DE PUEBLO. ¡Viva la Reina! ¡Mueran los flamencos!

REINA. ¿Qué quieres, Felipe? mi pueblo ha perdido el juicio, como yo. (*Volviendo al lado del Rey.*)

REY. Soldados, dispersad esa turba.

CAPITAN. Si la Reina lo manda.

REINA. Calla, ¿estos tambien? Con razon asegura el refran que un loco hace ciento. Ya lo veis, los locos abundamos en Burgos, que es una maravilla. Réstame advertiros que no es cordura jugar con ellos. Felipe, señores, adios quedad. La Reina loca os saluda. (*Hace una reverencia.*) (¡Oh, miserable corazon cómo te vencí!) (*Váse.*)

ESCENA VI.

Dichos, escepto la REINA.

REY. (¡Empeñar una lucha, una lucha, en que tal vez seria vencido! ¿En dónde descargar el rayo de mi cólera?)

ALMIRAN. Señor, dad oidos á la prudencia y á la piedad.

REY. ¡Silencio, Almirante! Por vida de mi padre, que habeis de llorar lo que hoy hicisteis.

ALMIRAN. El castigo de la virtud, que no el premio de la maldad, ambiciono. La hora del desengaño suena tambien en la vida de los Reyes; sonará en la vuestra, señor. Llorareis entonces haber acogido y acariciado la pérfida lisonja, que deslumbra los ojos y envenena el corazon de los príncipes, y la interesada adhesion que los empuja y precipita; llorareis haber despreciado y

oprimido la noble franqueza y la generosa abnegacion, que suelen salirles al paso para iluminarlos y contenerlos. Nunca me arrepentiré yo de haber amparado á una dama como caballero, y á una Reina como español. (*Saluda, y váse.*)

REY. Dejadme, señores; necesito estar solo.

D. J. MAN. (Vamos. Buen chasco nos ha dado la loca.)

MARQUÉS. (Empiezo á sospechar que tiene mas juicio del que fuera menester.)

REY. Quedaos vos, Marliano; tambien vos don Alvar. (Elegid dos soldados flamencos que os inspiren confianza absoluta, y traedlos aquí.) (*Bajo á Vere, el cual se va por el foro.*)

ESCENA VII.

El REY, don ALVAR y MARLIANO.

REY. Buen pago habeis dado á mis beneficios, señor Marliano.

MARLIANO. No se ha de pagar un beneficio con una mala accion. Obré segun conviene al interés de V. A., como hombre y como soberano.

REY. ¿Eso creeis? Quizá con dos años de meditacion en un encierro, mudareis de dictámen.

MARLIANO. En el cadalso creeria lo mismo. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

El REY y don ALVAR; despues VERE y dos soldados.

REY. Ayer os desterré, don Alvar; hoy no solo volveis á presentaros en palacio, sino que á él venis con el único objeto de hacerme guerra.

D. ALVAR. Tres dias me disteis de término para salir de Burgos. Vine á palacio, porque á él me llamaba mi obligacion de vasallo leal.

REY. Colígese fácilmente que á vos y á vuestro amigo el señor Almirante, debo el alboroto de la plebe y la traicion de la guarda. Por él y por vos sufrí humi-

llacion vergonzosa. Puedo asegurarse capitan, que mi venganza será terrible.

D. Alvar. Saciadla enhorabuena, señor, en nosotros; pero doleos del infortunio de vuestra esposa. Reducida al último estremo, ha encontrado en su alma las fuerzas de la desesperacion, y ha podido luchar, no contra vos, sino por vos. ¿Qué le importa á ella su trono? Lo que le importa es veros, vivir á vuestro lado. Sus derechos de esposa son los que ha defendido, que no sus derechos de Reina.

Rey. ¿Conque me aconsejais que ame á doña Juana? ¿Pensais que ignoro el motivo que os mueve á darme tales consejos, y os movió á promover disturbios en contra mia?

D. Alvar. No hay mas motivo que el amor que tengo á mi Reina y á mi patria.

Rey. Sé que habeis osado poner los ojos en donde yo los tenia puestos. Sé que entre mí y quien no es preciso que os nombre, habeis querido colocar á la Reina.

D. Alvar. (¡Aldara inícua!)

Rey. ¿Y que dudo? Vos fuisteis el que ayer descubrió á doña Juana mi secreto, induciéndola á que buscase pruebas. ¿El amor de vuestra Reina y de vuestra patria, decís? Vil hipócrita: bien heriste en medio del corazon al amante y al soberano; bien castigado será tu doble crímen: en tí saciaré todo el furor que abriga mi pecho.

D. Alvar. Sin razon me ofendeis.

Rey. Mirad, don Alvar: me siento gravemente enfermo; con trabajo me sostengo de pie. Sois leal y cuento con que os tendreis por dichoso con poder restituirme la salud. El bálsamo que necesito para recobrarla es toda vuestra sangre.

D. Alvar. Tomadla, señor.

Rey. No me quereis por Rey: aceptadme como tirano. Ni será cosa nueva en Castilla un monarca, que se complazca en hacer rodar por el suelo de su propio palacio la cabeza de un rebelde. Nombres de justiciero y de cruel dan al Rey don Pedro los castellanos: que á mi me apelliden como quieran. Creí que nunca ibais

á llegar. (*A Vere que sale seguido de dos soldados.*) Don Alvar rendid el acero.

D. ALVAR. Un soldado del Gran Capitan está acostumbrado á pelear contra muchos; pero ved, señor, que no nací rebelde. (*Entregando á los soldados la espada.*)

REY. (*A los soldados.*) Conducidle secretamente á una de las torres del alcázar; con la vida me respondeis de su persona. Capitan, (*A don Alvar.*) la muerte os espera.

D. ALVAR. La muerte y yo nos vimos muchas veces las caras: ya no me asusta; seguro ademas de que ella recibe al bueno en sus brazos cual amiga cariñosa. Asi me recibirá á mí, señor; no os acogerá á vos de la misma manera.

REY. (Ni aun el consuelo de verle temblar.) Llevadle. (*Váse don Alvar con los dos soldados.*) Haced que ese hombre se disponga á bienmorir, y muera luego.

VERE. ¿Tal es vuestra determinacion, señor?

REY. Cuidad sobre todo de que esto se haga con el mayor sigilo. ¿Entendeis? Cargo os doy que en manera alguna os compete: mayor será mi agradecimiento.

VERE. Cumpliré vuestras órdenes. (*Váse en seguimiento de don Alvar.*)

ESCENA IX.

El REY, y en seguida ALDARA.

REY. Sí, justa es la pena que le impongo. ¿Será escesiva? ¿Debo siquiera retardar hasta mañana su muerte? ¡Oh, qué pronto vacila mi corazon siempre irresoluto y cóbarde! Venid, Aldara; necesitaba veros.

ALDARA. El estado en que os encuentro no me maravilla. Sé que ya no parte la Reina; yo soy en tal caso quien debe partir sin tardanza.

REY. No me atormenteis mas; demasiado padezco.

ALDARA. De nadie os quejeis sino de vos mismo. ¿Qué habeis hecho á estas horas para contener la audacia de vuestros adversarios?

REY. Fundadas son tales reconvenciones. Cayó en mis ma-

nos uno de los rebeldes, y antes de oiros casi ya mi corazon á perdonarle se inclinaba.

ALDARA. ¿Que teneis en vuestras manos á uno de los que se oponen á que la Reina salga de Burgos y que ya os inclinabais á perdonarle? ¡Oh torpe flaqueza! Por siempre me separo de vos.

REY. Tened: mi alma al escucharos se reviste de energia.

ALDARA. Para conquistar un trono el interés de los menos facilita el camino, el miedo de los mas solamente puede allanarlo. Ya hicisteis sobradas mercedes; castigad ahora; castigad sin reparo ni compasion alguna.

REY. Castigaré, os lo prometo.

ALDARA. Y caiga á toda costa la Reina.

REY. Caerá.

ALDARA. Sí, por que el escarmiento que vais á hacer en uno de los rebeldes amedrentará á todos sus partidarios.

REY. ¿Y no sabeis? Ese hombre es doblemente culpable; es el que intentaba arrebatarme vuestro amor.

ALDARA. ¿Qué?... ¿qué decís?

REY. Vuestro amor qué es mi mayor ventura, el objeto de todos mis afanes, vuestro amor que es mi vida.

ALDARA. ¿Pero de quien hablais?

REY. ¿No lo dige? De mi infame competidor; de don Alvar.

ALDARA. ¡De Alvar!

REY. No temais, no revocaré su sentencia: Adios, Aldara, necesito reposo.

ALDARA. ¿Esa sentencia?... (*Siguiéndole.*)

REY. Pronto se ejecutará en una de las torres de este mismo alcázar.

ALDARA. ¿Está condenado?... (*Con voz ahogada por el espanto.*)

REY. A muerte. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA X.

ALDARA, y á poco la REINA.

ALDARA. ¡A muerte! ¡Morir él; morir por culpa mia!... No me equivoco; el Rey lo dijo: bien lo escuché... Corro á sus plantas. (*Dirigiéndose hácia el lado por donde*

ha salido el Rey.) ¡Miserable de mí! (*Deteniéndose.*) El Rey está celoso; mis súplicas acelerarian su muerte. ¡O maldita venganza cómo de rechazo me has herido! ¿Pero qué hago yo aquí? Es preciso correr en su ayuda, buscar medios, salvarle. Sí, salvarle ó morir con él. ¡Alvar de mi vida! ¿Y á quién acudir; de quién valerme? ¡Ah! Compasion, señora. compasion! (*Corriendo hácia la Reina que sale por la izquierda.*)

REINA. Aquí vos: ¿y osais presentaros á mi vista?

ALDARA. No me abandoneis.

REINA. Apartad; busco á mi esposo.

ALDARA. ¡Piedad! ¡Perdon! (*Arrojándose á sus pies.*) Mucho os ofendí, pero ved que me arrepiento y me postro.

REINA. Esplicaos de una vez.

ALDARA. Creedme; creedme lo que voy á deciros. No amo al Rey, no, no le amo, no le amé jamás; otro mereció mi cariño: en Alvar ha tiempo lo puse.

REINA. ¿Qué pronuncias? ¿Que no amas al Rey? ¿Que nueva perfidia es esta?

ALDARA. ¿Por qué la engañé? Ahora no querrá creerme. Ved sin embargo; estas lágrimas de mis ojos, son verdad; estos latidos de mi pecho son verdad; pues así, así las palabras de mi boca. Os juro que no tengo por que avergonzarme en vuestra presencia. ¿Lo creeis, no es cierto? ¿Qué haria yo para que me creyese?

REINA. No te entiendo aun, esplícate mas, mas todavia.

ALDARA. Imaginé, perdonadme, imaginé que Alvar era amado de vos, que por vos perdia yo su cariño, y tuve celos.

REINA. Celos quise yo inspirar al Rey fingiendo amar á ese hombre. (*Acelerando con ingenuidad la esplicacion.*)

ALDARA. Y yo á vos en venganza, fingiendo amar á vuestro esposo.

REINA. ¿Conque tu no amas al Rey? (*Con la mayor efusion, y luego lo mismo Aldara.*)

ALDARA. ¿Conque vos nunca amásteis al capitan?

REINA. ¿Y has estado celosa? ¡Desdichada: cuánto has debido sufrir!

ALDARA. Sí; vos comprendeis lo que es tener celos: disculpadme entonces y salvad á un infeliz. ¿Qué, aun no os lo habia dicho? El Rey quiere matarle.

REINA. ¿Por qué?

ALDARA. Porque ha sido fiel á su legítima Reina, á su natural señora. ¿Consentireis que ese Rey usurpador, por este delito, mate á vuestros vasallos?

REINA. No los matará.

ALDARA. Alvar debe morir muy pronto.

REINA. ¿Cuándo?

ALDARA. Quizá en este momento, en una torre de este alcázar. ¿Y aún estais á mi lado? Pero entonces es que quereis dejarle morir Señora, por vuestro Dios, (*Como inspirada.*) os pido que le salveis; por vuestro Dios, que os manda ser clemente, que os manda perdonar; por vuestro Dios, en quien yo adoro desde este momento, porque es el Dios del perdon y de la clemencia.

REINA. Si en mi Dios crées y confias, mi hermana eres; si tal amor cabe en tu pecho por un hombre, mi hermana eres tambien. (*Aldara ahogada por los sollozos le besa repetidas veces las manos.*) No en vano recurriste á mi corazon de amante y de Reina; no en vano has invocado el santo nombre del Dios, que por la amargura de un solo momento, perdona las culpas de una vida entera. Mi corazon responde á los gritos del tuyo; Dios te ha oido, y te acoge piadoso. Cálmate, alienta, sonrie: la tiranía levanta su cuchillo sobre un inocente; no temas, la Reina salvará al súbdito leal, tu hermana salvará á tu amante. (*Váse.*)

ESCENA XI.

ALDARA, y á poco el REY; despues la REINA.

ALDARA. Yo le mataba; ella corre á salvar su vida: mi Dios me hacia esclava de incontrastable fatalidad; el suyo me permite convertirme al bien, y borrar mis culpas con las lágrimas del arrepentimiento. Bendita

seas, muger incomparable; bendito sea mil veces tu nombre, Redentor del mundo.

REY. Quise reposar un momento, imposible. Sentí mas crueles dolores; no pude reprimir mi impaciencia.

ALDARA. (¡El Rey!)

REY. ¿Aldara? (*Acercándose á ella.*)

ALDARA. Dejadme; apartaos de mí. (*Retirándose.*)

REY. ¿Qué significa esto?

ALDARA. Significa que yo he sido la mas vil de las mugeres, y vos el mas ingrato de todos los hombres; que hemos ofendido á un ángel; que el cielo me castigó, y empieza á castigaros.

REY. ¿Qué repentina piedad se apodera de vuestro pecho? No me hagais dudar ahora de vuestro cariño.

ALDARA. ¡Mi cariño! Horror me inspirais; horror me inspiro yo propia.

REY. ¡Que oigo!

ALDARA. Sabedlo: de otro es mi corazon.
Por vengarme fingí quereros.

REY. ¡Aldara!

ALDARA. Al aceptar mi espiacion, Dios me convierte en instrumento de su justicia: por mi mano venga con martirio igual, el martirio de una santa.

REY. ¿Qué es esto? ¿Estoy soñando? ¿Habla tu lengua, ó la fiebre que me devora?

ALDARA. Hablan mi conciencia y la tuya.

REY. ¿Y el hombre á quien amais, es sin duda, el que yo sentencié? ¡Cómo me he dejado engañar! ¿Y la noticia de su muerte es lo que asi os desespera? Morirá, pérfida, morirá.

ALDARA. No; la Reina ha ido á salvarle.

REY. ¡A salvarle! No habrá llegado á tiempo.

ALDARA. ¡Oh, callad!

REY. Y si no, yo mismo...

ALDARA. No, no pasareis. (*Cerrándole el paso.*)

REY. Ved que en nada reparo.

ALDARA. Muera yo.

REY. El primero.

ALDARA. } ¡Ah! (*Viendo aparecer á la Reina.*)
REY. }

ALDARA. ¡Señora!.. (*Despues de una breve pausa, y como temerosa de indagar la suerte de don Alvar.*)

REY. ¡Hablad!

ALDARA. ¿Vive?

REY. Murió, ¿no es cierto?

REINA. No, que yo le salvé.

REY. Le seguirán. ¡Oh, me ahogo! (*Cayendo al suelo sin sentido.*)

REINA. ¡Cielos!

ALDARA. Todo lo sabe: estais vengada.

REINA. ¿Qué has hecho? ¡Socorro, socorro! (*Corriendo hácia el foro.*) ¡Felipe! (*Volviendo al lado del Rey.*) No oye, no respira. Llama tú tambien, desdichada. ¡Socorro! ¡Justo Dios! ¡Mi vida por la suya!

Aldara se dirige hácia el foro; la Reina cae de rodillas junto á don Felipe.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Cámara correspondiente á la habitacion del Rey. Supónese que conduce a su dormitorio una puerta que habrá a la derecha, cubierta con tapiz. Otra en el foro; otra a la izquierda en segundo término. Un reclinatorio en est[e] mismo lado.

ESCENA PRIMERA.

La REINA; á poco el ALMIRANTE, y despues HERNAN.

La Reina aparece orando, arrodillada delante del reclinatorio; transcurridos algunos momentos, sale el Almirante por la puerta de la derecha.

REINA. ¿Qué hay? ¿Se ha puesto peor? (*Levantándose sobresaltada.*)

ALMIRAN. S. A. continúa en el mismo estado.

REINA. Os aseguro que ayer perdí las esperanzas; pero hoy todos hemos notado en él gran alivio: parece otro. ¿No es cierto, Almirante, que hoy empezó á animarle un rayo de vida?

ALMIRAN. Cierto es, señora.

REINA. Yo estaba aguardando á que me trajesen... (*Hernan sale por la puerta del foro con una salvilla, sobre la cual habrá una copa dorada.*) ¡Ah, gracias á Dios! Dáme. (*Tomando la salvilla.*) Afírmase que esta medicina tiene gran virtud; yo creo que ha de aliviarle mucho. Vé ahora, y haz lo que antes te dije. (*A Hernan que se va por el foro.*) Sí: esta medicina debe ser excelente. (*Dirigiéndose á la puerta de la derecha, por la cual desaparece.*)

ALMIRAN. ¡Cuánto sufre! ¡Cuánto nos hace sufrir á todos!

HERNAN. Entrad: allí le teneis. (*Apareciendo de nuevo en el foro con don Alvar. En seguida vuelve á marcharse.*)

ESCENA II.

El ALMIRANTE y don ALVAR.

ALMIRAN. ¡D. Alvar!

D. ALVAR. ¡Almirante!

ALMIRAN. ¡Con qué impaciencia aguardaba vuestro regreso!

D. ALVAR. Considerad cuál habrá sido la mia por volver á este sitio.

ALMIRAN. El Rey, para descargar su conciencia, quiere reconciliarse con vos antes de morir.

D. ALVAR. No bien recibí en el camino vuestro mensaje, torcí riendas, y sin detenerme en parte ninguna, he regresado á Burgos. Mas y mas, al entrar aquí, se aumentó la dolorosa impresion que traia en el alma. ¿Es posible que en tan breves dias se haya agravado la enfermedad del Rey, hasta el punto de poner en riesgo su existencia?

ALMIRAN. Ayer S. A. recibió los santos Sacramentos; y aun cuando esta mañana parece haberse disminuido la horrible postracion en que estaba, creo que sus ojos no verán la luz de un nuevo dia.

D. ALVAR. ¡Qué va á ser de la Reina!

ALMIRAN. Los mismos que antes contra ella conspiraban, rinden á su dolor tributo de piedad y respeto. Angel de la Guarda parece, fija á la cabecera del lecho de su esposo. Nadie mas que ella ha de acercar á sus lábios los benéficos jugos que los médicos le prescriben; ella, adivinando todos sus pensamientos, ha de ser quien únicamente le sirva; y por temor de que turben su reposo, el vuelo de un insecto la irrita, el mas leve ruido del aire la desespera. Solo abandona al Rey, cuando conoce que no va á poder reprimirse; y entonces ya permanece con la vista clavada en el suelo sin dar señales de vida, ya sin objeto determinado recorre velozmente una y otra cámara, como si cambiando de sitio, esperase encontrar consuelo; ya de pronto empieza á llamar á gritos en su ayuda, á Dios, la vírgen y los santos. Si alguna vez logra

mos á fuerza de súplicas que admita el preciso alimento, al punto salpicado de lágrimas lo rechaza. Y sobre todo, nos alarma y suspende el que ni un solo instante en tres dias consecutivos, se le haya visto cerrar los ojos. ¡Ay, don Alvar, no hubo jamás en pecho humano afliccion mas grande que la suya!

D. Alvar. ¿Y temeis?...

Almiran. Temo que el trono se quede completamente vacío.

D. Alvar. Si ha de perder á su esposo, preferible es que doña Juana tambien se muera. Los ángeles, sus hermanos, se apresurarian á abrirle las puertas del cielo, y allí solo pueden encontrar los justos reposo y ventura.

Almiran. La afliccion que en vuestro rostro se pinta no me sorprende, que yo, como vos, siento mi corazon oprimido.

D. Alvar. Sin que me cause rubor, me aflijo por mi desdichada señora; tambien por mi Rey.

Almiran. Sí, don Alvar; olvidemos hoy los errores del soberano, compadezcamos el infortunio del hombre, admiremos y bendigamos la contricion del moribundo.

D. Alvar. ¡Y quiere el triste reconciliarse conmigo, conmigo, que fuí para con él tan culpable! ¿Por qué no me veo ahora entre el tumulto de una batalla?

Almiran. No es de valerosos corazones dejarse abatir por golpe ninguno. Me dijisteis un dia que amábais en secreto; creo haber adivinado la causa de vuestra pena desmedida.

D. Alvar. ¡Cómo! ¿Habeis adivinado?..

Almiran. ¡Ni una palabra mas!

D. Alvar. Ni una sola. ¿Y Aldara; qué fué de ella; debo execrarla? ¿Merece compasion, por ventura?

Almiran. Purificará muy pronto su alma el agua del bautismo: hállase en un monasterio, donde con piadosos ejercicios y ásperas penitencias, procura hacerse acreedora á ceñir un dia el santo velo de las esposas de Jesus.

D. Alvar. El la proteja.

Almiran. Cumpliendo las órdenes de la Reina, envié á buscaros; yo por mas de un motivo deseaba que volviéseis.

Tranquilizad al Rey, consolad á la Reina; fuerza será que despues nos congreguemos todos los buenos castellanos, para consagrar nuestra atencion á otra desventurada, que no creo hayais puesto en olvido. La patria se verá muy en breve en horfandad deplorable, la patria, que es primero que todo.

D. ALVAR. ¿Tan seguro estais de que tambien perderemos á la Reina?

ALMIRAN. Seguro estoy de que si vive, no vivirá para Castilla. La corona necesita dueño; vuelva de Italia, y cíñala otra vez el Rey don Fernando.

ESCENA III.

Dichos, MARLIANO, el marqués de VILLENA, prelados, nobles y médicos; á poco don JUAN MANUEL, despues la REINA, luego HERNAN.

D. ALVAR. ¿Y S. A?

MARLIANO. Acaba de abandonar el lecho.

ALMIRAN. ¿Con vuestro permiso?

MARLIANO. No he querido oponerme á que cumpla su gusto.

ALMIRAN. Pero ¿sigue acaso en aumento su mejoría?

MARLIANO. Bien dije yo que ese repentino alivio su próximo fin anunciaba. (*Muévese el tapiz que cubre la puerta de la derecha.*)

D. ALVAR. ¿No hay esperanza ninguna?

MARLIANO. Agotados están todos los recursos de la ciencia; mátale una calentura pestilencial incurable.

ALMIRAN. ¿Y suponeis que dejará de existir hoy mismo?

MARLIANO. Dentro de algunas horas. (*Oyese un quejido detrás del tapiz.*)

D. ALVAR. ¿No ois?

ALMIRAN. ¿Qué?

D. ALVAR. Nada: el corazon me engañó sin duda.

D. J. MAN. Señores: (*Saliendo por la puerta del foro.*) ya es urgente refrenar la audacia de los flamencos. Que el Rey muere de veneno, andan divulgando por todas partes.

MARQUÉS. ¿Será posible?

ALMIRAN. ¡Qué iniquidad!

D. J. Man. Unos achacan el crímen á los agentes del Rey don Fernando; otros dicen que la Reina es quien le ha envenenado en un arrebato de celos.

D. Alvar. ¡Vive Cristo!

Reina. ¿Que yo he envenenado á mi esposo? (*Saliendo de detrás del tapiz.*) ¿Eso dicen? ¿Eso dicen? ¡Jesus! No se lo tome Dios en cuenta. (*Cúbrese el rostro y solloza.*)

Marliano. Nos estaba escuchando.

D. Alvar. ¡Infeliz!

Marliano. ¡Señora! (*Acercándose á ella con cariñosa solicitud.*)

Almiran. No se aflija así V. A.

Reina. Con que... (*Contiene los sollozos y hace, como para hablar, inútiles esfuerzos.*)

Marliano. Hablad.

Almiran. Hablad, señora.

Reina. ¿Con que no hay remedio?

Marliano. ¡Qué no puede remediar la misericordia de Dios!

Almiran. Confiad en él.

Reina. ¿Y por qué no en vosotros? Llegaos acá. (*A los médicos que se acercan á ella.*) Meditemos: el Rey es jóven, solo tiene veintiocho años; debe haber medio de curar una dolencia cualquiera en un cuerpo jóven y vigoroso. Recordad bien: nada tiene de estraño que hayais olvidado precisamente el remedio que nos hace falta; sin duda existe algun bálsamo, alguna planta con virtud suficiente para salvarle. ¿No bastaria toda mi sangre para reanimar la suya? Otro esfuerzo, mi buen Marliano, mis fieles amigos. No; no guardeis silencio cuando por su vida os imploro.

Marliano. Ya hicimos por él cuanto estaba en nuestra mano.

Reina. ¿Y he de perderle? ¡Dios mio, qué enfermedad tan horrorosa! Ha breves dias lleno de salud y de fuerza... Hoy ¿quién le reconoce? Mañana... mañana será tal vez un cadáver... Parece imposible. Nunca imaginé que él se pudiera morir primero que yo.

Almiran. Conformidad, señora.

Reina. Bien procuro irme conformando poco á poco; pero ¡ay! ¡no puedo conformarme, no puedo!

Almiran. Dominad vuestra afliccion como cumple á una Reina.

REINA. Por su vida cuanto poseo; mi cetro por su vida. ¿Verdad, señores, que todos me ayudariais á sentar en el trono al que lograse evitar su muerte? Dicho está: el que codicie una corona que le salve, que me le devuelva. ¿No sois médicos? ¿No es obligacion vuestra curarle? Pues ¡ay de vosotros si le pierdo! Tenedlo entendido. Don Juan Manuel, señor marqués de Villena, creo que sin razon os ofendí el otro dia. No me guardeis rencor, sed generosos con esta pobre muger que tanto padece. ¿No se os ocurre medio ninguno que tentar? ¿No conoceis á alguno que sepa curar este linage de dolencias? ¿A uno de esos nigromantes que hacen milagros? Sí, creo en los milagros del hombre; en todo creo. Buscad á alguno de esos y traedle para que vea á Felipe.

D. J. MAN. Al Altísimo pedid socorro.

REINA. Dios no ha querido oirme. Ni en la tierra encontré piedad ni tampoco en el cielo. Almirante, escribid á mi padre hoy mismo; decidle que venga; que Castilla se va á quedar sin Reyes, y mis pobres hijos sin padre y sin madre.

D. ALVAR. Le escribiremos, señora, vendrá. (*Adelántandose.*)

REINA. ¡Don Alvar! No habia reparado en vos; el Rey quiere veros.

D. ALVAR. Yo aspiro á la gloria de besar sus plantas.

REINA. Se muere, don Alvar, se muere. (*Con pena muy reconcentrada.*)

MARQUÉS. Valor, señora.

ALMIRAN. Considerad que aún os restan sagrados deberes que cumplir.

MARLIANO. A pesar vuestro os salvaremos si es preciso.

REINA. ¿A mí podeis salvarme y á él no? Vamos, vamos no me irriteis: no hay paciencia para oir esto.

HERNAN. Ahí está. (*Saliendo por la puerta de la izquierda, y acercándose á la Reina.*)

REINA. Que aguarde un momento. (*A Hernan el cual se retira.*) Ya no os pido (*A los médicos.*) sino que viva tres dias mas; dos, uno tan solo. Que viva hasta mañana. En tanto vosotros, señores, haced que ni un momento se interrumpan las ceremonias religiosas en la ca-

pilla de palacio. Elevad á las alturas fervorosas preces por vuestro Rey. (*Vánse todos por el foro escepto la Reina.*)

ESCENA IV.

La REINA, á poco ALDARA; despues el REY y dos médicos.

REINA. Aldara, Aldara. (*Acercándose á la puerta de la izquierda.*)

ALDARA. Señora.

REINA. Con razon supuse que accederias al fin á mis ruegos.

ALDARA. Nunca debí volver á pisar este sitio.

REINA. Aldara, voy á quedarme viuda.

ALDARA. Dia y noche postrada ante las imágenes del monasterio, he rogado por V. A. Con razon os acongojais; llorad á vuestro esposo.

REINA. Tu me consolarás mejor que esos hombres que estaban aquí. ¿Sabes lo que me dicen? Que tenga valor. Cuando á ellos se les esté muriendo el hermano, la esposa ó el hijo, iré yo tambien á decirles que tengan valor.

ALDARA. No me obligueis á permaneced en palacio; recordad mis maldades; mi aliento os mancha; mi presencia aquí es un sacrilegio que aumenta la justa cólera del Todopoderoso.

REINA. ¿Tus maldades? ¡Oh! ¿por qué no le has amado? Ahora seriamos dos á llorarle. Oye: es necesario que te quedes. Los médicos aseguran que ya no hay remedio para él; puede ser que haya alguno todavia. Te he llamado para que el Rey te vea, para que tú le digas que le amas.

ALDARA. ¡Oh mi adorada señora! Considerad que asi avivaria sus remordimientos.

REINA. El desdichado se esfuerza por remediar con ternura aparente el mal que antes me causó con su desvio; pero bien sé yo que á tí sola te quiere. Ven: que te vea, que te oiga; una mirada de tus ojos, una palabra de tus labios acaso le restituyan la salud. Ven: ¿qué tardas? Si yo estuviese en la tumba y él me lla-

mase creo que le responderia. Ven: te lo suplico; el amor puede resucitar á los muertos.

ALDARA. ¿Por qué dudais de que la contricion de don Felipe sea verdadera?

REINA. No dudo que se habrá arrepentido de haberte amado; pero tambien yo me arrepentí de haberle amado á él muchas veces, y ya ves. Sígueme.

ALDARA. Si á el me acerco, señora, será para convencerle mas y mas de que nunca le amé.

REINA. ¡Oh! no, desdichada; que entonces se moriria mas pronto.

ALDARA. Permitidme que me retire.

REINA. ¡Oh! ¿No sabes?... Alvar está aquí. (*En este momento sale el Rey sostenido por dos médicos, y se dirige lentamente hácia donde está doña Juana.*)

ALDARA. (¡Alvar!) Por lo mismo debo alejarme.

REINA. Bien; abandóname. Si él se muere, yo...

REY. Tú vivirás aunque yo me muera. (*Ya cerca de ella, é interrumpiéndola.*)

REINA. ALDARA. ¡Oh! (*Separándose.*)

REINA. ¿Eres tú? Sí, si: camino llevas de morirte, y ya andas de aquí para allá como si tal cosa. (*Cambiando en apacible la expresion de su rostro, y dando á sus palabras un tono casi jovial.*)

REY. Señora, os ruego que me dejeis solo con doña Juana.

ALDARA. Obedezco, señor.

REY. Que nadie venga á interrumpirnos. (*A los médicos, que se retiran despues de haberle ayudado á sentarse.*)

REINA. No te vayas. (*Aparte á Aldara.*)

ALDARA. Me quedaré. (*Bajo á la Reina. Vase.*)

ESCENA ULTIMA.

La REINA y el REY; despues el ALMIRANTE, MARLIANO, don ALVAR y ALDARA; luego don JUAN MANUEL, el marqués de VILLENA, VERE, prelados, grandes y médicos.

REY. Sí; tu vivirás, porque Dios te ordena vivir para un

pueblo que en tí sola cifra todas sus esperanzas, y para nuestros hijos, que de hoy mas necesitarán doblemente de tu ternura. Y cuando Carlos vaya á subir al trono, dile que al borde de la tumba solo por el remordimiento es el Rey culpable, más grande que los demas hombres; dile que si dirige á un lado sus ojos, como fantasma implacable el mal que hizo se le aparece; que si los dirige á otro lado, el bien que estaba en su mano haber hecho, en igual forma le acosa y le aterra; que si los vuelve al cielo ve interpuesto entre su culpa y la misericordia divina el mar de llanto vertido por su pueblo. Dile todo el daño que por mi padeció Castilla; pero no le digas el daño que á tí te causé: que deteste al monarca, pero que no aborrezca á su padre.

REINA. ¿Y á qué viene todo eso hoy que empiezas á restablecerte?

REY. Dios me otorga vigor en este momento, para que pueda confesarme delincuente y pedirte perdon.

REINA. Cuando te digo que estás fuera de todo riesgo: Marliano me lo aseguraba hace poco. Natural es que yo con esceso me alarme.

REY. No agraves tu amargura reprimiéndola en mi presencia. Llora, Juana mia, llora.

REINA. ¿Por que veo que estás mejor?

REY. ¡Y yo te ofendí; yo ultragé á la santa que el cielo piadoso me habia dado por compañera!

REINA. El que á mí no me quieras y ames á otra, no es un delito ciertamente. ¿Manda uno acaso en su corazon?

REY. No me disculpes.

REINA. Culpable yo, que con mis celos me empeñé en atormentarte; funesto amor el mio que conspiraba contra tu dicha, porque, muchas veces ya te lo he repetido, Aldara te ama y si te dijo lo contrario, fue porque yo con amenazas la obligué á que mintiese. Pero no lo dudes, te ama, te ama.

REY. Calla y no aumentes las crueles angustias que me devoran. (*Levantándose.*) Quiere el cielo para mi castigo, que cuando va á cesar de latir, empiece mi corazon á idolatrarte. Ven á mis brazos santa mártir

que yo inmolé; permite que ponga mis lábios sobre tu purísima frente. Mas ¿qué digo? Vete, déjame solo; no merezco la gloria de espirar en tus brazos. Vete, y no llores por mí. Vete y... ¡Oh! (*Dejándose caer en el sitial y como si empezasen á faltarle las fuerzas.*)

REINA. ¡Felipe!

REY. Llegó la hora de mi muerte.

REINA. Te engañas sin duda.

REY. Juana, perdóname. (*Dejándose caer del sitial á los pies de la Reina.*)

REINA. ¿Qué haces? ¿qué profieres?

REY. Pon tus manos sobre mi cabeza, y perdóname ya que tan grande es tu piedad.

REINA. ¿Yo perdonarte?

REY. Pronto; no te detengas.

REINA. Pues bien, sí, te perdono, te perdono, Felipe de mi alma. (*Poniendo sus manos sobre la cabeza del Rey.*)

REY. Tu perdon quizá me redima. (*Volviendo á sentarse, ayudado por la Reina.*)

REINA. ¡Oh! (*Alejándose, como con la intencion de pedir socorro.*)

REY. No; no te vayas.

REINA. Animo, Felipe, valor; lucha aún con la muerte, lucha.

REY. ¡Imposible!

REINA. Vive para tu padre, que tanto te quiere.

REY. ¡Padre mio!

REINA. Para tus hijos; para tu Cárlos, para tu Isabel, para tu Maria; y no ignoras que el cielo iba á concederte otra gran ventura: Felipe, si tienes corazon de padre, vive para ver, para abrazar al hijo que llevo en mis entrañas.

REY. La vida, Señor, la vida, para hacerla tan venturosa, como hasta aquí la hice desdichada. ¡Oh, si yo pudiese vivir, cuánto te amaria!

REINA. ¡Dios eterno! Solo tú sabes lo que yo por él he sufrido, ¿y ahora que me ama, vas á matarle? No, mentira, imposible. No puedes, no debes permitirlo. Fuera una injusticia horrorosa, y tú eres justo, Señor, tú eres justo.

REY. ¡Mi Juana!

MARLIANO. Llegad, llegad; bien me lo temia. (*Apareciendo en la puerta del foro. Salen en seguida tambien por ella Aldara, don Alvar y el Almirante.*)

REINA. ¡Marliano, Marliano de mi corazon! (*Yendo hácia él.*)

D. ALVAR. ¡Señor!

REY. Don Alvar, vuestra mano; seamos amigos: velad todos por ella. (*Don Alvar arrodillándose, besa la mano que el Rey le tiende.*)

REINA. Pero ¿qué es eso? ¿Es que ya se va á morir? (*Llevándose aparte á Marliano.*)

MARLIANO. Sacadla de aquí á toda costa. (*A don Alvar y Aldara.*) Avisad vos, Almirante. (*Al Almirante que se va por el foro.*)

D. ALVAR. Venid, señora.

ALDARA. Fuerza es que nos sigais.

REINA. Dejadme, inícuos, dejadme. (*Desasiéndose de los brazos de don Alvar y Aldara, y corriendo al lado del Rey. Cógele una mano que, dando un grito, suelta en seguida.*) ¡Oh, qué frialdad! La frialdad de la muerte. Allí la veo, que viene á llevársele. No, no pasará. (*Poniéndose delante del Rey, como si tratase de cerrar á alguien el paso, y dando señales de verdadera demencia.*)

REY. ¡Juana!

REINA. ¡Pasa, pasa á través de mi cuerpo; se apodera del tuyo!

REY. ¡Juana, Juana mia! ¡Qué horrible castigo! ¡Dios eterno, piedad... perdon!... (*Espira.*)

REINA. ¡Felipe, Felipe! (*Arrojándose sobre su cuerpo.*)

MARLIANO. El Rey ha muerto. (*Al Almirante, y los que con él salen por la puerta del foro.*)

REINA. ¡Muerto! (*Incorporándose.*) Su cadáver es mio. Siempre le conservaré á mi lado: le acariciaré con los besos de mi boca; le regaré con las lágrimas de mis ojos. Él muerto y yo viva aún, seguiremos unidos. Sí, muerte implacable, burlaré tu intento. Poco es tu poder para arrancarle de mis brazos. ¡Silencio, señores: silencio!... El Rey se ha dormido. ¡Silencio!.. No le desperteis.

ALDARA. ¡Oh celestial misericordia!

REINA. Duerme, amor mio; duerme... duerme...

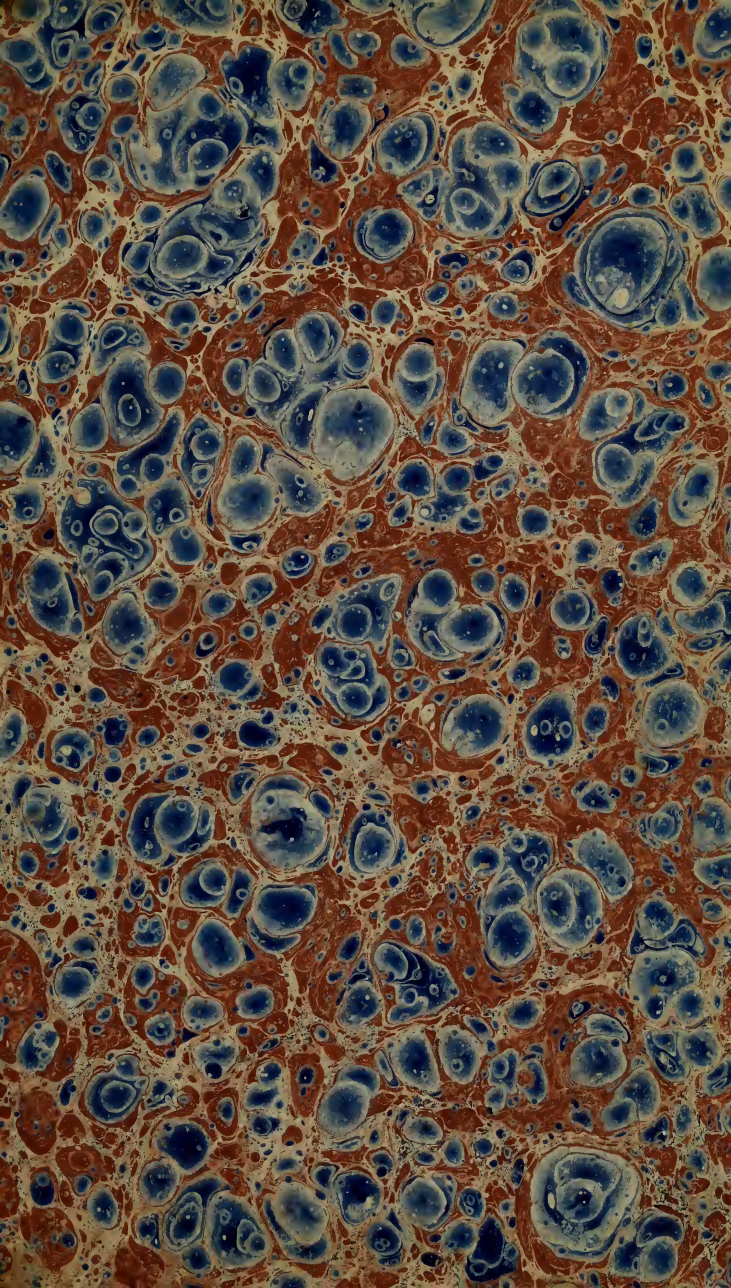
FIN DEL ACTO QUINTO.

ERRATAS ESENCIALES.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
8	30	Don Alvar Estúñiga	Don Alvar de Estúñiga
20	5	Un page, luego despues don Alvar	Un page luego, despues don Alvar
24	24	Saldremos por esa puerta.	Saldremos por esa puerta: iremos á pié.
31	17	Amparó el primero	Amparó al primero
39	30	Entran por la puerta	Entra por la puerta
48	30	Me autoriza la desgracia	Me autoriza mi desgracia
56	39	Que me ama en secreto	Que me amaba en secreto

Con arreglo á lo dispuesto en el convenio sobre propiedad literaria entre España y Francia, el autor de esta obra se reserva el derecho de traduccion.

4458
350



UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
865 G3710M C001
Masaniello drama en cinco actos por Don
3 0112 089096702